BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

NOVELISTAS



OBRAS

DEL LIC.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

TOMO IV.

LOS PRECURSORES.

(NOVELA)

MEXICO

IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 19.

1909.

A LA MEMORIA

DEL

INSIGNE NOVELISTA ESPAÑOL

DON JOSE Mª DE PEREDA,

mi grande, noble é inolvidable amigo.

EL AUTOR.

Nota.—Don José María de Pereda aceptó en vida esta dedicatoria y estaba dispuesto á poner prólogo á la novela; su enfermedad primero y su sentida muerte más tarde, le impidieron llevar á cabo el intento.

LO QUE ES ESTE LIBRO

Los sucesos narrados aquí, se remontan á épocas dramáticas y dolorosas, que parecen ya muy lejanas de nosotros, no tanto por el tiempo que de ellas nos separa, como por el cambio de rumbo que han tomado nuestros destinos. Pasan por el fondo del cuadro escenas hoy inusitadas: fragor de cañones, estrépito de fusilería y gritos de lucha. Agítanse á lo lejos personajes semibosquejados, ya ceñidos de acero, ya crispados por la ira, ya absortos en la contemplación de ardientes ideales; y la guerra fratricida, el anhelo por la libertad, la invasión extranjera y los últimos espamos de nuestros odios políticos, flamean fugaces en su lontananza, como antorchas agitadas por mano invisible.

Sobre ese fondo de cosas borrosas é indecisas, dibújanse con mayor precisión algunas figuras brotadas de un mundo melancólico, el de la pobreza y la caridad; y la acción casi toda se desenvuelve en el seno de un grupo de seres inominados y humildes, cuyas huellas no se conservan en ningunos anales. En la mansión de la orfandad y el desamparo, estallan el amor, la esperanza, los anhelos gloriosos; y el microcosmo palpita de emoción, se retuerce, y goza ó sufre, como si fuese una verdadera cosmópolis; así surge un triple drama formado por las ansias del corazón, las ilusiones de la mente y las injusticias de la vida, y el amor á la gloria resulta tan lastimado en algunos corazones, como la justicia y la gratitud en otras almas piadosas.

De todos los conflictos que pueden aparecer en la existencia, pocos son tan agudos y desgarradores, como los del poeta ó el artista con una sociedad indolente y aletargada, que aun no ha subido á su nivel ni puede comprenderlos. Suelen aparecer en las sociedades incipientes, almas luminosas que se adelantan á su época, y han recibido en precoz pentecos-

tés, la iniciación y los arrebatos propios de los genios que forman la gloria de los grandes centros humanos y de las grandes épocas; pero esas almas solitarias cantan, lloran y luchan inútilmente, porque á su derredor aun duerme todo, y el espíritu público sólo se alimenta de monotonía y de languidez. Enardecidos por sus propios sentimientos, esos seres prematuros sueñan y trabajan llenos de ardor y esperanza, como si el medio que los cerca les fuese propicio; mas pronto se entabla un combate desigual entre ellos, que aspiran á tanto, y la sociedad contemporánea, que no los entiende, estima ni galardona. ¿Quién puede pintar la amargura de esas luchas impías, en que el conjunto, la multitud, la masa, aplasta sin saberlo ni quererlo, cerebros luminosos y corazones encendidos por un fuego sacro? Al fin, el soñador, el loco, agotadas las fuerzas en la obscura pugna, cae rendido en la arena regada con su sangre y con sus lágrimas, y sus viejos ensueños se evaporan por lo azul, y van á tachonar no se sabe qué cielos inaccesibles, mansión del ideal y del suspiro.

Pero esos esfuerzos no recompensados, no son al fin estériles, como no lo son el polen de las anteras, ni las semillas de las plantas, que el huracán, las aves ó las mariposas arrebatan en su vuelo; quedan como suspensas en el espacio con su virtud reproductora, y al cabo de un tiempo más ó menos largo, vuelven á la tierra en lluvia fecundante, para producir generaciones magníficas de flores y de frutos. Nosotros venimos de ese pasado confuso, donde todo pareció trastornado y perdido, y las brillantes construcciones modernas de nuestra patria, que ya atraen las miradas del mundo, han salido de ese caos de tanteos populares, deseos indistintos, ambiciones desproporcionadas y ensayos fracasados. Nuestros triunfos de hoy tienen su raíz en aquellas derrotas; somos los hijos afortunados de los mártires de ayer, y nada es más justo ni meritorio que depositar sobre la tumba de las esperanzas muertas y de las ilusiones marchitas de nuestros padres, las rosas frescas y olorosas de nuestros recuerdos.

Méjico, septiembre 1º de 1908.

Suplico á usted se sirva aceptar este libro como una nueva muestra de la cordial estimación que le profeso. Las dolorosas circunstancias que cruzo, me han impedido hacer de él una revisión esmerada y detenida; sale, pues á la luz, plagado de defectos, y reclama y aguarda indulgencia bondadosa de todos, y muy especialmente de parte de usted. Pensé reponer algunas de sus páginas, por contener errores de gran tamaño, míos ó de la imprenta, observados demasiado tarde; pero los reveses de la suerte han venido á impedírmelo.

A toda prisa he formado una fe de erratas harto deficiente; pero sobre ella ruego á usted se sirva echar un vistazo, para que pueda comprender al menos el sentido de ciertos pasajes.

Quedo de usted afmo. servidor y amigo. que respetuosamente b. s. m.

EL AUTOR.

México, Diciembre de 1909.

PRIMERA PARTE.

CRISÁLIDAS.



I.

La ciudad luminosa.

Hay en el corazón de Méjico una ciudad marcada con sello tan propio de aspecto y carácter, que forma género aparte entre las otras de la Unión; esa ciudad se llama Fópoli, y se asienta en un valle árido y polvoriento. Los vallados de piedra que costean los caminos que á ella conducen, las bardas de adobe que limitan sus corrales, los techos que coronan sus chozas suburbanas, y hasta el follaje de los árboles y la mezquina yerbezuela de sus vecinos campos, todo cuanto le atañe y la rodea, muéstrase cubierto de una espesa capa de polvo. La toba pomosa que forma su suelo, seca como la ceniza por no tener riachuelos que la crucen, ni humedad que la alegre, se levanta en capas espesas al soplo de ráfagas y torbellinos, formando grises

cortinajes ó columnas salomónicas, que se despliegan en el horizonte ó se levantan girando en el espacio. Esos ventarrones de color sucio, vistos de lejos, parecen envolver á la población en una nube baja y gris á cuyo través se dibujan los contornos vagos y esfumados de la ciudad; y el caserío disperso por la llanura, las torres de los templos y las tupidas arboledas que manchan el cuadro de trecho en trecho, traen á la memoria al través del velo que los cubre, el caos pintoresco de las ciudades morunas, con sus altos cimborrios, esbeltos minaretes y huertas de granados y limoneros. Mas esa confusa perspectiva no es más que un engaño óptico, pues una vez atravesadas las puertas de Fópoli, se ve una ciudad alegre y risueña, de calles rectas y limpias, casas pintadas de colores vivos y jardines poblados de naranjos y rosales. Tiempo hubo en que el caserío tan elegante ahora y bien dispuesto, fué sólo un hacinado de escombros; eso pasó en la triste época de nuestras guerras civiles. La lucha fratricida pareció escoger á Fópoli como teatro de sus horrores, pues siempre que los beligerantes se sentían débiles para pelear á campo raso, encerrábanse en la ciudad, cavaban fosos en las calles, atroneraban bardas y paredones, y coronaban con gente armada las torres de las iglesias y las

principales alturas de la ciudad. Así lograban rechazar los ataques de sus contrarios; pero también, debido á ese sistema, lloviendo por aquí el fuego de la fusilería, arrasándolo todo por allá las balas de los obuses, reventando por acullá las bombas, y estallando más allá minas como volcanes en erupción, llegó á quedar hecho una ruina el poblado: desplomados sus techos, mutiladas sus fachadas, derruídos sus murallones y vueltas una criba sus casas. Pues aun las fincas que entónces quedaban en pie, salían de la refriega con puertas y cristales perforados ó hechos añicos, con rejas de balcones y ventanas desencajadas, rotas y retorcidas, y con el revestimiento de las paredes horriblemente desconchado y cacarañado por los proyectiles. De allí había nacido que Fópoli ganase fama de heroica y conquistase notoriedad en la República; pero ¡á qué costa!

Pasó por fortuna aquel período terrible, y vinieron para la ciudad, como para todo el país, días más serenos; y á merced de la paz y del bienestar nuevamente inaugurados, pudo salir el caserío del estado desastroso en que se hallaba, renaciendo, como el fénix, de sus propias cenizas.

Las cualidades de su población, que, según fama, son de alto valer, pueden sólo atribuirse á la luz de su cielo. Por-

que, si la naturaleza hace al hombre, ¿qué humanidad debió haber salido de aquel paisaje árido, triste, infecundo, sin agua, árboles, ni montañas; de aquella monotonía desesperante de un suelo ceniciento y de una vejetación ruin y enfermiza? Una humanidad enclenque, deprimida, sin imaginación, sin arranque, agobiada por la tristeza y por la anemia. Aquella tierra, á primera vista, parece haber sido destinada para guarida de topos; y muy lejos de eso, la población que de ahí surge, sabe, si es femenina, mirar como las gacelas, arrullar como las palomas y tejer la felicidad como las hadas; y si es masculina, escalar las cimas de la ciencia, cultivar las bellas artes y triunfar en las luchas nobles y viriles de las letras ó de las armas.

La clave del enigma debe buscarse, pues, en la región aerea de la ciudad. El cielo, hé ahí el escenario de todos los prodigios que encantan y engrandecen á Fópoli. ¡El cielo! Arcana é impalpable extensión, profunda, inmensa, inmutable, recorrida por los astros, incendiada por el sol, agitada por el huracán, poblada de visiones y de sueños! ¡Hacia ella convierten los fopolitanos sus ojos, hacia ella vuelan sus suspiros, de ahí se sienten venir y á ella desean tornar; piélago sutil y misterioso que los envuelve, y donde flotan en compañía de los astros!

Ningún cielo tan azul como aquel, ni como él tan diáfano y profundo; bello y romántico como el de Venecia, y tibio y embalsamado como el de Granada. Pero, al mismo tiempo, ninguno tan siniestro como él, cuando entra en cerrazones sombrías y enciende centellas, lanza rugidos y desata diluvios como los de las primeras edades del mundo. Así, ese cielo incomparable muestra toda la gama de la belleza, desde la risueña del idilio hasta la imponente del cataclismo; y abre ante el espíritu pórticos variados é inmensos hacia todos los horizontes.

Cada una de sus auroras es una apoteosis, una fiesta de colores, una solemnidad incomparable. Desde que la sonrisa del alba, tenue y casta, se dibuja en el confín, y la aurora con sus dedos de rosa abre las puertas del Oriente, y las primeras olas de la marea luminosa comienzan á bullir en la lontananza, hasta que la refulgencia del día estalla sobre los picos de los cerros en toda su gloria; siéntese que algo estupendo, nunca visto, como soñado y divino, flota y se desarrolla por aquellos espacios, cual si fuese reflejo de sobrehumanas maravillas ordenadas y dirigidas más allá del firmamento, por ángeles blancos y por arcángeles ígneos. Y á la puesta del sol, cuando suspira el viento entre las hojas y pían los pajarillos en la arboleda, os-

tenta celajes de exquisita y fantástica hermosura. Ora es hornaza de vívida lumbre, como metal fundido en ánfora diamantina, ora son lagos apacibles de rosas disueltas y fluídas, donde boga la barquilla de la melancolía y del ensueño. Un tumulto de nubes de extrañas formas, dibuja sobre el fondo incendiado, en cambiantes siluetas, poesías y fantasías desbordadas: ya gigantescas serranías de crestas ciclópeas, el Ararat, el Himalaya, el Sinaí, vestidos de solemnidad y con cabellera de rayos, ó ciudades portentosas construídas de bloques enormes, con casas y palacios como montañas; tal vez Tebas con sus templos colosales, ó Menfis con sus Pirámides y Esfinges, ó Luxor con sus columnatas y obeliscos; ya el mundo del prodigio volando por los aires: hipogrifos de alas refulgentes, serpientes voladoras de escamas luminosas y medusas de cabellera tempestuosa lanzando al espacio miradas de fuego; ó bien el oro del Rhin volando por la atmósfera, y Lohengrin navegando por el zafir sobre albo cisne, y Angélica corriendo en pos de Medoro, y Rolando en pos de Angélica: toda la inspiración de Wagner y del Ariosto ilustrada por el crepúsculo con pinceladas de luz y sombra.

Aquella fiesta de colores, aquellos celajes, aquella claridad, han hecho á la

ciudad; de ahí su nombre, que quiere decir: **ciudad de luz.**

II.

El Aguacero.

Algo más que mediaba el siglo XIX y era el oscurecer de una tarde de agosto. Había hecho en Fópoli un calor de horno por la mañana, y nada había indicado hasta las doce que hubiese de llover antes de mucho, pues limpio y sereno se había ostentado el cielo, no había soplado ni una ráfaga de viento, y árboles, plantas y flores habían languidecido en medio del bochorno general; pero al llegar el sol al meridiano, y cuando alcanzó la temperatura su punto más alto, aparecieron de súbito allá á lo lejos, en el flamígero oriente, los bordes plomizos y oblongos de las primeras nubes, y no tardaron en levantarse en el confín, grandes y oscuros cúmulos, semejantes á negras montañas, en pos de los cuales, aparecieron otros y otros del mismo aspecto, que fueron llenando y oscureciendo el espacio. De pronto rasgó el viento sus viejos odres y recorrió furioso las calles y plazas, silbando con rabia al chocar con árboles y muros, cerrando con es-

trépito puertas y ventanas y haciendo pedazos los cristales; y simultáneamente con aquellos aullidos y con aquella locura, se difundieron por el ambiente vapores húmedos y olor de tierra mojada, que venían de lo lejos. El hosco seno de los cúmulos se incendió con llamaradas de relámpagos, retumbó el trueno á distancia, y una lluvia torrencial se desprendió de los pletóricos nubarrones, sobre valles, lomas y laderas.

Antes de la llegada de las falanges más cerradas y cargadas de electricidad, se presentaron bandas más ligeras y sutiles, como cuerpos volantes, que interponiéndose entre la ciudad y el sol, sólo permitían el paso á una claridad triste y mortecina. A poco cayeron las primeras gotas de lluvia, raras, grandes y redondas; las cuales, no bien puestas en contacto con el ardiente suelo, fueron absorbidas por él, sin dejar el menor rastro. Hízose luego más y más revuelto y enmarañado el tumulto de la tempestad; sucediéronse unas á otras, y á cada instante más próximas, las descargas eléctricas, fué cerrándose más y más la lobreguez circundante, convirtióse el viento en huracán, y fueron haciéndose los relámpagos á cada momento más vivos é incesantes. Hubiérase dicho que era aquello el avance de un ejército enemigo, que descargaba sobre Fópoli sus

obuses y ametralladoras; hasta que un enorme estampido, como el de un cañón de diez y siete pulgadas que parecía haber tomado posiciones dentro de la población, anunció que la tempestad había llegado de veras. A la voz de aquel trueno, dió principio de golpe la fusilería de una lluvia estrepitosa, de gruesos y pesados chorros, como si un inmenso depósito de agua hubiese sido volcado sobre la ciudad. Por las desiertas calles, de cerradas casas, no se oía más que el fragor del chaparrón azotando techos y paredes, ó el rumor de las caudalosas y rápidas corrientes, que iban huyendo de los sitios elevados para precipitarse en el cauce del menguado río que divide la ciudad. Así continuó lloviendo desde la hora de la siesta hasta la noche, como si se iniciara un nuevo diluvio, pues cuando parecía que la tormenta comenzaba á ceder, llegaban del oriente, en alas de viento impetuoso, nuevos refuerzos de cúmulos cargados de electricidad iracunda y resonante; y se renovaba el bombardeo con nueva furia, y otra vez se difundía por el firmamento el incendio de los relámpagos.

* * *

Elévase al oriente de Fópoli un vasto Hospicio para pobres, cuyo fundador fué el santo Obispo don Juan Ruiz de Cabañas.

Una calle costeada por verdes y copudos naranjos, siempre cuajados de azahar, conduce á la suave eminencia sobre la cual se ostenta el palacio. Detrás de un pórtico de orden dórico coronado por un sencillo tímpano de sobrias líneas, se levanta la airosa cúpula de la capilla; y como remate de toda la construcción, se destaca sobre el templete de la esbelta linternilla, la blanca estátua de la Caridad, reina y señora del sagrado recinto.

Así dispuesta y coronada la fábrica, cierra la calle con felicísimo efecto óptico, y ofrece una perspectiva imponente, debido á la estrechez de la vía, que enfoca la vista del observador hacia aquel punto objetivo, único y elevado del horizonte.

Poco después de que el santo pastor fundador de la obra, la hubo levantado como por milagro (á expensas de su peculio particular y con el óbolo de los fieles), puso la institución en manos de las hermanas de la Caridad. A la cabeza de aquel grupo de heroínas, hallábase por el tiempo á que alude esta narración, sor Ignacia Osés, hija de la Navarra española; mujer superior por sus prendas y virtudes, que sabía sin esfuerzo ni medidas extremas, mantener el orden y la harmonía en aquella babilonia, que contaba cerca de dos mil habitantes.

II

Uno de los prodigios realizados por sor Ignacia en el gobierno de aquel establecimiento, era la atinada administración de sus fondos, pues aunque el Obispo y el Gobernador le ayudaban con algunos subsidios, tales recursos eran eventuales y notoriamente insuficientes. Por otra parte, llevada de su buen corazón, no tenía tasa para recibir asilados, y había llegado á atestar de tal suerte con ellos el edificio, que no había aposento, rincón ni desván que no rebosase de gente. De allí la constante necesidad en que se veía de resolver el árduo problema de cómo alimentar y vestir á aquella multitud; era su eterno tormento y su idea fija. Aquella preocupación la traía absorta y discursiva por el día, y con frecuencia no le permitía cerrar los ojos por la noche.

Cierto que había almas caritativas que solían sacarla de apuros; piadosas señoras que le enviaban regulares sumas de dinero, hacendados que la obsequiaban con azúcares y semillas, y comerciantes que le regalaban jabón, cobertores y géneros de lana y algodón; mas con eso y todo, andaba siempre á la cuarta pregunta, devanándose los sesos con la congoja de lo que haría para conseguir el gasto del día siguiente y salvar las dificultades crecientes de la situación. El Hospicio, no obstante, caminaba de per-

las, pues los pobres de nada carecían y la población de los asilados iba creciendo á ojos vistas. ¿Cómo explicar el fenómeno? La ciudad, entre bromista y seria, opinaba que aquello no podía ser sino mediante la repetición del milagro de los cinco panes. El hecho era que la superiora hacía comer á tres donde comían dos, á cuatro donde comían tres, y así sucesivamente, hasta llegar á una cifra fantástica. Y lo peor del caso era que sor Ignacia era tanto más imprevisora é incorregible cuanto que no se quería corregir. Si se le presentaba un anciano encorvado, de trémulas piernas y voz desfallecida, ó una doncella desamparada, perseguida tal vez por libertinos y en peligro de caer, ó un huérfano que entregado á sí mismo, podría morirse de hambre sobre el empedrado, ¿qué otra cosa le quedaba que hacer, sino abrir las puertas del establecimiento para que en él se guareciesen aquellos seres débiles y miserables? Ella les franqueaba la entarda en el asilo, que era cuanto podía hacer, y lo demás lo dejaba á la voluntad de Dios.

En medio de tantos apuros y escaseces, ni siquiera perdía de vista la buena madre el cuidado de la parte material del establecimiento, pues la atendía, reparaba y ornaba más allá de cuanto parecía humanamente posible. Apenas debilita-

da alguna viga ó ligeramente cuarteado algún muro, acudía pronto al remedio, y hasta doliase de que se desportillasen las esquinas ó se desconchasen ó raspasen los revestimientos de las paredes, con motivo de mudanza de muebles ó retozo de rapaces; y cuidaba de que nada se rompiese, maltratase ni deslustrase, en medio del barullo y de la confusión de aquella mar humana. Y hacía pintar y bruñir á cada momento cuanto se iba poniendo viejo y feo, para que tuviese aspecto nuevo y hermoso; y poblaba los patios de arbolillos recortados y frescos y olorosos jardines, para recreo de los ojos y el espíritu de su doliente familia.

Un aseo nimio y escrupuloso se veía por donde quiera: obligaba á asilados y sirvientes á tener siempre barridos y brillantes los suelos, que eran de rojos ladrillos, y la batería de la cocina como de plata, bruñida con tiza, y los manteles del refectorio albeando de blancos, y los dormitorios con colchas inmaculadas, y tan planchadas é intactas, como si no tuviesen uso, y fuesen de mero aparato para deslumbrar á las visitas.

Por aquellos días, precisamente, andaba sor Ignacia ocupada en reparar la pinturas murales, y como el aguacero de la tarde había sorprendido á los artistas de brocha gorda en lo más empeñado de

la faena, no es para dicha la congoja que sintió al darse cuenta de los estragos que la lluvia había hecho en las tintas brillantes y frescas. Mucho le preocupó también la inundación de los aposentos, pues fué tan grande la cantidad de agua que cayó por los patios, que, rebasando umbrales y escalinatas, se deslizó é introdujo por donde quiera, cubriendo de sucio barro la refulgente superficie de los bruñidos pisos. Aquel accidente dió motivo á un tragín descomunal, pues las asiladas dirigidas por las religiosas, no dieron paz á la mano durante largas horas, recogiendo el agua de la inundación en barreños y sartenes, ó bien enjugándola con esponjas y grandes piezas de jerga. Fué preciso también contener el estrago de las goteras abiertas en los techos y retirar los roperos de las paredes, amontonar sillas en medio de las piezas, cambiar de sitio las camas y poner cántaros y baldes en sitios convenientes para recibir el agua escurridiza. La noche llegó en medio de aquella fatiga y de aquella gresca, que mucho divertía á las asiladas, pues cualquier novedad es motivo de alborozo para las almas reclusas.

Serían como las ocho cuando sonó con gran repique la campana de la puerta principal, cuyo cordón, tirado desde afuera, hizo vibrar la flexible lámina de

hierro que, en retorcida espiral, servía de sostén al sonoro instrumento. Como la portera, Estéfana, se hallaba ocupada también en auxiliar á las Hermanas en sus trabajos de drenaje, sonó varias veces y á cada momento con más fuerza la campanilla, antes que nadie acudiese al llamado.

Al fin lo hizo la buena anciana.

—Santas y buenas noches, dijo al abrir el postigo.

—Buenas las tenga usted, contestó una fresca voz de mujer desde el otro lado del umbral.

—¿Qué se ofrece á la señora? continuó Estéfana. Si quiere ver á alguna persona de aquí, debo recordarle que ya sonaron las ocho y que de esa hora en adelante entra en silencio y recogimiento la casa.

—No, repuso la voz, que pareció un tanto insegura; no vengo á eso.

—Pues, ¿á qué?

—A traer esto, repuso.

Un vivo relámpago iluminó á la interlocutora: era de clase media é iba envuelta en un chal obscuro; llevaba en brazos un bulto cuidadosamente tapado, y al pronunciar las últimas palabras, lo adelantó con ambas manos hacia Estéfana.

—¿Qué es esto? preguntó la portera sorprendida.

—Tome usted, insistió la mujer.

—¿Pero qué es? interrogó otra vez Estéfana.

—Tome y lo sabrá.

La portera adelantó maquinalmente las manos y asió el objeto que se le presentaba; y muy luego, á la escasa luz del farol que ardía en mitad del portal, pudo darse cuenta de lo que era.

—¡Un niño! exclamó. No, de ninguna manera, lléveselo usted; no lo puedo recibir, sor Ignacia me lo ha prohibido. Hay demasiados en la Cuna y no podemos hacernos cargo de tantos. ¡Ea, señora! ¿No oye? ¡Tómelo, lléveselo!

Y diciendo así, la buena de Estéfana, uniendo la acción á la palabra, traspasó el umbral de la puerta en seguimiento de la desconocida, y salió con paso precipitado hasta el pórtico; pero ¡que si quieres! La mujer se hizo la sorda, y, apenas puesto el niño en brazos de la portera, apretó á correr como si la siguiesen los lanceros, y sin temor al viento ni á la lluvia, y metiéndose en baches y corrientes, se alejó por la calle á paso precipitado. Estéfana la siguió hasta la gradería; pero de allí no pasó, porque no quería ni podía ir más lejos. Así que, contentándose con hacer algunos ademanes inútiles, como de ofrecer á la criatura á alguien hacia adelante y en la

obscuridad, prorrumpió en altas voces diciendo:

—¡Señora, señora; llévese á su niño! ¡señora!

Esperó un poco, como si aun tuviese esperanza de convencer á la fugitiva de que aquello no podía ser; pero, al ver que la silueta se alejaba más y más é iba confundiéndose con la sombra, se dió al fin por vencida, y volviendo atrás, cerró la puerta y se internó por el Hospicio.

III.

Matute.

Fué en derechura al aposento donde se encontraba sor Ignacia, llevando en brazos á la criatura, que iba profundamente dormida. La superiora apenas vió á Estéfana sobrecargada de aquel modo, sospechó una mala jugada.

—¿Qué es eso, Estéfana? ¿qué es lo que traes por ahí? preguntó con alarma.

—Un niño, señora, contestó la portera compungida.

—¡Cómo un niño! ¿No te tengo ordenado que no los recibas?

—Señora, no lo he recibido.

—¿Cómo no, y le traes en brazos?

—Ha sido un engaño: me lo han dejado con artificio.

—¡A otro perro con ese hueso!

—Va usted á oirlo.

Quieras que no, tuvo que escuchar la superiora el relato puntual y minucioso de lo que acababa de pasar; y mal de su grado y obedeciendo los impulsos de su generoso corazón, fué mudando de parecer á medida también que fué imponiéndose de lo ocurrido.

—Siendo así, repuso resignadamente cuando hubo concluído la narración, ¡qué se ha de hacer! No hemos de arrojar á esa criatura al arroyo. Tranquilízate, pues, mujer, no es tuya la culpa; son cosas que Dios dispone.

El diálogo había llamado la atención de las circunstantes, que habían formado corro en derredor. En el grupo se encontraba sor Marcelina, la hermana encargada de la Cuna; era joven, de cutis blanco y sonrosado, ojos garzos, labios frescos y dentadura de nácar. La blanca corneta que llevaba en la cabeza, le sentaba á maravilla, y el traje de religiosa que le ceñía el flexible talle, daba mayor realce á su hermosura. Había sido escogida para cuidar recién nacidos, por su reconocida afición á los niños: era una gloria verla acariciándolos, dándoles el biberón y vistiéndoles los paña-

les, con aquellas finas y suaves manos de nieve y rosas. Por de contado que fué ella la primera en tomar en brazos á la criatura.

—¡Qué niña más preciosa! exclamó en el colmo del entusiasmo, poniéndole suavemente el índice sobre la barbilla.

—Niño, que no niña; dijo Estéfana.

—No, replicó sor Marcelina, niña y muy niña. ¿No ve usted los finos arillos de oro que lleva en las orejas?

A la luz de los velones de sebo que aproximaron las asiladas, apareció á los ojos de todas, un angelito sonrosado, rubio, de boca de fresa y lozanos y rollizos mofletes, cuya cabeza iba resguardada por una blanca y vaporosa cofia adornada con delicados encajes, y cuyo delicado cuerpecito iba envuelto en finos pañales y joyante mantilla de seda.

—Veamos ahora si podemos averiguar cómo se llama, continuó sor Marcelina con curiosidad.

Y buscando sobre la criatura algún indicio, acabó, á fuerza de levantar tules y gasas, por descubrir colgado del pecho, un hermoso relicario de oro, en cuyo interior, cuidadosamente doblado, se escondía un fragmento de papel, donde se veían escritas con letra de mujer, estas palabras:

"No está bautizada.—Se llamará Berta."

—¡Preciosa, preciosísima! repitió sor Marcelina; no le irá mal el nombre.

—Para sor Marcelina todos los niños son querubines, observó sor Ignacia.

—No todos, replicó la aludida; pero esta niña sí que lo es: la más bonita de cuantas han llegado á la casa, y si no, que lo digan todas.

Y levantando en alto á la criatura, la mostró con aire de triunfo.

—¡De veras! exclamó una voz.

—¡Y tan sanita! dijo otra.

—¡Miren qué hoyuelos se le hacen á los lados de la boca! saltó la de más allá.

—Y es decente y principal, hubo quien observase.

—Eso sí, aprobó sor Ignacia. Esta niña no es india, ni hija de cocinera; es de buena raza y familia.

—¡Quién sabe qué misterio habrá en esto! pensó sor Marcelina.

Y se imaginó una historia de amor desgraciado, la caída de alguna joven honesta, la vergüenza de la falta, la necesidad de ocultarla, y la resolución de apelar á aquel doloroso extremo para conciliar la vida de la criatura con la aparente honra de la madre. Para distraerse de aquellos pensamientos, preguntó en voz alta:

—¿Qué edad podrá tener?

—Mes y medio ó dos, á lo más, repuso una de las presentes.

—No puede pasar de dos, declaró sor Ignacia.

En esto la niña, asustada sin duda por las voces y las luces, comenzó á hacer pucheros y á poco rompió á llorar con todos sus pulmones.

—¡Y qué pecho tiene! exclamó sor Marcelina celebrándole la gracia.

—Ha de tener hambre, observó una de las asiladas.

La reflexión puso seria á sor Ignacia.

—Y ¿qué hacemos ahora para alimentarla? interrogó.

—Muy sencillo; llevarla á la sala de Cuna y entregarla á una nodriza, repuso sor Marcelina.

—¿Pero á cuál? insistió la superiora. No hay ninguna disponible.

—Eso corre de mi cuenta.

—¿Pero qué va usted á hacer, sor?

—Yo me lo sé. Atilana tiene leche de sobra; su niño no basta para agotársela. A veces se queja de dolores y grietas en el seno por falta de apetito del niño, y hay necesidad de extraerle la leche con paños calientes: sería capaz de criar á la vez tres ó cuatro criaturas.

—No puede ser, replicó sor Ignacia; sería sacrificar á esa pobre mujer.

—Le sobran las fuerzas y la salud,

insistió sor Marcelina; va usted á verlo....

—En fin, se hará así por ahora, repuso sor Ignacia, puesto que no hay otro remedio.

Satisfecha de su triunfo, se disponía sor Marcelina á salir del dormitorio, cuando la detuvo sor Ignacia.

—Hay otra dificultad, le dijo. ¿Dónde la acostarémos?

—En efecto, balbuceó sor Marcelina, no tenemos más que las cunas indispensables.... Ya le improvisaremos una camita.

En esto sonó de nuevo la campanilla.

—¡Otra! dijo Estéfana con enfado; parece que se han propuesto los malos espíritus no dejarnos en paz esta noche.

—¡Tilín! ¡Tilín! volvió á gritar la campana.

—¡Y parece que les urge! observó sor Ignacia. ¡Cosa rara! ¡A estas horas!

—¿Nos hacemos las sordas? insinuó Estéfana.

Un nuevo y prolongado repique dió la réplica á la portera.

—No, dijo sor Ignacia, no sería posible tolerar esa molestia toda la noche. Anda, Estéfana, corre para que sepamos lo que es y quedemos en paz.

No hubo más remedio, acudió Estéfana á la portería; pero iba gritando con voz enfadada:

—¡Ya!.. ¡Ya!... ¡Van!... ¡Van!....

La última exclamación la lanzó al abrir el postiigo y en las narices mismas de la persona que llamaba.

Era don Juan José Matute. Alto, blanco, fuerte, sonrosado, de cabellos albos y largos, echados hacia atrás de la oreja, de barba como la nieve rizada y larga, rostro benévolo y mirada cariñosa (no amortiguada por los diáfanos espejuelos con aros de oro que, prendidos de las orejas, llevaba á caballo sobre la nariz), infundía tanto respeto como simpatía. Llegaba hecho literalmente una sopa, á pesar del sombrero de anchas alas que le cubría y de la larga capa española que le envolvía desde la barba hasta los pies.

—¿Qué te pasaba, Estéfana? preguntó á la portera con dulzura. Hace quince minutos que estoy llamando.

—Andaba lejos, don Juan, contesté Estéfana mudando el tono de la voz; usted dispense.....

—La verdad es, prosiguió don Juan entrando en el portal, que estoy fuera de hora. Pero las circunstancias lo exijen. Quiero hablar luego con sor Ignacia.

—Usted es de casa... para usted no hay reglamento. Pase, contestó la portera.

Y diciendo así, echó á andar por pasadizos y corredores seguida por Matute,

hasta que llegó al dormitorio donde se hallaba sor Ignacia.

—¡Hola! señor don Juan, exclamó la superiora al vislumbrar á Matute. ¿Tanto bueno por acá? ¿Qué vientos le traen á estas horas y con tan mal tiempo?

—Un negocio urgente.

—Debe serlo, prosiguió la religiosa con gravedad. ¿Quiere usted que hablemos aparte?

—No, repuso don Juan con timidez; no es cosa reservada.

En aquel momento y en medio del asombro general, salió un grito de niño de debajo de la capa de Matute. Sor Ignacia miró asombrada á su interlocutor, y frunció el entrecejo...

—Ya se ve que la cosa no es reservada, observó con ironía.

—Mi secreto es á voces, articuló Matute con una sencillez que cuadraba perfectamente con su sonrisa de infinita dulzura; ya ve usted como tenía razón al declararlo así desde el principio.

Diciendo esto, abrió la capa y puso de manifiesto, bien apretado con la mano siniestra al amplio y robusto seno, otro niño que en aquellos momentos lloraba con altas é iracundas voces.

—¿Me hará usted la gracia de explicarme el enigma? continuó sor Ignacia, adivinando la significación del caso y sin

ablandarse por la actitud mansa y conciliadora de su interlocutor.

—A eso vengo, repuso Matute, á eso vengo.... Este pobre niño es en cierto modo mi nieto. Su padre, Cirilo Sandoval, fué aguador de mi casa durante varios años, y, como era honrado y trabajador, me propuse protejerlo, casi como si hubiera sido mi hijo.... Yo lo casé....

—¡Hola! ¡hola! ¡Usted haciendo oficios de cura! exclamó la madre con tono zumbón.

—Quiero decir, continuó don Juan José, que le ayudé pecuniariamente para que pudiera realizar su enlace.... Y se casó en efecto, con Micaela, una india molendera á quien conoció en mi misma casa; excelente mujer.... Los dos trabajaban y vivían bastante bien, al estilo de los pobres: en un cuanto con puerta á la calle, sin más menaje que un lecho humilde y algunas sillas de paja; pero nada les faltaba y la iban pasando muy contentos. En esto, hará como dos meses, enfermó Cirilo á consecuencia de una caída que sufrió al bajar la gradería de la fuente, y, sin que le valieran auxilios ni esfuerzos, murió á poco.... El caso fué lamentable, y con frecuencia lo deploramos en casa. Juanita mi esposa, que es fatalista, me dijo á raíz del fallecimiento de Cirilo: "No creas, Juan, que en esto pare to-

co; vas á ver como Micaela va á morirse también, y va á quedar en la calle el niño recién nacido".... Me espanté y casi me irrité por el pronóstico, y protesté contra él en alta voz; pero mi mujer insistió diciendo que ojalá no se realizase, pero que á ella le daba el corazón que se realizaría, y aun agregó que la fatalidad se gozaba en perfeccionar sus obras con esmero exquisito.... Pasó algún tiempo sin que hubiese otra novedad en la casa de Cirilo, y casi me había olvidado ya del incidente, cuando, hará como una semana, recibimos recado de que Micaela había caído en cama atacada de pulmonía. Juanita me vió, al oírlo, con ojos tan expresivos, que comprendí quería decirme: "¿Ya ves, Juan, cómo no me equivocaba? Ya cayó enferma Micaela; ahora vas á ver cómo se muere." Por fortuna no desplegó los labios, pues si hubiese hablado, me hubiera causado un disgusto; así que no me dí por entendido de lo que había querido decirme.... Y, efectivamente, ¿lo crerá usted, sor Ignacia? Hoy al medio día exhaló Micaela el último suspiro. Y lo peor no es eso, sino que ha dejado á esta pobre criatura en la última miseria y en el mayor abandono.... Estábamos á la mesa mi mujer, mis hijos y yo, cuando llegó la portera de la casa de vecindad donde vivía Micaela, á llevarnos la noticia, pa-

ra que dispusiésemos el entierro y lo que debía hacerse con el niño. Mi esposa y yo hemos resuelto, después de pensarlo bien, poner á la criatura en esta santa casa....

Sor Ignacia y las demás circunstantes habían oído el relato con vivo y manifiesto interés; cuando Matute acabó de hablar, la fisonomía de la superiora estaba ya seria y pensativa.

—Todo está bien, don Juan, dijo la religiosa, procurando disimular la emoción. La historia que usted acaba de relatar es muy dolorosa y me conmueve... Juanita y usted se han conducido como buenos cristianos; pero usted, mejor que nadie, conoce las condiciones en que se encuentra la Sala de Expósitos, y que cuenta sólo con diez cunas, como que usted mismo la ha fundado. Diez cunas con su correspondiente dotación de colchones, sábanas, almohadas, pañales, gorras, etcétera, cuestan mucho; y todo sin contar las diez nodrizas, que cobran fuerte.

—Pero, madre, observó Matute, un niño más ó menos, nada significa.

—Eso lo dice usted porque no tiene experiencia de lo que son estas cosas; pero significa mucho, muchísimo. Todo se desorganiza con esta falta de método... Además, aquí tiene usted precisamente á esa otra criatura (y señaló á Berta), que acaba de caernos como llovida del

cielo. Hace un momento que una desconocida ,arrostrando con el aguacero, lo mismo que usted, llegó á la portería, y ha dejado con engaño á esa niñita en manos de Estéfana. ¡Qué quiere usted que hagamos con ella! No podemos dejar que se la coman los perros.

—Lo mismo digo yo, interrumpió Matute, creyendo haber hallado un buen argumento en boca de la madre; no podemos dejar que á este niño se lo coman los perros.

—Pero como son ya dos, no tenemos elementos para tanto. Es imposible. Si no fuera por eso, de mil amores. No sólo á él, sino á todos los expósitos, huérfanos y desamparados de la ciudad; pero no siempre los medios de que se dispone están á la altura de la voluntad.... Démelos usted y tráigame á cuantos quiera.

—Se refiere en la vida de no sé qué santo, objetó candorosamente Matute, que cada niño trae consigo una torta debajo del brazo.

—Veamos, continuó sor Ignacia, tornando á mostrar en el semblante una ligera expresión de ironía, veamos si es verdad.

Y diciendo así, tomó al niño de manos de Matute, y, con ademán cómico, se puso á examinarlo. Era feo, de color de chocolate, indio de raza pura; chato, de bo-

ca grande, ojos pequeños, frente deprimida y profusa cabellera negra y lacia.

—Pues no veo ninguna torta, exclamó sor Ignacia levantándole los brazos uno después de otro. Lo único que veo es que es un negrito de lo menos gracioso que se ha conocido.

—No tanto, madre, objetó sor Marcelina; en la cuna tenemos otros más feicitos.

—Usted no es voto, sor, repuso la madre. Para usted no hay niño feo; pero este es de encargo.

En el rostro de las asiladas, que se inclinaban hacia la criatura para observarla, se dibujaba un vago gesto de antipatía á la vista de aquel pobre y ruin vástago. Y se oyeron voces recatadas que decían:

—¡De veras es feo!

—¡Parece rana!

—¡Parece sapo!

—¡Qué diferente de la niña!

—¡Como del cielo á la tierra!

—Eso no significa nada, protestó sor Marcelina, imponiendo silencio á aquellas exclamaciones; pues ¡qué! ¿tiene esta casa por objeto hacer el bien sólo á los séres hermosos? Si á eso nos atuviésemos, ¡cuántos de los que estamos en ella tendríamos que salir de aquí como disparados!.... Yo la primera, agregó con verdadera ó falsa modestia. Por for-

tuna no es eso, sino que tiene un objeto más elevado: proteger á los pobres, sean quien sean, como quiera que se llamen y cualquiera que sea su rostro. Y aun, á mi modo de ver, los feos merecen más compasión que los hermosos, porque la gente hermosa tiene en la cara su carta de recomendación, como suele decirse; mientras que de los feos nadie se duele, como si no fuesen también hijos de Dios.

—No se trata de eso, sor, saltó sor Ignacia penetrada de la verdad de aquellas reflexiones. Ya se ve que aunque este niño fuese más feo que Picio, le habríamos de recibir en esta santa casa, que sólo se inspira en los sentimientos de la caridad evangélica; lo que pasa es que carecemos de los recursos necesarios para echarnos á cuestas una nueva carga, y que somos pobres, muy pobres, y aun hacemos más de lo que podemos....

—¿De suerte que se niega usted á recibir á este pobre niño? interrogó Matute consternado.

—No, no tanto, repuso sor Ignacia, procurando eludir el rigor de la respuesta, no tanto. Déme usted lo indispensable para atender á las necesidades de la criatura, y la acepto, y no sólo á ella, sino á todas las que quiera usted recoger en los umbrales de las puertas ó en los pórticos de los templos.

—Harémos un esfuerzo, madre, excla-

mó sor Marcelina. Ya acomodamos á Bertita, ahora verémos cómo podemos acomodar á este otro niño.

—Ya la viera á usted en mi lugar, sor Marcelina, contestó sor Ignacia. Fácil es mostrar tanta misericordia como la suya, sin llevar á cuestas la enorme responsabilidad que pesa sobre mí; pero cuando es uno quien se apura por conseguir cuanto se ha menester, y el yunque sobre el cual caen y golpean todas las exigencias y disgustos, entonces tiene que conducirse de otra manera.

—Yo no lo decía por tanto, madre, repuso humildemente sor Marcelina poniéndose como la grana; bien sé lo que usted se afana y trabaja por todos nosotros.

Entretanto permanecía Matute en silencio y como reflexionando. Al fin dijo:

—¿De suerte, sor Ignacia, que la única dificultad que tiene usted paar recibir á esta criatura es la falta de recursos?

—No es otra.

—En tal caso, concluyó el anciano, todo está arreglado.

—¿Cómo? interrogó sor Ignacia.

—Comprometiéndome yo, prosiguió aquel, de la manera más solemne, á suministrar cuanto se necesite para el sostén de mi recomendado. ¿Cuánto se habrá menester para proveerle de lo indispensable?

—Bien está, don Juan; pero, ¿qué va usted á hacer para cumplir el compro-

miso? Nada brillante es su situación.... Se necesitarán como veinticinco duros.

—Sabré tomar mis medidas. Mañana, antes del medio día los tendrá usted. ¿Le basta mi palabra?

—Tanto como una escritura.

—La doy.... ¿Está, pues, cerrado el trato?

—Cerrado, don Juan, repuso sor Ignacia; pero queda entendido que no me ha de abandonar en lo tocante á este niño...

—Sólo que me muera; puede usted estar segura de ello.

—Sor Marcelina, continuó la superiora, ya que es usted tan compasiva, tome á su cargo el resolver este nuevo problema.

—No tenga cuidado, madre; verá cómo lo arreglo, contestó la interpelada. ¡Bendito sea Dios!

—EL lo ha de pagar á ustedes, repuso Matute.

—Así sea, concluyó sor Ignacia.

Una vez tomado aquel camino, no sólo volvió el buen humor al espíritu de la superiora, sino que irradió la felicidad por todos los poros de su austero semblante.

—Y á propósito, don Juan, continuó, aun no nos ha dicho usted cómo se llama la criatura, ni qué edad tiene, ni si está ó no bautizada.

—En efecto, repuso Matute, me iba olvidando de comunicar á usted esos da-

tos. Se llama Joaquín Sandoval, tiene ocho meses de nacido y está bautizado ya.

Las asiladas volvieron á murmurar:

—¡Ocho meses!

—¡Qué mal empleados!

—¡Parece que acaba de nacer!

—¡Es como un ratoncito!

—¡Silencio, niñas! interrumpió sor Ignacia. ¿No han oído lo que acaba de decir sor Marcelina? La pequeñez y la debilidad son defectos que no vienen de la voluntad, lo mismo que la fealdad; todo viene de Dios.

—Así es, dijo don Juan, lanzando desde la elevación de su arrogante estatura, una suave mirada sobre el grupo; todo viene de Dios. Niñas, hay que compadecer á los pobres, á los feos y á los débiles, que bastante infelices son sólo por serlo. Y no sólo eso, sino que hay que dar gracias á Dios cuando se ve uno libre de esos ú otros defectos que pudiera tener, y que no tiene sólo por efecto de la divina misericordia.

Comprendiendo las asiladas la profunda verdad de aquella breve homilía, quedaron confusas; tanto más cuanto que la mayor parte de ellas tenía todas esas desgracias juntas: faealdad, pobreza y debilidad.

IV.

Una buena colecta.

La estatua de la Caridad que corona la cúpula del Hospicio de Fópoli, amaneció radiosa y triunfante á la mañana siguiente. Después del aguacero de la víspera, apareció el cielo límpido y transparente, como si nunca nube ténue ó vaho ligero hubiesen empañado su superficie; hubiérase dicho que toda el agua que andaba vagando por los aires, había sido derramada sobre la ciudad, para limpiar su atmósfera de toda impureza.

El alba comenzó muy temprano extendiendo por el horizonte sus cendales opalinos, al través de los cuales filtró la aurora sus dorados reflejos; ráfagas alegres inundaron luego el confín con lluvia de granates y rubíes; y para coronar aquella prodigiosa solemnidad, el sol elevó sobre los cerros su enorme disco, envuelto en cegadoras fulguraciones. Y al herir desde su trono la blanca estatua de la Caridad, que se yergue en la parte más elevada del Hospicio, quebró de tal suerte sus rayos en la ideal cabeza y en el albo ropaje, que, rechazados en torno como chispas de incendio, la envolvieron en aureola espléndida y cerco luminoso.

Temprano despertó Matute y se vistió

de prisa recordando el solemne compromiso contraído con sor Ignacia; y tan pronto como estuvo listo y hubo gustado la frugal colación matutina, tomó el sombrero de jipijapa que usaba de continuo, y salió seguido por algunos mozos provistos de cestas.

Frecuentemente emprendía aquellas jiras por diferentes partes de la ciudad, con el objeto de allegar provisiones para los pobres; lo que hacía, tanto para ejercitar su caridad, que era muy viva, como por cumplir ciertos arreglos hechos con el Obispo, quien le había autorizado para establecer en el Hospicio varios nuevos servicios, y, entre otros, el de la Cuna. Hasta entonces no había habido en Fópoli asilo para niños expósitos ó huérfanos, y andaban en lenguas muchas historias conmovedoras de criaturas abandonadas y muertas de hambre ó frío por calles y plazas.

Aunque nacido en México, Matute había sido educado en España. El 20 de octubre de 1805, su padre, don Juan Bautista Matute, teniente de navío, había muerto batiéndose heroicamente con los ingleses á bordo del "Santísima Trinidad," en la gloriosa batalla de Trafalgar. Por tal motivo, Juan José y su familia habían corrido por cuenta del rey desde que éste fué reinstalado en el trono; así que la viuda fué pensionada y al man-

cebo se le hizo entrar en las Escuelas Pías de Madrid. Al salir de ellas, se le dió lugar en el Colegio náutico de la isla de León, con el nombramiento de guardia marino, y una vez concluídos sus estudios, sentó plaza Matute en la Real Armada.

Poco tiempo después, salió de la Península á bordo del "Asia," barco encargado de traer á Méjico al virrey O'Donojú, quien venía á sustituir á Apodaca, destituido por Buceli. Pero al llegar el "Asia," á Veracruz, se encontró O'Donojú con la novedad de que la Nueva España había roto los vínculos que la unían á la madre patria, y de que Iturbide, después de entenderse con Guerrero en Acatempan, había proclamado en Iguala la independencia de la colonia. Persuadido de que la Nueva España estaba irremisiblemente perdida, y de que sería inútil y criminal prolongar por más tiempo la lucha, firmó paces con Iturbide en la ciudad de Córdoba, y reconoció la independencia de la nueva nacionalidad. Matute, entretanto, había saltado á tierra en Veracruz, y, en vista de los tratados celebrados por los beligerantes, resuelto quedarse definitivamente en su país Poco después sentó plaza en la marina mejicana. Eran aquellos días hermosísimos para la joven nación: todo parecía sonreirle. Hasta los españoles mismos la

acataban y le servían, y los indianos de la víspera, enaltecidos ahora con el nombre de mejicanos (como los vencidos y conquistados por Cortés), acudían de todas partes, al país, para fundirse en los esplendores de su naciente gloria.

Aun no llegaba Matute á los treinta años, y, lleno de bríos y entusiasmo, miraba ante sí un gran porvenir. Y le tuvo, en efecto, por haberse casado con su hermosa prima doña Juana Cañedo, que le hizo muy dichoso; por haber obtenido diversos empleos y grados honoríficos, aun fuera de la marinería; y por haber alcanzado la gloria de ser el benefactor de Fópoli.

Las naturalezas batalladoras conservan su carácter, cualquiera que sea el género de trabajo á que se consagren. Así Matute, aun después de haber abandonado las escuadras, no dejó de pensar en las tempestades y naufragios. Donde quiera que algún infeliz de cualquier modo se ahogaba, volaba á su socorro; y ese noble anhelo le hizo fijar la mirada en los expósitos de Fópoli, para tenderles mano protectora. ¿Qué mayores tempestades que las del mundo? ¿Qué mayores naufragios que los de la vida? ¿Qué náufragos más infelices que los huérfanos y expósitos? Así lo pensó, sin duda, cuando, al llegar á los sesenta años, se consagró al servicio de aquellos desgraciados, pa-

ra redimirlos del abandono y de la muerte.

Lo dicho es suficiente para que el lector conozca á Matute por dentro y por fuera. Dejámosle saliendo de su casa; ahora le encontramos llegando al mercado. Serían como las siete de la mañana cuando se mezcló con aquella babilonia de vendedores de semillas, legumbres, frutas y todo género de comestibles. Todos lo conocían bien y le hablaban con respeto y cariño, porque sabían cuán bueno era, y porque estaban acostumbrados á recibir sus visitas. La de aquel día, no obstante, tenía algo de particular, como lo dió á conocer al dirigir la palabra á la primer vendedora con quien habló. La buena mujer le recibió sonriente y con un enorme manojo de vetrudos y rojos rábanos en la mano.

—Buenos días, don Juanito, le dijo; aquí tiene usted para sus pobres.

Pero don Juan no alargó la mano para recoger la dádiva.

—No, Policarpa, repuso; ahora preferiría cualquier moneda, por pequeña que fuese: estoy muy comprometido, pues debo entregar á sor Ignacia buen dinero antes del medio día. ¿No podría usted darme aunque fuese una monedita de cobre?

—De todo corazón lo hiciera, contestó

la buena mujer; pero mire, aun no he vendido nada.

Al decir esto mostró á Matute vacío y sin un ochavo, el pequeño vaso de barro donde guardaba el producto de las ventas.

—En ese caso, repuso éste, vengan acá los rábanos; precisamente en previsión de eso, he traído á estos muchachos.

Y cogiendo el rubicundo manojo, lo arrojó al fondo de una cesta.

—Mil gracias, concluyó don Juan tendiendo la mano á la pobre muchacha.

Y pasó á un puesto de comestibles.

—¿Qué es de la buena vida, doña Bonifacia? dijo saludando á la corpulenta matrona dueña del comercio.

Era doña Bonifacia tan alta y gruesa como una torre, y al hablar se ponía denegrida y respiraba con dificultad.

—Ya usted lo ve, don Juanito, repuso, siempre detrás del palo hueco, y todos los días más enferma.

—Ni lo diga, que se rueda de gorda.

—Precisamente por eso; mi enfermedad es de gordura. Aquí donde usted ve, la grasa me va á matar. Dice el médico que ya la tengo en el corazón.

—Pues hay que atenderse; por fortuna no le hacen falta los medios.

—Eso parece; pero no todo lo que relumbra es oro. Sólo Dios sabe las apuraciones que paso.

—Pues creía estaba usted bien de re-

cursos. Dios quiera remediarlo todo; darle salud y desahogo. Así lo deseo.

—Lo creo, sí señor....

—En fin, continuó Matute; vamos al grano.

—Ahora mismo, repuso doña Bonifacia, cogiendo la medida de hoja de lata y metiéndola en una pila de garbanzos.

Y dirigiéndose á uno de los mozos, continuó:

—¡A ver, muchacho, acerca la canasta!

—Un momento, interrumpió Matute, voy á proponer á usted una sustitución.

—¿Prefiere usted frijol, azúcar, arroz?

—No; mejor algunas mondeas, pues tengo que comprar ciertos menesteres de que anda necesitado el Hospicio.

—¿Monedas, don Juanito? pero ¡en qué piensa! ¡Si apenas cae una ú otra en el cajón! Esto no es ya negocio, y aun estoy pensando venderlo ó traspasarlo. Efectos sí, con mucho gusto; pero monedas... ¡ya las quisiera!

—En tal caso, dijo Matute suspirando, vengan los efectos.

—Enhorabuena, ¿qué prefiere usted?... Escoja entre todo lo que tengo: azúcar, frijol, arroz, garbanzo, chile...

—No siento predilección por ninguno de esos artículos; todos son de primer orden. Ni quiero agraviarlos estableciendo injustas preferencias entre ellos. ¿Por qué no me cede un poco de cada uno?

—Pero un poco nada más.

—Lo que usted guste; Dios se lo habrá de pagar, y doblado.

Sacó doña Bonifacia unas hojas de papel de estraza de debajo del mostrador, é hizo con ellas cucuruchos de no muy grande capacidad, los llenó con diferentes cereales, y los echó al fondo de la cesta, dando fuertes resoplidos.

—Mil gracias, le dijo el anciano; mis pobres se lo pagarán con oraciones.

Pasó en seguida al puesto de la carnicera, que era una joven giganta, de buen ver y mejores colores, estaba siempre de buen humor, y hablaba y reía, que era una bendición. Parecía un pájaro, solo que en lugar de jaula y alpiste, estaba metida entre dobles hileras de piezas de carne, pendientes de gruesos clavos, y en lugar de trinar, bromeaba con todos, y tajaba pulpa ó partía huesos con el hacha sobre el grueso y grasoso tronco que en medio del despacho se veía.

—Desde que divisé á usted, me estoy preparando para recibirlo.

—¿Y cómo, Plutarca? preguntó don Juan.

—Cortándoles unas costillas á las hermanas de la Caridad, contestó la carnicera con sorna.

—"Para las Hermanas," querrá usted decir, objetó Matute; pues si se las cortase á ellas, mal rato las haría pasar.

—Se entiende; ¿cómo había de atrever-

me á cortar las de sus reverencias? Soy muy buena cristiana.

—Pero ni aun así está bueno.

—¿Ni aun así? ¿Por qué no ha de ser bueno que corte y prepare unas costillas "para" sor Ignacia y su plana mayor?

—Porque cuanto pido y ustedes me dan, es para los pobres, no para las hermanas.

—Está bien, señor; pero á mí nadie me quita de la cabeza, que ellas separan todo lo mejorcito para su regalo: el mejor chocolate, el mejor pan, la mejor leche y.... todo lo mejor.

—¡Calumnias, puras calumnias! Eso es lo que dicen sus enemigos.

—¿De manera que viven de aire?

—Se entiende que comen, y también que participan de la comida de los pobres; de otro modo se morirían de hambre.

—¡Ya pareció el peine! Siendo así, ¿por qué no quiere usted que les parta las costillas?

—En ese sentido no me opongo. Ahora, hablando en serio, Plutarca, lo que necesito es un poco de dinero.

—¿Costillas y dinero? No pide poco sor Ignacia. ¿No sería mejor que le llevase usted el cajón y toda la res?

Y al decir esto, señalaba con el pesado y filoso cuchillo, los cuartos sangrientos que colgaban en torno.

—Nada más que en ese caso, continuó, tendría usted que llevarme á mí también

al Hospicio para que me mantuvieran las hermanas.

—Pero, Plutarca, repuso Matute, ¿quién pide á usted costillas y dinero? He hablado de dinero, y sólo de dinero, fíjese bien.

—Perdone el señor; pero soy un poco sorda... ¿De modo que las hermanas no quieren más que dinerito?

—Nó, ellas nó; soy yo quien lo quiere.

—¿Más dinero todavía? Harto les ha dado usted. Dicen que lo mandan al Santo Padre. ¡Y acá tanta falta como nos hace! ¡Y el dineral que ha entrado en el Hospicio! ¡Sería bueno que saliese un poco de allá para acá!

—Ahora se trata de mí y no de ellas; ó, por decirlo mejor, de un niño huérfano, cuya entrada en la cuna deseo asegurar, comprándole lo necesario.

—Esa es otra cosa, dijo la muchacha con seriedad; y siendo así, con gusto daré lo que pueda.

Acabó de separar los costillares, cortó con el hacha los huesos demasiado largos y puntiagudos, para regularizarlos, y, en seguida, abriendo el grasiento cajón donde iba guardando las "ventas," sacó un puñado de monedas de cobre y plata, y lo puso sobre el mostrador. El anciano, antes de echarle mano, procedió á contarlo, como metódico que era, y halló que el mayor número de las monedas era de cobre, y sólo unas cuantas de plata.

—Dos pesos doce granos justos, dijo Matute al concluir.

Sacó del bolsillo una taleguilla de manta, corrió los cordones, abrió la boca y guardó dentro las sucias y grasientas monedas.

—¡Jesús! ¡qué barbaridad! clamó Plutarca con fingido susto y ademán cómico, ¡me he equivocado! Vuélvame usted los dos pesos, que es lo poco, y quédese con los doce granos, que es lo mucho.

—De eso se encargará Dios, dijo Matute con gravedad.

Y siguió adelante quitándose el sombrero.

—¡Eh! ¡eh! gritó Plutarca. ¿Y las costillas de las hermanas?

—¡Muchacho, la cesta! repuso el interpelado.

Y envió á uno de los sirvientes para que recogiese como una docena de frescas y rojas costillas, que la generosa muchacha reunía y levantaba entre sus manos hombrunas, mostrándolas á don Juan.

Así siguió Matute durante la mañana recorriendo el mercado, puesto por puesto, y recogiendo aquí comestibles, allá monedas de cobre y en pocas partes una ú otra pieza de plata; mas, á pesar de sus afanes, al caer las doce, no había reunido más que cinco pesos. Al oírlas, se dirigió á las tiendas de ultramarinos, y comenzó de nuevo la colecta; y en menos de media hora, con poca charla, recorrió todas

cuantas se abren en derredor del mercado, y pudo cosechar como otros cinco pesos. Aun así, le salían faltando quince; mas como el tiempo se le acababa, emprendió la marcha hacia el Hospicio, consolándose con el pensamiento de que las cestas iban repletas de todo género de provisiones.

Mas en el camino torció el rumbo, porque tropezó con un centinela que hacía guardia frente á una casa, y este sencillo incidente le sugirió una idea que le pareció buena.

—¡Táte!, se dijo; aquí vive el General Briones..... Dicen que tiene muy mal genio, pero buen corazón. ¿Será cierto?

Y se paró un momento á reflexionar.

—En último caso, siguió pensando, me dirá que nó con muy mal gusto; pero eso no importa. En cambio, si salgo bien librado, me dará un buen auxilio.

Tomada su resolución, ordenó á los sirvientes que siguiesen hasta el Hospicio, y se encaminó á la casa del militar.

—¡Alto! dijo el centinela al verle, terciando el fusil delante de la puerta.

—Usted dispense, repuso cortesmente el anciano. ¿Está en casa el señor General?

—¡Cabo cuarto! gritó el soldado sin contestar.

No tardó en presentarse el interpelado.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—El señor General Briones ¿está en ca-

sa? preguntó don Juan; deseo hablar con él.

—No se le puede ver; ha dado orden de que no se le interrumpa.

—Con todo, ¿me hiciera usted la gracia de anunciarme? Soy Juan José Matute; tal vez conozca mi nombre el señor Briones.... Puede usted decirle que tengo un negocio importante que comunicarle...

El sargento vaciló; pero dominado por la amabilidad y el aspecto venerable del anciano, se dejó vencer.

—Espere usted un poco, repuso; nada le aseguro, pero voy á ver.

—Mil gracias.

Con esto entró el cabo en la casa, dejando á don Juan en la acera; tardó en salir, y cuando se presentó de nuevo, traía las orejas color de escarlata.

—Me ha reprendido duramente porque falté á la consigna, dijo, pero puede usted pasar.... Voy á enseñarle el camino.

Así logró Matute penetrar en aquel edificio hosco, que inspiraba al público ideas pavorosas de truenos, juramentos y exterminio, y cuyo aspecto interior correspondía á tales aprensiones, pues parecía un arsenal por lo repleto que se veía de fusiles, espadas, lanzas, cornetas y tambores. Por los corredores había grupos de soldados sentados en las banquetas ó tirados por el suelo; pero todos hablaban á media voz: parecía la casa del silencio. Se conocía que en aquel recinto se hilaba

muy delgado. Subió don Juan la empinada escalera, cruzó un largo corredor y llegó á una puerta de cristales, que se abría en la pared del fondo. El cabo llamó con los nudillos de los dedos.

—¡Adentro! gritó una voz estentórea.

Y penetró Matute en la estancia. Era una sala de vastas dimensiones, tapizada con blanca estera que ahogaba el ruido de los pasos. En derredor, contra los muros pintados al temple, hallábanse alineados numerosos estantes llenos unos de libros, otros de legajos y otros de periódicos. En medio de los balcones que daban á la calle, se miraba la enorme mesa de trabajo del general, ante la cual se hallaba éste sentado Era un hombre como de cuarenta años, de estatura pequeña, tez roja, pelo rubio cortado al rape, corto mostacho de puntas engomadas, nariz aguileña, labios delgados, estereotipado entrecejo y ojos verdes. Con durísima expresión los clavó en el rostro de Matute, quien hizo una profunda reverencia, á la cual contestó Briones con imperceptible inclinación de cabeza. El anciano, un tanto confuso, no halló por lo pronto qué decir ni cómo empezar.

—¿Decía usted, señor? interrogó Briones con severidad. Le advierto que no tengo tiempo que perder. La consigna dada á la guardia era de que nadie subiese á interrumpirme; pero al cabo la ha roto haciéndose acreedor á una buena repri-

menda. ¡Véamos ese negocio "importante!"

—Voy, mi general, contestó Matute, que había permanecido en pie y con el sombrero en las manos.

—¡Pues al grano!

—Soy Juan José.....

—Matute, lo sé; interrumpió Briones con impaciencia.

—De acuerdo con el señor Obispo, he abierto en el Hospicio de pobres una Sala de Cuna.

—¿Y qué tenemos con eso?

—¡Allá voy, señor general! Anoche se murió una pobre viuda dejando un niño desamparado.....

—¡Hum! ¡hum! murmuró el militar removiéndose en el asiento con visible malhumor. Acorte usted, acorte....

—Y para no dejarle perecer, le llevé al Hospicio de pobres; pero la Cuna está llena, y necesito comprar colchón, sábanas y otras cosas para el nuevo asilado...

—¿Y bien?

—Usted comprende....

—No comprendo nada; si no es más que eso, hágame la gracia de dejarme en paz.

—En usted fundo mis esperanzas, señor general.

—Esperanzas, ¿de qué?

—De conseguir lo necesario para comprar todo eso.

—¿Y es ese el negocio "importante" que le ha traído aquí?

—Sí, señor.

—¡Pues es una patochada!

Briones bufaba; increíble le parecía que mortal alguno se atreviese á desafiarle con tanta frescura.

—Se me figura, continuó golpeando la mesa con el puño, que lo que usted se ha propuesto, ha sido jugarme una mala pasada.

—No lo permita Dios; no soy capaz de eso.

—¡De mí nadie se burla, señor mío!

E hizo un ademán que claramente quería decir: "¡márchese usted en el acto!"

—¡Luego, señor general! repuso Matute adivinando el sentido de la indicación; tan pronto como usted me dé algún socorro.

Briones, sin contestar, se encogió de hombros, y, para desairar á Matute, tomó la pluma y continuó escribiendo ó haciendo como que escribía. Entretanto, inmóvil como una estatua, permaneció don Juan mirándole suplicante, aunque sin ser visto, sin duda con el objeto de ablandarle. El general, que sentía sobre sí aquella mirada, pudo reprimirse algunos minutos, procurando abstraerse en su labor; mas era demasiado nervioso para soportar la situación. Al fin, rojo de cólera, arrojó con ímpetu la pluma sobre la mesa, y levantándose, vociferó:

—¡Es imposible! ¡no puedo trabajar! ¿Qué hace usted ahí todavía?

—Espero, señor general......

—¿Y qué es lo que espera?

Briones tenía ya la sangre en la cabeza al articular las últimas palabras, y miraba á Matute de hito en hito con aire de desafío. Si don Juan José hubiese sido prudente, se habría marchado al observar su actitud, y todo hubiera parado en gritos y palabrotas; desgraciadamente, cuando tomaba un empeño entre manos, no lo abandonaba con facilidad. Sobre todo, la idea de no haber reunido ni la mitad de la suma ofrecida á sor Ignacia, le impulsaba á ser testarudo. No; lo que era de allí no había de salir con las manos vacías.

—¿Está usted sordo? siguió vociferando Briones. ¿Qué espera?

—¡Que Dios le mueva el corazón! repuso el anciano.

La frase sonó como nota falsa en aquel ambiente; pareció una burla. No es raro que la gente buena incurra en faltas de tacto como esa, pues la idea del fin moral que la domina, suele tornarla inoportuna. El rostro de Briones, de rojo que era, se puso escarlata; y creyendo que Matute se mofaba de él, y había ido á su casa con el único designio de hacerle una mala jugada, no supo ya de sí, perdió los estribos, y, ciego de rabia, se lanzó sobre él, gritando:

—¡Insolente! ¡Fuera de aquí!

El general tenía la mano larga: estaba acostumbrado á tratar á puntapies y bo-

fetones á los soldados, como era costumbre en aquellos buenos tiempos. Así que, llevado de sus hábitos, unió la acción á la palabra, y arremetiendo contra don Juan José, que permanecía inmóvil, le cogió por el cuello, y le sacudió y empujó con furia para ponerle en la puerta. El anciano, que no aguardaba la agresión y estaba debilitado por la edad, no pudo resistir la violencia, y dió consigo en tierra á los primeros estrujones. De pronto sintió indignación é ímpetus de volver golpe por golpe; pero se reprimió en el acto, y no lanzó ni una queja; lo único que hizo, fué murmurar al incorporarse:

—¡Sea por el amor de Dios!

Tardó un momento en levantarse, aturdido por la caída, y cuando al fin logró ponerse en pie, fué con la ayuda del mismo general. Recogió el sombrero que se le había escapado de las manos, y se dispuso á marcharse en silencio; pero su agresor le detuvo.

—¡Un momento! le dijo con voz alterada.

Briones era noble en el fondo, aunque no lo parecía; exaltado así, pero no cruel ni perverso. Le pasaba lo que á todas las personas arrebatadas: no bien había cometido una violencia, le venía la reflexión y se dolía de lo hecho; era la historia de todos los días de su vida. Ahora, pues, que había puesto la mano en un hombre pacífico, en un caballero bien nacido, y sobre todo,

en un anciano, sintió más que nunca vergüenza de sí mismo; y las breves palabras de Matute, tan humildes como insólitas, hicieron que su frente se cubriese de rubor:

—Caballero, ha sido una violencia, continuó diciendo. Caballero, perdóneme. ¿Me perdona?

—No hay de qué, señor.

—No diga usted eso. ¿Me perdona?

—Está usted perdonado.

—¿De todo corazón?

—De todo corazón.

—Gracias, no esperaba menos de usted.

Y anheloso de resarcir el mal que acababa de hacer, abrió con mano febril una de las gavetas de la mesa, y sacando una talega de dinero, la puso en manos del anciano.

—¿Para qué es? preguntó Matute.

—Para usted.

—¿Toda?

—Toda; haga usted con ella lo que quiera.

La emoción cegó á don Juan, que quedó deslumbrado: apenas podía creer lo que pasaba. Lograba al fin lo que tanto había deseado, pues podría cumplir lo ofrecido á sor Ignacia, y tendría el niño cuanto hubiese menester. Reflexión tan placentera borró de su alma hasta el recuerdo de la ofensa recibida, y absorto en aquellas consideraciones, y pensando sólo en la largueza de la dádiva, tomó la mano del ge-

neral, murmurando un "¡Dios se lo pague!," y la llevó á sus labios.

Briones la retiró como si hubiera sentido el contacto del fuego. Sin comprender lo que estaba pasando, vió como al través de un velo de niebla, que Matute se marchaba sonriente y haciendo profundas reverencias; y considerando la fealdad de su acción y la belleza del alma del anciano, sintió que un sollozo le brotaba del pecho y de los ojos una lágrima, al bajar á su conciencia la confusa percepción de una extraña grandeza.

V.

Se rompe un velo inútil.

Omitimos describir la satisfacción que se dibujaba en el rostro de Matute al presentarse á la superiora del Hospicio momentos después de la escena que acabamos de relatar, el asombro de ésta al recibir de manos del anciano tanto dinero, y las fiestas que ella y las otras hermanas hicieron á las canastas de provisiones; el lector podrá figurarse todo eso, tomando en consideración las circunstancias del caso. Para colmo de alegría, resultó que las cuentas mismas de sor Ignacia habían sido exageradas, y que el surtido de todo lo

necesario para el niño, costaba menos de lo calculado; de suerte que con el subsidio de don Juan, pudo comprarse lo preciso no sólo para Joaquín, sino también para Berta y otras varias criaturas.

—Ya que la casualidad trajo á la vez á los dos niños á esta santa casa, dijo la graciosa hermana sor Marcelina, conviene poner juntas sus cunas; tanto más cuanto que un mismo acto de caridad y un mismo óbolo piadoso les han proporcionado cuanto han menester.

Así fué cómo desde aquel día, se vieron contiguas las cunas de Berta y Joaquín, y los nombres de los niños anduvieron juntos constantemente en los labios de todos

Pocos días después, se dió traza al bautismo de la expósita. Para ello fué invitado un matrimonio rico, como que la superiora no perdía oportunidad de provocar las liberalidades de la gente adinerada; y como era público y notorio que aquellos buenos señores apaleaban los pesos, como suele decirse, los eligió sor Ignacia para el objeto, no sólo con el fin de arrancarles alguna limosna, sino también con el de poner bajo su protección á la tierna niña á quien se iba á cristianar. Desgraciadamente eran demasiado viejos aquellos buenos señores, y murieron mucho antes que su ahijada. Buscando al acto mayor relieve, obtuvo sor Ignacia que el mismo deán de la Catedral, tanto más decorativo cuanto más anciano y trémulo parecía, fuese

quien administrase el agua bautismal á la criatura. Cúmulo tal de bien escogidas circunstancias, dió por resultado que el día del bautizo fuese de gran regocijo en la casa de los pobres, que éstos vistiesen con esa ocasión, sus trajes de fiesta, que hubiese lucidos refrescos en el refertorio, que los compadres repartiesen volos entre todos los asilados, y que, amén de todo eso, fuesen llevadas al hospicio cargas de diversos azúcares y cereales, donados por los padrinos, que eran dueños de famosas y ricas haciendas.

A la niña se le puso por nombre Berta Cabañas, lo primero en obediencia á la indicación contenida en el papelito hallado en el relicario, y lo segundo, en honor al santo obispo fundador de aquella casa; y el angelito lució ricas mantillas y encajes finos en la ceremonia, merced á la liberalidad de sus padrinos, quienes, aparte de eso, le otorgaron un donativo de cien pesos, que recibió sor Ignacia para que dispusiese de su valor en beneficio de la niña, ó bien para que se lo conservase como un corto dote para cuando saliese del Hospicio.

Pasados los festejos, siguió la vida regular y monótona de la casa de caridad.

Casi á la vez concluyó la lactancia de Joaquín y Berta, á pesar de la diferencia de sus sendas edades; pues como aquél era tan desmedrado y endeble, y ésta tan fuerte y sana, resultó que el niño necesita-

se nodriza casi dos años, con lo que se igualó con Berta, quien la tuvo sólo diez y ocho meses. Sufrieron al mismo tiempo el destete, adolecieron á la vez de los trastornos gástricos que ocasiona la dentición, y más tarde, las viruelas locas y el sarampión los obligaron á guardar cama en igual época.

Durante ese período de evolución, cuidó sor Marcelina de ellos con cariño maternal, en tanto que Matute no cesaba de llevar al Hospicio buen contingente de dinero y víveres, ya para el sostenimiento general de la casa, ya para hacer frente á los gastos personales de su protegido; y como los recursos que aportaba solían ser superiores á las necesidades del niño, hallaba medio sor Ignacia de hacer á Berta partícipe del beneficio. Entretanto iban creciendo paralelamente Berta y Joaquín. Este pobre muchacho parecía todos los días más obscuro de color, hirsuto de pelo, deprimido de frente, aplastado de nariz y hendido de boca. Sor Marcelina le había tomado, con todo, bajo su protección por eso mismo, y tenía para él ternuras exquisitas. Traíale en brazos y paseábale alegre por patios y jardines, jugueteando con él y cantándole dulces canciones; y acariciábale y besábale con tan franco y espontáneo deseo, como si se hubiese tratado del delfín de Francia. Y como no faltase quien se manifestase asombrado al ver su predilección por Joaquín

y su aparente despego hacia Berta, explicaba el caso la buena hermana muy grave y dulcemente con las siguientes razones:

—Bien comprendo que no hay comparación posible entre estos dos niños desde el punto de vista de la figura; pues mientras Joaquín es feo y poco gracioso, es la niña un granito de oro, un capullito de rosa, una estrellita del cielo; mas por eso precisamente consagro mis preferencias á Joaquín, porque, si yo no le quiero y agasajo ¿quién ha de hacerlo? ¿Y no sería cosa muy triste que no tuviese este pobre niño quien le mimase? Cierto que el señor Matute le quiere bien y le protege; pero lo hace á estilo de padre y no de madre!

Y añadía en tono sentencioso:

—No basta dar á los niños comida y vestido; es necesario darles también caricias, porque las han menester tanto como el sustento. Los niños feos las necesitan aún más, porque á ellos todo el mundo se las niega. Se les hace la caridad, pero desde lejos, porque no inspiran simpatía; de suerte que son dos veces indigentes. Ejerzo, pues con Joaquín una caridad á mi modo; yo, que no tengo nada le doy mis caricias. Si no fuera por mí no habría quien le pasara la mano por las mejillas, ni quien posase los labios sobre su frente y sus ojos.

Y al decir esto la tierna hermana, estre-

chaba contra el corazón á Joaquín y le besaba con sincero arrebato.

Y en efecto, mientras á Joaquín nadie le hacía aprecio, andaba disputada la niña de mano en mano, no sólo por las hermanas, sino también por las asiladas y las visitas; siempre festejada, acariciada y querida, llena de mimos y regalos. Y es que era tan atractiva, como si las hadas desde la cuna, se hubiesen empeñado en concederle todos sus dones. Blanca como la leche, de frescas, rosáceas y redondas mejillas, de ojos azules y grandes, de boca roja y diminuta, de pelo rubio y rizoso, siempre alegre y risueña, parecía un querubín bajado del cielo.

Y para que nada faltase á sus inocentes hechizos, había recibido de Dios la índole más mansa y cariñosa que se ha visto. Nunca se oponía á nada, á todo estaba constantemente dispuesta; su complacencia era perpétua é intuitiva. La primera palabra que aprendió á decir, después de "mamá," fué "sí." A todo cuanto se le decía, contestaba que "sí."

—¡Que te levantes, Berta! decíale sor Marcelina.

—¡Sí! respondía la niña.

—¡Que no comas tanto pan!

—¡Sí!

—¡Que no te arrastres por el suelo!

—¡Sí!

—¡Que entres en el dormitorio!

—¡Sí!

—¡Que te metas en la cama!

—¡Sí!

Y siempre "sí;" en todo momento y en cualquier ocasión "sí" y "sí," ya le agradase ó le fuese enojoso el mandato, ora significase un placer, ora una pena. El cielo había formado aquella almita, de dulzura y obediencia, de suavidad y de amor. ¿Qué extraño, pues, que cuantos la conocieran se sintiesen dispuestos á cogerla en brazos, festejarla y acariciarla con intensa fruición y simpatía? Sus mejillas, semejantes á maduros melocotones, eran una perpétua invitación al beso, y tan apremiante, que nadie la resistía.

Era opinión general que Berta viniese de alguna familia principal y empingorotada. Los malignos se complacían en atribuirle altas paternidades y maternidades, con designación expresa de nombres conocidísimos y aristocráticos; pero todo eso no era más que pura fantasía ó declarada impostura, pues, en realidad, nadie sabía nada sobre el origen de la niña.

Nosotros vamos á decirlo, porque estamos en el secreto, y preferimos revelar esta poridad, á mirar calumniada y en lenguas á la inocencia.

Sus padres, aunque de buena procedencia, formaban parte de esa clase que, por hallarse igualmente alejada de la baja y de la alta, es conocida con el nombre de "media." Su abuelo materno, el doctor en medicina y cirujía, don Leopoldo Revuel-

ta, había gozado en Fópoli reputación de docto y acertado, y, mediante una labor larga y asídua, había logrado colocar á su familia en una posición decorosa. En sus buenos tiempos, había llegado á ser profesor de la Escuela Médica del lugar y encargado de una de las salas del Hospital Civil. Desgraciadamente, debido á causas desconocidas, al llegar apenas á la madurez de la vida, había sentido que se le debilitaba la vista, y poco á poco, había ido perdiendo la fuerza óptica, sin que ni los mayores esfuerzos de sus colegas, ni los cuidados esmerados de su hija Teodosia, hubiesen sido parte á atajar el avance de la terrible dolencia. Según el diagnóstico de los mejores oculistas, la enfermedad del doctor Revuelta no había tenido remedio desde que se había iniciado, pues consistía nada menos que en la parálisis del nervio óptico, mal profundo y recóndito, que ni colirios ni escalpelos son capaces de alcanzar ni combatir. Así fué que siguió oscureciéndose gradualmente la vista del profesor, quien había comenzado por no percibir los objetos por algunos de sus lados, mientras los miraba claramente por otros. Entretanto, parecían sanos los ojos del enfermo: hermosos y límpidos, de niñas trasparentes y azuladas, y de expresión suave y melancólica. Fijábanse en los del interlocutor con la misma dulzura y claridad de siempre, y nadie hubiera sospechado estuviesen amenazados de ceguera, pues

no tenían rojez ni deformación en la córnea, ni mancha en el cristalino, ni cosa que pareciese alarmante en ninguna de sus partes; por eso precisamente daba mayor compasión el verlos, pues dolía considerar que, bajo su apariencia normal, llevasen acurrucada en el fondo la sombra que acabaría por cubrirlos.

Había enviudado pronto Revuelta, y como único alivio de su soledad y tristeza, conservaba á su lado una niña llamada Teodosia, débil y triste resto del náufrago bajel de sus amores. Por fortuna, cuando comenzó á manifestarse la dolencia, contaba ya Teodosia diez y seis años; y como era lista y animosa, había podido, á pesar de su corta edad, hacerse cargo de la situación, no sólo para proveer al gobierno de la casa, sino también para cuidar y atender con eficacia á su padre.

Había heredado Teodosia la hermosura de la madre, la cual á su vez la había heredado de la abuela; en aquella familia no había habido hembra fea, ni exenta de atractivo, pues hasta las menos favorecidas por la suerte, habían sido, cuando menos, graciosas. Tan precioso legado trasmitido de generación en generación, parecía destinado á perpetuarse en aquella familia. Morena era Teodosia, pero de un tinte moreno bastante claro, y llevaba en las mejillas el color de la salud y de las frescas manzanas. No tenía ojos grandes, pero sí expresivos y de largas y

rizadas pestañas; y, aunque su estatura no era elevada, era tan bien proporcionada de cuerpo, que un griego no le hubiese dado ni una línea más ni una línea menos por ninguno de sus lados. Sus facciones no pecaban por exceso ni por defecto, y tenía una gracia tal en la fresca y encendida boca, ya para hablar, ya para reír, ó bien para hacer mohines, que, complacidos los ojos, se recreaban contemplando los primores y donaires de sus rojos labios y la resplandeciente blancura de sus dientes. A todo eso, había que agregar la extraordinaria fogosidad de su temperamento, que le comunicaba una vivacidad exuberante y una fuerza de atracción irresistible.

A medida que la ceguera de Revuelta había ido avanzando, el buen doctor, dominado por la tristeza, había ido retirándose de la sociedad y del mundo, hasta el punto de quedar reducido á la compañía de algunos deudos y muy contados amigos. Entre ellos se encontraba un joven discípulo suyo, muy simpático, llamado Francisco Palacios. Al cursar aquel joven el primer año de Medicina, recibió clases de Revuelta, quien comenzaba ya por aquel tiempo á quejarse de fatiga en la vista; y, con motivo del trato y bondades del profesor, había dado Palacios en frecuentar la casa de éste, ya para consultar libros, ya para recibir especiales explicaciones sobre los cursos. Poco tiempo después, había quedado incapacitado Re-

vuelta para continuar desempeñando el profesorado, y desde entonces el agradecido Palacios se había impuesto el deber de no abandonarle; así que le visitaba muy á menudo, entreteniéndole con la crónica de la Escuela y del Hospital, y con lecturas de libros y periódicos.

Palacios era hijo de un comerciante de aldea; mas por su brillante apostura, blancura de la piel y color dorado del pelo, habríale tomado cualquiera por un hermoso hijo de Albión. En todo caso, tenía la pinta de un inglés pobre, pues sólo disponía para hacer sus gastos, de una pensión miserable, que le bastaba escasamente para pagar el mísero cuartucho donde vivía, y procurarse una ruin alimentación. Apasionado por el estudio y de una inteligencia notable, gozaba de gran estimación entre sus condiscípulos y maestros; y era opinión general entre unos y otros, que no había habido de muchos años á aquella parte, alumno de más aventajado entendimiento que él en las clases que iba cursando. Tendría por entonces diez y nueve años, y llevaba el alma tan cargada de ensueños y de tanto fuego el corazón, que bien pudiera decirse que no vivía en este mundo, sino absorto en la contemplación de las mágicas ilusiones que volaban por su mente.

Privado de hogar propio, tomó el joven por suyo el de Revuelta, y pronto quedó establecida la costumbre de que casi no sa-

liese de aquella casa, donde bien se hallaban todos en compañía, y donde se pasaban horas gratísimas de sabrosa conversación ó escogida y variada lectura. De aquel roce constante y creciente intimidad entre los jóvenes, nació la inclinación mutua de Francisco y Teodosia. Hermosos, inexpertos, y aproximados por la suerte, estaban fatalmente destinados á quererse; así que la historia de sus amores fué natural y lógica, aunque desgraciada. Se amaron al principio con amor de niños, casto y puro, é hicieron juntos, dulces proyectos de dicha para lo porvenir; y el doctor, que supo á tiempo lo que pasaba, no solamente lo aprobó, sino lo aplaudió cordialmente, creyendo ver en aquellos amores, un acontecimiento providencial para sostén y dicha de su hija. Desgraciadamente su ceguera fué aumentando, y disminuyendo con ella su cuidado y vigilancia cerca de los ardorosos adolescentes. Y como el fuego crecía y las ocasiones se venían á las manos, y como á la inexperiencia de la edad, se unían el arrebato de la juventud y la impaciencia por llegar al término anhelado, sucedió lo que era de esperar. Y fué que aquellos amores todos los días más vehementes, fueron perdiendo poco á poco idealidad y poesía, hasta llegar á convertirse, al fin de todo, en una triste caída y en una falta vergonzosa. Por fortuna acaecía todo eso cuando ya Revuelta podía apenas distinguir los objetos; así

que el pobre padre no llegó á darse cuenta de lo que pasaba, y continuó creyendo que los jóvenes se amaban sin mengua de sus deberes, mancilla de su nombre, ni ultraje á su desgracia. Y quiso Dios misericordioso que, antes de que Teodosia viese sellada su falta con la venida al mundo del fruto de sus culpables amores, una breve y aguda dolencia sacase á Revuelta de aquel mal paso; que sólo por las puertas de la ceguera y de la muerte pudo librarse de la vergüenza y de la deshonra.

Apenas fallecido Revuelta, tuvo la exaltada Teodosia un agrio coloquio con Palacios, á quien exigió un matrimonio inmediato para reparación de su buena fama; pero como el joven era pobrísimo y de menor edad, no pudo acceder á ello desde luego. En cambio, juró á la joven por lo más sagrado, que lo haría tan pronto como allegase los recursos indispensables y cumpliese los veintiún años; pero Teodosia no entendía de razones: le llamó traidor y fementido, lloró de rabia y despecho, se volvió casi loca, y, sin más ni más, le despidió de su casa, diciéndole que nunca volverían á verse. Y en efecto, á la hora menos pensada desapareció de su hogar, sin que nadie pudiese dar noticia de su paradero; y se ocultó tan bien y porfiadamente, que nunca más volvió á verla su amante, ni á saber de ella durante su vida.

Lo que hizo, en realidad, fué meterse en la casa de una parienta lejana que tenía,

y vivía en las afueras de la ciudad, y ahí dar á luz á su hija Berta, entre terribles y alternados accesos de llanto y cólera. Después de eso, obrando con una frialdad y un endurecimiento de corazón inexplicables á sus años, y no queriendo batallar con la niña ni echarse á cuestas la carga de su culpa, la llevó por sí misma á la inclusa, como queda relatado.

Su incalificable conducta y el extraño é impensado desenlace por ella dado al amoroso conflicto, dejaron en el corazón de Francisco una huella de dolor, que nunca llegó á borrarse. Teodosia y su hija se perdieron para él en el torbellino de la vida, como una gota de agua en el océano, como una voz en el desierto; pues por más empeño que tomó y pasos que fué dando para aclarar el misterio, nunca logró penetrarlo. Así se vió eclipsada para siempre la alegría de su juventud, pues, aparte del peso abrumador de aquella amarga historia, sentía sobre sí el de una responsabilidad imposible de ser satisfecha.

¿Quién podría adivinar el paradero de Teodosia? ¿Quién explicar á qué fin llevó á su hija á la casa de expósitos? ¿Quién asegurar que no haya sido para salir de nuevo á la sociedad, renovada y libre, á fin de seducir otro corazón y conquistar nombre y esposo al abrigo de una falsa virtud? ¿Quién, que no haya sido para

entregarse á la liviandades de la juventud, del amor y de la codicia?

Dejémosla pues, engolfarse en el mar de la existencia, como potente fragata armada en guerra y dispuesta á abordar y echar á pique inexpertos y confiados bajeles; y volvamos los ojos á Palacios, cuyos breves y románticos hechos valen bien la pena de ser bosquejados.

VI

Cómo murió Palacios.

Mientras Berta y Joaquín iban creciendo al abrigo de la Casa de Caridad, arreciaban los vientos revolucionarios fuera del recinto misericordioso. Santa Anna había ascendido á la presidencia una vez más, por medio de la revuelta, y habíase hecho proclamar dictador vitalicio y otorgar poderes para nombrarse un sucesor. Los patriotas volaron á las armas. Corta fué la lucha. México estaba cansado de "su Alteza;" la situación se fué desmoronando como el azúcar en el agua, y el dictador se vió obligado á salir de la República. Al triunfo de la revolución, fué convocado el pueblo para elegir diputados á la Constituyente, y poco después se reunió en México el Congreso Nacio-

nal. Desgraciadamente la discordia había minado al mismo grupo que había derrocado al tirano, y el Presidente Comonfort, que tan eminentes servicios acababa de prestar á la patria en la lucha contra Santa Anna, lanzó á poco el grito de rebelión contra el nuevo orden de cosas; mas el pueblo por movimiento espontáneo, se dispuso á defender la Ley Fundamental.

En circunstancias tan críticas, los fopolitanos, sin distinción de clases, convirtieron su ciudad en centro de resistencia. Gobernaba por entonces aquel Estado el General Parrodi, quien ofreció al Vicepresidente Juárez, ascendido á Presidente por ministerio de la ley, asilo y refugio en Fópoli, donde "estaría resguardado y defendido por los leales pechos de sus conciudadanos." Juárez, encarcelado por Comonfort, pero puesto en libertad muy á poco, había salido de México y establecido su gobierno en Guanajuato. Entretanto, Comonfort se expatriaba y el partido militar hacía Presidente á Zuloaga, quien levantaba un fuerte ejército con los restos del santanista, para lanzarse en persecución del Vicepresidente. El avance del ejército revolucionario obligó á Juárez á salir de Guanajuato y dirigirse á Fópoli. Parrodi entretanto, había invitado á los gobernadores de los Estados para que se le uniesen, y logrado que le secundasen varios de ellos; y una

vez reunidas las milicias provincianas, marchó al encuentro del enemigo.

Juárez y su Ministerio fueron recibidos en Fópoli con indescriptible entusiasmo, é instalados en el Palacio de Gobierno.

Francisco Palacios, en unión de Miguel Cruz Ahedo, Antonio Rosales y Antonio Molina, héroes que han llegado á la inmortalidad, fué uno de los primeros en alistarse bajo la bandera de la legalidad. Sus amores desgraciados con Teodosia habían dado nuevo giro á sus ideas; y de joven frívolo que había sido, habíase tornado entusiasta demócrata, con la gravedad y el arranque de un apóstol. Concluidos los estudios, faltábale sólo obtener el título para completar su carrera de médico; pero en medio de la confusión de aquellos tiempos de fiebre, nada funcionaba con regularidad, todo andaba desorganizado y fuera de quicio; y ni los profesores pensaban en examinar á los alumnos, ni éstos en terminar su carrera. Palacios estaba impregnado de las ideas que flotaban en la atmósfera, y, como tenía temperamento exaltado, era uno de los más vehementes sostenedores de las nuevas ideas.

Había sido colocada desde el tiempo de la colonia en una de las torres de la Catedral, una campanilla de timbre penetrante, á la que, por costumbre inmemorial, se daba el nombre de "Campanita del Correo." Sirvió cuando España nos mandaba,

para anunciar la llegada de los virreyes ó de la Nao de China, ó la jura de algún monarca; una vez realizada la independencia, continuó llamando la atención pública hacia las noticias faustas, las cuales, por desgracia, se referían las más veces, á batallas ganadas por mejicanos contra mejicanos. Así, al ser puesto Juárez en libertad, al establecer su gobierno en Guanajuato, y á su llegada á Fópoli, no cesó aquel instrumento vocinglero de pregonar y celebrar tales nuevas con su lengua de bronce; y Palacios le oía con tan honda emoción, como si anunciase la vida ó la muerte de sus propios padres. Cuando escuchaba los sonoros y jubilosos repiques de las campanas de la ciudad, que iban en pos de las vibraciones de la campanilla, no cabía en sí de gozo, y se sentía capaz de las hazañas más extraordinarias. Desde los tiempos de su desgraciada pasión por Teodosia, no había vuelto á sentir oleadas de sangre como aquellas, levantadas por la pasión en su pecho juvenil. ¿Cuál no sería, pues, su desesperación cuando supo en día aciago, que Parrodi había sido vencido, y que los revolucionarios avanzaban sobre Fópoli para asestar el golpe de gracia á la Constitución? Cundió como rayo por la ciudad aquella noticia, alentando las esperanzas de los secretos amigos de los rebeldes, y enardeciendo el furor de los constitucionalistas. Aunque la mayoría de los fopolita-

nos era juarista, los simpatizadores de la revolución no eran pocos ni inútiles, pues contaban con altos y misteriosos apoyos de gente rica y principal. Era Fópoli entónces coma hirviente caldero de pasiones, donde nada permanecía sereno, ni en su lugar, pues la discordia política había llegado como el Evangelio, á ser espada colocada entre el esposo y la esposa, el padre y el hijo, y el amigo y el amigo. Grandes intereses en lucha, atizaban el fuego de aquella inmensa hoguera, y los elementos de combate eran colosales; había en la atmósfera algo extraordinario, como pasa en las luchas decisivas, donde se juega el todo por el todo.

Cobraron nuevos bríos los rebeldes después del descalabro de Salamanca, y sus secretos amigos de Fópoli, queriendo apresurar el desenlace, concibieron un plan atrevido para arrancar pronto de su mástil, y arriar para siempre, la bandera de la Constitución; y fué el de apoderarse de Juárez y sus ministros, por medio de un golpe de mano. Para poner por obra el osado pensamiento, cohecharon al Coronel Landa, jefe del cuerpo que custodiaba el palacio; y una mañana, á la hora menos pensada y á la sazón que Juárez y sus ministros estaban reunidos, sonaron gritos y disparos, y Landa al frente de sus soldados, tomó posesión del edificio, redujo á prisión á los Supremos Poderes, armó á los presidiarios y abocó piezas de

artillería en las bocacalles de la plaza principal.

Los milicianos, por su parte, organizaron la resistencia sin pérdida de momento y abrieron fuego sobre los pronunciados, desde sus cuarteles.

* * *

En uno de éstos, cuyo coronel era Cruz Ahedo, y cuyo comandante era Molina, fué vivísima la indignación producida por aquella infidencia. Palacios pertenecía á ese cuerpo en calidad de capitán. Cruz Ahedo y Molina llamáronle á consejo para acordar lo que debería hacerse para libertar al Presidente y á su gabinete; y después de mucho discutir y considerar, resolvieron realizarlo por medio de un golpe de audacia. Disponían sólo de ciento sesenta soldados; pero ni sabían medir el peligro ni dudaban de nada; todo era posible para ellos. Su arrojo les hacía ver como realizable y aun fácil aquella aventura. ¡Ciento sesenta hombres para atacar una fortaleza! ¡Ciento sesenta hombres, apenas armados, para apoderarse de buen número de cañones! ¡Solamente entónces y á hombres como ellos, pudo ocurrirse idea tan descabellada!

El plan propuesto y adoptado, fué de una sencillez extrema. Convínose formar cuatro pelotones con los ciento sesenta milicianos, y que cada uno de éstos

se dirigiese por calles diferentes y en actitud pacífica, hacia la plaza principal. Una vez llegados á aquel sitio, dos de ellos deberían romper el fuego sobre las alturas, en tanto que los otros dos atacasen á la guardia. Palacios aplaudió la idea con entusiasmo, y pidió y obtuvo el mando de uno de los grupos.

Al siguiente día por la mañana, y á la plena luz del sol, salió en efecto, del cuartel, aquel puñado de bravos, dividido en cuatro secciones. Los transeuntes que vieron á los milicianos transitar por las calles, aparentemente descuidados, no sospecharon nada, y los grupos armados pudieron llegar inadvertidos al lugar de la cita. Los de Palacios y Molina fueron designados para atacar la guardia; los otros dos se encargaron de batir á los landistas apostados en las alturas.

Una vez á la vista del Palacio, dió Francisco la voz de "¡alto!" á su pelotón; y con las facciones alteradas por la gravedad del momento, pero con ademán determinado y voz potente, dijo desenvainando el acero:

—Compañeros, somos pocos, pero como despreciamos la muerte, podemos valer por todo un ejército. ¡Vamos á librar á los Supremos Poderes! ¡Adelante!

En aquel momento, los otros pelotones habían roto ya el fuego sobre las alturas. Esta circunstancia impidió al joven sorprender á la guardia; así que, cuando

avanzó á paso veloz, fué recibido con una descarga cerrada. Los proyectiles alcanzaron á varios de los suyos, que rodaron por tierra; pero los que quedaron en pie, siguieron avanzando. Nuevos refuerzos salieron del interior del edificio para repeler á los asaltantes, y llegaron también más milicianos á unirse con los de Palacios; y así fué haciéndose el combate á cada momento más serio y comprometido. Aunque los fuegos cruzados de las alturas sobre aquel puñado de valientes, iba mermando á cada paso sus filas, sordo á las voces de la prudencia ó del miedo, fué ganando terreno palmo á palmo, y pronto, al combate á distancia, sucedió la lucha cuerpo á cuerpo; pero los soldados de línea, heridos de cerca por los milicianos, caían en gran número delante de la puerta, é iban formando un nuevo obstáculo al avance de los asaltantes. Los artilleros entretanto, habían logrado sacar y descargar algunos cañones; pero como los milicianos no iban en grupo compacto y habían acabado casi por mezclarse con la guardia, los disparos hicieron más ruido que víctimas.

Espada en mano caminaba Palacios como una tromba, sin que nada ni nadie pudiese atajar su empuje, y los hombres que iban tras él, electrizados por el ejemplo, menospreciaban las balas, tanto como él mismo. Así lograron, arrollándolo todo, colocarse bajo el arco de la puerta

principal. En aquellos momentos el espectáculo era sublime: rugía la fusilería, los proyectiles hendían el espacio, nubes de humo se elevaban por donde quiera, y á la luz del sol y al fulgor de los disparos, se veía el suelo sembrado de cadáveres. La confusión había llegado á su colmo: el comandante Molina habíase apoderado de uno de los cañones, había trepado sobre él á horcajadas, y probaba á dispararlo con su tabaco encendido, pero en aquel momento una bala enemiga le destrozaba el cuadril y le derribaba agonizante; Cruz Ahedo y Palacios estaban ya en la puerta del edificio: allí se había trabado un combate desesperado de tiros, cuchilladas, ballonetazos y culatazos. Los defensores, impotentes para rechazar el asalto, se esforzaban por cerrar los batientes de madera, mientras pugnaban vigorosamente los milicianos por impedir la maniobra, y en medio de la refriega, unos y otros caían confundidos, formando sangrientos montones. Al fin, sobreponiéndose el mayor número á la valentía de los pocos, logró la soldadesca cerrar las hojas enormes, pero no antes de que algunos milicianos quedasen por la parte de adentro. Del número de éstos fué Palacios, á quien parecían respetar las balas y los sablazos. Lívido, desgarrado, perdido el sombrero y cubierto de sangre, siguió adelante, como en sueños, llevando en una mano la espada y en otra la pistola; así subió la esca-

lera en medio de la confusión de la soldadesca que bajaba y subía, y, llevado por el torbellino, llegó hasta el lugar mismo donde se hallaban Juárez y los ministros. En aquellos momentos un pelotón de pronunciados enardecidos por el ătaque, se preparaban á fusilar al Presidente y á los que formaban su cortejo. Palacios presenció absorto aquel tremendo espectáculo: el pelotón en fila, tendía los fusiles, y la figura de Juárez, pálida, pero imponente, se destacaba sobre el marco de una puerta. Su tez bronceada y la inmovilidad de sus facciones, le daban la majestad de la estatuaria; los ministros se mantenían á su lado. Palacios oyó la orden de preparar las armas.... Todo parecía perdido..... Pero cuando iba á sonar la voz de "¡fuego!" uno de los ministros, blanco, melenudo y con espejuelos, se interpuso entre los soldados y el presidente, y levantando con uno de sus brazos las bocas de los fusiles, gritó:

—¡Los fopolitanos son valientes, no asesinos! ¡Saben morir y matar en el combate; no sacrificar hombres pacíficos! ¡Viva Fópoli! ¡Abajo las armas!......

El oficial y sus hombres quedaron atónitos: aquel arrojo y aquellas palabras los subyugaron, y, sintiendo vergüenza por lo que iban á hacer, despertaron de su delirio sangriento. Hubo un momento de duda; de él los sacó Palacios, gritando entusiasmado, loco y sin poder contenerse:

—¡ Viva el Presidente! ¡ Viva la Constitución! ¡ Mueran los vendidos!

Su acento hizo estremecer de rabia á los soldados. Una víctima se les escapaba, pero otra se les venía á las manos. La atmósfera estaba caldeada por la ira, y el instinto de la fiera se había despertado en el hombre. Los fusiles se volvieron sobre Francisco y se dispararon casi por sí solos. El joven rodó por tierra acribillado de balas, y aun muerto, conservó asidas la espada y la pistola.

Entretanto, cerrada la puerta, se estrellaron contra ella los esfuerzos de las mermadas filas de los asaltantes, pues aunque varias veces intentaron éstos derribarla, arrojándose sobre ella con ímpetu furioso, otras tantas fueron rechazadas con pérdidas enormes para su escaso efectivo; así que los restos sangrientos de aquella legión de bravos, tuvieron al fin que abandonar la inútil porfía, aunque de mala gana y retirándose paso á paso.

Aquella hazaña, aunque frustrada, dió á Landa la medida de lo que eran y valían los patriotas de Fópoli; así que al siguiente día, determinó darse á partido, entregó el Palacio, puso en libertad á los Supremos Poderes y evacuó la población.

Juárez y su grupo lanzaron manifiestos en que dieron testimonio de su reconocimiento y admiración hacia el pueblo de aquella ciudad.

"¡ En esta fase de la gran lucha de la

humanidad (decía uno de ellos firmado por Juárez), entre los que tiranizan y los que libertan, entre los que especulan y los que prodigan cuanto poseen, la victoria es digna de su teatro, porque Fópoli es una tierra consagrada por el valor y por la libertad!"

. . . .

Así, debajo de aquella historia grandiosa, se desarrolló y llegó á su epílogo la de aquel joven heroico y entusiasta que parecía llamado á altos destinos; y sin que nadie lo supiese, perdió á su padre, que nunca conoció, aquella niña rubia y hermosa, que tomaron bajo su protección las hijas de San Vicente de Paul.

A la sombra de los dramas públicos, suelen desenvolverse los pequeños y oscuros de la vida humana, callados é invisibles, pero no menos hondos ni patéticos que aquellos.

VII

Un Náufrago.

En medio de aquellas escenas flamígeras de lucha y exterminio, y entre el rugido de las pasiones y el combate gigantesco por la supremacía del poder, habían ido creciendo y entrando en la vida Ber-

ta y Joaquín. Tan pronto como terminó su lactancia, pasaron al departamento de párvulos, donde fueron recibidos con ósculos por la hermana Petra, otra religiosa no menos tierna y cariñosa con los niños, que sor Marcelina. Ya por entonces Berta y Joaquín calzaban zapatitos y llevaban sueltas batas y largos baberos que les llegaban hasta el tobillo; y podían marchar por sí solos, aunque trastabillando, por los "ambulatorios" de su departamento.

Por los días en que este capítulo se abre, sufría un asedio la ciudad; pero la Casa de Caridad había quedado fuera del recinto fortificado. Las fuerzas sitiadoras circunvalaban la población y la embestían por todas partes; la fusilería rugía rabiosa por el día y casi no cesaba por la noche. El cañoneo era intermitente; pero á ratos retumbaba ensordecedor, haciendo trepidar el suelo de la ciudad. Los beligerantes habían tratado de tomar posiciones en las alturas del Hospicio; pero con ruegos y súplicas, había logrado sor Ignacia hacerlos prescindir de su intento, para que aquella Casa de Caridad fuese como isla de paz en medio de los horrores de la lucha.

La mañana á que nos referimos, amaneció más encarnizado el combate que los días anteriores, pues, á lo que se decía, el ejército sitiador había emprendido ataques parciales sobre la plaza, y, aunque había sido rechazado en casi todos, había logra-

do avanzar importantes posiciones, horadando paredes para no ser advertido. Las fuerzas sitiadas, por su parte, defendían el térreno palma á palmo, y hacían desesperada resistencia dentro de los mismas casas, donde se trababan combates cuerpo á cuerpo.

A pesar de las angustias de la situación, la vida pacífica del Hospicio continuaba, cuanto era posible, su curso normal. Levantábanse los asilados á la hora reglamentaria; las faenas interiores no se interrumpían, y la enseñanza de las escuelas y el trabajo de los talleres no cesaban en los departamentos. En el de párvulos, sor Petra, aquella mañana, después de levantar, lavar á los niños y conducirlos al refectorio, los había hecho salir á los corredores, como de costumbre, para enseñarlos á marchar, cantar y rezar; serían como veinticinco los chicuelos que la buena hermana tenía bajo su dirección. Hízolos desfilar en columna cerrada, encabezándolos á guisa de jefe y dirigiéndolos con la voz, y á golpes de castañuela, y así vacilando y con paso poco airoso, llegaron los rapaces al extremo del corredor, que era su aula y colegio; y en bancos lustrosos y pequeñitos, colocados en cuadro, se sentaron quietos y calladitos, los unos al lado de otros, vueltos los rostros inocentes hacia la maestra en espera de sus órdenes. Una vez ahí, les repasó sor Petra con gran paciencia, las leccio-

nes de siempre, comenzando por la doctrina cristiana.

—Padre nuestro.... decía.

—Padre nuestro, contestaba la grey infantil.

—Qué estás en los cielos.....

—Que estás en los cielos, seguía diciendo el inocente coro.

Y así continuó trozo á trozo, y con sonsonete particular, no exento de bien estudiado ritmo, enseñándoles la Oración Dominical, el Ave María y la Salve; echándose de ver que, á fuerza de repetir maquinalmente aquellas mismas palabras, habían acabado algunos parvulillos por sabérselas de memoria, pues no pocos de ellos solían anticiparse á las indicaciones de la maestra.

Concluido el rezo, siguieron los ejercicios físicos. Formados en columna cerrada, y guiados por el golpe de las castañuelas y las voces de mando, iban y venían los niños por el patio y los corredores, haciendo evoluciones militares, levantando y dejando caer las manecitas, y haciendo cien otros movimientos que tendían á favorecer el desarrollo de sus miembros, en medio de la alegría y el divertimiento de un aparente juego. Y á fin de que los pulmones tomasen parte también en el ejercicio, no menos que para amenizar el trabajo, cantaban en coro (dirigidos por el acento suave y acordado de la hermana), himnos cuya letra, aunque defectuosa y

vulgar, estaba al alcance de su naciente y corta inteligencia; é iban así diciendo, mientras marcaban el ritmo con los pies:

Marchando vamos, amigos,
Con el paso siempre igual;
Del desorden enemigos,
Todo harémos á compás.

Y arrastrados por el ejemplo, y bajo la influencia fisiológica de la medida y la percusión, caminaban con regularidad suficiente para la cortedad de sus piernas y la torpeza de sus pies.

Y continuaba el coro:

"Cuando las palomitas
Bajan al agua,
Todas juntan sus piquitos,
Y extienden la ala."

Su infantil imaginación les representaba, sin duda, en aquellos momentos, una bandada de blancas é inocentes aves, abatiendo el vuelo sobre la corriente y disputándose juguetonas con el pico el líquido claro y fresco, mientras movían las inquietas alas y agitaban el aire con estruendo alborozado; pues, á medida que iban cantando aquellos versos, hacían acompasados movimientos representativos de las escenas que la estrofa describía.

"Cuando las palomitas"....

Aquí los niños, elevando el rostro y las miradas al espacio, levantaban las manecitas y las movían como figurando el vuelo de las aves.

"Bajan al agua".....

La turba infantil iba bajando gradual y paulatinamente la cabeza y las manos, siempre con igual movimiento, para representar el descenso de la bandada.

"Juntan todas sus piquitos"...

Inconscientemente apretaban y adelantaban los labios como para darles forma de pico, y volteaban los unos hacia los otros, en actitud de besarse.

"Y extienden la ala"....

Al llegar á este pasaje, hacían ademán cómico de sentarse, y apartaban los bracitos hacia los lados, como si fuesen alas que hubiesen ido desplegando.

Pasado un rato, volvieron á los bancos para oír de boca de sor Petra sencillos relatos sobre pasajes de la Historia Sagrada, ó cuentecitos breves y fáciles de entender, que envolvían alguna moraleja. De tiempo en tiempo, la buena hermana interrumpía la lección para hacerles interrogatorios. La mayor parte de aquellas inteligencias, aletargadas todavía por la ex-

trema infancia, daban apenas muestra de comprender lo que se les preguntaba; y era cosa divertida oír los dislates que salían de tan frescas y risueñas boquitas. Tales y tan estupendos solían ser, que la misma sor Petra, aunque hecha á tamaños despropósitos, no podía menos de sonreír al oírlos, y aun prorrumpía, de vez en cuando, en frescas y sonoras carcajadas. Si el chiste rayaba en lo sublime, la alegre maestra se acercaba al niño disparatero y le daba palmaditas en las mejillas, ó bien se las besaba con estrépito, como para premiarle por el absurdo que acababa de decir.

—No, así no, les observaba, sino de esta otra manera....

Aquello era más que una clase, un pasatiempo angelical. Absorta en él se hallaba sor Petra, cuando llegó sor Ignacia acompañada por una hermosa y elegante joven que había pedido permiso para visitar el Hospicio.

—Aquí tiene usted á los parvulillos, dijo la superiora á su compañera, señalando el grupo infantil.

La joven pasó los ojos con delicia por el risueño cuadro que tenía delante.

—¡A ver, niños, dijo sor Petra, saluden!

Con un golpe de castañuelas los obligó á ponerse en pie, y fué pronunciando despacio, coreada por ellos, la salutación habitual:

—Buenos.... días.... señora....

—Buenos días, niños, repuso la joven sonriendo. ¿Están ustedes buenos y contentos?

Con el mismo procedimiento contestaron:

—Sí.... señora.... por favor.... de Dios.

—Pregúnteles usted lo que guste, dijo sor Petra.

—¿Sobre qué? interrogó la joven.

—Sobre cosas sencillas y que puedan comprender.

La joven vaciló un momento, y luego preguntó:

—¿Cómo se llama la maestra de ustedes?

Sin necesidad de apuntador, respondieron al mismo tiempo con inocente sonsonete:

—¡Sor Petra!

—¿No es verdad que es muy buena?

—Sí, señora.

—¿La quieren ustedes mucho?

—Sí.... mucho.... mucho....

—Gracias, hijos míos, contestó sonriendo la religiosa; yo también quiero á ustedes, porque son buenos.

Terminado el fácil examen, invadió la joven sin cortedad el cuadro formado por los bancos, y fué de cerca pasando en revista á los niños, uno por uno. Llevaba el bolsillo repleto de dulces y pequeñas monedas: se conocía que iba prevenida para el caso; y fué poniendo en la manecita de

cada párvulo, aquellos obsequios, con gran regocijo de ellos y de la maestra.

Y de la manera más natural, después de la dádiva, preguntaba á cada chiquillo:

—¿Cómo te llamas, niño?

Ellos le decían sus nombres, unos por sí solos y otros ayudados por sor Petra, intérprete obligada de los que no hablaban con bastante claridad; y así continuó la joven recorriendo toda la fila hasta llegar á Berta, quien, al oírse preguntar como se llamaba, repuso con graciosa media lengua é indescriptible gracia:

—Beta Cabanas.

La desconocida se inmutó.

—¿Conque Cabañas? insistió maquinal mente.

—Sí, repuso sor Ignacia; lleva ese apellido en honor del Obispo fundador del Hospicio, á falta del suyo, que no conocemos. Es la costumbre: damos á los expósitos el de nuestros bienechores.

—Ya, ya, repuso la joven distraída.

Largo rato permaneció al lado de Berta, á quien dió más golosinas y monedas, y acarició más tiernamente que á los otros huérfanos; y cuando al fin se apartó de ella y siguió repartiendo preguntas, dulces y dinero entre los demás expósitos, pareció hacerlo maquinalmente y como sabiendo apenas lo que hacía. Terminada la jira, detúvola sor Petra unos momentos para que de ella se despidiesen los parvulillos. Comenzó la hermana por

echar al grupo una mirada preventiva, y luego, al golpe de las castañuelas, hizo que los huerfanillos se pusiesen en pie.

—Niños, díjoles, ¿qué se dice á las personas que nos hacen el favor de obsequiarnos?

El coro, reposado, y con voz acompasada contestó:

—Muchas gracias.

—No hay de qué, niñitos, repuso la dama cariñosamente; Dios los haga dichosos. ¡Adiós!

—¡Adiós.... señora! repusieron éstos despacio.

Pocos pasos habían dado la superiora y la joven hacia los departamentos interiores, cuando la desconocida interrumpió á sor Ignacia.

—Es inútil continuar la visita, dijo. Deseo hablar con usted algunas palabras. ¿Me hace el favor de oírme?

—Con mucho gusto, repuso sor Ignacia.

Y conduciéndola al recibidor, la hizo sentar en el estrado.

—Mucho me ha interesado esa graciosa niña....Berta, á quien acabo de conocer, dijo la joven.

—Con razón, repuso la superiora; es preciosa la chiquilla. No hay otra como ella en todo el Hospicio; y lo que es más, no hay tampoco otra almita tan buena como la suya. Es un angelito de Dios por dentro y por fuera.

—Es expósita ¿no es así?
—Sí, pobre niña.
—¡Pobrecilla! ¡Tan simpática!....
Reflexionó un poco y luego continuó.
—Se me ocurre una idea.
—¿Cuál?
—Llevármela y adoptarla por hija. ¿Cabe dentro del reglamento?
—Perfectamente, previas algunas formalidades.
—¿Sobre qué, madre?
—Sobre lo que es natural: sobre la madre adoptiva y sus circunstancias.
—Bástele saber que no tengo hijos y puedo subvenir á la subsistencia y educación de la niña.
—Muy bien; pero necesitaría saber aun más. Como usted comprende, debo velar por esa criatura, en cuanto al cuerpo y en cuanto al....
La joven comprendió sin duda lo que iba á decir sor Ignacia, pues la interrumpió vivamente, diciendo:
—Lo que usted indica es ofensivo....
—Líbreme Dios de semejante propósito.
—Advierto á usted, continuó la joven cambiando de tono súbitamente, que lo que pido por favor, pudiera exigirlo con derecho.
—¿Con cuál?
—¿Quiere usted saberlo?
—Sí, señora.
—Antes de contestar la pregunta, pro

siguió la joven, necesito fijar ciertos puntos.

En seguida hizo á sor Ignacia un detallado relato mezclado con interrogatorio, sobre los hechos relativos á la presentación de Berta al Hospicio, con sus circunstancias de fecha, día y hora, y sin olvidar lo tocante al relicario y al papel escrito con lapiz, que indicaba el nombre de la niña y la particularidad de no estar bautizada. Una vez puesta en claro la historia, exclamó la joven triunfante:

—¿Ya lo ve usted, señora? Todo lo sé respecto de esa niña.... Como que.... se lo diré de una vez.... ¡soy su madre!

Y pareció visiblemente conmovida al pronunciar estas palabras. Sor Ignacia no se sorprendió en lo más mínimo al oír la conclusión, porque hacía rato venía comprendiendo cuál habría de ser el desenlace de la plática; y con la penetración que le daban su claro talento y dilatada experiencia en aquellos asuntos, se había dicho para sí: "¿Cuánto vamos á que ésta joven resulta ser la madre de Berta?"

—¿Conque sí? preguntó en alta voz y con tono de incredulidad.

—Sí, hermana, repuso Teodosia, que así seguirémos llamando á la desconocida; como estar Dios en los cielos.

—Pero no basta decirlo; sería necesario probarlo.

Teodosia reflexionó unos momentos.

—¿No basta á usted el conocimiento que tengo de los hechos?

—No, porque podría saberlos por informes ó por haberlos presenciado.

—En tal caso, no sé cómo podría hacerlo.... Pero por la gloria de Dios, juro á usted que es cierto.... soy su madre.... Me vi obligada á abandonarla, por circunstancias excepcionales.... ¿Quiere usted que le cuente la historia?

—No, repuso sor Ignacia, no es necesario; sólo que, como usted comprende, no puedo entregar á los expósitos á cualquier persona, sólo porque proteste haberles dado el ser.

—¿Y mis lágrimas?.... ¿No son prueba suficiente? interrogó Teodosia levantando la compuerta del llanto.... He sido muy ingrata, es verdad, he abandonado á esa criatura; pero siempre la he querido, y bien sabe Dios que no la he olvidado un solo momento.... Tan pronto como la ví, me dió un vuelco el corazón, y algo me dijo aquí dentro, que era mi hija. Cuando me le acerqué y le pregunté cómo se llamaba, estaba segura de que iba á decir "Berta;" y desde que sé quién es, no pienso más que en ella, y siento que no podré vivir ya sin ella. La necesito, señora, y tengo el derecho de recogerla.

—Y la recogerá usted, sí, repuso la superiora; pero como es debido, cuando

pruebe ser su madre.... y otras varias cosas.

Teodosia se impacientó al ver surgir el obstáculo, y dejándose llevar por uno de los accesos de cólera que le eran habituales, cambió de tono y cesando de llorar, exclamó:

—No tengo necesidad de suplicar: he venido á hablar á usted en buenos términos, pensando hallar una acogida bondadosa; pero si, valida de fútiles pretextos, rehusa entregarme á mi hija, sabré echar mano de otros medios para obtener lo que deseo, quiera usted ó no quiera.

—Desearía conocerlos, repuso la superiora con frialdad.

—¡La fuerza! gritó Teodosia con exaltación. ¿Le parece á usted suficiente? El coronel Carrasco, que es quien manda esta línea de circunvalación, es persona de mi amistad, y no me niega nada de cuanto le pido. No tendré más que decirle: "Coronel, hágame usted el favor de sacar del Hospicio á mi hija," para que mande por ella con un piquete de soldados.

Sor Ignacia comprendió la seriedad del amago y lo peligroso de la situación. En aquellos tiempos calamitosos, estaban á la orden del día los atropellos. Si el Hospicio había sido respetado hasta entónces, había sido excepcionalmente y por la sola voluntad de los beligerantes; mas, en puridad, carecía de medios de defensa, y estaba á la merced de quien quisiera ultra-

jarlo; y, cometido el primer desmán, vendrían otros detrás de él, y Dios sabe lo que llegaría á ser del establecimiento. Y entónces ¿qué suerte correrían los asilados, y, sobre todo, aquel rebaño de tiernas doncellas que estaba bajo su custodia? Todo lo pensó la superiora en un momento, y sus ideas y propósitos cambiaron de rumbo. Una luz, con todo, vió en medio de la obscuridad. Silenciosamente contempló á Teodosia de hito en hito: vestía con elegancia, pero con lujo excesivo y exagerado; llevaba un peinado abultadísimo, sobrepujando la moda del día; los pendientes que mostraba en las pequeñas y sonrosadas orejas, si bien de valor, eran de tamaño desmesurado; y lucía en los dedos buenos anillos de irisados brillantes y topacios, pero en número tal, que le cubrían casi las primeras falanjes. Todo aquello, unido á cierto aspecto sospechoso, á cierta manera de hablar especial, y á ciertos modales desenfadados que había estado observando en su interlocutora, pusieron á la astuta hermana sobre la pista.

—No hay necesidad de eso, repuso con acento conciliador; se llevará usted á la niña si se empeña; pero le ruego oiga antes lo que voy á decirle.

Y de improviso, mirándola fijamente, le preguntó:

—¿Es usted casada?

La joven vaciló un instante; mas luego se repuso y contestó con altanería:

—Y eso ¿qué le interesa á usted?

—No necesito más, repuso sor Ignacia. No lo es; si lo fuera, no tendría reparo en decirlo.

—Suponiendo, gritó Teodosia roja de ira, ¿dejo por eso de ser la madre de Berta?

—No se exalte usted, joven, continuó sor Ignacia con urbanidad. Usted puede llevarse á la niña, repito, pero reflexione que no debe hacerlo. ¿Por qué? Voy á decírselo.... El coronel Carrasco, á quien usted acaba de mencionar, debe ser....

La joven hizo un movimiento.

—No me interrumpa, prosiguió la superiora: no trato de ofenderla. Pues bien, si el coronel es lo que me figuro, el modo de vivir de usted, no es ¿cómo diré?... el más á propósito para que lo presencie la niña.... Anda usted además, en medio de la soldadesca, corriendo los azares de la revolución, ahora aquí, mañana allá; rozándose con toda clase de gente, oyéndolo todo, presenciando las peores escenas.... ¿Quiere usted llevar á su hija á ese pudridero? ¿No le remuerde la conciencia sólo de pensarlo? ¿Qué sería de ella si creciese viendo y oyendo tales cosas, y, sobre todo, recibiendo tales ejemplos?.... Pasó ya de los siete años, y entiende mucho.

Teodosia densamente pálida, reflexionaba con creciente preocupación.

—Por otra parte, siguió diciendo sor Ignacia, si usted la deja en el Hospicio, la niña será buena. Nosotros velarémos por ella, y Dios nos ayudará para llevarla por buen camino.... Vamos, no cierre usted el corazón á la voz del deber y del amor.... Muestre con su sacrificio que de veras la quiere.... ¡Animo, hija mía, ánimo!

La joven atacada en sus últimos atrincheramientos, se echó á llorar de nuevo á lágrima viva, y á poco sollozó:

—Tiene usted razón: no debo por ahora recoger á mi hija, no soy digna de ella. Lo haré más tarde, cuando cambie de vida, cuando me haga buena, y mi compañía no le sea perjudicial.... Y me corregiré.... ¿Por qué no?.... Pronto, lo más pronto posible.... Pero, continuó con humildad, si llega el caso y usted se persuade de que soy buena ¿no es verdad que me la entregará?

—Ya lo creo, hija mía, repuso sor Ignacia enternecida, sin duda alguna.

—Entonces, dijo Teodosia, suplico á usted le haga saber, cuando lo crea conveniente, que vine á buscarla, y le hable de mí con frecuencia para que no me olvide; y le infunda para mí algún cariño, para que cuando nos reunamos, no me rechace, y me quiera. Entretanto, guárdele usted

esto, que le dejo en prenda de mi amor y de mi pronto regreso.

Y con una impetuosidad enteramente suya, se despojó de las alhajas que llevaba, y poniendo en sus manos pendientes y anillos, los ofreció á sor Ignacia.

—Tome usted, señora, le dijo: es para mi hija.

—Un momento, repuso sor Ignacia sin alargar la mano; es mejor que conserve usted esas joyas....

—¿Por qué? preguntó Teodosia con ingenuidad.

—Porque no sabemos su procedencia.... Usted me entiende. Una criatura como la hija de usted, merece otros obsequios.... Día vendrá en que le dé usted cuanto tenga; por ahora, déjela vivir del óbolo de la caridad, que no mancha á quien lo recibe y engrandece á quien lo da.

Decididamente, estaba domada la soberbia de Teodosia, pues no se irguió ya contra la severidad de sor Ignacia, sino antes la recibió con mansedumbre, subyugada por la conciencia de sus faltas y el respeto debido á la inocencia.

—¡Ni aun esto, murmuró sollozando, ni aun esto siquiera!

Sor Ignacia, sin replicar, aprovechó la ocasión para avivar sus buenos propósitos, diciéndole que todo dependía de ella, que todo se arreglaría cuando ella lo quisiese, y que por la prontitud con que llevase á cabo sus planes, daría á conocer

el grado de amor que sintiese por su hija; y otras cosas á este tenor. Pasados algunos instantes de llanto y quejas, consultó la joven el reloj, y exclamó:

—Me voy, porque tengo un quehacer urgente; pero volveré pronto. Señora, pida usted por mí y quiera mucho á mi hija: Dios se lo pagará.

Y enjugándose los ojos, y volviendo los pendientes á las orejas y los anillos á los hermosos y afilados dedos, se marchó con paso febril y precipitado. Fué la vez única que dió Teodosia noticia de sí, durante la vida de su hija. A pesar de sus buenos propósitos, no volvió jamás al Hospicio, ni llegó á escribir á sor Ignacia, ni tornó á informarse de Berta. ¿Qué suerte le correría? Nadie lo supo: se perdió en la vorágine del mundo, como débil barca en tempestad deshecha. ¿Llevóla su vida aventurera á país remoto de donde no pudo volver? ¿La sorprendió la muerte antes de realizar sus buenos deseos? ¿Acabó la corrupción de ganar su alma y se olvidó por fin hasta de su misma hija? Nunca logró sor Ignacia averiguarlo, y en cuanto á Berta, no llegó á saber ni aun el nombre de la infeliz criatura que le había dado el ser, pues todo se lo ocultó cuidadosamente la madre superiora.

VIII

Se salva el Hospicio.

Acababa de salir Teodosia, cuando llegó corriendo Estéfana con rostro tal de azoramiento, y paso tan apresurado, que la superiora, alarmada, la interrogó desde lejos diciéndole:

—¿Qué ocurre, mujer, qué pasa?

—Un piquete de soldados acaba de tomar posesión del pórtico y pretende hacerse fuerte aquí para batir á los de la plaza.

Sor Ignacia se puso lívida al oír la noticia.

—¡Dios mío! exclamó; ¡convertir esta santa casa en lugar de combate! Eso no puede ser.... El general en jefe de la línea me ha ofrecido respetarla.

—Salga usted, señora, y lo verá con sus propios ojos.

Y echó á andar Estéfana seguida por sor Ignacia. Iban á la mitad del camino, cuando sonaron los primeros disparos. La superiora echó á correr y pronto llegó á la portería. Al abrir el portón, se hizo cargo de lo que pasaba: un pelotón como de doscientos hombres se había posesionado, en efecto, de aquel lugar, y se preparaba á levantar trincheras, entretanto que algunos soldados impacientes disparaban sus fusiles sobre los puntos elevados de la ciu-

dad, guareciéndose detrás de las columnas.

—¡No permita Dios, exclamó dirigiéndose al pelotón, que el Hospicio sea convertido en teatro de guerra! ¿Qué sería de nosotros, si los fuegos de la ciudad se dirigiesen sobre este lugar?

Los soldados se hicieron los sordos y siguieron en la faena.

—¿Con quién puedo entenderme? preguntó.

—Con el capitán de la compañía, repuso un sargento mejor educado.

—¿Quién es?

—Mi capitán Blasio.

—¿Me hiciera usted el favor de rogarle que me oyese unas palabras?

—No tengo inconveniente.

Fué el sargento en solicitud del capitán, y no tardó en volver en compañía de Blasio, que era un joven de fisonomía simpática.

—Capitán, le dijo al verle sor Ignacia, el Hospicio no debe ser convertido en campo de lucha.

—Señora, repuso el capitán cortesmente, mucho lo siento; pero la orden es terminante. Mi coronel me ha mandado tomar posesión de este punto.

—¿Es posible? interrogó la superiora. ¿De quién dice usted ha recibido la orden?

—De mi coronel.

—¿El coronel?....

—Mi coronel Carrasco.

—Pero señor, replicó sor Ignacia confundida; no puedo entender lo que pasa. El General González Ortega, que manda esta línea, me había ofrecido no comprender el Hospicio en el plan de sus operaciones.

—Siendo así, señora, tiene usted razón para confundirse, porque mi general nunca falta á su palabra. ¿Tiene usted alguna prueba de su promesa?

—Sí, señor, una carta que me envió en contestación á la súplica que le dirigí por escrito.

—¿Puede usted enseñármela?

—Con mucho gusto; voy á traerla.

Sor Ignacia entró á buscar el papel, volando casi, pues sabía que cada instante de retardo podía ser de graves consecuencias. A poco volvió.

—Mire usted, dijo á Blasio, mostrándole la carta.

—En efecto, repuso el capitán después de haberse enterado de su contenido; es clara y formal. No hay más que una explicación posible: que mi coronel no haya recibido la orden. ¿Quiere usted prestármela unos momentos? Voy á mostrarla á mi coronel; no será difícil que así se arregle todo.

—Con mucho gusto; tómela y vaya pronto, si me hace el favor. Y dígame, señor capitán ¿no podría ordenar que entretanto va y vuelve, no siguiesen los disparos?

—No tengo inconveniente.

Blasio, pues, dió orden de que cesase el fuego, y se marchó en busca de su jefe. La superiora quedó, entretanto, presa de viva ansiedad.

—No quiera Dios, decía para sí, que esta imprudencia nos sea fatal.

Desgraciadamente, muy á poco, y en justas represalias, los soldados de la guarnición comenzaron á hacer blanco en el pórtico.

—¡Jesús nos ampare! decía sor Ignacia fuera de sí ¿A dónde irá á parar esto?

Los defensores de la plaza, provocados por el fuego anterior, menudeaban sus tiros, y entraban ya por todas partes los proyectiles, abriendo estrías horizontales en el revestimento de las columnas, desportillando el arquitrabe, rebotando por el embaldosado y hundiéndose en las paredes.

—¡Dios mío! gemía la superiora; mientras continúen aquí los soldados, no hay esperanza de remedio. ¡Cuánto tarda el capitán!

En realidad tardó poco, pues fué y volvió corriendo.

—¿Y bien? preguntóle ella con ansiedad. ¿Qué dice el coronel?

—Que se obedezca á mi general, repuso Blasio; ha sido una equivocación. La orden estaba dada, pero se había traspapelado. En un momento la encontramos.... Dice lo mismo que la carta.

—¡Bendito sea Dios! murmuró sor Ignacia levantando las manos al cielo.

—Muchachos, gritó el capitán dirigiéndose á los soldados; ¡á recoger las armas y á marcharnos, de orden del coronel!

Con toda la prisa deseable, desalojó el local la compañía, bajo la vigilancia del capitán, quien se despidió de la superiora.

—¡Ojalá, repetía sor Ignacia, en los momentos de cerrar el portón, ojalá este error no tenga consecuencias!

Pero las tuvo, pues los disparos habían continuado, y comenzaron á poco á tronar los cañonazos. Granadas de encendidas espoletas pasaban girando sobre las azoteas; no tardó en caer la primera en el patio principal, donde estalló con gran estruendo, derribando los hermosos pinos recortados que sombreaban los arriates, haciendo en el suelo un profundo hoyo, y desconchando muros y columnas con sus terribles fragmentos. Casi al mismo tiempo, cayó otra en el corral de los lavaderos, y alcanzó en un hombro á una de las asiladas, que enjabonaba la ropa de la casa.

Los estallidos resonaron por el edificio como la trompeta del juicio final. Despavorido el enjambre recluso, corría por todas partes buscando refugio contra los proyectiles, y como el fragor parecía aumentar de intensidad de momento á momento, la alarma fué degenerando en azoramiento y en pánico, hasta privar de pen-

samiento y reflexión á aquellas míseras gentes. Aun las mismas hermanas habían perdido la serenidad y corrían con ancianos, jóvenes y niños sin saber para dónde, pasando de un patio á otro, y de allí á los refectorios y dormitorios, sin creerse á salvo en ninguna parte.

De los grupos salían voces que decían:

—¡Ha caído una bomba en el patio de los niños!

—¡Acaba de entrar una bala en el dormitorio de los ancianos!

—¡Se ha desplomado una barda en el patio del colegio!

—Una bomba ha perforado el techo de la enfermería!

Muchas de aquellas especies no eran más que aprensiones del terror ó exageraciones de la fantasía. Como quiera que fuese, el establecimiento presentaba el aspecto de una plaza poco antes de ser pasada á cuchillo; y ni las ovejas cuando hace el lobo irrupción en el rebaño, corren, gritan, ni tiemblan tanto, como aquella muchedumbre de religiosas y menesterosos, dominados por el espanto. Sólo sor Ignacia había sabido conservar su presencia de espíritu. Una vez llegada la hora del peligro, recobró la serenidad y no pensó ya sino en dictar las medidas necesarias para acudir al remedio. Comprendiendo que nada era más peligroso que correr al acaso, cruzando por los patios, chocando contra los muros y

aglomerándose en todas partes, dió órdenes precisas para que cesase el tumulto, y procedió á recluir en los sitios que estimó mejor defendidos, aquellas greyes aterradas, que no sabían de sí ni eran capaces de atender á su propia defensa. Anduvo así correteando por todos los ámbitos del edificio para aquietar y hacer entrar á todos en orden, y para que quedasen desiertos los patios y despejados los corredores. Pero estaba de Dios que su espíritu no tuviese reposo, pues, apenas concluída esta faena, se le acercó la hermana sacristana, lívida y temblorosa.

—¡Sor Ignacia, le dijo, los cañones están haciendo puntería sobre la cúpula de la capilla!

La superiora se estremeció de pies á cabeza al oírlo, pues nada había que tanto amase en el edificio como aquella cúpula airosa, que, sobre voladas pechinas se elevaba á los aires sostenida por delicada arquería y graciosa y esbelta columnata. ¡Cuántas veces la buena madre, mientras rezaba arrodillada ante el altar, debajo de aquel hermoso dombo, se había extasiado contemplando las bellezas de la construcción, orgullosa de poder mostrar á extranjeros y visitantes esa obra maestra del arte! ¡Cuántas, al elevar el espíritu á Dios rogando por aquella santa casa, le había parecido ver que se alzaba la cúpula por las nubes, hasta confundirse con el azul mismo de los cielos! Y su espíritu

absorto había creído encontrar allá, en las alturas misteriosas donde no alcanza el ojo humano, al Dios bueno, invisible y misterioso que vela sobre toda criatura, lo mismo sobre el águila que hiende el espacio y se encara con el sol, que sobre el reptil que se arrastra invisible por el suelo; lo mismo sobre el inmenso astro, gala del firmamento, que sobre la infinitesimal molécula, que boga perdida en el espacio. No, aquella maravilla no podía ser tocada, no debía ser herida. Debajo de ella, estaban el ara santa, el altar donde día á día se renovaba el Sacrificio del Calvario, y el santuario bendito donde se ocultaba la Divina Hostia, el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, reducido á blancas y puras especies, como el sol deslumbrantes en manos del sacerdote ó en los labios del creyente. Vió el horror producido por la destrucción de aquella regia techumbre: los escombros cayendo sobre el obelisco, las bombas haciendo explosión dentro del sagrado recinto, el ara rota y profanada, violado el santuario, el sagrado copón y las blancas Formas entre los escombros.... Nó, aquello no podía ser; era preciso evitarlo. Y maquinalmente, vueltos los ojos al cielo y enclavijadas las manos, murmuró:

—¿Qué hacer, Dios mío?

La hermana sacristana no hizo más que repetir:

—¿Qué hacemos, sor Ignacia?

La superiora oró fervorosamente en su interior:

—Señor, dijo, soy una débil mujer sin recurso humano para defender tu casa, tu altar, tu santuario; pero si desde lo alto de tu trono quieres protegerme, alcanzaré lo que no podría lograr un ejército numeroso.

Sus ideas, vagas al principio, se fueron exclareciendo lentamente.

—Si hay algún remedio, será éste, pensó; y si no lo hay, que haga Dios de mí lo que le plazca.

Trazado su proyecto, ordenó á la sacristana fuese por todos los salones á ordenar que se rezase un rosario con letanía y Magnífica por su intención; y momentos después, resonaba el edificio con el coro patético de la plegaria. El peligro común, el estallido de los proyectiles y la proximidad de la muerte, inspiraban á aquellos corazones afligidos una unción muy sincera; y el ruego se levantaba vibrante y conmovedor hasta el trono de Dios, implorando misericordia. Entretanto, y en medio del espanto y la soledad del vasto edificio, subió sor Ignacia por la empinada escalera que conducía á la anchurosa azotea, y una vez arriba, adelantó sin titubear, á pesar del silbido de las balas, hasta el arranque de la cúpula. Destacábase ésta como pequeña colina sobre la nivelada llanura de los techos, tersa, redonda, más alta é imponente de cerca, de lo que se

hubiera pensado al verla desde lejos. Era la primera vez que la superiora la miraba á áquella distancia, y le pareció enorme, casi inaccesible. Sin embargo, necesitaba llegar hasta su tope, pues á eso había venido; pero ¿cómo? Varias veces había visto á los operarios encaramados en lo más alto de la linternilla, y se había maravillado de su arrojo; pero por donde ellos iban, podría ir también ella. Rodeó, pues, la bóveda en busca de la escalinata, que halló al fin: era estrecha, minúscula, sin balaustrada, peligrosa y difícil; una especie de sierra de caimán erigida sobre una joroba de piedra. ¿Podría subir? Tal vez no. Si lo lograba, sería con sumo trabajo, y lo más seguro sería que rodase al intentarlo. Nunca había tenido la cabeza firme, y con facilidad sentía el vértigo de las alturas; pero no había remedio: era forzoso atreverse. Y fué ascendiendo por la gradería, echada de bruces sobre las piedras abrasadas por el sol y agarrándose á ellas con mano animosa; y poco á poco, sin saber cómo, fué avanzando hasta llegar á la cima. Una vez allí, todo lo halló fácil: se asió con ambas manos á las columnas de la linternilla, y se levantó pausadamente; tanteó con calma la manera de no resbalar por aquella base esférica, y se colocó arriba, en lo más alto, de frente á la ciudad.

Era el medio día; no había ni una nube en el espacio, y un sol de fuego brillaba

en el meridiano. La trasparencia de la atmósfera permitía ver con precisión los objetos distantes, y á favor de aquel ambiente diáfano y espléndido, se destacó la figura de la religiosa con absoluta claridad sobre la altura: bajo ella la cúpula, á su espalda el templete, y más arriba, sobre su cabeza, la blanca estatua de la Caridad. ¡Admirable conjunto!

Desde aquel grandioso pedestal, dirigió sor Ignacia la mirada hacia adelante, y elevó al cielo ambas manos, toda de azul y blanco, como el cielo y las nubes. Y esto era lo que quería decir con aquella actitud:

—Héme aquí: soy guardián y custodia de esta casa, y vengo á interponerme entre vosotros y este asilo de la orfandad y de la pobreza. Descargad sobre mí vuestros fusiles y cañones.

Y significaba también:

—¡Tened piedad de los desgraciados! ¡Aquí no hay enemigos que combatir, sino infelices que compadecer! Miradme: soy bandera blanca, mensajera de paz y abogada de perdón. Doleos de los pequeños, respetad su refugio; os lo suplico en nombre de la humanidad y del dolor.

La religiosa parecía trasfigurada. Los blancos extremos de su dura y nítida corneta, semejaban alas de querubín moviéndose en el espacio; sus negros ojos de singular belleza y poder, chispeaban bajo sus negras y profusas cejas; había en su

rostro moreno una expresión de beatitud conmovedora; y la actitud de sus blancas y hermosas manos elevadas al cielo, era por sí misma una plegaria patética.

De pronto arreciaron los disparos, como atraídos por aquel blanco provocativo: algunos proyectiles se clavaron en el templete y otros desportillaron las bardas; pero sor Ignacia no abandonó por eso, ni el sitio ni la actitud que había tomado. Siguió esperando...... ¿Qué? Acaso la muerte; acaso ella misma no sabía lo que esperaba.

Y entretanto, hacía oración diciendo:

—¡Señor, protege tu casa, sálvala de la destrucción, aun cuando sea con sacrificio de mi vida!

Pero las balas dijeron sin duda, "no tocarémos esa frente inmaculada," y la metralla, "no destrozarémos ese cuerpo de virgen;" pues la superiora resultó tan ilesa de la prueba, como si un ángel la hubiese cubierto con sus alas.

. . . .

La persistencia de aquella figura inmóvil é invulnerable sobre la cúpula, obligó á los jefes de la plaza á tomar los catalejos y examinar cuidadosamente el objeto; y al descubrir asombrados que la figura blanca y azul que se destacaba en la altura, era la de una hermana de la Caridad, la de una protectora de los huérfanos y los pobres, interpretaron claramente lo que significaban su heróica abnegación y

su mudo ruego, y mandaron callar á los fusiles, é impusieron silencio á los cañones, y nunca más de allí en adelante, volvió á servir de blanco á los combatientes, aquel edificio erigido por el amor y resguardado por la súplica.

IX

El Colegio.

Concluídos los estudios primarios, pasó Berta al colegio de señoritas del Hospicio, donde recibió una educación esmerada, al lado de las más ricas y principales jóvenes de Fópoli; pues en aquel tiempo no había en toda la ciudad enseñanza como la que allí se impartía, y las familias más empingorotadas, no se desdeñaban de que sus hijas hiciesen sus estudios al lado de las huérfanas y expósitas.

Pronto se echó de ver que la naturaleza había dotado á Berta de una voz excepcional, por su timbre y dulzura; por lo que, sin perjuicio de sus otros estudios, recibió lecciones de vocalización y solfeo, no sólo para que cantase en la capilla á la hora del rosario ó durante el "Mes de María," sino también para lucir en actos públicos y prestigiar al establecimiento. Mas,

á pesar del aplauso con que iba haciendo sus estudios y de las distinciones de que era objeto, conservó siempre el carácter suave y cariñoso de la infancia, siendo ello motivo para que gozase de gran popularidad entre sus compañeras. Ella, no obstante, aunque á todas las quería y hablaba con agrado, manifestaba notoria predilección en favor de Paulina y Virginia.

Era Paulina otra joven expósita, hija también, acaso, de buena familia, pues así parecían demostrarlo su tipo y la natural distinción de su persona. Por los tiempos á que nos referimos, frisaba en los diez y seis años, y era de elevada estatura, complexión robusta, negros ojos, nariz corta, boca encendida, dentadura blanca y andar pespunteado y saleroso. Desde niña había dado muestras de humor alegre, frívolo y veleidoso, y de no ser capaz de grandes amores ni grandes odios; crecida ya, habíase hecho notar, además, por su amor al lujo y á la elegancia.

La ley de los contrastes la había hecho aproximarse á Berta, pues tanto como era ésta reposada, era aquélla impetuosa; y en todo parecían andar opuestas la una respecto de la otra, menos en tratarse y quererse. Las hermanas se maravillaban no sólo de verlas siempre juntas, sino también, y más que todo, de observar que Paulina llevase con paciencia las

amonestaciones de su amiga, y aun soliese tomarlas en consideración; siendo así que no había ocasión que las religiosas la reprendiesen ó aconsejasen, que no entrase en contradicción con ellas, ó no les respondiese con agrias alusiones y embozados sarcasmos.

Era defecto capital de Paulina, una agudísima y persistente ambición. Descontenta de su suerte, hallaba insoportable el Hospicio y odiosa la sujeción; ardía en secreta é injustificada inquina contra las religiosas, y la tela ordinaria que vestía, le parecía una ofensa para su hermosura y para los subidos quilates de sus propios merecimientos. Con toda impavidez declaraba á cuantos querían oírla, que no veía la hora de salir de aquella cárcel, y que para quebrantarla y apartarse para siempre de las hipócritas y perversas hermanas, estaba dispuesta á casarse pronto y con quien pudiese, con tal que no fuese pobre, pues la pobreza era, en su concepto, la mayor calamidad que podía caer sobre la criatura. Reía del amor como de cosa pueril, y aseguraba que, siendo el matrimonio el único "negocio" que podían hacer las mujeres, debía pensarse mucho antes de encadenar su voluntad á la de cualquier hombre, para no ir á dar á manos de enamorados poéticos, que las tuviesen toda la vida, al estilo de los ángeles, desnudas, sin comer y cantando. Llevada de aquellos propósitos é ideas, lanzaba

miradas incendiarias al sexo feo en globo, y favorecía con especiales sonrisas á los jóvenes ó viejos que por su aspecto pulcro y cuidado, se le antojaban gente adinerada y de buena posición. Berta íbale á la mano en esto como en todo, ponderándole la inconveniencia que había en que anduviese prodigando sus favores de aquella suerte, con mengua de su buena fama, y el peligro que corría de llevarse chasco en sus interesadas suposiciones, pues así como bajo una buena capa suele ocultarse un mal bebedor, no es poco frecuente tampoco, hallar un buen bebedor bajo una mala capa.

La otra amiga de Berta, Virginia, era una huérfana en quien habían hecho no pocos estragos las viruelas, pues no sólo le habían maltratado el rostro, sino que la habían privado de la vista, dejándole en vez de ojos, una especie de globos blancos y azulados; mas ella, como no recordaba ni de lejos la sensación de la luz, vivía en la oscuridad, alegre y tranquila. Berta la quería precisamente por aquella desgracia. Le partía el corazón verla privada para siempre de las satisfacciones y alegrías que disfrutaban hasta las criaturas más míseras, y saber que nunca podría ver el cielo, ni los astros, ni las puestas ó salidas del sol, ni los hermosos paisajes, ni las florecillas del campo, ni los pajarillos de pintadas plumas, que vuelan por el espacio, ó se posan graciosamente en

el follaje, y aletean, gorgean, y elevan la cabecita saludando á Dios con canoros y no imitados trinos. Y para remediar en lo posible tanta desdicha, procuraba en sus diarias y afectuosas conversaciones con ella, pintarle á su modo lo que eran esas cosas que tanto admiraba, y cuyo encanto hubiera deseado compartir con su amiga. Y tan florida era su palabra y tan pintorescos los cuadros que desplegaba ante la imaginación de Virginia, que ésta solía aplaudirla con alegres palmadas, asegurándole con alborozo, que veía ya con claridad cuanto ella describía, y que era imposible que la realidad pudiese ser más hermosa de lo que ella misma se lo figuraba. Por fortuna y como en compensación, tenía Virginia órganos acústicos de la mayor finura y perfección, por donde entraban como rayos de luz por abiertas ventanas, torrentes de sensaciones y goces inefables. De ahí nacían su afición decidida á la música y su especial disposición para comprenderla y ejecutarla, como es de rúbrica entre ciegos. ¿No se ve? Pues se oye. ¿No se descubren los objetos? Pues se percibe todo sonido, hasta la más pequeña vibración de las cosas: los ruidos lejanos, los pasos furtivos y el vuelo mismo de los insectos. ¿No se goza el espectáculo de la luz, ni la fiesta celestial de los colores, ni las gallardas líneas de los objetos? Pues se halla más poesía en la melodía y más pompa y encanto en la armonía, de la que

en ellas encuentran los que tienen sanos los ojos. Guardan las notas para los ciegos todo el secreto de su encanto, pues penetran hasta lo más hondo de su naturaleza, y, poniendo alas á su corazón y á su fantasía, los elevan á mundos arcanos de placer y de ensueño, á donde no llegan los otros mortales. Así pasaba con Virginia; era exquisita la perfección de su sentido auditivo, y por ese camino penetraban hasta su alma las sensaciones más dulces y puras. Apenas escuchaba una canción, ó el tañido de una vihuela, los acordes de la música ó el golpe de la banda militar, sentía extremecimientos indecibles, mudaba de color, perdía la conciencia de donde se hallaba, y quedaba absorta por el goce íntimo, como si estuviese oyendo en el fondo de su ser, una voz celestial que la llamase. Berta, pues, para hacerle la vida más grata y llevadera, lisonjeaba sus aficiones y le enseñaba al oído cuanto podía: trozos de ópera, romanzas y canciones; y Virginia las aprendía al instante, sin necesidad casi de que le fuesen repetidas, y las retenía tan bien y fielmente, como guarda el bronce los caracteres grabados en su dura superficie.

Pero aquella enseñanza hubiera sido incompleta, si la cieguecita no hubiera aprendido á acompañar su propio canto con algún instrumento, pues la voz solitaria, por hermosa y acordada que sea, suena pobre y deslucida, como nota de go-

londrina rezagada en el invierno, fuera del coro de sus hermanas. Tan urgente necesidad fué remediada, por fortuna, por la simpática sor Marcelina, quien guardaba una guitarra medio vieja, y quien, como hija de la alegre Andalucía, lo mismo sabía rasguear aquel instrumento, que hacer chasquear las castañuelas ó bailar jotas y seguidillas. Es verdad que la hermana, á quien contenían en sus alegres arranques, los deberes y la compostura propios de su estado, se guardaba de dar rienda suelta á su humor bullanguero y jacarandoso; pero en la intimidad, en el grupo de las hermanas y de algunas niñas predilectas, y en ocasiones solemnes (como Navidad, Año Nuevo ó Fiesta de Reyes), solía acordarse de sus buenos tiempos, y cantar y bailar en honor del Niño Dios ó de la Santísima Virgen, versos de corte antiguo, sencillo lenguaje y mística unción.

Como decíamos, pues, tan pronto como sor Marcelina se penetró de la caritativa conveniencia de poner en manos de Virginia una vihuela, remedió la necesidad haciendo á la huérfana el obsequio de la suya, y no contenta con eso, tomó por su cuenta enseñar á la cieguita á despuntearla con donaire, dedicando sus ratos perdidos á aquel agradable ministerio. Con meritoria paciencia y esmero, ponía la guitarra en manos de Virginia, y le llevaba sobre el mástil los dedos inexpertos para que con ellos oprimiese las cuer-

das y corriesen sobre los puntos, y le indicaba cuáles de aquellas y cuándo debían ser heridas con la diestra mano. Comenzaba sor Marcelina el ejercicio ejecutando por sí misma la pieza, y como en ello se recreaba, solía dar á las cuerdas tales rasgueos y tales golpes con las yemas de los dedos á la caja de la guitarra, que era para quitar la tristeza al espíritu más decaído, marchito y escuchimizado. Luego pasaba el instrumento á manos de Virginia y seguía la lección de palabra y tacto, que la cieguecita sabía aprovechar bien y como en volandas. Concluída la clase, quedaba á solas la joven repasando las lecciones recibidas, y no transcurría largo rato sin que las aprendiese y llegase á saber tan bien, como si no hubiese hecho más que recordarlas. Así, á la hora menos pensada, resultó que Virginia tocase piezas y acompañamientos que había aprendido burla burlando, sin esfuerzo ni fatiga; los cuales le permitían tornar alegres y mágicos sus ratos de soledad, que no eran pocos, y antes le habían parecido tan amargos.

Nadie alcanzará á explicar lo que hay de especial y tierno en el canto de los ciegos; artista alguno, por eximio que sea, ha logrado dar á su acento, el matiz expresivo y conmovedor que tiene el de los cantantes privados del don de la vista. Su voz emocionada parece un ¡ay! dolorido, y sacude las fibras más recón-

ditas del pecho con extraña impresión, mezcla de duelo y simpatía; brota impregnada de lágrimas, es sollozo desgarrador salido de lo más hondo del alma, es queja dulce y poética lanzada al sol que nunca se ha visto, á las auroras que nunca se han admirado, á los paisajes ignotos, á las flores no contempladas, á la belleza, en fin, amada, presentida y que no se conoce. Esa melancolía de verdad, tan poética y sentida, no puede ser imitada por el artista más excelso, pues para expresarla de modo tan patético, se necesita sentirla de veras, llevarla en el alma, y llorar con el corazón la nostalgia de la luz, de la hermosura, de la inmensa creación inaccesible. Por eso, no bien eleva la voz un ciego, ya aplaudido y renombrado, ya obscuro y vagabundo, punza luego el corazón un sentimiento indecible de compasiva ternura; y no hay alma, por dura que sea, que no se sienta arrastrada al aplauso y al cariño en favor de esos seres doloridos y vibrantes. Contribuye á ese efecto la contemplación de su desdicha, fuente de simpatía hacia el hermano desgraciado; y de todas aquellas cosas, canto melodioso y explosión de los sentimientos más nobles del espíritu, se forma un conjunto de emoción, piedad y melancolía de grandeza y ternura indecibles.

Tales como esos, ó muy semejantes, eran los sentimientos que hacía surgir en

los oyentes el canto de Virginia; y como la niña era expansiva y afectuosa, y encontraba un goce infinito en la música, no se hacía rogar para tañer la vihuela y elevar la dulce voz, ya se lo pidiesen las hermanas, ya las visitas ó sus mismas compañeras. Y no pocas noches, después de concluídas las diarias distribuciones de la casa, acudían las religiosas al dormitorio de niñas distinguidas, y con ellas en inocente reunión, celebraban íntimas sesiones de música, en las que tomaban parte Berta, Virginia, sor Marcelina y otras hermanas de buen oído y rico y fresco acento.

Nada había que agradase más á Virginia que complacer á los más infelices; así que, siempre que sor Ignacia se lo permitía, se echaba á peregrinar por los departamentos de ancianos é impedidos para ofrecerles el regalo de su exquisito y casi no aprendido canto; lo que era para aquellos desdichados como paréntesis luminoso echado en la historia triste y monótona de su existencia. Acompañábala Berta en aquellas excursiones, ofreciéndole el apoyo de su blanco y redondo brazo, como hermana solícita y cariñosa; y era un espectáculo conmovedor el que presentaba aquel par de niñas, ambas casi de la misma edad, expósitas, buenas y dulces, y tan distintas por su aspecto, pues mientras la una era encan-

tadora, llevaba la otra en la fisonomía el sello de una triste deformidad.

Paulina, que tenía mal oído y no era ni con mucho tan compasiva como Berta, enfadábase de ver á su amiga consagrada al cuidado y servicio de la cieguecita, y solía decirle:

—¡Cómo te he de creer que prefieras la sociedad de la ciega á la de tus otras amigas!

—Porque ustedes no me necesitan como ella, respondía Berta sonriendo. ¡Si fueran ciegas, ya verían!

—¿Conque ya veríamos, si fuésemos ciegas? respondía riendo la burlona joven.

—Quiero decir, proseguía Berta, que si ustedes tuviesen esa desgracia, las preferiría también á mis otras compañeras.

—¡Pero ni por esas! replicaba Paulina; más vale ver, aunque carezcamos del don precioso de tus preferencias; pero es fuerza que no nos olvides, y que dejes un poco á Virginia para que se las arregle como pueda.

—¡Pobrecita! ¿No ves que es tan desgraciada?

—Pero, hija, seguía replicando Paulina, ¡qué remedio! ¡Hay tantos desgraciados en el mundo, que casi no hay en él más que desgraciados!.... ¡Y no es posible remediar todas las desdichas!..... Los redentores suelen salir crucificados..... Lo mejor es dejar á cada cual seguir su

camino: los felices, el de la felicidad; los infelices el de la desgracia.

—No opino como tú, concluía Berta. Estoy dispuesta a consolar á los que sufren siempre que pueda. Si no lo hago con todos, es porque no me lo permiten las fuerzas; pero si pudiera ¡con qué gusto lo haría!

El diálogo terminaba con un mohín de Paulina, que se encogía de hombros como diciendo: "haz lo que te parezca y con tu pan te lo comas."

No pocas veces, en el curso de la vida siempre igual de aquella casa, había sucedido que Berta se viese obligada á dar mudas, pero elocuentes lecciones de generosidad á su fogosa compañera. Los episodios habían sido, acaso, harto menudos y triviales; pero nunca destituídos de significación. Sucedió una vez, por ejemplo, que, habiendo fiesta magna en el establecimiento, un protector de los pobres y amigo de sor Ignacia, mandó una buena provisión de escogidas frutas para que fuesen repartidas entre los asilados á la hora del refectorio. Quien no haya conocido las privaciones ni la miseria, quien no sepa lo que significa tener únicamente lo necesario y carecer de algo más con que dar gusto al apetito; los que no hayan experimentado el deseo de gozar los placeres más sencillos y triviales de la vida, sin lograrlo, como estrenar unos zapatos, ó ponerse un traje nuevo, ó engu-

llir una golosina, no podrá tener idea de lo que significa para una reunión de infelices, un obsequio tan sencillo como ese. Una manzana, un albaricoque, un racimo de uvas, son, para quien puede gustarlos á cualquiera hora, manjares comunes y al uso; mas para aquellos que no tienen un ochavo con que comprarlos, y han pasado largo tiempo soñando con ellos, como con las fantasmagorías de un cuento oriental, son algo semejante á la ambrosía de los dioses. Ni Eva ni Adán en el Paraíso, regalándose con el fruto del árbol prohibido, hallaron mayor delicia tal vez en el hartazgo pecaminoso, que el que encuentran los paladares ávidos, cuando pueden proporcionarse esos sencillos placeres.

La vez á que hacemos referencia, fué, pues, un día de gran fiesta para los asilados, porque, al sentarse á la mesa, vieron sobre los blancos manteles, rojas, redondas y perfumadas naranjas, melocotones blancos, afelpados y carmesíes, y plátanos de cáscara color de rosa, gran tamaño y gratísimo perfume. De buena gana hubieran comenzado la sesión invirtiendo el orden establecido, y atacando la minuta de la comida por los postres; pero como había quien los vigilase, no se atrevieron á tocar las golosinas antes de tiempo. Con esto, hubo pobres que no comieron ó apenas probaron bocado, dominados por la impaciencia.

Berta, Virginia y Paulina sentábanse á la misma mesa, ocupando la cieguecita un sitio entre las otras dos jóvenes; y mientras duraba la colación, cuidaba Berta de que nada faltase á Virginia, le trinchaba las viandas, y aun solía ponerle los bocados en la boca. Paulina, sana y de buen apetito, se preocupaba solamente por su persona, y comía de firme, dejando limpios los platos en un santiamén. Aquel día, pues, al sentarse á la mesa, echó ojos codiciosos á la fruta que tenía delante, y como era golosa y de gran apetito, halló muy dilatado el tiempo que debía mediar desde la sopa hasta las judías, y arrostrando con la reprobación de las hermanas, á quienes no temía, echó mano sin más preámbulo, á aquellas exquisiteces, y las devoró en un decir Jesús, como aperitivo, antes de la sopa. Por fortuna no echaron de ver tan enorme infracción las celadoras que paseaban por el refectorio. Virginia, por su parte, como disciplinada y obediente que era, se había abstenido de tocar la fruta antes de la hora designada; pero tan pronto como fué tiempo, alargó la mano para cogerla, y no habiéndola hallado, aunque palpó el mantel en todas direcciones, exclamó contristada:

—¡Mi fruta! ¿qué se ha hecho? Berta ¿me haces el favor de decirme dónde está?

Berta se había distraído observando la

alegría y algazara que reinaban por el refectorio; pero al oír la pregunta, volvió los ojos á su compañera y observó que delante de su plato había desaparecido todo rastro de aquel regalo; y como recordó al mismo tiempo, haber visto á Paulina despachar prontamente su parte, no bien sentada á la mesa, y ahora la miraba deleitarse opíparamente con una segunda ración, se dió cuenta del caso, y comprendió que se había apoderado de la parte de Virginia, burlándose de su ceguera. No obstante, absteniéndose de delatar á Paulina, se limitó á contestar:

—Aquí está, Virgen (así llamaba por cariño á la cieguecita), aquí está tu fruta. Y le puso en las manos su propia ración con la mayor naturalidad.

Paulina lo notó, y al volver la vista á Berta, se encontraron sus ojos. Quiso protestar, discutir ó irritarse; pero tuvo vergüenza de alzar la voz, de que se supiese lo que había pasado, y, sobre todo, de que se enterase de ello Virginia. Así que, poniéndose roja como la grana, no hizo más que bajar la vista, humillada ante la bondad de su amiga.

X

Tiempos Aciagos.

Entre el departamento de las niñas y el de los adolescentes, se interponía un gran patio, el más bello y espacioso del Hospicio, rodeado por corredores de arcos elevados pintados al temple, y de salones destinados á clases y dormitorios. En el área cuadrangular de aquel terreno enorme, se había formado un ameno y bien cuidado jardín, encanto y recreo de toda la casa. Para impedir depredaciones y hurtos de desmandados y chiquillos, se le había puesto en torno una alta verja de madera y alambres, que permitía gozar de su vista, é impedía el paso no sólo de las personas, sino aun de las osadas manos. Por la parte interior, veíanse distribuídos con arte y en posición alternada, árboles frutales y floridas plantas, cuyo conjunto presentaba á la vista un hermoso y risueño espectáculo; y formando circuito á la fuente central, se alzaban altos y sonantes plátanos, cuyas anchas hojas proyectaban en derredor una frescura paradisiaca. Había pe rales por los ángulos, y hacia los costados, melocotones de florecillas color de rosa, y más al centro verdes y alegres granados, que abrían al sol sus rojas corolas semejantes á corazones inflamados.

Partían de la fuente por agujeros abiertos en la cantera, frescos y alegres chorros de agua cristalina, que, corriendo por caños bien dispuestos, derramaban cambiantes y frescura por la atmósfera, y llevaban la vida á las sedientas raíces de árboles y plantas. En los arriates cubiertos de musgo, pensamientos y violetas en apretadas hileras costeaban las callejas angostas; y, sobre las menudas florecillas, se elevaban los rosales de profuso follaje, agudas espinas y frescas y perfumadas rosas, destacaban los claveles rojos ó matizados su corona real como remate de sus tallos flexibles, y los nardos de nívea blancura, se erguían y columpiaban en sus altas y gráciles varas, como ofreciéndose á los pies de la Virgen Santísima, ó á las manos de las jóvenes puras. Y de toda aquella masa de verdura y colores, se desprendía un ambiente tan grato y cargado de esencias, que ensanchaba á la vez los pulmones, el corazón y el espíritu.

No á todos los asilados ni todos los días, les era permitido pasear por los corredores que contorneaban el jardín; sino sólo en días fijos y determinados, ó como premio especial otorgado al buen comportamiento de los más buenos. Joaquín, desde su departamento, columbraba al través de un pasadizo, aquel pedacito de Edén, con ojos admirados y extáticos. Siempre que podía, se deslizaba

hasta el arco postrero, para echar una ojeada á ese que le parecía un paraíso en miniatura, por lo hermoso, lo lejano y lo prohibido. Una de las cosas que le encantaban más en aquel sitio, era el cuchicheo y el canto de los pajarillos que, tanto al amanecer como al caer la tarde, piaban y aleteaban en las frondas; y oyéndolos á la madrugada, cuando no dejaba el lecho todavía, le parecía que le contaban secretos de la tierra y el cielo, descubiertos en su errante vuelo al través del espacio. Acaso le inducía también á ejecutar aquellas escapatorias, el deseo de encontrarse con Berta, ó de alcanzar á ver su graciosa silueta cruzando á lo lejos. Desde muy niño, desde que comenzó á tener conciencia de sí mismo, habíase acostumbrado á la dulce compañía de la huérfana, de quien se sentía hermano y compañero; y cuando llegó el día en que fueron destinados á distintos departamentos, opuso tenaz resistencia á la separación, lloró en altas voces, y al verse conducido lejos de la niña, clamaba con el rostro y los ojos vueltos hacia ella:

—¡Berta! ¡Berta!

Pero nadie se había dolido de su llanto, y allá en la soledad de su nuevo albergue, no había cesado de pensar en ella ni un día, ni un momento. No fué alegre ni brillante su infancia; pasó inadvertida entre la masa común de niños desgraciados que arroja la tempestad de la vida á las pla-

yas de la caridad. No conoció mimos, aparte de los de sor Marcelina, ni tuvo, sino rara vez, juguetes ó dinero, ya por Noche Buena ó Año Nuevo, ó bien el día de su santo. No vaya á creerse, por lo que acabamos de decir, que le hubiese abandonado Matute, pues lejos de eso, cuidó éste de que nada le faltase, y continuó llevando á sor Ignacia para su sostenimiento, buenos contingentes de numerario ó artículos de primera necesidad, según se presentaban los horizontes económicos; pero don Juan José, harto ocupado con los magnos negocios filantrópicos que entre manos traía, no acertaba á dar al parvulillo aquellas menudas satisfacciones que le hubieran proporcionado una madre ó una hermana, si por ventura las hubiese tenido; y juzgaba haber hecho por él cuanto era debido, al informarse de su salud y conducta, y pagar los costos de su manutención. No se hallaba Joaquín, por fortuna, en aptitud de notar las deficiencias de su estado; tanto más cuanto que, viéndose rodeado de otras criaturas más abandonadas que él (por no tener protector especial), ni siquiera habría podido establecer comparaciones penosas con seres más afortunados, á haber podido disponer para ello de más despierto entendimiento. La ignorancia es á las veces venda bienhechora que oculta desdichas y ahorra dolores, pues el que no ve, no

conoce los cielos, pero tampoco los abismos.

Tan pronto como el niño fué entrando en la vida de relación intelectual y afectiva, y comenzó á fijar la atención en cuanto le rodeaba, fué haciéndose objeto de mayor cuidado y solicitud por parte de Matute, quien ya le sacaba á la calle y llevaba consigo para enseñarle á conocer el mundo y la vida. Así le fué asociando á sus ideas y afectos en las constantes y sencillas conversaciones que con él iba teniendo. Las primeras impresiones del niño en el nuevo escenario á donde salía, fueron duras y penosas, pues precisamente cuando comenzó á despertar á la vida, arreciaba el furor revolucionario en la República, y se oía hablar á diario, de pronunciamientos, batallas, cambios de gobierno, levas, aprehensiones, fusilamientos y préstamos forzosos. Recordaba como en sueños la traición de Landa, y tenía bien presentes dos asedios sufridos por Fópoli, en los cuales había habido estrépito de cañonazos y fusilería, gran pérdida de vidas y gigantesca destrucción de edificios. Hacía memoria también de la época en que la desmoralización revolucionaria había llegado á tal punto, que el bandido Antonio Rojas, elevado al rango de general, asesinaba por mano propia á personas indefensas, y permitía que sus soldados se robasen á las mujeres en las calles céntricas de la ciudad y á la plena luz del sol.

Sor Ignacia, con tal motivo, mandaba cerrar el portón al oscurecer, y no permitía que se abriese sino hasta la mañana siguiente. El inocente rebaño de vírgenes temblaba de susto al solo nombre de aquellos desalmados; pero sólo Dios sabe cuántas de ellas sentirían recóndito y valado deseo de ser víctima de tales ultrajes.

Cierta ocasión, en los días calamitosos de la lucha, recordaba Joaquín haber visto en plaza concurrida, á un energúmeno, echar abajo las campanas de las torres y derribar las imágenes de los altares para prenderles fuego, como lo hubieran hecho los peores iconoclastas: Sanajas, León Isáurico ó Constantino Caprónico. Aunque la inteligencia del niño era harto débil para darse cuenta exacta de lo que iba mirando, experimentaba instintiva repulsión hacia tan bárbaros excesos, y Matute apoyaba su actitud, diciéndole que aquel desórden era triste resultado de la exaltación de los ánimos; pero que tiempo vendría en que renaciesen la paz y la concordia en el país, y nadie pusiese mano á las cosas respetables. Y como si el infante pudiese comprenderle, le decía:

—La religión es cosa separada de la política; mal hacen los que confunden á la una con la otra. Los demagogos se empeñan en ver á un enemigo en cada creyente, y los fanáticos vociferan que no puede haber democracia sin heregía; pero unos

y otros andan igualmente errados, pues, bien miradas las cosas, es el cristianismo la base de la libertad, y cristianos y liberales deben entenderse en el terreno de la fraternidad y del amor.

Un día, oyó hablar Joaquín de la invasión de la República por ejércitos extranjeros, y le impresionó ver la exaltación con que don Juan José recibió la noticia, y como se echó á gritar que, aunque era viejo y servía para poco, estaba dispuesto á dar su sangre por la patria; y no tardó en sentir los primeros arrebatos del entusiasmo, al presenciar la alegría que produjo en Fópoli la victoria alcanzada sobre los soldados de Napoleón III, el 5 de Mayo de 1862. Los repiques á vuelo, el estampido de los cohetes, el alegre resonar de las músicas y el júbilo desbordado de los fopolitanos, quedaron grabados para siempre en su memoria.

Vió también que la juventud masculina se apresuró á tomar las armas, que el pueblo acudió en masa á engrosar las filas de la guardia nacional, que por todas partes se oían cornetas y redobles de marcha, y que los campos vecinos á la ciudad, resonaban con el fragor de los ejercicios militares.

El "alta crema" de los fopolitanos formó un batallón que se acuarteló en el Liceo de Varones. El populacho creyó que aquel despliegue bélico era poco serio y bautizó el cuerpo con el irónico nombre

de "batallón mamá;" pero hechos posteriores demostraron que aquellos muchachos no tomaban á broma el asunto, pues de su cuadro salieron bravos combatientes, que murieron peleando con los invasores ó alcanzaron altos grados en el ejército republicano.

Joaquín, aunque sólo contaba doce años de edad, manifestaba vehementes deseos de sentar plaza de soldado; pero tanto sor Ignacia como Matute se opusieron á su propósito, por parecerles demasiado prematuro su empeño, aunque don Juan José, por su parte, no se abstuvo de sentarla entre los milicianos; así que con curiosidad mezclada de respeto, le veía el vecindario ceñir la espada y el sable á las horas de servicio, y montar con gravedad la guardia del cuartel, siempre que era necesario.

El bello sexo de Fópoli se consagró entretanto, á reunir fondos para los hospitales de sangre, y comisiones de hermosas y activas señoritas recorrían la ciudad, solicitando donativos, en tanto que las más sedentarias, permanecían en los hogares deshilando ó cosiendo géneros. Y no contentas todavía con aquellos medios de hacer el bien y mostrar su patriotismo, imaginaron otros más entretenidos para allegar recursos, tales como dar representaciones públicas, en que figuraban con amigos y parientes, interpretando escogidas piezas treatales.

Con tal motivo, y para tal propósito, escribió un ilustrado caballero de Fópoli, don Juan José Castaños, una comedia de circunstancias, titulada "La Intervención en México," cuyos personajes principales eran: Lola Rubio, Don Nicolás Molina, el español Don Donaciano León de Castilla, el inglés, Mr. William "Printseller" (vendedor de estampados), el francés M. Napoleón Blaguefort (fuerte fanfarronada) y Pepe Pérez, mexicano. La acción pasaba en Veracruz. Lola (la nación mexicana), buena y generosa, pero manirrota y atolondrada, debía mucho. Su protector, Molina (el Presidente), pasaba grandes trabajos para sostener la situación, pues aunque los bienes de la sobrina excedían con mucho al monto de las deudas, no había numerario en las cajas para cubrir los vencimientos. La crisis, entretanto, se precipita con motivo de que León de Castilla, Printseller y Blaguefort (la intervención tripartita) llegan al puerto en un mismo vapor, y se presentan en grupo á cobrar fuertes créditos vencidos. Pero, si bien todos se muestran altivos al principio, el español y el inglés se dejan ganar pronto por el exquisito trato del tío y la belleza de la sobrina; por lo cual, aunque seducidos por la charla de Blaguefort, le habían nombrado su representante cerca de Lola, al advertir que es un charlatán sin seso y que exajera

sus pretensiones exactoras (pues quería que Lola le entregase en garantía, casas, terrenos y cuanto tenía, sujetándose á su tutela), le retiran su mandato y celebran arreglos directos con Molina.

Entre tanto, la acción principal se había mezclado con otra amorosa, pues los tres acreedores se habían prendado de Lola. Ella amaba á su primo Pepe Pérez (el pueblo mexicano), calavera y mala cabeza, pero noble y leal en el fondo; por consiguiente, rehusa los homenajes de todos, contestando atentamente al inglés y al español, y con desprecio al francés. Blaguefort se había aprovechado cierto día de la "soledad" (1) de la casa, para apoderarse de papeles amorosos de Lola, que juzgaba la comprometían, aunque no era así, con el designio de obligarla á casarse con él; mas sobreviene Pepe Pérez, que había dicho á Blaguefort cuantas eran cinco, le obliga á retirarse de la casa, y Lola cae en sus brazos.

La pieza fué recibida con entusiasmo indescriptible. La bella y espiritual doña Pilar Senosiain hizo el papel de Lola; el famoso abogado y orador don Emeterio Robles Gil, el de Molina; don Joaquín Castaños, hermano del autor y hombre de elevada cultura, el de León de Castilla; don Benito Gómez Farías, hijo de uno de los más sonados Presidentes de

(1) Alusión al Tratado de la Soledad.

México, el de Printseller; don José María Castaños, hermano también del autor, y ex-Ministro de Hacienda de Juárez, el de Blaguefort, don Pedro S. Olasagarre, joven simpático y de la aristocracia, el de Pepe Pérez; y otros caballeros no menos recomendables y notorios, los demás de la comedia.

Matute llevó á Joaquín al teatro con aquella ocasión, y ambos aplaudieron á rabiar tanto al autor como á los actores. Blaguefort, sobre todo, fué sumamente celebrado. Castaños, que había vivido largos años en Francia y hablaba el francés correctamente, imitó tan á maravilla el acento, la petulancia y la impertinencia de los peluqueros franceses de aquella época, que eran los mayores enemigos de Méjico, que no cesaba de hacer reír al concurso desde que aparecía en escena, hasta que se le perdía de vista. El final del acto tercero, muy especialmente, hizo desternillar de risa á los presentes. Pepe Pérez había retado á Blaguefort; éste no había aceptado el desafío, y León de Castilla y Printseller se habían llevado al joven del sitio donde se había efectuado la reyerta, para poner punto al conflicto. Blaguefort, solo ya en la escena, se había quedado diciendo: "¡Han hecho bien en llevagseló, pogque ya mi pacienciá estabá al cabó! ¡Han hecho bien en quitagmeló de delanté! ¡Oh! ¡si no estuviegá ligadó pog la misión de impogtanciá que me ha

confiadó la casá de Moulins y Có.!...... ¡Qué sacgifició he tenidó que haceg á mis debegués de hombgué de negociós! El honog megcantil ha sofocadó el honog fgancés. Pegó no obstanté, éste también ha quedadó bien puestó, pues, todó bien considegadó, en un país como esté, semi-salvaqué, las leyes del dueló no pueden teneg su aplicación, y yo no estabá obligadó á batigmé con un hombgé que, segugamenté, tgaía escondidó algún puñal envenenadó..... ¡qué hogog!..... Yo le he dadó citá en Paguís, callé de Vivienne, númegó 27, en el entgue sueló. Allí le espegó." Al concluir el parlamento, se venía abajo el coliseo á aplausos y carcajadas.

Hubo otra escena muy divertida y fué cuando, al estar Blaguefort hablando pésimamente de Méjico, (llamándole "nación de salvaqués, bandidós y asesinós"), se le despegó la pera engomada que, adherida á la barba, le daba notable parecido con Napoleón III. Castaños, al notar la hilaridad del público, cogió sin inmutarse el apéndice fugitivo, y con oportunidad y chiste propios de un hombre de verdadero "esprit," agregó á lo que iba diciendo estas palabras de su propia inventiva: "¡Ah! en esta tiegá malditá, hastá las "piochás" (1) se caen!" El público al oír la salida, aplaudió con frenesí.

(1) Peras.

Pero el mayor delirio de la multitud, llegó al final de la comedia, cuando Pilar, avanzando por el proscenio con la bandera tricolor en la mano, la desplegó cuan grande era, y tremolándola enérgicamente, gritó con acento poderoso:

—¡Viva Méjico!

Un coro inmenso contestó á su voz, y otro "¡Viva Méjico!" resonó por el coliseo con el fragor del trueno.

Vinieron después las dianas, y, para concluír, el himno nacional, cantado por todo el concurso, en pie y con la cabeza descubierta, en medio de un entusiasmo indescriptible.

Joaquín arrebatado por tan poderosa ola de entusiasmo, lloró á lágrima viva á influjo de sus emociones, é hizo en la mente extraña mezcla y confusión de patria, guerra, Pilar Senosiain y Berta; pues todo cuanto veía y sentía, lo relacionaba con su dulce amiga, de tal suerte, que aquella bella niña se encontraba al principio y al fin de todos sus pensamientos. Ya se le figuraba hallarse en el campo de batalla matando franceses y que Berta presenciaba sus proezas y quedaba asombrada de su valor; ya se miraba trocado en general invencible y salvador de la patria; y ya, como remate de todo, se veía arrastrado en carro victorioso por las calles de la ciudad, debajo de arcos de triunfo, al lado de la huérfana, sonriente y enamorada....

Días bien tristes, no obstante, sucedieron á aquellos arrebatos generosos, pues los franceses tomaron rápida posesión de una gran parte del país; mas, antes de que llegasen á Fópoli, salió de la ciudad el ejército mejicano para hacerse fuerte en las serranías del Sur. Don Juan José Matute debió ser de la partida, pues todo lo tenía arreglado para la marcha; pero cayó enfermo de súbito, atacado de ahoguío —consecuencia de la edad y de las emociones,—y hubo de quedarse en su casa Los franceses entraron en Fópoli antes que terminase su convalecencia, y fué tal la dolorosa impresión del anciano al ver cierto día, al través de los cristales de la ventana, á un zuavo cruzando la calle, que sufrió una recaída mortal; apenas pudo articular palabra en adelante, pero entre congojas y silbidos de la respiración, no cesaba de reptir:

—Yo ví nacer esta nacionalidad, y no quiero verla sucumbir. ¡Estoy dispuesto; ya es hora!

La dolencia fué complaciente con sus votos, pues al cabo de pocos días de dolorosa ansiedad, le cortó el hilo de la vida.

La ciudad lloró amargamente su pérdida; los pobres en masa siguieron sus restos hasta el camposanto; y sobre la sencilla fosa del filántropo, manos piadosas amontonaron flores y guirnaldas.

Las crónicas de la época refirieron,

además, que su labor caritativa de cerca de cinco lustros, había sido singularmente fecunda, y que antes de pasar de éste al otro mundo, había logrado asegurar á favor del Hospicio, un ingreso de más de catorce mil pesos anuales. Súpose también que, de los escasos libros y muebles que dejó á su familia, dispuso que se separase un lote para constituír un legado á favor de su protegido Sandoval, lo que fué hecho al pie de la letra por sus herederos.

Joaquín, que contaba por entonces como trece años de edad, lloró amargamente la muerte de su generoso protector. A su juicio, era Matute cifra y compendio de cuanto de grande y magnánimo había sobre la tierra, y nunca, durante su vida, dejó de pensar en él con cariño, ni de bendecir su memoria, con todo el fuego de su agradecido corazón.

Sor Ignacia recogió el legado de Joaquín, y tomó la costumbre de encomendarse á don Juan José todas las noches, antes de dormirse, como si estuviese canonizado. Además de eso, mandó colocar el retrato de Matute, pintado al óleo, en la Sala de la Cuna, donde todavía se conserva.

XI

Don Teodomiro.

Los maestros de primeras letras de Joaquín, notaron que la inteligencia de éste distaba de lo vulgar; y más tarde, se descubrió que su naturaleza era esencialmente artística. Adoraba la belleza por instinto, y tenía abiertas de par en par todas las puertas del espíritu y del cuerpo, por donde podía verla, aspirarla y gozarla. Desde muy niño manifestó aquellas tendencias, pues apenas balbutía, cuando miraba ya con recogimiento y devoción todo lo que encanta: el cielo, la luz, los árboles, las flores, cuanto por la forma ó el color es capaz de despertar los íntimos aplausos de la mente. En su adolescencia, soñaba con los grandes espectáculos de la naturaleza y de la civilización, y ansiaba con vivo anhelo, conocer el campo extenso, la llanura plácida, la soberbia montaña, el vertiginoso barranco, los rincones idílicos del paisaje, y las soledades temerosas donde las fuerzas plutónicas del planeta han desgajado los montes, resquebrajado el granito y hervido las rocas; y contemplar el inmenso mar de ondas movibles, ya plateadas á la luz de la luna, ya doradas á la del sol.

Joaquín hizo versos sin saber cómo,

desde muy temprano, como vuelan las aves y nadan los peces, pero los ocultaba cual si fuesen cosa robada, porque se afligía de entregarse á aquella distracción ajena á su pobreza y desventura; mas cuando, al fin, se trasporó el secreto, no sólo se hizo perdonar tamaña debilidad, sino hasta logró ser más estimado por ella, pues las religiosas solían encargarle sonetos, pareados ú ovillejos, para señalados días de fiesta de santos, toma de posesión de obispos ó instalación de canónigos. Y aunque no le daba la vena de la poesía forzada y de encargo, desempeñaba como le era dable aquellas comisiones, logrando salir del paso con algunos homenajes. Pero no era en aquellas producciones donde podía medirse su inspiración, sino en las espontáneas que escribía, cuando la melancolía con sus dulces manos le oprimía el corazón ó el pensativo ensueño le llevaba á las regiones de la meditación y del éxtasis. Entonces, vibrante de emoción, confiaba al papel en estrofas sinceras, los sollozos de su alma, y las ilusiones de su fantasía juvenil.

Con todo, lo que más adoraba era la música, viviente reclamo de sus ideales. Apenas la oía, entraban sus pensamientos y afectos en tumulto: sentíase triste, melancólico, deseoso de no sabía qué bien oculto ó amor inefable, y se echaba á crear visiones y panoramas de esfumados contornos, donde se miraba amado, aplau-

dido y elevado sobre pináculo resplandeciente, por la virtud de su inspiración y el poder de su lira. Y, cosa extraña, era siempre Berta la diosa radiante de cuyas manos recibía palmas y coronas; por más que la huérfana viviese ajena á aquellos delirios y casi olvidada de su compañero de infancia.

Discípulos como él, nunca los había tenido el profesor de la banda del Hospicio, don Teodomiro Gómez y Pérez, á pesar de los tres lustros que llevaba de dirigir á la juventud por los floridos senderos del arte; siendo este el motivo por que le había cogido un apego muy especial y se consagraba á su enseñanza con esmero sin ejemplo. Cuando comenzaron los estudios filarmónicos del grupo á que el muchacho pertenecía, escogió Joaquín, entre todos los instrumentos de viento, el oboe, cuya voz dulce y expresiva le había siempre enamorado, por hallar cierta semejanza entre su timbre patético y el de la voz humana. Gómez y Pérez, que había sido partidario toda su vida de aquel instrumento, saltó de júbilo al observar la elección de Joaquín, y se formó hasta por eso, el más alto concepto del talento del joven, pues siempre tenemos por los más avisados y mejores, á aquellos que participan de nuestros gustos.

Antes de pasar adelante, permítasenos presentar á este personaje. Don Teodomiro andaba peinando los sesenta años.

y era bajo de estatura, blanco y sanguíneo de color, de ojos extremadamente movibles, profusas, canosas y largas cejas, nariz bien perfilada, barba tirando á blanca, larga y corrida, boca no muy poblada de dientes, y lacia y cenicienta cabellera. Había florecido en pleno período romántico y se había empeñado en no salir de él, á pesar del curso de los años; demencia denunciada no sólo por su alborotada melena, sino también por otras muchas extravagancias y caídas de su vida y carácter. Desgraciadamente su romanticismo, á pesar de ser de etérea esencia, andaba divorciado de la limpieza y pulcritud del traje y la persona: pues, según lo decía con tono satisfecho y magnífico. sólo se bañaba una vez al año, por primavera, y no mudaba de vestido sino cuando el que portaba llegaba á quedar inservible; de suerte que andaba siempre empolvado, manchado, raído y no pocas veces hecho un harapo. Desde el momento en que se ponía un par de zapatos, no volvían á recibir lustre, hasta que los daba de baja, y así continuaban durante varios meses, todos los días más pardos, rozados y agujereados, con suelas comidas y tacones gastados, según se vislumbraba al través de los flecos del pantalón, molido y añascado en los bordes, por los talones recios y duros. No pasaba su camisa por manos de lavandera: don Teodomiro la cambiaba de cuando en cuando

por otra nueva que se compraba, y la vieja, hecha un lío, la echaba debajo de la cama ó la arrojaba sencillamente á la azotea, como si fuese un proyectil.

Ibamos á decir que Gómez y Pérez era un bohemio, pero á tiempo nos hemos contenido, porque, si bien tenía de ese tipo artístico-literario la gran cabellera, la pobreza y la falta de toda preocupación por las conveniencias al uso; carecía, en cambio, de aquellos vicios elegantes de beber, no pagar y otros peores, en que andaban divagados Rodolfo, Shonard, Colín y sus aláteres, en compañía de Mimí, Mussetta y otras jóvenes alegres y dignas de personificar á las musas. Era, si se quiere, un bohemio incompleto, por una parte corto, y excesivo por otra, mejor que el tipo clásico en cuanto á lo moral, pero peor tal vez en cuanto á la indumentaria: y contando, después de todo, sobre los héroes de Enrique Murger, con la ventaja de saber trabajar y no pegar chasco á nadie. Había en aquella cabeza peluda y enmarañada, un gran conocimiento del contrapunto y notables ideas artísticas; y bajo aquel aspecto tosco y desapacible, un fino y elevado sentimiento estético. Mas era un extravagante con rarezas tan inauditas, que hacía pensar á las veces que se le hubiese secado el cerebro, á fuerza de estudiar y pensar, dar y tomar en las más extrañas y peregrinas cosas que puedan ser imaginadas. Una de sus especialidades

estribaba en titularse "maestro de Capilla," designación bajo la cual daba á entender que sabía tocar diestramente todos los instrumentos músicos conocidos. Por de contado que su pretensión era exagerada, pues, si bien á todo se atrevía, y tañía el bandolón y la cítara, y hacía vibrar con el arco las cuerdas del contrabajo y las del violín, y acompañaba indiferentemente en el órgano á los curas ó en el piano á las sopranos, y empuñaba los fuelles del acordeón ó pasaba por los labios la agujereada superficie de las "ocarinas;" también lo es que no era, ni con mucho, igualmente "fuerte" en el manejo y predominio de todos aquellos sonoros aparatos. Y aun contaban los inteligentes en achaques filarmónicos (que vivían comidos por la envidia que le tenían), que su ejecución en el órgano era lamentable, atroz en el piano y pésima en la corneta-pistón y en el flageolet; pero nadie le negaba ser destrísimo en el clarinete, maravilloso en el violín, y excelente profesor en esos y todos los otros instrumentos. No cabe duda, pues, que había algo de excepcional en aquel viejo abandonado y heteróclito.

No puede decirse que Gómez y Pérez haya sido un hombre de letras, pero tampoco podía negarse que hubiese leído ni que siguiese leyendo mucho. Y como tenía una retentiva prodigiosa y contaba

más de medio siglo de vida, había almacenado en la memoria buen número de principios y noticias (no todo bien digerido), que hacían de su conversación una mescolanza de especies buenas y malas, importantes ó sin interés, tediosas y divertidas. Era en eso, como en todo, una perpetua contradicción, un maremágnum de cosas disímiles, un crepúsculo humano entre serio y cómico, valioso y trivial, y alegre y triste. Hasta en su vocabulario mismo lo demostraba, pues tan pronto usaba palabras altisonantes, como echaba mano de las más vulgares y bajas, y aun á veces de las que no pueden ni deben repetirse; y por lo que hace á su pronunciación, andaba también entre los límites de la afectación más sutil y de la incorrección más atroz. Era absolutamente inexplicable cómo habían podido arraigar en su lengua vicios palmarios, de aquellos que conoce el hombre menos instruído, y que para él eran, por decirlo así, constitucionales, pues hubiera tenido que enmudecer, si alguien le hubiese obligado á adoptar una pronunciación más castiza. Así solía andar reñido con la "i" en las ocasiones en que esta letra se juntaba con la "a" ó con la "o," ya dentro ó fuera de diptongo, como en copia é ilusión, que él pronunciaba "cópea" é "iluseón." En las sílabas en que sonaban unidas la "n" y la "s," colocaba, no se sabe por qué diabólico

capricho, una "c" entre ambas letras, diciendo por ejemplo: "incstante," en vez de instante é "incstinto" por instinto. Estos ligeros apuntes sobre el "maestro de Capilla," nos parecen suficientes para que el lector tenga alguna idea del personaje; con ello y con lo que seguirémos refiriendo de él en lo sucesivo, bastará tal vez, para que no se pierda ni esfume en las brumas del olvido, tan original y enigmática figura.

Decíamos, pues, que don Teodomiro había recibido con alegría la elección de Joaquín en favor del oboe, y que, desde el día en que el adolescente se la declaró, había tomado á éste bajo su protección de un modo particular. Ahora agregamos en confirmación de eso mismo, que aunque no tenía más obligación que la de ir al Hospicio dos horas diarias para dirigir los ensayos de la banda, acudía también por su propia cuenta, una ú otra mañana á dar lecciones privadas á Joaquín, y se encerraba con él en el cuarto donde se guardaban los instrumentos, para celebrar secretos coloquios con su discípulo sobre los misterios eleusianos de su divino arte. Ahí le hablaba de la Historia de la Música en todos los tiempos y lugares, comenzando por Asiria, Babilonia y Egipto, hasta nuestros días, al través de Grecia, Roma y la Edad Media; poníale al tanto de lo que habían sido los cinco mo-

dos principales y la notación por letras de los griegos, y de que los modos dorio, frigio y metsolidio, son los que más se parecen á los modernos, por habérnoslos conservado la Edad Media. Le explicaba cómo, de los neumas misteriosos, cuyo origen no se puede precisar, y de la notación cuadrada, viene, con más ó menos variantes, la musical que ahora acostumbramos, y cómo se fueron formando el pentagrama, las llaves, y los demás signos empleados en música, hasta adquirir su forma actual. Al llegar á la escala, le hablaba del famoso monje Guido de Arezzo, á quien se atribuye, y del himno á San Juan, de donde se tomó el nombre de las notas. Se metía en grandes honduras para hacerle entender la diferencia que hay entre el ruido y la música, y establecía bien, para su entendimiento, la línea de separación existente entre la melodía y la armonía. Don Teodomiro negaba que la antigüedad hubiese conocido esta última, y atribuía su origen (casual, como el de todos los grandes descubrimientos), á las diafonías, á los discantos, á los cánones y á los terribles experimentos y combinaciones á que se consagraron los oscuros y laboriosísimos músicos de los siglos XIV al XVI, cuyas composiciones eran rebuscadísimas y laboriosas hasta en su aspecto gráfico, pues solían ser consignadas en formas premiosas

y determinadas, como de corazones ó de cruces; y añadía que con Palestrina se cerró la época medioeval, y que después de ella, aparecieron ya los heraldos de la música moderna en los siglos XVII y XVIII. Le hablaba también de todos los instrumentos: la flauta, la nabla, el sistro, la tamburah, el arpa, la lira, la cítara, la trompeta, el órgano, y de todas las transformaciones que han tenido hasta la época moderna; y bosquejaba ante sus ojos galería tras galería de grandes maestros y compositores de música: Orfeo, Anfión, Lino, Demódoco, Vitruvio, Censorino, Boecio, San Ambrosio, San Gregorio y tantos y tantos otros, hasta llegar á nuestros días, que sería cuento de no acabar nunca el seguirlos enumerando. Entrando de lleno en la teoría de la música moderna, le explicaba que la antigua tendía al reposo, y la moderna á la inquietud del oído, que aquélla era simétrica,y ésta asimétrica, y que lo que más se había aborrecido en otros días, que eran las disonancias, ó sea el tritono, la cuarta justa, el "diábolus in música," como entónces se le llamaba, forma ahora el encanto principal de una generación nerviosa, hiperestesiada y neurasténica. Don Teodomiro, aunque al tanto de todo lo más reciente, no se mostraba ni novelero ni retrógrado, y opinaba que, pasado el período de transición que vamos cruzando, se establece-

ría la concordia entre las escuelas antagónicas, y habría un arreglo entre la melódica y la wagneriana. Por de contado que Joaquín no le perdía pisada, y se iba convirtiendo poco á poco en su reproducción fidelísima, en cuanto á conocimientos, gustos y teorías; salvas las excentricidades del profesor, que nunca fueron compartidas por el discípulo, en razón de la diferencia de sus respectivos temperamentos.

Por este medio, y en tiempos en que Joaquín era todavía casi un muchacho, había logrado imbuirle muy buenos y sólidos conocimientos, y aun hacerle figurar entre los músicos de la banda; y no mucho tiempo después, darle á conocer como solista de mérito en ocasiones solemnes y difíciles. Muerto Matute, se estrechó la amistad de Joaquín con Gómez y Pérez, y don Teodomiro dió en la costumbre de llevárselo á su casa los domingos y días de fiesta para seguir desarrollando á sus oídos, antes de la comida, durante ella y después de ella, sus eternos temas artísticos, y para mostrarle todo cuanto de más precioso tenía: viejas partituras muy leídas y usadas, colecciones de periódicos musicales desde muy atrás hasta el día, libros técnicos, biogáficos y anecdóticos, sucios y desencuadernados á fuerza de constante lectura, retratos de cantantes é instrumentistas de renombre,

recortes de diarios de Méjico y de Fópoli, relativos á actos musicales, ramilletes secos (recuerdos de sus triunfos artísticos), y otras cosas que él estimaba en mucho, aunque no valiesen nada en sí mismas. Entre toda aquella máquina de objetos que ponía á los ojos del huérfano, la prenda que le mostraba con mayor solemnidad y cariño, era un violín de respetable antigüedad, que el viejo maestro aseguraba ser un verdadero y genuino stradivarius.

—Para que comprendas el valor que tiene este "incstrumento," decía al muchacho, voy á ponerte en antecedentes respecto de las manos incomparables que lo hicieron y lo han tocado. Comenzarémos por el "concstructor." Fué "Antóneo" Stradivari, de Cremona, ciudad célebre por haber servido de cuna á los guitarreros más famosos que se han conocido.... Stradivari latinizó su nombre y firmaba "Stradivarius;" murió de más de noventa años, y "concstruyó" los "incstrumentos" de cuerda más bellos y "armoneosos" que se han conocido. Para ello escogía las maderas más ligeras, que trabajaba con "nímeo" esmero, puliéndolas, esmaltándolas y adornándolas con finísimas "incrustaceónes." Toma este "veolín" en tus manos. ¿No es verdad que es muy ligero?.... No hay otro que pese menos. ¿Sabes por qué? Porque es de madera de sauz. Es cosa sencillísima hacer "veoli-

nes" de esta "materea;" pero antes de aquel guitarrero, nadie había caído en la cuenta: fué el "güevo" de Colón. Este "veolín" es el mejor de las Américas: oye cómo suena.

Diciendo así, ponía el instrumento bajo la barba, y pasando el arco por sus cuerdas, le hacía un registro rápido, que llenaba la estancia de limpias y sonoras voces.

—De esto no hay más que muy poco, hijo, continuaba después de la prueba. Es la mejor prenda que tengo; no la vendería ni por un ojo de la cara. El príncipe Vivesco, que es un capitán del ejército francés, me oyó tocarlo en un concierto en que tomó parte como cantante (muy "medeano" por cierto), y quedó prendado de su timbre. Al día siguiente vino á verme, y después de examinarlo y convencerse de que no era falsificado, me ofreció doscientos pesos por él..... Antes me dejaría ahorcar que venderlo..... Voy á enseñarte la marca. Aquí está..... "Antonius Stradivarius fecit.—Cremona, 1710."—Es precisamente la gran época del fabricante..... duró veintiocho años. No es de los malditos "amatisados" ni de los que llevan la advertencia: "sub disciplina Stradivari," ni de aquellos en cuya factura le ayudaron Bergonzi y sus hijos Homobono y Francisco: él mismo lo hi-

zo, es de sus "própeas" manos. ¿Dime si no ha de valer un tesoro?

Aquí solía introducir un intervalo entusiasta para ejecutar otros registros y preludiar trozos de piezas favoritas, con ojos entornados y fisonomía extática de fakir columpiado sobre el nirvana. Y luego continuaba:

—Y no es eso todo; aquí donde lo ves, este "veolín" ha andado en manos de Paganini. Voy á decirte quién fué este gran "virtuoso"... Digo "virtuoso," no porque haya sido la virtud el mérito capital de Paganini, pues fué, por el contrario, el vivo "deablo," y aun opinaron algunos de sus contemporáneos, que era una "encarnaceón" de Satanás; sino porque los "italeanos" dan este nombre á los ejecutantes verdaderamente "incspirados," á los "extraordinareos" y "geneales"...Paganini tuvo por maestros á los más eminentes "veolinistas" de su época; pero los dejó muy atrás á todos ellos, al llegar á la edad de once años.... ¡Así "estudeaba" el condenado!.... ¡Diez ó doce horas diarias! Lo que más le gustaba era buscar tres pies al gato, inventando dificultades casi imposibles de vencer...... Y las resolvía todas, no de un modo, sino de veinte modos distintos. En fin, para decírtelo de una vez, ha sido el más gran "veolinista" que ha habido en el mundo. Se paseó por todas las ciudades de Eu-

ropa cosechando triunfos y dinero... En Viena, ejecutando una vez en el teatro sus "vareaceones" llamadas "Strigas," imitó tan bien las voces cavernosas y espeluznantes del "demóneo," que las mujeres se desvanecieron de terror, y aun hubo quien asegurase haber visto al "deablo" en persona detrás de Paganini, ayudándole á manejar el arco. Rompía á veces una á una las cuerdas del "veolín" y seguía tocando con las otras, tan bien como si tal cosa, y ejecutaba las piezas más difíciles, indiferentemente, con tres cuerdas, con dos, ó con una. ¡Con razón llegaron á creerle "endemoneado"!.... Y lo más extraño del caso es que todas esas hazañas las realizó, no en este "stradivarius," sino en un "guarnerius," un "incstrumento infereor"... Yo creo que hubiera podido tocar en una calabaza partida por la mitad, y con cuerdas..... Mi stradivarius fué primeramente del célebre pintor "Pasini," á quien lo ganó Paganini en buena lid, en una apuesta. ¿Ahora quieres saber cómo pudo llegar á mis manos? Voy á decírtelo. Como Paganini estaba embrujado con su "guarnerius," no hizo aprecio del "stradivarius," y al morir lo dejó enpolvado en un rincón de su casa. Aquiles, su hijo, lo vendió á Montana, y éste á Civetti. Civetti, fué "carbonáreo" en "Italea," y tuvo que expatriarse. Después de haber corrido mucho

mundo, vino á Fópoli con Antommarchi, el médico de Napoleón el Grande. Aquí le conocí y fuí su discípulo en armonía y perfeccionamientos de "ejecuceón"..¡Dios lo tenga en su "glorea"! Murió de "nostalgea," y yo recogí su último suspiro... Ya en estado de gravedad, me hizo el legado de este "incstrumento," como lo prueba el acta que obra entre mis papeles. Dice así: "Io Doménico Civetti, naturale de la cittá de Milano, capitale del duccato del medéssimo nome".... Quieres que te lo busque y te lo lea por completo? No es "necesareo".... Civetti abrió mis ojos al gran arte, me hizo conocer las celebridades europeas y me puso al tanto de aquella vida "manífica"... Desde entonces recibo constantemente "publicaceones" artísticas, y estoy al día en cuanto se refiere á óperas, "ejecuceones" y artistas.

Joaquín admitía á pie juntillas cuanto don Teodomiro le contaba sobre ese y otros puntos y sucesos, relacionados con su interesante biografía Y como era joven, y sentía por el arte el ciego fervor de un neófito, se inflamaba y enardecía al oír aquellas historias y panegíricos; y, soltando el freno á la imaginación, echábase á soñar con sublimes creaciones, ovaciones estruendosas, públicos vieneses, parisienses y londinenses locos de entu-

siasmo, y goces inefables de un alto númen comprendido y galardonado.

—Cuando Civetti vino á Fópoli, seguía diciendo don Teodomiro, los "veolinistas" tocábamos el "incstrumento" en esta forma (y empuñaba el violín rudamente por el cuello con la mano siniestra), como si fuésemos á rompernos el alma con él. Por lo que respecta al arco, lo cogíamos como si fuese una espada ó un florete, con mano dura y férrea; de suerte que para pasarlo sobre el cordaje, teníamos que hacer uso de todo el brazo, aprovechando nada más que la "articulaceón" del hombro. De aquí resultaba una "ejecuceón" torpe y sin matices. El nos enseñó á encomendar á la muñeca todo el mecanismo de la "ejecuceón," para lo cual hay que tomar el arco con estos tres dedos, pulgar, índice y del corazón... en esta forma. Así se mueve sin esfuerzo la mano, con el puro "muelleo" de la muñeca. ¿Hay que tocar las primas? Pues se sube el brazo á la altura del "incstrumento," dejando caer la mano con naturalidad, en virtud de su "própeo" peso. ¿Hay que tocar las terceras? Pues se baja hasta dejar la mano en la misma línea del antebrazo; así se arreglan las cosas por sí solas, y sin esfuerzo.

En medio de aquellas conversaciones, estudios y ensueños, llegó Joaquín á los diez y ocho años, á esa hermosa edad de

la vida en que de nada se duda, y se ve el porvenir como tejido luminoso de triunfos y de dichas. Cualquier mortal, por humilde y modesto que sea, figúrase entonces que ha recibido del cielo una misión; y los intelectuales, por poco que se eleven sobre el nivel común, suelen abultar tanto sus propios merecimientos, que creen van á dar nombre á su siglo, como Pericles, León X y Luis XIV. Seamos, pues, indulgentes con Sandoval, si tenía por averiguado que llegaría á ser una celebridad en las bellas artes, tanto más cuanto que, para ser justos, debemos también abonarle en cuenta la circunstancia atenuante de su íntima sociedad con don Teodomiro; pues Gómez y Pérez era un verdadero y redomado melagómano, que todo lo veía crecido y agigantado, y no podía andarse con medias tintas ni con paños calientes para nada. Nunca mencionaba á los maestros de segundo orden, sino sólo á los eminentes y sublimes, y traía siempre en la punta de la lengua á Bach, Beethoven, Weber, Mozart, Meyerber, Bellini, Donizetti, Verdi, y á todo lo más granado de la nomenclatura artística. Era Fópoli para él un rincón del mundo, bien dispuesto para las sublimidades de la música, pero donde todo estaba por hacer, como las naciones gentiles antes de la llegada de los apóstoles; y, aunque él no lo dijese, bien se echaba de ver que se con-

sideraba destinado á ser el San Pablo de aquella gente pagana. Vivía rodeado de las creaciones y partituras de los más ilustres compositores, que ejecutaba, hacía ejecutar, estudiaba, analizaba, y escudriñaba del principio al fin. Cuando no hacía eso, cogía los libros de historia de la música ó las biografías de los grandes compositores, y los leía, releía y aprendía de memoria, no sólo por los principios y reglas que contenían, sino también por las noticias meramente curiosas y anecdóticas que en ellos encontraba: fechas y lugares de nacimiento, maestros, excentricidades, amores y triunfos de los grandes músicos. Era una biblioteca ambulante: sabía dónde, cómo y cuándo se había estrenado cada ópera, qué día de la semana, si con tiempo malo ó bueno, qué artistas habían tomado parte en su desempeño y los episodios y detalles realizados durante la función. Y al pintar aquellas brillantes escenas, se entusiasmaba y enardecía de tal modo, que se ponía en pie, recorría á pasos precipitados la habitación, localizaba las cosas, y decía:

—Aquí estaba el escenario, allá el palco del Emperador, allí el del príncipe X, acullá el de la hermosa princesa H, más acá el sitio de la orquesta, y en este preciso lugar se sentaba el maestro al címbalo.

Y seguía particularizando y detallando tan bien y tan menudamente los aconteci-

mientos, que no parecía sino que los hubiese presenciado; y era tal la impresión que con todo eso producía en el auditorio, que cuantos le oían, se figuraban ver con sus propios ojos las escenas y personajes á quienes Gómez y Pérez aludía. Por lo que hace á Joaquín, quedaba como electrizado al oírle, no apartaba de él los ojos mientras hablaba, y no pocas veces llegaba hasta llorar de emoción, bajo el influjo del loco y arrebatado entusiasmo que aquellas descripciones, himnos y ditirambos le producían. Así vivía Sandoval en una especie de artificial atmósfera, que le envolvía y saturaba hasta la médula de los huesos, por haber encontrado á su paso á tan potente desequilibrado, hecho quizá de la madera de los genios; y porque éste había soplado á sus oídos las palabras de las brujas: "¡Malcolm, tú serás rey!" ¿Qué extraño, pues, que hubiese ido creciendo como absorto y fuera de sí en medio de la sociedad que le rodeaba? El término medio de los aficionados y artistas de Fópoli, sabía poco de todas aquellas exquisiteces, y aunque amaba la música, y la cultivaba con pasión, no acostumbraba profundizarla ni en cuanto al arte, ni en cuanto á su ejecución, ni en cuanto á sus más gloriosas apoteosis. Puede decirse, por tanto, que don Teodomiro y su discípulo andaban como bogando por los aires, aquél al im-

pulso de sus propias alas, y éste encaramado sobre las de Gómez y Pérez.

Un loco hace ciento. Al principio de su iniciación en aquellos misterios, había tendido Sandoval á convertirse en maestro de música universal, como don Teodomiro; por fortuna, el mismo Gómez y Pérez atajó sus bríos, manifestándole no era tiempo de que se difundiese tan latamente por los campos artísticos, que eso vendría después, con oportunidad y naturalmente, que él había llegado á los cuarenta años sin tocar más que el "veolín," y que sólo de esa época en adelante se había dado al cultivo de todos los otros instrumentos. No por eso, no obstante, quiso cerrar herméticamente las puertas á la ambición del muchacho; sino que, entreabriéndoselas discretamente, le hizo una gran concesión, permitiéndole recibir lecciones de piano, en adición á las de oboe.

—El "peano," le dijo sentenciosamente, no es un "incstrumento" sino una orquesta; tiene voces que pueden sonar al unísono, y un diapasón muy extenso: sus teclas pueden hacer las veces, aunque imperfectamente, de casi todos los "incstrumentos" conocidos. Lástima que sean efímeras sus voces, pues el recurso de los trémolos es muy pobre, por no producir un sonido continuado, sino el repiqueteo de una misma nota. El del pedal tampoco es suficiente, pues no sólo prolonga la no-

ta que se quiere sostener, sino también todas las correspondientes á las teclas que se hieren; de donde resulta un verdadero guirigay, una cacofonía insoportable. A pesar de eso, dispone de grandes medios para bastarse á sí mismo, y como lleva á la vez el canto y el acompañamiento, no se oye pobre é ingrato, como los otros "incstrumentos" cuando suenan solos. Sobre todas esas ventajas, tendrá esta otra para tí: te proporcionará manera de entrar en la buena sociedad. Como artista de talento que eres, serás solicitado para tomar "participaceón" en "reuneones" y conciertos aristocráticos y famosos; así entrarás en "contato" con el bello "seso," y esto dulcificará tu "caráter," te separará de las malas compañías, y te dará "ocaseón" para hacer un buen matrimonio, pues nada hay mejor que la armonía para armonizar los corazones. El "peano," sobre todo, podrá constituir para tí una carrera, si te consagras al profesorado. El oboe te servirá para el Hospicio y el "peano" para la vida "prática."

Con esto, Joaquín, dócil á las indicaciones de su maestro, se consagró al piano con todo el ardor que solía poner en cuanto iniciaba y emprendía, y don Teodomiro, que conocía al palmo el mecanismo de aquel instrumento, supo dirigirle á maravilla y hacerle entrar con firme planta

por los encantados senderos de la más moderna y mejor escuela; y como el joven, por otra parte, tenía ya buenos conocimientos de música, venció pronto las dificultades de los nuevos estudios, y se halló en aptitud de ahí á poco, de ejecutar con soltura, buen número de piezas selectas y de fuerza.

Gómez y Pérez había logrado, años atrás, que sor Ignacia fundase una escuela de piano y canto en el Hospicio.

—El cultivo del arte, había dicho á la religiosa, se hermana bien con la pobreza, sin duda porque presta voz al dolor. Los compositores y cantantes más distinguidos, salieron durante más de dos siglos, de las casas de caridad italianas: ya de Santa María de Loreto, ó de San Onofre en Campania de Nápoles, ó bien de los hospitales de la Piedad, los Mendicantes y los Incurables de Venecia.

A más de las razones anteriores, expúsole Gómez y Pérez, para convencerla y ganarla á su partido, otras muchas de elevado carácter filosófico.

—La música, argüía, es el gran arte de los tiempos modernos. Los otros tuvieron ya su florecimiento en las pasadas edades; pero éste no ha llegado á "perfecionarse" sino hasta nuestros días. La "arquitetura" llegó á su apogeo en "Egito," Grecia y Roma, la escultura alcanzó su mayor esplendor en Atenas, la pintura

dijo la última palabra en el Renacimiento: ahora toca su turno á la música. ¿Por qué? Porque la "situaceón" especial de la sociedad contemporánea así lo "esije." Han muerto los ideales, no hay ya poesía, vivimos en un mundo esencialmente "prático," que sólo se preocupa por la industria, el comercio y las comodidades de la vida; pero el alma humana no está conforme con la mezquindad de estos horizontes, y debajo de las "combinaceones" bursátiles y de los negocios mercantiles, echa de menos sus viejas "ilusеones," y gime y llora como pájaro "apriseonado" en estrecha clausura. Y como nuestra época no es "propícea" á los cantos poéticos, que son hoy escuchados con "indiferiencia" ó con desdén por el mundo, ha encontrado en la música la válbula de seguridad de sus sentimientos, y por el númen del compositor ó por la "ejecuceón" del artista, se desahoga de sus tristezas y canta sus confusas esperanzas. La angustia de la "situaceón," por otra parte, es sentida por los pobres de un modo más intenso y doloroso, porque en medio de las "manificencias" que nos rodean, están hoy más desamparados que nunca, y se convierten de pastores, herreros y toneleros, en grandes artistas, con facilidad casi maravillosa. La música es la voz del dolor y de las vagas "aspiracéones" de esta sociedad hastiada y sibarítica, que no

ha podido despojarse del romanticismo, de esa dulce tristeza, que es el amor innato del alma á la idealidad y al ensueño.

Eso y mucho más dijo en diversas ocasiones don Teodomiro en apoyo de su tesis, hasta que acabó por persuadir á sor Ignacia, de la utilidad de la nueva asignatura, y la obligó á crearla en el Hospicio; si bien no obtuvo esa concesión, sino después de haberse obligado á servirla de balde, ó poco menos, pues los recursos del establecimiento apenas bastaban para lo necesario, y no permitían que se les distrajese en gollerías. Y Gómez y Pérez fiel á su palabra, se consagró á ella con ahinco, y pronto comenzó á recibir el premio debido á sus afanes, pues fué sacando de su enseñanza excelentes discípulas, así de canto como de piano; y como no quería que las alumnas perdiesen el tiempo por falta de dirección, cuando por acaso no podía concurrir á la clase (lo que era muy raro), enviaba á Joaquín en su lugar para que lo supliese en el ministerio de aquella doctrina.

Así volvieron Berta y Sandoval á verse de cerca algunas veces, pues la joven había continuado sus estudios de canto bajo la dirección de don Teodomiro.

Después del arte, ó tal vez antes que él, no había en el mundo cosa que impresionase tanto á Joaquín como la presencia de su amiga inolvidable. Cuando la veía, sen-

tíase embargado por una emoción indefinible; se le hacía anhelosa la respiración y le paltpitaba el pecho, como si hubiese subido á una torre muy alta. Y lo malo era que en tales ocasiones se ponía tan torpe, que no sabía lo que hacía, ó lo hacía todo tan mal, que estaba seguro de que Berta tendría de él una idea muy pobre. En los principios de su ingreso como adjunto en aquella clase, había sucedido que al tocar el piano, perdiese el compás, ó tocase una nota por otra; siendo así que una de sus especialidades más preciosas, consistía en la seguridad del pulso y en el arreglo preciso de la ejecución. Aquello dependía de una influencia misteriosa que ella ejercía sobre él y le privaba de acierto.

Nada hay que desconceptúe más á un enamorado á los ojos de la dueña de sus pensamientos, cuando ella no pierde también los estribos, que su aturdimiento y su timidez; mientras que, por el contrario, el desenfado y la sangre fría, suelen ganar á golpes de audacia el corazón de las hermosas. Poco favorable era, pues, para Sandoval la turbación que le embargaba á la vista de Berta, pues, como ésta no sentía, al parecer, atracción simpática hacia el joven, le miraba con ojos analíticos y le hallaba tan trastornado por la emoción, que solía parecerle ridículo. Joaquín penetraba su pensamiento, y esa convic-

ción le tornaba más y más torpe; de donde nacía una cadena de contrariedades que no acababa nunca.

A ello contribuía en gran manera la charla insustancial y frívola de Paulina. Esta joven, que, en dos ó tres años de estudio, no había logrado aprender ni el primer método de solfeo, alimentaba gran inquina contra don Teodomiro y su adjunto, á quienes hacía responsables del atraso en que se hallaba. Según decía, no le hacían sus maestros el menor aprecio; pero ¿cómo habían de prestarle atención, cuando no encontraban en ella buen oído ni amor al arte, ni dedicación al estudio, ni siquiera atención á las explicaciones del profesor? El mayor triunfo logrado por Paulina durante los años de su aprendizaje, había sido el de figurar en algunos coros, en lugar secundario y confuso; y aun así, se había hecho acreedora á severas amonestaciones y reprimendas del director, ya por sus frecuentes salidas de tono, ya por sus constantes salidas de tiempo. Todo eso la ponía furiosa, y su mal humor se desahogaba en epigramas é invectivas contra don Teodomiro y Joaquín.

—Si Joaquín me pretendiese, decía Paulina á Berta, le aceptaría para mozo ó cochero; no envidio tu conquista.

—Pero ¿qué culpa tiene el pobre de

que así le haya hecho Dios? replicaba Berta.

—Ninguna; pero es muy feo.

Berta, aunque protestaba siempre, reía algunas veces con motivo de tales pullas y críticas; y en el fondo de su corazón iban quedando asentadas aquellas impresiones, como heces de desdén para el pobre mozo. Y á compás de sus sentimientos hostiles, tornábanse los de Joaquín más tiernos y sumisos para élla todos los días. Las facultades estéticas de Sandoval no le ayudaban para defenderse, pues comprendía, sentía y admiraba tanto la belleza, que se le iba el alma tras ella donde quiera que la hallase, y de cualquier naturaleza que fuese, ya en el cielo, ya en la tierra, ya en el círculo social donde vivía. Su constante contacto con la ruin humanidad que poblaba el Hospicio, formaba el claro-oscuro de sus gustos y aspiraciones. Tiempo le había sobrado para observar cómo cada una de las partes que forman el cuerpo humano, puede ser asiento y origen de fealdad y repugnancia, ó bien de belleza y encanto. Las cabelleras revueltas, los cútis ajados, terrosos y descoloridos, los dientes desiguales, careados y divorciados del cepillo, las orejas enormes, toscas y descuidadas, las manos negras, nudosas, de uñas sin cortar y ribeteadas de negro, los talles desijarados como huesos envueltos en trapo,

ó bien gruesos é informes, como odres ó barriles, los enormes cuadriles á lo patagón balanceándose de un modo repugnante ó los minúsculos y estrechos como de alambre, que no pueden servir de sostén á las faldas, estaban constantemente ante sus ojos, desde que había visto la luz. Y desde entónces también había observado que casi todas aquellas fealdades podían convertirse en manantial de emanaciones nada gratas, cada cual á su modo y según su índole: la cabeza, la nariz, la boca, los pies, el organismo en general, como materia en descomposición total ó parcial. De aquel conocimiento y de aquella experiencia, habían nacido para sus anhelos de artista, la admiración y la adoración exquisitas hacia todo lo opuesto, pues no había escapado á sus análisis que, en contraposición con aquellas imperfecciones y estados repulsivos, podían existir y existían de hecho, las bellezas y los atractivos contrarios: cabelleras sedosas, ya negras como el ala del cuervo ó rubias como el sol, pieles blancas y sonrosadas como el cielo matutino, ojos claros y refulgentes como estrellas, dentaduras finísimas, pulcras y nacaradas, manos alabastrinas y escultóricas, piececitos pequeños como de hadas y talles gallardos y cimbradores como las palmeras; y todo ello terso, limpio, bien oliente, como hacinado de flores brillantes y acabadas de cortar. Colo-

cado en una como centina de fealdad y repulsión, sabía apreciar en todo lo que valía, la blanca, nítida é incomparable belleza de Berta, porque no hay como un cautivo para amar el sol, ni como un hambriento para desear el maná del cielo ó la ambrosía de los dioses. No tienen las mujeres hermosas entre todos sus cautivos, adoradores más ciegos y entusiastas, que los poetas y los artistas, pues sólo ellos saben ver , apreciar y adorar cumplidamente su belleza. Analizaba, pues, Joaquín á Berta, de la cabeza á la planta, y no le hallaba defecto. ¡Qué cabellera tan rubia, fina y rizosa, la que coronaba su cabeza, como nimbo de santa ó diadema de reina! ¡Qué frente tan pura y tersa, qué ojos tan grandes, tristes y pensativos, qué nariz de corte tan puro y proporciones tan armoniosas, qué boca tan pequeña, graciosa y encarnada y qué dientes tan menudos, parejos y blancos tenía la dueña de sus pensamientos! Así continuaba el análisis por el cuello y el talle hasta el diminuto piececito, que parecía tocar apenas el suelo, y todo lo hallaba tan bello, fino y delicado, como si hubiese sido hecho para mero ornato de su dueña y recreo de los ojos, y no para llenar las vulgares necesidades de la vida.

Y más acaso que los encantos físicos, admiraba en ella el espíritu sereno y puro, la voluntad mansa y cariñosa y el co-

razón abierto á los encantos del arte y á los sentimientos más nobles y elevados; y la adoraba aún más poı el áureo timbre de su voz, por las caricias de su acento, y por la finura y delicadeza incomparables de su ejecución artística. Hecho el examen minucioso de Berta, quedaba postrado, incapaz de resistir, de rodillas ante ella. No entraba en lo posible sobreponerse á su atracción, á su magia, á su imperio; era demasiado débil para oponerse á una fuerza tan grande. Penetrado de su debilidad, no luchaba, ni se le ocurría siquiera huir de aquella seducción; se hubiera dejado hacer mil pedazos, antes que romper los grillos y esposas de su dulce cautiverio. Verla, oirla, sentir su encanto, girar en el radio de su atracción y abrasarse en sus esplendores, eran para él las supremas glorias de la existencia.

Un día se atrevió á decirle en voz baja:

—Siento por tí un cariño inquieto, que no me deja un instante de sosiego: cuando te veo, porque me anonada tu presencia, y cuando estoy lejos de tí, porque me ahoga el aire que no respiras. Toda ausencia de tu lado me parece de siglos, y todo apartamiento de tí se me figura inmensidad. No sé si mi mala ó buena suerte me ha hecho concebir este afecto; pero sí que es superior á mi voluntad y que ha de vivir mientras yo viva. ¿Recuerdas los días de nuestra infancia? La primera

noche que llegamos al Hospicio, fuimos depositados en una misma cuna, y después continuamos unidos, hasta que los años y los reglamentos de la casa nos separaron. Entónces parecía que me profesabas cariño, porque me participabas de cuanto tenías, rogabas que no me castigasen y preferías mi compañía á la de los otros niños. Yo no he cambiado, soy el mismo de siempre, te quiero como antes, ó, mejor dicho, no soy el mismo, porque te quiero más, pues hay buena diferencia entre el afecto del niño y la pasión del hombre. Entónces te quería y ahora te amo; entonces lloré cuando me separaron de tí, y ahora me moriría si supiese que no volvería á verte. Pero estoy muy triste, porque desde hace tiempo se me figura que huyes de mí, y tu desvío me quita el sueño, la felicidad y la vida.

Habló Joaquín con acento conmovido y ojos llenos de lágrimas. El alma de Berta, que era tierna y vibrante y no se paraba en la superficie de las cosas, oyó aquel íntimo reclamo con gravedad y piadosa atención, comprendiendo que Joaquín decía la verdad y que aquel pobre mozo la amaba profundamente; así que no se enfadó al escucharle, ni pensó en afligirle con su desvío. Por lo que le contestó con dulzura:

—Recuerdo los años de nuestra infancia, y me son tan gratos como á tí. Tu

nombre y tu persona van unidos á tantas memorias de mi vida, que no me sería posible olvidarte, aun cuando lo quisiese, y no lo quiero. Pero debo ser sincera: el afecto que me inspiras, es tranquilo, no violento como el tuyo; no me inspiras amor, sino cariño.... Bien quisiera que mis sentimientos fueran otros; pero eso no depende de la voluntad, bien lo sabes.

Al oír á Berta, sintió Joaquín, con el instinto propio de los enamorados, que un hondo abismo le separaba de la joven, y el frío de la amistad hirió su corazón como una hoja de acero.

XII

La familia de Dena.

Berta había vivido rodeada de tales mimos desde la infancia, se había visto á tal punto preferida por las superioras, y había recibido tales caricias y agasajos de cuantos la rodeaban, que había ido acostumbrándose á considerarse de clase superior á sus compañeras, tanto más cuanto que la mayor parte de ellas, con excepción de Paulina y alguna otra que parecía de buen origen, eran trigueñas,

vastas de facciones y de fisonomía fea y ordinaria; en tanto que ella era blanca, rubia, de azules ojos y de facciones correctas y distinguidas. Mostraban las otras inclinaciones é ideas que en nada diferían de lo común, y tendencias marcadas á la más refinada vulgaridad; mientras ella, por temperamento é instinto, era fina y exquisita en todo, y ostentaba en su porte y maneras, una distinción que causaba sorpresa.

Por eso había creído todo el Hospicio, que descendiese de familia encopetada, y así lo dijo él desde la noche misma en que fué llevada á su regazo. Berta, pues, á fuerza de oír aquellas fábulas, había acabado por creerlas á puño cerrado, y por figurarse que sus padres eran personas que llevaban nombres sonados, habitaban lujosas mansiones y paseaban en lujosos carruajes por las calles de la ciudad. Llevada de ese error, y sabiendo que el amor natural acaba por triunfar del fingimiento y la hipocresía, alimentaba la vaga esperanza de que un día ú otro, se presentasen á reclamarla en la portería de la Casa, una dama distinguida, recatada por espeso velo y cubierta de seda y encajes, ó algún caballero de incipiente calvicie, con guantes, levita de moda y sombrero de seda.

Entre las condiscípulas y amigas de buena posición que le habían mostrado

simpatía, se contaban las niñas Socorro y Consuelo Dena. La familia á que pertenecían estas jóvenes de nombre tan apacible, se componía de cuatro personas; las dichas, Prudenciano y doña Anastasia, madre de aquella alegre trinidad. Don Arnulfo Dena, jefe de la estirpe, había ejercido el comercio con no escaso brillo en Fópoli, y acostumbrado á la familia al boato y la ostentación; pero al morir, según decían malas lenguas, había dejado á tal punto complicados sus negocios, que nadie sabía á punto fijo lo que pudiese valer su hacienda; pues mientras algunos creían que representaba un caudal considerable, opinaban otros que, destarada de sus adherencias y superfetaciones, consistentes en cosas ajenas, comisiones, hipotecas y capitales á interés, quedaría reducida á una verdadera bicoca. Entretanto, un abogadazo viejo, y con más conchas que un galápago, se había hecho cargo de la testamentaría y la había convertido en un tenebroso laberinto, donde nadie alcanzaba á mirarse ni la punta de los dedos; y pasaban los años en aquella situación confusa, sin que nada se aclarase, pero, también, sin que el lujo de la familia disminuyese.

Una de las debilidades capitales del difunto Dena, había consistido en las pretensiones nobiliarias que le habían asaltado al llegar á la madurez de la vida.

¿De dónde había surgido tan extraña pretensión en su obscuro espíritu? En Fópoli, donde todos se conocen, sabíase perfectamente que su familia era bien humilde, pues don Quintín, padre de don Arnulfo, había llegado de Extremadura, mal vestido, patiestevado, sucio y sin conocer la "o" por lo redondo. Para nadie, además, era un misterio, pues sus mismos compatriotas lo contaban, que el palurdo señor había sido labrador en su tierra. La colonia española, que es muy unida en Fópoli, y tiene fuerte espíritu de cuerpo, le había tomado bajo su protección desde su arribo á la ciudad, y le había proporcionado trabajo. Había comenzado por dependiente de ínfima categoría en una tienda de abacero donde desempeñaba los oficios más bajos, como barrer y regar los suelos, tirar el agua sucia y sacar á la calle la espuerta de la basura: mas por aquel camino y el de la economía más estricta, había ido elevándose á los grados sucesivos de dependiente de mostrador, idem de confianza, jefe de dependientes, y, por último, factor del mismo giro donde servía: y á medida que había ido obteniendo aquellos ascensos, había ido también aprendiendo á leer, escribir, no comer con los dedos y ponerse la corbata. Al llegar á la última etapa ascendente, había comenzado á erguirse y á hablar gordo; mas á decir verdad, fué siempre tosco y

mal educado, pues la buena crianza no es cosa que se adquiere á cualquier hora, sino que se necesita mamarla con la leche materna. El último golpe de astucia que dió, fué el de enamorar á la hija de su patrón, joven fea y pasada de años, á quien los galanes fopolitanos habían mostrado el más hondo desdén, á pesar de sus pesos. La pobre doncella, que estaba bastante aburrida de su doncellez, á pesar de su aparente vocación al monjío, le correspondió en el acto, agarrándose á sus proposiciones con el ansia con que se aferra el náufrago á la tabla de su salvación. El patrón aplaudió el arreglo, porque estaba viejo, le dolía dejar desamparada á su hija, y celebraba que sangre española, aun cuando fuese campesina, siguiese corriendo por las venas de su descendencia; así que el matrimonio se hizo á gusto de todos, y fué celebrado con gran pompa y mucho champaña. De aquel matrimonio nació don Arnulfo, quien, llegado á hombre, no se contentó con seguir la tradición de trabajo que le habían legado sus padres, ni con haber entrado en la buena sociedad por la recomendación de sus riquezas, sino que quiso, además, encaramarse á vertiginosas alturas nobiliarias, y codearse con los Albas, Osunas y Medinacelis. El primer síntoma de aquella demencia, apareció cierto día, bajo el aspecto inofensi-

vo de una simple "D" mayúscula intercalada en la firma, entre su nombre y su apellido, en esta forma: "Arnulfo D. Dena." Pasado algún tiempo, cuando creyó, sin duda, que el ojo y el oído de sus conterráneos se habían acostumbrado á la novedad, convirtió la "D" inicial en "de" preposición, y comenzó á firmarse Arnulfo "de" Dena. Al último acabó por descubrir todo su juego, y confió á deudos y amigos, que su familia paterna era de la más alta nobleza española, pues su padre, grande de España "de primera clase," había tenido el privilegio de no quitarse el sombrero delante del rey. ¡Valiente privilegio! Sus detractores y envidiosos decían que eso debía ser cierto pues á ellos les constaba que aquel buen señor jamás se quitaba el suyo, ni aun delante de las damas ó el obispo, como lo hace la gente bien educada. Y no había cosa que despertase más el buen humor de la población fopolitana, que hablar de la nobleza de la familia cacofónica de "de" Dena; y en casos de tristeza ó murria, apelaba para curarse el esplín, al recurso supremo de tocar aquel alegre tópico, pues no bien se ponía sobre el tapete de la discusión la nobleza de Dena, se desfruncían los ceños, se apaciguaban los ánimos y torrentes de alegre y estrepitosa risa brotaban hasta de los labios más silenciosos y mustios. ¡Era aquella

una nobleza hilarante, desopilante y despampanante! ¡A la buena de Dios!

Don Arnulfo, al morir, había dejado á su esposa é hijos por herencia, aquella extravagante locura; y la descendencia, persuadida de su nobleza hereditaria, no se hubiera cambiado por un grupo de los Montmorency ó de los Plantagenet. Mas, á pesar de su orgullo habitual, no se habían desdeñado, con todo, las "de" Dena, de trabar relaciones con Berta y Paulina, á quienes solían llevar á su casa. No obstante, su benevolencia para las huérfanas tenía por origen, no el afecto ni la caridad, sino el espíritu novelero que las hacía apegarse á cuanto de llamativo se presentaba en la vida (y las huérfanas lo eran por su belleza), y el deseo de rodearse de cortejo y acompañamiento que las prestigiase y siguiese por todas partes. Las "de" Dena eran como cinco ó siete años mayores que las expósitas; pero habían prolongado pacientemente su aprendizaje en el colegio para figurar como pollas eternas, y cuando terminaron su educación, bien pasados los veinte años, aun llevaban el traje corto de las colegialas. Nadie creyó entónces que tuviesen la leche en los labios, pues todos se conocen en Fópoli, y se llevan cuenta minuciosa de los años que tienen de andar sobre este planeta; pero ellas "se plantaron" en la edad que quisieron, y en lo sucesivo, ni la

una llegó á pasar de los diez y seis, ni la otra de los diez y siete años. Una vez salidas al gran mundo, no perdonaban paseo, tertulia ó teatro, á donde no fuesen, alegres y repujadas, bien apretadas de corsé, esmeradamente peinadas y cubiertas de adornos y cintajos; y no contentas con eso, daban reuniones, donde se tocaba el piano, se cantaba, se declamaba y se bailaba. Malas lenguas decían que Socorro y Consuelo hablaban con las piedras por casarse, que doña Anastasia secundaba sus miras, y que todo aquel despliegue de lujo y sociabilidad, no ténía más objeto que el de pescar un par de maridos; mas entónces, como en casi todos los casos análogos, la escasez del artículo corría parejas con el anhelo de encontrarlo, y las niñas "de" Dena no hallaban pretendientes ni por un ojo de la cara.

Aquellas criaturas, lo mismo que su hermano, habían heredado de la línea paterna, amén de su titulada nobleza, una fisonomía, no precisamente fea, pues ha habido y habrá otras peores, sino desusada y singular. Las líneas máximas fisonómicas de aquella dinastía, se reducían á lo siguiente: frente estrecha, cara redonda, pómulos abultados, barbilla deprimida, y, sobre todo, nariz chata y remangada. Las malquerientes de Socorro y Consuelo, comparaban los apéndices nazales de estas jóvenes con un par de escopetas de doble

cañón, abocadas contra el espectador; y el vulgo, maldiciente en general, había dado en llamarlas impíamente las "ñatas," aludiendo á su semejanza con cierto ganado vacuno de la República Argentina, de perfil trunco y hocico vuelta hacia arriba. No por eso vaya á pensarse que Socorro y Consuelo careciesen de todo atractivo, pues en puridad, hasta puede decirse que alguno tenían; mas esto era dentro de su modo de ser propio, como hay bellezas japonesas y chinas. Lo que sucedía era que, para encontrarlo y estimarlo, se necesitaba acostumbrar los ojos á su índole peculiar, pues en llegando el espectador á familiarizarse con ella, acababa por hallarles cierta gracia punzante y exótica. Y en sabiendo coger bien el lado de las señoritas "de" Dena, y mirándolas á cierta luz, á los postres y después del champaña, llegaban á parecer graciosas, picantes y hasta "magnéticas," como dicen los cándidos ingleses.

En el tiempo de la intervención francesa, echó el resto de lujo la familia, pues con motivo de haberse mudado la forma de nuestro gobierno, convirtiéndose de republicana en imperial, juzgó oportuno sacar á relucir sus títulos y escudos y hablar á todas horas de su nobleza. Habiendo llegado el tiempo, según su criterio, de tratarse con sus iguales, abrieron sus salones á la oficialidad francesa que fué lle-

gándo á Fópoli, y desde los generales hasta los subtenientes de zuavos y cazadores de Africa, llenaban su casa cada semana con retintín de acicates y gran ruido de sables. Había entre ellos algunos jefes filarmónicos, que amenizaban las "soirées" tocando el piano, el violín ó el violoncello, ó bien cantando tirolesas; y Consuelo y Socorro, que tocaban bien, los acompañaban al piano, orgullosas de presentarse á los ojos de amigos y amigas en consorcio con el coronel Gibert, el capitán Noiret ó el alférez Millaud, hermosamente vestidos de azul y rojo y con brillantes galones ó charreteras; mas, aparte de aquellas satisfacciones del amor propio, no les fué dable obtener ninguna otra, por más que entornaban los ojos, sonreían, y hablaban por sus nombres de pila, á los perros gabachos.

Berta y Paulina, que solían concurrir á aquellas reuniones por especial concesión de sor Ignacia, eran quienes cosechaban la parte más florida de los galanteos del sexo masculino; pero las cosas no pasaban á mayores, porque los oficiales sabían que tan hermosas doncellas no sólo carecían de dote (cosa atroz para ellos), sino eran, además, asiladas del Hospicio, pues las niñas "de" Dena, nunca dejaban de poner caritativamente los puntos sobre las íes respecto de las circunstancias sociales de sus amigas. Por

lo que mira y atañe á la conducta de las huérfanas frente á los invasores, había sido la que puede suponerse: Paulina había parlamentado con los enemigos de la patria, como Uraga, y aun se hubiera pasado á su servicio, como Miramón y Márquez, si ellos lo hubiesen solicitado; y sólo debido á la falta de un llamamiento formal de su parte, no se había afiliado bajo su ultrajante bandera. Berta aborrecía instintivamente á los franceses y recibía con marcada frialdad sus más entusiastas insinuaciones. Cierta ocasión que cantó un dúo acompañada por el príncipe Vivesco, sacó materialmente de sus casillas á este gran señor con sus gracias y fresco acento.

—¡Comme elle est gentille, la petite! había dicho al separarse de ella el guapo y brillante coronel, por quien se desvivían las "de" Dena y otras varias jóvenes.

Pero ella no se había dado por entendida de tan calurosas lisonjas, y había contestado los requiebros del militar con breves monosílabos.

Doña Anastasia, que tenía el don de dominar sus reuniones con mirada de águila, y no sólo abarcaba el conjunto de ellas, sino las analizaba y descomponía hasta en sus más pequeños detalles, se había dado cuenta del fracaso de sus hijas, y del buen efecto producido por las pobres hospicianas. Con tal motivo había amonestado

severamente á Socorro y Consuelo, diciéndoles:

—Sufren ustedes la humillación porque la buscan.

—¿Por qué, mamá? preguntaba alguna de las chicas.

—Porque traen á casa á esa gentuza. Las hospicianas no son buena compañía para ustedes: en primer lugar, porque no pertenecen á nuestra clase social, ni tienen nuestra educación, ni nuestros antecedentes, y luego, porque son intrigantes y perversas.

—¡Pero, mamá!.....

—Ya verán, ya verán lo que les pasa si se empeñan en no hacerme caso; van á acabar esas malcriadas por quitarles á ustedes los novios. Es mala la gente baja, es mala....

Socorro y Consuelo, á fuer de niñas mimadas, si bien algo recelaban de sus amigas por aquellas advertencias y por sus propios fracasos, continuaban llamándolas á su lado, no tanto por afecto, cuanto porque les sacaban buen partido, convirtiéndolas en sus peinadoras, planchadoras, y costureras siempre que había baile, teatro ó concierto; pues las huérfanas, y Berta principalmente, procuraban hacerse agradables á las "de" Dena, por medio de sus servicios; y no era cosa de desperdiciar su buen gusto, su habilidad y su discreción para arreglar el pelo, formar la-

zos y prender flores en el talle ó en el peinado.

En medio de todo, había una cosa grave, que ni doña Anastasia ni sus hijas sabían, por fortuna; y era que el incomparable Prudenciano, príncipe de Asturias y Kronprintz de la familia, mantenía relaciones amorosas con Paulina, aunque frívolas é insustanciales, como todo lo suyo. Es cierto que el joven no sabía trabajar, era vago de oficio, y se pasaba la vida en cantinas y boliches, jugando y empinando el codo con sus amigos; es cierto también que, en cuanto á lo físico, no era más que un "ñato" alto, robusto y con pelos en la cara; pero eso no quitaba que por sus venas corriese sangre del color azul más subido, que fuese distinguido y aristócrata por los cuatro costados, y que, por lo mismo, y en virtud de todo eso, llevase camino de caer en una mesalianza. Paulina, ante la oportunidad de tomar un billete de lotería para realizar sus miras de emancipación, se había apresurado á corresponder al mozalvete, aunque sin quererlo ni estimarlo, aguardando salir del pozo donde se ahogaba, cogida de aquella delgadísima cuerda; pero como comprendía que si el pastel se descubría, su suegra y cuñadas en ciernes darían al traste con sus proyectos, exigió y obtuvo del joven, que se mantuviese estrictamente reservado el noviazgo; así que tan bien y con tanta cau-

tela se condujeron uno y otro, que ni la furiosa doña Anastasia, ni las quisquillosas Socorro y Consuelo, ni la misma Berta, llegaron á tener la idea más remota de lo que pasaba.

Berta, entretanto, familiarizada con el trato de la mejor sociedad, aspiraba vagamente á encontrarse con un Lohengrin hermoso y enamorado, que cayese á sus pies rendido de pasión. No era el dinero lo que ambicionaba, ni le desvelaba el deseo de escalar altas posiciones; vivía sedienta de poesía y de ternura, y no podía dar forma á sus aspiraciones, sino personificándolas en un fantasma blanco y bello, formado de amor y dulzura; y aunque á nadie lo decía, pensaba no enlazarse sino con caballero de buenos antecedentes y atractivo aspecto, que engranase con la raza y clase social de donde ella misma creía descender. Tal era la disposición de ánimo en que se hallaba cuando Joaquín le hizo su declaración amorosa. La joven tenía bien sabido aquel secreto desde tiempo inmemorial, pues los suplicantes ojos, la emocionada voz, y la conducta amartelada del huérfano, se lo habían claramente revelado, ya que nada en este mundo hay más rebelde al disimulo, que el amor, cuando es hondo y sincero; pero se había guardado esmeradamente de dar pábulo á aquella inclinación, fingiendo no verla ni advertirla, porque le causaba un males-

tar inexplicable, pensar que su pobre compañero de infancia, por quien no sentía más que interés compasivo, la tomase por señora de sus pensamientos. Era verdad que ya por entonces Sandoval había mejorado de aspecto con la salida del bozo, el esmero en el vestir y el fuego del alma y de la inspiración que se le salía por los ojos; pero ni aun así lograba despertar en ella atracción amorosa. Celebraba sus triunfos, convenía en que era menos feo que antes; mas por instinto casi maquinal, procuraba no acercársele, y cuando por acaso llegaba á encontrarse á su lado, acortaba la entrevista cuanto le era posible. Acaso ella misma no se daba cuenta de lo que hacía: mas, como quiera que fuese, la realidad era que su alma volaba todos los días más lejos de la de su pobre amigo.



PARTE SEGUNDA

MARIPOSAS

I

Un Concierto matinal.

Abrese este capítulo en día festivo y radioso, fopolitano legítimo, en que la diáfana y serena inmensidad parecía océano glorioso, mar de tintas soñadas incomparablemente ténues; día de luz blanda y risueña, como de idilio, bajo un sol espléndido, rojo y gualda, propio á iluminar dichas y apoteosis. Frescos cefirillos cargados de rumores y perfumes bajaban de las montañas, apenas esfumadas con cerúleos contornos en el lejano horizonte; la naturaleza toda estaba alegre y de fiesta. cada árbol parecía una palma triunfal y cada planta búcaro de flores y pebetero de

esencias. Las aves, flautas aladas de la naturaleza, celebraban en todos los tonos de su extenso y sonoro registro, el triunfo del sol, la serenidad de la esfera, la frescura del ambiente, y la inefable y no igualada alegría difundida sobre la tierra, como reflejo de la sonrisa del cielo.

Despertó Berta cuando las primeras claridades de la mañana se filtraban por las ventanas del dormitorio; había dormido bien, y ni aun siquiera se acordaba ya de la declaración de Joaquín, con esa ingratitud propia de los corazones que no aman. Poco después, cuando pensó en él, no le importunó ningún remordimiento. Si él la quería, era por su propia cuenta, sin que tuviese ella que echarse en cara ni la ligereza más leve, ni la más pequeña coquetería, que hubiesen podido dar nacimiento á su cariño ó alentarlo después de nacido. Algo habría dado porque su compañero de infancia no la amase, pues le dolía que sufriese, y deseaba verle dichoso; pero no se sentía culpable por no quererle, pues pensaba que el cariño no se va donde se le lleva, sino á donde le llama el misterioso destino. Experimentó al despertar, una sensación de bienestar inefable, que la obligó á quedarse un rato más de lo acostumbrado en el lecho, como sumida en arrobo inconsciente. ¿Qué era aquello? ¿De qué fuente venía la dulce sensación difundida por sus venas y

nervios, que llegaba á su cerebro blanda y voluptuosa, como una suave embriaguez? Nada había que pareciese explicar tan plácido estado: ninguna novedad en el curso ordinario de la vida, nada halagador en el pasado, ninguna esperanza para lo futuro. Aquel día hubiera debido ser igual á los otros, y, sin embargo, no lo era. Habíanla despertado la luz que penetraba por las rendijas de la ventana, el canto de los pájaros y el corazón emocionado por extrañas é ignotas causas. La luz le había dicho: "levántate, el cielo está puro, el sol radioso, todo respira felicidad en el espacio;" los pajarillos le habían cantado: "este día es de inmensa fiesta, la música boga en el ambiente, y la alegría irradia en los rayos del sol;" y el corazón le había murmurado: "goza la hora presente, el destino te sonríe, la felicidad te espera." Y Berta, embargada por misteriosos anhelos, se había puesto á escuchar aquellas voces con palpitaciones de corazón y vaga esperanza de un bien ignorado; y al levantarse, había encontrado todo más bello, como si durante la noche hubiesen sido renovadas todas las cosas: la inmensidad más profunda, el cielo más azul, más diáfana la atmósfera y más dulces y acordadas las voces de la vida y los rumores de la naturaleza. Peinó, pues, con más esmero que de ordinario, la cabellera rubia, y vistió el más lim-

pio y nuevo de sus trajes, como si aguardase la llegada de algún rey; y, permaneciendo ante el espejo más tiempo que de ordinario, talareaba con voz fresca y pura, alegres concioncillas que se le venían á los labios.

Sus compañeras echaron de ver su buen humor, y le decían:

—¡Qué buen aspecto tienes!

—¡Cuán animados parecen tus ojos!

—¡Qué colores tan vivos llevas en las mejillas!

Y ella contestaba:

—Dios sabe por qué será; me siento muy bien y contenta.

Y el hecho fué que todo le salió de perlas aquella mañana. Tomó el desayuno con buen apetito, hallando en los alimentos un sabor más grato y delicado que el de costumbre, y hasta el vaso de agua que vació al concluir la colación, fué para su paladar más fresco y puro que el de los otros días. Oró en la misa con más fervor que de ordinario, y se sintió, al caer de hinojos, inundada por suave misticismo, por inefable amor á Dios, y por una gratitud inmensa á los beneficios del cielo; entretanto que una gran confianza en la bondad suprema y una esperanza infinita en su misericordia, le daban alientos desconocidos.

Conforme á la disciplina del Hospicio, cada nave de la capilla estaba destinada á

un grupo especial de asilados: los adultos, ancianos y estropeados, se arrodillaban en una; otra quedaba reservada á los niños; otra, á los jóvenes, y la última, á las niñas núbiles. En la parte céntrica y bajo la alta cúpula, levantábase el altar, visible desde todas partes del templo. Berta, embelesada y conmovida por el rezo, la voz del órgano y la suave languidez que produce el incienso, seguía con mirada atenta los movimientos rituales del sacerdote, y no observaba que Joaquín, desde la nave contigua, tenía fijos en ella los ojos, irrespetuoso para el lugar y para el santo sacrificio, porque no pensaba más que en ella. Si Berta le hubiese columbrado, se habría entristecido, pensando en las amarguras de su corazón, y aquella tristeza hubiera empañado la espontánea y sencilla felicidad de aquella mañana; mas no lo vió por fortuna, y el impulso de bienestar que una mano invisible había impreso á su ser, no fué atajado ni detenido por ningún contratiempo.

Acabada la misa, salió en compañía de Virginia, á pasear por los departamentos de los más infelices; y como era día de descanso y expansión, pudieron obsequiar con música y canto á sus hermanos de infortunio.

Pronto se les reunió José, el carpinterito listo y cortés, que seguía siempre sus pasos, cuando visitaban aquellas partes

del edificio. El muchacho, que frisaba en los veinte años, era de fisonomía graciosa, cuidaba de andar siempre aseado y tenía maneras muy dulces. Su constante asiduidad cerca de las dos amigas, había acabado por llamar la atención de Berta.

—Buenos días, José, murmuró ésta al verle.

—Buenos se los dé Dios á ustedes, repuso el muchacho con afabilidad.

—¿Cómo te va, José? repuso Virginia.

Su mano, que en aquellos momentos se apoyaba en el hombro de Berta, se extremeció involuntariamente; y ésta, siguiendo el curso de una sospecha apenas esbozada, volvió el rostro para ver á su amiga, y observó que la cieguecita estaba pálida y que José parecía también muy conmovido.

—Bien, murmuró Berta al oído de su amiga; aquí hay gato encerrado. Ya me contarás eso.

La cieguecita se sonrojó por toda respuesta; y Berta, respetando su cortedad, prosiguió alegremente, dirigiéndose á José:

—Llegas como siempre, á buen tiempo, pues apenas comenzamos la visita. ¿Quieres ayudarnos con la guitarra?

—Con todo gusto, contestó el muchacho.

Y tomándola con suavidad de manos

de Virginia, que se la cedió en silencio, añadió:

—Yo la llevaré para que no te canses; cuando la necesites, me la pides.

—Pero ¿cómo te molestas?

—No es molestia.

Virginia turbada, siguió oprimiendo nerviosamente el hombro de su amiga, sin darse cuenta de lo que hacía, y Berta sonrió para sus adentros, creyendo tener la clave del enigma. Bajo aquella impresión, continuó la gira musical por patios y corredores; pero desgraciadamente no duró largo rato, porque Paulina se presentó de improviso para interrumpirla.

—Berta, dijo, vengo á llamarte de parte de sor Ignacia.

—¿Qué pasa?

—Acaban de llegar las Denas, repuso Paulina; vienen á convidarnos á pasar el día con ellas. Van á tener un concierto matinal.

—¿A honras de qué?

—Sólo ellas lo saben. Vamos.

—Vamos, repuso ésta.

Y se despidió con sentimiento de Virginia, al pensar que la dejaba sola.

—Anda, Bertita, dijo la ciega, no tengas cuidado por mí; me sé acompañar bien con la guitarra, y pues tengo público que me oiga y permiso para cantar, voy á continuar así hasta la hora del refecto-

rio. Ya sabes que cuando canto, no me corre la vida.

—Es cierto, y además, se queda contigo José, que no es mal compañero, repuso Berta con intención.

Virginia se ruborizó por toda respuesta; pero el mancebo se apresuró á contestar, sin atreverse á tutearla:

—Pierda usted cuidado; no me le separaré para nada.

—Te la recomiendo mucho, José, no vayas á darme malas cuentas del encargo.

Diciendo así, se despidió Berta sonriendo, en tanto que Virginia callaba llena de confusión; y siguió con Paulina hasta la sala de recibir.

—Buenos días, linda, dijo Socorro al verla, echándole los brazos al cuello y besándole las dos mejillas, una después de otra.

—Buenos días, preciosa, dijo Consuelo, haciendo lo mismo.

Berta les contestó con iguales demostraciones de afecto.

—Las niñas, dijo sor Ignacia señalando á las Denas, han venido á convidar á ustedes para una fiestecita que van á tener en su casa, y yo les doy permiso para que vayan y pasen el día con ellas.

—¿Estamos bien así? preguntó cándidamente Berta, sin recordar que no tenía mejor traje que el que llevaba puesto.

—Perfectamente, repuso Consuelo, te

ves muy elegante; pero necesitarás arreglarte un poco la cabeza.

—Lo mismo tú, Paulina, agregó Socorro, á pesar de que las bonitas como ustedes, como quiera lo parecen.

Berta recibió la frase con rubor; Paulina no pudo menos que comparar su traje de tela ordinaria, con los nuevos y costosos que llevaban sus amigas, é hizo un mohín de disgusto. Sor Ignacia observó el contraste de sus dos fisonomías, y tan prendada quedó de la sencillez de Berta, como dolida de las pretensiones de Paulina.

—Las aguardamos, dijo Socorro; no tarden mucho en el tocador, pues á las once llegan los convidados, y son las diez pasadas.

En un momento quedaron listas Berta y Paulina, con adornos de cintas y flores en el pelo; y, después de recibir la bendición de sor Ignacia, salieron en compañía de sus amigas. Afuera aguardaba el coche; un elegante "landeau" llegado últimamente de Méjico, de esbelto rodaje cristales ingleses, herraje plateado, blandos cojines, refulgente barniz y capirote de fino cuero. El gallardo tronco con ricos y brillantes arneses, piafaba sacudiendo los frenos, impaciente por emprender la marcha.

La casa de la familia Dena había sido recientemente restaurada; era hermosa,

baja y de vastas dimensiones. Un gran patio con fuente de mármol y poblado de tiestos de porcelana con camelias y gardenias, se abría frente al zaguán, mostrando en su contorno una armoniosa, ligera y elegante arquería pintada al óleo. Por los corredores, en los amplios muros, había pintados paisajes y marinas de gusto dudoso; pero que, probablemente, habían costado á la dueña un ojo de la cara. Los pisos lucientes, de hermosos ladrillos de color naranjado, brillaban como espejos, retratando en su limpia superficie la imagen de objetos y personas. Al extremo de uno de los corredores, abríase la puerta que conducía á la antesala, en la cual un ajuar austriaco y un perchero con luna, daban la bienvenida á las visitas. El salón era un vasto aposento tapizado de rojo y oro, con "plafond" claro de elegantes artesonados y de inmenso rosetón central, de donde pendía una araña para cincuenta bujías. La alfombra roja también, afelpada y flamante, ahogaba el ruido de los pasos, y ordenados en fila contra los muros, mirábanse lujosos sillones, sillas y confidentes de costoso brocado, en armonía con los colores de muros y alfombra. Hacia uno de los extremos, se destacaba un enorme piano de cola para concierto, de los más afamados y caros de la acreditada fábrica de Chickering; y al extremo opuesto, se veía una enorme

consola de tapa de mármol, sobre la cual se ostentaba un gran reloj de bronce resguardado por gigantesco capelo de amplio y fino cristal. Por las esquinas había altos y ventrudos tibores de delicada china, de esos que en tiempo de la Colonia traía la Nao que desembarcaba por Acapulco, y que ahora no se importan ya ni se fabrican. Por los muros, había elegantes grabados con dorado marco y resguardados por cristales ingleses, según el gusto de la época: "el Diluvio Universal," "el Suplicio del Gólgota," "el Ultimo Pensamiento de Weber" y "Milton dictando á sus hijas "El Paraíso Perdido;" y arriba del piano, el retrato de don Arnulfo "de" Dena, jefe de aquella familia y fundador de aquella casa, caballero "ñato," de negras patillas, cejijunto y de algo más de mediana edad, á cuyo lado se ostentaba el escudo de la familia, que no describimos por falta de conocimientos en heráldica.

Doña Anastasia recibió á las niñas con protección.

—Buenos días, Berta; buenos días, Paulina, les dijo, dándoles la punta de los dedos á una después de otra; pasen á sentarse.

Habían llegado varios convidados, poco después se presentaron otros, y así continuaron afluyendo al salón, hasta que se ocuparon todos los asientos, y sona-

ron las once, que era la hora designada para principiar el concierto; mas no por eso comenzó éste, porque faltaba, sin duda, algo muy importante. Consuelo y Socorro consultaban á cada momento el reloj y parecían inquietas. Algunas veces murmuraban:

—¿Qué harán?

—¿Por qué no habrán venido?

Por fin llegaron. ¿Quiénes eran? Dos alemanes, Julio Grimm y Gustavo Schultze. Su llegada rompió el hielo: hubo movimiento de sillas y personas, y una oleada de animación pasó por el concurso. ¿De qué provenía la importancia de aquellos jóvenes? Vamos á decirlo. Eran comerciantes de Colima, y venían en pos de las señoritas Denas, cuya conquista tenían bastante adelantada. La familia acababa de volver de un viaje á esa pequeña, coqueta y simpática ciudad de la costa Occidental, importantísima entónces, no sólo por su florecimiento mercantil, sino también por ser centro y almáciga de una lucida agrupación de comerciantes germanos, rubios, limpios y bien peinados, que trabajaban por el día y bailaban y bebían cerveza por la noche. Tres cosas importantes se habían observado con relación á ellos: en primer término, que eran muy impresionables y cortejaban á todas las jóvenes que llegaban al lugar; en segundo, que solían casarse con indias

cobrizas y feas; y en tercero, que, una vez casados, eran excelentes esposos, y sin más exigencias que las de obligar á sus mujeres á cocinar, vestirse de claro y andar de prisa. Dadas tales circunstancias, fácil es comprender el entusiasmo que embargaría al sexo femenino de aquella región, por visitar y conocer tan ameno y dichoso sitio, donde resonaban perpetuos ¡hurras! lanzados al estallar el champaña y ecos arrebatadores de valses de Strauss. Había que ir allá para gozar de la naturaleza, llegar al Pacífico, tomar baños de mar y ver lo que se pescaba en agua ó tierra. Las muchachas casaderas que volvían de esa gira, contaban maravillas. Don Gualterio H., jefe de una casa fuerte, se había casado con su cocinera; don Adolfo G., rico negociante, había libertado del bochorno de la soltería á una cotorra de más de cuarenta años; don Othón X., contratista del palo de tinte, había caído en la red de una negra de pelo crespo y enormes getas. Menos que eso se hubiera necesitado para que las fopolitanas más ó menos desahuciadas por el matrimonio, aprestasen sus maletas y se pusiesen en marcha hacia aquel Eldorado; y en efecto, á favor de tan estupenda oportunidad y de ocasión tan nunca vista, se advirtió un gran movimiento femenil en dirección á aquel puerto de salvación amorosa; de suerte que

los caminos del Sur pululaban de diligencias y carruajes de viajeras, y por las pendientes y veredas de las Barrancas de Beltrán y Atenquique, no se oía más que ruido de faldas. Puede afirmarse sin temor de error, que el entusiasmo despertado por los viajes á Colima, no cedió en nada, por aquel tiempo, al fervor con que se hacían antaño las romerías de Santiago de Compostela, ó se hacen ahora las peregrinaciones á la Meca.

Desgraciadamente, habiendo perdido Colima bien pronto su importancia mercantil, plegó sus tiendas la colonia germana que la poblaba, y se marchó á otros más felices lugares, llevándose consigo aquellas milagrosas tablas de salvación, que estuvieron por tantos años al alcance de blancas manos, ansiosas y náufragas.

La familia "de" Dena alcanzó los tiempos bonancibles de aquella alegre ciudad, y cuando tuvo por averiguado que los fopolitanos se negaban á aceptar la dicha amorosa que les ofrecían Consuelo y Socorro, se dejó atraer por los hosannas de liberación llegados de la tierra del coco y del café, y determinó, como último recurso, tomar parte en el movimiento general; y no se equivocó al emprender el viaje á tan lejana comarca, pues las castas doncellas que formaban su orgullo, encontraron buena caza por aquellos lugares, y pudieron disparar sus arcos un tanto enmohecidos

con excelente y nunca visto resultado. Lo que significa en lengua menos metafórica, que las niñas "de" Dena tuvieron algunos admiradores por allá.

Entre ellos figuraron Julio Grimm y Gustavo Schultze. Julio, en efecto, "casi" se había declarado á Consuelo, y Gustavo "casi" había caído á los pies de Socorro. ¿Cómo se explica el fenómeno? ¿Qué fué lo que aquellos buenos teutones pudieron ver en tan rezagadas doncellas, que los obligase á caer en sus apolilladas redes? Vamos á decirlo. Los atractivos del trato de las jóvenes fopolitanas ejercieron sobre ellos una fascinación de mera oportunidad. Consuelo y Socorro tocaban el piano, hablaban y traducían el francés, tenían buenas maneras y hasta dibujaban un poco; así que Grimm y Schultze, que tenían, como buenos alemanes, un poco de cultos y de artistas, se prendaron de sus gracias y refinamientos. Socorro, jovial y decidora, armonizó pronto con el carácter de Gustavo, que era inquieto, impetuoso y alegre. Consuelo era un tanto romántica, gustaba de la poesía y aun pepetraba de reserva una ú otra cuarteta; por ahí engranó, pues, con Julio, que era retraído, melancólico y soñador. Las traducciones de Schiller y Goethe que Grimm hacía con frecuencia, pasaban á manos de Consuelo apenas terminadas, y ésta las leía, aprendía de memoria, y aun co-

piaba con la hermosísima letra caligráfica que había sacado del colegio. Muy pronto había logrado imitar á la perfección la escritura alemana, y obsequiar á Julio con copias de traducciones, en forma casi idéntica al original. Tales finezas habían tocado el corazón del joven; de suerte que, mientras Socorro y Gustavo reían á más y mejor, bromeaban y recorrían en briosos corceles los campos vecinos á la población, Julio y Consuelo permanecían en casa hablando de literatura ó leyendo versos. Sea por eso ó por lo que se quiera, el hecho fué que, cuando las jóvenes "de" Dena emprendieron la marcha de vuelta á Fópoli, estaban muy adelantados ya sus incipientes amores con Grimm y Schultze, quienes se enternecieron al verlas partir, y les ofrecieron ir pronto á visitarlas á Fópoli. Julio y Gustavo cumplieron la promesa de ahí á poco, y la familia beneficiada, loca de alegría, no sabía qué hacer con ellos para festejarlos; tanto que la fiestecita á que nos referimos, no era más que uno de los números del rico y variado programa organizado en su honor por doña Anastasia y sus tiernos vástagos. Por eso no comenzó la audición hasta que ellos se presentaron.

Desgraciadamente las señoritas "de" Dena no fueron bastante francas con las expósitas para confiarles su secreto, sea por el desdén con que las veían, sea por

temor de quedar en ridículo una vez más (pues varios chascos de esa especie les habían pasado), si daban por hecho el compromiso y al fin no se casaban; pero su reserva, prudente tal vez, estaba destinada á producir equivocaciones lamentables, como se verá más adelante.

II

Continuación del anterior.

Pasadas las presentaciones, se dió traza á principiar el concierto. Grimm tocaba el piano, Schultze el violín, y ambos se acompañaban perfectamente; así que los dos amigos, apenas cambiados los saludos de ordenanza, iniciaron la audición, ejecutando con soltura y corrección una pieza germánica de gran dificultad. Y mientras tocaban, las señoritas "de" Dena no les quitaban la vista de encima. Examinémoslos también por nuestra parte.

Era Julio un joven como de treinta años, de estatura elevada, cútis claro y sonrosado, ojos azul turquí, tristes y serios, pelo y barba rubios, aquél y ésta partidos por en medio, á la costumbre de Maximiliano, entonces en privanza. Su aspecto era muy elegante y cuidado; lle-

vaba, nítidos como la nieve, cuello, pechera y puños de la camisa, bien cepillado, planchado y sin arrugas el traje, nuevos y charolados los botines, y bien lavadas, suaves y pulcras las blancas manos.

Gustavo, poco más ó menos de la misma edad, era de menor estatura y algo menos blanco; llevaba bigote, y tenía pelo y barba castaños, y ojos verdosos. Esbelto, nervioso y movible, tenía algo del mono en su gesticulación y actitudes; pero era muy simpático por su fogosidad mezclada de travesura y aire "bon enfant."

Cuando acabaron de tocar, fueron muy aplaudidos.

Las señoritas "de" Dena ocuparon el piano después de ellos, ejecutando una pieza á cuatro manos, y obtuvieron una ovación cuando dejaron sus asientos.

Después tocó á Berta el turno: cantó una canción napolitana, de esas que brotan á millares del genio popular de la bella Parténope, y que no pueden ser oídas sin emoción, porque retratan el carácter ardiente y soñador de aquella raza del Mediodía. Socorro la secundó al piano con bastante destreza, y la dulce voz y el arte exquisito de Berta, resplandecieron admirablemente al través de la sencillez de la partitura. Los alemanes apenas se habían fijado al entrar, en Berta y Paulina, sin duda al verlas pobremente vestidas; pero desde que oyeron cantar

á la primera, no tuvieron ojos sino para las dos. Así que, cuando ésta acabó la canción, Grimm le ofreció el brazo para conducirla á su asiento, olvidándose de Socorro, que marchaba sola tras ellos.

—Señorita, dijo Grimm á Berta por el camino, dejando caer sobre ella la mirada de sus tristes ojos, tiene usted una voz encantadora.

—¿Le parece á usted? preguntó Berta alzando hasta él los suyos con expresión infantil.

—Sí, repuso Grimm, he quedado sorprendido de su talento.

La pobre niña experimentó íntima alegría al verse celebrada de aquella manera. Poco después llegó Schultze á presentarle también sus cumplidos, y lo hizo, á su vez, con entusiasmo y suma cortesía; pero á Berta le satisfacieron más los elogios de Julio. Los alemanes se empeñaban en hacer cantar á Paulina, creyéndola también filarmónica; pero ella se excusó, confesando que no tenía gracia para nada.

—En cuanto á tocar, no sé tocar más que la puerta, y canto lo mismo que una rana, contestó con vulgaridad aplastante.

Pero al decir esto, mostró la dentadura espléndida y pasó los grandes y traviesos ojos por el concurso, deteniéndolos en Schultze muy intencionalmente. Gustavo sintió el flechazo de aquella mirada, y quedó codicioso de otra y otras, que so-

licitaba y obtenía de vez en cuando. A poco se le acercó:

—Es lástima que no haya aprendido usted la música, señorita, dijo para comenzar el diálogo.

—Tengo orejas de piedra, señor, repuso la joven con extravagante jactancia.

—Por fortuna, repuso Schultze galantemente, es usted tan hermosa, que no necesita saber música para ser admirada.

Aquella frase puso á Paulina fuera de sí, y creyendo que su buena estrella le deparaba brillante oportunidad de hacer una nueva conquista, puso en juego todos sus donaires para dejar mal ferido de amores al tetánico germano. También Julio había impresionado gratamente el tierno corazón de Berta. Esta le encontró hermoso, fino y elegante; le creyó bueno por su blanda manera de mirar; tuvo por cierto que hasta aquel día no había conocido hombre que poseyese las prendas varoniles y el irresistible atractivo de Grimm; y al impulso de tan plácidos sentimientos, dió rienda suelta á sus aficiones de artista, y cantó cuanto le dijeron, y mucho más que nadie le pidió, á cada momento mejor y con acentos más tiernos. Y él, encantado por tanto derroche de arte, no menos que por tanta discreción y belleza, no fué parco para ella en las manifestaciones calurosas de su admiración y de su aplauso.

Entretanto, Socorro y Consuelo no las tenían todas consigo. Habían llevado á sus amigas á la reunión con el único objeto de que les formasen corte y les sirviesen para divertir al concurso; pero al ver que Grimm y Schultze les dedicaban sus obsequios, se arrepentían de su imprudencia; y sintiendo muy adentro las picaduras del amor propio y de los celos, se esforzaban por atraerse la atención de los alemanes y alejarlos de Berta y Paulina. Así fué que Consuelo cerró con Julio y Socorro con Gustavo. Aquélla movió conversación sobre cierto viaje que su familia y Grimm habían hecho al Manzanillo poco tiempo hacía, sobre las bellezas de los baños de mar, y sobre las graciosas aventuras sucedidas en aquella ocasión, por tierra y agua; Socorro pretendió interesar á Gustavo hablándole de precios de efectos, movimiento mercantil y otras cosas fastidiosas. Pero ni uno ni otro comprendieron, sin duda, la intención de sus interlocutoras, porque, después de departir con ellas tanto cuanto lo exigía la urbanidad más exquisita, se apartaron de su lado para tornar á reunirse con las encantadoras huérfanas. Entretanto, Berta, corta y medida, no daba á conocer la impresión que Julio hacía en su ánimo, ni el deseo que tenía de verle á su lado, ni el gusto que experimentaba al oír su palabra. Su continente

era el de una persona serena, equilibrada y simplemente cortés; pues ni fijaba en él los ojos, ni le sonreía demasiado, ni hacía más que contestarle, sin buscar nuevos asuntos de conversación ó procurar retenerle de alguna manera. ¡Y entretanto, le daba vuelcos el corazón por la primera vez de su vida, y sentía que no se saciaría nunca de verle ni de oirle! Paulina, por el contrario, mostraba á las claras el placer que sentía con las finezas de Gustavo y el empeño que tenía por mantenerle cerca de sí; y aun no tardó en hablarle por su nombre de pila, como si le hubiese conocido años atrás, con una facilidad y una llaneza demasiado rápidas y prematuras.

En aquellos momentos se introdujo por la sala el mocetón Prudenciano, que venía de la cantina, donde había estado charlando con otros muchachos alegres, y traía brillantes los ojos y los pómulos color escarlata. Paulina, al verle, se sintió contrariada, pues estaba tan entretenida con los galanteos de Gustavo, que algo hubiera dado por evitar que fuesen interrumpidos. Prudenciano, repetimos, había principiado la aventura de sus amores con ella por pura ligereza ó con fines torcidos; pero la gracia de Paulina era tan enloquecedora, y le jugaba ésta tantas malas partidas, que, sin quererlo ni pensarlo, había ido perdiendo los estribos y cobrando interés

verdadero por la joven, tanto más, cuanto que ésta se tornaba más incomprensible y burlona, á medida que el afecto de él iba en aumento. Al entrar, pues, comprendió el mancebo á la primera ojeada, que su novia había estado haciendo de las suyas durante su ausencia, y se acercó al grupo para vigilar la posición.

—¿Interrumpo? preguntó con impertinencia.

—De ningún modo, repuso cortesmente Gustavo.

—¿Se ha tocado y cantado mucho? volvió á preguntar Prudenciano.

—Bastante, contestó el alemán.

—Yo, dijo Paulina, no he hecho más que oír; estoy aquí de sobra.

—Ni aquí ni en parte alguna sobra usted, señorita, observó Gustavo; es usted demasiado hermosa para ello.

—¿Flores tenemos? interrumpió Prudenciano con ironía.

—El señor es muy amable, repuso Paulina.

—No amable, sino justo, repuso Schultze.

—Ustedes los alemanes, prosiguió Paulina, están acostumbrados á ver muchachas guapas por Colima..... y hasta van á buscarlos.

—No diga usted eso, replicó Gustavo con mortificación.

—No todas, protestó enérgicamente

Prudenciano; mis hermanas no fueron á buscar á nadie.

Paulina no hizo aprecio de la rectificación, y agregó:

—Esas sí que valen la pena.

—No diré que no; mas por acá, según veo, se quedan otras no menos guapas ni encantadoras, replicó Gustavo.

—Las ricas, repuso Paulina.

—No me refiero á ellas, objetó Gustavo.

—Vamos, vamos, interrumpió Prudenciano, veo que están ustedes diciéndose chicoleos.

—¿Qué quiere decir eso? interrogó el alemán amostazado.

—Pregúntelo usted á Paulina, que lo sabe mejor que yo, repuso el joven de mal talante.

La conversación continuó así, agridulce, entre los tres, durante buen rato, sin que Prudenciano diese la menor traza de separarse; pero Paulina no le hacía el menor caso, y todas sus atenciones eran para Schultze. Y como todo lo observaba doña Anastasia desde lejos, indignada al ver la mala figura que hacía en la reunión toda su familia, se apartó con sus hijas á un rincón de la sala, que convirtió en atalaya, para vigilar los movimientos del enemigo.

—Según parece, niñas, murmuró con gesto desdeñoso, Julio y Gustavo tienen

tendencias á la gente de clase inferior. ¿No ven cuán contentos se muestran al lado de las "hospicianas?"

—Lo que es á mí, saltó Consuelo con mal disimulado despecho, me tiene eso sin cuidado; Julio me fastidia.

—Pero es fuerte cosa, agregó Socorro, que en nuestra propia casa vengan esos señores á menospreciarnos.

—Ustedes tienen la culpa, prosiguió sentenciosamente doña Anastasia, por no llevarse de mis consejos. Siempre les he recomendado se estimen un poco más y escojan mejor sus amistades, porque la gente baja tiene muchos inconvenientes: ahora están recibiendo el pago que merecen por andarse mezclando con personas ordinarias.

—En realidad, observó Consuelo, nada tenemos que decir de Berta; vean ustedes cuán seria y juiciosa se muestra.

—Es una mosca muerta, saltó doña Anastasia con saña.

—La loca es Paulina, exclamó Socorro con cólera: miren qué ojos echa y qué dengues hace á Gustavo.

—Después de todo, murmuró la mamá, vale más que vayan ustedes conociendo el mundo desde ahora para que cobren experiencia; de aquí pueden sacar muy provechosas lecciones. En primer lugar, la de que no deben reunirse con la gentuza, por que la cabra tira al monte; y en se-

gundo, la de que todos los hombres son falsos y perversos. He ahí, si nó, á Julio y Gustavo, que parecían tan correctos amartelados, vueltos unos bobos con esas infelices, y olvidados de sí mismos y de nosotros.

—Lo que es á mí, mamá, interrumpió Consuelo, repito que nada me importa, pues nunca he pensado en Julio.

—¿Para qué lo niegas, niña?

—Yo sí, para qué lo he de negar, terció Socorro; yo sí he creído que Gustavo me quiere, y, francamente, no le tenía mala voluntad, pero ahora le odio.

—Esto no tiene forma ya, interrumpió doña Anastasia con despecho, aludiendo al concierto; es menester que concluya

—Por mi parte, no hay inconveniente, mamá, dijo Consuelo.

—Como quieras, mamá, agregó Socorro; pero ¿cómo hacemos?

—Es muy sencillo, dijo la matrona. Van ustedes á ver cómo lo hago.

Y levantándose del enorme sillón donde se había emboscado, cruzó el salón y se dirigió á Paulina con paso rápido. Al llegar á ella, se detuvo y mirándola con ojos fulminantes, le dijo:

—Van á ser las dos de la tarde, y sor Ignacia espera á ustedes.

—Sí, señora, repuso la joven con viveza, poniéndose en pie, y comprendiendo en el acto que doña Anastasia las despe-

día á ella y á Berta; es hora de marcharnos.

—¿Por qué? intervino Prudenciano. Pueden ustedes quedarse á comer.

—No tienen licencia, repuso la airada matrona.

—¡Y aun cuando la tuviéramos! exclamó Paulina.

Y luego agregó en voz alta:

—¡Vámonos, Berta!

—¿Cómo? preguntó ésta sorprendida y cortando el coloquio con Julio. ¿Pues no vamos á quedarnos á.....?

—Sor Ignacia las espera, interrumpió doña Anastasia con sequedad y grosería.

Berta no pudo comprender de pronto lo que pasaba, pues lo pactado había sido otra cosa; pero luego cayó en la cuenta, al ver la actitud de doña Anastasia, y sintiendo de un golpe la humillación que se les infligía, por poco se echaba á llorar. ¿Por qué aquel desaire? No podía explicárselo. ¿Lo habría echado de ver la concurrencia? En todo caso, importaba disimular. Persuadida de ello, apeló á toda su fortaleza para sobreponerse á la emoción y á la vergüenza, y contestó sencillamente:

—Tienes razón; se me había olvidado: vámonos.

Consuelo y Socorro, de mal talante también, no opusieron ni por fórmula, el menor obstáculo á la retirada de sus amigas, sino antes bien, se apresuraron á bus-

carles y entregarles los abrigos; sólo Prudenciano se manifestó comedido, y aun pretendió acompañarlas hasta el Hospicio.

—De ningún modo, saltó doña Anastasia encolerizada. No sería conveniente que fueras tú solo con estas niñas; le parecería mal á sor Ignacia.

Su veto exaltado provenía de que estimaba desdoro para su hijo andar con ellas por la calle.

—Aunque así sea, protestó el joven; se hace lo que se debe. ¿Cómo han de marcharse solas?

Para transigir, tuvo doña Anastasia que mandar á las huérfanas en el landeau, y la pena de no poder evitar que los alemanes, que no se habían dado cuenta de lo que sucedía, saliesen á conducirlas hasta el carruaje, y les diesen la mano para subir al estribo. Ahí se cambiaron ellas y ellos las últimas cortesías, hasta que partió el coche.

—¡Qué desaire! murmuró Berta tan pronto como nadie pudo observarla; y llevándose el pañuelo á los ojos, se echó á llorar á lágrima viva.

—No seas tonta, repuso Paulina con mirada centellante; las cosas se reciben como de quien vienen. Además, no hay que olvidar que somos huérfanas y pobres, y que los ricos se arrogan siempre el derecho de despreciar á los que no tie-

nen dinero. Por eso estoy cansada de ser hospiciana, y abrigo el propósito de salir de pobre como se pueda.

—Pero ¿qué les hemos hecho? ¿Por qué nos tratan así?

—En cuanto á eso, repuso Paulina, no hay que preguntarlo; tienen razón para desquitarse.

—¿Por qué?..... Yo no les he hecho nada.

—Sí, también tú.

—No, yo no.

—¿Pues cómo le llamas á eso de haberte hecho aplaudir por los convidados?

—Eso no tiene caso.

—Sí lo tiene, porque son muy envidiosas. Sobre todo, ¿no ves que hemos atraído la atención de Julio y Gustavo, y las hemos dejado relegadas al segundo término?.... Entre tú y yo lo hicimos; porque Gustavo permaneció junto á mí y Julio junto á tí casi toda la mañana. ¡Qué gracioso!, continuó prorrumpiendo en una sonora carcajada. Habían organizado la fiestecita para lucirse, y nosotras somos quienes nos hemos lucido.... Nadie sabe para quién trabaja.

Estas razones distrajeron la atención de Berta hacia otros objetos; se acordó de Grimm, de su rostro y de su voz, y se sintió embargada por un dulce estupor que la llevó muy lejos de la escena.

—Por lo que hace á mí, oyó maquinal-

mente que seguía diciendo Paulina, me ha sabido á gloria este rato. Es verdad que Gustavo me agrada, pero más me agrada ver rabiar á esas "ñatas" ridículas. La vieja y sus hijas me querían comer con los ojos, al verme hablar con el alemán; y yo, te lo confieso, exageraba mi amabilidad de propósito para hacerlas sufrir. ¿No observaste cuán amarilla se puso Socorro, cuando en el calor de la conversación, dí á Gustavo un golpecito en el brazo con esta gardenia que traigo en la mano? Pues se puso como de cera: parecía muerta.... ¡Toma tu desaire!.... ¡Ya verán lo que les pasa!... No me conocen.

Entretanto, se habían secado las lágrimas de Berta, y permanecía muda y absorta en sus propios pensamientos. Ya sabía por qué había amanecido tan contenta aquella mañana; era que presentía á Julio. ¡Cuán buen mozo era! ¡Qué cosas tan delicadas le había dicho! Recordaba que le había manifestado deseo de conocer el Hospicio, y ofrecido que pronto iría á visitarlo y á saludarla. ¿Sería por pura cortesía, ó experimentaría hacia ella de veras alguna inclinación?... No había que consentir en cosas imposibles; era preciso quitarse aquellas ideas de la cabeza, como malos pensamientos, pues no era natural ni imaginable que Grimm pensase en ella; sin embargo, la manera con que la había visto, el temblor

de sú voz, aquellas medias palabras.... ¡Que fuera lo que Dios quisiese....; pero que quisiera que fuese cierto!

Abismada en aquellas reflexiones y recuerdos, se desvanecieron ante sus ojos doña Anastasia, Consuelo y Socorro, el coche y hasta Paulina, y recogida en lo más secreto de su ser, no hacía más que ver unos ojos azules que la miraban intensamente, y oír una voz emocionada que murmuraba su nombre. Cuando paró el carruaje, volvió en sí, y quedó sorprendida al verse en el pórtico del Hospicio.

—Ni una palabra á sor Ignacia, le recomendó Paulina; sería muy humillante Voy á decirle que no nos quedamos porque tengo jaqueca.

III

San Vicente de Paul

Gran mes para el Hospicio era el de julio, por ser el de la fiesta del santo patrono del establecimiento. Días antes del 19, fecha en que la Iglesia conmemora al fundador de la orden de las hermanas de la Caridad, comenzaba grande y nunca visto trajín en la casa, se hacían preparativos en escala colosal, había ir y venir de objetos y personas, y se observa

ban una animación y una alegría tales por el vasto recinto, que á gritos iban pregonando el piadoso entusiasmo de las religiosas y de los pobres. Adornábanse las columnas del pórtico y de los patios con lazos de hojas de fresno formando espirales, y las arquerías, con lucidos y verdes festones; y se suspendían aquí y allá de los techos, bandas vistosas de papel, que se unían á un centro común en las macizas vigas, ó banderolas y flámulas de brillantes cuarteles, que ondeaban formando escudo en las entradas de los departamentos. Solamente aquel día, el de Corpus Christi y el Jueves Santo, extendíanse sobre los muros de la Capilla las elegantes colgaduras que se guardaban durante todo el año; solamente ese día se ostentaba pendiente de la linternilla, un rico pabellón de terciopelo carmesí, franjeado de oro que, dividiéndose en anchas y largas bandas hacia las pechinas, se recogía en la parte baja de las pilastras con gruesos cordones de oro terminados por pesadas borlas; solamente ese día suspendíanse de las altas bóvedas numerosos gallardetes de colores, que casi ocultaban las bóvedas y daban al místico lugar, aspecto elegante y jubiloso. Sacábanse entónces de las altas y ventrudas cómodas de la sacristía, los más ricos ornamentos, los manteles de más fina batista, trabajados por manos delicadas, el misal más dora-

do y de pasta más bien trabajada, y los vasos sagrados más costosos y mejor cincelados. Para cubrir la desnudez del entarimado, extendíase roja alfombra por el pavimento, y en las cuatro naves convergentes de la capilla, alineábanse bancos y sillas para comodidad de los fieles y ornato y gala del lugar. Y, sobre todo, para coronar la fiesta, era expuesto el Santísimo Sacramento en el esbelto y dorado templete del altar mayor, dentro de la rica custodia de oro macizo, ornada de piedras preciosas y con resplandor enorme, que el santo Obispo Cabañas había legado á la casa con regia munificencia. En torno del relicario sacrosanto, en cuyo centro, al través de diáfano y puro cristal, resaltaba la blancura inmaculada de la Santa Forma, ardían brillantes y multiplicados blandones, símbolo de la fe, el amor y la adoración de aquel pueblo creyente y desdichado. Las misas que con aquella ocasión se celebraban, eran cantadas por obispos, cuando se podía, ó al menos, por canónigos de alto renombre, y amenizadas por las mejores voces de Fópoli y por la orquesta más rumbosa que podía congregar y dirigir don Teodomiro Gómez y Pérez.

Pocos días después de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, tuvo lugar aquel año la fiesta de San Vicente, y el número principal del progra-

ma de aquella hermosa solemnidad, consistió en una misa con sermón y música selecta, que "se estuvo diciendo" en la capilla, desde las nueve de la mañana hasta bien pasadas las doce del día, y á la cual asistieron las familias principales de Fópoli. No dejó de estar presente á ella, por supuesto, la familia "de" Dena, la cual llegó desde temprano, en compañía de Grimm y Schultze, para alcanzar lugar en sitios delanteros. Berta y Paulina, que, unidas á sor Marcelina, habían recibido el encargo de atender á los invitados, dieron la bienvenida á tan encopetadas personas; y, aunque es de presumir no hubiese la mejor voluntad para tributarse amabilidades por un lado ni por otro, pasaron las cosas de la mejor manera posible, dadas las circunstancias y el lugar donde se efectuaba el encuentro. Madre é hijas desplegaron una altivez digna de cualquier dinastía europea, frente á las pobres huérfanas; pero Paulina no les fué en zaga, ni por lo severo de la actitud, ni por la elevación de la frente, ni por la sequedad de las palabras. Berta, por su parte, no salió de su paso ni por esas, pues se manifestó siempre atenta y moderada; sólo que palideció un poco á la vista de ellas y de Julio. Este tuvo sonrisas muy corteses y amables para la joven, y Schultze y Prudenciano extremaron sus atenciones hacia Paulina.

La función fué soberbia por todo, y principalmente por la orquesta, que agradó mucho. Desde el lugar donde se encontraban colocados los músicos, que era el coro de la entrada principal, dominábase perfectamente la nave ocupada por los invitados; así que éstos pudieron gozar cuanto quisieron de la vista del grupo formado por los artistas, y principalmente de la de don Teodomiro, quien en pie al frente de dicho grupo, y dando rostro al altar mayor, manejaba la batuta con extraordinario entusiasmo, mantenía una disciplina y un orden estrictos en su hueste, y daba mucho que reír á la concurrencia con sus visajes y contorsiones harto exagerados. Joaquín, á su vez, podía ver desde su asiento aquella parte de la capilla donde se ostentaba lo más granado y elegante de la sociedad fopolitana; pero no era eso ciertamente lo que más llamaba su atención, sino la hermosa y dulce figura de Berta, quien, ya cruzando de un lado para otro, antes de comenzar la función, ó bien arrodillada cerca del altar mayor, cuando dió principio la misa, era el imán poderoso y punto único y objetivo de sus miradas y pensamientos. Sus ojos penetrantes de enamorado no dejaron de observar la exquisita finura de Grimm para ella, ni la amabilidad de ésta para él; ni durante la misa pasaron inadvertidas para sus celos, las frecuentes ojeadas que lanzaba el alemán

al sitio donde se hallaba la joven. Y aun le pareció observar que ésta, so pretexto de arreglar el traje ó de hablar con alguna persona arrodillada á su espalda, volvía alguna vez el rostro hacia Julio para bañarle con las suaves y codiciadas miradas de sus ojos. ¿Había sido ilusión la suya? ¿Tenían fundamento sus sospechas?.... Joaquín se devanaba los sesos pensando estas y otras tristísimas cosas.

El predicador que ocupó el púlpito después del Evangelio, joven canónigo de sotana morada y fina sobrepelliz de transparentes tules, pronunció un sermón muy elocuente y conmovedor. Trazó á grandes razgos la biografía de San Vicente: niño, pobre y pastor de ovejas en sus mocedades, cautivo después en Africa, donde aprovechó hasta su cautiverio para volver al redil á los apóstatas y renegados; corazón inflamado por un amor inmenso al prójimo, que le llevó hasta trocar su libertad por las esposas y los grillos de un galeote; y, sobre todo, fundador de la institución de las Hermanas de la Caridad y de la primera casa de expósitos que hubo en el mundo. Su larga vida de nonagenario fué consagrada á todos los infelices, desde los huérfanos hasta los forzados, pues á todos los abrazó en la misma caricia amorosa, á todos los estrechó contra el corazón y para todos tuvo dádivas y consuelos. Su alma,

como fuente de aguas claras y frescas, corrió por los desiertos del mundo formando oásis de sombra y descanso, donde encontraron abrigo los peregrinos de la vida, los que caminan descalzos y con los pies desangrados, los que padecen hambre, los que son devorados por la sed. Una explosión de amor y llanto hubo en torno de su féretro cuando murió. Acompañáronle al sepulcro las bendiciones de los desgraciados, y salieron al cielo á recibirle las almas de las viudas, de los mendigos y de los huérfanos, á quienes salvó de la miseria y de la muerte. "¡Pero San Vicente de Paul no ha muerto, gritaba el predicador; continúa viviendo en su obra! Las instituciones que crió, se mantienen en pie al través de los siglos, y son solicitadas y bendecidas hasta por los mismos infieles. Los menesterosos á quienes impartió protección, no han quedado abandonados; el amor tutelar de aquel arcángel poderoso, los cubre todavía con sus alas. La falange de mujeres fuertes, disciplinada por él y por Luisa de Marillac, es legítima heredera de su sublime espíritu, y hoy, como entonces, capaz de los mayores sacrificios y de los más penosos renunciamientos por llevar el consuelo á las almas doloridas." Aquella santa casa, albergue de los desheredados de la suerte, siguió diciendo el orador, era la mejor prueba que pudiera darse de que

San Vicente de Paul seguía proyectando su sombra colosal sobre la tierra. "¡Bendito él mil veces, había dicho para concluir, por su caridad, reflejo del amor de Jesús á los pobres y á los niños, y benditas también sus santas hijas, que dejan patria, familia, bienestar, por alistarse bajo la bandera de la piedad y la misericordia!......"

A la Elevación, cuando calló la orquesta, y en medio de un silencio patético, sonó la campanilla, y nubes de incienso subieron hasta la cúpula, y el sacerdote de cabeza como la nieve y casulla esplendente de brocado y oro, levantó en las trémulas manos, la blanca Hostia, que parecía una estrella, y el áureo copón que contenía la sangre del Cordero; Berta, humillando la frente hasta el suelo, hizo fervientes súplicas, diciendo:

—Señor Todopoderoso, te amo sobre todas las cosas y vivo reconocida á tu infinita bondad, porque habiendo sido huérfana y expósita, me libraste de la muerte y la desdicha para darme abrigo en esta casa de Caridad, donde he encontrado, no sólo el pan que alimenta el cuerpo, sino también el alimento del alma, que es tu santa doctrina, y el alimento del corazón, que es el amor de los buenos. Imploro tu protección, ahora como siempre, para que traces mi senda por la vida con tu dedo omnipotente, y me lleves

de la mano por el camino del bien, y mis pasos no se extravíen en las tinieblas, y mi alma no se abisme en las congojas del infortunio.

Y como niño refugiado en el regazo materno, abrió aquella pobre niña el corazón "á nuestro Padre que está en los cielos," contándole sus nacientes ilusiones, su inclinación hacia un hombre hermoso y bueno, cuya palabra había sonado en sus oídos como blanda música nunca antes escuchada. ¿Cuáles serían los sentimientos de aquel corazón para ella? ¿Habría encendido la infinita bondad, la llama del cariño á un mismo tiempo en ambos corazones? ¿O debería ella sofocar aquella simpatía en sus albores, porque no era digna de tanta dicha, y porque aquella otra alma, que juzgaba gemela de la suya, volaba fuera de su órbita y tendía las alas hacia opuestos destinos? Al pensar que así pudiera suceder, se afligió intensamente, porque hallaba muy amargo tener que renunciar á esperanzas que le eran tan caras; pero al mismo tiempo, resignábase desde ahora á obedecer las disposiciones de lo Alto, cualesquiera que fuesen y por más dolorosas que le parecieran. Pero su alma juvenil siguió volando por los espacios sidéreos, y se complació en figurarse que la Suma Bondad llegaría á otorgarle el galardón de aquel amor tan poético. Una circunstancia, con

todo, alarmaba su sencilla conciencia. Acaso el alemán no profesaba la misma fe que ella. Siendo así, no quería ni debía unirse á quien no tuviese sus mismos anhelos y esperanzas de ultratumba, ni debía enlazarse á quien pudiese estorbar sus prácticas piadosas y no viese los objetos de su culto con el respeto y la veneración que á ella le inspiraban; pero Dios, que era tan grande y bueno, podía otorgarle, si quería, hasta la gracia de atraer al redil aquella alma descarriada y hacer que el rebaño de Jesús contase en ella con un nuevo cordero. Mas para todo eso, se necesitaba hacer mucha oración, y Berta oraba sin descanso y con edificante fervor para mover á su favor la gracia divina. ¡Oh alma sencilla y pura!

Con eso, la orquesta, que había estado silenciosa, volvió á elevar el coro imponente de sus voces, y á la vez que los pensamientos de Berta continuaban fluctuando entre el amor divino y el humano, prosiguieron desarrollándose las ceremonias del santo rito, con mística solemnidad, hasta que, en medio del recogimiento de todos, llegó el momento de la bendición y de la acción de gracias.

Mas hé aquí que al concluir la misa, sobrevino un incidente casual, que estuvo á punto de ser grave. Cuando comenzaba la desbandada del gentío con esa prisa inmotivada que en tales casos y en don-

de quiera se observa; en medio de la corriente impetuosa que quería salir de una sola vez y se estorbaba á sí misma, cayó por acaso un candelabro cuajado de cirios, que se erigía sobre alta columna, y antes de llegar al suelo, prendió fuego de paso, á los adornos de papel que le rodeaban; de ellos se comunicó la llama á unos lazos de crespón que estaban próximos, y bien pronto cundió por todos los papeles y telas que se hallaban en contacto. Sonaron voces de alarma, y tan pronto como se oyó la palabra ¡fuego!, la impaciencia de la marcha se convirtió en fuga precipitada y ciega. De pronto, nadie pensó en acudir al remedio, sino sólo en ponerse en cobro, y las puertas de la capilla, obstruídas por la aglomeración de la ansiosa muchedumbre, se hicieron casi infranqueables. Hubo un instante en que el grito del instinto: "¡sálvese quien pueda!," cada cual vió por su propia salud y se olvidó de los demás, como suele siempre suceder en circunstancias peligrosas.

Berta, sin embargo, no se dejó llevar por la corriente; sino antes bien, tan pronto como apareció el riesgo, se acordó de su pobre amiga Virginia, que se hallaba en el centro de la iglesia y no podía ver ni salvarse por sí misma; y, en vez de correr á la salida como todos, se internó por lo más estrecho y apretado

del gentío, volando en busca de la ciega. Esta en tanto, abandonada á sí misma y sin saber á punto fijo lo que pasaba, iba al acaso, de una parte para otra, embarazando el paso de los que huían, y sufriendo golpes y atropellos. Entretanto, crecía la alarma y se oían gritos de mujeres y llanto de chiquillos; y los asientos derribados y echados de través por las calles de tránsito, impedían la circulación y aumentaban el desorden; y era todo dentro del sagrado recinto, ciega confusión y angustia estrepitosa. Pero cuando menos lo esperaba la pobre ciega, sintió que suaves manos se posaban en las suyas, y oyó una dulce voz que murmuraba cariñosamente á su oído:

—Por aquí, Virgen, ven conmigo.

—¡Berta! ¡Berta! exclamó conmovida la ciega. ¿Qué pasa? ¿Por qué gritan?

—Poca cosa; ya te lo diré, ven pronto.

Pasados los primeros instantes de aturdimiento, varios caballeros acudieron á los sitios peligrosos á cortar el incendio, y entre ellos, Joaquín y José. Era preciso impedir que las colgaduras, el pabellón y los gallardetes ardiesen, pues en llegando á caer sobre el pavimento pedazos inflamados de aquellas telas gruesas y pesadas, pondrían fuego á la alfombra, al entarimado y á la sillería, y se convertiría el accidente en un verdadero desastre. Por fortuna los crespones y papeles, único

combustible devorado por el fuego, habían levantado llamas efímeras y esparcido resíduos muy cortos y ligeros de materia inflamada; de suerte que el fuego había cundido débilmente por este ó aquel tramo de tapiz. Para atajarlo, bastó romper algunos lazos de trapo, cortar algunas cuerdas delgadas y poner el pie sobre algunos fragmentos inflamados, obra sencilla y de unos cuantos minutos; pero eso no impidió que la iglesia quedase en un santiamén hedionda á telas quemadas, llena de humo, despojada de sus galas y ornamentos, y sembrada de muebles derribados, como si ahí hubiera sido Troya.

Cuando sor Ignacia y las otras hermanas, que oraban en el coro, hubieron bajado y lograron entrar en la capilla, todo había concluído ya. Una vez cortado el incendio, se había restablecido la calma, había quedado la iglesia casi desierta, y, salvo una ú otra falda ó cabellera chamuscadas, ó este ó aquel miembro estropeado, no había habido desgracia que lamentar. Las hermanas llegaron á tiempo; no obstante, para ver el tierno grupo formado por Berta y Virginia, que caminaban á la zaga de todos, venciendo las dificultades que ofrecían el no ver de la una y las barricadas de asientos derribados que estorbaban el paso de las dos; tras ellas venían Joaquín y José, que no

habían podido distinguirlas pronto en medio del tumulto, pero que, á fuerza de buscarlas entre la humareda, habían acabado por reunírseles cuando ya salían á la puerta.

—¿Qué te pasó, Berta? preguntó Joaquín ansioso.

—Nada, repuso la huérfana; bendito séa Dios.

—¿No te tocó el fuego? ¿no se te ha quemado el traje?

—Ni una ni otra cosa: mira, contestó la interpelada, apartando las manos para mostrar todo el cuerpo.

En efecto, estaba ilesa.

—Mil gracias, prosiguió Berta.

—¿Por qué tardaste tanto en salir? insistió Joaquín. Han sido ustedes las últimas en dejar la capilla.

—Fuí á buscar á Virginia para guiarla, contestó Berta con naturalidad.

Al oír la respuesta, quedó el joven como deslumbrado por la sencilla refulgencia de aquella alma, y experimentó vivo impulso de arrodillarse ante la joven y besarle las manos; mas no siéndole dado entregarse á tan dulce expansión, se limitó á envolverla en mirada tal de admiración y ternura, que ésta se sintió como cercada por un relámpago de luz y fuego.

Entretanto murmuraba José al oído de Virginia:

—¿No te pasó nada, Virgen?

—Creo que no, repuso la ciega, porque nada me duele. ¿No tengo quemado el traje?

—Está intacto; parece milagro. ¡Qué susto tan grande he tenido por tí!

—¡Cuán bueno eres!

—Te busqué por todas partes, pero el humo no me dejaba ver..... hasta que Joaquín y yo apagamos los trapos y papeles quemados.

—Pero ¿por qué te preocupas por mí?

—Ya sabes por qué.

—¿Luego es cierto?

—Dios bien lo sabe.

Cuando Berta fijó los ojos en ellos, se sintió conmovida al mirar la apasionada expresión de sus rostros.. .. ..

.. ..

Aquel día, al concluír el refectorio, impuso sor Ignacia silencio á las mesas, y levantando la voz, dijo:

—Niñas mías, esta mañana, á la hora del peligro, cuando se inició el incendio en la capilla, sucedió algo que no debe pasar en silencio. En medio del susto y la confusión, cada quien pensó en sí mismo y en la manera de salvarse, olvidándose de los demás. Tengo, sin embargo, la satisfacción de reconocer que no todo fué ahí ceguedad y egoísmo, pues hubo quien manifestase caridad y abnegación. El rasgo á que me refiero, debe servir de en-

señanza y ejemplo, no solamente á los asilados, sino también á nosotras, las religiosas que dirigimos el establecimiento, Virginia, á quien Dios ha privado del beneficio de la vista, había quedado abandonada entre la multitud, y nadie se acordaba de ella; sólo Berta, desafiando el peligro y sin atender á su propia conservación, pensó en su amiga, fué á buscarla por todas partes, y la sacó de en medio del fuego. Hechos como este, merecen el aplauso y el respeto de todos; por mi parte, soy la primera en expresar mi admiración á Berta por su bello comportamiento. No echemos en olvido este ejemplo para otra ocasión.

Mientras duraba la plática, roja y confusa Berta, no sabía dónde poner los ojos, y hubiera querido desaparecer del lugar como por ensalmo. Según ella, no merecía elogio lo que acababa de hacer, pues era la cosa más natural del mundo; así que, cuando se volvieron todos á verla, protestó con ademanes y voces semiarticuladas que aquello no valía la pena; pero, no obstante su resistencia, estalló en el refectorio un grito unánime y espontáneo de

—¡Viva Berta!

Para terminar la escena, vinieron las hermanas, una á una, encabezadas por sor Ignacia, á abrazar y besar en la frente á la joven; pero lo que más satisfizo á

ésta, fué sentir los brazos de Virginia en torno de su cuello, y las lágrimas de aquellos ojos sin luz mojar sus mejillas, y la voz de la ciega murmurarle al oído:

—¡Cuánto te quiero, Berta! ¡Dios te lo pague! ¡Cuán buena eres!

IV

Tiernas escaramuzas.

La belleza, el talento y la dulzura de Berta, habían producido hondo efecto en el ánimo de Julio, quien, desde el punto y hora en que la conoció, no dejó de pensar en ella con inefable embeleso. Roto con su venida á Fópoli, el encanto enteramente de circunstancias que Consuelo había ejercido sobre él en Colima, hallaba ya á la joven "de" Dena muy inferior á lo que le había parecido en aquella lejana comarca, y al lado de Berta, sobre todo, la veía no sólo retroceder al segundo término del cuadro, sino perderse y esfumarse en brumosa y triste lejanía. Á no ser por las indicaciones galantes hechas á Consuelo, habría presentado á Berta su candidatura desde luego, y hablado con sor Ignacia de sus honradas intenciones; pero escrúpulos de nimia caballerosidad le encadenaban á su malhadada conquista, y no

sabía qué hacer en el apuro, pues si su corazón volaba en pos de Berta, sentía que el bien parecer le retenía al lado de la señorita "de" Dena. Perplejo y desorientado continuaba visitando á ésta, sin prescindir empero de aquélla, y aguardaba con ansia alguna coyuntura de las que no faltan en la vida, en que pudiese recobrar la perdida libertad. Esto, sin embargo, no era tan llano en la ocasión, pues la familia "de" Dena no abandonaba sus posiciones, le vigilaba de cerca, y á fuerza de convites, agasajos y obsequios, procuraba ligarle todos los días más y más, é imposibilitarle la retirada; y Grimm, que lo comprendía bien, iba cayendo en una situación muy violenta. Consuelo se había aferrado á él como el ancla á las rocas costaneras, y estaba decidida á no dejarle escapar, sucediera lo que sucediese; hasta el punto de que, si Julio se hubiese materialmente fugado de su casa, capaz hubiera sido ella de seguirle por las calles á carrera tendida, sin chal ni sombrero y como se hubiese encontrado, hasta alcanzarlo y cogerlo por el faldón de la levita.

Para que los lectores no condenen á Julio, vamos á decir en breves palabras cuál era su situación verdadera cerca de Consuelo. Habíala galanteado, en efecto, la había obsequiado con flores, con traducciones del alemán y con pensamientos escritos, más ó menos significativos, y,

por la asiduidad con que había bailado con ella en las reuniones, y frecuentado su casa, había dado á todos, inclusa ella, fundado motivo para juzgarle su pretendiente. Era claro también que su viaje á Fópoli no había tenido más objeto que el de verla, cumplir la palabra empeñada y hacerle una declaración en toda forma. Mas, á pesar de todo, nada había precisado con ella todavía, y no había llegado á decirle "te quiero," ni á preguntarle si le quería; de modo que, en puridad, no tenía compromiso formal con la joven, y estaba en libertad para prescindir del empeño á la hora que lo tuviese por conveniente. No obstante, como su caballerosidad era extremada, se sentía un si es no es ligado por sus anteriores insinuaciones, y no se resolvía á cambiar de rumbo á la hora menos pensada, sin causa que pudiese justificarlo. Así que se decidió á esperar varios días la ansiada coyuntura, y aun prescindió de aceptar algunas invitaciones de doña Anastasia, para ir preparando el rompimiento; pero todo fué inútil, porque, aunque comprendía Consuelo que la simpatía de Grimm hacia ella iba en menguante, no se decidía á darse por entendida, y continuaba resuelta á disputar la presa, como una loba sus cachorros. Al fin llegó á cansarse Julio, y á tal punto, de tan molesto estado de cosas, que se resolvió á zanjar

la dificultad de una vez, aunque de la mejor manera posible. En tal virtud, comenzó á obrar desde luego, conforme al siguiente programa: continuó su trato meramente amistoso con Consuelo y su familia, pero se entregó francamente á su amorosa inclinación hacia Berta. Una vez tomado el partido, procedió á la conflagración de sus naves, para no flaquear en su propósito, y dirigió á la huérfana por escrito y desde luego, su declaración amorosa.

Berta, entretanto, había vivido embriagada por las más dulces y suaves emociones que una joven pura é inocente puede alimentar al llegar á los veinte años. En la fiesta de San Vicente de Paul y en otras diversas ocasiones en que Grimm había concurrido al Hospicio, habíase mostrado exquisitamente fino hacia ella y la había envuelto en miradas tan cariñosas, que, aunque novicia en achaques amorosos no había dudado ni un momento de su dulce significado. Y como su modestia y humildad iban al par de sus merecimientos, se asombraba de que persona de tanta valía como Julio pudiese poner los ojos en ella, que significaba tan poco. Siempre que comparaba su posición y persona con las de sus amigas y conocidas, se confesaba inferior á las unas y á las otras, y no alcanzaba á explicarse cómo podía Julio preferirla á tantas guapas jóvenes

como había por la ciudad; mas tuvo que rendirse á la evidencia en vista de los hechos, pues una mañana, al terminar las clases, se acercó á ella Felipa, una de sus condiscípulas, y con aire misterioso, y llevándola aparte le dijo:

—Toma, Berta, aquí traigo esto para ti.

—¿Qué es? preguntó la huérfana ruborizándose intensamente, sin saber por qué.

—Una carta, repuso Felipa.

—¿De quién? interrogó Berta, aunque su corazón adivinaba el secreto.

—De don Julio Grimm, repuso Felipa; tómala, se acercan las compañeras y podrían vernos. Te quiere mucho.

Instintivamente alargó la mano la huérfana y cogió el pequeño y perfumado sobre, que le alargaba su amiga. Latíale en aquellos momentos el corazón con tal fuerza, que casi le cortaba la respiración, y el aflujo repentino de toda su sangre al cerebro, le producía como alucinaciones y vahidos; veía cuanto pasaba como al través de un velo de neblina, y oía como vagos acordes resbalar por los aires. Cogió, pues, el papel con tanto temblor como si fuese de conspiración política ó trama criminal, y le ocultó ansiosamente en el seno para que nadie lo viese; después de eso, procuró aislarse, y cuando al fin se vió en sitio apartado, rompió la cubierta y leyó lo que sigue:

"Berta:

"Los ojos dicen más que las palabras; estoy cierto de que los míos habrán revelado mi secreto. Es usted un dechado tal de gracia y perfecciones, que es imposible conocerla sin amarla. No quiero ni puedo resistir á su dulce encanto, y vengo humilde á confesarle que mi corazón le pertenece, y que será para mí el día más hermoso de la vida, aquel en que usted me diga que me ama. En la imposibilidad de hallar ocasión para hablarle de mi afecto, me veo precisado á escribirle estas líneas, que aguardo sean recibidas con benevolencia. Sólo me resta suplicarle eche un vistazo á su corazón y me diga con lealtad lo que sienta para mí. ¿Me ama? Abramelo sin recelo, pues Dios bien sabe que soy sincero, y que mi destino está pendiente de sus labios.

"Lleno de impaciencia y de temor, aguarda su respuesta este su devoto y enamorado

Julio Grimm."

En medio del tumulto de sus arterias y de la vibración de sus nervios, pudo apenas Berta descifrar aquellos renglones; leyólos más con el alma que con los ojos, y, entretanto que iba imponiéndose de su dulce contenido, parecíale que hacían coro á las palabras trazadas sobre el papel,

todos los susurros de las brisas, todos los murmullos de las fuentes y todos los gorgeos de los pájaros en tierra y cielo. Y hubiera jurado que, mientras pasaba la vista por ellos, los mismos coros angélicos tañían sus arpas y laúdes allá arriba, y la creación entera exultaba rebosante de júbilo.

. . . .

Y sucedió por raro caso, que aquel mismo día no pudiese concurrir don Teodomiro á la clase de música, y hubiese ido Joaquín á reemplazarlo. Berta, por instinto de sinceridad, no hubiera querido encontrarse en aquella sazón con su antiguo amigo; pero sus deberes de alumna impusieron silencio á sus escrúpulos de lealtad, y tuvo que cantar una partitura acompañada por el joven. Hubiérase dicho que adivinaba éste cuanto pasaba por ella, pues se mostraba muy triste y desalentado, tanto, que se limitó á cumplir estrictamente su deber, aunque sin dejar de suspirar ni un momento, y cruzó muy pocas palabras con la huérfana. Pero Berta, con la penetración propia de la mujer, pudo observar que aquel silencio no era fruto de indiferencia ni desvío, sino antes bien de emoción contenida y recóndita, que en vano pugnaba por no traicionarse ni salir al rostro ni á los ojos. Pasada la lección, estando ya en pie Sandoval, y en los

momentos de cerrar el piano, murmuró éste al fin con voz insegura:

—Berta, acabo de hacer estos versos para tí; tómalos, son mi despedida.

Berta vaciló en recibirlos.

—Tómalos, digo. ¿No ves que son mi despedida? No volveré á importunarte.

Había tanta amargura en su acento y vacilaba tanto al hablar, que casi sollozaba; así que la joven, movida de piedad ante su dolor, los recibió en silencio, con esa gravedad compasiva con que se recoge la última palabra de un moribundo.

He aquí la poesía:

¡ADIOS!

¡Un sueño fué nomás.... Casto delirio
De inaccesible gloria,
Sol abortado de mi negra historia,
Pausa de un día en mi tenaz martirio.
¿A qué fingir un horizonte en calma
Cuando en la tempestad no hay luz ni puerto?
¿A qué buscar la sombra de una palma
Cuando sólo hay arena en el desierto?
Creí en tus dulces ojos,
Más bellos que los astros,
Hallar de amor los inefables rastros,
Y suplicante me postré de hinojos;
Y me entregué á soñar, y arrebatado
Por las alas de oro del anhelo,
Crucé cielo tras cielo,
Palpitante, feliz y deslumbrado.

¡Con qué ardor el espíritu se abisma
En la luz de soñada lontananza!
¡Cuán mágico es el prisma
Que al corazón ofrece la esperanza!

Oyeme, niña pura,
Sed de amor infinito me devora,
Y un caudal de ilusiones y ternura
Llevo en el corazón. Hora tras hora
He pasado esperando la llegada
De un ser que me comprenda y que me quiera,
Y me haga ver el cielo en su mirada,
Y acepte en oblación mi vida entera
¡Es tan hermoso amar y ser amado!
Es amor el espíritu fecundo
Que da luz, y calor, y vida al mundo,
Es la esencia inmortal del Increado.
¡Hace tan largo tiempo que me agito
En soledad cruel y tormentosa!
¡Hace tan largo tiempo que me acosa
Este afán infinito!....

Perdona, pues, si el alma delirante
A soñar se atrevió con tus amores,
Cual sueña en el desierto el caminante,
Con oásis, con fuentes y con flores.

¡Alma de arcángel, noble y soñadora,
Buscas un ideal en este suelo!
Una visión romántica del cielo
Ríe en tu mente con fulgor de aurora;
Vas en pos, afanosa, por la vida,
De una sombra querida,
De un ser que corresponda á tu esperanza,
Y, absorta en la visión de lontananza,

Exploras con empeño
Del horizonte el insondable arcano,
Creyendo ver en el confín lejano
Surgir el'astro en tu dulce sueño.

¡Yo no soy ese ser que tu alma crea;
Mi frente no rodea
La luz de tus ensueños misteriosos!
Mas tú sí eres, Berta, la radiosa
Visión de amor, que me enseñó el suspiro:
¡Te reconozco por tus regias galas!
Eres el ángel de ĩmpalpables alas
Que trae del cielo en impalpable giro,
Dicha ideal en cáliz de zafiro....
Mas te imploro sediento de tu encanto,
Y de mi lado sin piedad te alejas,
Y á tu paso triunfal en mi alma dejas
Un reguero de luz y otro de llanto.

¡Tienes razón!.... Tan sólo mi locura
Pudo hacerme alentar delirio tanto,
Pues tu regia hermosura
Para el triunfo nacida,
Unir no puede su radiosa historia
A la doliente historia de mi vida.
Yo guardo en la memoria
Un recuerdo profundo de quebranto,
Y en mi pecho se oculta un mar de llanto.
¡Apártate de mí! Quizá tus ojos
Con espanto me ven, y tu alma siente
Un secreto terror, viendo en mi frente
La triste cicatriz de los abrojos.

¡Separémonos, pues!.... Sigue el camino
De alegres flores y verdor cubierto

Que te marca el destino,
Mientras yo, la ilusión desvanecida,
Vuelvo al triste desierto
De soledad, silencio y amargura
Donde se arrastra mi cansada vida.

Pero ¡oye!.... En mi profundo desconsuelo,
Aun el labio, de amor frases murmura:
No habrá ya de buscarte la mirada
Que oscurecen las lágrimas y el duelo;
Por siempre callará mi queja tierna;
Mas tu memoria, siempre idolatrada,
De mi vida será sonrisa eterna.

Podrás no amarme tú, podrás, ingrata,
Mi ternura pagar con odio impío,
Mas no lograr que el corazón no lata
Por tus amores en el pecho mío.
Del alma triste que por tí suspira,
Vuelan á tí las ansias amorosas,
Cual de la llama á la quemante pira
A consumirse van las mariposas.

En mi desolación nada te pido,
Ni imploro lastimera recompensa:
¡Ojalá el cielo en su piedad inmensa
Me libre del naufragio de tu olvido!

JOAQUÍN SANDOVAL."

Por menos que Berta se sintiese inclinada á favor de Joaquín, y por más henchido que tuviese el corazón de otras simpatías y otros afectos, nó pudo menos de leer con viva y melancólica emoción

aquella poesía; pues fuese cual fuese su mérito literario, expresaba sentimientos hondos, basados en hechos reales, que ella conocía, y estaba impregnada de un sentido tal de verdad y tristeza, que se le metía por el corazón sin poderlo remediar, y casi le hacía saltar las lágrimas de los ojos. Como piadosa y buena que era, pensó con pesadumbre, que aquella alma triste y solitaria volvía á ella los ojos en demanda de auxilio, como náufrago que se agarra á una tabla en el tumulto de las olas; que en sus manos tenía la suerte de aquel desventurado; que Dios le había conferido el poder temeroso de cambiar el destino de aquella existencia; y que podía llevar, si quería, la luz á un cielo ensombrecido por el dolor y la sonrisa á un rostro inundado por las lágrimas. Con lástima mezclada de remordimiento se preguntaba qué había hecho de aquella vida, cuya suerte pendía de su voluntad, y se respondía que, en vez de dolerse de sus quejas, había aumentado su martirio cerrando el corazón á toda piedad para ella, y pronunciando la sentencia dantesca: "¡renunciad á toda esperanza!" Bajo reflexiones tan penosas, mirábase á sí misma como verdugo de su antiguo compañero de infancia, como salvaje sin entrañas, que respondía á la voz del desvalido, rematándole con el hacha ó con la daga. Pero ¿cómo dominar los impulsos del corazón?

¿Cómo querer á quien no quería, y dejar de amar á quien amaba? No era bastante poderosa para ello y, supuesto que el estado de su mente dependía de una fuerza oculta superior á su voluntad, que la dominaba, no debía considerarse responsable de cuanto iba pasando, por más que lo deplorase, ni atormentase con aquellas ideas desgarradoras. Por otra parte, Joaquín era poeta; y como tal, visionario é hiperbólico: acaso no era tan infeliz como lo cantaba, ni estaba tan dominado por el amor como lo decía. Aquella esperanza sonreía para ella en el fondo de su pecho, la de no ser muy amada; y experimentaba íntimo júbilo al pensar que el joven pudiese olvidarla y amar á quien le quisiese, y ser feliz sin ella.

El efecto causado por la poesía de Joaquín, después de la carta de Grimm, fué para ella profundamente perturbador, pues vino á empañar el esplendor de un sentimiento grato, con otro aflictivo y doloroso. Aquella queja habíale echado casi á perder el júbilo de la declaración de Julio; mas, persuadida de que la situación era irremediable, se entregó sin reserva, y al cabo de mucho cavilar, al encanto de su naciente amor, después de haber guardado los versos de Joaquín en el fondo de su pobre cofre, con la doliente melancolía con que se conservan las reliquias de un condenado á muerte. Después de eso, leyó y

releyó la carta de Grimm, y la guardó oculta en el seno, debajo del corpiño, á fin de traerla siempre consigo, sacarla del escondite de cuando en cuando y tocarla á todas horas, para desengañarse de que era cosa real y verdadera, y no fantástica ni soñada.

* * *

Paulina, entretanto, traía vueltos locos, lo que se llama locos, á Gustavo y Prudenciano. Este último, mal aconsejado por el orgullo, había comenzado la aventura pensando que Paulina, deslumbrada por su posición, iba á jurarle pleitesía, como era su deber (lo mismo que el de todas las mujeres), pues pensaba de sí, como el sabio y poco modesto rey don Alfonso:

"Yo soy don Alfonso, el rey de Castilla,
Emperador de Alemaña que foé,
Aquel á quien reyes besaban el pie,
E reinas pedían limosna e mancilla."

Pero ella, en lugar de arrodillarse ante su magnificencia pidiendo limosna y mancilla, había tomado sus amores á la chirigota, le había tratado como á un bendito, y, aunque había sabido mirarle y aun sonreírle de un modo enloquecedor, lo había hecho con ciertas puntas y ribetes de chunga, que le tenían hondamente lastimado. ¿Cómo era posible que él, Prudenciano, famoso conquistador y atormentador de

corazones, se viese mofado y escarnecido por una criatura tan secundaria y dejada de la mano de Dios?

Le parecía aquello un perfecto absurdo, y seguía pensando que un día ú otro aparecería la verdad de una adoración sincera y humilde, bajo los velos engañadores de aquel aparente desvío. En todo caso, como estaba empeñada la honra del pabellón, ya que había puesto mano á la empresa, debía concluirla con gloria; y supuesto que tenía las gavetas de su armario repletas de cartas amorosas, retratos con tiernas dedicatorias, mechoncitos de pelo, listones y flores secas, debía enriquecer aquella urna de sus recuerdos, con los exvotos humildes de la pobre asilada, á quien hacía la honra de ver con ojos blandos y sentimentales.

Pero el hecho era que, por más esfuerzos que hacía, pasos que daba y actitudes románticas que asumía, el corazón de Paulina permanecía inaccesible para él; de donde nació que, interesado su amor propio, fuese comprometiéndose más y más en aquella aventura, hasta darle la forma de un capricho verdadero y serio del corazón. Era mucha mujer Paulina para aquel joven frívolo y deschavetado. Inteligente, guapa, graciosísima y sin pizca de melindres ni escrúpulos, unía al atractivo de la belleza el picante cebo de la milicia y de irresistibles sutilezas y hechizos, que siem-

pre tenía á mano, por arcanas y misteriosas predisposiciones de su naturaleza. Así, al presentarse la primera ocasión de poner á prueba sus recursos de hembra guapa, había resultado doctora y maestra en aquellas intrincadísimas artes, como suelen nadar los patos desde el momento en que caen en el agua, sin necesidad de que nadie les enseñe á mover los remos. Para enredar y oprimir más y más á Prudenciano con los hilos sutiles de su astucia, había empleado un juego tal de miradas enloquecedoras, sonrisas, mohines y vaivenes de tira y afloja, que la misma Princesa de los Ursinos, á los cincuenta años de galanterías, hubiera podido tomarla por espejo y modelo de doblez, astucia y habilidad. Prudenciano, pues, vivía como quemado á fuego lento, como sumergido en un baño de María, que le abrasaba y reblandecía al mismo tiempo los sesos y el corazón. Ya exasperado y fuera de quicio, había perdido toda compostura y se había entregado á soñar con Paulina como con un ideal, como con la dicha única y suprema; y á la hora menos pensada, se había sorprendido á sí mismo, furiosamente prendido en las redes que había desplegado y tendido para coger aquel pececillo, como resultó Amán colgado de la horca misma que había preparado para Mardoqueo.

Paulina lo observaba todo con sonrisa

burlona y corazón frío, y, en tanto que el joven le escribía cartas volcánicas y le mandaba flores, botes de esencias, cucuruchos de dulces y otras finezas por cuantos conductos podía, no soltaba ella prenda escrita que pudiese comprometerla, á fin de conservar libre la voluntad y sin ataduras la risa para caso ofrecido.

Sobre la pista de tales sucesos andaba ya doña Anastasia, quien no cabía en sí de rabia, al pensar que su hijo se rebajase hasta el punto de manifestar interés por una hospiciana. Y aquel tema, unido á la ligereza de Prudenciano y á su desordenada manera de vivir, había ido á atizar los disgustos y altercados que tenían constantemente madre é hijo; y como Consuelo y Socorro terciaban en ellos con lengua agresiva, había acabado su casa por convertirse en olla de grillos, hervidero de pasioncillas y babel de gritos y manoteos.

Y no era eso lo peor, sino que Schultze, según noticias fidedignas que se tenían, se había consagrado también á cortejar á Paulina; lo que significaba que los bonos de Socorro andaban por el suelo en su corazón. Era público y notorio que el alemán solía rondar por el Hospicio, probablemente con la esperanza de ver á su adorado tormento asomada á alguna de las altas ventanas del edificio, ó inclinada sobre la barda de la azotea; y aun había

quien asegurase haberle visto no pocas noches hablando con la huérfana por alguna de aquellas troneras ó claraboyas, como caballero cristiano con mora cautiva de califa celoso y enamorado.

Schultze en efecto, sin asomos de los escrúpulos de Grimm, á pesar de hallarse con Socorro en circunstancias análogas á las de su amigo con Berta, había emprendido una verdadera campaña para conquistar el corazón de Paulina, á cuyas manos había hecho llegar repetidas cartas; pero de él, según se sabía, no se burlaba aquélla, como de Prudenciano, si bien, no por eso dejaba de quemarle la sangre con una porción de sospechas y temores, basados en esquiveces, coqueterías y ligerezas. Sencillo y cándido como buen hijo del Norte, hubiera sido dichosísimo, á haber puesto los ojos en joven cariñosa y tranquila; pero como se había dejado seducir por una sirena engañadora, sin conciencia ni corazón, él mismo no sabía por dónde iba, ni en qué escollos ó arrecifes iría derecho á estrellarse. A decir verdad, sentía la joven alguna inclinación á favor de Gustavo, y le quería cuanto le era posible querer, que no era mucho; pero su índole falsa y retrechera se sobreponía á todo, y á lo mejor se olvidaba de Schultze, y se ponía á sonreír con el militar por su traje, con el abogado por su sombrero de seda ó con

el seminarista por sus hermosos ojos. Gustavo, entretanto, iba palideciendo y adelgazando, porque aquel régimen desgrasador era más rápido y eficaz en sus efectos, que la misteriosa tiroidina.

Había influído poderosamente en el ánimo travieso de Paulina, para inducirla á conquistar á la vez los homenajes de Prudenciano y los de Schultze, el maligno deseo de molestar á las "de" Dena, cuyo menosprecio y desaires no podía ni quería olvidar. Era para ella una satisfacción de gran monta, la de mirar á sus pies suplicante y rendido, al hijo de aquella dama encopetada, en cuyos ojos había visto retratados el desdén más insolente y la altivez más injuriosa la mañana del concierto, y tanto era así, que, á ratos, se consideraba capaz hasta de casarse con Prudenciano, sólo por hacer rabiar á su futura suegra y á sus futuras cuñadas.

Su conducta doble y falaz, y la persuasión que abrigaba de que sor Ignacia y las otras religiosas reprobarían cuanto iba haciendo, y aun la increparían duramente por ello, la indujeron á no confiar á alma viviente las urdidumbres que tejía; si bien no pudo evitar que Berta lo adivinase todo y la censurase, aunque cariñosamente, por ello.

Berta, por su parte, había juzgado prudente consultar con sor Ignacia sus personales asuntos; por lo que, después de

algunos días de vacilación, mostró á la superiora la carta que había recibido del alemán, pidiéndole consejo sobre lo que debería hacer y contestar. La religiosa quedó complacida de su proceder, y, habiendo recibido de la joven la sencilla y cándida confesión de su inclinación hacia Grimm, opinó contestase á éste en términos indecisos, tanto para no parecer ansiosa de aceptar desde luego lo que se le ofrecía, como para disponer de algún tiempo de recogimiento y reflexión. En consecuencia, quedó establecida, con acuerdo de la madre, una correspondencia epistolar entre Julio y Berta, que pasaba por los ojos de sor Ignacia.

V

Ancianos y mendigos

Iba Berta todos los días por la tarde á visitar á los mendigos, cuya sociedad le era muy grata. Ocupaban éstos uno de los departamentos más vastos del Hospicio, formado por enorme patio rectangular, embaldosado con grandes y lisas canterías y costeado por elevados portales. En el vasto espacio intermedio, había banquetas de piedra diseminadas de trecho en trecho, para comodidad y descan-

so de los asilados, y en el centro, una fuente de gran capacidad, alimentada por un surtidor de potente chorro, que saltaba varios metros por la atmósfera, y divertía á los desvalidos con los brillantes reflejos y matizados cambiantes de su puro cristal. Terminadas las distribuciones del día, salía la multitud abigarrada á vagar por el espacioso recinto, y hormigueaba por donde quiera paseando lenta y trabajosamente, aglomerándose en círculo en torno de la fuente, formando grupos en las banquetas ó echada por el suelo. Era aquel un mundo de miserables de todas edades y matices, que causaba tristeza: mujeres de rostro marchito y ojos llorosos, encorvadas y apoyadas en nudosos bordones, hombres de larga barba, canosa y revuelta, apenas capaces de sostenerse, niños deformes, de cuadriles desencajados y pies torcidos, ciegos de paso incierto y ojos sin pupilas ó de cuencas vacías y siniestras: un enjambre de seres abortados, vacilantes, inútiles, harapos humanos, el desecho social que no sirve para nada, desde el punto de vista del egoísmo, y es una carga para los brazos válidos y laboriosos.

La hermana consagrada á cuidar aquel departamento, se llamaba sor Agueda. Era alta, pálida y á tal extremo flaca, que parecía que al andar, iba á escurrírsele el hábito por las caderas, tan flojo así le

iba. Su rostro marchito, largo y estrecho, hacía una extraña impresión, visto de frente; y parecía maravilloso que en aquella latitud tan ténue, hubiesen cabido los pequeños ojillos, la delgadísima nariz y la boca casi imperceptible. Mas era tal su dulzura, y tan suave el acento que salía de sus descoloridos labios, que, aunque la primera impresión que producía era casi la del espanto, bien pronto se tornaba en atracción y simpatía.

Corría fama sor Agueda de ser profundamente ascética, y se aseguraba que vivía sujeta á abstinencias y penitencias extraordinarias. Comía tan poco, que parecía increíble pudiese sostener la vida, y por las noches casi no dormía, por entregarse á la oración. Las hermanas de sueño ligero, aseguraban que, á poco de haberse recogido, volvía á levantarse para ponerse de rodillas y continuar rezando. Sin duda por eso se había debilitado su organismo antes de tiempo, y estaba convertida en una anciana, á pesar de que apenas pasaría de los cuarenta años.

No solamente cuidaba á los mendigos, sino que los quería con ternura. Nunca se enfadaba con ellos, les hablaba con invariable afabilidad y tenía la mayor tolerancia para sus faltas y defectos; y lo más notable de todo era, que parecía no sentir repugnancia hacia aquella pobre gente, á pesar de ser pulcrísima de suyo la religio-

sa, y limpia como una gota de agua; y cuenta que había individuos en el departamento, que hubieran causado ascos al marino de estómago más resistente. La hermana misma, con sus diáfanas y huesudas manos, peinaba cabezas desgreñadas, lavaba manos inmundas, acariciaba mejillas terrosas y abrazaba cuerpos pestilentes; pues, aunque según el régimen del establecimiento, tenían las hermanas particular cuidado con la higiene de los asilados, éstos, por hábito ó flaquezas del organismo, se daban maña para contrariar las pragmáticas del aseo y del bien parecer, y ó no se lavaban ni cambiaban de ropas, ó á poco de lavados y vestidos de limpio, estaban tan sucios y destrozados como Job en el estercolero.

En justa compensación á tanto cariño y desvelo, era sor Agueda tiernamente amada por aquel pueblo doliente, y á su paso al través del melancólico departamento, era recibida con sonrisas amables, cordiales salutaciones y bendiciones fervorosas. Y como la religiosa, por otra parte, gozaba de veras con la sociedad de los infelices, permanecía entre ellos cuanto podía, ayudando á andar á los cojos, prestando apoyo á los ancianos, guiando á los ciegos y hablando cariñosamente con todos. Era su mayor gozo celebrar sesiones vespertinas con sus protegidos á la caída de la tarde, cuando el sol occiduo

proyectaba larga y parda sombra sobre el embaldosado. Entónces, sentada en una de aquellas banquetas y rodeada por el pobre auditorio, hablaba de Dios, de las miserias de la vida, de las bellezas de la gloria, de la significación que tenían los trabajos humanos y de las recompensas que guarda el Criador á los que sufren la prueba con resignación y mansedumbre.

—Dios Nuestro Señor, hijos míos, decíales la buena madre, no fué amigo de los ricos ni de los poderosos, sino de los pobres y pequeños; para ellos guardó sus enseñanzas y su amor. El pobre es predilecto de Dios; y el mismo Salvador, á su paso por el mundo, quiso profesar la pobreza. A los paralíticos, á los ciegos, á los leprosos, los estrechó contra el seno, y los libró de sus dolencias con sólo que creyesen en El, lo confesasen é invocasen su santo nombre. El nos ha enseñado que las riquezas son carga pesada, que hace tropezar y caer á las almas débiles, y que es difícil para los dichosos de la tierra entrar en el reino de los cielos; mientras en sus bienaventuranzas nos ha dejado clara y hermosa promesa de que todos los que sufren por El, han de estar con El en el Paraíso. "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados;" lo que quiere decir que la tristeza y el dolor son una mística preparación para el cielo. Tengan ustedes confianza en la misericordia

divina, hijos míos, porque ella, que ha visto vuestros sufrimientos durante la existencia, sabrá volvéroslos felicidad y alegría después de la muerte; lo que importa es amarle y servirle. La vida es breve y se nos escapa con la respiración á cada momento; á la hora menos pensada, llega la muerte y nos arrebata del placer ó del dolor, y más allá del sepulcro comienza la verdadera vida..... La vida es la noche, oscura y triste, llena de terrores y fantasmas; y la muerte es como el amanecer, cuando sale el sol por el Oriente y con su luz todo lo ilumina y llena de vida. Nuestro Señor es el Sol de la eternidad que han de ver nuestros ojos.

Los menesterosos, que vivían pendientes de sus labios, oían su palabra como blanda música, bajada de lo alto, y, por más obtusas que fuesen sus inteligencias, y por más cerrada que fuese su ignorancia, percibían en el fondo de la conciencia el influjo de su predicación, como rayo de luz ténue y risueño que acariciaba sus dolientes espíritus. Aquellas humilías terminaban al caer el crepúsculo, cuando el sol se ocultaba á lo lejos, y comenzaba la sombra, luchando con las postreras luces del día, á extender su melancólico velo sobre las cosas; cuando los pajarillos volvían de sus excursiones aéreas, á las copas de los árboles ó á las cornisas del patio para refugiarse en los nidos, piando melancólica-

mente, y cuando las campanas de Fópoli, que parecen un armonioso carillón, despertaban en el alma sentimientos místicos de adoración y de plegaria. En medio de aquel conjunto de bellezas ópticas y solemnidades acústicas, el grupo conmovedor de infelices envangelizados por la monja pálida, parecía una resurrección de antiguos y olvidados cuadros; parecía evocación de aquellos tiempos heróicos en que el Evangelio del Nazareno comenzó á cundir entre el pueblo indigente, y era infiltrado en el espíritu de las muchedumbres, por todos los creyentes convertidos en apóstoles.

Berta acompañaba á sor Agueda en aquellos santos empeños, y permanecía á su lado tan embelesada como los más míseros, al encanto de su palabra y á la vibración de su acento, que parecían de otros mundos; y era tal la impresión que aquélla y éstos le producían, que se imaginaba á las veces, que la monja extenuada y casi diáfana, era una alma incorpórea, envuelta en sutil periespíritu y bajada á la tierra con misión de cosechar corazones para altos destinos y castos é infinitos amores.

La caridad de Berta se repartía también como pan bendito entre aquellos infelices á quienes prestaba todo género de servicios y mostraba toda suerte de atenciones. Hagamos rápida mención á este propósi-

to, de algunas de las principales figuras de aquel triste departamento, para conocer á los protegidos de la joven.

Doña Dorotea López era una anciana de pasados setenta años, pequeñita de estatura, blanca de color, delgada y desmedrada de carnes, de facciones finas y de notable calvicie en la parte alta de la frente. Procedente de familia acomodada, se había desposado cuando joven, con un militar de nombradía, que llegó á ser comandante de las armas en Fópoli, por lo que la señora López había ocupado en tiempos antiguos un lugar visible y prominente en la ciudad. Todavía recordaban los más viejos, haberla visto en teatros y saraos, bien vestida y alhajada, rodeada de amigos y aduladores, figurando siempre en primer término; y parecía imposible que ella, que había sido tan guapa festejada en sus buenos tiempos, hubiese ido á parar, cuando vieja, á un asilo de mendigos para no morirse de hambre. Era que doña Dorotea había perdido uno á uno todos los miembros de su familia, y que, como nunca había tenido hijos, ni fortuna, juntamente con la soledad, había ido cayendo gradualmente en la pobreza y en la miseria. Y como era demasiado orgullosa y delicada para pesar sobre nadie, ó pedir favores á sus antiguos conocimientos, había preferido acogerse lisa y llanamente á la caridad pública, á pedir

prestado, recibir desaires y ser gravosa á persona alguna.

Por de contado que sor Ignacia, desde el punto y hora en que tuvo conocimiento de su historia y desdichas, se interesó vivamente por ella y le brindó acogida cariñosa en el Hospicio; y para que la reclusión y la nueva existencia en que iba á entrar, no le fuesen demasiado penosas, le proporcionó un cuartito independiente y aseado, en soleado y alegre pasadizo, el cual aposento, aunque pequeño, podía servir para cómodo alojamiento de una persona sola. Ahí colocó doña Dorotea los muebles que pudo escapar del naufragio: una cama de latón, un ropero de cedro, un buró, una mesa de estorbo, un canapé, algunas sillas de caoba y algunos objetos de ornato; y así quedó, en cuanto fué hacedero, bastante bien instalada. Era tan hacendosa y tenía tan buen gusto para todo, que daba placer mirar su cuartito siempre limpio, arreglado y oloroso, como de niña alegre y llena de ilusiones. Nunca faltaban flores en búcaros de porcelana sobre su mesa, ni cuadritos por las paredes, ni listones de adorno en las repisas ó en el respaldo de sus sillas. Aparte de eso, peinaba la buena señora con particular esmero el pelo escaso y blanco como la nieve, dividiéndolo hacia los parietales en bandas lisas y onduladas, que le bajaban hasta la mitad de la oreja; y,

asegurando en la nuca el poco abultado moño, trababa en él los finos y largos dientes de una alta peineta de carey con incrustaciones de oro, que había conservado. Sus trajes, siempre limpios y bien planchados, eran de forma antigua é iban sujetos á la cintura con bandas de la misma tela del talle; y llevaba falda corta, manga estrecha y abierto el corpiño en ángulo agudo sobre el pecho. Para ocultar el escote, á que fueron tan dadas nuestras abuelas, cruzaba sobre el seno grandes pañuelos de seda de colores vivos, y para sujetar las dos partes sobrepuestas, hacía uso de un enorme fistol de oro, de gruesa y redonda cabeza. Una de las debilidades de que no había podido despojarse la buena señora, era la del calzado. En su tiempo, hombres y mujeres fijaban especial atención en el tamaño del pie y en la elegancia del zapato; y ella, que se las daba de tener muy finos y pequeños los apéndices inferiores, procuraba calzarlos lo mejor que la pobreza se lo permitía. El poco peso que le habían dejado los años, y la vida sedentaria que llevaba, le ayudaban, por fortuna, á mantener en brillante estado de servicio los elegantes chapines de antaño, y ciertas medias de seda calada y "de patente," que formaban todo su orgullo; por lo que le era permitido continuar llamando la atención hacia la belleza de aquellas sus extremidades tan finas y bien modeladas. Y como se

daba cuenta de todo ello, estaba hecha á la costumbre de acomodar, al sentarse, de tal modo la falda, que diese paso á los piececitos diminutos, que solía cruzar uno sobre otro para dejar ver su pequeñez infantil, y lucir así el empeine elevado y el arqueado hueco, perfectamente revelados al través de la malla finísima de la media, y del satinado zapato de color de perla con suela apenas maculada por el polvo del pavimento.

Paulina y Virginia buscaban mucho la compañía de aquella amable anciana, porque conservaba de su antigua historia una gran finura de maneras, un tacto exquisito, y una excesiva y aristocrática delicadeza; y como unía á todo eso una inteligencia nada común y una experiencia bien aprovechada, podía ser considerada como una ninfa Egeria de gran utilidad y valor. Desde que descubrieron aquel tesoro, acostumbraban ir, siempre que podían, á charlar con ella, y pasaban largas horas haciéndole confidencias ú oyendo el relato de tantas cosas y personas como ella había visto; pues era como libro docto y bien nutrido para quien sabía hojearlo y revolverlo. Tenía, además, la ventaja de que conservaba muy buenas relaciones sociales, y como salía á la calle cuando quería, era excelente para tomar y dar informes de cuanto se había menester. Para festejarla y manifestarle cariño, so-

lían Berta y Virginia regalarla con sus cantos al son de la guitarra; y la señora se ponía triste y pensativa al escucharlos, recordando cosas viejas é idas, porque no hay nada que avive tanto las memorias del pasado, como el blando acento de la música.

Don Sabas Machain era un notario decrépito que, no pudiendo trabajar, había sido internado en el asilo por sus amigos, ya que sus hijos, mocetones robustos que se ganaban buenos sueldos en el comercio, no se dolían de él, y le dejaban perecer de hambre y miseria en humilde cuartucho. Don Sabas tenía la razón cabal, aunque su cuerpo se negara casi á sostenerle; así que llevaba clavado en el corazón el dardo cruelísimo de la ingratitud de sus hijos. En eso pensaba día y noche, y no tenía más conversación que la de ellos.

—¡Ingratos! decía con acento trémulo, ¿por qué me abandonan? ¿No saben que me deben la vida?

Y lloraba como un niño al hablar de su desventura. Berta le había cobrado interés precisamente por eso.

El más desdichado de todos los ancianos predilectos de Berta, era don Lino Torres. Nadie sabía lo que había sido en sus buenos tiempos, ni de dónde había venido; sólo se conocía su nombre, por haberlo llevado escrito en un papel mugriento, que fué hallado en una de sus

faltriqueras, cuando ingresó en el asilo. Era alto y robusto, y cuando no le había atacado todavía la terrible enfermedad de que adolecía, debió haber sido guapo y de buen ver; pero ahora, aquella misma robustez inútil y aquella estatura encorvada, causaban, por el contraste, más pena que admiración. Una congestión le había puesto en aquel estado, pues derramada la sangre en la masa encefálica, había interesado ciertas partes del cerebro, que gobernaban y presidían el movimiento de la mitad derecha del cuerpo, produciendo en ella la consiguiente parálisis. Su organismo todo, por ese lado, andaba desquiciado y contraído: sesgo el rostro, oblícuo un ojo y caídas una de las ventanillas de la nariz y una de las comisuras de la boca. El brazo diestro, siempre en cabestrillo y recogido en ángulo agudo sobre el pecho, dejaba flotar la mano inerte y floja sobre el pecho, como inútil y lacio harapo, mientras la pierna correspondiente, muerta y sin gobierno, iba á remolque de la sana, con el pie caído y descoyuntado, raspando el suelo con la punta del zapato. Aparte de eso, aquel robusto valetudinario había quedado totalmente afásico, aunque oía bien y parecía haber conservado la razón, porque obedecía en cuanto se le ordenaba y tenía la mirada lúcida. Era penoso observar los esfuerzos que hacía por darse á comprender,

agitando nerviosamente la mano válida, produciendo sonidos broncos é inarticulados con la boca y haciendo torpes y desesperados visajes. Lo más penoso para él, era que la atonía de su esófago, le ponía en peligro de ahogarse cada vez que comía, por lo que era preciso ponerle los alimentos en la boca con suma cautela, como á niño recién nacido. De ese ministerio se encargaban las hermanas, y muy especialmente sor Ignacia, quien solía acudir á su lado á la hora del refectorio para alimentarle por su misma mano.

—Venga acá el viejo, le decía blandiendo la cuchara; vamos á ver si aprende á comer.

Los ojos de don Lino chispeaban de gratitud al ver á la madre, y brotaban de su garganta gemidos desgarradores, que querían ser palabras. La superiora comprendía su significado, y seguía diciendo:

—No hay que fatigarse, don Lino; la cosa no es para tanto.

Nunca faltaba tampoco á esa hora, cerca de la religiosa, el pobre muchacho Atenójenes, que corría á saludarla en cuanto la columbraba. Era idiota, de frente abultada, pómulos como puños, boca en forma de pico y mandíbula inferior deprimida y minúscula. No tendría más de catorce años, y aunque imbécil, sentía, sin duda, la necesidad del abrigo materno, porque al ver á la superiora, se le acercaba con mi-

mo, y se daba á gritar con voz fuerte y sin descanso, como máquina descompuesta:

—¡Mamá!.... ¡mamá!.... ¡mamá!...

No sabía decir más que eso. Para pedir lo que deseaba ó contestar lo que le era preguntado, para quejarse de cualquier dolor ó manifestar alegría, y para desahogar su cólera ó dar á conocer su regocijo, no tenía más frase que aquella: ¡mamá!" "¡mamá!".... y siempre "!mamá!"

Berta y Virginia eran el solaz y la alegría de aquellas pobres gentes. Sistemáticamente, al comenzar y al concluir la distribución de la tarde, se acercaban á don Lino y don Sabas para saludarlos y charlar un rato con ellos.

A don Sabas solía decirle Berta cariñosamente:

—¡Ea! don Sabas, no hay que darse á la pena, piense que á nadie le falta Dios, y que hasta en los mayores sufrimientos aparece manifiesta su misericordia..... Aquí nos tiene á Virginia y á mí resueltas, si usted nos lo permite, á llenar el hueco de sus hijos en cuanto sea posible.... aunque indignas.

—No diga usted eso, niña, replicaba el anciano; mis hijos son tan ingratos, que no sirven ni para descalzar á ustedes.

—Siendo así, proseguía Berta, ¿quiere usted ser nuestro padre?.... Virginia y

yo, que no conocimos al nuestro, le darémos ese nombre, si nos lo permite.

—De mil amores, contestaba el notario enternecido.

—Pero ha de ser con una condición, proseguía Berta.

—La que usted guste.

—Que usted también ha de decirnos hijas.

—Arreglados, replicaba don Sabas un tanto olvidado de sus negras ideas; con mucho gusto, hijas mías.

—Gracias, papá, continuaba Virginia.

—Y ahora, seguía diciendo alegremente la primera ¿no quiere usted que le cantemos alguna cancioncita para que se le vaya la tristeza? Recuerde que cuando el rey Saúl estaba dominado por ella, pulsaba David el arpa y lograba desvanecérsela, como el toque de la campana bendita aleja las negras nubes.

—Si ustedes me hacen el favor, tendré especial complacencia en oírlas.

—¿Dónde me siento? preguntaba Virginia. En pie no puedo tocar á gusto, necesito sentarme.

—Vamos al patio, decía don Sabas, ahí hay buenas banquetas.

Y el grupo se dirigía á ese lugar y se acomodaba en alguno de aquellos duros y toscos asientos.

—¿Qué quiere usted que le cante, papá? Preguntaba Virginia, volviendo hacia el

anciano cariñosamente el rostro de ojos inmóviles.

—Lo que usted guste, respondía don Sabas: todo su repertorio.

—Ninguna cosa triste, Virgen, replicaba Berta: ahora no estamos para tafetanes, como la Magdalena.

—En ese caso, será algo juguetón y chancero.

—Eso es. ¿Qué dice, usted, papá?

—Ya les dije, hijas mías, que me pongo enteramente en sus manos.

—Pues será, "El Murciélago." ¿qué le parece? interrogaba Virginia.

—Excelente, contestaba el notario.

—Pues allá va, continuaba la ciega.

Y después de registrar la guitarra para cerciorarse de su afinación, y de torcer algunas clavijas para restirar las cuerdas flojas, cantaba con graciosísima voz y salada gesticulación en el semblante:

"En noche lóbrega
Galán incógnito
Las calles céntricas
Atravesó,
Y bajo rústica
Ventana gótica,
Pulsó la cítara
Y así cantó:

"Morena, ábreme
La alcoba mística,
Que ni los pájaros
Lo sentirán:

Está la atmósfera
Vertiendo lágrimas,
Y sopla un ábrego
Que hace temblar.

La bella sílfide
Que oyó aquel cántico,
Entre las sábanas
Se acurrucó;
Y dijo: "¡Cáscaras!
Ese murciélago
Canta muy lánguido....
No le abro yo!"

—¡Bravo! ¡bravo! gritaba don Sabas entusiasmado con la gracia de la canción y el acento de la artista. ¡Bravo! ¡bravísimo!.... Ya me figuro la escena!.... Hasta me dan ganas de estornudar.

—Y acaso, decía Berta con malicia, le recuerde algunas de ese mismo género en que haya figurado usted mismo con embozo hasta los ojos, sombrero de anchas alas y guitarra en la mano.

—Bien puede ser, respondía don Sabas con aire misterioso, bien puede ser..... Sólo que de eso hace ya muchos años.

—¿Como cuantos? preguntaba Virginia.

—Bien hará el doble de la edad de ustedes dos.... Como sus edades sumadas: unos cuarenta años.

—¿Cómo se llamaba "ella?" saltaba Berta.

—¡Curiosillas! exclamaba don Sabas

riendo de buena gana y libre por un instante de sus penas. ¡Dejaran de ser hijas de Eva!

—Sí, papá, replicaban en coro las dos amigas; pero ahora nos lo va usted á contar.

—Bueno, ya que ustedes lo quieren, van á saberlo.

Pero como al rasgueo de la guitarra y al halago del dulce canto, iban saliendo por todas las puertas de los dormitorios y arcos del corredor los cuitados habitantes del departamento, no le era dable á don Sabas entrar en materia, á pesar de sentirse ya muy lanzado; y decía con voz recatada:

—Viene gente; ahora no podrá ser.

—Pero ¿nos promete contárnoslo otra ocasión? interrogaban las jóvenes.

—Lo prometo.

—¿Palabra?

—Palabra y fe de notario, concluía don Sabas (que no logró nunca acabar de referir su aventura), con la solemne gravedad de un tabelión engreído con sus títulos.

Y como la muchedumbre se aglomeraba en torno de la banqueta pidiendo canto y guitarra, no había más remedio que darle gusto; así que la ciega con el mejor talante del mundo, soltaba el trapo á la garganta y á la mano, espigando aquí y allá en su abundante repertorio; y mien-

tras cantaba, no la perdía de vista José, que era el primero en acudir al reclamo de la música. Y como Virginia, aunque no le miraba, le sentía cerca, se dirigía á él invariablemente al concluir cada canción, diciéndole:

—¿Qué te parece ésta, José? ¿Te gusta? ¿ó prefieres otra?

—Todas las que cantas me agradan, ya lo sabes; pues lo que me encanta es tu voz. contestaba el carpintero. Sigue, sigue cantando.

Virginia sonreía satisfecha al oirle, y continuaba gorgeando por largo tiempo como una avecilla del bosque.

VI

El "Stabat Mater"

Quiso celebrar sor Ignacia el Viernes de Dolores del siguiente año con una solemne función nocturna, en la cual tomasen parte los más aventajados alumnos y alumnas del establecimiento, tanto con fines religiosos como para acreditar la buena enseñanza del Hospicio. Consultado sobre el particular don Teodomiro, opinó debía cantarse el "Stabat Mater" de Rossini, por ser pieza perfectamente adecuada al día, sumamente hermosa, y

susceptible de gran desarrollo vocal é instrumental; por lo que la superiora, aceptando la indicación, dió luego traza á ponerla por obra.

Como la partitura requiere, amén del coro, dos sopranos, un tenor y un bajo, dispuso don Teodomiro que dos pianos y una orquesta numerosa sirviesen á las voces de apoyo y acompañamiento; de lo cual resultó un mundo de menesteres y exigencias de tal modo complicado, que para dar fin y remate á tan vasto proyecto, fué preciso echar mano de todos los elementos artísticos conocidos en Fópoli, tanto en la línea de cantantes como en la de músicos. Gómez y Pérez tomó por su cuenta asegurar la cooperación de los cantantes varones y los instrumentistas más acreditados del lugar, y sor Ignacia, apelando á sus buenas relaciones sociales y á las discípulas más distinguidas del Colegio, antiguas ó modernas, echó sobre sí el compromiso de procurar buenas cantantes. Para llevar á feliz término lo ofrecido, pasó recado la madre á varias jóvenes ex-alumnas del Hospicio, rogándoles se sirviesen tomar parte en la fiesta, y entre otras, á las señoritas "de" Dena, quienes se prestaron de buen grado á comunicar el esplendor de sus magníficas personas á tan solemne acto.

Joaquín figuró como oboísta en el grupo de los filarmónicos más distinguidos,

ó "profesores," como enfáticamente les llamaba don Teodomiro; y por lo que hace á Julio y Gustavo, fácil les fué hacerse aceptar también como instrumentistas, pues, además de ser "dilettanti" de talento, contaban con la recomendación de las señoritas Denas. Con esto, tuvieron cien oportunidades de ver el uno á Berta y el otro á Paulina, pues, para ensayar debidamente la obra y ponerla en estado presentable, se reunían los artistas casi todas las noches, bajo la entusiasta dirección de don Teodomiro, quien todo lo ordenaba y disciplinaba con potentes voces y nerviosa batuta. Con aquella ocasión, se charlaba, bromeaba y pasaba el tiempo con agrado. Socorro, Consuelo, Berta, Paulina, los alemanes y Prudenciano, se encontraban frecuentemente reunidos y cara á cara, resultando de su contacto, ya satisfacción para los unos, ya despecho para los otros. Berta, recatada y tímida, apenas daba á conocer su inclinación hacia Julio, y éste, respetando su modestia, se limitaba á mirarla á hurtadillas y á tratarla con exquisita finura cuando le hablaba; pero las Denas, que no les quitaban la vista de encima, sorprendieron algunas miradas de semi-inteligencia entre ellos. Por fortuna, la presencia é intervención de sor Ignacia, que estaba advertida de todo, evitó choques y rozamientos desagradables, y pu-

dieron pasar los sucesos en paz relativa y sin dar lugar á notorios disgustos.

Sólo Paulina solía alborotar la reunión de tiempo en tiempo, con sus ligerezas y travesuras, pues, aunque se inclinaba visiblemente á favor de Gustavo, no dejaba por eso de hacer ojos tiernos á Prudenciano, y esto, visto y observado por las "de" Dena y otras personas, dió causa á no pocas pullas, indirectas, escándalos y comentarios. Y como la joven carecía de prudencia y no se curaba de nada, porque para ella nada había temible ni comprometedor, acabaron Gustavo y Prudenciano por echar de ver que ella los tenía como en una balanza de favor y disfavor, y sube y baja, lo cual los llevó á tomarse una ojeriza y una inquina muy hondas. Observado el conflicto por Paulina, no pareció apesadumbrarse por ello, sino antes bien, divertirse grandemente, pues su conducta toda entera, tenía por objeto palpable poner frente á frente á aquellos sus adoradores, para divertirse con sus celos, reírse de sus rabietas y gozar con el espectáculo de su rivalidad. Aquellas intriguillas, comedias y sainetes, concluyeron sólo con los ensayos.

Llegó por fin la fecha fijada para el concierto. La clase de música apareció aquella noche profusamente iluminada con aparatos de gas suspendidos del techo, y velas de esperma colocadas en candelabros murales.

Uno de los extremos del salón fué destinado al grupo de los artistas, y en él se colocaron dos magníficos pianos "Chickering," el facistol de don Teodomiro y los atriles de la orquesta; en el otro, se erigió el altar de la Dolorosa, llamado "incendio" por los vehementes fopolitanos, á causa del gran número de luces que suelen arder en el ara en tales ocasiones, semejando una conflagración por su fulgor vivísimo. Como á la mitad del muro, por el lado del altar, fué suspendido un enorme y ensangrentado Crucifijo, que producía admiración por su acabada belleza escultórica, y compasión por lo lacerado y sangriento de su bendito cuerpo; á sus plantas se colocó la escultura de la Virgen María con túnica morada y manto azul, convertido el afligido rostro á su amado Hijo, llorosos los ojos, enclavijadas las manos, y con una brillante espada de plata, cuya empuñadura cintilaba con las luces de los blandones, sumergida en el acongojado seno. La escena se destacaba sobre el fondo verde oscuro de tupidos ramajes de cedro, acomodados contra el muro para figurar un boscaje. Sobre los blancos manteles del altar, candeleros y candelabros cuajados de velas encendidas, alternaban con tiestos sembrados de chía, cebada y albahaca, y con amarillas naranjas claveteadas de banderitas de papel plateado y adornadas con

oro volador, con gran regocijo de la vista. El espacio comprendido entre el altar y la testera ocupada por la orquesta, fué destinado á la concurrencia, que en apretadas hileras de sillas, se apiñaba dando frente al "incendio;" lo que no impedía que, una vez comenzado el concierto, las miradas curiosas se volviesen con más ó menos esfuerzo hacia el lado de la música, sin miramiento al altar, á los benditos blandones y á las santas imágenes.

A la hora señalada, y en medio de la espectación general, rompió la orquesta con la introducción, siendo inmenso el efecto que produjo el "solo" coreado; y cuando las voces de las sopranos, del tenor y del bajo se elevaron diciendo:

"Stabat Mater dolorosa,
Juxta crucem lacrimosa."

hubo en el concurso algo semejante á un escalofrío de goce y emoción. La ideal belleza de la obra imperecedera de Rossini, el expresivo acento de los cantantes y la excelencia y robustez de la orquesta, formaban un conjunto magnífico; el recuerdo del lejano drama del Gólgota, y del dolor incomparable de la Virgen al pie de la Cruz, vinieron más ó menos distintos, á mezclarse con aquellas impresiones en el espíritu de los circunstantes. Y hubo, en los corazones como un eco de aquellos tormentos místicos, y en las al-

mas como un aleteo dulce y poético hacia las épocas distantes del Martirio y el Amor, y hacia las plácidas regiones de la santidad infinita. Las voces, los pianos, la orquesta, todo sonaba con acuerdo admirable, patético y majestuoso; se conocía que el maestro se había esmerado cuanto le había sido dable para preparar aquel gran golpe artístico, y que todos cuantos tomaban parte en la ejecución, movidos por el estímulo, procuraban desempeñar sus papeles no sólo á conciencia, sino también con "amore." Don Teodomiro estaba como fuera de sí y transfigurado, en el centro del círculo formado por la orquesta y los cantantes. El concurso entusiasmado, prodigó elogios y aplausos sin tasa á aquel gigantesco esfuerzo, hecho á costa de inmensa labor y perseverancia, en teatro tan oscuro y destituído de recursos musicales como Fópoli; y por lo que hace á los "dilettanti," hicieron las siguientes observaciones: que había en el coro una voz un poco desafinada (sin duda la de Paulina), que el oboe (tocado por Joaquín), se destacaba con admirable maestría y dulzura sobre la masa orquestral; y que la voz más canora, patética y adorable de todas las que formaban el grupo cantante, era la de Berta.

Pasada la introducción, hubo unos momentos de descanso, que fueron aprovechados por las hermanas para distribuir

entre los invitados, obsequios de limonadas y sangrías, y dulces y pastelillos delicadamente confeccionados, todo ofrecido en limpios garrafones de cristal y plateadas salvillas de elegantísimo aspecto.

Los demás números de la partitura, siguieron así alternando con entreactos de reposo, y sabrosos refrescos, hasta que llegó el pasaje culminante:

"¡Inflamatus et accensus
Per te, Virgo, sim defensus!"

que dijo Berta en medio del silencio general. Su voz se alzó con tal vibración, tan bien timbrada y dulce, que emocionó de golpe al auditorio; y vueltos los circunstantes á la joven, quedaron como suspensos al ver tanta belleza unida á un arte tan exquisito. Parecía que un ángel cantaba los dolores de María, que una voz del cielo revelaba á los hombres los misterios de la Pasión, que un acento sobrehumano bajaba sobre la tierra para hablar de los dramas eternos. Berta interpretaba de ordinario con sentimiento propio cuanto cantaba; pero nunca como en aquella ocasión, se había sentido tan vibrante y conmovida. Era creyente, y adoraba los inefables misterios de la Redención; era mujer, y se dolía con inmensa ternura de los dolores de la Madre de Dios; era huérfana y desgraciada, y conocía á maravilla la gama de la queja y

el timbre del llanto. Su situación personal en la vida, el naciente amor que conmovía su alma, las risueñas esperanzas que le sonreían para lo porvenir y la proximidad del ser amado, habían puesto en efervescencia y conmoción todos sus nervios al par que su soñador espíritu; así que al verse ante aquel concurso selecto, secundada por una orquesta magistral é interpretando una música divina, se sintió transportada á la cúspide de su propia inspiración, y halló en su garganta acentos tan profundos é intensos, emocionados y sublimes, que no parecían salidos de labio humano. Y enardeciéndose más y más al eco de su propia voz, llegó á olvidarse de todo, de sí misma, de cuanto la rodeaba, del mundo entero, y cantó con todo el alma, con todo el corazón, como si sus pensamientos virginales y sus sentimientos purísimos se hubiesen hecho cadenciosos y sonoros en aquel punto y hora, y hubiesen lanzado al espacio su melodía soñada é ignota para encumbrarse hasta las regiones de la infinita belleza. El númen la había trasfigurado, bañando su rostro con un tinte sublime: pálida por la intensidad de la emoción, vueltos los ojos en alto y unciosa la mirada, como si orase y entreabriese el ruego sus labios, parecía una de aquellas figuras ideales que sólo ha podido producir el arte cristiano: un ángel de

Fra Angélico de Fiésole ó un arcángel de Benozzo Gozzoli, absortos en la contemplación del Santísimo Sacramento, ó entonando las glorias del Altísimo. Estático el concurso, la oía con recogimiento, como si escuchase una palabra santa, de profetisa inspirada ó sibila agitada por el númen, y murmuraba por lo bajo:

—¡Qué hermosa!

—¡Maravilloso!

—¡Una ave del paraíso!

—¡Canta como un ángel!

Doña Anastasia y sus hijas, devoradas por una envidia sorda y mal disimulada, sufrían tormentos crueles al ver triunfar en toda la línea á aquella pobre criatura, á quien habían juzgado poco digna de consideración, é insignificante; y pensaban con despecho, que nunca ellas, á pesar de su fortuna, habían saboreado un triunfo tan legítimo ni grande como aquel. Paulina, que atizbaba descaradamente el rostro de las "de" Dena, daba al codo á sus compañeras, llamándoles la atención hacia el gesto contrariado y antipático de doña Anastasia y sus hijas, y se burlaba visiblemente de ellas para hacer más agria é intolerable su pena; en tanto que Virginia, que formaba parte del grupo cantante, derramaba lágrimas de ternura, conmovida por las excelencias de la ejecución y radiante de júbilo por el triunfo de su querida Berta. Pe-

ro en ninguno de los circunstantes repercutía tan hondamente la escena, como en Julio y Joaquín. Este, en vez de mirar el papel que tenía en el atril, no quitaba los ojos de Berta, y mientras admiraba estático el talento excepcional de su amada, sentía crecer su amargura, pensando que ella no le quería, y que tanta belleza y ternura iban á hacer la felicidad de otro corazón y de otra vida; y dominado por tan amarga impresión, sentía los ojos inundados de lágrimas y olvidaba lo que hacía y dónde estaba, para sentir únicamente su propio dolor.

Los afectos de Grimm eran de naturaleza bien diferente. Sintiéndose amado por la joven, no cabía en sí de gozo, como si hubiera sido rey de un imperio poderoso ó conquistador de inmensos dominios; pero su satisfacción iba mezclada de tristeza, pues tenía que marcharse de Fópoli al siguiente día con motivo de urgentes negocios que le llevaban á Colima. Pensaba volver pronto; pero no sabía á punto fijo en qué fecha. Así lo había dicho á la joven en carta reciente. Aquella tristeza era, pues, común á los dos enamorados, pues Berta la sentía también muy hondamente; de suerte que en su canto había hasta ese matiz de melancolía, que le daba mayor realce y misterio.

Cuando concluyó el pasaje, rompió en aplausos el delirante concurso, é hizo

grande y cariñosa ovación á la soprano; y viejos y niños, hombres y mujeres se levantaron de sus asientos y fueron por turno á felicitar á Berta, con entusiasmo cordial y sincero. Solamente doña Anastasia y sus hijas, afectando una indiferencia que no sentían, no se movieron de sus sillas, lo que fué más perceptible en Socorro y Consuelo, por hallarse próximas á Berta; pero su mala voluntad pasó inadvertida para la joven, porque en la inmensa y ruidosa oleada de tanto entusiasmo, aquellos tres corazones envidiosos no ocupaban sitio, eran tan invisibles é insignificantes como simples y miserables átomos.

Casi al final del concierto, notó sor Ignacia que Paulina faltaba en el coro, y como la conocía bien, y sabía de lo que era capaz, se alarmó por su escapatoria, y fué á buscarla por pasadizos y corredores; y efectivamente, á poco andar, y guarecidos á la sombra de una pilastra, encontró á Paulina y Prudenciano, en charla sabrosísima de amores, muy cerca el uno del otro, y estrechamente cogidos por las manos. La superiora al verlos, exclamó con acento indignado:

—¡Paulina! ¿Qué haces ahí? ¡Vuelve inmediatamente al salón!

—¿Por qué me regaña, señora? interrogó ella con descaro. ¿Qué he hecho para eso? Este señor y yo no hacía-

mos más que conversar un poquito. ¿Es pecado hablar?

—Hacías más que eso, Paulina; calla y obedece.

La joven se apartó del sitio refunfuñando, é iba por el camino encogiéndose de hombros con visible malacrianza.

—Y usted, caballero, continuó la superiora, dirigiéndose á Prudenciano, ¿Por qué viene á faltar así al establecimiento?

—Señora, contestó el joven, no le he faltado en nada.

—Lo he visto con mis propios ojos.

—Se le ha figurado á usted.

—Es inútil que lo niegue; la señora doña Anastasia será informada de todo.

Y dicho esto, volvió la espalda al mozalvete.

La escena más gorda, no obstante, fué la que presenciaron doña Anastasia y su familia, cuando concluyó el concierto. Al dejar sus asientos los concurrentes y emprender la retirada, unos iban y otros venían, cruzando el salón en todos sentidos. Los artistas se mezclaron con la concurrencia y ésta invadió el sitio reservado á los músicos, con propósitos de fraternización y aplauso. Paulina y Gustavo aprovecharon aquellos momentos de confusión para escurrirse por una puerta lateral, ganar el patio de salida é internarse por las callejuelas del jardín; y allí, á la sombra de un copudo y recortado cedro, y cre-

yéndose á salvo de toda sorpresa, entraron en íntimo y animado coloquio, con gran contentamiento y solaz de sus corazones. Desgraciadamente, era tal el ruido que hacían los concurrentes al retirarse, que sofocaba los rumores próximos, y estaban ellos mismos tan embelesados con su compañía, que se olvidaron de cuanto les rodeaba. Y sucedió que doña Anastasia y sus hijos, deseosos de abreviar el camino, acertaron á cortar por el centro del jardín, en vez de seguir por los corredores, y fueron á cruzar, por desgracia, junto al escondite donde se ocultaban los enamorados; y dicen malas lenguas, que aquella respetable matrona y su linajuda familia alcanzaron á vislumbrar, en la penumbra, á Paulina y Gustavo en actitud comprometida, estrechamente enlazados, unidos los semblantes y dando y recibiendo el uno del otro, tiernos, prolongados y multiplicados ósculos. ¿Quién podría pintar la santa indignación de la pudibunda matrona en presencia de escena tan poco edificante? ¿Quién describir la ira de Socorro ante aquella prueba patente de la infidelidad de Gustavo y del triunfo de su rival? ¿Cómo encarecer la repugnancia de Consuelo ante conducta tan baja y descocada? Pero todo fué nada, comparado con la cólera de Prudenciano. ¿Era posible? La misma Paulina, que había acabado de burlar la vigi-

lancia de las hermanas, para celebrar con él un diálogo á hurtadillas, y de permitirle que le estrechase tenazmente las manos, era capaz de lanzarse á extremos tan inauditos como aquellos con otro barbudo? Las ideas del joven se confundían y su despecho no conoció límites. De favor á favor, era mayor, mucho mayor el otorgado á Gustavo.

—¡Descocada! exclamó doña Anastasia, apresurando el paso para alejarse de aquella escena de horror.

—¡Indecente! gruñó Socorro apretando los dientes y los puños.

—¡Sinvergüenza! insistió la señora "de" Dena con amargo sarcasmo, dirigiéndose á su hijo. ¡Qué buen ojo y juicio has tenido para elegir novia!

—Mamá, mamá, exclamó Prudenciano exasperado. No me diga usted nada ahora, porque estoy que se me pueden tostar habas.

—Pues si no ahora, ¿cuándo te lo he de decir? Es la ocasión oportuna.

—Es la peor de todas, porque no puedo, ni quiero oír nada; no sé lo que me pasa.

—¡Pues te lo he de decir, te lo he de decir, aunque no quieras, exclamó la señora.

—¡Que nó!

—¡Que sí!

Prudenciano no quiso oír más; sino

que, soltando el brazo de la madre, dejó solas á las tres mujeres y corrió desaforado por medio del gentío.

—Mamá, dijo Consuelo, valía más que no le hubieras dicho nada todavía. ¿A dónde se habrá ido?

—¡Déjalo! repuso doña Anastasia queriendo darse serenidad á sí misma; ya parecerá.

Y siguiendo hasta la calle, montaron en el carruaje ella y sus hijas, y se marcharon á su casa.

Aún no acababa de desbandarse el concurso, cuando se oyeron gritos, interjecciones y carreras en el pórtico. La multitud alarmada, corría en todas direcciones, y en medio de chillidos de susto y palabras soeces que salían de lo más apretado de los grupos, sonaban exclamaciones de:

—¡Policía! ¡policía!

A los gritos y escándalo, salió Estéfana á ver lo que pasaba, y á la escasa luz del farol que pendía del techo del peristilo, vió á Prudenciano y Gustavo comprometidos en un duelo descomunal de pugilato, dando y recibiendo fuertes puñetazos en pecho y rostro, y persiguiéndose á coces por en medio de los espectadores, que pugnaban por separarlos. Los combatientes acompañaban sus golpes con altos y ordinarios denuestos, y se embestían tan de cerca y con tanto cora-

je, que no permitían á los circunstantes establecer entre ellos una tregua de Dios. Tal era la fisonomía del combate cuando llegó el sereno del punto, atraído por el escándalo; el cual personaje, enfocando sobre el grupo la linterna de hoja de lata y opaco vidrio que en la siniestra mano tenía, bañó de luz los rostros de los atletas, y los vió magullados, desfigurados y sangrando por nariz y boca.

—¡Quietos, señores, les dijo, ¡quietos! Soy el sereno.

Pero como ellos, ciegos de rabia, continuaban dándose mojicones, levantó la gruesa lanza que en la mano derecha blandía, y les aplicó con la contera dos recios golpes, uno á cada uno, en sitios y lugares que no pueden nombrarse, lo cual fué hecho con tan buen resultado, que en el acto cesó la contienda, y ambos adversarios se pusieron en pie, sumisos y obedientes á tan elocuente intimación.

—¡Vamos, caminen por ay! ordenó imperioso el guardián del orden.

Y el drama concluyó en la Comisaría con una buena desvelada y una multa mucho mejor.

IV

Un tercero en discordia

Al siguiente día, sábado de Dolores, cuando don Teodomiro llegó al Hospicio para dar á Joaquín la lección acostumbrada, halló á su pobre amigo sumido en dolorosa postración.

—¿Qué te pasa, hijo? le preguntó con tierna solicitud.

—¡Soy un desgraciado! repuso el joven lanzando hondo suspiro.

—¿Por qué, Joaquinillo?

—Hace tiempo deseaba depositar en el corazón de usted este secreto. Necesito desahogarme con alguien, no es posible guardar para mí solo tantas penas.

—Ya sabes cuánto me intereso por tí; á nadie mejor que á mí puedes hacer "depositáreo" de tu confianza. Dime lo que te sucede, á ver si tiene remedio.

—Estoy perdidamente enamorado de Berta.

—Esa no es una novedad: amor, dinero y cuidado, nunca son disimulados. No hay quien no conozca tu secreto en todo el "Hospíceo."

—Sí, señor; pero no es eso lo que me aflige, sino que ella no me quiere.

—¿Te lo ha dicho ya? ¿Le has declarado tu "inclinaceón?"

—Sí, y me ha dicho que sólo me quiere como amigo.

—¿No es más que eso?

—Hay algo más que me atormenta con suma crueldad el corazón; y es que quiere á otro.

—¿Estás seguro de ello? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? No he oído hablar de ese noviazgo, y en el "Hospíceo" todo se sabe.

—Nadie me lo ha contado; lo sé por mí mismo. Los enamorados adivinamos los pensamientos del ser querido. ¿Sabe usted quién es el preferido de Berta? Pues es Grimm, el violinista que figuró en la orquesta del "Stabat Mater." Las sospechas que desde hace tiempo me atormentaban, las ví confirmadas anoche, al notar las miradas que ella y él se dirigían.

—Hijo, no hay que llevarse de las apariencias; he notado que el alemán tiene ojos de borrego degollado. A mí mismo me ve como si se estuviera muriendo. Por lo que hace á Berta, conocida es la dulzura de los suyos.

—No, maestro, estoy seguro de lo que digo: se veían entre sí como no ven á los demás. Me lo dice el corazón.... Por otra parte, al terminar el concierto, presencié otro incidente. Berta llevaba una gardenia muy hermosa prendida en el corpiño, al lado del corazón, y, cuando

hubo concluído el concierto, después de una larga mirada cruzada con el alemán, la desprendió de su talle, y, con aparente descuido, la dejó caer á sus pies. Ver esto y acercarse Grimm á recogerla, fué obra de un momento. Sin duda él se la había pedido por medio de alguna seña, y ella se la otorgó....

Gómez y Pérez quedó consternado.

—En ese caso, la cosa no tiene remedio, repuso. ¿Quieres salir de aquí? Eso sería lo mejor.

—De mil amores, maestro, y marcharme muy lejos, hasta el polo, donde no vuelva á saber nada de ella.

—Pues ¡mira qué casualidad! salgo esta misma tarde rumbo al Occidente. Voy á llevar mi orquesta á Tepic, para tocar el Domingo de Pascua la misa de Luna en la "iglésea" mayor. ¿Quieres formar parte de la "expediceón?".

—Mil veces sí, don Teodomiro, exclamó Joaquín con arrebatado entusiasmo.

—Te advierto que el viaje será poco lucrativo; pues en este páis nadie sabe pagar el arte. Tendrás los gastos de ida y vuelta, y como treinta pesos libres de polvo y paja á tu regreso. Volverémos, Dios mediante, dentro de un mes ó poco más.

—Es un dineral para mí; nunca he ganado tanto. Sería capaz de ir de balde, con tal de salir de este purgatorio.

—Lo comprendo, hijo, repuso el viejo. No tengo para qué decirte una cosa por otra. Berta es una joven de lo más lindo que ha creado Dios, y tal vez la más encantadora de cuantas he conocido. Además, es tan buena como un ángel, tan pura como una gotita de agua y tan artista como las "divas" más espléndidas.

—Lo sé, lo sé, exclamó Joaquín exasperado. Eso es lo que me atormenta: que valga tanto y no sea para mí. ¿No es verdad que tengo razón para desesperarme?

—Para sentirlo sí; para desesperarte nó: voy á decirte por qué. ¿Sabes cuántas mujeres hay en el mundo?..... No, ¿verdad?.... Pues ni yo tampoco; pero dicen que son tantas, que nos tocan á razón de siete y "médea" por barba. ¡Conque ya verás si tienes donde escoger! Todo será que salgas de estas cuatro paredes. Cuando comiences á ver tantos ojos hermosos y tantas boquitas de rosa como hay por esos mundos, vas á quedar encandilado, sin saber qué hacer para elegir, y, sobre todo, para conformarte con una sola mujer. ¿Con cuál te quedas y cuál dejas?.... Vas á verlo: es muy molesto eso de tener que prescindir de seis y "médea."

Joaquín se contentó con mover la cabeza repetidas veces, en forma negativa.

—¿Que nó? Ya lo verémos. Yo también así lo decía cuando tenía tus años. Aquí donde me ves tan viejo y feo, tuve

mis buenas fortunas. Mis primeros amores fueron románticos. Me prendé de una prima muy guapa, y fuí correspondido. Desgraciadamente me prendé también de su hermana, y como aquello no podía ser, tan pronto como fué conocido mi doble juego, recibí dobles calabazas, y muy merecidas por cierto; pero el hecho fué que me quedé sin una y sin otra. Entonces caí en la cuenta de que mis "inclinaceones" eran desenfrenadas, y me propuse no casarme nunca, para no hacerme desgraciado á mí mismo, ni hacer desgraciada á una tercera persona. Y he pasado la vida á mis anchas, sin contraer compromiso con nadie, y aprovechando todas las buenas oportunidades que la suerte me ha deparado. Te aseguro que las mujeres que me han gustado y me han correspondido, pasan de las siete y "medea" que de derecho me corresponden. De seguro habré dado sobre las "porceones" de algunos de mis prójimos. Y aun me parece poco, porque para eso de la hermosura, como es cosa de arte, soy "insaceable." El mejor "corretivo" que hay para las "paseones" volcánicas, es querer á todas las jóvenes guapas que se hallan al paso. Hay que adorar á la mujer en lo general, muchacho, no seas "sándeo," no á una mujer determinada; á la mujer "asoluta," y en lo "asoluto." Así lo han hecho todos los grandes artistas.... Yo,

en ese particular, lo mismo que en todo, sigo los ejemplos de los grandes "máintros." Paganini, el gran "veolinista," tuvo amores con todas las mujeres con quienes tropezó en su camino. De tiempo en tiempo, perdíanle de vista sus amigos, porque andaba en chicoleos con diferentes beldades; algunas veces con mujerzuelas de tres al cuarto, otras con princesas y damas de "alcúrnea" muy elevada. Cuéntase que una "ocaseón" se estuvo dos años cautivo de una condesa en un castillo "señoreal" de "Itálea."

Joaquín no oía palabra de cuanto iba diciendo su maestro, absorto en su idea fija; así que, interrumpiéndole de pronto, le hizo una observación inconexa.

—Para ir con usted, dijo, necesito permiso de sor Ignacia.

—Es verdad, repuso don Teodomiro, bajando del encumbramiento de sus citas y recuerdos á la prosaica realidad del momento; pero eso corre de mi cuenta. Y para que cerremos este capítulo de una vez, voy ahora mismo á hablar con la superiora.

No puso objeción sor Ignacia á la solicitud de Gómez y Pérez; solamente le recomendó velase por la salud del cuerpo y del alma del joven, por ser un adolescente todavía, y no tener experiencia en las cosas del mundo. Por lo demás, agradábale, dijo, comenzase Joaquín á entrar

en las corrientes de la vida, para que fuese aprendiendo á valerse y conducirse por sí mismo.

—Pierda usted cuidado, repuso el maestro, le veré como á mi "própeo" hijo; y crea que no hay en esto "esageraceón," pues lo quiero como si le hubiera echado al mundo. Vale mucho el muchacho; ya verá qué músico vamos á sacar de él: ejecutante, virtuoso, compositor, todo ha de serlo.

—Ojalá, don Teodomiro, repuso la superiora; Dios los lleve á ustedes por buen camino, por donde no hagan daño ni se lo hagan.

—Amén, glosó Gómez y Pérez con tono semiserio y semibromista.

Aquella misma tarde emprendió el "maestro de Capilla" con su ejército de profesores, el camino para Tepic, á donde contaba llegar al fin de la siguiente semana. Montados en jamelgos alquilones, flacos, trotones y con pésimas monturas, iban correteando y haciendo escarceos por el campo, y tan contentos y alborozados, como si hubiesen ido á la conquista del mundo. Los instrumentos enfundados y acomodados á la grupa de las caballerías, que llevaban, les daban el aspecto de gente de armas y tremebunda; y ciertamente que por tales los tomaban los rústicos, quienes tenían por averiguado que aquellas cajas de oscuro tafilete

cerradas con broches metálicos, contenían instrumentos terribles de matanza, y no dulces violines, violas gemebundas, briosos cornetines y constipados clarinetes. Dejémoslos continuar su camino satisfechos, jubilosos y en constante gresca, y volvamos los ojos al Hospicio, donde se realizan acontecimientos dignos de mención.

La tarde misma en que salió de Fópoli el grupo encabezado por don Teodomiro, llegó á la Casa de Caridad un caballero de aspecto nada común, no por lo hermoso, sino por lo extravagante y singular, manifestando deseos de hablar con la superiora. Estéfana le introdujo al recibidor, le invitó á tomar asiento, y fué luego á llamar á sor Ignacia, quien no tardó en presentarse.

—¡Hola! don Arcadio, dijo la religiosa al ver al sujeto; ¿tanto bueno por acá?

—Sí, madre, aquí me tiene para darle una molestia.

—¿En qué puedo servirle?

—Va usted á oírlo al momento.

La religiosa le miró con atención, como si quisiese penetrar sus pensamientos. Don Arcadio Contreras y Espinosa, que así se llamaba el desconocido, era un anciano robusto, de edad indefinible, que fluctuaba entre los sesenta y los setenta años, bajo de estatura, trigueño de color, de pelo y barba más blancos que

grises, ojos verdosos, y roja, corcovada y abultada nariz. Vestía un terno de casimir de pésimo gusto, y llevaba gruesa cadena de oro que le bajaba desde el cuello hasta la bolsa del reloj, semejante á la dorada cuerda que por Semana Santa, se echa al cuello del Divino Preso; zapatos sin lustrar y un hongo de alas desmesuradas que en la mano oprimía. Tenía el aspecto de un campesino endomingado, mal vestido y sumamente incómodo con las prendas de ropa que llevaba encima; y eso era en efecto, pues don Arcadio había pasado la vida en los barbechos y dehesas, y poco se le alcanzaba de los gustos y modas de la ciudad. Tiempo hacía que sor Ignacia le conocía, por ser uno de los bienhechores de la casa, siendo ese el motivo de haberle recibido con deferencia. Era buen hombre, inocentón, testarudo y con ribetes de original.

—El asunto que vengo á comunicar á usted, dijo, es que ando queriendo matrimoniarme.

—¿Cómo así, señor Contreras, á sus años?

—Precisamente porque soy viejo; necesito tener quien me cure y cuide.

—Usted lo habrá pensado....; no tengo para qué darle consejos.

—Lo he pensado, madrecita; pero sólo desde anoche.

—¿Cómo así? exclamó asombrada la superiora.

—Como un rayo me ha llegado la idea; ni más ni menos.

—¿Y con quién piensa hacerlo?

—No sé todavía cómo se llama la persona; usted me lo va á decir.

—No entiendo palabra de lo que me está usted contando, repuso perpleja la superiora.

El señor Espinosa sonrió con malicia.

—Es cosa de sorpresa, no lo niego, prosiguió; pero se lo voy á declarar para que vaya cayendo en la cuenta. Vine anoche al concierto, y se me ha metido lo loco con una de las mancebitas del coro. ¡Haya cosa! Jamás me había pasado esto. El caso es que no he dormido en toda la noche. Esta mañana me levanté muy de madrugada, y después de darle vueltas al asunto, pensé que era inútil estarme devanando los sesos, cuando la cosa tiene tanto remedio, y me dije "vamos á ver á sor Ignacia, para contarle lo ocurrido y ver qué es lo que me aconseja."

—Voy de sorpresa en sorpresa.... Pero antes de pasar adelante, necesito saber de quién se trata.

—Voy á decírselo; la mancebita es del Hospicio, podrá tener unos veinte años, y andaba "regüelta" con el coro.

—Son tan vagas las señas, que no me sacan de dudas. ¿No puede mejorarlas?

—Aguarde.... puede que sí. Ahora recuerdo que traiba un vestido de color de sangre de toro; no se me ha despintado. No había otro como el suyo en toda la runión.

Sor Ignacia reflexionó unos instantes. ¿Se trataba de Paulina? Recordaba perfectamente que se había empeñado en hacerse el traje que le obsequió para el concierto, con aquella tela chillona.

—¿Morena? interrogó para mayor seguridad.

—Apiñonadita, sí, madre.

—¿De ojos negros, muy vivos?

—Ansina es.

—Inquieta, alegre y llena de movimiento?

—Esa es la cosa.

—En tal caso se trata de Paulina, concluyó sor Ignacia pensando en voz alta.

—Bonito nombre, agregó don Arcadio; se lleva muy bien con su buena presiencia.

—Pero, señor, prosiguió la superiora con tono serio, esto no tiene forma..... No conoce usted á la joven, ni puede saber si le conviene.

—Me conviene, me conviene; de eso sí estoy seguro....

—Debo ser franca, porque estimo á usted de veras. Ha puesto los ojos en la joven menos.... ¿cómo diré?.... menos á propósito para ser su esposa.

—¿Por qué, madre?

—Porque es demasiado joven, y, además, traviesa, ligera y superficial. Usted necesitaría una mujer de edad, seria y juiciosa.

—Las viejas no me cuadran ni "pa" remedio.

—Una de esas sería la que le convendría; ésta es una niña muy alocada.

—Al fin muchacha. ¿Quién había de aguardar que á sus años "juera" como un camposanto? Todo eso lo remedia el estado. Los trabajos del "matrimoño" son muy "juertes" y ponen serias hasta á las más descosidas; he conocido mancebitas muy "regustas," que á la primera criatura han colgado el pico.

—Según y conforme, don Arcadio; hay algunas que siguen lo mismo, ó tal vez peor después de casadás, y temo que Paulina sea de ese número.

—Eso no lo podemos adivinar, ni usté ni yo.

—En fin, interrumpió la religiosa impaciente, no tengo para qué hacer á usted advertencias.

—No crea que no se las estimo; pero todo lo tengo reflejado.

—De lo que puede usted estar seguro, es de que es imposible que ella le quiera....., porqué no puede ser.

—Ya lo verémos; por hoy me conformo con que no me diga que nó.

—Va á decir que nó.

—Quien quita y usté se equivoque.

—Veo que está decidido.... ¿Y qué desea de mí?

—Que me "premita" hablar con ella para hacerle la propuesta.

—Pero, señor Espinosa....

—Soy de confianza y no me la he de robar.

—Ya se ve, dijo la superiora sonriendo, pues, en efecto, no le veía trazas de raptor.

—No le irá tan mal conmigo, madre, porque no estoy á un pan pedir.... Podrá salir del Hospicio, y le cumpliré todos sus gustos: déjeme ver lo que dice.

Sor Ignacia reflexionó que Paulina era ya una mujer formada y capaz de resolver el caso por sí misma; que, después de todo, siendo huérfana, pobre y sin familia, podría ser aquella una buena salida para su situación; y, sobre todo, que carecía ella, la madre, de derecho para ocultarle aquella proposición, por más ridícula y descabellada que fuese.

—Está bien, repuso; puesto que usted se empeña y lo ha pensado bien, voy á llamarla.

Y habiendo dado órdenes para que la hiciesen venir, no tardó en presentarse la joven, fresca, risueña y llena de picardía.

—¿Para qué soy buena, madre? dijo sin pizca de encogimiento al entrar como una racha en el aposento.

—Te presento á este caballero, dijo la superiora por vía de respuesta; don Arcadio Contreras..... Paulina.....

—Para servirle.....

—Servidora.....

Sor Ignacia continuó:

—El señor tiene un negocio que tratar contigo; los dejo solos para que hablen: volveré dentro de un rato.

Los interlocutores se miraron de hito en hito al quedarse solos; y Paulina, poco satisfecha de la figura que tenía delante, se dijo para sus adentros: "¿para qué me necesitará este viejo tan raro?" Don Arcadio, por su parte, pensó para sí: "es mejor la mancebita de cerca que de lejos; me cuadra, y me rete cuadra."

—Usted dirá, comenzó Paulina exabrupto.

—Voy al grano, niña; no tengo para qué andarme con rodeos.

—Sí, señor.

—Anoche la conocí en el concierto, y me ganó la voluntad porque parece usted una estrellita de oro. He trabajado mucho durante mi vida y no estoy tan tirado á la calle que digamos. ¿Y para qué quiero el dinero así como estoy? No tengo padre, ni madre, ni perrito que me ladre; soy solo como el dedo, y no quiero morirme sin que haya una alma caritativa que me dé un trago de agua.

Paulina comenzó á comprender de lo

que se trataba, y su primer movimiento fué el de la indignación. ¡Cómo! ¿Aquél, pobre señor?.... Pero se reprimió y siguió oyéndolo con interés..... Después de todo, si tenía buen capital..... Su lenguaje y su facha eran atroces; pero eso era lo de menos. ¿Quién era ella? No era nadie. Las cosas se debían tratar así. Ni por un momento se le ocurrió pensar en Gustavo y Prudenciano; por ellos no había el menor obstáculo. Era demasiado pobre para pararse en pelillos.

—No comprendo, respondió tranquilamente después de breve pausa.

—A eso voy. Se lo comuniqué á sor Inacia y le pedí permiso para ver á usted. Me puso algunos reparos, pero, al fin me dió la venia de hablarle.

—¿Con qué objeto, señor?

—Para hacerle una propuesta.

—¿Cuál?

—La de que nos amparemos. Usté es huerfanita y pobre; yo solo y con algún dinerito. Usté me ampara, y yo la amparo: la cosa sale bien. ¿Estamos conformes?

—¿Qué es eso de ampararse? preguntó Paulina por decir algo.

—Casarse, niña; claro lo dice el vocablo.

La joven no pestañeó.

—No sé quién es usted, repuso con sequedad.

—Puede informarse con quien quiera. Mi rancho se llama "Las Escaleras," por tanto cerro como tiene, y está cerca de Ameca..... á la derecha del camino, como vamos para el pueblo.

Paulina reflexionó un instante frunciendo el gracioso y fino entrecejo. ¿Que pensaba? ¿que podía tener hacienda si quería? ¿que estaba en su mano hacerse rica de un momento á otro? Si no era eso, deben haber sido, de todos modos, cosas muy prácticas, pues á poco preguntó:

—¿Eso es cierto?

—Ni tanto, niña, repuso don Arcadio; como que se trata de un sacramento.

—Siendo así, lo pensaré. ¿Le parece?

—Con tal que no lo piense mucho, porque soy reteviejo y no tengo tiempo que perder.

—No; para eso no necesito más que unos cuantos días.

—En ese caso, nada más en el orden.

Cuando volvió sor Ignacia, veinte minutos después, los halló conversando con la mayor naturalidad, y á la primera ojeada, por el aspecto de ambos interlocutores, comprendió que Paulina no había rehusado la propuesta.

—Parece que nos vamos entendiendo, dijo don Arcadio.

—¿Cómo así? preguntó la superiora con disgusto.

—Quedamos en que esta niña se pensa-

rá toda la Semana Santa, y que volveré el lunes de Pascua á recibir su contestación.

Paulina inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Conque ansina, me despido, dijo Contreras levantándose, pues ya concluyó mi negocio.

—Que usted lo pase bien, dijo la superiora con tono áspero.

—Hasta el lunes de Pascua, repitió don Arcadio al marcharse.

Y haciendo dos reverencias torpes y ridículas, una para la madre y otra para Paulina, se alejó de la escena.

—¡Cosa más extraña! quedó diciendo en voz alta sor Ignacia, después de la salida de don Arcadio. Por supuesto, Paulina, acabarás por rechazar la proposición de ese pobre viejo, ¿no es así? Debiste haberlo hecho desde luego para no hacerle concebir esperanzas absurdas. ¿Qué es eso de caer como llóvido del cielo á proponerte un matrimonio de puro interés? Muy poca consideración te manifiesta.

—¿Le parece á usted? interrogó fríamente Paulina.

—Pues qué ¿á tí no te lo parece?

—Diré á usted, no tanto; ese señor tiene sus razones y en qué fundarlas. Si no fuese rico, y se hubiese dirigido á una joven de buena posición, habría hecho un disparate; pero como tiene bastante dine-

ro y se dirige á mí, que soy huérfana y vivo de la caridad, no creo que lo cometa.

—¿De suerte que vas á aceptar?

—Aun no lo sé; voy á meditarlo. Desde luego, eso de salir de pobre y del Hospicio de un sólo tirón, me parece una cosaza muy grande y muy buena.

—¿Tanta prisa te corre por dejarnos?

La joven no contestó, y sor Ignacia picada, exclamó:

—¿Y tu otro novio?.... ¿Y tus otros novios?

—Puras muchachadas, repuso Paulina colérica; á todo el mundo le ha pasado lo mismo. ¡A mí no me diga, madre; todas han sido como yo, ó peores!

Comprendió la superiora que Paulina hacía alusión á ella, como diciéndole: "No puedes tirar la primera piedra, porque tú también debes haber hecho locuras con los hombres, estoy segura de ello;" y, persuadida de que si seguía la conversación por donde iba, podría degenerar en agria y repugnante disputa, aparentó no haber entendido, y terminó diciendo:

—Tienes edad suficiente para saber lo que te haces y disponer de tu suerte por tí misma. A mí lo único que me corresponde es advertirte que un matrimonio en estas condiciones, será altamente impropio y desacertado, porque média entre los dos un mar de años, y la forma en que se inicia el asunto, no es la más á propó-

sito, no digo para que se quieran ese señor y tú, sino hasta para que siquiera se estimen. Si él no lo reflexiona, porque es rústico y atolondrado, tú sí debes pensarlo, porque no te encuentras en el mismo caso..... Retírate, pues, y medita; no será malo vayas á la capilla á rezar y pedir consejo á la Santísima Virgen.

Diciendo así, se levantó sor Ignacia para cortar el diálogo, y Paulina se levantó también, pero no para entrar en la capilla, sino para correr á hablar con doña Dorotea, cuya ayuda juzgó precisa en tan críticos momentos.

—¡Gran noticia! díjole al entrar en su limpio cuartito, y tomando asiento en el canapé.

—¿Qué pasa? preguntó la buena señora un si es no es sobresaltada.

—¡Imagínese! ¡un rico quiere casarse conmigo! exclamó la huérfana radiante de alegría.

Y refirió á la señora López al pie de la letra, la escena acabada de pasar, dejándola estupefacta, no tanto por lo insólito del acontecimiento, cuanto por el impensado y mágico efecto que había producido en su ánimo. La simpática viejecita se permitió hacer sobre tan extravagante suceso, algunas observaciones sumamente discretas; pero como Paulina las rechazó todas con enfado, acabó por

callar, aunque sin dar muestras de asentimiento.

—He venido sólo á pedir á usted un favor, concluyó la joven, como para indicarle que no pedía ni necesitaba amonestaciones ni advertencias.

—¿Cuál? preguntó doña Dorotea, sin darse por entendida del desaire.

—El de que, valiéndose de sus buenas relaciones sociales, se informe usted pronto y con seguridad, de quién es don Arcadio y cuáles son las circunstancias que le rodean; esto es, si es rico á derechas, y cuánto podrá tener, y si de veras es solo, como dice, sin agregados ni pegotes de ningún género.

—Con gusto lo haré; supongo que es persona conocida.

—Parece que sí, porque asegura ser hacendado y los ricos son muy conocidos aquí y donde quiera. Se me olvidaba una cosa muy importante... Sírvase investigar también, qué posición ocupa en Colima un señor alemán recientemente llegado á Fópoli.....

—Gustavo Schultze, interrumpió sonriendo doña Dorotea, que conocía el nombre, por haber llegado hasta sus oídos envuelto en el rumor de las locuras de Paulina.

—El mismo; no creía que usted le conociese.

—Nomás de nombre....

—Pues me alegro.... Finalmente ¿cómo haríamos para averiguar á cuánto podrá montar la fortuna de las "ñatas?"

—¿Cómo las "ñatas?" ¿Quiénes son las "ñatas?" ¡Qué nombre tan raro!

—¿No las conoce usted? preguntó Paulina soltando una alegre carcajada. Son las "de" Dena, y apoyó la pronunciación en la preposición "de."

—¡Cómo no! si visito su casa; pero no las conocía por el apodo.

—Es extraño, pues en Fópoli, más las conocen por "ñatas" que por Denas..... ¿Podrá usted aclararlo?

—Esto es más difícil que lo otro, porque dicen que la testamentaría de don Arnulfo quedó muy enredada; pero por dar gusto á usted, voy á intentarlo.

—Mucho cuidado, doña Dorotea, no vaya usted á darme malas cuentas con el encargo, concluyó Paulina levantando el índice de la mano derecha en señal de amenaza.

—Pierda usted cuidado, repuso la señora López con cierto tonillo de fatuidad; no quedará usted descontenta de mis gestiones.

La señora López, á pesar de ser tan buena, tenía sus vanidades, y una de ellas consistía, precisamente, como lo dijimos ya, en dársela de bien relacionada y conocedora de todos los secretos y poridades de las familias.

Cuando se despidió Paulina, se quedó pensando para sí la buena señora:

—Es claro como la luz, el objeto que se propone esta joven, al enviarme á hacer tales correrías. Como acaba de recibir la visita de ese hacendado, desea saber cuánto tienen él y cada uno de sus otros enamorados, para decidirse por el más rico.... ¡Qué cosas tan extraordinarias y chocantes pasan en estos tiempos! En los míos, todo era muy diferente. Cuando me casé con el coronel, lo preferí á muchos otros pretendientes adinerados, sólo porque me simpatizó y le quise, y nunca se me ocurrió convertir el matrimonio en negocio.

Sus recuerdos le arrancaron un hondo suspiro netamente romántico, y digno de los años de 30 á 40 del pasado siglo, y la llevaron muy lejos del lugar y la hora presentes, abriendo de nuevo á sus ojos las puertas herrumbrosas de su pasado, que había sido para ella tan brillante como seductor.

VIII

Dimes y diretes

Las excelentes disposiciones de doña Dorotea para ser útil á los demás, nacían

de su índole naturalmente buena y comunicativa, y de su deseo de dar pruebas de la abundancia de sus relaciones sociales ó de la agudeza de su ingenio; así es que no es de extrañar recibiese de buen talante las recomendaciones de Paulina, y se propusiese desempeñarlas al pie de la letra. Animada de tan buenos deseos, se puso en campaña desde el siguiente día al de la entrevista con la joven, é invirtió toda la Semana Santa en hacer visitas y pesquisas, que le instruyesen y pusiesen al tanto de cuanto procuraba investigar. Su gira, después de buscar y husmear despacio por todos los hogares donde creyó encontrar un rayo de luz, acabó en la casa de las "de" Dena. Allí habló de Gustavo Schultze, y algo, aunque muy embozado, acerca de los medios de vida de la encopetada familia; y con el mayor arte, y la más sutil astucia de que pudo echar mano, procuró sonsacar á doña Anastasia y sus hijas cuantos informes estimó de importancia sobre tan delicados asuntos. La familia "de" Dena se dejó interrogar pacientemente, no sospechando, sin duda, la naturaleza de la misión que la señora López llevaba, ni la persona por cuya cuenta andaba dando aquellos pasos; de suerte que le confió cuanto sabía, y le proporcionó datos preciosos, no sólo sobre sus propias circunstancias, sino también sobre las de Gustavo. Tanta deferen-

cia, aunque atribuída por la señora López á sus propios merecimientos, había sido inspirada, no obstante, á aquel grupo aristócrata, por motivos interesados, que doña Dorotea, á su vez, no llegó á vislumbrar; y fueron los de saber por su intermedio, de la manera más diplomática posible, cuál era el estado verdadero que guardaban los amores de Grimm con Berta; pues, en lo que se refería á los de Schultze con Paulina, para nadie eran ya un misterio. Sobre los de Julio había aún opiniones, y diferían los criterios, porque, como el alemán no había cambiado en lo ostensible su actitud hacia la familia, reinaba una gran perplejidad en el seno de ésta, sobre las miras amorosas de aquél. Consuelo tenía en lo particular fundados motivos para creer que Grimm se le alejaba; pero formábase todavía mil ilusiones, alentada por su misma inclinación hacia el joven, y por las obscuridades en que se veía envuelta. La señora López no estaba al tanto de aquella rivalidad, ni sospechaba que la huérfana desease guardar reserva sobre sus inteligencias con Julio; y como era dada, por desdicha, á los exquisitos placeres del comentario y la charla, fácilmente se dejó examinar y repreguntar por doña Anastasia y sus hijas, á quienes dió amplios informes y circunstanciados detalles sobre todo cuanto sabía.

—¿De suerte, concluyó doña Anasta-

sia, venciendo magnánimamente la explosión de su rabia, que Grimm corteja á Berta?

—Como estar Dios en los cielos, doña Tacha. En mis manos he tenido las cartas que ha escrito á la joven, repuso la anciana.

—¿Y Berta? intervino Consuelo con temblor en la voz, ¿le ha correspondido?

—Oficialmente todavía no, repuso la interrogada, porque la muchacha es juiciosa y no se lleva nunca de las primeras nuevas; pero le quiere y acabará por hacerlo.

—Ya lo creo, prosiguió Consuelo con despecho. ¡Cómo no había de quererlo! ¡Si es un fortunón que se le mete por la casa!

—Diré á usted, Consuelo, replicó doña Dorotea con gravedad y nobleza, sacando la espada por su joven amiga; Berta vale mucho, y por más pobre que sea, es digna de enlazarse hasta con un príncipe.

—¿Lo cree usted así? preguntó fríamente Socorro.

—Firmemente, porque la conozco. Es muy buena con todos, y conmigo muy especialmente.... No hay quien no la quiera en el Hospicio.

Doña Anastasia, viendo el giro que tomaba la charla, y sintiéndose á punto de manifestar el disgusto que le causaban tantos elogios, prefirió cortar la conver-

sación. Con tal mira, hizo señas á sus hijas de que callasen para que languideciese el diálogo, considerando que un buen intervalo de silencio podría poner punto á la visita, como lo puso en efecto, pues á poco se despidió la señora López.

Una vez solas, celebraron madre é hijas un conciliábulo animadísimo para determinar el partido que debían seguir, dadas las circunstancias del momento, y, después de mucho discutir y enfullinarse, acabaron por convenir en que no sería oportuno llamar á cuentas á los alemanes, cuando volviesen de Colima, porque sería indecoroso y humillante entrar con ellos en aquellas investigaciones. Consuelo y Socorro habían quedado plantadas, en ello no cabía duda, y Berta y Paulina les habían arrebatado los novios; pero debían conservarse todas las apariencias de una perfecta ecuanimidad, pues así lo exigía su dignidad social y nobiliaria. Eso no quitaba ¡eso no! que tan negra perfidia debiese ser durísimamente castigada. Había que sentar bien la mano á las insolentes hospicianas. ¿Cómo? ¿Por qué medios? Hé aquí lo que era forzoso definir.

Al cabo de un largo y acalorado debate, en que hubo quejas, recriminaciones y llanto, quedó resuelto lo siguiente: eliminar á Gustavo de la sociedad de la familia, por haberse hecho indigno de su trato y confianza, después de la riña callejera

con Prudenciano; continuar recibiendo y atendiendo á Julio, como si nada hubiese pasado entre él y Consuelo, para no humillar la bandera y aparentar que ni siquiera había sido notada la defección; y, finalmente, y sobre todo, delatar ante sor Ignacia á las pícaras asiladas para que las pusiese en el potro, las asase á fuego lento, ó les impusiese cualquier otro castigo terrible é inusitado; ó bien para que las arrojase á la calle á pedir limosna de puerta en puerta.

¡Lástima que los "días santos" se interpusiesen entre su cólera y su venganza, ya que las hermanas acostumbraban pasarlos en retiro espiritual, y se negaban á recibir gente de fuera, durante todo ese tiempo! Había, pues, que esperar una semana; pero se podría aprovechar bien la tregua, fraguando astutos planes, preparando con mayor esmero las requisitorias, y, sobre todo, almacenando mayor cantidad de indignación y de bilis en el estómago, como quien guarda pólvora y dinamita para causar una explosión más terrible. El Domingo de Resurrección estarían á primera hora en la Casa de Caridad con su acusación y propósitos exterminadores, y ese mismo día, sin duda, serían ejecutadas Berta y Paulina por mano del verdugo, después de haber sido obligadas á prescindir de sus insensatos v desacatados amores, en aras de la grande-

za de la familia querellante; su alta posición y su gran influjo social, no les permitían poner en duda aquel placentero desenlace

Adoptado el plan, se separaron doña Anastasia y sus hijas, retirándose á sus sendos aposentos para meditar á solas sobre la enormidad de lo sucedido, y sobre lo increíble, nunca visto y ejemplar que estaba por suceder..... en cabeza ajena. Socorro, que era muy frívola, no tomó á lo dramático la traición de Gustavo y Paulina; de suerte que se contentó con la perspectiva de un desquite en la forma acordada, y su anhelo de venganza no fué más allá. Pero no sucedió lo mismo con Consuelo; ella, por su parte, no quedó satisfecha. No le parecía suficiente que Berta fuese arrojada al arroyo, y ni aun siquiera se habría conformado con que se le aplicasen las penas del knut ó del garrote. Quería á Julio de veras, y no podía arrancarse del alma aquella afición, y á tal punto era así, que hasta el alejamiento y la infidelidad del ingrato, habían acrecentado el interés que le inspiraba. ¡Pobre virgen necia! Había encendido demasiado tarde su lámpara, y se le alejaba el esposo que había estado á punto de llamar á su puerta. Aquella situación exaltaba sus pasiones y la sacaba de quicio. Era preciso volver á ganar el corazón de Grimm, no perder una conquista tan la-

boriosamente lograda, y, sobre todo, no permitir que Berta resultase feliz y victoriosa. En todo caso, si Grimm no había de ser para ella, que fuese para otra, para cualquiera, menos para su odiada y pérfida amiga. Pero ¿qué hacer para lograr aquel desenlace? En vano se devanaba los sesos urdiendo proyectos, trampas y celadas para hacer añicos á su rival; nada le parecía bueno, nada posible ó suficiente. Lo primero que se le ocurrió fué poner ante los ojos de Berta las esquelas y tarjetas que de Julio tenía, y hasta una fotografía con dedicatoria que él le había regalado el día de su santo, para hacer creer á la hospiciana que había amores y no simples preliminares amorosos, entre Grimm y ella. Conocía bien á su condiscípula, y sabía que, por ser tan cándida como era, en llegando á persuadirse de que había traicionado á la amistad, ó de que era vil juguete de Julio, prescindiría de sus amores en el acto, por más doloroso que le fuese el sacrificio; mas para una ú otra cosa, necesitaba la abandonada joven presentar pruebas convincentes, y, por desgracia, todos los papeles escritos que de Julio conservaba, y fué pasando cuidadosamente en revista, versaban sobre asuntos clara, neta y meramente sociales, aun siendo, como eran, por extremo galantes y expresivos. Por incauta que fuese la hospiciana, no llegaría hasta el punto de

morder aquel tosco anzuelo: y si no lo mordía, la dejaría más humillada. A la vista de su impotencia, exaltáronse hasta el frenesí las pasiones de la joven, y, paseándose por la habitación como leona enjaulada, no cesaba de poner en aprietos su inventiva para combinar un plan que la satisfaciese. ¡Necesitaba á toda costa engañar á Berta! ¡Ahí estaba el nudo de la dificultad y de la venganza; aquel debía ser el punto de partida y de mira para todo cuanto hiciese, así para satisfacción de su amor, como de su odio! De pronto, nada se le ocurrió, aturdida por tanto cavilar y por su mismo rencor; pero poco á poco fué dibujándose en su imaginación una idea, mas una idea de tal naturaleza, que comenzó por causarle repugnancia y disgusto. Pero fué tan obstinada, que persistió en su mente hasta acabar por imponérsele y tomar asiento en ella. Recordó á este propósito, que era una pendolista notable, y que se había distinguido en sus clases por los primores de todo género que había sabido hacer con la pluma. ¿Pues para qué le servía aquel talento, si no echaba mano de él en circunstancias apuradas? Enamorada de Grimm, se había complacido durante su permanencia en Colima, no sólo en copiar los recados y cartas que de él recibía, sino hasta en imitar nimia y escrupulosamente su

letra, ya para escribir el nombre de Julio, tan caro á su corazón, ya para trazar en secreto con mano trémula, las palabras "te amo, tuya hasta la muerte," ú otras igualmente rendidas y patéticas. Aquella práctica dilatada había acabado por darle tal destreza en ese ejercicio, que varias veces había sorprendido y hecho reír á Grimm, presentándole palabras y líneas escritas por mano de ella, que el joven había tomado por salidas de su misma pluma. Podía valerse, pues, de aquella preparación casual, para fraguar un documento decisivo, y escribir una carta ó unos renglones netamente amorosos para ella ó despreciativos para Berta, que fuesen admitidos por ésta como auténticos. Las circunstancias eran particularmente propicias para la combinación, pues la ausencia de Grimm impedía una explicación inmediata entre los enamorados, y las cartas de Berta tardarían mucho en llegar á Colima; y, entretanto, podrían suceder muchas cosas, merced al desconcierto y enojo que el documento falso produjera. Lo importante era sembrar en aquellos corazones el desorden y la desconfianza. ¿Y qué mal podría resultar para ella de tal expediente, en todo caso? Aun suponiendo que la superchería llegase á ser descubierta, Grimm vería sólo en ella una nueva prueba de que era amado, y por más que condenase aquellos

manejos, no podría menos de agradecer tanto cariño; y, por lo que hace á Berta, sería incapaz de vengarse, por su necia é invariable mansedumbre. En todo caso, había que arrojar los dados y esperar el fallo de la suerte. En resumen: de ahí podría resultar, en el mejor de los supuestos, un rompimiento entre Berta y Julio, y en el peor, y cuando menos, un grave disgusto entre los enamorados. Y aun dando por caso que se averiguase la falsificación ¿quién iba á quitar á Berta, durante algunos días, la congoja de la sospecha, el dolor del desencanto y la honda aflicción de su creído abandono? Si no podía hacerse otra cosa, había, al menos, que aplicar agudo tormento á aquel corazón hipócrita y fementido.

Así fué tomando cuerpo y arraigando en el espíritu de Consuelo aquella idea perversa, cuya ilicitud procuraba atenuar á sus propios ojos con argumentos de amor y despecho, absolviéndose en el fuero interno, con la disculpa de que lo que iba á hacer no era una maldad, sino un mero ardid de guerra, y de que tenía derecho para defender, de cualquier modo y por todos los medios posibles, la felicidad de su vida. Una vez formada aquella resolución, se encerró Consuelo en la alcoba para que nadie la viese, y se consagró con alma y vida á trazar los consabidos renglones, teniendo á la vista

la escritura genuina de Grimm para imitarla hasta en sus menores detalles; y continuó repitiendo el ejercicio durante la Semana Santa, hasta quedar satisfecha de la perfección y maestría con que ejecutaba la labor vergonzosa. Cuando llegó á ese punto, se proporcionó con sigilo plieguitos y sobres color de rosa, de los mismos que Grimm usaba, y saturándolos del perfume caro al alemán, escribió en una de aquellas hojas, breves renglones, incisivos y bien meditados, para producir el engaño propuesto; y hecho esto, los firmó con el nombre de Julio. La madre y Socorro nada supieron de todo aquello, pues Consuelo no quiso ponerlas en el secreto, considerando que, si bien soberbias y agresivas, no hubieran sido capaces de aprobar su conducta, porque tenían fondo de dignidad, y su orgullo mismo les impedía descender á acciones de tan mal género. A Consuelo también le repugnaba lo que iba á hacer; pero, cegada por el rencor, no retrocedió ante la vileza, por no prescindir de su venganza ni de sus anhelos.

Es tiempo ya de volver á doña Dorotea. Poco tardó, como hemos dicho, en aclarar los tres puntos que Paulina le había encomendado, pues tan activa anduvo en sus pesquisas, y tal maña se dió para hacerlas, que, en menos de una docena de visitas repartidas entre la aristocracia y

la clase media de Fópoli, llegó á saber con certeza, ó con bastante aproximación, al menos, cuanto deseaba; así que el Viernes Santo por la tarde, se halló en aptitud de rendir á la interesada, el informe apetecido, lo cual hizo después de la ceremonia religiosa del Pésame, acercándose misteriosamente á Paulina, y poniendo en su conocimiento todo lo siguiente:

"1o. Que Gustavo Schultze era simple dependiente de un almacén mercantil, y carecía de capital;

"2o. Que la familia "de" Dena podía tener, á todo tirar, doscientos mil pesos en junto; y, finalmente,

"3o. Que don Arcadio Contreras y Espinosa poseía una fortuna bien saneada, que no bajaba de quinientos mil, y era tan solo como el judío errante."

Una vez hecha la luz sobre tan trascendentales materias, orientáronse firmemente las ideas de la joven. Lo primero que pensó, aunque con pena, fué que debía quebrar con Schultze desde luego, porque su pobreza no le permitía entregarse á amores románticos; y lo segundo, que debía hacer lo mismo con Prudenciano, si bien esto no le causaba la menor pesadumbre. Sin embargo, se habría alegrado de que el joven Dena hubiese tenido quinientos mil pesos como don Arcadio, para casarse con él de preferencia, no por amor á él, sino por odio á ellas. ¡Qué

delicioso le hubiera parecido entrar á la fuerza y como ruda cuña en la familia de las "ñatas," para matar á disgustos á doña Anastasia, á Consuelo y á Socorro, excitándoles el hígado á todas horas y haciéndoles derramar cántaros de bilis! El resultado de todo fué, pues, que don Arcadio, ó sea su dinero, resultase preferible á todo y á todos. ¡Había que caer en sus brazos, echando doble vuelta de llave á las puertas del amor, del odio, de la simpatía, de la juventud, de las ilusiones, de todas aquellas zarandajas que no valían nada, y servían sólo para cegar y empujar á los huérfanos al pozo de las necesidades!

Las vacilaciones de Paulina no habían tenido, pues, carácter serio, y cuanto había oído de boca de la superiora, había sido perfectamente inútil. Que don Arcadio fuese hombre de edad, feo y zafio; que probablemente nunca llegarían á entenderse, ni siquiera á tolerarse, él y ella; que los dos podrían hacerse desgraciados: todo eso, y mucho más que tal vez se le ocurrió, fué visto por la joven como cosa de muy escasa importancia. Quería salir del Hospicio á toda costa y cuanto antes, porque le era odiosa la reclusión, porque la tenía fastidiada aquella casa, y porque vivía en constante é injusta pugna con las hermanas. Por otra parte, su aspiración más cara había sido la de hacer un

buen matrimonio, esto es, un matrimonio de conveniencia, para tener casa lujosa, carruajes y vestidos elegantes, y ver de potencia á potencia, cuando no de arriba abajo, á tantas jóvenes ricas como la habían menospreciado. Eso era lo importante.

Radiante amaneció, pues, Paulina, el Domingo de Resurrección, al considerar que, pobre como era, sin familia ni fortuna, tenía en aquellos momentos tres adoradores á sus plantas: un alemán, un aristócrata y un capitalista. ¿Qué compañera suya, en todo el Hospicio, podía jactarse de semejante abundancia? Sobrábale donde escoger, y no tenía más que abrir la boca para quedarse con una ú otra de aquellas ricas prendas; pues el mismo Prudenciano, por inaudito que pareciese, y á pesar de la escena del jardín y del pugilato con Gustavo, no había podido prescindir de ella, atraído, sin duda, más que nunca, por el cebo del amor, del amor propio y del apetito. No cabiendo el gusto en el cuerpo de la joven, tuvo que confiar á alguien cuanto le pasaba, y para ello eligió á Berta. Conocía ésta ya al palmo cuanto se refería á las intrigas de Gustavo y Prudenciano, por haberse hecho públicas, pero no había tenido hasta entónces, ni los más leves barruntos de la repentina agresión del bueno de don Arcadio; así que, atónita al escuchar lo

que su amiga sobre ello le decía, parecióle á manera de fábula.

—Por supuesto, observó con severidad, estás dispuesta á rechazar las extravagantes pretensiones del señor Contreras y Espinosa?

—No tanto, repuso Paulina.

—¿Es posible? exclamó Berta asombrada. ¡Una proposición tan absurda como esa!

—Ni tú ni yo nos encontramos en situación de volver la espalda á los buenos partidos.

—¿A eso llamas un buen partido? ¿A la proposición ridícula de un tonto?

—Será tan tonto como quieras, pero tiene dinero.

—Suponiéndolo, ¿qué ventaja sacas de ello?

—¿Cómo qué ventaja? Demasiado sabemos tú y yo lo que es la pobreza. He sufrido en esta casa privaciones, encierros y tristezas; no he gozado de mi juventud y me he visto menospreciada por todos. El día que sea rica, me indemnizaré de todas esas penas, seguiré la moda, concurriré á paseos, teatros y bailes, y verás cuán bien me trata entónces todo el mundo.

—Frivolidades, bobadas, repuso Berta; lo principal es asegurar la dicha del corazón, la tranquilidad de la vida y la paz

del alma. Dime francamente, ¿quieres á ese señor?

—¡Pero si acabo de conocerle!

—¿Crees que llegarás á quererle?

—Francamente nó; pero lo hago con todo conocimiento. Además, se lo diré así para no engañarle y no tener remordimientos.

—Serás desgraciada.

—Nó, porque gozaré cuanto pueda.

—¿Pero en qué quedan Gustavo y Prudenciano?

—El primero es muy simpático, pero pobre. Si tuviera dinero, me casaría con él antes que con nadie; pero no lo tiene, y eso no puede ser. En cuanto á Prudenciano, ni pensarlo; cuenta con poca cosa. ¡Mucha facha y poca ficha! Imagínate: todos los "ñatos" juntos, no tienen más que doscientos mil pesos. De esos, cincuenta mil son de doña Anastasia; de suerte que no quedan más que ciento cincuenta mil para los tres hermanos. ¡Ya verás qué miseria!

—¿De suerte que?....

—Estoy resuelta á aceptar la proposición de don Arcadio.

—Pero, Paulina, por Dios ¿estás loca?

—Ya me lo preguntarás cuando me veas en buena casa, con coche á la puerta, bien alhajada y con criados que me hagan la reverencia.

A este punto llegaba la conversación.

cuando sor Ignacia mandó llamar á las jóvenes. Obedeciendo la orden, se dirigieron ambas al saloncito, y ahí encontraron con estupefacción, posesionadas del estrado, nada menos que á doña Anastasia y sus hijas. Instintivamente hicieron Berta y Paulina ademán de retroceder, á la vista del enemigo; pero sor Ignacia las detuvo.

—La familia "de" Dena trae negocio con ustedes, les dijo.

En el acto, y sin preámbulo de besos, salutaciones ni cortesías de ningún género, la señora doña Anastasia, muy excitada, saltó á la palestra encarándose con las huérfanas.

—¡Estas (dijo aludiendo á sus hijas) y yo, nos sentimos muy lastimadas por ustedes!

—¿Por qué? preguntó Berta con timidez. ¿Qué les hemos hecho?

—Eso, eso, agregó sor Ignacia, expongan ustedes sus quejas; hago las veces de madre de estas jóvenes, y me toca corregirlas.

—¿Se acuerda usted, madre, de aquel domingo que concurrieron á una "matinée" que dimos en casa? preguntó doña Anastasia con pompa.

—Perfectamente, repuso la religiosa.

—¿A que no le han dicho Berta y Paulina lo que hicieron entónces?

—En efecto, nada me han dicho.

—Con razón, porque es muy feo.... Pues se pusieron á hacer ojos tiernos á los pretendientes de mis hijas.

—¿Quiénes son esos señores? interrogó sor Ignacia haciéndose de las nuevas.

—Unos alemanes de Colima.... Usted los conoce: Grimm y Schultze.

—¡Ah! sí.

—Pues á ellos.

—Yo no sabía que las pretendían, protestó Berta con timidez, ni es cierto lo que dice la señora.

—Ni yo, agregó Paulina.

—Mentira, clamaron descortesmente Consuelo y Socorro, ¡bien que lo sabían!

—¿Nos dijeron ustedes una palabra acerca de eso? interrogó Berta.

—Pero no era necesario, porque se conoce, ¡vaya!, replicó Consuelo furiosa; hay cosas que no se necesita decir.... Ni menos entre mujeres.

—Pues te aseguro por lo más sagrado, insistió Berta ingénuamente, que ni siquiera se me ocurrió.

—Lo dices por disimular. ¡Qué habías de decir! repuso Consuelo, más y más excitada; sabes más de lo que te han enseñado.

Berta se puso roja, y siguió protestando con cortedad.

—¿Para qué das satisfacciones, Berta? saltó Paulina; no te humilles.

—Tú no las das, gritó Socorro, porque no te atreves; la cosa está tan de bulto...

—Suponiéndolo, ¿qué tenemos con esas? repuso Paulina encarándose con su interlocutora.

—¡Calma! ¡Calma! intervino sor Ignacia.

—A mí, prosiguió Consuelo, se me dirigía Julio, y no sólo se me dirigía, sino que hizo algo más que eso.

Berta se removió con inquietud en su asiento.

—Y á mí, saltó Socorro, me hacía la corte Gustavo.

—Y ahora resulta, rugió doña Anastasia, que ambos alemanes cortejan á estas niñas (señalando á Berta y Paulina). ¿Qué nombre merece eso?

—Bien puede suceder, objetó sor Ignacia blandamente, que sin esfuerzo ni intrigas de Berta ni Paulina, hayan cambiado de modo de pensar esos señores.

—¿Le parece á usted posible eso? repuso con exaltación doña Anastasia, ¿Por qué? Vamos á ver, ¿por qué? ¿Me hace usted el favor de decírmelo? Y agregó con infinito desprecio: ¿Son esas niñas de mejor posición, de mejor familia, más bien educadas, más bonitas que mis hijas?

Sor Ignacia, que en aquellos momentos disfrutaba la vista del perfil remangado de la sseñoritas "de" Dena, dibujado so-

bre el marco iluminado de la ventana, estuvo á punto de sonreír, pues las nobles jóvenes, furiosas como estaban, tenían más pronunciados que nunca sus defectos nasales.

La impetuosa Paulina no pudo contenerse.

—¡Señora! saltó, las hijas de usted podrán ser más ricas, de mejor posición y más "nobles" que nosotros, pero en cuanto á bonitas.....

No concluyó la frase, pero contrajo de tal modo la boca y la nariz con gesto de desprecio, y elevó y sacudió de tal manera los hombros repetidas veces, que sus ademanes valieron por todo un discurso.

—¿Lo oye usted, señora? vociferó doña Anastasia dando todo su valor á aquella mímica elocuente. ¿No oye usted como nos injuria? Pero.... ¡vaya! ¿Qué se puede esperar de esta gentuza?

—Repórtese usted doña Anastasia, repuso sor Ignacia con autoridad. Reflexione que estoy de por medio y que alguna consideración se me debe...... Siquiera por mi carácter de religiosa; y tú, Paulina, ¡cuidado con esas!

—¿Yo qué digo? replicó la joven con descaro; no digo nada.

—Usted dispense, contestó doña Anastasia, dirigiéndose á la superiora; es vivo mi carácter y hay cosas que la sacan á uno de sus casillas..... ¿Continúo?

—Por supuesto, repuso sor Ignacia.

—Esta pobre joven, además, prosiguió la señora "de" Dena, señalando desdeñosamente á Paulina, trata de echar el anzuelo á mi hijo; y á fuerza de locuras, coqueterías y liviandades, ha logrado trastornarle la razón..... Usted comprende que Prudenciano no puede descender tanto.

—He oído decir, objetó con suave malignidad sor Ignacia, que el pobre joven anda muy descarriado, que bebe mucho y da á usted grandes pesares.

Doña Anastasia se sintió sofocada.

—¡Malas lenguas! ¡Lenguas viperinas! resolló al fin con estrépito.

—No tanto, terció Paulina con aguda ironía.

—La de usted es la peor, replicó doña Anastasia, mirando á Paulina con ojos flamíjeros.

El diálogo había descendido de un modo lastimoso; aquello no era ya una conversación entre personas decentes, sino una disputa ordinaria y vulgar. Paulina, que se sentía fuerte después de tomada la resolución de aceptar las proposiciones de don Arcadio, no tuvo paciencia para seguir soportando la escena, y levantando la voz preguntó á sor Ignacia:

—Madre, me permite poner fin á la discusión?

La superiora, deseosa también de terminarla, calló para dejarla decir.

—Doña Anastasia, prosiguió Paulina burlonamente y con ademán cómico, puede usted quedarse con su "preciosísimo" hijo; nadie se lo disputa, y yo no lo necesito para nada. Por ahí tengo un cargamento de cartas y flores que me ha enviado, no sé para qué; voy á mandar á usted toda esa basura dentro de un rato, para que haga con ella lo que quiera, porque á mí me sirve sólo de estorbo. Si para él soy poco, él es esto para mí. (Y juntando el índice y el pulgar de la mano derecha, los elevó, sopló sobre ellos y los abrió de improviso). Lo mismo digo de Gustavo. Vean ustedes cómo vuelven á conseguirlo, porque también lo voy á soltar. ¡Recojan lo que puedan!

Y habiendo lanzado aquella bomba de á placa, salió corriendo de la estancia como un torbellino, sin aguardar la respuesta.

Doña Anastasia y sus hijas, en el colmo de la exaltación, se hubieran lanzado en su seguimiento para arañarla y tirarle del chongo, á no habérselo impedido la dignidad.

—¡Insolente! gritó la soberbia dama haciendo ademán de levantarse y empuñando vigorosamente el marfilino puño de la sombrilla que llevaba en la enguantada diestra. ¡Dejara de ser quien es!

—No hagas caso, mamá, saltó Socorro; no es digna de que pases un mal rato por ella.

—Despréciala, mamá, gritó Consuelo; es lo que merece.

—No tenga usted cuidado, repuso gravemente sor Ignacia; será reprendida y castigada como es debido.

Las cosas habían llegado al punto que deseaba la familia "de" Dena. La promesa acabada de salir de labios de sor Ignacia, despertó su apetito vengativo; y madre é hijas saltaron de júbilo ante la halagadora perspectiva que se les ofrecía, de encierro, azotes y humillaciones para Paulina; y deseosas de que la superiora fuese con la huérfana lo más severa posible, y de agravar los cargos que sobre ella pesaban, refirieron con calor, y arrebatándose mutuamente la palabra, la escena por ellas sorprendida la noche del "Stabat Mater," entre Gustavo y Paulina, á la sombra del apartado y silencioso cedro; pero la cuenta les salió errada, porque sor Ignacia, disgustada por tanta ferocidad é insistencia, no menos que por la gritería y el manoteo de las interlocutoras, no correspondió con su actitud á los deseos exterminadores de la falange acusadora.

—Repito que no tenga usted cuidado doña Anastasia, se limitó á contestar con entonación fría; se hará la justicia debida

también en esto. Tomaré informes, y, "si resulta probada la verdad del hecho," castigaré á Paulina muy duramente.

—¿De suerte que duda usted de nuestra palabra? preguntó indignada la señora "de" Dena. ¿No le hemos dicho que lo hemos presenciado con nuestros propios ojos? ¿Nos juzga capaces de mentir?

—No digo eso, contestó sor Ignacia sin alterarse, sino que tengo necesidad de hacer una investigación en regla sobre el caso, porque no puedo condenar á Paulina sin oírla.

—Pues va á decir que es tan inocente como el Cordero Pascual.

—Verémos lo que resulta....

—Si he sabido tal cosa, repuso la airada señora fuera ya de sí, no hubiera perdido el tiempo en venir hasta acá.... Pasos inútiles, niñas, ya lo ven ustedes.

—Doña Anastasia, interrumpió severamente la superiora, hace rato estoy observando que usted se descompasa. Ha venido á delatar faltas que asegura han cometido señoritas que corren á mi cargo, y ha estado en su derecho; pero nada la autoriza para pasar esa raya y lanzarme al rostro ofensas más ó menos embozadas.

Estaba visto: madre é hijas habían adoptado una táctica errónea. Hubieran debido comenzar por Berta, quien, menos

aguerrida que Paulina para el combate, no habría hecho más que llorar y disculparse; después de eso, y conservando frescas é intactas todas sus fuerzas, hubieran debido caer sobre Paulina para hacerla pedazos. Pero llevadas de su impetuosidad, habían comenzado el ataque por el punto mejor defendido, y habían ido perdiendo fuerzas y posiciones momento por momento. Así, después de tan desapacible y prolongado diálogo, se encontraban con que la superiora, en vez de convertirse en su aliada, tomaba actitudes defensivas contra su agresión....: pero aquello no tenía ya remedio. Por tanto, al ver doña Anastasia que sor Ignacia le salía al frente con moderación, pero con firmeza, no pudo ya contenerse. y ardiendo en santa cólera, se puso en pie como movida por un resorte, y gritó majestuosamente á sus hijas:

—¡Nada tenemos que hacer aquí! ¡Vámonos, niñas! Esta señora (dirigiéndose á sor Ignacia) no quiere oír ni saber nada contra sus educandas.

—Vamos, doña Anastasia, repuso la superiora fríamente. Veo que desciende usted á cada momento; celebro esté dispuesta á marcharse.

—¡Esto más! gritó la frenética señora.... ¡Nos arroja del Hospicio!

—Nada de exageraciones, objetó la su-

periora con tono imperturbable: nadie arroja á ustedes.

—Vámonos, mamá, dijo Socorro.

—En el acto, saltó Consuelo.... Para no volver nunca á poner los pies en esta casa.

Hubo un movimiento general hacia la puerta de salida, á donde se dirigió también sor Ignacia. Consuelo aguardaba una ocasión como aquélla para habérselas con Berta, pues necesitaba no tener testigos, y en medio de la baraúnda del altercado, no le había sido posible realizar sus proyectos. Hizo, pues, ademán como de salir con el grupo; pero al llegar á la puerta del recibidor, volvió atrás repentinamente, y dirigiéndose á Berta, que había permanecido muda, atónita y anonadada durante la escena anterior, le dijo con ímpetu feroz y precipitación indescriptible:

—¡Eres una mosca muerta y una hipócrita! Has obligado á Julio á que te corteje, á fuerza de coqueterías; ¡pero no te quiere, no te quiere!..... Está divirtiéndose contigo. Para que lo sepas mejor, te dejo ese papel. Toma, lee.....

Y al decir atropelladamente aquellas palabras, dejó caer en el regazo de la huérfana, como quien arroja un cartucho de dinamita, una pequeña cubierta color de rosa, que en la mano llevaba; y con gesto antipático de odio y venganza retratado en la arremangada fisonomía, sa-

lió en pos de doña Anastasia y Socorro, á quienes alcanzó en la cancela.

IX

Después de la batalla.

El primer movimiento de Berta al quedarse sola, fué el de examinar el papel que Consuelo le había arrojado en la falda, y abrir el sobre con mano trémula, aunque sin saber apenas lo que hacía. Y ¿qué fué lo que vieron sus ojos nublados por la sorpresa y el dolor? La letra de Julio, la misma frecuencia de guiones y admiraciones usadas por él al fin de las cláusulas, y hasta el mismo papel y el mismo perfume preferidos por él en su correspondencia; y al través de una espesa neblina formada por la emoción y por su mortal angustia, leyó trabajosamente las siguientes líneas:

"Adorada Consuelo:

"No tienes motivo para estar celosa de tu ex-amiga Berta, pues sólo á tí te quiero. ¿Qué vale ella junto á tí? No te rebajes hasta el punto de compararte con ella".....

Julio."

No pudo leer más; sus ideas se confun-

dieron, nublósele la vista, acongojósele el alma y casi estalló su corazón. Vió á sus pies como un abismo muy negro y muy hondo. Julio, á quien había creído dechado de caballerosidad y bondad, la traicionaba, la vendía, la engañaba impíamente, sólo porque era infeliz y desamparada.... Presa de indignación y cólera, estrujó el papel con violencia, lo redujo á menudos fragmentos, y lo pisoteó con sus diminutos y airados piececitos. Su parte física, fina y delicada, respondió á aquel choque exterior con un tumulto profundo, intenso y súbito. Algo, no supo qué, subió á su cabeza de pronto, causándole vivo dolor: sintió martillazos en la frente y en las sienes; oía extraños ruidos interiores, como de choques metálicos y tañido de campanas; le pareció que una mano invisible la oprimía cruelmente la garganta, cortándole el resuello; é inmóvil y con los ojos secos, perdió la conciencia de dónde estaba.

Tan rápidos habían sido los sucesos, que la misma sor Ignacia, que volvió luego al recibidor, no se había dado cuenta de ellos; de suerte que al hallar á Berta tan descompuesta y con tan extraña expresión en el rostro, se alarmó profundamente, y más cuando notó que la pobre niña se ahogaba porque quería llorar y no podía. Aquella angustia sorda le causó espanto.

—¡Berta! ¡Berta! ¿qué tienes? le preguntó con blando acento maternal.

La joven no contestó de pronto, y continuó como abismada en una especie de delirio. Para sacarla de él, la sacudió la madre por los hombros, hasta que la obligó á recobrar la conciencia de sí misma. Mas ¿para qué? Sólo para que su dolor cambiase de forma y se resolviese en una tempestad de lágrimas y lamentos.

—Pero, por Dios, ¿Qué te pasa?, insistió sor Ignacia. ¿Qué ha sido esto? ¿Qué te ha hecho esa mala gente?

—Julio me engaña, sollozó Berta temblándole la barbilla como á un niño.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo sabes?

—Ese papel, contestó la joven señalando los menudos fragmentos de la carta que tapizaban el suelo.

—Pero, objetó sor Ignacia, ¿no será alguna superchería de las "de" Dena?

—No, repuso Berta moviendo la cabeza con amargura; es cierto.

—¿Estás segura?

—Sí, repuso atragantándose con el llanto; lo estoy..... por desgracia.

En aquellos momentos, repasaba mentalmente los datos que tenía para admitir la veracidad del documento, y los hallaba incuestionables. Si hubiera conservado su sangre fría, habría podido, acaso, descubrir algunas diferencias entre la verdad y

la ficción de lo escrito; pero como estaba bajo el peso de una de esas impresiones que matan, y era tan inexperta como un niño, no se le ocurrió formular la menor objeción contra aquel hecho, ni aun sospechar que pudiese ser víctima de un engaño. Con todo eso había contado, y no en vano, la astuta Consuelo, pues la misma religiosa, aunque sagaz y desconfiada, había desechado toda idea de recelo, al ver la firmeza con que la joven aseguraba la autenticidad de la carta. ¿Quién mejor que la misma interesada, podía conocer la verdad ó la mentira del manuscrito? Además, y sobre todo, era el trastorno físico de la joven á tal punto intenso, que sor Ignacia no pensó más que en ver cómo podía sacarla de estado tan alarmante.

Aquel aleve desenlace era muy natural, á juicio de Berta, y cuadraba perfectamente con lo que ella y hasta sor Ignacia habían pensado siempre, pues ambas habían temido constantemente que Grimm no fuese leal ni sincero. ¿No era él hombre de posición? ¿No era ella una pobre expósita? ¿No era inverosímil, por lo mismo, que Julio pensase de veras en tomarla por esposa? Hasta en sus momentos más dichosos, una voz secreta le había aconsejado no entregarse por completo á aquella ilusión, sino desconfiar siempre y estar dispuesta para lo peor; y por más que ha-

bía luchado por alejar del pensamiento la duda, aquella sombra había continuado acibarando los días más brillantes y los goces más puros de su existencia. En el cielo de su dicha, había columbrado constantemente, allá, muy lejos, un puntito negro que había echado á perder sus alegrías y su reposo; y se había dicho sin cesar, que aquella mancha oscura y porfiada que tenía ante los ojos, era el nido de una tempestad, que un día ú otro acabaría por estallar sobre su cabeza.

—Supongamos, observó sor Ignacia, que tanta maldad sea cierta. No te ahogues en poca agua; eres joven. Dios te ha dotado de buenas cualidades y no sabes lo que el porvenir te reserva.

—No, no, protestó la joven.

—¿Puedes asegurar que tu suerte no haya de cambiar algún día?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

La única contestación de Berta á estas palabras, fué un acrecentamiento de lágrimas, cuyo sentido íntimo era el siguiente:

—"Lo sé porque el golpe que recibo me ha partido el corazón. Había puesto en ese hombre toda mi fe, toda mi ternura, toda mi esperanza, y ahora, al ver su falsía, no queda en el fondo de mi ser ni un solo rayo de luz para alumbrar mi camino. No quiero ser dichosa sin ese ser á quien había entregado mi alma, y ador-

nado con los tesoros de mi fantasía. Tuvo para mí no sé qué poder misterioso, que sólo Dios pudo haberle comunicado; se apoderó de mis facultades y potencias, y me hizo vivir de su palabra, de su cariño, de la mirada de sus ojos; y ahora que todo me falta, y se desvanece esa visión que iba delante de mis pasos como una estrella, siento que se me escapa la vida, y no tengo, ni quiero tener fuerzas para volver á creer, ni esperar; para amar ni para ser amada.

—Así lo juzgas ahora, continuó la religiosa, que penetró su pensamiento, acariciando la cabeza de Berta y reteniéndola estrechada sobre su seno; pero cuando pase la impresión penosa de estos momentos, todo lo verás diferente.

—¡Nó, nó!

—Los destinos humanos están en manos de Dios, y nadie conoce sus secretos.

Berta, incapaz de negar esa verdad, sólo contestó con silencio y lloro.

—No digo tú, que comienzas la vida, y tienes tantos motivos para esperar, sino otras más infelices que tú, han podido comprobarlo. La criatura nada sabe, y no puede afirmara nada de sí misma para lo futuro.... Ahora lo que importa es que te conformes con la voluntad de Dios, y manifiestes con tu fortaleza, que crees en El y en su justicia. Es una prueba que El te manda, y á la cual debes sujetarte. ¿Sa-

bemos por qué te la envía? No, ni lo necesitamos; lo que importa es que te penetres de que Dios es quien lo ha dispuesto, y de que los cristianos debemos bendecir su nombre, aun en medio de la tribulación.

Hubo un prolongado silencio sólo interrumpido por el llanto de Berta. La madre continuó:

—No te digo que no llores, el llanto es natural al ser humano, y lo arrancan las penas á los ojos más secos; pero no llores con demasiada amargura ni dés cabida en tu aflicción á sentimientos malos. No pierdas el fruto de tu dolor: sé grande y noble aun en él, para que Dios, que ve tu sumisión, te lo premie. Los cristianos tenemos grandes recursos para nuestro consuelo en nuestras mismas creencias. Los que sufren están en manos del Omnipotente, como el oro en el crisol, para purificarse de toda impureza. Las almas mejores son las que más han sufrido, porque el dolor sobrellevado con mansedumbre, ennoblece el espíritu, lo eleva á Dios y hace aparecer en el ser humano, grandezas misteriosas.

—Yo.... me... conformo.... con... lo.... que.... Dios.... dispone.... ¡Bendito..... sea!....., murmuró con acento desgarrador la pobre niña, prorrumpiendo en gemidos lastimeros.

—El te bendiga, repuso sor Ignacia en-

ternecida y tornando á abrazarla cariñosamente. Y mejilla con mejilla, lloró también á su vez, empapando con llanto propio y ajeno las alas de su blanca corneta.

Así pasó aquella tarde, sin hacer Berta más que llorar y contestar con monosílabos ó movimientos de cabeza á cuanto se le decía. La madre la condujo á un cuartito apartado, donde solía retirarse á orar, para evitar que se supiese en el Hospicio lo que acababa de suceder ,y se hiciesen comentarios. ¿Y á quién llevar cerca de Berta para que la consolase, mejor que á Virginia, que la quería tanto y era tan querida por ella? Hizo, pues, disponer dos lechos en aquel lugar, para que de ahí no saliesen las dos huérfanas, y encomendó á la ciega el cuidado de su amiga, durante la crisis dolorosa.

—Virgen, Virgen, exclamó Berta echándose en brazos de su amiga, apenas se quedaron solas. ¡Cuán desgraciada soy! ¡Quién fuera como tú! ¡Nunca le hubiera conocido! ¡Todo lo malo entra por los ojos! De muchos males te libertas con no ver; da gracias á Dios porque te hizo ciega. Y besándole las mejillas, se echó á llorar en su seno.

Virginia correspondió con efusión á las caricias de su amiga, preguntándole con tierna solicitud mil detalles y circunstancias sobre cuanto acababa de pasar; y

Berta, con palabras entrecortadas y profundos sollozos, le refirió pormenorizadamente los acontecimientos, despertando en el corazón de Virginia vehementísima indignación y tierna simpatía, cuyas patéticas manifestaciones produjeron nuevo desbordamiento de llanto en los ojos de Berta.

—En el mejor paño ha de caer la mancha, murmuró la ciega. ¡Tú sufrir tanto, cuando nadie como tú merece ser dichosa!

Dejemos á las dos jóvenes entregadas á sus confidencias, quejándose la una, consolando la otra, y ambas abismadas ante el espectáculo de la maldad humana, medrosas ante las asechanzas de la vida y volviendo á Dios el corazón, como á la única fuente de verdad y consuelo. Así las sorprendió la luz del día, sin que hubiesen dormido un instante, después de haber llorado toda la noche, y sólo interrumpidas de cuando en cuando por la aparición de sor Ignacia, quien solía acudir á informarse de su estado y á suavizar con frases atinadas y cariñosas, el dolor de aquellas horas sombrías.

Llegada la mañana, dió traza sor Ignacia de arreglarse de cuentas con Paulina. ¡Cuán diferente era ésta de la dulce y pasiva Berta! Alegre, frívola y sin escrúpulos, triunfaba de todo, y se erguía sobre un grupo de admiradores, de quie-

nes se burlaba y á quienes no daba el corazón; mientras la otra, buena, sencilla y tímida, se entregaba cándida y sinceramente á un solo afecto, y era traicionada por el único hombre á quien había amado. El contraste irritó á sor Ignacia, quien fué muy severa con Paulina en la conferencia que con ella tuvo, riñéndola por sus ligerezas con Gustavo y por su atroz comportamiento con las "de" Dena. Pero ésta, alentada y sobreexcitada por los éxitos alcanzados, en vez de acoger humildemente las palabras de la religiosa, se encaró con ella, la trató de igual á igual, y le volvió palabra por palabra y dureza por dureza. La escena fué á tal punto molesta y desagradable, que la superiora tuvo que apelar á algunas medicinas para tranquilizar los nervios y poner en equilibrio los jugos digestivos del estómago, que habían tocado á rebato con ocasión del disgusto, y lo peor de todo fué que no logró, al fin, averiguar si había sido cierta ó no la escena del ciprés, pues Paulina la negó ferozmente, con obstinación y á pie juntillas. A buena cuenta, no obstante, y por si lo fuese (pues muy capaz juzgaba á la joven de lanzarse á aquellos extremos), afeó con violencia sor Ignacia tan descocada conducta, pintando con vivos colores el descrédito en que caía toda joven honesta que se abandonaba á actos poco deco-

rosos é incompatibles con la buena educación y la compostura propias de su estado; mas el único fruto que cosechó de la reprimenda, fué que Paulina, enfadada de tan largo sermón, acabase por exclamar:

—Estoy aburrida, señora, de tantas reprensiones como de usted y de las otras hermanas recibo: soy la más regañada y maltratada de todas las asiladas. Comprendo que están ustedes enfadadas de mí, pues nunca les falta pretexto para molestarme, unas veces porque hago y otras porque no hago las cosas. Pero si lo están ustedes de mí, yo también lo estoy de ustedes; de suerte que nada nos quedamos á deber. Por fortuna, durará poco esta situación, porque saldré del Hospicio como quiera que sea, y lo más pronto posible.

Y cara tan mala y gesto tan agrio puso al decirlo, que la superiora, temerosa de que las cosas tomasen un giro escandaloso, tuvo por conveniente cortar la discusión y alejarse del sitio, dejando á la joven rebelde los honores de la batalla. Paulina, pues, triunfante en toda la línea, durmió á pierna suelta aquella noche, y el lunes de Pascua, á la madrugada, se levantó tan fresca y sonrosada, como flor acabada de abrirse. Púsose en pie temprano, con el objeto de arreglar sus propios asuntos antes de que comenzase el

barullo de la casa; así, pues, para aprovechar bien el tiempo, escribió de carrera dos cartas, una para Schultze y otra para doña Anastasia; una y otra destinadas á romper toda liga con el pasado, y quedar libre y suelta para lo porvenir.

Al primero decía:

"Gustavo:

"Las relaciones que hemos tenido, han sido una locura, porque usted y yo somos tan pobres como el Niño Dios. Dimos vuelo á la simpatía haciendo tonterías propias de chicuelos; pero basta de eso, y es tiempo de pensar en cosas serias. Voy á casarme con la persona que me conviene, porque siendo huérfana y no teniendo quién me proteja, debo velar por mi propia suerte. Adiós para siempre y olvídeme.—PAULINA."

A doña Anastasia le hablaba así:

"Noble" señora:

"Envío á usted con el portador cartas y obsequios, estorbos de su hijo, que no quiero tener en mi poder. Dígale usted que le agradeceré no me siga fastidiando con sus pretensiones, pues no le quiero y me hará un gran favor si me deja en paz. Ojalá logre casarse con alguna princesa.

PAULINA."

No faltaron conductos á la joven para enviar papeles y embelecos á sus sendos destinos, pues son admirables los medios de que disponen las doncellas reclusas para sus correspondencias externas. El caso es que, sin que la superiora se enterase de nada, al sonar la hora del desayuno, habían quedado concluídas ya, del principio al fin, las combinaciones matutinas. Después de eso no había más que esperar tranquilamente, como lo hizo, la llegada del bueno de don Arcadio. Y es de creer que el vejete estuviese también como en ascuas por ver el desenlace de aquella peregrina y nunca bien ponderada aventura, puesto que, al sonar las once del día, se presentó en el recibidor haciendo salamas á sor Ignacia y á su pretendida.

—Queda probado que no soy flojo ni informal, dijo satisfecho al entrar en el aposento. Prometí venir á las once, y aquí estoy al sonar la hora. Conque ¿cuál es la última resolución de la huerfanita?

—Paulina resolverá lo que le parezca, saltó sor Ignacia, aunque no iba dirigida á ella la pregunta. En estas cosas no es á mí á quien corresponde decidir. Ni los mismos padres, según lo enseña el Catecismo, pueden dar estado á sus hijos contra su voluntad; mucho menos yo, que no soy madre de Paulina, sino una simple encargada de ella por exigencias de

las circunstancias; así que me lavo las manos en este negocio, y dejo á ella toda la responsabilidad de sus actos, sin que esto mismo signifique que los apruebo.

—Estamos arreglados, repuso gravemente don Arcadio.

—Ya lo sé, repuso Paulina con tono altanero; ya sé que sólo yo tengo el derecho de disponer de mí misma. Pues bien, señor, lo he pensado bien, y estoy resuelta á aceptar sus proposiciones.

Don Arcadio hizo un gesto intensísimo de sorpresa y alegría, dibujándose en su boca alargada hasta las orejas, una sonrisa de triunfo.

—Pero antes de comprometerme, necesito hacer una explicación é imponer algunas condiciones, prosiguió la joven. Si usted se conforma con la primera y acepta las segundas, quedará cerrado el trato.

—Veamos, niña.

—La explicación es ésta: no lo quiero á usted, ni será posible que lo quiera, supuesta la diferencia de nuestras edades, y porque apenas nos hemos conocido.

—Se necesitaría ser muy tonto para no caer en la cuenta, repuso don Arcadio. Pero eso ya vendrá por sus pasos contados; ya me tratará usted y verá como no hace tan mala eleición, y quién quita y hasta me quiera con el tiempo.

—Me parece difícil.... No me comprometo.

—Eso ya lo verémos.

—A mí lo que me interesa, es no ser falsa, y decir la verdad respecto de mis sentimientos. ¿Está usted conforme, después de eso, en tomarme por esposa? Me caso con usted porque soy pobre y huérfana, y necesito un apoyo; sólo por eso, hablemos claro.

—Lo estoy por ahora; ya después dirá Dios.

—En ese caso esta bien. Vamos ahora á las condiciones. No ha de ser usted celoso, ni ha de andar vigilándome ó recriminándome por esto ó por aquello, porque hago ó porque no hago.

—Como usted tiene temor de Dios, porque se lo han enseñado las madrecitas, no habrá necesidad de tomar esas medidas.

—¿Lo promete?

—Sí, bajo ese "respeto:" Que usté se ría, "platique," brinque, toque el piano ó haga lo que quiera... En eso no me meto. Es usté una criatura, y la edá lo permite..... ¿Ya se acabaron las condiciones?

—Todavía no: deseo que todo se haga pronto, para evitar habladurías.

—¡Haiga cosa! En eso estamos contestes. Es lo mismo que yo quiero; se pedirán las dispensas.

—No olvide el traje blanco, agregó

Paulina, como quien recuerda algo de suma importancia.

—Dispénseme; de eso no entiendo nada. ¿A dónde tiene uno que ir á comprarlo?

Paulina no supo qué contestar, porque tampoco estaba enterada de ello, pues todos sus trajes eran de manufactura doméstica; mas pensó que si dejaba asunto tan importante á la discreción de don Arcadio, resultaría todo muy cursi y ratonero. Y como uno de sus deseos más vivos era el de presentarse ricamente ataviada ante el altar, para inaugurar en aquel punto y hora los triunfos de su nueva vida, no tuvo reparo, después de maduro examen, en contestar:

—Lo mejor será que usted me envíe el dinero: yo me encargaré de mandar hacer y comprar cuanto necesite.

—¡Eso será lo "más" mejor! exclamó don Arcadio, soltando un suspiro de alivio y solaz.

—¡Pero, Paulina! intervino sor Ignacia en tono de reproche.

—¿Qué quiere usted, señora? preguntó la joven con acritud.

—¡Moderación, moderación! repuso la superiora con autoridad.

—¿Que me case sin vestido blanco? exclamó Paulina escandalizada. ¿Sin velo? ¿Sin corona de azahares?.... ¡Mejor no me casaba!

—¡Fruslerías! repuso la religiosa; eres pobre y debes casarte pobremente.

—No, repuso la huérfana enfullinada; si este señor no conviene en ello, no me caso.

Don Arcadio, que había estado observando á sor Ignacia y Paulina de hito en hito durante este breve diálogo, halló más atractiva que nunca á la joven, con el mohín pintado en el semblante y con algo de violencia en los ojos; y al influjo de aquella impresión, y sin poder contenerse, intervino prontamente en la cuestión, temeroso de que la presa se le escapase de las manos.

—Déjela, señora, tiene razón. ¡Son muchachadas y cosas de mujeres!.... ¿Como cuánto deberé enviar? continuó dirigiéndose á Paulina.

Calló Paulina para hacer mentalmente la cuenta, y pensó que tántas varas de raso, tántas de punto del más fino, tánto para adornos, tánto para calzado, y tánto para libro de marfil, rosario de concha con engarce de oro, guantes de cabritilla y pañuelo de batista, podría importar tánto; pero temerosa de pecar por carta de menos, duplicó el importe de la suma, y lo fijó en alta voz con increíble desplante, encarándose con el vejete.

—¡Oiga! observó don Arcadio amostazado, ¿conque tanto así cuestan los tra-

pos? Yo "creiba" que era cosa más barata.

—Ni más ni menos, repuso secamente Paulina; si le parece mucho, lo dicho por no dicho.

—¡Sólo eso faltaba! exclamó don Arcadio más y más subyugado por la belleza, gracia y travesura de Paulina; estoy conforme, niña, yo nada digo.

Con esto y algo más que se dijo, y no relatamos por ser de menor interés, quedó concluído el arreglo en su esencia y detalles; y en consecuencia, como no había más asunto que tratar, se despidió don Arcadio para ir á procurar el dinero, haciendo profundas y torpes reverencias. Entretanto, quedó Paulina elevada al séptimo cielo, al ver que comenzaban á realizarse sus ilusiones de independencia, holgura y lujo; y no cabía en sí de gozo pensando cuán bien se vería el día de la boda, ataviada con traje de cola enorme, haciendo visos la seda en torno de su cuerpo, envuelta en amplio velo de finísima malla, peinada con esmero y llevando entrelazada en la negra cabellera la guirnalda de azahares con que tanto había delirado. Y monologaba de este modo:

—¿Qué tal me sentará el traje?.... No quiera Dios que la modista vaya á echármelo á perder con bolsas por aquí y arrugas por allá.... ¡Eso sería atroz! ¡Como

no se casa uno más que una vez!... O dos ó más; pero sólo en la primera puede uno vestirse de blanco.... ¿Estaré ese día descolorida y ojerosa?..... Espero que nó, porque no me desvelaré la víspera, ni habrá motivo para ello..... Se desvelan las que se casan enamoradas; á mí, por fortuna, no me causa la menor emoción dar la mano á ese señor..... Se la daré como si le saludara; haré de cuenta que le digo: ¿Cómo está usted, don Arcadio?... Y ¿qué dirán mis compañeras al verme tan elegante, y que les cojo la delantera?.... ¡Pobres! Ellas no tienen cuando salir de este pozo.... ¿Y las "de" Dena?..... ¿Vendrán al matrimonio? Yo quisiera que sí, para que me vieran. ¡Qué rabia les dará presenciar mi enlace y verme tan elegantemente vestida!... ¿Cuánto vamos á que ni ellas, con todo y que se las dan de aristócratas, se visten como yo el día que se casen?.... Pero ¡qué se han de casar! agregó encogiendo los hombros con desprecio. ¡Son tan feas y tan ridículas!

Y así, por ese tenor, fueron todos los pensamientos que circularon por la mente de Paulina hasta el día de su matrimonio. No llegaron á preocuparla un solo instante ni la gravedad de la determinación, ni las dificultades del matrimonio, ni la contrariedad de vivir al lado de un hombre á quien no amaba; echada atur-

didamente en brazos del acaso, no quería ver ni reflexionar nada, y hacía mohines de desdén, cada vez que cruzaba por su mente el bosquejo de algún pensamiento serio. ¡Bah! lo importante era vestir un bonito y costoso traje de boda, deslumbrar á todas con su lujo y belleza, tener buena casa, criados, alhajas y cuanto se le antojase; lo demás era lo de menos.

X

Rumores y Paisajes.

El viaje á Tepic de don Teodomiro y sus músicos, aunque lento é incómodo por la mala calidad de las cabalgaduras y el pésimo estado de los caminos, se hizo en medio de una alegría casi infantil y de una gresca perenne, sin que sirviesen de obstáculo al regocijo de los alborotados jinetes, ni los ardores del sol, ni las molestias del polvo sublevado, ni la escasez y mala calidad de los alimentos, lechos y posadas. Tuvieron, además, la buena suerte de no topar en las sendas y vericuetos que recorrieron, con las cuadrillas de malhechores, que por aquellos tiempos infestaban la vía pública con el pomposo título de "pronunciados," ó el franco y descarado de salteadores; para

lo cual puede haber contribuído (si por
acaso fueron columbrados desde riscos ó
matorrales nuestros artistas por alguna
de aquellas partidas), ó bien lo numeroso
del cortejo que formaban, semejante al
de gente bien armada y capaz de tenér-
taba su conjunto, impropio por su misma
selas tiesas con los amantes de lo ajeno,
ó bien el aspecto desarrapado que presen-
ruindad, á despertar la codicia del mismí
simo Caco. Así, galopando algunas veces,
trotando otras y moviéndose poco siem-
pre; pernoctando en ventas, mesones y
jacales, y alimentándose con huevos fri-
tos, frijoles cocidos, tortillas de maíz aca-
badas de hacer y grandes vasos de leche
recién ordeñada, en los puestos rústicos
de adobe que se alzaban de trecho en tre-
cho á la vera del camino, vieron desfilar
ante sus ojos, en mágico panorama, una
serie de paisajes y objetos de gran nove-
dad y atractivo: los hermosos pinares de
La Venta, de salubres y perfumadas ema-
naciones; la Peña Rajada, caída de la
cumbre de un cerro pedregoso y abierta
por el medio como una manzana; el alto
cerro de Tequila, cuya cumbre formada
por tres grandes gibas, toma la forma, se-
gún el sitio ocupado por el observador, ó
bien de un león vigilante echado sobre la
altura, ó bien de un águila caudal con la
cabeza levantada al cielo y las enormes
alas extendidas hacia los lados. El pueble-

cillo de Tequila, contemplado desde la carretera que en zis-zas continúa por las pétreas lomas que hacía el Norte limitan su caserío, presentó á sus ojos un aspecto delicioso con sus calles alineadas simétricamente, sus huertas de árboles frutales y sus fábricas de alcohol, con altas chimeneas eternamente empenachadas por espeso y pardo humo; la Laguna de Magdalena, que se extiende como inmenso espejo por las cañadas de altos y próximos cerros, les trajo á la memoria el nombre del indómito cacique Guajícar, terror del conquistador español, y uno de los últimos paladines de la independencia indígena. Bajaron con alarma y sintiéndose á cada instante en peligro de caer, por la barranca de Mochitiltic, hoya enorme á cuyo fondo se llega por pendientes caminos en línea quebrada, formados sobre duros peñascos y sembrados de cantos movedizos y peligrosos. En el Plan, que es el fondo de la depresión, hallaron chozas, extensos cañaverales, bosques de papayos y trapiches; pero también un calor infernal, que los obligó á pedir jarros de agua á la puerta de cuantos bohíos hallaron al paso, para refrescar las fauces secas y reponer los jugos del cuerpo, perdidos por una traspiración interminable, que les empapaba las ropas y se les escurría por la punta de la nariz. Cruzaron después por el risueño pueblo de Ixtlán, asentado en

una cañada verde y feraz, que parece el reino del aire, según soplan ahí perpetuamente los vientos; por Ahuacatlán, lugar de tradiciones históricas, hoy convertido en un montón de ruinas, donde se oprime el corazón ante tanta vejez y decaimiento; á la vista del volcán del Ceboruco, que cubre con sus lavas los contornos, hasta inmensa distancia, y gasta su mole más y más todos los días, con erupciones constantes, hasta el punto de no quedar de ella más que grises y quemados fragmentos en forma dantesca, de troncos enormes, cruces prodigiosas ó manos y brazos retorcidos y elevados al cielo; al través de Uceta, por donde corre un arroyo famoso por sus sabrosas truchas; por Tetitlán, donde dos Luis de Castilla, enviado por la Audiencia de Méjico para aprehender al conquistador de la Nueva Galicia don Nuño de Guzmán, se dejó sorprender y cautivar por los soldados de éste; por la falda del cerro del Sanguangüey, reproducción en pequeño del Tequila, y centinela avanzado del valle donde Tepic se asienta, rodeado de montañas y lomeríos de nombres sacros ó extravagantes: el San Juan, el Metate, el Molcajete, la Loma del Toro, y otros de difícil rememoración. Así, de novedad en novedad y de sorpresa en sorpresa, llegó el ruidoso grupo al término de su viaje.

La población tepiqueña, una de las más

simpáticas de la República, hizo excelente impresión á los viajeros. A pesar de hallarse por entonces bajo la dominación del cacique Losada, se ostentaba ya coqueta y risueña, como ahora, y servía de asiento á una población hidalga y hospitalaria, cuyas hermosas y santas mujeres, han sido, son y seguirán siendo honra y encanto del bello sexo de la República.

Apenas sacudido el polvo del camino, entraron de lleno los artistas en el cumplimiento de sus deberes, presentándose al Párroco, y dejando todo arreglado para la ceremonia religiosa del siguiente día; y el domingo de Resurrección cantaron y tocaron bajo las bóvedas de la iglesia con tal denuedo y tan admirable maestría, como si nunca hubiesen cabalgado sobre los potros de tormento, alias rocines alquilones, que les habían descoyuntado los huesos para llevarlos á aquel lugar; valiéndoles su irreprochable ejecución el aplauso y la admiración de los fieles. cuyo entusiasmo tuvo por lo pronto el carácter de divino, y se transformó bien pronto en meramente humano

Al oír, en efecto, tan buena música, un grupo de jóvenes de la mejor sociedad, tuvo la idea de aprovechar aquellos elementos artísticos, para algo menos severo y ascético que las funciones de iglesia; y determinó celebrar el fin y término de

las austeridades cuaresmales con un gran concierto vocal é instrumental, en que tomasen parte los aficionados de Tepic y los profesores de Fópoli; y como don Teodomiro consintió en ello de buen grado, tanto porque le ponía en el colmo de la beatitud el éxito alcanzado por su orquesta, como porque ardía en deseos de continuar exhibiendo su talento y el de los suyos, pronto se organizó la audición, ya que no había tiempo que perder, porque el maestro y sus discípulos estaban de prisa y violentos por tornarse á Fópoli. Por fortuna no escaseaban en Tepic finísimos "dilettanti" de ambos sexos, así en el canto como en el piano, y fué posible improvisar un variado y brillante programa, con arias, dúos, coros y sinfonías orquestales.

Llegado el día del concierto, asistió á él lo más selecto de la población, ostentando gran lujo en la indumentaria; mas, aunque la fiesta resultó espléndida bajo todos conceptos, no fué bastante á satisfacer los impulsos de los presentes, lanzados por el camino del goce, pues el grato cosquilleo del oído, produjo alborotos en el corazón y ansias en los pies de los circunstantes, con tendencia marcada á rendir ardiente culto á la traviesa Terpsícore. Y fué tanto así, que, al terminar la audición, formaron complot damas y caballeros para que no se interrumpiese la fiesta,

sino continuase transformada en alegre y ruidoso baile. El acuerdo fué general, y parecía que todo caminaba de perlas, cuando don Teodomiro se opuso á su cumplimiento, indignado á la simple idea de tocar y hacer tocar á "sus profesores" con el miserable propósito de que los profanos se entregasen al placer bárbaro de saltar, como los caníbales en torno de la hoguera. Lastimado en lo más íntimo del amor propio, ordenó á sus subordinados volviesen los instrumentos á sus fundas, y saliesen del salón como de un lugar abominable, sacudiendo el polvo de sus sandalias. En vano el concurso rodeó al testarudo viejo rogándole consintiese en prestar el servicio que se le pedía, pues Gómez y Pérez, tenaz por naturaleza, y lleno de la soberbia de su gran arte, se mantenía encerrado en obstinada y furiosa negativa. El mal parecía no tener remedio, y comenzaban á impacientarse ya los solicitantes, cuando ocurrió á Joaquín la buena idea de intervenir en la diferencia, á fin de obtener ciertas ventajas que entre manos traía y constituían todo un programa de actividad y goce muy alto para los días inmediatos.

—Tengo una idea, maestro, dijo, pues, el joven al oído de Gómez y Pérez.

—¿Cuál? preguntó éste.

—Que accedamos á lo que nos pide, haciéndonos pagar muy bien.

—¡Cómo así! ¿Eres tú quien me lo dice? ¿tú, tan noble y tan artista? ¡Rebajar el arte, poner por los suelos nuestra "profeseón," humillar nuestra dignidad! Eso no puede ser; para bailar es buena cualquiera murga, nó la orquesta que yo dirijo.

—Pero no ve usted que está muy cerca el mar?

—¿Y qué tenemos con ello?

—Que yo no lo conozco.

—Ni yo tampoco ¿y qué?

—Que sería bueno sacar de aquí lo necesario para llegar á San Blas. ¡Ahora ó nunca!

El programa deslumbró al maestro. ¡Llegar á la costa del Pacífico! ¡Conocer el mar! ¡Espaciar la vista por aquellos horizontes! Siempre lo había deseado, pero su pobreza no le había permitido realizar ilusión tan brillante. Ahora que se presentaba la oportunidad de verla cumplida, ¿la dejaría escapar? Un poco de vencimiento y todo se lograría. Todavía se hizo de rogar por algún tiempo, pero no ya con la terquedad del principio, hasta que acabó por darse á partido, aunque poniendo por condición fuesen recompensados con largueza sus sacrificios. Los tepiqueños, que son magníficos y manirrotos, no se alarmaron ante

sus pretensiones, y se limitaron á contestar sencillamente "que le darían cuanto pidiese." Ante respuesta tan generosa, no tuvo más remedio el maestro que dar contraorden á su gente para que suspendiese la marcha y desfundase los instrumentos, que se hallaban ya dentro de sus estuches. Un inmenso aplauso de alegría resonó por los ámbitos del salón ante su nueva actitud, y bien pronto resonaron los ecos del vasto recinto, con las traviesas y juguetonas notas gratas á la musa del baile. Sin pérdida de momento se arganizó la reunión en su nuevo aspecto; despejóse luego el centro del local, colocáronse las sillas alineadas junto á las paredes, sentáronse por los rincones las matronas y los caballeros cargados de años, y los mancebos y las doncellas, formando hermosas y alegres parejas, se deslizaron cadenciosa y ligeramente por la alfombra, bailando valses, schottischs, danzas, polkas, mazurcas, cuadrillas y cuantas piezas son de uso y costumbre en tales, tan regocijadas y tan vulgares ocasiones. Pero el maestro estaba triste, profundamente triste.

—¡Hijos! decía con amargura, mientras resbalaba su arco nerviosamente por las cuerdas del violín; es la primera vez que lo hago, la primera que degrado mi "profeseón," la primera que me convierto en artista venal. ¡Que "Deos" me lo perdone! El

y ustedes saben que lo hago sólo por conocer el mar, una de las maravillas mayores que pueden contemplar los ojos humanos; si no fuera por eso, antes me dejaría hacer mil pedazos, que poner la santa armonía á los pies de los profanos.

A lo cual respondía Joaquín por lo bajo:

—No tenga cuidado, maestro, bien sabemos todo eso; conocemos á usted lo suficiente para sospechar otra cosa. Tranquilícese. ¿No ve que estamos contentos y que todo lo hacemos con gusto? ¡Ya verá que compensación vamos á tener por tan corto sacrificio!

El calificativo envuelto en la última frase, no fué del agrado de don Teodomiro.

—¡Cómo corto! clamó levantando el arco y lanzando á Joaquín una mirada centellante.

—Doloroso debí decir, maestro, repuso Joaquín corrigiéndose humildemente y con presteza; fué una equivocación deplorable: excúseme usted.

Así, entre los acodes de la orquesta, el zapateo incesante de los jóvenes y el alegre ruido de las conversaciones y de las risas, transcurrió toda aquella noche, memorable para la sociedad de Tepic, y afrentosa para Gómez y Pérez; pero el hecho fué que, á pesar del júbilo de los unos y de la desesperación del otro

acabó al fin por sonreir el alba en el oriente, y comenzaron á llamar á misa las campanas de las torres y á palidecer las luces de las bujías; por lo que fué preciso poner punto á la fiesta é ir á descansar y pagar los vidrios rotos, ó sea la abultada cuenta de la orquesta.

Dos días después del baile, descansados ya, llena el alma de ilusiones y bien provista de maravedises la escarcela, salieron los músicos de la ciudad con rumbo á la costa, á horcajadas sobre rocines tan flacos y tardos como los que hasta ahí los habían conducido; y como su viaje no era obligatorio ni de negocio, sino una mera gira de placer, no tomaron precisamente la carretera, sino que, conducidos por guías expertos, se internaron por sendas y vericuetos laterales, siempre que la ocasión de disfrutar la vista de hermosos sitios se les vino á las manos, sin preocuparse por la insignificancia de que aquella falta de itinerario fijo, hiciese más larga y dispendiosa la marcha.

Pronto comenzaron á manifestarse los encantos del panorama, ya en forma de cafetales, platanares y huertas de hortaliza, salpicadas acá y allá de pintorescas casitas hechas de zacate y troncos de palmeras, con cobertizos por fachada, rodeadas de risueños jardines y alienadas al borde del camino; ya en forma de

arroyos parleros que corrían por todas partes, difundiendo la luz de sus cristales y el frescor de sus ondas por la extensión de la campiña.

En la Barranca Blanca, hallaron sombra y descanso al amparo de juanacastles, higueras y amapas, que en tupidas agrupaciones se ostentaban á las márgenes de una hermosa corriente, que por ahí pasa y se enrosca, como culebra de plata; en tanto que su vista se espaciaba por la extensión de verdes cañaverales, riqueza y alimento de un trapiche que en su centro se iergue, difundiendo por los aires el humo de su chimenea y el olor penetrante de la miel hervida. Siguió después la jornada bajo la sombra de grandes bosques de corpulentos encinos; y á poco comenzaron á oirse el estrépito y á distinguirse los cristales de una blanca cascada que envuelta en casta y burbujeante espuma, se desprende desde un alto peñasco. Ilimitados arrozales, fecundados por aquella linfa, esmaltan la llanura con capa de tierna esmeralda.

Más allá del riachuelo de Singaita, y desde la altura de Tierra Blanca, alcanzaron á ver por vez primera, la lejana línea del mar, rayando los lejanos términos del horizonte con una larga pincelada de luz. Desde ahí emprendieron la bajada de La Cruz Negra, por agrio y pendiente camino en forma de zis-zas, hasta

llegar á una amplia llanura que tiene un gran claro en el medio y está rodeada de arboledas tupidas y gigantescas, al través de las cuales pasan escasos rayos de sol, tamizados por el follaje profuso; y cuando á trechos, saliendo de la solemne obscuridad de aquellas selvas casi vírgenes, llegaban á las descubiertas llanadas, caminaban sobre tapiz de verde musgo y pequeñas florecillas de mil colores: el ramoncillo, la violeta silvestre, el periquillo y las estrellitas blancas. Las plantas trepadoras, como el cohamecate-rosa, la roja azalea y la trompetilla de color lila, formaban variados y ricos cortinajes á los lados de los estrechos senderos; y brillantes parásitas adheridas á las ramas de los árboles, formaban jardines suspendidos, con lirios matizados y blancas azucenas de caprichosas formas y perfume exquisito.

Luego comenzaron las marismas, donde se explota la sal, y del seno de sus apretados manglares, al paso de los ginetes, se alzaron bandadas de garzas color de rosa, gaviotas blancas y borregones de ancho pico y plumaje amarillo pálido, azotando el aire con sus torpes y pesadas alas.

Las impresiones que durante el camino iban sacudiendo los nervios de Joaquín eran indescriptibles. ¡Salir del encierro

de la Casa de Caridad para ponerse frente á frente de tales maravillas! Le parecía sueño hallarse bajo aquellos tupidos bosques de cedros, encinos, palos Marías, caobas y amapas. Los árboles de este último nombre, se apiñaban á trechos, formando tupidos ejércitos, empenachados con flores de pálido color rosa, como sagrados sitios destinados á recibir la visita de andantes caballeros, cubiertos de hierro y consumidos por el amor de su Dios y de su dama. Asombrado quedó ante la enorme riqueza de aquella tierra, que produce el tabaco, el maíz, el coco, la vainilla, el chicle, el hule y el henequén casi silvestres, y sentía piedad al hollar con los cascos de la bestia, los níveos ramoncillos y crucecillas, el belén matizado y la violeta pudibunda, que alfombraban el suelo delante de sus pasos. ¿No se habían abierto para él las puertas del paraíso? Pájaros de rico y vistosísimo plumaje hendían el espacio por todas partes, se albergaban en las frondas, y cracitaban, piaban ó trinaban de contínuo, formando alegres é imponentes orquestas en lo más repuesto de la espesura. Zenzontles, jilgueros, mulatos, calandrias y gorriones, parecían competir en cantos, gorgeos é incesante garrulería, en tanto que las irisadas chuparrosas, los verdines de plumaje gris y verde pecho, las hurracas de color azul, pe-

cho blanco y larga cola, los guacamayos del color de la esperanza y penacho rojo ó amarillo, los alborotados pericos y las minúsculas y exquisitas catarinas, iban de árbol en árbol, como flores vivientes esparcidas por el espacio; y las chachalacas, los chonchos, los faisanes, los guacos, las palomas habaneras y patagonas, y los arcabuces que bajan la cabeza y pican el suelo para cantar, sorprendían su mirada con formas, colores y sonidos nunca vistos ni escuchados. Los guías excitaban á cada paso la sorpresa de los viajeros con su conocimiento íntimo de la naturaleza, y por la amplia posesión que de ella parecían disfrutar. Sabían el nombre y las propiedades de cada árbol y de cada bestezuela, y amenizaban la marcha refiriendo por menor sus particularidades más menudas, como sencillos é inconscientes naturalistas que eran; y sorprendieron mucho á los viajeros cuando, á la vista de una bandada de codornices amedrentadas, las hicieron volver atrás y agruparse á su derredor, mediante cierto silbido de mágia desconocida, que suavemente lanzaron de sus labios contraídos.

—¿Qué piensa usted, observó uno de los guías acercándose á Joaquín, que dicen en su canto las palomas patagonas?

—No acierto, repuso el joven. ¿Dicen algo por ventura?

—Sí, prosiguió el interpelante, óigalas usted bien. Dicen así con toda claridad: "¿Luis, quién te pegó?" "¿Luis, quién te pegó?"

El joven se puso á escuchar atentamente, y se persuadió de que, en efecto, decían las palomitas con voz dulce y mansa: "¿Luis, quién te pegó?" "¿Luis, quién te pegó?"

—La paloma torcaz, siguió diciendo el guía, no puede ver á las mujeres.

—¿Es posible? preguntó Joaquín asombrado.

—Sí, amo, como usted lo oye.

—Pero ¿eso cómo se sabe?

—Oigalas usted cantar; van diciendo por donde quiera: "¡fea tú!" "¡fea tú!" "¡fea tú!", y no se cansan de gritarlo.

Y en efecto, al aplicar el joven el oído para descifrar el sentido de su canto, se dió cuenta de que las torcaces, movidas por no se sabe qué viejos y eternos rencores, iban deturpando al bello sexo, y cantaban: "¡fea tú!" "¡fea tú!" "¡fea tú!"

Don Teodomiro, por su parte, caminaba silencioso y ensimismado, y si bien es cierto que miraba mucho hacia afuera, también lo es que miraba mucho más hacia adentro. No cesaba de pensar en cosas propias de su arte, ni de hacer reflexiones técnicas acerca de los timbres, las notas, las combinaciones y los efec-

tos generales de los sonidos que llegaban hasta él; y de tiempo en tiempo, aproximábase á Joaquín, con quien se entendía mejor que con ningún otro de los viajeros, y, gravemente, le comunicaba observaciones trascendentales y de gran peso.

—¿Qué te parece el canto de ese pájaro? solía decirle. Su acento es muy limpio y cristalino, y gorgea maravillosamente, á pesar de que nadie lo ha enseñado. Ninguna garganta humana sería capaz de producir trinos como los suyos.

—Es verdad, maestro, contestaba el joven distraído.

Otras se manifestaba descontento . murmuraba, aludiendo á los guacamayos, pericos y chachalacas.

—Esos gritos son muy desentonados é inarmónicos; no valía la pena de que pajarracos como esos mezclasen sus graznidos á tantas voces melodiosas.

Ya sofrenaba su rocín y, deteniendo la marcha del que á Joaquín conducía, exclamaba entusiasmado:

—Escucha eso: es "manífico." ¡Qué bien se lleva el rumor del río con el paso del viento al través de los árboles! Es una "impreseón" singular la que causa esa "confuseón," y no sería posible reproducirla por medio de ningún "incstrumento," banda ó orquesta.

Otras veces se enfadaba contra tanto ruido, y protestaba diciendo:

—¿No te parece que esos dichosos pajarillos no son tan afinados como debieran? Pasan con suma "incorreceón" de un tono á otro tono, y su canto no se sujeta á ninguna regla. A lo mejor, y en medio de las "fioriture" con que nos regalan el oído, sueltan notas intempestivas y disonantes, atroces é insufribles. El coro formado por estas avecillas, á pesar de todo, no tiene nada de clásico; se conoce que carecen de director que las discipline y ponga en perfecto acuerdo. Cada cual va por su rumbo, y sin preocuparse por su compañera. El zenzontle suelta sus gorgeos, la calandria los suyos, el clarín no sale de sus trece, y los otros pajarracos parecen empeñados en echar á perder con sus graznidos, las voces de las aves más melodiosas. De todo ello resulta una baraúnda, una "confuseón" y una cacofonía, indignas de la naturaleza. Dígase lo que se quiera, una orquesta bien arreglada, con sus timbres convenientemente distribuídos (los de metal, los de madera, los de cuerda y los de "percuseón"), vale más, mil veces más que esta imponente greguería disonante, irregular y salvaje. Me duele la cabeza al querer enumerar los errores y faltas sinfónicas que comete esta banda estrepitosa de alados artistas. ¡Quién pudiera tener gobierno sobre ellos, empuñar la batuta

y hacerles obedecer los buenos principios y los buenos métodos! ¡Cuánto ganarían con una buena "direceón" y qué partido tan grande podría sacarse entonces de sus "escelentes disposiceones!"

Joaquín, en tales casos, como sabía leer como en libro abierto en el pensamiento de su maestro, hubiera jurado que Gómez y Pérez aspiraba á ser el maestro al címbalo del viento, del río, de los arroyuelos y de las aves, para sujetar á tan imponente coro á sus métodos de ejecución y á una severísima disciplina, de compás, ritmo y armonía. Tales pretensiones le hubieran hecho sonreír, á no haber estado él mismo embargado por emociones profundas, que no le dejaban espacio para ocuparse en cosas técnicas ni fruslerías de contrapunto. No participaba de la opinión desfavorable de don Teodomiro respecto á los arpegios y cadencias que escuchaba, pues, bien que le pareciesen ajenos á los cánones establcidos como Gómiz ó Eslava, le producían un encanto arcano é inefable, superior á cuanto había oído hasta entonces en templos, teatros ó salones, y dentro de los muros levantados por la mano del hombre! ¡Qué diferencia tan inmensurable entre la grandeza de aquellos coros y la mezquindad de los humanos, ó de las más ricas é inspiradas sinfonías! La íntima absorción y el éxtasis constante que le hacían caminar como fuera de sí por los sitios

que cruzaba, no le permitían entrar en molestas y pesadas disquisiciones sobre tecnicismos convencionales, no le convidaban á apartarse un solo punto del ensueño en que iba sumido. A esto se mezclaban los dolorosos recuerdos de su amor desgraciado, presentes siempre á su corazón. El semblante de la huérfana se unía por extraño capricho á cuanto de hermoso miraba en el cielo, en la selva, en el río, en el lejano é inmenso horizonte; por donde quiera girasen sus ojos, flotaba la imagen de Berta, haciéndole suspirar hondamente y llevando á su corazón la dulce angustia del amor y de la tristeza. También las músicas de aquellos campos le recordaban la voz de la huérfana, aquella voz tan suave y expresiva, tan tierna y patética, que le hablaba de juventud, de ilusiones, de amor y de dicha; y así, repartida su atención entre las maravillas de la tierra y el cielo y la ausente hermosura de su amada, no quería saber ni oír nada de cuanto se refiriese á la vida real, porque hablar de las cosas de este mundo, le parecía una profanación, un desacato, un delito; una caída de los cielos á la tierra.

No contestaba, pues, á su maestro, para cortar el diálogo y tornar pronto á su arrobo, ó bien respondía con breves monosílabos, que no daban lugar á explicaciones ulteriores; y continuaba silencio-

so viendo, oyendo, admirando y lanzando al cielo el incienso de su adoración y de sus hosanas. Le parecía sueño hallarse bajo aquellos tupidos bosques, por donde apenas podían caminar las caballerías, á la sombra de frondas entrelazadas, en la sagrada obscuridad de los poblados montes y á la vista de una vegetación delirante, de arbustos, lianas y trepadoras, que por todas partes surgían y se enredaban en verdes y complicadas rúbricas á los troncos robustos ó á las delgadas tendidas ramas que las sustentaban. Maravilloso hallaba el variado coro de rumores, voces y cantos que surgía por donde quiera, formado por el oleaje de la resonante arboleda; por el mugido de ríos caudalosos que pasaban coronados de espuma por las aberturas de los montes y se quebraban en los picos de abruptas peñas; por el murmullo de cristalinos arroyuelos que, lamiendo troncos de árboles y plantas, se deslizaban al través de hileras de espadañas y de lirios; y por los trinos de innúmeros pajarillos, que gorgeando á su lado ó en lo más repuesto y escondido del ramaje, formaban fresca y jubilosa algarabía propia de bosque virgen, tierra no profanada por el hombre, égloga é idilio. Alguna vez se hacía el silencio en la selva, y del seno de la misteriosa penumbra, salía el acento solitario de alguna ave canora, que entonaba

sus arias y cavatinas, respetada por el céfiro y las otras avecillas, en atención, sin duda, á ser la más entonada, sentida y melodiosa de todas; como si hubiese habido tácito acuerdo entre los espíritus de la naturaleza, para recogerse y pensar de este modo: "ahora que va á cantar este trovador, que es el de mejor garganta de la selva y el que sabe ejecutar más limpios arpegios, callemos para escucharle, y meditemos, mientras eleva la voz, en cosas santas y sublimes."

Así, aquella peregrinación sencilla con rumbo al Pacífico, que no hubiera sido para cualquier alma vulgar más que un episodio trivial de la vida, fué para Joaquín una revelación, una ascensión, un apocalipsis, que despertaron en su interior, ideas, potencias y sentimientos hasta entonces adormidos en los limbos oscuros de su ser. Hablaba poco, suspiraba mucho y se apartaba de todos, absorto en la contemplación de aquellas bellezas, anheloso de no perder ni el rasgo más leve del paisaje ni la nota más ténue de las orquestas del bosque; y como llevado por los aires, como transportado sobre las alas de un genio, cruzó las augustas selvas, penetrándolas con su inspiración, y recibiendo la impresión indeleble de sus formas y sonidos, destinadas á vibrar perennemente en la urna de su corazón, como bullente oleaje de luz y de oro.

Preparado y sacudido por impresiones tan hondas, llegó á las playas del Mar Pacífico, que Vasco Núñez de Balboa fué el primero en mirar desde las montañas de Nicaragua, y al contemplar aquel sublime espectáculo, con sus pintorescos detalles de la Piedra Blanca y el Cerro del Vigía, quedó como aturdido y fuera de sí. Nada más semejante á la inmensidad que aquella ilimitada llanura de movedizas olas, extendidas hacia adelante hasta confundirse con el refulgente horizonte y convertirse en otro cielo azulado y diáfano, que apenas podía distinguirse del verdadero por leve é indecisa línea de tono más alto; nada más semejante al arcano, que aquel abismo insondable y monótomo, que hablaba cosas sublimes al espíritu en el lenguaje majestuoso é incomprensible de sus rumores y murmullos; nada más semejante al infinito que aquella extensión sin término, siempre igual, siempre la misma, sin edad, sin fecha, sin guarismo. Ante espectáculo tan maravilloso, sintió estallar su corazón en himnos de adoración al Omnipotente, y á su infinita y arcana grandeza. Colocábase diariamente en atalaya sobre alto y solitario peñón, y permanecía separado de la compañía y trato de sus colegas, para entregarse á la contemplación de aquel monstruo de escamas de plata y oro, que era también un leviatán de negras espaldas, se-

gún le sonriese la luz, ó le encapotase la sombra. Y á merced de aquel arrobamiento nunca antes sentido ni imaginado, fueron abriéndose poco á poco las puertas de su alma á inspiraciones y concepciones más elevadas, como si aquellas ráfagas de aire y luz que venían de lontananza, hubiesen sido una pentecostés artística que Dios hubiese enviado sobre su cabeza. Al influjo de aquellas impresiones, compuso sus primeras piezas de música, "El Océano," "La Voz de las Olas," "En la Playa," y otras que algún tiempo después se popularizaron é hicieron célebres en Fópoli.

Don Teodomiro, que era su eterno confidente, no sospechaba que el óleo de la iniciación artística que le había administrado, pudiese producir en él resultados tan rápidos ni admirables, y quedó profundamente sorprendido al pasar los ojos por los primeros ensayos de Joaquín, frescos, inspirados, llenos de brío y de juventud.

—Bien hijo, exclamaba entusiasmado al pasar los ojos por aquellas páginas... ¡Hombre! ¡hombre!... ¡Qué bien! ¡qué bien!.... Parece increíble.

Y llevando el compás con la diestra, (compasillo, tres por cuatro ó lo que fuese), con el índice y el dedo del corazón extendidos, y plegados los otros tres, tarareaba en voz baja las partes más salien-

tes de las composiciones, y se enardecía á tal punto á las veces, que amenazaba sacar los ojos á su discípulo con los ademanes rítmicos de su nerviosa mano. A ratos soltaba el trapo á la voz cascada, interpretando con deleite lo que mejor le sonaba y parecía de cuanto iba leyendo.

—¡De perlas! clamaba; aquí nada sobra ni falta; el tema es hermosísimo.... La "combinaceón" de las notas, admirable...... Te felicito, Joaquinillo, mereces mis plácemes..... Pero ¿será posible que no te equivoques nunca?...... ¡Bravo! ¡Bravo! te he cogido en un "tenunceo." Aquí sobra un silencio, aquí falta una corchea... No digas que ha sido un error de pluma; se conoce que te equivocaste de veras: confiésalo.... Hombre ¡qué gusto me da poder corregirte en algo! No sería justo que los veinte años, apenas pasados, supieses tanto como yo, que soy tan viejo. Pero oye, hijo, creo que pronto vas á dejarme muy atrás y que llegarás á valer tanto como Rossini, (que era el compositor más admirado en la época); y no te digo que tanto como los grandes maestros alemanes, porque no me creas hiperbólico. Tan pronto como volvamos á Fópoli "incstrumentarémos" estas piezas y las harémos tocar por la banda y por la orquesta... Verás que "efeto" producen... ¿Y las romanzas?..

Se las pondremos á Berta; sólo ella podrá interpretarlas "con amore."

El nombre de su amada, que salía á la conversación una ú otra vez, hacía extremecer al joven, recordándole los hechizos y desdenes de su compañera de infancia, y la misma melancolía y el mismo dolor que le atormentaban entonces con mayor fiereza, tornábanle más romántico, y le predisponían mayormente á recibir con blando pecho la impresión de tantas sublimidades como iba viendo y oyendo.

Desgraciadamente todas las medallas tienen su reverso. Hacía en el puerto un calor capaz de derretir las piedras, y nubes de mosquitos zumbaban día y noche por el espacio. La temperatura y el "perjuicio" obligaron á los artistas á tomar algunas medidas para evitar insolaciones y aliviar las picaduras que sufrían; por lo que se abstenían de salir del hotel durante las horas del mayor bochorno, mantenían cerradas todo el día las puertas de sus habitaciones contra los mosquitos, y se metían en el agua bajo á cada paso, en busca de un poco de frescura .

Joaquín y sus compañeros se sometieron á ese régimen hidroterápico, con la voluntad y el alborozo propios de la juventud, y tanto á la madrugada como al obscurecer, y aun ya entrada la noche, se entraban por el mar, nadando los que podían, y recibiendo todos el choque de las

olas, que llegaban mansas y rumorosas á la playa. Sólo don Teodomiro, fiel á su costumbre de no bañarse sino en los meses de verano, en tina y á puerta cerrada, se resistió á seguir el ejemplo de sus jóvenes amigos y los dictados de la higiene, y se pasaba las horas sudando la gota gorda y de mal humor, mas sin dejarse hablar de baños ni de mojaduras.

Pero Joaquín, que se interesaba por él tanto como si hubiera sido su hijo, cogió la ocasión por los cabellos para emprender una cruzada contra la hidrofobia de su querido maestro, y hacía cuanto podía por inducirle á que se sumergiese metódicamente en las bullentes ondas, para gozar las delicias inefables del agua del mar, precaverse de enfermedades y evitarse molestias. Desgraciadamente tuvo una vez la mala idea de hablar de la limpieza y del aseo como de un deber sagrado para las personas cultas y de buena crianza.

—¡Alto ahí! saltó don Teodomiro enfurruñado. ¿Qué músicas son esas? ¿Qué entiendes por aseo, desaseo y todos esos trampantojos?

—Lo que todo el mundo, maestro; mi opinión es la de todos.

—Eso es muy vago: quisiera tener delante de mí al "dotor" y "maistro" en esas vulgaridades al uso, para discutir el punto "ampleamente" y á conciencia.

—Maestro, yo no soy capaz de ello, ni aunque lo fuera, me pondría frente á usted para discutir, porque le tengo respeto.

—Mil gracias; ya sé que te pasas de bueno y me quieres; pero eso no debe excusarte de contestar algunas preguntillas que voy á formular. En primer lugar esta: ¿existe la suciedad?

—¡Cómo nó! ¡Ojalá no existiera! repuso Joaquín escandalizado por la naturaleza de la interrogación.

—¡Bien, muy bien! En segundo lugar: ¿Qué es la suciedad?

—No puedo definirla; pero se me figura que es todo aquello que por su aspecto ú olor repugna á la vista y al olfato.

—"Perfetamente," repuso Gómez y Pérez, estregándose las manos con satisfacción; con eso me basta.

—¿Está usted conforme?

—Si y no; voy á explicarme. Lo estoy porque la "cuesteón" ha quedado bien fijada en los términos que has dicho; pero no lo estoy, porque no creo que exista la suciedad, y tengo por sabido que lo que suele llamarse así, no lo es, ni mucho menos.

Joaquín abrió los ojos como si hubiese oído una blasfemia, pero no dijo palabra.

—¿No lo crees? Pues vas á verlo.... Si analizas y descompones las "sustán-

ceas" catalogadas bajo ese nombre ¿qué es lo que encuentras? ¿Acaso algo "extraordináreo" y que entre en "composiceón" sólo para formar esos "produtos"? No señor, hallas líquidos y óleos que abundan por todas partes y entran en la "composiceón" de líquidos y gases tenidos en grande estima por sabios é "inorantes," y renombrádos por su nítida limpieza, como el agua, los éteres de la glicerina, el ácido cenántico, el cloruro de sod.o y los fosfatos. Hecha la "separaceón" de esos componentes, el químico y el farmacéutico los embotellan ó ponen en frascos de diáfano y hermoso cristal (tal vez del que llaman cortado) y de esmerilado tapón, y señalándolos con "dotos" letreros en griego ó latín, los colocan en elegantes armarios de cedro ó caoba, como ejemplares de gran utilidad, demanda y valor. Por consiguiente, ya lo ves, todo es "cuesteón" de "preocupaceones" y rutina. En la obra de Dios no hay nada "súceo," y todo es obra suya. ¡Todo es, pues, aseado, y blasfema quien diga lo contrario! Aquello que "repuna" al "inorante," procede de la mezcla de nobles y valiosas "sutánceas", que tienen igual título á la "consideraceón" del hombre, que las llamadas limpias y perfumadas, como el azahar y las rosas.

—Pero, protestó Joaquín, no puede us-

ted negar que eso que la voz general llama desaseo, choca á la vista y al olfato.

—Para allá voy, hijo, para allá voy, ó mejor dicho, para allá iba. También en esto hay sólo "preocupaceón" y rutina. ¿Qué cosa más mal oliente que la "valereana" ó la azafétida? Y sin embargo, á nadie se le ha ocurrido hasta hoy, decir que sean inmundas esas "sustánceas." Y por lo que hace á la vista ¿qué puede haber más desagradable á los ojos que los hongos ó las ostras? Los hongos, blandujos, de sombrero terroso, velludo y deforme, hacen una "impreseón" intolerable á la simple vista; y las ostras, viscosas, opacas y con núcleos blanquecinos, tienen mucha semejanza con las "espetoraceones" humanas. Y sin embargo, ya ves cuán apreciados son unos y otras por la gente pulcra, elegante y encopetada: las parisienses se mueren por los primeros y las "ladies" más melindrosas sorben con infinito deleite toneladas de los segundos.... Queda, pues, demostrado que tu regla no es buena, y que lo que hiere la vista y el olfato, no es "súceo." ¡Convencionalismos y fábulas, hijo; nada más que fábulas, hijo; nada más que fábulas y convencionalismos!

—Pero nadie tiene derecho para molestar al prójimo con sus emanaciones pestilentes, insistió el joven con timidez.

—Esa es harina de otro costal; que se

laven y bañen en buena hora los que huelan mal; no porque eso tenga nada de particular, ya que la "traspiraceón" no es más que un poco de agua y otro poco de ácido y de sales; sino para evitar los melindres de la gente demasiado fina y aspaventera. Ya que el "boticáreo," que aspira día y noche el olor del yodoformo y el ungüento populeón (que no huelen á ámbar por cierto), puede meterse á delicado y hacer ascos al sudor, convengo en que se lave y enjabone el que trascienda á lo que por rutina ha dado en llamarse "hedeondez" ó peste; pero eso no "sinifica" en modo alguno que tenga igual "obligaceón" de hacerlo así, quien carezca de ese titulado "defeto".... Yo, por ejemplo, aunque me esté mal el decirlo, jamás he "eshalado" olores nauseabundos, y eso que, te lo confieso, hace como veinticinco años que no me meto en el agua.......; desde que sufrí una pulmonía, poco después de cumplidos los cuarenta años. Por cierto que el médico que me asistió me dió el buen consejo de no tener sino el menor trato posible con el agua. "De cuarenta para arriba, no te mojes la barriga," me dijo sentenciosamente; y desde entonces, habiendo seguido su parecer al pie de la letra, he vivido sano y contento..... Con razón decían nuestros abuelos que "la cáscara guarda el palo....." ¿Ves, como tu tésis no es tan cierta ni

fácil de demostrar como te lo figurabas? ¿Ves cómo tu teoría se reduce á errores y falsas delicadezas? Debes, pues, concederme la razón, y confesar que si no me baño, es porque no tengo por qué ni para qué..... Aunque fuese tan "hedeondo" como los zorrillos, nada aventajaría con bañarme.... Imagínate un zorrillo bañado, enjabonado y estregado con estropajos ásperos: ¿crees que olería menos mal debido á tan exagerados, pulcros y empeñosos esmeros?

Joaquín hubiera podido replicar que, fuese como fuese, la suciedad molestaba los sentidos, que con eso bastaba para que debiera evitarse, y que, considerado el aseo aun desde este solo punto de vista, era una especie de caridad debida al prójimo en rigurosa justicia; mas, por respeto á don Teodomiro, prefirió callar, aunque sin darse por vencido en sus personales propósitos, ni en sus deseos de propaganda higiénica. Así, pues, cambiando de táctica, no habló ya en lo sucesivo de las ventajas del aseo, sino sólo del calor sofocante de la atmósfera y del alivio que se sentía dentro del agua, ó bien de las virtudes confortantes que tenían las ondas saladas para curar toda dolencia, pues calmando la tensión del sistema nervioso, preparaban el organismo á una vida robusta y dilatada. Con aquella cautela, logró al fin, después de varias tentativas

abortadas, lo que hasta entonces no había podido conseguir y tanto deseaba, y fué ver en día inolvidable, á su querido maestro, despojado de sus viejas y descuidadas ropas, tomar el primer baño, después de cinco lustros de abstención hidroterápica.

Quien no hubiese sido tan cariñoso para don Teodomiro como lo era él, habría reído de buena gana, al ver en traje adámico la figura huesuda y amojamada de Gómez y Pérez, sus pantorrillas secas, sus brazos sin bíceps, sus pectorales sin músculos, su espina dorsal arqueada y espinosa por la prominencia de las vértebras, y su cabeza de pelo revuelto, terminada hacia abajo por barba luenga y aborrascada. Tal era el aspecto que presentaba aquel genio desconocido, libre de estorbos y pingajos. El miedo que el buen maestro mostraba al elemento líquido, hacía más cómica su figura, pues iba con pasos trémulos y menudos por el agua, como chicuelo asustado, que echa de menos la protección de la mamá. Joaquín, para infundirle alientos, le llevó por la mano, hasta el sitio donde las olas le alcanzaban á la cintura, y allí le sostuvo vigorosamente para que se serenase, y conviniese en zambullirse. Después de mil temblores y vacilaciones, logró obtener de don Teodomiro aquella nueva concesión, y verle darse un chapuzón en el agua, aunque agarrándose á él con ansias de náufrago

y espanto en los inyectados y bien abiertos ojos.

Por fortuna probaron bien los remojones al maestro, y como le ponían vigoroso y contento á ojos vistas, y según su misma confesión, siguió aplicándoselos con bastante regularidad. ¡Tan cierto es así, que hasta las naturalezas más indómitas suelen dejarse gobernar por la necesidad ó por la astucia! Mas nunca sucedió, con eso y todo, que don Teodomiro dejase de sentir un miedo cerval al elemento líquido, ni de oponer fuerte resistencia á internarse por él, aun en las partes menos hondas; si bien se dejaba vencer habitualmente por los ruegos de su discípulo, y se resolvía á dar un corto paseo mar adentro, bien aferrado á las manos de Joaquín. Y siempre, antes de salir del agua, trémulo, sofocado y con las carnes amoratadas, se detenía unos momentos á reflexionar sobre temas musicales, vuelto el rostro á la inmensidad azul y movediza, y haciendo estas ó parecidas observaciones:

—¿Oyes, Joaquín? El golpear de las olas forma el bajo continuo, y las voces del viento una opulenta sinfonía... ¿Qué diría Luis Viadana si escuchase esta profunda é incesante base de orquesta?.... Me preocupa averiguar las notas exactas por medio de las cuales podrían traducirse estos acordes. ¿Son do, mi, sol, do; ó

sol, do, mi, sol? No puedo precisarlo; pero estoy seguro de que el mar canta siempre en tono mayor, y el viento siempre en tono menor. El primero grita, amenaza, ruge; el segundo suplica, se lamenta y gime.... Óyelo; no dirás que me equivoco.

XI

Algunas metamorfosis.

Al volver Joaquín de Tepic, obra de dos meses después de su salida de Fópoli, tuvo ocasión de comprobar la verdad del adagio que dice: "quien de su casa se aleja, no la halla como la deja," pues encontró tan cambiado el Hospicio, como si fuese lugar distinto del antiguo. En realidad, hubiera podido afirmarse que todo había continuado inalterable, salvo algunos detalles; pero como eran estos precisamente los que giraban dentro del radio de vida del joven, todo lo veía al través de aquellas mutaciones, y de su impresión particular, sacaba deducciones generales.

Vagó las primeras horas después de su regreso, por patios, corredores y pasadizos, buscando algo que no podía encontrar; y como á nadie quería ú osaba interrogar, no le fué dable orientarse desde luego. Ese algo, como bien se comprende,

no era algo, sino alguien, y ese alguien, ¿Quién podría ser, si no Berta? Mas la joven no asomaba por ninguna parte—colegio, jardín, ni clase de música,— tanto que Sandoval llegó á temer se hubiese casado ya, ó estuviese ausente ó indispuesta; pero habiendo visitado la enfermería so pretexto de saludar á los empleados, no la halló ahí, y supo, además, que continuaba célibe y siendo moradora de aquella casa, lo mismo que siempre. Luchaba, entretanto, con impulsos contradictorios. Sus desengaños y recelos le aconsejaban no volver á pensar en ella, é irse tan lejos de Fópoli, que nunca tornase á encontrarla; mas, á la vez, era tan poderoso el afán que á ella le empujaba, que no podía resistirlo. ¡Hacía tan largo tiempo no escuchaba la música de su acento! ¡Hacía tantos meses que vagagaba lejos de su encanto! Ansiaba verla de nuevo, aun cuando fuese ingrata y amase á otro, pues sólo posar los ojos en su semblante era una bendición para su vida. Tiempo llegaría en que prescindiese de aquella delicia, y sería cuando su amada cayese en los brazos del alemán; mas por ahora, mientras el amarla é invocarla á toda hora, no fuese un delito, no había para qué se impusiese aquel martirio. Mas ¿cómo investigar lo que le pasaba, siendo que no tenía ni un confidente ni un amigo que pudiesen ayudarle á despe-

jar la incógnita? Don Teodomiro acababa de llegar, y era inútil para el caso. Para salir de dudas, se resolvió después de todo, á hacer lo mejor, y fué acudir á doña Dorotea López, cuya amistad con Berta era tan estrecha.

Llegóse, pues, al cuartito de la buena señora, y saludándola con comedimiento, tomó asiento y trabó conversación con ella; y después de una prolongada introducción insípida é inconexa, llevó las cosas lo más diestramente que le fué posible, al punto de preguntar por Berta con indiferencia fingida.

—¡Calle usted! prorrumpió doña Dorotea consternada; ¡si viera qué triste está la pobrecita! Nunca se le ve por ninguna parte, si no es en este departamento, á donde viene al caer la tarde.

—Pues ¿qué le pasa? preguntó el joven con voz insegura.

—¿No lo sabe usted? Pues lo que le pasa ha hecho bastante ruido en el Hospicio.

—Pero ¿no ve que he andado ausente?

—Es verdad. Pues que ha roto con el alemán, porque, según parece, el muy bribón la engañaba.

Tan violenta fué la emoción de Joaquín al oír aquellas palabras, que no pasó inadvertida ni para la misma señora López.

—¿Qué tiene usted? le preguntó. ¿Por qué se pone tan pálido?.... ¿y ahora ro-

jo? ¿Qué le pasa?.... ¿Quiere tomar un poco de agua?

—Subo de la costa, contestó el joven con esfuerzo, y á cada rato sufro vahidos y bochornos. Pero no es nada.... Acepto el agua. Mil gracias.

Las impresiones del joven al recibir la magna noticia, habían sido tan profundas como encontradas, comenzando por una gran sorpresa; pero tan profunda, dulce é inmensa era ésta, que le causaba espanto. Renacían de golpe sus ilusiones, miraba la luz surgir de nuevo en el horizonte, y le parecía que las alas de Berta tendidas antes hacia lejanías inmensas, volvían ahora hacia él y revoloteaban cadenciosamente en su torno. El imposible desaparecía, y la desesperación se trocaba en esperanza.... Pero á la vez, el golpe que había lastimado el tierno corazón de su amada, hería también el suyo de rechazo. ¡Qué agravio podría sufrir ella, que no sintiese él al mismo tiempo! Berta había llorado, y no era posible que él, que la amaba tanto, no llorase con ella y por ella. Lo que importaba principalmente era la dicha de Berta, y si para ello era preciso sacrificar la suya, hubiera estado dispuesto á inmolarla una y mil veces.

—¿Se repuso usted ya? preguntó doña Dorotea con solicitud maternal.

—Sí, contestó el joven; pasó el males-

tar y me siento bien. Conque ¿decía usted? continuó con aparente sencillez.

—Que Berta rompió con el alemán....

—¿Completamente?

—Completamente.

—Pero ¿no volverá á reconciliarse con él?

—¡Imposible! tiene bastante dignidad para ello.

Joaquín volvió á sofocarse, y, para disimular su turbación, se echó á toser con insistencia.

—¿Vuelve usted á ponerse mal? Tome otro sorbo de agua.... Tal vez le haga bien mezclada con azúcar para que le suavice los bronquios. Aquí tiene un terroncito.

El joven tomó cuanto se le ofrecía, y se hallaba ocupado en meter el azúcar en el agua y en chuparla después, cuando se presentó Paulina de modo intempestivo, radiante de contento, limpia, elegante y metiendo un ruido tremendo con el fru-fru de su joyante falda.

—Buenos días, Paulina, le dijo doña Dorotea levantándose para recibirla; tiempo hacía no la mirábamos por acá.

—No tanto, apenas una semana, repuso la recién llegada.

Y notando la presencia del joven, preguntóle:

—¡Cómo! ¿usted por acá? ¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana misma, repuso Joaquín. Yo tampoco había visto á usted por toda la casa.

—Con razón, repuso Paulina riendo. ¿Qué no sabe?

—¿Qué cosa?

—Que no vivo ya en el Hospicio. Me casé....

—¿Con Gustavo? preguntó el joven queriendo dárselas de listo.

—No, con otro, repuso la joven.

—¿Con Prudenciano? insistió cándidamente Joaquín.

—No, con otro, volvió á decir Paulina, divertida con el asombro que veía pintado en el rostro de su interlocutor. ¿Adivine con quién?... ¿A que no adivina?...

—Me declaro impotente, repuso Joaquín, rindiendo las armas.

—¡Con el señor don Arcadio Contreras y Espinosa!

—Y ¿quién es ese señor?

—El dueño de la hacienda de "Las Escaleras," que está cerca de Ameca, á la mano derecha, contestó Paulina con énfasis.

—¡Vaya! repuso Joaquín entre asombrado é incrédulo. ¿Se está usted divirtiendo conmigo?

—Soy demasiado seria para ello, repuso la joven con gravedad cómica. Una señora casada, y más con un marido de edad provecta, no tiene derecho para reírse de

nadie, ni por nada. Debe ser más seria que un responso... Es cierto...: pregúntelo á doña Dorotea.

Joaquín volvió el rostro á la señora López para interrogarla con la mirada.

—Cierto, repuso la buena anciana, interpretando aquella muda interrogación; Paulina dice la verdad.

—Pero ¿cuándo sucedió eso? preguntó de nuevo el joven, cuyas ideas parecían confundirse.

—Poco más ó menos, unos veinte días después de la salida de usted para Tepic, repuso Paulina. Tengo ya como mes y medio de casada....., soy casada vieja.

—¿Pero cómo fué eso? insistió Sandoval sin lograr volver en sí del asombro.

—Muy sencillamente, contestó Paulina. Cuando usted se fué, tenía yo dos novios, quiero decir, dos pretendientes, Gustavo y Prudenciano; pero ni el uno ni el otro llevaban trazas de nada, uno por pobre y otro por nulo. En esto, se presentó don Arcadio, hombre de pan, pan, y vino, vino, y sin más ni más, me propuso que nos casáramos; acepté y manos á la obra. Nadie niega que sea de edad el señor, algo tonto y nada guapo; pero tampoco se le niega el ser dueño de "Las Escaleras." rancho ubicado cerca de Ameca..., á la mano derecha del camino, llamado así por tantos altibajos como tiene.

—¡Pero usted no le quiere!

—¡Qué sé yo! repuso la joven encogiéndose de hombros. Las huérfanas no podemos permitirnos el lujo de casarnos por amor; eso está bueno para las señoritas "de" Dena.

Y rompió en una sonora carcajada.

Joaquín había tenido siempre una idea muy desfavorable del criterio y del reposo de la joven; pero no hasta el punto de creerla capaz de semejante aturdimiento; así que quedó sumamente sorprendido de cuanto oía, y ganas le dieron de pronunciar un discurso contra los matrimonios improvisados, desiguales y hechos por mero interés. Mas, comprendiendo que su moraleja sería trabajo perdido, y no haría más que provocar la cólera de la ex-asilada, se limitó á preguntarle después de breve pausa:

—¿Y qué tal el matrimonio? ¿Es usted dichosa?

—Sí y nó, repuso Paulina haciendo un mohín desdeñoso..... Sí, porque realicé lo que tanto deseaba, que era salir del Hospicio, donde estaba tan aburrida, y, sobre todo, porque salí de pobre. Por lo demás, nó, porque ese señor me lleva medio siglo.... Además, me enfada, me empalaga, me incomoda con sus necedades. No caen bien las ternezas en personas de su edad: se lo he dicho mil veces, pero no quiere entender. Tan pronto como me ve, hace unos ojos de borrego dego-

llado, que le van muy mal, pésimamente; y luego me persigue con palabras melosas y cargantes: "Paulinita" por aquí, "mialma" por allá, "mi vida" por acullá. ¡Qué fastidio! Yo le digo secamente "¿Qué?" "¿qué se le ofrece?".... "¿por qué me mira tanto?"—y me voy y quiero dejarlo; pero él va detrás de mí por todas partes, á la sala, al comedor, hasta la cocina.... ¡Es un pegote!

—Señal de que la quiere de veras, observó doña Dorotea.

—Señal de que es muy pesado, replicó Paulina.

—Hay que considerar, objetó Joaquín, que don Arcadio obra perfectamente en todo eso, primero porque Dios y la ley le dan derecho para ello, y después porque es usted tan guapa, que á cualquiera que no esté muerto y enterrado, podría pasarle lo mismo.

El joven soltó la lisonja medio serio y medio en broma. Que Paulina era muy hermosa y atractiva, era patente; y era más cierto todavía, que gustaba de galanteos, y que cualquiera podía ganarle la voluntad con sólo decirle tres piropos. Joaquín al lisonjearla, lo hacía con varios propósitos, y, entre otros, con el de suavizar de paso la mala voluntad que le tenía.

Paulina mordió el anzuelo. Sonrió con satisfacción, mostró contento en los ojos

y echó una mirada al espejo que tenía doña Dorotea arriba del lavabo, para examinar su figura y arreglarse el pelo. Inclinada ya á la benevolencia, consideró también á Joaquín, y se dijo para sí que, después de todo, había ganado bastante con la juventud el pobre mozo, pues algo se le había aclarado la piel con el restiramiento de la robutez y el constante aseo en que la mantenía; mostraba hermosa, blanca y cuidada dentadura, y descubría en la mirada profundidades extrañas, que la hacían interesante. No por eso, con todo, desapareció su añeja prevención contra él, pues los cargos de indio y pobre que en su ánimo le hacía, no podían ser destruídos tan fácilmente. A pesar de todo, repuso complacida:

—¡Vaya que se ha vuelto usted muy lisonjero! ¡Voy á decirlo á cierta persona!......

Y lo amenazó graciosamente con el índice levantando la mano diestra.

—¡Gran fuerza le hará!.... repuso el joven riendo; á ella nada le importo, ya sea que hable ó calle, vaya ó venga, viva ó muera.

—¡Ah, qué hombres! exclamó la joven con gesto cómico. Así son todos: apenas ven unas faldas, se vuelven locos y de todo se olvidan. Por eso yo no los creo.

—¿Está usted celosa de don Arcadio? preguntó la señora López sonriendo.

—¡Qué gracioso! repuso la joven. ¡Qué ocurrencias tiene usted, doña Doro!

Y se echó á reír con estrépito. Así continuó la charla buen rato, hasta que Paulina se levantó diciendo:

—Me marcho, voy á buscar á Berta, quiero saludarla...., lo mismo que á sor Ignacia y á las hermanas.

La señora López y Joaquín quedaron perplejos al oírla, pues no comprendían su nueva actitud hacia las religiosas, á quienes era público y notorio profesaba una inquina muy negra. Paulina lo comprendió y se explicó de este modo.

—¿Lo creerán ustedes? dijo. Me ha pasado una cosa muy rara desde que no vivo aquí, y es que me he reconciliado con las hermanas.... Ahora las echo de menos y hasta las quiero. ¿Por qué?.... No lo sé.... Es verdad que hasta con Picio me habría casado por tal de salir de esta cárcel; pero el caso es que desde que estoy fuera de ella y soy libre, se ha aplacado mi mal humor, y se ha convertido en una especie de nostalgia por el espacio que encierran estas paredes.

—Es que no tenía usted motivo para aborrecer á las religiosas, dijo doña Dorotea, ¡son tan buenas!

—¿Cómo que no? Me sobraba la razón para ello; pero ya les perdoné, y como si nada me hubieran hecho, concluyó la jo-

ven con tanta firmeza como magnanimidad.

Aún siguió hablando algún tiempo sobre el mismo tema, ya en pie, hasta que al fin salió de la pieza metiendo gran ruido con las faldas y los tacones.

—¡Lástima! exclamó doña Dorotea al verla marcharse; ¡lástima que sea tan ligera! A no ser por eso, sería excelente persona.

—Sólo que á ligera nadie le gana, repuso el joven sonriendo, pues parece que para ella se hicieron los versos de Rigoletto:

"La donna e movile
"Cual piuma al vento."

—Es verdad, agregó la buena señora; pero ya se corregirá.

—Mucho lo dudo, replicó Sandoval moviendo la cabeza con incredulidad.

No tardó Joaquín en despedirse también de la señora López, pues, habiendo sabido lo que quería, carecía ya de objeto su visita. Pasó el resto del día ansioso y violento, hallando todo muy monótono y el día demasiado largo; pero, al llegar el oscurecer, que era la hora que esperaba, según los indicaciones arrancadas á doña Dorotea, se dirigió lleno de emoción al departamento de ancianos y mendigos, donde aguardaba hallar á su amada. Y,

para divertir su impaciencia mientras llegaba la joven, fué visitando uno por uno á todos sus conocidos, deteniéndose principalmente cerca de los predilectos de Berta, y acariciando de paso al pobre niño Atenójenes. El notario don Sabas, que paseaba por entre las bancas, moviendo la cabeza á impulso de la parálisis senil, como diciendo un "no" eterno, le recibió con marcada alegría.

—¿Sabe usted?, le dijo: he recibido una buena noticia.

—¿Cuál, don Sabas?

—La de que mis hijos van á sacarme pronto de aquí. Un conocido que vino ayer, me contó que, habiendo encontrado al mayór de ellos en la calle, le oyó exclamar: "¡Pobre de mi padre! ¡Dígale que por allá nos verémos!"..... Así que de un momento á otro llegará por mí cualquiera de ellos. Tengo acomodado ya el baúl para no hacerlos esperar, sea cual sea la hora en que vengan.

—Dios lo haga, repuso Joaquín contristado, pues bien sabía que los hijos de don Sabas le tenían bien olvidado.

—Voy á dormir vestido esta noche, por lo que pueda suceder, agregó el anciano.

—No será menester eso, don Sabas, repuso el joven.

—Pero sí muy conveniente, siguió diciendo Machain; tengo prisa por salir del Hospicio. No es justo pesar so-

bre la caridad, teniendo hijos válidos, que pueden sostenerme. Los crié y eduqué, les dí cuanto pude, y harán bien en pagarme lo mucho que me deben.

—Con permiso, don Sabas, interrumpió Joaquín, con permiso.

Y corrió á encontrar á don Lino, quien salía en aquellos momentos por el corredor, arrastrándose penosamente con ayuda de su muleta. Le ofreció el brazo solícito, y le ayudó á llegar hasta la banqueta.

—Bien, muy bien, así me gusta, oyó entónces que alguien murmuraba á su espalda.

Volvió el rostro y vió á sor Agueda, que le contemplaba risueña á pocos pasos, y venía en compañía de Berta y Virginia, la primera muy pálida y triste. Al columbrar á su amada, por vez primera después de ausencia tan larga, sintió el corazón vuelto loco en el pecho, como ave asustada dentro de su jaula, y repuso tartamudeando:

—Ofrecí el brazo á don Lino, porque venía muy fatigado.... Buenas tardes, madre... Buenas tardes, Berta.... Buenas tardes, Virginia.

La religiosa y las jóvenes le contestaron afablemente.

—¿Quieres venir con nosotros? le preguntó Berta con dulzura; vamos á visitar á los conocidos.

—Con mucho gusto, repuso el joven radiante de júbilo, á pesar de que ya había hecho la ronda.

El grupo encabezado por sor Agueda, continuó luego avanzando, engrosado á poco por el contingente de José, y siguió la visita por donde quiera, con inefable gozo de los pobres; hasta que, al sonar las oraciones de la noche, se juntó la multitud en el patio, y cayeron todos de rodillas, mientras sor Agueda, con voz clara y llena de unción, rezaba la salutación del Angel á la Virgen, coreada por los circunstantes. Concluído el rezo, permitió la religiosa que Virginia cantase un poco; mas hízolo ésta con vena triste, sin duda por consideración á Berta, y con grave acompañamiento de la guitarra, entonando, entre otras, la canción del "Torneo," de nuestro poeta Calderón, la cual le pareció que ni mandada hacer para el caso:

"¡Esta es la vida!... ¿Y al mirar el féretro
Cobarde tiembla el mísero mortal,
Cuando la tumba es el asilo único
Donde se encuentra verdadera paz?"

Joaquín, entretanto, no perdía á Berta de vista, mientras ésta, silenciosa y absorta, mostraba no darse cuenta de lo que pasaba á su derredor; y á la luz mortecina de la tarde, le pareció ver brillar entre sus pestañas, la dolorosa gema de una lágrima.

—¿Qué tienes? le preguntó en voz baja, como si no supiese lo que tenía.

—Estoy muy triste, contestó la joven suspirando.

Ni Joaquín se atrevió á preguntarle, ni ella se atrevió á decirle por qué; mas el joven se propuso distraerla de sus penas, hablándole de cosas altas y hermosas.

—La hora es melancólica, repuso. ¡Si vieras cuán magníficas son las puestas del sol en el mar!

—¿Cómo lo sabes? ¿las has visto? replicó Berta maquinalmente.

—Sí, las he visto; no sé si sabrás que salí para Tepic, con don Teodomiro.

—Me lo dijo sor Ignacia.

—Pues llegamos hasta San Blas.

Berta miró atónita al joven.

—¿Tan lejos? murmuró interesándose en el relato. ¿Cuánto tiempo hace que te marchaste?

—Cerca de dos meses; la tarde del sábado de Dolores.

—¡Ah! ¡sí! creía que hacía más poco, contestó distraída de nuevo al recordar sus propios dolores, íntimamente ligados con aquella fecha.

Joaquín suspiró al notar que Berta no se había dado cuenta de la prolongada duración de su ausencia, y que prestaba ya poca atención á sus palabras; pero dulcemente, y como si hablase á un niño enfermo, continuó pintándole sus impre-

siones, con el fuego propio de su edad y su temperamento; y tales cuadros fué delineando ante sus ojos, de panoramas y paisajes, sierras, hondonadas, bosques, ríos, arroyos, cascadas, palmeras, manglares, playas, inmensidades marítimas, oleajes, tempestades, brisas, rugidos, quejas, músicas aéreas y tantas otras cosas como traía en la imaginación y el recuerdo, que logró, al fin, despertar su interés vivo é intenso, y hacerse oír distintamente por ella.

—¡Qué hermoso debe ser todo eso! exclamó embelesada la joven.

—Sí, muy hermoso, Berta, repuso Joaquín con acento grave. Es sublime la obra de Dios, y ha sido este viaje una revelación para mí. Presentía cuanto he visto, pero la realidad ha superado á mis más brillantes sueños. Desde que salí de Fópoli, comencé á recibir impresiones inesperadas. El campo me pareció inmenso; hallé enormes las montañas; las peñas, los barrancos, los árboles, todo, desde lo más pequeño hasta lo más grande, hirió vivamente mi imaginación. Pero eso fué nada, comparado con la emoción que sentí al aproximarme á la costa. ¡Si vieras qué vegetación aquella! ¡Si vieras qué corpulencia alcanzan aquellos árboles, y qué tupidos y espesos son aquellos bosques! Se caminan leguas á la sombra de copas entrelazadas, y aun á veces hay dificultad

para cruzar entre los apiñados troncos y tallos, y es preciso abrirse uno mismo su sendero al través de la espesura, con el hacha ó el machete. Aquella atmósfera está profusamente habitada por organismos alados de todos tamaños; desde el menudo insectillo, que zumba y pica, desde las abejas que rondan formando enjambres en torno de los panales, hasta las avecillas de pintadas plumas y los corpulentos guacamayos y papagayos, hay una infinita variedad de seres volátiles, que cruzan los aires, y cantan, pían ó graznan poblando el espacio de música, movimiento, color y alegría. En medio de aquel salmo perenne de vida, se destacan cantos solitarios tan delicados y dulces, que no es posible que los imiten voz humana ó instrumento armonioso. Quedábame extático á cada paso, como el monje Alfeo, oyendo la voz de algún pajarillo, que se me antojaba ave del paraíso, por lo melodioso de su canto; y se necesitaba que don Teodomiro ó alguno de mis compañeros me sacasen de mi arrobo para poder continuar la marcha. Mis impresiones fueron creciendo á medida que nos acercamos al mar. Algunas leguas antes de llegar al puerto, pudimos, desde una altura, columbrar el Océano. No puedo expresarte lo que sentí cuando le ví á los lejos, como inmensa llanura plomiza y fulgurante, extendiéndose hasta el remoto confín; se

me figuraba que era víctima de una hermosa alucinación y que al fin no podría llegar hasta él. Cuando me encontré ya en la playa, teniendo á la vista aquella misteriosa inmensidad, experimenté una sensación como de vértigo. ¡Qué espectáculo tan imponente! Aquello sí es grande y sublime. Una masa enorme, sonora é inquieta, entregada á los vaivenes del viento y á las mutaciones de la luz; imagen del cielo, del misterio y del infinito... La vista se pasea á lo lejos sin encontrar término, valladar ni coto, y el pavor de lo inmenso y de lo arcano se apodera de la conciencia. Asusta y encanta aquella llanura formidable. Es un orden de cosas, un mundo, un modo de ser opuesto á lo que siempre se ha visto. La tierra está quieta, y sobre ella fundamos nuestros edificios y nuestras obras; aquella inmensidad se muestra siempre agitada y conmovida por temblores ó espasmos, ya la ricen los blandos céfiros, ó bien la azote el huracán desencadenado. ¡Cuántas noches pasé á solas en la playa, contemplando su ancho y bruñido espejo, herido por los rayos de la luna, que trazaba en la ondulante superficie una huella argentina de blanca luz, como de éxtasis y sueño! ¡Cuántas me sorprendió la aurora sentado en lo alto de algún peñasco, acechando las primeras ráfagas del día para mirar la gloria de la luz retratada en la inmensa y

clara superficie! ¡Fiesta de esplendores arriba, y fiesta de colores abajo! No sé qué enlace misterioso existe entre el aspecto de las cosas y sus propios rumores, entre la forma y el sonido, entre el color y la música. Las voces de aquella naturaleza y del lejano horizonte iban cambiando á medida que la oscuridad se esfumaba, recibiendo primero la blanca pincelada del alba, tiñéndose luego con el rubor de la aurora, coloreándose después con las lejanas refulgencias del sol, y acabando por convertirse en fragua de vivas llamas al aparecer el astro del día; y así también los rumores marítimos iban cambiando de entonación y aumentando en intensidad á compás de aquellas metamorfosis, sonando ténues antes del amanecer, juguetones y discretos antes de rayar el alba, y convirtiéndose en "crescendo" constante y solemne hasta romper en himno grandioso y solemne á la aparición del sol. Entónces vibraban los rumores, los ecos, los sonidos, el fragor mismo del mar con toda su fuerza, como una inmensa, potente y majestuosa sinfonía, como coro de voces salidas de un prodigioso instrumento de maravilloso registro é infinita variedad de tonos, capaz de producir cantos dulcísimos y gemebundos como los de la viola, plegarias místicas como las del órgano, gritos guerreros como los del clarín, y rugidos espantosos, como los bramidos del averno.

Berta escuchaba á su compañero de infancia con creciente interés á medida que éste desarrollaba su tema. Nunca le había oído hablar de aquella manera, y no había llegado á sospechar fuese capaz de una elevación tal de ideas, ni de una fantesía tan ardiente, ni de unos arrebatos tan intensos. Inclinada ella también por disposición natural, á todo género de entusiasmos artísticos, vivía predispuesta á la emoción soñadora, la cual se despertaba en su interior al brillo de cualquier ráfaga luminosa, al eco de cualquier acento musical ó al reclamo de cualquier palabra poética: todas aquellas cosas ponían en vibración las fibras ocultas de su organismo exquisito. Así, pues, sin echarlo de ver, sin quererlo ni saberlo, fuése dejando llevar por el blando halago de tan fogosas descripciones, y á poco de haberlas oído, volaba ya su imaginación por encantados espacios, miraban sus ojos deslumbrantes claridades y escuchaban sus oídos místicos y arrebatadores acentos, lejos, muy lejos de este mundo de miseria, desencanto y dolor.

—¡Cuánto debes haber gozado! repuso maquinalmente. ¡Qué felicidad mirar y oír todo eso!

—Todo el tiempo que permanecí en comunión con la naturaleza y á la vista del mar, siguió diciendo el joven, me pa-

reció un éxtasis: no me di cuenta de él, ni sabía dónde me hallaba.

—¿Cuántos días permaneciste en el puerto?

—Cerca de cuatro semanas; ni don Teodomiro ni yo queríamos salir de ahí. Ibamos por cuarenta y ocho horas, y nos quedamos casi un mes.

—¡Con razón! A mí me hubiera pasado lo mismo; se me figura que si llegase á ver el mar, me volvería loca de emoción.

—Gozarías mucho, sí, porque serías capaz de comprender cuanto vieses y oyeses.

—¿Lo crees? Temo me faltasen ojos para ver, oídos para oír é inteligencia para comprender tanta belleza.

—Sería un espectáculo digno de tí; te encontrarías como en tu elemento.

Berta suspiró suavemente y quedó absorta en sus propios pensamientos.

—Voy á confiarte una debilidad, prosiguió el joven.

—¿Qué, Joaquín? preguntó Berta alarmada, temiendo le hablase de amores.

—Que traje de aquellos mares y tierras una buena provisión de pecados poéticos y musicales. Hice versos por allá, te lo confieso. ¿Quién no los hubiera hecho? Brotaban de mi alma por sí solos; y sobre todo, compuse mucha música. Me fluían las ideas espontáneamente, y sin trabajo concluía las composiciones, una

después de otra. Nunca me hubiera creído capaz de producir tantos temas y cantos; aquel mundo maravilloso me los inspiró; no brotaron de mí, son obra suya Yo no hacia más que traducir las voces que oía, y confiarlas al papel. ¡Ójalá sean mis trabajos eco fiel de mis emociones! Don Teodomiro los mira con ojos cariñosos y los elogia acaso más de la cuenta. ¡Quiera Dios que te agraden!

—Deben ser muy bellos é inspirados, porque sabes pensar y sentir bien.

Joaquín se extremeció de placer al oír aquel elogio, que era el primero que salía para él de labios de Berta; y continuó diciendo:

—Ya oirás todo eso, si me tienes paciencia. Te leeré las poesías y te tocaré al piano las piezas... Algunas de ellas son para banda, otras para orquesta, y van á ser instrumentadas por don Teodomiro. Pronto las oirás. Tú también tomarás parte en la ejecución, pues algunas de mis cancioncillas irán muy bien á tu voz.

—Ya no canto nunca.

—¿Por qué?

—Porque estoy muy triste.

—Tmbién mis cantos son tristes; se juntarán nuestras tristezas.

Así continuó la conversación hasta bien entrada la noche, cuando al fin fué preciso á los jóvenes despedirse de sor Agueda y separarse. Joaquín se apartó del gru-

po discretamente; José continuó acompañando todavía á Berta y Virginia durante algún tiempo.

—Con permiso de Berta, dijo el mozo á la ciega, quiero comunicarte una novedad.

—¿Cuál, José? interrogó Virginia con dulzura. Todo puedes decirlo delante de Berta, porque es mi amiga de confianza; es como otra yo.

—Ya lo sé, prosiguió el carpintero; lo que deseaba decirte es que hablé ya con sor Ignacia respecto de nuestros proyectos.

—Se habrá enfadado, prosiguió la ciega alarmada.

—Ni por asomos. Me dijo riendo, que ya lo sabía todo y que lo aprobaba; que eres muy buena y que vamos á ser muy dichosos.

—Bendito sea Dios.

—Me ofreció también recomendarme con sus relaciones para que me den trabajo.... Ya tengo taller; ayer encontré un buen local en calle céntrica, con tres piezas interiores para habitación, y nada caro; vamos á quedar bien instalados.

—¡Hola, hola! terció Berta benévolamente. ¿Conque tan adelantados así tienen ustedes sus negocios? ¡Y nada me habías dicho, Virgen!

—Es que yo misma no lo creo. Oigo hablar á José de nuestro enlace, y me

parece que sueño. No es natural que me quiera, prosiguió la ciega haciendo alusión á su novio. Soy una mujer inútil, y no podré servirle para nada. Es verdad que lo quiero; mas por eso mismo debería dejarle en libertad, para que buscase otra mujer que tuviese los ojos sanos, y pudiese entenderse con su casa, lavar, coser, planchar y cuanto fuese necesario. Yo no podría servirle más que de estorbo.

—¡Si vieras, Virginia, cuánto pesar me da que digas esas cosas! repuso el joven con tristeza. Se me figura que no me quieres al hablar así.

—No lo vuelvas á decir; sería capaz de dar la vida por tí, repuso la ciega con vehemencia.

—Pues no repitas eso nunca, nunca.

—¿De suerte que no te fijas en que soy ciega?

—Sí me fijo, y por eso precisamente te quiero más, pues gozo mucho pensando que voy á cuidar de tí yo mismo, á conducirte por todas partes, y á darte cuanto necesites por mi propia mano, para que nada te haga falta.

Lágrimas de ternura y reconocimiento rodaron por las mejillas de Virginia al oír tan tiernas y enamoradas palabras.

—Dios te lo pague, concluyó tendiendo al mancebo una mano, que éste oprimió suavemente.

—José, exclamó Berta conmovida, tienes buen corazón, y eso vale más que nada; los buenos sentimientos son la riqueza mayor que el alma puede atesorar.

Y pensó con amargura que á ella no le había tocado tan buena suerte como á su amiga, pues había sido engañada por un hombre de aspecto seductor, pero de corazón perverso. ¿De qué le servía á ella tener sana la vista ó para qué estorbaba á Virginia la ceguera, si los ojos sanos no descubrían la impostura, y los apagados y sin luz hallaban el camino de la felicidad?

XII

Primeros Preludios

Joaquín y Berta conservaron grata impresión de la plática que acababan de tener. Aquél había podido por la vez primera de su vida, hablar con alguna libertad delante de ella, sin sentirse cohibido ni subyugado por su presencia, como le había pasado siempre; por lo que estaba satisfecho de sí mismo, no ocultándosele el buen efecto que sus descripciones y la ardorosa emoción de su voz habían producido en el ánimo de su amada. Una esperanza confusa comenzaba á delinearse

en los limbos de su conciencia. ¿Por qué? Acaso no tenía base sólida en qué fundarla. Carecía de plan fijo para lo porvenir, y no se proponía cosa alguna determinada; se contentaba por lo pronto, con la satisfacción de haber visto, oído y tenido cerca de sí por un instante á la huérfana, pendiente de sus labios, pues no recordaba haber pasado, desde la infancia, otra hora tan dichosa como aquella. Con la doble vista propia de los enamorados, había adivinado, ó mejor dicho, sentido, que la disposición de Berta para él era más benévola que antes, y que ya no le miraba con desdén, ni huía de él, ni procuraba abreviar los diálogos que ambos tenían. Y era que, pasada, después de largo tiempo y muchas lágrimas, la crisis dolorosa, había parecido á la huérfana que volvía en sí de una prolongada alucinación, y había acabado por comprender que por su posición humilde y desdichada, sus amores con Julio habían sido un delirio, del cual debía prescindir para siempre. Durante aquel período de lucha é incertidumbre, había pedido consejo á las personas de su cariño y confianza, y entre otras, á doña Dorotea, quien, después de reflexionarlo maduramente, había aprobado su decisión. Lo mismo había hecho sor Ignacia. Ambas convenían en que había que defender la dignidad antes que todo, y en que los po-

bres deben velar por ella más que los ricos. Fuerte con aquellos consejos y propósitos, se dirigió á Grimm por escrito en carta seca y breve, diciéndole que, después de haber examinado su conciencia con detención, se había persuadido de que no le quería; y que, por lo tanto, todo quedaba concluído entre ellos. Por el mismo correo, le devolvió, además, las cartas y flores que de él había recibido, sin reservarse cosa alguna, ni un papel, ni una cinta, ni el pétalo de una flor. Por fortuna había podido echar mano de aquel medio de ruptura rápido y concluyente, por no haber llegado á corresponder el amor de Julio de un modo claro y resuelto; pues, aunque era verdad que sus ojos y sonrisas, y los pequeños favores que le había dispensado, habrían hecho pensar á todos, incluso á él mismo, que ella le amaba, las cosas no habían pasado de aquel estado, y le permitían todavía tomar el camino que mejor cuadrase á su voluntad. Confió, pues, al correo, la esquela de rompimiento y el paquete que contenía las "cosas" de Grimm, procurando que ni su mano temblase al escribir, ni quedase manchado el papel con las lágrimas que corrieron de sus ojos al dictar la suicida sentencia; y una vez hecho eso, se encerró en su resolución como en torre inexpugnable, decidida á no prestar oído ni atención á ru-

mores ó esfuerzos (incluyendo sus propios suspiros), que tendiesen á hacerla flaquear, y procurando borrar de su corazón la imagen del ingrato, de la memoria su recuerdo, y del alma todo pensamiento que le evocase. Y como suelen las almas buenas alejar de la mente los incentivos del pecado y los fantasmas que encienden el fuego de las pasiones, procuró rechazar toda divagación interior, todo traidor sollozo que la llevasen á tan triste pasado; y cada vez que pensaba en Grimm, hacía la señal de la cruz como si mirase la sombra del príncipe de las tinieblas.

Sor Ignacia le ayudó á llevar á cabo el intento, alentándola con sus exhortaciones, y manteniendo cerrada para ella toda comunicación con el exterior, á cuyo fin fué convenido que Berta no saliese del Hospicio durante largo tiempo.

Hízose de pronto el silencio en derredor de Berta, por lo mucho que tardó su carta en llegar á Colima; mas comenzaron después á llover las esquelas de Grimm, si bien la superiora tuvo buen cuidado de interceptarlas y devolverlas intactas á su punto de partida. Pero Julio no se daba por vencido, y al encontrar cerrada la puerta más directa, procuró forzar otras, y aun llegó á escribir á la misma sor Ignacia, rogándole abogase en su favor, asegurándole que amaba á Berta con delirio y pidiéndole con vivas

instancias, permitiese que sus cartas llegasen á manos de su amada y fuesen leídas por ella. Mas la superiora le contestó que, en tratándose de asuntos de aquella naturaleza, deseaba permanecer neutral, porque juzgaba que tal era su deber, tanto más cuanto que, siendo la huérfana discretísima, y habiendo pasado ya de los veinte años, poseía el juicio suficiente para resolver por sí misma lo que mejor pudiese convenirle. Agregó también que la joven se negaba rotundamente á aceptar sus ofertas, y que, por lo mismo, continuarían siendo devueltas las cartas que llegasen al Hospicio. A esa contestación tan categórica, siguieron nuevas instancias de Grimm; pero todas inútiles. Y como desgraciadamente para el joven, no le fué posible desprenderse de Colima en el acto, por la tiranía de los negocios, la crisis siguió echando raíces y fueron robusteciéndose poco á poco los hechos consumados, como pasa siempre, cuando los males no deben tener remedio; pues si Julio hubiese volado luego á Fópoli y violentado las puertas del Hospicio, quizás habría podido poner en claro la cábala urdida por Consuelo y conquistar el terreno perdido en el corazón de su amada. Entretanto, razonaba Berta de esta manera:

—Soy expósita, no se sabe quiénes son mis padres, y aunque se cree que mi fa-

milia sea buena y decente, bien puede ser otra cosa. Aun suponiendo que los que me dieron el ser tuviesen buena posición social, tal circunstancia no mejoraría mi destino, pues no soy, de hecho, más que una huérfana que vive de la caridad pública. Siendo, pues, tan menguada mi suerte, mis pretensiones á enlazarme con un hombre de mérito y posición, han sido necias y risibles. He hecho muy mal al considerarme superior á mis hermanos de infortunio, pues no hay diferencia alguna entre ellos y yo: ellos y yo somos iguales. Nunca podrán pretenderme de buena fe los jóvenes ricos, porque ellos buscan novias y esposas en el círculo á que pertenecen, y deben verme como su inferior, y con lástima, cuando nó con humillantes y torpes deseos, de esos que encienden el rostro de rubor y despiertan la ira del alma. Los jóvenes "decentes" suelen no tener más que esas intenciones respecto de las muchachas pobres. La lección que acabo de recibir debe ponerme en guardia contra tales peligros; mi deber es conformarme con la suerte que Dios me ha deparado, encerrarme dentro del medio en que me he criado y resignarme á vivir con mis igua les. Debo dirigir mi vida y buscar mi porvenir dentro del mundo que me rodea, y del cual no puedo ni debó salir.... És triste renunciar á ilusiones hermosas, á

aspiraciones halagadoras y á dichas soñadas; mas sería peor echarme en brazos de ilusiones traidoras y peligrosas. ¡Seré digna y honrada, aunque me cueste mares de llanto y hasta la vida!

Así, la misma serena razón, el mismo luminoso y recto criterio que Dios había dado á la joven, habían servido para completar la obra de una rival astuta; pues si Berta no hubiese sido tan juiciosa ni reflexiva como lo era, se habría encerrado menos en su fatalismo, y algo hubiera encomendado al arrojo, obligando tal vez al destino á modificar sus dolorosas sentencias. Mas siendo como era, el mal no tenía remedio. Hondamente penetrada de aquellas razones, había acabado por entrar en calma dolorosa, en sumisa resignación. Aun solía llorar, mal de su grado, cuando quedaba á solas; aun solía recordar sollozando las escenas de un ayer venturoso, y mágicas palabras é imágenes deslumbradoras, solían cruzar todavía por su mente; pero con firme voluntad iba borrando del espíritu y el corazón los rastros de aquellas auroras y las blancas estelas de aquellos astros, que habían surcado con vuelo efímero el cielo de su existencia.

. . . .

Mantuvo reservados don Teodomiro los ensayos de las piezas compuestas por Joaquín durante su ausencia, haciendo

estudiar por separado sus partes á los músicos y obligándolos después á armonizarlas por grupos parciales, que no pudiesen dar idea de la obra; y cuando fué tiempo de proceder al ensayo general, se llevó á casa toda la banda, y en el destartalado patio de su pobre morada, dió la última mano á aquel artístico empeño. Concluídos los trabajos de preparación, se presentó solemnemente á sor Ignacia, diciéndole quería darle á conoçer algunas composiciones originales de su discípulo Joaquín Sandoval.

—No las califico, madre, dijo el "maestro de Capilla," porque va usted á oírlas y tendrá "ocaseón" de apreciarlas en su justo valor; á mi juicio son "escelentes." ¿Dónde y cuándo quiere usted que tenga lugar el estreno?

—El jueves que usted elija, por ser día señalado para recreo en esta casa. En cuanto al lugar, será el patio del departamento de pobres, dijo la superiora, tanto por ser el más extenso de todos, como para llevar esa fiesta á los infelices.

—"Perfetamente," repuso Gómez y Pérez; en tal caso darémos la "audiceón" el "prósimo" jueves.

Diáfana, serena y tranquila fué la tarde en que se realizó el gran acontecimiento. Los hospicianos que formaban la banda, vistieron con tal ocasión sus trajes de gala, y se veían muy elegantes con sus uni-

formes de color azul y blanco y sus kepís rematados al frente por un rígido airón de blancas crines. Don Teodomiro se echó encima las mejores prendas de su guardarropa, y aun entregó la cabeza al barbero para que cortase y arreglase su barba y cabellera; y como sor Ignacia estaba deseosa de dar mayor realce al estreno y acrecentar la fama del Hospicio, invitó á numerosas personas de fuera para que honrasen el acto con su presencia. Así fué que elegantes damas y caballeros acudieron puntuales á la cita, y muy bello aspecto presentaba el patio, henchido de público selecto. Pronto quedaron ocupados los asientos preparados en hileras circulares para recibir á la concurrencia, y ésta se vió obligada á dispersarse por el vasto local, y acomodarse como fué pudiendo, debajo de los arcos, en los claros de las puertas y aun trepando al alféizar de las ventanas.

Los atriles colocados cerca de la fuente, sirvieron de punto céntrico á la reunión.

Berta figuraba en buen lugar al lado de las religiosas. Sus aficiones artísticas y su afecto fraternal hacia Joaquín, por más tibio que fuese, le hacían sentir vivo interés en favor del joven, y sincero deseo de que tuviese buen éxito aquel ensayo. Sandoval formaba parte del grupo de músicos, y estaba visiblemente pálido. Aun-

que sabía que sus composiciones eran eco de emociones hondamente sentidas, abrigaba temores respecto á la exactitud y al arte con que hubiese sabido traducir al papel sus propias impresiones. Un fracaso le hubiera sido doloroso en cualquier circunstancia, pero más, mucho más en aquélla, tanto por la muchedumbre que se hallaba presente y se mostraba impaciente por oirle, como por sentir cerca de sí á su adorada Berta, ante cuyos ojos deseaba crecer y trasfigurarse. Por fortuna sentía alguna confianza en sus propias fuerzas, y una voz secreta le auguraba un éxito venturoso. Cuando acabaron de llegar los invitados y fueron invadidos todos los sitios disponibles, inclusas las amplias azoteas que circundaban el vasto cuadrilátero, se reunieron los músicos en torno de don Teodomiro, y éste, erguido en medio de ellos y blandiendo la batuta, habló en la forma siguiente:

—Señoras y señores: la pieza que van ustedes á oír, se llama "El Océano." Es un himno compuesto por mi aventajado discípulo Joaquín Sandoval, que presente está, hijo de este plantel y de poco más de veinte años de edad. La composición expresa las "impreseónes" del autor á la vista del Pacífico.

Se hizo luego el silencio; callaron las conversaciones, murmullos y cuchicheos, y las miradas de los espectadores se fija-

ron en la banda. Don Teodomiro dió la señal y se produjo en el acto una explosión magnífica de notas. Era un tema opulento, en cuyo fondo se destacaba un canto grandioso, acompañado y realzado por una armonía rica y bien combinada. Los circunstantes entraron desde luego en el pensamiento de la composisión y estuvieron como en suspenso desde el primero hasta el último de sus pasajes; pero nadie siguió con mayor atención su desarrollo, que nuestra amiga Berta. Su naturaleza eminentemente impresionable y la preparación artística que había recibido desde la infancia, la predisponían para comprender, penetrar y sentir mejor que ninguno otro, las bellezas de la partitura. Desde que sonaron las primeras armonías, salió, por decirlo así, del medio donde se hallaba, y, bajo la impresión de los mágicos acordes que bogaban por los aires, se sintió como trasportada por el espacio, y como flotando sobre las aguas del mar, cuya extensión ilimitada veía y sobre la cual resbalaba sin hallar playa ni ribera. Luego le pareció percibir en remota lontananza, un débil rayo de luz hacia el cual volaba, y á medida que iba avanzando, la claridad del horizonte iba creciendo y el piélago iba perdiendo también sus tintas sombrías y tiñéndose de matices claros y sonrosados. Frescas y suaves brisas le

acariciaban la frente, sacudían su cabellera y le llenaban el pecho de inmensa delicia, mientras la claridad del confín iba adquiriendo mayor expansión, hasta trocarse, de pequeño rasgo blanquecino, en viva incandescencia, reverberación poderosa, y cegadora explosión de ráfagas ígneas. La sublimidad de aquella fiesta de colores, se reproducía en el mar, que chispeaba también con centelleos de regia pedrería y explosiones de enormes hogueras. A la vez entró el piélago en movimiento, y siguió creciendo en inquietud, hasta que acabó por mecerse todo entero, y formar olas y arrugas como serranías y cordilleras, en tanto que el sol, apareciendo sobre su lejana curvatura, teñía con sus rayos de oro las crestas movedizas y cristalinas. La música prorrumpió entonces en armonías tan magníficas, como el orto del sol sobre las aguas.

Al expirar la última nota, no hubo más que un impulso y una voz en el auditorio para aplaudir á Joaquín, mientras éste, profundamente emocionado y con lágrimas en los ojos, hacía cuanto le era dable por manifestar su gratitud con mímica poco airosa.

Sor Ignacia no se contentó con la expresión lejana de su aprobación, sino que hizo señas al joven para que se le acercase.

—¡Chiquillo! le dijo, estoy admirada de tí. ¿De veras, es tuya la música? ¿No la copiaste de ningún libro?

Don Teodomiro, que acompañaba á Joaquín, se apresuró á protestar indignado:

—El Himno, dijo, no tiene una sola nota ajena; lo aseguro á usted á fe de caballero.

—Lo creo, repuso sonriendo sor Ignacia. Y continuó dirigiéndose al maestro: ¿No le parece admirable lo que ha hecho este muchacho?

—¡Por supuesto! repuso el maestro; en toda la "extenseón" de la palabra.

—¡Que Dios te bendiga! prosiguió sor Ignacia, dirigiéndose á Joaquín. Nosotras (las religiosas) y el Hospicio todo, estamos orgullosos de tí.

—Quiera Dios, repuso el joven con voz entrecortada, que el cariño que ustedes me profesan no las ciegue hasta el punto de ver mérito donde no lo hay.

—¡Eso se llama modestia! exclamó don Teodomiro con tono de zumba; no es más que eso. Ni él mismo lo cree.

Berta, que estaba al lado de la superiora, miraba á Joaquín con admiración. Le consideró buen espacio al soslayo, examinándole los ojos y la frente, como si quisiese encontrar en aquella parte de su rostro, alguna refulgencia exterior, muestra y reflejo de la inspiración interna.

que en tan bellas composiciones se traducía. Después, le dijo lentamente y con profunda convicción:

—¡Qué talento tienes!

Aquel elogio eclipsó á los ojos de Joaquín todos los aplausos, aclamaciones y triunfos que acababa de gozar; todo eso se desvaneció en el ambiente como leve humo, para quedar sonando sola en el fondo de su corazón aquella sencilla frase, galardón precioso de sus multiplicados afanes: "¡qué talento tienes!" "Ella" había aprobado, sentido y admirado su obra; por primera vez desde que se conocían, se habían fijado en él con interés los ojos de ella; por vez primera había adquirido él ante la consideración de su amada una dignidad y una significación que lo convertían en un hombre nuevo. ¿Qué más quería?

El curso de aquellas reflexiones fué interrumpido por la llegada de Paulina, quien, á pesar de acudir tarde á la cita, no se conformó con quedarse en la última hilera de sillas, sino que, pidiendo permiso á éstos, molestando á aquéllos y deslizándose como anguila por entre personas y cosas, se fué colando hasta el circuito central próximo á la orquesta. Tras ella venía caminando difícilmente el bueno de don Arcadio, quien hacía torpes esfuerzos por imitar su ligereza y flexibilidad. Desde luego se cono-

cia que Paulina había intervenido en el arreglo de la indumentaria del vejete, pues mostraba éste mayor aseo que el usual en su persona, llevaba recortados pelo y barba, limpios el cuello, la pechera y los puños de la camisa, y vestía traje nuevo y no mal cortado; si bien no se echaba de ver su elegancia, porque la figura y continente de Contreras no se prestaban para despliegue alguno de gracias. Como quiera que fuese, había mejorado bastante de aspecto; pues parecía ya ayo de casa grande, caminando en pos de la señorita.

Se abrió paso Paulina, como íbamos diciendo, hasta el centro del concurso, y al llegar á aquel punto, en voz alta saludó á las religiosas, besó con estrépito á sus amigas y se colocó á manera de cuña entre Berta y la sor que la seguía, tomando para sí la mitad del asiento de cada una de ellas; en tanto que don Arcadio permanecía en pie á poca distancia, embobado y hecho una tarumba.

—Mira á tu marido, dijo Berta á Paulina, designándoselo con la mirada, no sabe qué hacer.

—Que se coloque donde pueda, repuso Paulina alzando los hombros.

Mas luego agregó:

—Don Arcadio, ahí no está usted bien, porque quita la vista; busque otro lugar para colocarse.

Y le designaba con la mano el fondo de los corredores.

El pobre hombre se disponía á obedecer la indicación y á desandar lo andado, cuando sor Ignacia, dolida de su encogimiento, le ofreció un sitio no lejos de ella, obligando á sus subordinadas á entrar en incómodos arreglos y compresiones.

—¡Ay tú! siguió diciendo Paulina á Berta: ¡si vieras lo que acaba de pasar!

—¿Qué? repuso la interpelada.

—Que me encontré con las "ñatas," al cruzar por el paseo. Su cochero pretendió dejarnos atrás, llevando á gran trote los caballos; pero el mío, que es más listo, no se dejó ganar la delantera. Mi tronco y el de ellas comenzaron á trotar, luego galoparon, y acabaron por correr furiosamente, como desbocados. Yo gritaba á Blas desde mi asiento que no se dejara ganar, sucediera lo que sucediera. Don Arcadio quería dar contraorden, temeroso de que se volcase el vehículo ó atropellásemos á algún transeunte, pero no le permití hablar, y á poco andar, acabamos por ganar la partida. En el instante en que nuestros coches iban próximos, comenzaron las "ñatas" á burlarse de mí y de don Arcadio, dándose al codo y prorrumpiendo en risotadas; pero cuando me cansé de sufrirlas, no hice más que volver el rostro hacia ellas, levantándome la punta de la nariz con este dedo (y mos-

traba el índice de la mano derecha), para mostrarles mis ventanillas, recordarles las desvergonzadas suyas y reducirlas al orden. Luego comprendieron la alusión; se pusieron rojas de cólera, me lanzaron miradas furibundas, y no sabiendo ya qué hacer, me volvieron la espalda. Entónces solté una ruidosa carcajada y pasé adelante.

Berta oyó el relato con escasa atención. El nombre de las "de" Dena había evocado recuerdos tan dolorosos en su mente, que había trasportado su imaginación á escenas y acontecimientos que pugnaba por olvidar.

—No les hagas aprecio, repuso distraída; finge que no las ves cuando las encuentres. Quisiera no volver á oír su nombre.

—Porque eres buena y tímida; yo no, porque soy rencorosa y mala. Me tienen que pagar todas las que me deben.

En esto volvió don Teodomiro á reunir á los músicos, y tan pronto como los vió convenientemente formados, advirtió de nuevo al concurso:

—La pieza que vamos á tocar, es también original de Joaquín; lleva por nombre "La Voz de las Olas."

Y enarbolando la batuta, la agitó tres veces en el aire.

—¡Una..., dos.... tres....!

Al sonar la última palabra, se desgra-

naron las notas de la banda como lluvia de perlas sobre lámina de oro.

La conversación de Joaquín cuando volvió de San Blas, había puesto á Berta sobre la pista de lo que aquella composición representaba; así que no tuvo más que recordar las descripciones del joven y dejarse llevar por los impulsos de su propia imaginación, para ir oyendo, á medida que los temas se desenvolvían, ecos y murmullos del piélago distante. Sonó primero un rumor vago de menudo y fino oleaje, rizado apenas por suave brisa; pero sucesivamente fueron destacándose de la masa musical, ya el parloteo acompasado y distinto de las olas, ya los golpes de ariete del oleaje sobre los peñascos, ya la conmoción epiléptica del mar espumoso y encrespado. Berta miraba entretanto con los ojos de la fantasía, correr las ondas sobre su base movible, y estrellarse con sordo fragor contra recios picachos, lanzando al aire sus rotos cristales coronados de hervor y espuma. En medio de aquel clamoreo confuso y misterioso, resaltaban con supremo arte otros graciosos acentos, que daban á la composición un marcado carácter de ensueño y poesía: gritos de aves marinas, coros melancólicos de gente de mar y cantos suaves y argentinos de pérfidas é invisibles sirenas.

Si grande había sido el entusiasmo pro-

ducido por el "Himno al Océano," la impresión causada por "La Voz de las Olas" fué más estrepitosa todavía, porque esta segunda partitura, más sencilla y dulce que la anterior, fué mejor comprendida por el concurso; así que, cuando concluyó la ejecución, señoras y señores se levantaron de sus asientos palmoteando con entusiasmo.

Fué un éxito completo, si bien de carácter íntimo, por haber tenido lugar dentro del cerrado recinto del Hospicio; pero como aquel era el mundo donde respiraba, soñaba, amaba y vivía Joaquín, bastó por entonces para colmar sus votos más fervientes. Todos los honores que apetecía, le fueron tributados: la aprobación de las hermanas, la admiración de los asilados, y, sobre todo, el aplauso entusiasta de Berta. ¡Tarde mil veces dichosa aquella! No se hizo la ilusión de creer que hubiese ganado de golpe el corazón de su amada; mas en su mente habían surgido de nuevo radiantes ilusiones, y, embelesado con sus dos amores, el del arte y el de Berta, sólo pensaba en rendirles ardiente culto; y se entregaba al destino como alegre barquero que suelta el remo y deja bogar la barquilla á merced de la corriente.

Desde aquel día comenzó para él una nueva existencia, ya no de adolescente, sino de hombre, y halagado por el éxito,

se entregó más que nunca al cultivo de la música, y consagró todo su tiempo á perfeccionar su técnica, estudiar buenos libros y seguir componiendo. Sólo salía de su soledad para consultar dudas con don Teodomiro ó buscar por los rincones del edificio, el dulce rostro de su amada. Una voz interior le decía que su porvenir artístico estaba íntimamente ligado á la dicha de su corazón, y que si lograba triunfar por el arte, llegaría también á la conquista de aquella otra palma más anhelada. Y era tal la impresión que en su ánimo producía este convencimiento, que la música y Berta eran para él una sola y misma cosa; toda melodía le hablaba de Berta, y Berta cantaba en su corazón como una música. Transcurrieron así varios meses de preparación, durante los cuales sólo pensó en abrirse paso en la sociedad por medio de su talento; felizmente sus triunfos de compositor le conquistaron algunos discípulos de piano, y una rentita que, aunque modesta, le infundía mucho aliento.

Entretanto, la obra del tiempo iba produciendo en Berta sus naturales resultados; la amargura de su corazón había ido calmándose poco á poco, sin que ella misma lo advirtiese, y no muy tarde, se encontró en aptitud de reanudar sus estudios de canto. Mas su nueva consagración al arte no fué ya de mero dilettantismo

como la antigua, sino absoluta y total, porque su alma dolorida buscaba ahora en él, no los goces efímeros del momento, sino un consuelo y un refugio perennes contra la fiereza de los recuerdos. Don Teodomiro notó con satisfacción que la joven se había "empolvado" muy poco, que la agilidad de su garganta era casi la de siempre, y que, para mayor regocijo, el timbre de su voz había mejorado, haciéndose más caliente y apasionado que nunca. Había cantado hasta entonces como niña, y ahora cantaba ya como mujer; antes no había tenido más que candor y placidez en el acento; ahora había también dolor y queja en su garganta.

La desconsolada huérfana se proponía hacer del divino arte el objeto único de su existencia, esperando que sus goces elevados y puros, la indemnizasen de las penas y los desengaños sufridos.

—El amor no se ha hecho para mí, se decía, ni he de encontrar en este mundo la felicidad á que aspiro. Era errado el camino por donde la buscaba, y debo procurarla por otro más natural y fácil. La música me ofrece un dulce porvenir de sosiego y goces exquisitos, y si me consagro á ella, realizaré tal vez mis ideales, y lograré elevar y purificar mi espíritu con la contemplación de la eterna belleza.

En medio de aquel recogimiento, que

bien hubiera podido merecer el nombre de espiritual, pues el arte es una forma de la religión, sobrevino un suceso importante, y fué el matrimonio de José y de Virginia. El joven carpintero, que conocía bien su industria, se había resuelto á dar el gran paso, contando con la simpatía y la protección de las religiosas. Las cortas sumas que su trabajo le había producido, las había ido economizando para comprarse un sencillo menaje de casa y los útiles de carpintería indispensables para establecer su taller; y como sor Ignacia había calificado la idea de excelente, facilitó las cosas cuanto pudo, y aun se obligó á costear el traje de la novia y los modestos festejos nupciales. Así fué todo caminando rápidamente, y poco después se efectuó el enlace en la Capilla del Hospicio, con gran recogimiento y en presencia de los asilados; reduciéndose la ceremonia á la toma de manos de los novios, á una misa rezada y á la velación. Lo único que hubo de notable en los desposorios, fué la breve plática que, con ese motivo, dirigió al concurso el oficiante.

—Dios ha bendecido por mi mano, dijo á Virginia y José, el matrimonio que acabais de contraer. Ruego á Dios, y de su infinita bondad aguardo, que seais muy dichosos, os améis, y, sobre todo, cumpláis como buenos cristianos los deberes

que os impone el nuevo estado que habéis elegido. Esta casa, que es asilo contra las miserias y los peligros del mundo, se regocija al veros salir de su recinto, mano entre mano y con propósitos honestos y elevados, que os harán fuertes contra la adversidad. Vuestra unión pone de manifieseto que no se necesita la fortuna para la dicha, y que aun aquéllos á quienes el mundo llama desgraciados, pueden hallarla al través de las oscuridades de su destino. Tú, Virginia, á pesar de ciega, has encontrado al predilecto de tu corazón; él te llevará por la mano y te sostendrá cariñosamente en tu peregrinación por la tierra. Es una lección qué Dios nos dá para que nunca desesperémos en la vida y tengamos siempre fe en su infinita misericordia. Pongámonos pues, en sus manos, y bendigamos su santo nombre. Lo que importa es ser sumisos á su voluntad, y no salir del camino que nos traza, seguros de que la dicha viene detrás de las lágrimas, en cumplimiento de la palabra divina que dijo: "Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura"....

Mientras hablaba el sacerdote, no cesaron de llorar José y Virginia, hondamente conmovidos. Lloraba él de ternura al pensar que había recibido de Dios la misión de proteger á aquella pobre niña, y de ser para ella ojo que escudriñase el

camino para que su planta no resbalase, y mano firme que la sostuviese para que no se despeñase en ningún antro. Su dignidad varonil se exaltaba y enardecía ante la perspectiva de aquella vida de cuidados y abnegación que se abría ante sus ojos, y juraba ante el altar, que sabría cumplir sus obligaciones como bueno, pues ardía en deseos de convertir la misma desgracia de no ver, de su amada, en motivo de júbilo y encanto para ella, al sentirse protegida y adorada por él, como tierno y débil niño cuidado por madre abnegada y solícita.

Virginia, entretanto, elevaba el alma al Todopoderoso con indecible gratitud, porque, á pesar de su indignidad, había fijado en ella su ojo bienhechor y derramado sobre sus tinieblas la luz de aquel consuelo, que curaba y restauraba todas sus heridas. Sintiéndose amada por José, dejaba de considerarse desgraciada, y experimentaba una dulzura inefable al pensar que aquel joven tan bueno y generoso, iba á consagrarse á ella por toda la vida, para ser la alegría de su corazón y la felicidad de su existencia. Apoyada en aquella mano y conducida por aquel guía, podría marchar confiada hasta el término de su carrera, elevando cánticos de adoración y gratitud á la Bondad Infinita.

Lloró Berta á su vez, durante toda la

ceremonia. ¿Por qué? Un tumulto de sentimientos se agitaba en su corazón, aunque dibujado de manera confusa. La conciencia de su propio destino levantaba la voz al mirar la suerte de Virginia, y aplicábase la joven á sí misma cuanto el sacerdote había acabado de decir. ¡Quién hubiera esperado tal desenlace en la vida de la ciega! Sólo inspiraba lástima á sus compañeras; y ahora resultaba triunfadora en la lucha, al conquistar una dicha para la cual parecía no haber nacido. Se casaba con el hombre que amaba; y éste era bueno y noble, y no tenía más pensamiento ni más anhelo, que los de amarla y servirle. Formarían su hogar él y ella, y vivirían contentos, aunque pobres, al amparo del trabajo y de la virtud, sin que nadie lo creyese tal vez; pues, mientras el mundo diría: "hé ahí un par de infelices," los cielos clamarían: "hé ahí un par de criaturas predilectas." La grandeza del alma de José maravillaba á Berta. Aquel pobre artesano tomaba á sus ojos las dimensiones de un héroe. Un amor como el suyo, era un tesoro precioso para quien supiese estimarlo; era todo lo que se necesitaba para la dicha, pues hasta el ser más mezquino se torna grande y brillante á la luz del amor. Quedaba demostrado que la felicidad es destino y recompensa común de todos los que saben moderar sus

anhelos y acomodarlos á las condiciones de su estado. Era insensato pretender saltar las vallas puestas á cada vida por el destino, y esforzarse por conquistar cimas inaccesibles; y no había qué extrañar que, quien se comprometiese en tan descabelladas aventuras, sólo cosechase desengaños y penas como resultado de sus locos devaneos. No había que desesperar del porvenir; la Bondad Divina sabe producir la felicidad con la combinación de innumerables elementos, y ponerla al alcance de todos. El brillo y el esplendor de las cosas no son necesarios para la dicha; bajo capa humilde y forma modesta, pueden hallarse tesoros de alegría oculta é ideal. Así, de un modo inconsciente y paulatino, fué admitiendo Berta la posibilidad de su bienestar, bajo las sencillas condiciones que tenía ante los ojos; y, sumisa ante los decretos de lo Alto, adoraba desde entónces sus designios, sintiéndose dispuesta á ocupar para siempre su sitio al lado de los humildes. Más allá de aquellas reflexiones, se confundían sus ideas, y no lograba concretarlas en un objeto determinado. Formaban simples bosquejos, borrosos cmo manchas informes, y nada veía en ellos, claro ni distinto; pero aguardaba que de aquella nebulosa fuesen resultando poco á poco, soles refulgentes y sistemas magníficos.

No escapó Joaquín al contagio del enternecimiento general; el cuadro que contemplaba, le hablaba demasiado de sus propios afectos, para dejarle indiferente. Ante el espectáculo de aquella extraña y humilde fellicidad, se exaltaban sus sentimientos de adoración hacia Berta, y nacían en su alma locas esperanzas de un destino semejante al de José. Aquel enlace de amor, realizado por hijos de la caridad, demostraba que la dicha era un bien asequiable para quien le busacase afanoso, y probaba también que la justicia de Dios, que niega á los pobres los goces de la fortuna, no les niega los del amor, que son los más preciados de todos. A no ser porque se regocijaba con la felicidad de los desposados, les hubiera tenido envidia al contemplar su contento, y al verlos salir de la capilla palpitantes de emoción y con las manos entrelazadas; así que sus reflexiones terminaron con plegarias fervorosas en demanda de una dicha parecida á la de aquel pobre carpintero y aquella ciega infeliz.

Al concluir la ceremonia, acercóse Paulina á Berta y díjole en voz baja:

—No te he perdido de vista; has llorado mucho.

—Es verdad, repuso la interpelada, he llorado.

—Con razón, prosiguió Paulina. A mí también me daban ganas de hacerlo.

¡Qué matrimonio tan pobre y triste! La novia está atrozmente vestida. ¡Qué tela tan ordinaria la de su traje! ¡Y qué velo y coronita de azahares los suyos! ¿Y el novio? ¿Qué te parece? ¡No he visto en mi vida cosa más mezquina ni fea! Casi se pierde de vista por flaco, pequeño y encogido. Y luego ¡haberse casado con blusa! No sé cómo sor Ignacia ha podido permitirlo. Has tenido razón para llorar: el caso no era para menos.

—No, repuso Berta, no ha sido esa la causa de mi enternecimiento; no me fijo en esas cosas.

—¡Cómo! ¿no se te oprime el corazón á la vista de la pobreza?

—Lo que me ha preocupado y conmovido, no ha sido eso, Paulina, sino la emoción de los novios, su felicidad, el cariño que se tienen, y, sobre todo, la bondad de José. ¡Qué gente tan buena hay en este mundo! ¡Bendito sea Dios!

—Pues á mí no me conmueven esas cosas. Lo que me dá es compasión pensar en la vida que aguarda á ese par de infelices. ¡Imagínate qué casa y qué muebles irán á tener! Ha de ser para morirse de tristeza: el brasero con una ó dos ollitas de barro donde hervirán puros frijoles; la mesa, si la tienen, con platos burdos y mantel de manta; la sala con sillas de tule, y todo por el estilo.

—Pero se quieren, y con eso les basta

para estar contentos; no echarán de menos el lujo.

—No lo creas, aunque lo juren. Es imposible que vivan á gusto cuando todo les haga falta. Por mi parte, ¡Dios me libre! ¡Nunca se me ocurrió semejante locura!..... ¡Uf!, prosiguió Paulina fingiendo un estremecimiento como de intensísimo frío. ¡Qué horror le tengo á la miseria!

XIII

Nuevos preludios

El entusiasmo artístico de Berta y Joaquín les hizo perder la conciencia del tiempo. Las clases de piano del joven habían seguido aumentando, y ya lograba reunir como sesenta ó setenta pesos todos los meses, á fuerza de mucho trabajo, á pesar de darlas á precios reducidos. Con esto había comenzado á formar una reserva pecuniaria destinada á acontecimientos futuros, cuya naturaleza no quería analizar. ¿Qué podía suceder? Él mismo no lo sabía, ni se aplicaba á profundizarlo; pero el caso fué que pronto completó quinientos pesos, y con aquella dinerada se puso loco de alegría.

Todo el tiempo libre, lo invertía, como

siempre, en hacer ejercicios de piano para agilitar los dedos, en estudiar con don Teodomiro, y en formar, alentado por él. castillos en el aire sobre arte y amor. El "maestro de Capilla" estimulaba sus locos anhelos en ambos sentidos, con vaticinios espléndidos y ejemplos magníficos de pobres artistas que, por su genio y constancia, habían logrado hacerse amar por mujeres bellísimas, abrirse paso en la sociedad, y adquirir envidiable renombre. Don Teodomiro no tomaba en consideración que todas aquellas eminencias, cuyos nombres puntualizaba y hechos refería, habían florecido en el seno de pueblos adelantados y saturados de arte; mientras Fópoli, ciudad nueva y de incipiente cultura, no tenía aún las condiciones requeridas para impulsar el desarrollo de una gran inspiarción, ó estimar y remunerar debidamente una vida exclusiva y exquisitamente artística. Como había pasado la existencia absorto en contemplaciones subjetivas, y dentro del mundo artificial de sus papeles y libros, nunca se había parado á analizar la diferencia que mediaba entre la oscura Fópoli, perdida en un arenal y arrinconada en el interior de la República, y las grandes y cultas ciudades europeas, que en sus libros se mencionaban (como Milán, Florencia, Nápoles, Viena ó París), donde han conquistado espléndidos triunfos los

grandes compositores y virtuosos, cuyo nombre repite la humanidad civilizada con aplauso y asombro. Joaquín, también, demasiado joven, impetuoso é inexperto, era incapaz de entrar en tales filosofías; de suerte que se dejaba llevar dócil y gratamente por los espacios imaginarios á donde le empujaba su maestro, y aun hacía cuanto le era posible por darle ocasión para que soltase la verba y ponderase los primores de aquellos Campos Elíseos. Así iba preparándose y acentuándose el modo de ser extraordinario y exótico de Joaquín, destinado á no engranar con el medio que le rodeaba. De aquella pugna y falta de armonía entre él y sus contemporáneos, debía resultar más tarde una situación dolorosísima para el artista; pero como éste y su profesor estaban ciegos y dominados por la pasión, no lo sabían ni pensaban, y antes bien, animados por sentimientos exaltados, se entregaban con fe y confianza de videntes á las eventualidades del porvenir, teniendo por averiguado que no podría ser sino espléndido y venturoso.

Consagrábase Joaquín con frecuencia a componer piezas para canto, piano y orquesta, con una fecundidad y un númen tales, que dejaba atónito al mismo don Teodomiro. Este examinaba sus trabajos y les daba la última mano, suprimiendo

pasajes exuberantes y excesivos, dando aquí ó allá corte técnico á algunos impetuosos arranques, y perfeccionando combinaciones ó reforzando y enriqueciendo armonías demasiado pobres para los temas y cantos, que eran siempre de suma belleza.

Berta, entretanto, había continuado ejercitando y desarrollando la voz con no menor solicitud, pues á la vista del entusiasmo y ardor que don Teodomiro y Joaquín desplegaban en sus estudios, crecían y se ensanchaban sus propias aficiones. Así, á poco andar, no se sabía ya quién estaba más empeñado en sus respectivas tareas; si ella ó Joaquín. Aquella comunidad de tendencias estrechó aun más el trato de los jóvenes; y como Sandoval continuaba supliendo á don Teodomiro en la clase de música, veía á Berta con frecuencia, y acompañábala al piano cuando cantaba. Las sentidas romanzas que Joaquín había compuesto pensando en ella, durante su viaje al Pacífico, habían sido ensayadas ya por los dos, y cantadas por la huérfana con gran dulzura y sentimiento; de suerte que, sin que Joaquín hubiese vuelto á pronunciar palabra relativa á sus antiguos empeños, el acento cariñoso del joven había vuelto á vibrar en el corazón de Berta, envuelto en música suave é inspirada; y la huérfana no había manifestado repugnancia hacia

aquellas quejas y súplicas, sino antes bien benignidad y dulzura.

Por entónces comenzó á difundirse entre las asiladas, la especie de que Joaquín y Berta habían llegado á entenderse; rumor que, llegado á oídos de sor Ignacia y las religiosas, no produjo sorpresa, debido, sin duda, á la costumbre de considerar á los jóvenes unidos en sus destinos, desde su llegada á la Sala de Expósitos; si bien las madres no se descuidaban de ejercer sobre ellos vigilancia cariñosa.

Los acontecimientos, pues, bajo el impulso de un oculto destino, fueron formando red fuerte y sutil en torno de los jóvenes, y los fueron estrechando y empujando, el uno hacia el otro. Sin embargo, Joaquín no había vuelto á desplegar los labios para formular nuevas declaraciones; pero su conducta toda, la ternura de su mirar, la dulzura de sus frases y las finezas que prodigaba á la huérfana, iban diciendo á voces que sus sentimientos eran los mismos de antaño, y que, si callaba por ahora, era para estudiar mejor su actitud, y aprovechar hábilmente cualquier oportunidad que se le presentase. Berta parecía aceptar pasiva y dulcemente los sucesos; pues, aunque no había llegado á definir su situación claramente, porque no sabía analizar sus propios sentimientos, admitía los hechos sin murmu-

rar, y adelantaba con paso lento y distraído por aquel sendero, cuyo término no veía ó sólo vislumbraba con vaguedad.

Paralelamente con sus estudios artísticos, Berta y Joaquín habían seguido las blandas y caritativas costumbres que les habían sido peculiares, y paseaban todos los días por los dominios de sor Agueda á la caída de la tarde, formando grupo con la ascética hermana, y departiendo con ella. Con ocasión de la ausencia de Paulina y Virginia, Berta, que se sentía casi aislada en el enorme edifiicio, buscaba por instinto la sociedad de los otros, para distraer y sobrellevar sus tristezas. Poseída, además, de un redoblamiento de ternura hacia los desvalidos, no se satisfacía con verlos sólo al atardecer, sino solía visitarlos también al mediar el día, cuando sor Ignacia acudía á inspeccionar aquel departamento. Joaquín cayó pronto en la cuenta de esta nueva distribución, y solía pasear á la misma hora por aquellos parajes. Pasar á su lado, verla, saludarle, ó cruzar con ella alguna sencilla frase, eran para él dichas inefables; mas obligado á ocultarse por respeto á las religiosas, y por temor de hacerse acreedor á una reprimenda, la seguía á distancia, y se emboscaba en sitios estratégicos para no perderla de vista en su curso por aquellos lugares, co-

mo observa el astrónomo el paso de una estrella por el campo de su telescopio.

Cierto día sucedió lo que vamos á narrar. Ocupábase sor Ignacia en el corredor, rodeada de Berta, doña Dorotea, don Sabas y Atenógenes, en dar de comer á don Lino, quien no podía sentarse á la mesa ni observar las reglas y ordenanzas del refectorio. Las asiladas iban y venían llevando platos trastes y cubiertos.

—A ver, decía la madre con acento maternal; abra la boca, don Lino, pero no tanto.... un poco menos...., así....

Y con la cuchara en la mano, aguardaba el momento en que el paralítico separaba las mandíbulas, para darle el alimento. Don Lino, que era gastrónomo, producía, por vía de aperitivo, antes de recibir la porción, alegres chasquidos en el paladar con la torpe y gruesa lengua; luego abría la boca cuan grande era, poniendo de manifiesto la enorme campanilla y el tuvo rojo y húmedo de la garganta. Llegado aquel instante, era menester tratarle con suma cautela, pues su misma voracidad y la torpeza de sus órganos, le ponían en grave peligro de ahogarse.

—Vamos, don Lino, seguía diciendo la religiosa: vuelva usted á hacerlo del mismo modo.... Así.... Así....

El pobre hombre, ávido de dar gusto al paladar, se apresuraba á tragar para

seguir engullendo, y masticaba y deglutía con esfuerzo y presteza.

—No tan de prisa, intervenía Berta suplicante: más despacio, don Lino, no hay para qué precipitarse.

—Ahora, don Lino, continuaba la superiora, mucho cuidado, porque aquí va un pedazo de pan. No lo pase inmediatamente, téngalo un rato en la boca, mastíquelo, no lô trague todavía.... ¡Todavía no!.... ¡Don Lino!.... ¡Don Lino!

Pero ni por esas; el gigantón, impaciente y voraz, tragó el trozo de pan sin masticarlo, y éste, aunque pequeño, no pudo deslizarse por el esófago, y se detuvo en la laringe. Don Lino hizo cuanto pudo por arrollar el obstáculo, tragando gordo, como se veía por los movimientos precipitados de su enorme y puntiaguda nuez; pero todo fué en vano, y luego comenzó á sofocarse. Una escena de angustia siguió á aquel contratiempo, y los circunstantes no sabían qué hacer para salvarlo.

—¡Haga un esfuerzo por vomitar, don Lino! gritaba afligida sor Ignacia.

—Incline la cabeza, á ver si arroja el pan! clamaba Berta.

Doña Dorotea le golpeaba la nuca, asegurando ser excelente el procedimiento para obtener la liberación del esófago.

Don Lino, entretanto, continuaba roncando con indecible congoja.

—¡Agua! ¡agua! ¡Que traigan un jarro! ¡pronto! clamaba don Sabás con acento trémulo.

Joaquín presenciaba la escena detrás de una pilastra, y cuando vió que todos los esfuerzos empleados por los presentes fueron inútiles, y que el rostro del pobre hombre iba pasando del rojo al carmesí, del carmesí al púrpura y del púrpura al negro, salió de su escondite. En aquellos momentos don Lino resollaba ya poco, había alargado hacia adelante la pierna válida en forma de barra rígida, y había dejado caer al suelo los brazos, echando la cabeza hacia atrás.

Joaquín sin perder un instante, cogió al paralítico por los hombros, le movió en todos sentidos, le inclinó boca abajo, procuró hacerle beber de golpe una buena cantidad de agua, y apeló á varias otras maniobras salvadoras; pero todo sin éxito. Ya no quedaba al anciano más que un hilo silbante de resuello, y Sandoval había perdido casi la esperanza de salvarlo. Por fortuna, la persistente separación de las mandíbulas del paciente, le sugirió una idea: la de sepultar la diestra hasta el puño en la garganta de don Lino con el índice encorvado en forma de gancho, para buscar y extirpar el obstáculo. Hízolo así, y como pronto le

halló, extrajo con destreza y rapidez el cuerpo extraño que estaba produciendo la asfixia; y el resultado fué maravilloso, pues tan pronto como salió el trocito de pan, y volvió el aire á penetrar en los pulmones, tornó á la vida don Lino, y abrió de nuevo los ojos, que fijó en Joaquín con infinito bienestar. Con ellos parecía decirle:

—Gracias, Joaquín: Dios le pague el beneficio que me ha hecho, pues por usted vivo.

—Don Lino, repuso el joven interpretando su mudo lenguaje; lo que importa es que se reponga. ¿Se siente mejor? ¿Ya pasó todo?

—Sí, repuso el anciano, abriendo y cerrando los párpados.

Los circunstantes no cabían en sí de alborozo al verle salvado.

—Dios te ha traído por acá, dijo sor Ignacia á Joaquín; si no ha sido por tí, de seguro se nos muere.

—Se nos estaba muriendo ya; casi se nos murió, agregó doña Dorotea.

—Don Lino te debe la vida, concluyó Berta con convicción.

—¡Bendito sea Dios! repuso el joven satisfecho.

Por el ánimo de Berta pasaron entonces extrañas y abultadas ideas. Aquella sencilla y buena acción, indújola á ver en

Joaquín un ser excepcional, infinitamente compasivo y bienhechor; y á adornarle con cualidades de gran mérito y brillo. Decididamente, las circunstancias ayudaban al joven, pues hasta aquel pequeño incidente le hacía ganar incalculable terreno en el corazón de la huérfana. Un servicio prestado á tiempo, su acierto, una casualidad feliz, le cubrieron de nueva luz y le idealizaron á los ojos de su amada. Desde entonces fué Joaquín para Berta, no el ser real y verdadero que sentaba la planta en este mundo infeliz, sino otro prodigioso, nunca visto, á quien la naturaleza había dotado de facultades maravillosas: gran corazón, gran imaginación, generosidad, genio artístico y quién sabe cuántas cosas más, que ella misma no hubiera podido definir. Ahogada en aquel mar de brillantes fantasías, quedó, pues, para siempre á los ojos de la huérfana, la modesta figura del joven, pues la aureolas espléndidas de que la rodeó, ofuscaron y ahogaron del todo su ser físico; como se borra y esfuma el opaco núcleo de un astro, en el brillante fulgor de sus propias irradiaciones.

Berta, por otra parte, no podía explicarse, además, por qué había dado por ese mismo tiempo, en recordar las tristes composiciones compuestas por Joaquín en las playas marítimas, y muy especialmente una, cuya letra decía así:

ADIOS.

Es en vano luchar: inútilmente
De tu amor y mi dicha corrí en pos;
Amor por mí tu corazón no siente,
¡Adiós, por siempre adiós!

Es en vano luchar: la suerte impía
Separa los caminos de los dos;
Siento anegada en llanto el alma mía
¡Adiós, por siempre adiós!

Es en vano luchar: dicha y contento
Derrame siempre en tu camino Dios;
Ya *nunca* volverás á oír mi acento
¡Adiós, por siempre adiós!

Estos versos de sabor doloroso, sollozaban á toda hora en sus oídos, y la palabra "nunca" de la última estrofa, vibraba en su corazón como tañido de agonía. Aquella música desgarradora íbale oprimiendo el pecho con extraña amargura, y fatigada por esa triste obsesión, caminaba al acaso, procurando ocultar á sus propios ojos, las vislumbres de nuevos afectos que comenzaban á alborear en los lejanos términos de su espíritu.

Mas ¿qué geniecillo indiscreto había soplado al oído de Joaquín la revelación de aquellas ocultas y tímidas luchas de Berta? ¿Sería su misma observación la que, atenta al examen de su amada, le

había hecho comprender lo que pasaba por ella; ó bien el corazón enamorado, guiado por luces más imperceptibles que las de Roentgen, fué el que llegó á penetrar aquellos dulces misterios? De un modo ú otro, el caso fué que el espíritu de Joaquín comenzó á despertar de nuevo á la esperanza, y sus pensamientos y afectos, como alegres pájaros que vuelan y cantan al anuncio del sol, presintieron la llegada de una hermosa primavera. Alentado por sus presentimientos, funcionaba mejor su cerebro, vibraban sus nervios con mayor energía, y de su corazón, como de fragua encendida, surgían maravillosas y apasionadas inspiraciones; y dándose exacta cuenta del estado del alma de su amada, iba rigiendo y moderando sus acciones de acuerdo con las risueñas circunstancias que le circuían. No era Maquiavelo, ni siquiera un mediano diplomático; pero el cariño que profesaba á Berta era tan profundo, que le fué dirigiendo como hábil y discreto guía, por los tortuosos senderos de la inexperiencia y de la duda; de suerte que no sólo sus actos, palabras y miradas, sino hasta su mismo silencio, fueron caminando derecho á su objeto, y produciendo en el ánimo de la joven el efecto anhelado. Lejos de aventurarse ahora, como un año antes, á hacer una declaración intempestiva, dejó que las cosas siguiesen su curso regular,

y aguardó la llegada del bajel de sus sueños, cuyas velas y mástiles veía ya dibujarse sobre la curva lontananza. Y como la clepsidra destila el agua gota á gota por su angosta garganta, para que se marquen las horas en su cuadrante, así fué Joaquín dejando fluir de su alma y su corazón las más preciadas esencias, los perfumes más delicados de admiración y cariño; y aquéllos escapes suaves y preciosos fueron envolviendo por todas partes á la joven con efluvio embriagador, haciéndola flotar en la atmósfera de albura y ensueño en que bogaba el alma de Joaquín. "Chi va piano va lontano," dice con sobra de razón un refrán itálico. Así, caminando despacio, sin apremio ni brusquedad, fué forzando Sandoval poco á poco las bien cerradas puertas del corazón de su amada. ¿Quién hubiera dicho á Berta algunos años antes, que tiempo llegaría en que su compañero de infancia llegase á ser objeto de admiración para sus ojos? Mediaba, es cierto, gran diferencia de aspecto entre Joaquín y Julio, pues mientras era éste hermoso y seductor, era aquél vulgar y deslucido; pero esa diferencia se refería sólo á cosas exteriores y de escasa importancia, pues, si se les comparaba en lo tocante al alma y al corazón, cambiaban luego los papeles, y todo resultaba favorable al hospiciano. Julio era buen mozo, pero falso; pulcro, pero de

negra conciencia; conuqistador, pero ingrato. Y por el contrario, Joaquín, era feo, pero inspirado; cobrizo, pero de alma blanca; deslucido, pero grande por su talento é hidalguía. Era, en fin, el hombre predestinado para acompañarla en la peregrinación de la vida. ¿No habían sido llevados al Hospicio los dos, una misma noche? ¿No habían sido colocados ambos en la misma cuna y en brazos de la misma nodriza? ¿No habían vivido siempre juntos los primeros años de su infancia? ¿No estaba acostumbrada la muchedumbre del Hospicio á reunir siempre sus nombres, y á decir á todas horas "Joaquín y Berta," ó bien " Berta y Joaquín?" Y ¿qué significado tenía todo aquello, si no era el de que Dios había querido enlazar sus destinos desde entónces, para que unidos hasta el fin, recorriesen la senda de la existencia? Creía percibir todo eso la joven con claridad meridiana, y seguía reforzando sus reflexiones al pasar en revista los acontecimientos relacionados con su adolescencia y juventud. Joaquín la había amado siempre ¡ah, sí!: ella lo había visto, palpado, y más que todo. adivinado y penetrado con la delicadeza de su instinto. Los ojos del joven habían tenido para ella desde la niñez, resplandores cariñosos, que no había visto chispear en otros ningunos; su voz le había regalado siempre el oído

con vibraciones suavísimas, que más parecían acentos del alma que de los labios; y su actitud, sus maneras, los hechos todos de su vida, desde los más importantes hasta los más sencillos, habían girado sumisamente en torno de ella, como coro de devotos que rodean el altar, haciendo genuflexiones y cantando alabanzas. El sí que la quería, y mucho, y de veras, al punto de que sería capaz de sacrificarle la misma vida. ¿No había resistido al espectáculo de sus amores con Julio? ¡Cuán grande no sería el que á ella le tenía, cuando no se había desvanecido á la vista de su ingratitud, ni resfriado ante el menosprecio con que la había tratado el fementido alemán? ¡Cuánto debió sufrir al observar su predilección hacia Julio! Recordaba vagamente haber columbrado el rostro del mancebo la noche del "Stabat Mater," cuando el alemán recogió la flor que ella había dejado caer del corpiño. Aunque estaba absorta en sus locos amores, se había contristado á la vista de aquel semblante lívido, de aquellos ojos agonizantes y de aquellos pálidos labios, contraídos por el gesto de una horrible amargura; y después de eso, ni una alusión, ni una queja, ni una palabra que hiciesen mención de tan desdichado episodio, se habían escapado de la boca de su amigo. Aquello sí se llamaba querer;

no querer sino amar; no amar, sino adorar.

El amor es como el fuego, no sólo porque arde, sino también porque se comunica. Lo mismo que una conflagración pasa de un edificio á otro, así el amor, cuando es grande y sincero, se transmite de corazón á corazón. Hay mucho de misterioso en ese humano afecto, suave como el perfume y acre como el miasma, débil como la sumisión é imperioso como el mandato; formado de esperanza y recelo, llanto y sonrisa, y luz y sombra. ¿Qué importa que quien se siente poseído por esa pasión, sea grande ó pequeño, flaco ó potente, hermoso ó feo? Todos se transfiguran á su contacto y se tornan sublimes, ya sean Quasimodos ó capitanes Febos. Desde el instante en que el ser humano se halla bajo ese impulso, una aureola misteriosa le rodea, adquiere fuerzas ocultas y es capaz de pasar á nado el Helosponto; por eso son tan peligrosos los enamorados, pues todo lo conmueven y arrebatan á su paso, como el huracán que así arranca de cuajo los árboles corpulentos, como barre del suelo y eleva al espacio el polvo del camino.

Berta lo sabía por experiencia: la locura de Joaquín se le había infiltrado por el cerebro; la hoguera de aquel pecho había pasado al suyo; y el torbellino de

aquella pasión había arrebatado sus propios afectos en sus espirales. Sobraban buenas razones para apoyar aquella comunidad de destinos. Jóvenes ambos, debían disfrutar á la vez la primavera de la vida; expósitos y desamparados, podían prestarse mútua ayuda y consuelo; sinceros y desgraciados, no se mentirían amor que no sintiesen, ni buscarían la dicha por otro camino que el de su mutuo afecto. Ni uno mejor, ni otro peor que su compañero; los dos al mismo nivel y á la misma altura: frente con frente y corazón con corazón. ¡Con cuánta serenidad, (pensaba la joven), podría entregarse á aquel cariño, sin temor á desdenes, falsías ni negras traiciones! Ahí sí que había tesoro inmenso y precioso de sentimientos rendidos y puros. Acudir al reclamo de aquel corazón, era el desenlace natural de su existencia. ¿Era amante? Pues el amor. ¿Era celosa? Pues á la sinceridad. ¿Era pobre? Pues á la pobreza. ¿Era expósita? Pues al compañero de inclusa. ¿Era soñadora? Pues al poeta. ¿Amaba la música? Pues al artista.

Oyó Joaquín distintamente aquellas voces en los oscuros senos del alma; y cuando se enteró bien de su oculto sentido, dió el toque de llamada á todas sus fuerzas, las congregó á su derredor y las pasó en minuciosa revista. Sus legiones se componían de ilusiones y ensueños, es-

peranzas y fe, y, sobre todo, de amor, amor inmenso, inspirador de hermosísimas quimeras. Es verdad que su ejército carecía de fiereza: mas era muy hermoso y pintoresco al resplandor de sus dorados cascos, de sus corazas y escudos cómo de luna, y de sus tornasoladas y ténues capas, semejantes á nubes heridas por el sol matutino. Satisfecho del golpe de vista que presentaba su hueste, y de sus ímpetus juveniles, sopló en el clarín de plata de su ilusión, los toques más dulces de su registro, y se precipitó al asalto de la fortaleza.

Era día de clase de música, y habían dado ya sus lecciones las alumnas; mas Berta se había quedado para lo último, tal vez por acuerdo tácito é inconsciente con Joaquín. Poco tiempo faltaba para que sonase la campana del refectorio, y las alumnas se daban prisa á salir de la estancia. Contadas de ellas se habían retardado, y andaban distraídas en el arreglo de sus papeles: así que Joaquín, dándose prisa y sin ser oído por nadie, pudo dirigir á su amada esta frase tímida:

—¿Has aprendido la nueva canción?

—Sí, repuso la joven poniéndose densamente pálida; la traigo conmigo para que la ensayemos.

—Pocos minutos nos quedan, prosiguió Joaquín consultando el reloj; va á interrumpirnos la campana.

—¡Lástima! exclamó Berta.

Pulsó Joaquín el piano y moduló la introducción muy dulcemente. El motivo que bosquejaba era sencillo y tierno como una confidencia; pero fué poco á poco enriqueciéndose y desarrollándose en forma vehemente. A su debido tiempo rompió el canto argentino de Berta, diciendo:

¡Es en vano luchar! Inútilmente
Pretendí sofocar mi sentimiento,
Pues irritado, arrollador, violento,
Rebosa y salta al fin como un torrente.

¡Es es vano luchar! La suerte quiso
Que la vida y el alma te rindiera,
Y es menester que siempre yo te quiera,
Porque lo manda Dios, porque es preciso.

¡Es en vano luchar! Ya la agonía
Que sufrió el corazón de tí apartado,
A conocer con su rigor me ha dado
Que te amo aun más de lo que yo creía.

¡Es en vano luchar! Amor profundo
No puede sofocarse.... es un delirio,
La vida sin tu amor es un martirio;
Es un desierto sin tu amor el mundo!

¡Es en vano luchar! De mis amores
Acaben ya las congojosas penas;
Soy tu esclavo, remacha mis cadenas,
¡Mis cadenas dulcísimas de flores!

A medida que el canto avanzaba, iba haciéndose más trémula y conmovida la

voz de Berta, y el acompañamiento de Joaquín se tornaba más nervioso. Todo pasó de prisa, como si importase á los artistas llegar al término de la pieza sin ser interrumpidos; y las estrofas todas se precipitaron por los labios de la joven, sin los "da capos" indicados en la pauta, para no perder tiempo.

Al sonar el último verso con la última nota del canto, cesó también Joaquín de pulsar el teclado, dejando inconcluso el acompañamiento; y, palpitante de emoción y lleno de una angustia divina, alzó los ojos hacia el semblante de su amada. Esta los bajó hasta él, y se cruzaron sus miradas con una fuerza nueva, desconocida, como si nunca antes se hubiesen conocido. Berta, tímida de ordinario, no volvió el rostro á otra parte, como solía hacerlo cuando era vista con insistencia; sino antes bien, resistió la mirada del pianista con una osadía nueva en ella. Un impulso recóndito la impulsaba. Se vieron fijamente, como dos adversarios comprometidos en un duelo á muerte, y en aquel instante, que fué por su intensidad como un siglo, se aproximaron y estrecharon sus almas, más, mucho más, que durante los veintiún años anteriores. Sus pupilas clavadas una en otra con ansiedad, dejaron ver el mundo interno y arcano de sus espíritus, invisible para los demás, y descubrieron en el fondo de aquella oscuridad inviolada,

la esencia oculta y misteriosa que se encubre con la envoltura terrestre; y sus almas, revelándose la una á la otra por medios ignotos, se unieron en fusión impalpable, comprendiendo por instinto, que aquella mirada era definitiva y fijaba para siempre sus destinos. Entretanto, el corazón y las sienes de los jóvenes latían con locura, y el calor y la sangre de todo su organismo se habían agolpado á su pecho. Habíanseles helado las manos como en presencia de un gran peligro, respiraban anhelosamente y á intervalos, y sus secas y mudas gargantas se contraían con suave congoja.

Berta fué la primera en hablar.

—Mira cómo me conmueve tu canción, dijo. Apenas puedo respirar:

—¿La música? murmuró Joaquín.

—La música y la letra. ¿Has sentido todo eso?

—Mucho más de lo que expresan mis notas y mis versos. Lo que tengo aquí, agregó Joaquín llevándose la mano al corazón, sólo Dios puede conocerlo y medirlo.

—¿En quién pensabas al escribir eso?

—En tí, Berta mía; nunca he pensado más que en tí.

—¿No es poesía solamente?

—Es realidad honda y eterna; es mi vida ó mi muerte.

—En ese caso, será tu vida.

—¿De suerte que ya no me desprecias?

—No recuerdes ese triste pasado; eres todo para mí.

—¿Me quieres?

—Con todo el corazón.

Por un movimiento maquinal, adelantaron ambos las manos y se las estrecharon fuerte y tenazmente, mientras seguían mirándose con ojos anhelosos; el toque de la campana los hizo volver á la realidad y los obligó á deshacer aquel suave nudo. Por fortuna estaba desierta ya la sala y nadie se había dado cuenta de la escena.

XIV

A toda orquesta

¡Qué extraordinarias transformaciones sufre á veces el mundo! ¿Por qué se ostenta de repente más diáfano y profundo el azul de los cielos, y parece que el espacio mismo sonríe con su dulce transparencia? ¿Qué mano es la que deslie tantos y tan gratos perfumes en el ambiente? Nunca fué la luz más clara ni espléndida: antes servía sólo para iluminar los objetos, y hoy parece que los acaricia y rodea de sagradas aureolas. Las flores habían sido simplemente decorativas, y

carecían de vida y perfume; mientras ahora, como si hubiesen sido acabadas de criar, iérguense cubiertas de mantos de vivos colores, frescas y coronadas por las deslumbradoras diademas que les teje el rocío. ¿Y las aves? ¿Dónde tenían escondidos sus trinos y cantos más poéticos, y por qué sueltan hasta hoy la música antes no oída de su argentina garganta? ¿Quién pintó de nuevo las alas de las mariposas, que parecían ya viejas y polvorientas?

El universo entero se ha renovado: todo se muestra joven y risueño, desde la montaña azulada que se dibuja á lo lejos, como pilar aéreo del cielo, hasta las nubes plateadas que semejan blancos vellones esparcidos al viento; desde el radioso amanecer, que ríe en el Oriente y salpica la tierra y el espacio con rica pedrería, hasta la oscura noche, que lleva en sus entrañas el astro del ensueño, rodeado de inmortales luciérnagas. ¿Dónde están los pesares que tanto contristan, dónde las coronas de espinas y las cruces agobiadoras? Todas esas sombras se desvanecen ante las ninfas que pueblan el bosque, ante los geniecillos que asoman la cabeza acurrucados en las corolas de las flores, y ante los silfos que cantan ensueños y ternezas con la voz del viento y de las frondas. Todo brilla, perfuma y canta; y sobre la inmensidad radiosa y

llena de amor, se cierne el Ser infinitamente santo y magnífico, que goza con el contento universal y bendice lo criado.

La humanidad es buena y generosa: los ojos son espejo de luz, la sonrisa expresión de afecto, la palabra caricia del oído. ¡Oh hombres, recordad que somos hermanos; amémonos y estrechémonos en un inmenso abrazo. ¡Sed dichosos! Que la mano del Omnipotente derrame sobre vosotros sus dones; que no lloréis, que no conozcáis el hambre, la miseria ni el dolor; que reinen sobre vosotros la paz y la justicia. El porvenir está lleno de esplendores. De su seno se escapan ráfagas luminosas, oleadas balsámicas, y risas, y cánticos. ¡Cuán bella es la vida, qué alegre la juventud, qué elíxir tan suave y embriagante el del amor! ¡Señor, bendito seas porque has extendido sobre nuestras cabezas esa inmensidad diáfana y pura, que has poblado de astros; porque prendiste de la bóveda del cielo una lámapara roja y otra blanca, una para alumbrar la vida y otra para iluminar el ensueño; porque vestiste de esmeralda los campos, alfombraste de colores la llanura y diste vivo matiz á las flores y á las alas del colibrí; porque has formado del aquilón y del céfiro, de la selva y del ramaje, del oleaje y de la brisa, de todo lo que ruge, truena, canta y llora,

un coro sublime que se eleva desde este valle de lágrimas hasta tu solio!

Así piensan y sienten los que aman y son amados; y así Joaquín y Berta, suspensos y absortos por el deliquio de su amor, fueron pasando los días siguientes á la mutua confesión de su cariño y al abrazo místico de sus almas, sin saber si iban por el suelo ó bogaban por los limbos del éxtasis. Llevaban aparentemente la vida de siempre; pero eran otros por dentro. Hablar de sus ilusiones, hacerse juramentos de amor, y mirarse sin descanso, con hambre siempre nueva y nunca saciada: tal era su vida.

Pronto dejó de ser un secreto para el Hospicio el amor que se profesaban; sus ojos y las mutuas finezas que se tributaban, los traicionaron; y ellos mismos no pensaron en ocultarlo, por ser tan puro y honesto su afecto. Sor Ignacia y las otras hermanas recibieron la noticia sin asombro, y manifestaron el agrado que les producía; y, además de eso, tomaron empeño desde luego, en que el idilio concluyese cuanto antes, para dar fin á escrúpulos y situaciones falsas. Tal era la costumbre del Hospicio: casar pronto á los enamorados. Una vez descubierta su inclinación, se les buscaba manera de vivir fuera del establecimiento. Por fortuna, Joaquín sabía ya ganarse la vida y había cumplido veintidós años; de suerte que

las cosas podían hacerse como Dios manda. La noticia de tan violento acuerdo, sorprendió á los jóvenes, que juzgaban algo más difícil y complicado el camino de la dicha; pero los elevó en seguida á lo que puede llamarse el séptimo cielo, por el inmenso regocijo que despertó en su corazón.

En medio de tan dulces divagaciones, llegaron á oídos de Berta algunos rumores concernientes á Paulina, que le causaron viva inquietud. Hacía algún tiempo que la señora Contreras y Espinosa había dejado de visitar el Hospicio, ó sólo se presentaba por ahí de tarde en tarde, y siempre de prisa. Cuando se le veía, deslumbraba con su elegancia y no tenía más conversación que la de teatros, bailes y paseos. Temerosa, pues, de no hallar ocasión de verla en largo tiempo, rogóle Berta por medio de atenta esquela, se tomase la molestia de pasar por el Hospicio cuanto antes, pues tenía un grave asunto de que hablarle; y en obsequio de la verdad histórica, debe decirse, que Paulina acudió luego á su llamado, dando muestra con ello, de querer de veras á su condiscípula y amiga. Esta, al verla, se llenó de contento:

—En el alma te agradezco, le dijo, que no me hayas hecho esperar. ¿Qué había sido de tí en tan largo tiempo?

—Las atenciones sociales no me dejan

descansar. repuso Paulina. Corro todo el día por los almacenes y las tiendas, y por la noche, nunca faltan los compromisos: ya el teatro, ya la reunión, ya las visitas.

—Mucho te habíamos echado de menos; confiesa que si no te hubiese llamado, habrías tardado en venir.

—Tal vez no, ya andaba pensando en hacerlo, pues yo también tengo negocio contigo.

—Me alegro de haber sido tan oportuna.... Mi asunto es un poco reservado.

—También el mío.

—Pasearémos, si te parece, por los corredores más solitarios.

—Me parece muy bien.

Así, hablando alegremente y asidas de la mano, fueron internándose las dos amigas por patios y corredores, hasta llegar á sitios casi desiertos.

—Hemos llegado á buen lugar, dijo Paulina, ¿qué me quieres?

—Lo que deseaba decirte, prosiguió Berta, es esto: no ha faltado quién me haya referido de tí algunas cosas.... ¿cómo diré?....

—¿De qué especie?

—Vamos, penosas, mortificantes.

—¿Sobre qué? Explícate.

—Dicen que no observas la compostura propia de tu estado: que eres muy alegre y sin seso.

—Siempre lo he sido.

—Pero con una alegría descompasada.

—Eso no es cierto.

—Que te presentas sin falta en todas las diversiones, y eres la primera en llegar á los bailes y la última en dejarlos.

—No niego que me gusta mucho bailar; pero eso á nadie le importa.

—Dicen también que tienes un círculo muy grande de amigos y adoradores.

—Y otro mayor de envidiosas.

—Que traes á tu pobre marido á mal traer por donde quiera, como si fuese tu rodrigón.

—No puede servir de otra cosa.

—Es tu esposo y debes no sólo verlo con respeto, sino hacerlo respetar por los demás.

—¡Quién ha de respetar á Contreras!

—Tú, en primer lugar, repuso Berta con gravedad.

—¿Yo? ¡Qué cosas tienes! exclamó Paulina soltando una alegre risotada.

—Es tu obligación.

Paulina sacudió los hombros por toda contestación, según su hábito desdeñoso.

—¿Eso es todo? preguntó fríamente.

—No, prosiguió Berta. Dicen que por donde quiera que vas, te acompaña un caballero....

—Sí, Ramírez.

—El mismo....

—Y ¿qué?

—Que se habla mal de la asiduidad de tu trato con él.

—Chismes, chismes; no les hagas caso.

—La cosa no es tan sencilla. Dime, ¿es cierto que te persigue?

—Es cosa suya.

—¿Y vas con él á teatros y paseos?

—No sola, sino también con don Arcadio; los tres, ¿entiendes?

—¿Y bailas mucho con él?

—Lo hace admirablemente, y nos acompañamos muy á nuestro gusto.

—Oye, Paulina, no está bien todo eso; debes ser más prudente en tu conducta. No pasees tanto, no te prodigues de esa manera, no bailes, no andes con amigos; eres casada y debes velar por el buen nombre de tu esposo.

—¿Quieres que me quede en casa á aburrirme con el viejo?

—No á aburrirte, sino á considerarlo y quererlo.

—¡Si no lo quiero nada, ni puedo soportarlo! Sólo así me es llevadera la vida.

—Pero ¿entónces, para qué te casaste?

—Ya lo sabes, para salir de aquí y de pobre. ¡A don Arcadio mismo se lo dije! Nada debe sorprenderle; nunca le he querido, ni podré quererlo.

—Pero al menos, guárdale todo género de consideraciones.

—Demasiadas le guardo, cuando lo soporto..... ¡Que se dé de santos!

—Y vela por tu recato.

—Mi recato. ¿Qué hago para perderlo? Otras muchas hacen peores cosas que yo, y nadie dice nada de ellas. Se ceban en mí porque me tienen tirria; pero no les hago aprecio.

—¿Ni á mí tampoco?

—A tí sí.

—Hazlo, pues, por mí; condúcete con juicio, no seas alocada. No quiero que andes en lenguas.

—Eso no me importa, volvió á decir Paulina con infinito desprecio. Pero procuraré hacer lo que me dices, sólo por complacerte, y no porque me remuerda la conciencia de nada... Quiero decir, andaré menos con Ramírez, y seré un poco más seria...; pero eso de estarme metida en casa y no ir á teatros ni reuniones.... la verdad no me comprometo.

—Algo es algo, repuso Berta; pero ¿me prometes no andar con ese señor?

—Andar menos.

—Pero mucho menos.

Paulina no contestó, medio enfadada por la insistencia de su amiga. Dejó pasar algunos momentos para desviar la conversación del curso que llevaba, y luego dijo:

—Dejemos á un lado esas habladurías, que no valen la pena; ahora se trata de tí.

Berta creyó que su amiga iba á hablar-

le de sus amores con Joaquín, y abría ya la boca para soltar su confidencia, cuando prosiguió Paulina.

—Aquí está Julio.

Berta sintió como un golpe en el cerebro al oír la frase, y no pudo articular palabra.

—Aquí está, siguió diciendo Paulina, y ha venido á Fópoli con el objeto exclusivo de satisfacerte.

—¿A mí? interrogó Berta, sabiendo apenas lo que decía.

—Me ha visitado varias veces, y no hace más que hablar de tí á todas horas.... Dice que te ha querido mucho, que te quiere, que te querrá siempre, y que tú también lo quisiste.

—Mentira, exclamó Berta con vehemencia. Nunca me quiso; lo que ha hecho, ha sido engañarme y burlarse de mí.

—Tú eres la engañada; ese hombre te quiere. ¡Las veces que ha llorado delante de mí al pronunciar tu nombre!

—Es un hipócrita.

—No lo creas.

—No lo creo; lo juro.

—Le referí lo de la carta, y quedó asombrado. Afirma que es una impostura.

—La he visto con mis propios ojos.

—Está dispuesto á confundir á Consuelo; dice que ella la fraguó.

—¡Qué quieres tú que diga!

—Dice que lo puede probar.

—Es demasiado tarde.

—Jura por Dios no haber dado motivo para el rompimiento.

—¿Ves cómo miente?

—Como quiera que sea, ¿no te parece que lo mejor sería que él y tú tratasen el asunto directamente?

—No hay para qué; todo ha concluído entre nosotros.

—Pero puede renacer.

—Imposible.

—Mira, Berta, no seas testaruda. Te aseguro que ese hombre te quiere de veras y habla de buena fe.

—¿Y Consuelo? ¿qué dice de Consuelo?

—Nunca la ha querido; pero si le desprecias, puede caer en sus redes.

—Pues que caiga. ¿Tiene la desfachatez de negar que ya cayó en ellas?

—Por todos los santos del cielo.

—Déjalo mentir cuanto quiera; bien sé á qué atenerme.

—Reflexiona, querida Berta; va tu suerte de por medio. Julio es un caballero excelente: bueno, guapo y cumplido. ¡Qué buen par harían él y tú! He venido á proponerte que hables con él en mi casa. ¿Qué se pierde con eso? Que se arreglan ustedes, ¡qué alegría! Que no se entienden, ¡pues se acabó la incertidumbre!

—No, no, de ninguna manera, protestó Berta con demasiada violencia.

—No seas mala, ¿Por qué nó?

—Por muchas razones: no lo quiero, no lo creo, y, sobre todo.....

Vaciló un momento.

—¿Sobre todo?

—Voy á casàrme.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Joaquín.

—¡Con él! exclamó Paulina con inmenso asombro y desprecio. ¿Con ese infeliz?

—Sí, con él; le he dado mi corazón y mi palabra.

—Pues retíraselos.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

A contestación tan categórica, siguió un prolongado silencio, y después otro coloquio no menos largo, en el cual Paulina defendió con empeño la causa de Julio, procurando por cuantos medios pudo, hacer odioso y ridículo á Joaquín y enaltecer á aquél á los ojos de Berta; y, en vista de que sus argumentos resultaban inútiles, habló después con gran calor de los horrores de la pobreza, la humillación y la insignificancia sociales, del desamparo en que Berta había vivido

siempre, y de la ocasión que se le presentaba de mejorar su destino, no olvidando, á la vez, pintar con colores muy negros la vida que le esperaba al lado de aquel menguado Joaquín, pobre, cobrizo y sin la más remota esperanza de medrar. Pero la dialéctica de Paulina dió un resultado contrario á lo que ésta aguardaba; pues Berta fué tornándose más y más intratable á medida que su amiga se empeñaba en llevarla por donde quería, hasta que, al fin, hubo Paulina de darse por vencida.

—Tú sabes lo que te haces, concluyó fastidiada; he hecho cuanto he podido por quitarte la venda de los ojos, pero ya que te empeñas en hacerte infeliz para toda la vida, que buen provecho te haga. Voy á decir á Julio que eres muy terca, que te vas á casar con un indio feo y pobre, que no vuelva á ocuparse en tí, y que se case con Consuelo.

—Mucho te lo recomiendo, replicó Berta un tanto picada; me harás con ello un gran servicio.

Así se despidieron las dos amigas, descontentas la una de la otra; mas Berta, en quien el diálogo y la pugna habían mantenido despiertos los espíritus batalladores, apenas se quedó sola, sintió una nube de abatimiento y de congoja sobre el corazón. La prolongada insistencia de Julio le daba mucho qué pensar. ¿Por

qué se empeñaba en satisfacerla, si no la quería? Repulsa tras repulsa habia sufrido sin desconcertarse, y, al ver la inutilidad de sus esfuerzos á distancia, había acabado por trasladarse á Fópoli, para hablar con ella. ¿Qué impulso podía moverle á insistir tanto, si no la quería de veras? Si ella hubiese sido joven prominente y de viso, habría podido achacar á cálculo y ambición de Grimm cuanto hacía; pero siendo, como era, una huérfana desamparada, tal supuesto era inadmisible. ¿La querría, pues, sinceramente? ¿Sería cierto que su corazón había latido y seguía latiendo por ella? Mas al llegar á este punto, le asaltó, sin poderlo remediar, el recuerdo del documento que Consuelo le habia entregado, y se renovaron sus airadas y rencorosas dudas. Nó, aquel hombre era un impostor, y cuanto decía para justificarse, no era más que una farsa. Era imposible que Consuelo hubiese podido escribir aquella carta: primero, porque no tenía tanta habilidad como se hubiera necesitado para falsificarla tan bien, y en segundo lugar, porque no era tan mala como hubiera sido preciso para perpetrar una acción tan villana. Las mujeres, se decía, no son tan perversas ni atrevidas como los hombres; Grimm se había burlado de ella una vez, pero no se burlaría otra; ¡eso no!

Pero ¿si decía verdad? Paulina asegu-

raba que le había visto llorar al hablar de sus amores. ¿Qué significado tendrían aquellas lágrimas? ¿Cómo podía un hombre entregarse á tales extremos, sin estar dominado por un sentimiento real y profundo? ¿Sería posible que la carta tuviese alguna explicación satisfactoria?... ¡Imposible, imposible! Sobre todo, ¿á qué se atormentaba con aquellas ideas? No era libre ya, supuesto que había empeñado su palabra á Joaquín. Aquel sincero y noble mozo sí que la adoraba con toda el alma; y ella también sentía quererle, no con el amor pequeño y vulgar que se basa en la admiración física, sino con el elevado y noble que busca y halla su fundamento en las más exquisitas excelencias del espíritu y el corazón. ¡Afuera, pues, los recuerdos de un pasado humillante y el miraje de imágenes funestas! Su porvenir, el que ella merecía y el único á que podía ambicionar, era el que iba siguiendo.

No obstante, á fuerza de tanto deliberar, no pudo conciliar el sueño durante toda la noche, y, aunque la firmeza de su voluntad y de su afecto á Joaquín no llegaron á flaquear, empapó con acerbo lloro la almohada, y sollozó hasta el amanecer, si bien por lo bajo, para no ser oída por sus compañeras; y al siguiente día se sintió fatigada, como si hubiese sostenido una lucha prolongada con un gigante. Mas á pesar de todo, ó

tal vez por eso mismo (¡son tan impenetrables los misterios del corazón!), aquella misma mañana, tan pronto como hubo tomado el baño habitual y peinado el rubio y rico pelo, salió por los departamentos á buscar á Joaquín, y no paró de corretear hasta haberle encontrado.

—Joaquín, le dijo al verle, tendiéndole la mano, rato há te buscaba.

—¿Qué te pasa? preguntó el joven sorprendido, pues era la vez primera que Berta iba en pos suya.

—Tonterías, puerilidades si quieres, repuso Berta; pero que me tienen muy impresionada.

—Cuéntamelas, Berta mía.

—Una pesadilla: soñé que, hallándonos juntos en un sitio muy hermoso, habíamos sido asaltados por malhechores, que se habían apoderado de mí y nos habían separado. ¡Si vieras cuánto lloré! Te llamaba y te pedía auxilio al sentirme arrastrada lejos de tí. ¿No te ríes de mi insulsez?

—De ningún modo, repuso Joaquín con seriedad; comprendo tu preocupación, porque eso de separarnos, ¡nunca; antes la muerte!

—Lo mismo digo yo.

—Bendita seas.

—Esa pesadilla me ha hecho venir á buscarte, pues quiero pedirte un favor. Ya se sabe que los sueños no salen ciertos, ni son

revelaciones de cosas ocultas, como cree el vulgo; pero ¡qué quieres! estoy muy impresionada, y para calmar mis nervios, te ruego apresures cuanto puedas la fecha de nuestro enlace.

¿Qué motivo impulsaba á la joven á dar aquel paso? ¿Estaba ansiosa en realidad por unirse á Joaquín, ó temía su propia flaqueza? Tal vez hayan militado en su ánimo conjuntamente aquellas dos causas; mas Joaquín, que no podía meterse á analizar intrincadas psicologías, se limitó á adorar lo que miraba, lleno de dicha al sentirse tan amado.

—Berta mía, repuso con voz enternecida, ¡cuán buena eres! Te prometo abreviar los trámites de nuestro matrimonio, pues lo deseo más que tú.

—Lo creo, Joaquín; tengo fe absoluta en tu cariño.

Los ojos de uno y otro se encargaron de decir lo que faltaba, mientras su pecho se alzaba y deprimía precipitadamente al influjo de su tierna emoción.

Desde aquel día no cesó Joaquín de ir y venir, y afanarse á todas horas, ayudado en su empeño por sor Ignacia, por las hermanas, por doña Dorotea y por don Teodomiro. Todo se volvió compra de muebles, géneros y utensilios para montar una modesta casa; y esto quedó hecho con presteza. El corte y la costura de todo linaje de telas y confecciones, quedaron en-

comendadas á las blancas manos de las asiladas; y por este medio y con poco gasto, pudo prepararse para Berta una canastilla de bodas bastante aceptable, pues, á falta de sedas y trajes lujosos, las randas, calados y tejidos que se veían en fundas y camisolas, hubieran podido dejar boquiabierto al observador más exigente y descontentadizo. Las marcas de la ropa blanca fueron maravillosas, ya grandes y de hermosa forma gótica, ó bien caladas y deshiladas con pasmosa paciencia. Cada hilo del tejido fué trabajado aparte, ya para eliminarlo con fino tacto, ya para cogerlo, estrecharlo y enlazarlo con otros, en forma de vapor condensado y nube sutil y vaporosa. ¡A falta de riquezas, la delicadeza de las labores! En buenas manos andaba el pandero.

Joaquín dibujó los diseños del mobiliario, y José se encargó de su construcción. De humilde pino fué el menaje; pero con tal corte y tales molduras realzado, que daba gusto de verlo, pues era artístico y de buen gusto, y al mismo tiempo, sin pretensiones.

Los ahorros de Joaquín llegaban ya por entonces, á unos ochocientos pesos, entre producto de lecciones y entradas extraordinarias por participación en conciertos y orquestas de ópera. A eso se había agregado el valor de los objetos le-

gados por don Juan José Matute, que fué como de otros cien pesos. Novecientos duros bien distribuídos, entre gente pobre, dan mucho de sí, como se vió en la ocasión presente, pues sirvieron para hacer verdaderos milagros.

Berta, por su parte, pudo disponer del donativo que sus padrinos le habían consagrado al bautizarla. Sor Ignacia había invertido aquel fondito en diversas empresas y negocios, y en el transcurso de veinte años, había logrado aumentarlos considerablemente; así que, cuando se habló del matrimonio, manifestó á la asombrada joven, que tenía á su disposición como seiscientos pesos, que le pertenecían en absoluta propiedad y dominio. Tan feliz circunstancia permitió á Berta hacer un enorme gasto por su cuenta propia, y fué el de comprarse un piano, cuya adquisición había sido el sueño dorado de toda su vida. Don Teodomiro dió noticia para ello, de dónde y cómo se encontraba de venta uno de media cola y medio uso, de la afamada fábrica de Chickering, perteneciente á ciertos ricos que, próximos á cambiar de domicilio, andaban quemando sus cosas. Puesta la joven sobre la pista de tan buena oportunidad, comisionó al mismo maestro para que ajustase el contrato, y tal maña se dió éste y tal empeño tomó en el desempeño del encargo, que logró adquirir el armonioso ins-

trumento por solos quinientos pesos, á pesar de no tener lacra ni imperfección alguna en caja, tecla, martinete ó cordaje. Pocos días después de haber hecho la compra, se presentó un postor ofreciendo por él buena utilidad; pero sus proposiciones fueron desechadas.

El piano significaba para los novios todo un mudo de goces: la continuación del éxtasis artístico de su vida, el recuerdo de sus amores y la renovación constante de sus ideales. Joaquín seguiría agilitando los dedos en el teclado é interpretando los obras maestras de los grandes compositores, Beethoven, Schuman, Chopin, Liszt, Grieg; ella continuaría dando voz á las partituras de los compositores más inspirados: Mozart, Weber, Bellini, Donizzetti, Verdi. Así pasarían los días llenos de encanto, consagrados al arte y al amor, lejos del mundo y de sus perfidias. El piano era de tal importancia para ellos, que gustosos habrían prescindido de su mobiliario, y hasta dormido sobre humildes esteras, en caso de necesidad, con tal de tenerle en su casa.

No desveló á Berta, como había acontecido á Paulina, el anhelo de un lujoso traje de boda; sino que se contentó con el que Joaquín pudo darle. Las mismas asiladas se encargaron de confeccionarlo; pero supieron dar al humilde linón de que fué hecho, cortes y pliegues tan

elegantes, que hacían olvidar la pobreza de la tela; y el velo, aunque de punto de hilo, pareció vaporoso é ideal, echado sobre el bello, distinguido y esbelto cuerpo de Berta.

Así se hicieron las cosas en familia, hasta el punto de que, para evitar la intervención de todo género de elementos exóticos, fué convenido elegir padrinos dentro del mismo Hospicio; y los jóvenes se fijaron desde luego para tan alto ministerio en don Teodomiro y en doña Doroeta, quienes aceptaron la distinción con reconocimiento y alegría. Don Teodomiro, haciendo quién sabe qué "combinaceones," pudo regalar á Joaquín el traje de novio, compuesto de un terno de paño negro: jaquet, chaleco y pantalón bien ceñido á la pierna, como se usaba entonces. La señora López, hurgando por los rincones de su cuarto, halló algunas preciosas antiguallas, que, á fuerza de haber caído en desuso, habían vuelto á ser nuevas: un pañuelo de nipis filipino, un mantón de vivos y brillantes colores y un tibor chino, de tamaño mediano, capaz de despertar la codicia de cualquier anticuario. Se desprendió también la buena señora, con aquella ocasión, para mostrar el profundo cariño que á la joven profesaba, de cierto collarcito de menudas, parejas y blancas perlas, y de unos pendientes de la misma composi-

ción, que hacían juego con aquél, y que ella había salvado del naufragio de su pobreza y de la vorágine de las casas de empeño, como por obra de milagro.

—Pensaba dejar á usted estas bagatelas por herencia, dijo la simpática viejecita á Berta, al hacerle entrega de aquellas cosas; pero ¿qué mejor ocasión que ésta para ponerla en posesión de ellas? A mí no me sirven para nada, ni pueden parar en manos más blancas ni más hermosas, ni más puras que las de usted.

Berta se negaba á aceptarlas; pero doño Dorotea insistió con tales y tan sinceras instancias, que no hubo medio de resistir sin ofenderla.

El día de la boda fué de gran resonancia en el Hospicio. Renunciamos á describir la belleza de la joven ante el altar; todavía es recordada en Fópoli después de trascurridos tantos años: parecía un ángel medio velado por casto y misterioso celaje. Joaquín, loco de felicidad, hubiera querido ir tras ella de rodillas y besarle los pies antes de recibir su mano de esposa. Aquel día hubo gran fiesta en la casa, cuyo carácter dominante fué el artístico, como era de rúbrica: la Jauja, "las Bodas de Camacho," el "acabóse" de la música. Don Teodomiro puso en juego todos sus recursos en la línea de orfeones, coros, cantantes, banda y orquesta, para darle realce. Desde la madrugada

comenzó la enormidad. Al romper el alba, la banda, que fué situada en el patio de entrada, rompió en muy hermosos himnos y marchas, y siguió luciendo sus habilidades hasta la hora de la misa; entónces les tocó la vez de lucir las suyas al orfeón (que era el del Colegio de Infantes), á la orquesta y á los cantantes. La misa del mejicano Luna, que se celebró, fué exornada y magnificada con rica ostentación de elementos sonoros, instrumentales y vocales; y á la hora del refectorio, alternaron sin descanso, la banda y la orquesta, tocando piezas populares ó selectas. Y el derroche instrumental continuó desarrollándose durante la siesta y la tarde, sin pausa, intervalo, ni solución. Fué aquello soberbio y monumental, como correspondía á las aficiones y calidad del padrino y los desposados; pues tan opulento despilfarro de notas y armonías, pizzicattos y trémolos, hizo para ellos, que eran tan pobres, las veces de lo más exquisito y costoso de todo lo que puede hallarse en este mundo. Y la música por sí sola llevó aquellos sencillos ánimos á un estado tal de fraternidad y embeleso, que se mezclaron y confundieron viejos y niños, y gobernantes y gobernados, en un regocijo común.

En la casa del rico, habrían abundado en ocasión semejante, los exquisitos man-

jares, las pirámides montadas y los cestillos de frutas y de flores; se habrían apurado copas de Rhin, Burdeos y Borgoña; y á los postres, se habrían descorchado ruidosas botellas de Champaña entre la algazara de conversaciones, risas y brindis. En las bodas de Berta y Joaquín, fué la minuta de un orden muy diferente, pero no menos magnífico, pues se compuso de grande abundancia de oberturas, sinfonías, sonatas, sonatinas y otras delicias acústicas; y esas exquisiteces causaron á los presentes una embriaguez más dulce y placentera, que la que hubieran podido producirles innúmeras botellas de Chateau Iquem, Ponté Canet y Viuda Cliquot Ponsardin.

Al declinar el sol, se trasladó el concurso á la azotea para respirar aire puro, dominar horizontes extensos y bañar de luz el alma y el cuerpo; y aquella vasta y elevada llanura resonó con alegres ecos de música, risas y retozo, pues la banda subió también con instrumentos y atriles. La satisfacción de no ver en torno muros opresores, de respirar brisas frescas, llegadas de todas las lejanías, y de admirar el cielo en toda su extensión, hizo latir aquellos corazones marchitos, afluir la sangre á aquellas mejillas pálidas y chispear el placer hasta en las pupilas más opacas y tristes. Para rematar la fiesta, hubo baile y jaleo entre asiladas

y asilados, y llegó á tal punto el contento, que parecía que aquella muchedumbre había perdido la razón; y Berta y Joaquín tomaron parte activa en la zambra, como si hubiesen querido saturarse de aquella vida, antes de dejarla para siempre.

De pronto pareció que iba á aguarse, al pie de la letra, la fiesta, pues pesadas y negras nubes se levantaron por el lado del oriente; y con la misma rapidez con que en en el mar se desata la borrasca, cuando, apenas bosquejada como punto oscuro en el horizonte, se cubre éste luego de una cerrazón opaca, y corren desbocados los aquilones: así cambió el aspecto del cielo en un solo instante, invadido por vasto y negro nublado. Sopló después un viento frío y húmedo, precursor de lluvia, y hasta principió á chispear un poco; mas, cuando ya se pensaba en abandonar el sitio, hubo grandes y súbitas mutaciones en el espacio. Las nubes en falange cerrada, comenzaron á huir hacia el Norte, solicitadas por la atracción de una enorme hoya que por aquellas partes se extiende; y el sol, que había estado luchando largo tiempo por deslizar sus rayos al través de ellas, logró al fin perforarlas, con el ariete de su luz, y por aquel boquete abierto, lanzó sus ráfagas sobre Fópoli, tan apretadas y juntas, que parecían haz divergente de aureas espadas y saetas. Las finísimas y escasas gotas

que seguían cayendo del cielo, al cruzar la atmósfera luminosa, se trocaban en lluvia de diamantes. Los hospicianos contemplaban la escena con embeleso, vuelto el rostro hacia arriba, y no se saciaban de mirar aquellos contrastes de luz y sombra, aquella lucha del sol con la tormenta, y aquellas inesperadas y gloriosas metamorfosis del cielo.

Repentinamente, sobre el fondo plomizo-oscuro de las nubes, se dibujaron dos altos, amplios y esplendorosos arco-iris, concéntricos entre sí. El mayor de ellos era tan elevado, que llegaba al cenit, en tanto que hundía sus jambas en el lejano horizonte; mientras el más bajo, circunscrito al mayor, era su reproducción exacta y fidelísima. Las franjas matizadas de uno y otro, armonizaban entre sí con suavidad exquisita, y sus tonos, brillantísimos hacia el centro, iban desvaneciéndose hacia los lados, hasta ahogarse y fundirse unos en otros en sus puntos de contacto. Aéreos, impalpables, maravillosos, parecían puertas abiertas en la altura para dar paso á los ángeles y á los arcángeles.

Por un impulso solo, ante aquel espectáculo tan maravilloso, se movieron las manos de los asilados, y resonó un aplauso nutrido y prolongado por las azoteas, aplauso tributado á tanta belleza como la mano del Omnipotente

había querido desplegar ante los ojos de los pobres.

Don Teodomiro, nervioso y excitable, había andado agitándose sin cesar y haciendo visajes con la vista fija en lo alto. Algo quería decir, que no hallaba forma de expresar, y monologaba en medio de los circunstantes, como si nadie le viese; mas, al extender el arco-iris sus ráfagas matizadas y luminosas, y al estallar el aplauso de los hospicianos, no pudo contenerse más, trepó á lo alto de una barda, é imponiendo silencio al auditorio, gritó fuera de sí:

—Señoras y señores: el espectáculo que tenemos á la vista es uno de los más hermosos que puede contemplar la "creatura." Allá arriba, en la "regeón" superior, á donde no llegan las "miséreas" de este bajo mundo, se libran batalla encarnizada la tempestad y el sol; y acabamos de ver que el luminar del día ha salido triunfante, pues ha desbaratado los escuedrones de las tinieblas con sus ametralladoras de luz. Dichosos los fopolitanos que podemos presenciar estos cuadros, porque no hay otro pueblo de la tierra que tenga un cielo tan hermoso como el nuestro; por eso debemos vivir con la vista fija siempre en la altura, para beber en ella "incspiraceón," hermosura y grandeza. Nuestro aplauso entusiasta pinta nuestro "caráter;" tenemos la "intuiceón" de lo her-

moso, y desde el más "doto" al más "inorante" de entre nosotros, todos amamos y comprendemos la belleza. Nuestro aplauso á la obra de "Deos," puede ser comparado, aunque en humilde escala, con la "adoraceón" de los espíritus beatíficos al Omnipotente; porque las arpas, salterios y violas que tocan los ángeles en el cielo, no tienen otro sentido ni llevan otro "odjeto" más que el de ensalzar el poder y las obras del Altísimo.—Ese admirable y doble arco-iris que acaba de formarse á nuestra vista, parece, además, haberse abierto en el cielo para servir á Berta y á Joaquín de puerta de entrada en su nueva vida.

Hizo luego una pausa, elevó al cielo una mano, y extendiendo después la otra hacia Berta y Joaquín, exclamó con acento grave y casi sacerdotal:

—¡Glórea á Deos en la altura y triunfo al arte en la tierra!



PARTE TERCERA

LA LLAMA

I

Una buena noticia

Han pasado como dos años después de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior. Joaquín y Berta, venidos al mundo para combatir con la adversidad, habían estrechado su cariño y sus fuerzas para entrar en la lucha por la vida, y ambos trabajaban cuanto podían, dando ella lecciones de canto y él de piano. Correteaban por la calle á toda hora del día para ir á las casas de los alumnos acomodados, y por la noche acogían en la propia á los discípulos de escasos recursos, de quienes recibían una retribución corta, pero que, ya en conjunto,

producía un rendimiento no despreciable. Así habían logrado llegar al punto donde los encontramos, que era el de un modesto bienestar, pues ganaban no sólo lo necesario para la vida, sino hasta algo más para proporcionarse satisfacciones "extra," y cierto reducido confort.

Vivían en casa pequeñita y risueña, cerca del Hospicio, en la calle costeada por naranjos en flor, que á aquel edificio conduce, pues no habían querido alejarse de las hermanas, á quienes continuaban queriendo como siempre, ó más que nunca; y cuantos ratos desocupados tenían por el día ó por la noche, empleábanlos en visitar á sus bienhechoras y á sus antiguos compañeros de infortunio. El amor que se habían jurado, había ido en aumento, á Dios gracias, porque cada aurora que se levantaba descubría para uno y otro en sus mutuos corazones, una nueva generosidad, una nueva ternura, un nuevo encanto; de suerte que de instante en instante, iban conociéndose mejor y quedando más satisfechos de su elección. Y como su alma era fuente inagotable de ternura y nobleza, sentían que no podría bastarles la vida entera para acabar de conocerse y amarse. ¿Cómo habían hallado la felicidad? De la manera más sencilla y natural: olvidándose cada uno de sí mismo y entregándose sin reserva al amor de su compañero. El no se preocupa-

ba por su propia persona, sino sólo por la de Berta, á quien prodigaba todo género de atenciones y halagos, como si hubiese sido ella, niño tierno y débil encomendado á sus cuidados; y la esposa no pensaba jamás en sí misma, atenta sólo á rodear á Joaquín de dulces y sentidas finezas, como á rey y señor, digno de todos los homenajes, honores y pleitesías. ¡Desgraciados de ellos si se hubiesen empeñado en labrar su dicha personal por su propio cuidado! Entónces habría surgido entre ellos bien pronto, la rivalidad del egoísmo y de la pequeñez, enemiga del cariño. El amor consiste en el sacrificio de la felicidad propia en aras del ser amado. Por fortuna habíalos salvado de aquel riesgo, la nobleza de sus sentimientos exquisitos; pues los únicos combates que entre ellos había, eran los del desprendimiento, como que ninguno quería ser inferior al otro en nobleza y abnegación. Berta se desvelaba pensando lo que haría para que su marido estuviese contento, y le preparaba con sus propias manos los mejores platos y las cremas más delicadas, las zapatillas más elegantes y cómodas, las batas más amplias y abrigadoras, y todo cuanto se le ocurría, que tendiese á hacerle placentero el hogar y á tenerle sano, holgado y contento. Y Joaquín, por su parte, no tenía más que á Berta en la cabeza y en el corazón, para idear y

llevar á cabo los planes más sutiles y bien meditados, á fin de convertirla en una reina ó una emperatriz, dentro de sus propios hogares. Y no había cosa que más le encantase, que el sorprenderla con dádivas y obsequios que de la calle traía: ora chucherías de tocador, ora jarrones artísticos para las consolas, ya telas ó chales, ó cualquier novedad inventada por la moda. Y aquel pensar tanto el uno en el otro, y aquellas manifestaciones que de su mutuo afecto se daban, los traían como fuera de sí y locos de contento, con la cabeza llena de ideas y planes generosos en favor del uno y de la otra, que no acababan nunca. En medio de aquella existencia laboriosa, apartada y humilde, pero llena de encanto, llegaron á saber que Julio Grimm se casaba con Consuelo "de" Dena; pero tan preocupados andaban consigo mismos y con sus diarios negocios, que apenas pararon mientes en la noticia.

—¿Sabes? había dicho un día el joven á su esposa al entrar en su casa; tu examiga Consuelo y tu ex-novio Grimm acaban de contraer matrimonio.

Y al decir esto, había puesto en las manos de Berta uno de los diarios más insulsos de Fópoli, un periódico casi femenil, en que se daba lugar preferente á las noticias llamadas sociales, y se ponía al público al tanto de todas las salidas de la ciudad y vueltas á ella de los perso-

najes notables; de las comidas, bailes y reuniones de los ricos; de los nombres de los concurrentes á esas fiestas; de las "toilettes" de las damas, y de otras trivialidades de ese ó más pequeño calibre.

—¡Conque al fin! había exclamado Berta con naturalidad é indiferencia. Era lo que tenía qué suceder: lo extraño es que no lo hubiesen hecho más pronto.

Y había echado un vistazo distraído á la nota "social" en que se daba cuenta con estilo hiperbólico, de las elegancias desplegadas en la ceremonia, de los adornos del templo, y de los nombres del oficiante y las encopetadas personas que habían concurrido á la iglesia. Al pasar los ojos por aquellas líneas, no había sentido la menor contrariedad, pues años hacía se había dado cuenta de que eso era lo que tenía qué suceder, y, por lo mismo, el acontecimiento carecía de novedad para ella. Su ternura creciente hacia su esposo y la idea altísima que se había formado de su talento artístico, habían llenado su alma tan completamente, que no había en ella ni el repliegue más pequeño ni para el recuerdo, ni para el amor, ni para el odio, en relación con el pasado.

—¡Vaya! agregó. ¡Pues que Dios los haga dichosos!

Joaquín, que la había observado atentamente, temeroso de hallar en su semblante algún relámpago de tristeza, res-

piró satisfecho al notar la impasibilidad de su fisonomía.

El caso, no obstante, hubiera debido asombrar á cualquiera, pues los acontecimientos ocurridos entre el alemán y la ex-señorita "de" Dena, no parecían indicar aquel desenlace. Buen trabajo debió costar á Consuelo la conquista de aquella plaza tan fuerte y bien defendida. Era de presumir que sólo á fuerza de halagos, insistencia y hasta rebajamientos, hubiese logrado salirse con la suya. El bonachón de Julio, abandonado por Berta, había ido á caer en brazos de Consuelo, á más no poder, esto era claro; pero, fuese como fuese, Berta no dió importancia alguna á la especie, la olvidó bien pronto, y siguió pensando en otras cosas de más sustancia y atractivo.

La posición un tanto desahogada en que vivían los esposos, les permitía entregarse á algunos lujos, como concurrir á la ópera, cuando la había en la ciudad, ó reunir en su casa de tiempo en tiempo á amigos artistas, para hacer juntamente con ellos, un poco de música, como dicen los franceses; así iban pasando la vida sin sentirlo, consagrados al trabajo, al arte y al amor, y olvidados de todo lo demás. La tarde precisamente en que se abre este capítulo, era una de aquellas en que se hallaban rodeados por el corto grupo de sus predilectos.

La escena pasa en la salita de la casa, donde se ostenta el piano de Chickering como principal ornamento. Los humildes muebles construídos por José, lucen su elegante estructura medio velada por cubiertas sutiles tejidas por el gancho de Berta. Cuadros de labores manuales, pendientes de cordones y clavos, y retratos fotográficos de hermanas de la Caridad ó antiguos compañeros del Hospicio, asegurados por las esquinas con tachuelas de dorada cabeza, alegran los muros, formando caprichosas figuras romboidales y estelares. Una gran lámpara de petróleo con pantalla de seda roja, derrama tibia luz por el recinto invadido ya por la sombra de la noche, y los jarrones de porcelana rebosantes de frescas flores, llenan el ambiente de suaves y embriagadores perfumes.

¿Quiénes formaban la reunión? En primer lugar, el indispensable don Teodomiro, quien ejercía en el hogar las funciones de protector y amigo de confianza. Además de él, don Pomposo de la Torrentera, regordete, cuarentón, violoncellista, wagneriano, lector infatigable de literatura musical y enemigo acérrimo de la melodía italiana. Al lado de Torrentera figuraba el flautista don Angel Blanco; blando, sentimental y enamorado de Bellini, Donizzetti, Rossini, Verdi, y todos los maestros del "bel canto." Poco á poco y

á fuerza de seleccionar entre los compañeros y amigos, habían acabado Berta y Joaquín por aficionarse á estos dos filarmónicos, que tenían talento, corazón y un verdadero fanatismo por la música. Es cierto que Torrentera era un revolucionario tremebundo, y que Blanco no veía más allá de Rossini, Bellini y Donizzetti; pero también lo es que aquella diversidad de criterios y gustos los completaba, haciendo de ellos un par de censores muy competentes para cualquier obra artística, fuese cual fuese el género á que perteneciera.

Formaba parte de la reunión, finalmente, un periodista llamado don Valente Becerril (pequeñito, enclenque, irascible y soberbio), sobre el cual tenemos que decir dos palabras antes de pasar adelante. No había entrado en la intimidad de la familia por la puerta ancha y franca de una amistad verdadera, sino por la estrecha y difícil de la imposición y la fuerza, por ser crítico de arte en su propio periódico llamado "El Azote." Sandoval le temía mucho, y tenía para él delicadas atenciones, á pesar de que en el fondo no le quería. Sabido es que los artistas aman tanto los elogios, como temen los ataques de la prensa, y que cuanto dice ésta acerca de ellos, ya los vuelve locos de contento, ó los contrista y medio mata de pena, según el tenor de las revistas; así que la debilidad

de Joaquín era muy explicable. Había, no obstante, una cosa grave de por medio, que Sandoval ignoraba, y que, á haberla sabido, habría dado al traste con sus diplomacias de pianista y compositor; y era que Becerril, que se las daba de tenorio, andaba prendado de Berta, quien, con el pleno desarrollo de su juventud, se había puesto guapísima, al punto de fascinar á cuantos la véian, y ser famosa en la ciudad por su no igualada belleza. En tal virtud, aunque desde el punto de vista estético pudiera admitir disculpa la admiración del periodista, era, desde cualquier otro, simplemente perversa y detestable, pues nada hay más odioso que un bellaco que se introduce en el hogar ajeno bajo capa amistosa, para arrebatar la honra al amigo. Don Teodomiro, Torrentera y Blanco, algo sospechaban de aquella torcida afición; pero la miraban como simplemente ridícula, por el conocimiento que tenían de la virtud acrisolada de la joven; y Berta que, como buena mujer, había echado de ver muy pronto las tendencias de Becerril, le trataba cuanto más agriamente podía. Pero él no se daba por entendido de sus desdenes, porque era presuntuoso, y se imaginaba que aquellas malas pasadas eran simples ardides de que ella se valía para hacerse más interesante y cautivadora á sus ojos. Aunque hasta entonces no se había pro-

pasado el fátuo, á hechos ó insinuaciones de naturaleza intolerable, sentíase dispuesta la joven á aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para darle una buena lección, sin necesidad de que Joaquín se enterase de las causas que á ello la movían.

Decíamos, pues, que la noche aquella, se hallaban reunidos en el saloncito de la casa de los esposos Sandoval, los tres individuos cuyo bosquejo acabamos de hacer. Pasados los cumplidos de ordenanza, después de una breve conversación sobre asuntos triviales, se dirigió Sandoval á los presentes, diciéndoles con voz un tanto reservada y confidencial:

—Tengo que dar á ustedes una noticia.

—¿Cuál? le preguntaron.

—He compuesto una ópera, prosiguió articulando lentamente.

—¡Una ópera! exclamó Torrentera asombrado.

—¿Tal vez al estilo de las de Bellini? preguntó Blanco lentamente.

—Sí, una ópera, prosiguió Joaquín. Por lo que hace á su estilo, ustedes mismos juzgarán al oír las partes cantadas por Berta ó bosquejadas en el piano por mí, que van á oír dentro de poco.

—¿Qué nombre lleva? preguntó Torrentera.

—Mi primer intento fué darle por título "Hernán Cortés," contestó el interpe-

lado; pero en vista de que hay otra de ese mismo nombre compuesta á principios de este siglo por Gaspar Spontini, el gran autor de "La Vestale," me he resuelto á ponerle por título "Doña Marina:" tanto da.

—Bien, murmuró Becerril; pero ¿de quién es el libreto?

—Mío, repuso Joaquín con sencillez.

—¡Hola, hola! exclamó don Valente con zumba. Al estilo de Wagner.

—No lo he hecho por eso, repuso Sandoval con sencillez, sino sólo por necesidad, pues no hay libretistas en Fópoli.

—¡Cómo no! protestó don Valente, lanzando á Berta una mirada furtiva. Un argumento inverosímil, de relumbrón y descosido, cualquiera lo halla; yo hubiera podido encargarme de ese trabajo, si usted me lo hubiera propuesto.

—Ojalá hubiese caído en la cuenta, prosiguió Joaquín; pero la verdad es que no se me ocurrió. Por fortuna no se necesita mucho para hacer un trabajo de ese género; por eso me he atrevido á ponerle mano, tanto más cuanto que es cosa cómoda formarse uno mismo las situaciones y ponerles la música que requieren.

—Nada más natural, observó sentenciosamente don Teodomiro.

—Para que se formen ustedes idea de la obra, prosiguió Joaquín, voy á decirles

en breves palabras y antes de todo, cuál es su argumento.

—Nos parece muy acertado, dijeron los oyentes.

Se hizo el silencio. Berta no apartaba los ojos de su esposo, con visible ansiedad y cariño, en tanto que Becerril la devoraba con los suyos, y que Gómez y Pérez se mostraban solemne.

—La acción, continuó Joaquín, como ustedes se lo habrán figurado ya por el título mismo de la obra, pasa en México, en tiempo de la conquista española. La he dividido en tres actos, y he procurado poner de relieve en ella, los pasajes más importántes relacionados con Cortés y con la Malinche.—En el primero, el foro representa las márgenes feraces y montuosas del Grijalva, destacándose en el fondo, el caserío de Tabasco. Aparece Cortés desde luego, rodeado por su ejército, y desnudando el acero y dando tres tajos á una gran ceiba que estará en medio del escenario, declara que toma posesión de la tierra en nombre de los monarcas de Castilla, y jura defender y sostener su conquista hasta la muerte. con lanza y espada. Los soldados hacen el mismo juramento; mas viene á interrumpir el coro de sus voces, una comisión de guerreros y vírgenes tabasqueños, en cuyo grupo figura doña Marina. El cacique que preside el cortejo, in-

tima á los extranjeros salgan luego del país y lo dejen libre de su presencia, bajo pena de la vida, pues serán exterminados si insisten en profanarlo con su planta. Cortés se niega á ello con altivez, y declara que la comarca es ya posesión de Castilla, y no la dejará sino con la existencia. Ol oír esto, aléjanse los comisionados amenazando con furia á los españoles, y éstos, despreciativos y burlones, se marchan á descansar á sus tiendas. Cortés se queda solo, pensando en la inmensidad de los destinos que se le ofrecen y en sus sueños de grandeza. En esto, llega recatadamente doña Marina, que se había prendado de su gentileza, á revelarle que los tabasqueños en gran número vendrán á atacarle dentro de pocos momentos; y se marcha corriendo, sin aguardar su respuesta. Al desaparecer la joven, se oye, en efecto, la gritería de los indios y la bronca algarabía de sus pífanos y atabales; de suerte que apenas tiene tiempo don Hernando para reunir á su gente y salir al campo..—Al ausentarse los guerreros, se ve invadido el escenario por un grupo de mujeres encabezadas por doña Marina, que vienen huyendo de la lucha y buscan un refugio en el bosque. Oyese el rumor de la refriega; pero ésta es breve. Los castellanos ponen en fuga á los tabasqueños, vuelven triunfantes al escenario, y al ver á las mujeres,

se apoderan de ellas y las declaran botín de guerra.—En aquellos momentos se presenta Cortés; distingue á doña Marina entre las cautivas, y, tomándola por la mano, declara que se la reserva para sí. Ella recibe sus palabras con alborozo, y ambos cantan un dúo de amor.—El acto termina con el relato pintoresco que hace Alvarado de haber visto al Apóstol Santiago en medio del combate, jinete sobre caballo blanco y cubierto de espléndida armadura; él fué, dice, quien peleó por los castellanos.—El acto termina con un concertante en que continúan cantando su amor Cortés y doña Marina, mientras los guerreros, arrodillados, dan gracias al Todopoderoso por la victoria alcanzada, y las mujeres cautivas lloran su desdicha.

Al llegar aquí Joaquín, se interrumpió para tomar aliento.

—Se presta el argumento para ser realzado con buena música y aparato escénico, observó Torrentera.

—Y también para el desarrollo del estilo patético, añadió Blanco. ¡Qué arias y dúos tan sentimentales pueden introducirse en la acción!

Don Teodomiro callaba: conocía toda la obra musical y literaria, y la había aprobado desde hacía tiempo. Berta se mostraba radiante de júbilo, porque había hallado el resumen hecho por Joaquín, su-

mamente brillante y hermoso. Sólo Becerril balanceaba la cabeza con aire poco satisfecho. Berta, que sorprendió sus movimientos, le interrogó á quemarropa:

—¿Qué tiene usted qué decir, señor? Sea usted franco.

—Señora, repuso el periodista con voz malífula, usted perdone; pero, ya que me lo pregunta, debo declarar que el argumento, tal como va hasta ahora, me parece malo, no por falta de interés, que sí lo tiene, sino por falso.

—¿De veras? exclamó Joaquín inmutable.

—Sí, prosiguió don Valente; no se compadece con la historia.

Berta, un sí es no es picada, salió luego á la palestra en defensa de su esposo.

—Usted no puede negar, dijo, que Hernán Cortés haya existido.

—Por supuesto, repuso Becerril sonriendo benévolamente, ni que haya existido doña Marina, ni que se hayan dado varias batallas á orillas del Grijalva; lo único que objeto es que Cortés no conoció á la Malinche entónces, sino después; ni comenzó á tener amores con ella en aquel lugar, sino en Veracruz, cuando se la cedió Portocarrero, que fué su dueño primitivo.

—Aguardaba la objeción y tomo nota de ella, repuso Joaquín tranquilamente. Ya tratarémos de eso más adelante; mas

por ahora, si á ustedes les parece, continuaré exponiendo el argumento.

Las cabezas se inclinaron en señal de aprobación, y siguió hablando Sandoval:

—El segundo acto, dijo, pasa en México, en el Palacio de Axayacatl. El foro representa un gran patio rodeado de macizas construcciones, en uno de cuyos ángulos se destaca una plataforma alta, como torre, á la cual se sube por una gradería. Aparecen en escena Cortés y Alvarado, en momentos en que el primero reprende al segundo por los asesinatos de los nobles mejicanos realizados en el templo, el cual ha causado el levantamiento de la población; el segundo se defiende, sosteniendo que los nobles aztecas fraguaban un levantamiento, y que los exterminó para evitar una traidora sorpresa. Mientras hablaba, se oye un rumor sordo é imponente causado por la multitud de guerreros que sitian el palacio. De tiempo en tiempo caen flechas y guijarros en el recinto. Preséntase doña Marina y avisa á Cortés que los mejicanos han prendido fuego á una parte del edificio y están haciendo gran estrago con sus proyectiles en el ejército de los tlaxcaltecas. Alvarado se muestra despreciativo; pero Cortés da suma importancia á la noticia y recuerda que hace poco intentó inútilmente desbandar á los asaltantes, cargando sobre ellos con soldados de las

tres armas. Interroga á la Malinche sobre lo que deberá hacer, y aconséjale ésta se valga de Moctezuma, que se halla prisionero en aquel mismo palacio, para que calme los ánimos de sus súbditos, y consiga de ellos permitan á los españoles salir de Tenoxtitlán sin ser hostilizados. Cortés halla bueno el recurso, pues conoce el prestigio político y religioso que el Emperador tiene sobre su pueblo, y da orden á un capitán, de traer á Moctezuma á su presencia. Así pasa, y el Emperador se presnta á poco revestido con insignias reales y acompañado por sus cortesanos. Don Hernando le intima que hable con el enfurecido pueblo y le induzca á deponer su actitud agresiva, para permitirle salir de la población en compañía de su tropa. Alvarado y doña Marina toman parte en el diálogo, manifestando el primero gran menosprecio hacia los indios, y reforzando la segunda con frase persuasiva, la indicación de Cortés. Moctezuma se excusa y vacila al principio, temeroso de las consecuencias; pero al fin, deseoso de complacer á Cortés, accede á sus deseos y sube por la escalinata de la torrecilla para colocarse sobre el muro y hablar con los asaltantes. Tan pronto como su figura se destaca en lo alto, se hace el silencio en el exterior. Entónces eleva la voz Moctezuma con grande autoridad, asegura á sus vasallos que no

está preso, sino vive en aquel lugar por su libre y espontánea voluntad, afirma ser innecesaria la lucha, y exhorta á sus vasallos á que se retiren y dejen paso libre á los españoles, quienes se alejarán voluntariamente de la ciudad. Mas apenas acaba de hablar, estalla un rumor formidable, y gritos de "¡ cobarde !" "¡ traidor !" resuenan por todas partes, en tanto que una lluvia de flechas y piedras acribilla al Emperador. Este, herido por aquellos proyectiles, rueda por la escalinata y cae muerto á los pies de Cortés. En medio de la consternación general, la Malinche, alarmada, aconseja á su amante que salga con los suyos del palacio á toda costa, pues si permanece en él, será exterminado sin remedio. Alvarado se opone á la medida; pero Cortés, después de vacilar, acaba por aceptarla, aunque cayendo en hondo abatimiento, porque cree nublada su estrella para siempre. Doña Marina, empero, levanta su ánimo, diciéndole que aquel contratiempo es pasajero, y que un gran porvenir le espera para más tarde: y Cortés, recobrado el espíritu, congrega á sus soldados, desenvaina el acero y da la orden de marcha.—Así concluye el segundo acto.

Hizo Joaquín una segunda pausa, y, al explorar con la vista el rostro de los oyentes, quedó complacido, hallando en ellos muestras de inequívoca aprobación.

—El tercer acto, continuó, pasa en la azotea de una casa de la ciudad de Méjico, desde donde vigila Cortés los últimos acontecimientos del sitio. Llegan Alvarado, Sandoval, Olguín y otros capitanes á darle parte de sus triunfos: la ciudad está rendida, pero atestada de cadáveres y moribundos. Cortés da orden de que se suspendan las hostilidades y se atienda á los heridos y hambrientos. Aparece luego doña Marina y advierte á su amante que van surcando la laguna numerosas embarcaciones, en las cuales se escapan los principales capitanes y príncipes de la nación vencida. "Hay que impedir, le dice, la fuga de Cuauhtemoc, pues no habrá paz en esta tierra ni será posible la conquista, mientras quede suelto y sin vida ese guerrero indómable." Con la mano le indica una canoa de forma especial que en aquellos momentos, dice, se aleja por el lago, y le sugiere la sospecha de que pueda ir en ella el mismo Cuauhtemoc. Cortés ordena luego á sus capitanes den caza á los barcos fugitivos, y muy especialmente al designado por doña Marina.—Salen los capitanes, y Cortés y su amante continúan observando lo que pasa en la laguna, y relatan las peripecias de la persecución, cuyos detalles no pierden de vista. Doña Marina observa el abordaje de la canoa sospechosa; es Olguín quien le ha dado alcan-

ce. Ya trasladan á los prisioneros al bergantín español, ya se dirigen al lugar ocupado por Cortés, ya se acercan, ya llegan.—Anuncia un mensajero que el Emperador Cuauhtemoc y toda su comitiva han sido capturados. Don Hernando, en el colmo del regocijo, manda suspender la recepción, mientras es adornada la escena para recibir dignamente al prisionero. Los soldados la tapizan de rojo, elevan en medio de ella una plataforma con gradería y colocan en lo alto un sillón en forma de trono, donde se sienta Cortés, teniendo á su lado y en pie, á doña Marina.—Entra el Emperador Cuauhtemoc con su comitiva; y el regio prisionero, dirigiéndose á Cortés, le dice: "atraviésame el corazón con tu puñal, ya que no he sabido defender mi capital y mi trono." Cortés baja la gradería, elogia el valor de Cuauhtemoc y hace objeto de sus atenciones á la esposa del Emperador, á la joven y hermosísima Tecuipo, hija de Moctezuma.—El cortejo se retira y sigue un dúo entre Cortés y doña Marina, en el cual ensalza ésta la grandeza del triunfo alcanzado, y dice á su amante que, después de haber sido la empresa coronada por el éxito, la misión de ella está concluída. Cortés le expresa su amor con palabras sentidas, y la estrecha en brazos diciéndole que á ella debe sus triunfos. Doña Marina responde que

son obra de Dios y que la unión de él y de ella carece ya de objeto. Diciendo esto, intenta huir; Cortés la detiene y luchan, pero ella logra desprenderse de los brazos de su amante, y, corriendo hacia la barda de la azotea, se arroja en la laguna. Cortés llega tarde para salvarla, y llora amargamente su fin trágico; pero sus lamentos son ahogados por el coro de regocijo que entona á corta distancia el ejército victorioso.... Aquí concluye el libreto, dijo Joaquín, después de una pausa; eso es todo.

Y guardó silencio para oír la opinión de los circunstantes.

—Por mi parte, clamó Torrentera, lo apruebo de la cruz á la fecha. Comprende una sucesión de cuadros interesantes, de los cuales puede sacarse gran partido.

—Me adhiero á la opinión de don Pomposo, agregó don Angel con sonrisa complaciente.

—Por lo que hace á mí, terció don Valente, pidiendo antes perdón á Berta con la mirada, tengo la pena de insistir en lo dicho; la composición no es mala como obra de imaginación; pero contiene grandes inexactitudes.... Voy á enumerar algunas más de las dichas: doña Marina no aconsejó á Cortés la retirada de la Noche Triste, ni le sugirió la idea de valerse de Moctezuma para apaciguar á los mejicanos y salir del palacio de Axaya-

catl. Moctezuma no cayó muerto de la barda, después de arengar al pueblo, sino que sucumbió después, ya sea de sus heridas ó rematado por los españoles. Doña Marina no llamó la atención de Cortés hacia las canoas fugitivas, después de la toma de Méjico, ni le indicó la que llevaba á Cuauhtemoc y á su corte. Por último, la Malinche no se ahogó en el lago de Texcoco, sino continuó viviendo muchos años, murió después de Cortés y casó con el Capitán don Juan Jaramillo.

—Tiene usted razón en todo eso, señor Becerril, repuso Sandoval; pero algo puedo decir en defensa de mi fábula.

—Véamoslo, repuso el periodista.

—Esto sencillamente: que he hecho un libreto y no una disertación histórica.

—¡Concluyente! exclamó don Teodomiro, que hasta entonces no había articulado palabra.

—No tanto, insistió don Valente algo mortificado, pues las inexactitudes pasan de castaño oscuro.

—No pasan, señor mío, continuó Gómez y Pérez tomando por suya la cuestión. ¿Qué libreto conoce usted estrictamente ceñido á la verdad histórica, ó siquiera á la verosimilitud? En "Rigoletto," el libretista Piave, hace que Francisco I, bajo el nombre de Duque de Mantua, deshonre á la hija del bufón Triboulet, lo que no pasó nunca. En "Ruy Blas," el libre-

tista Ormeville convierte á la esposa de Carlos II, rey de España, en la amante de un lacayo, y á éste en un genio superior al de Jiménez de Cisneros; lo que es simplemente ridículo. En "Lucrecia Borgia" el libretista Felice Romani hace de la protagonista una envenenadora que mata á su propio hijo, lo cual es una monstruosidad y una mentira.

El maestro se detuvo de pronto y fijó los ojos en el periodista, aguardando respuesta; pero como éste callase, continuó diciendo:

—Vamos, mi señor don Valente, ¿halla usted más gordas las inextctitudes del libreto de "Doña Marina" que las de "Rigoleto," "Ruy Blas" y "Lucrecia Borgia?" Si le place, continuarémos analizando algunos otros, como los de "Hugonotes," "La Africana," "El Profeta" y cuantos usted guste y mande.

—No hay para qué, repuso Becerril desabrido y desconcertado; pero ¿autoriza todo eso al señor Sandoval para desfigurar la verdad?

—Indudablemente, repuso don Teodomiro, pues, en las óperas, no tiene más objeto el argumento, que servir de engarce á los trozos musicales.

—Así lo entiendo yo también, agregó Joaquín, y aun así lo dicen los libros. Mas, aparte de eso, merece la indulgencia mi argumento, porque aun cuando sea inexac-

to en lo que se refiere á la materialidad de los hechos, no lo es en cuanto al espíritu de la historia. Todos saben que doña Marina fué para Cortés, durante la conquista, consejera hábil y de precio incalculable en todas ocasiones. Al hacerla figurar sugiriendo al conquistador ideas salvadoras en casos críticos, he dado á su carácter el significado que le corresponde.

—Eso no lo niego, repuso don Valente inclinándose con dirección á Berta. Lo único que hallo un poco exagerado, es lo de hacer morir á la Malinche en los momentos mismos de la toma de México.

—Esa parte es la menos vulnerable del libreto, replicó don Teodomiro, pues sabidísimo es que, después de la toma de la plaza, cayó doña Marina en una oscuridad absoluta. Si casó con el Capitán Jaramillo y aun sobrevivió á don Hernando, como se dice, es incuestionable que, terminada la Conquista, quedó muerta para la historia. La "ficeón" del libreto expresa bien ese "conceto;" no me negará usted que pocos saben lo que fué de la Malinche después de esa fecha.

Iba á replicar Becerril; pero no se atrevió al fin, al observar que Berta le miraba con patente mal humor, y que el concurso le era desfavorable. Así que, rindiendo las armas, concluyó:

—Estoy convencido; ustedes han estu-

diado bien el punto, mientras á mí me coge de nuevo. No he hecho más que decir lo primero que se me ha ocurrido, y todo con buena intención: ustedes perdonen.

—¿Queda, pues, aprobado el argumento? preguntó Joaquín.

—Aprobado, repusieron todos en coro.

II

Un gran proyecto

—En tal caso, prosiguió Sandoval, voy á dar á conocer á ustedes un poco de la música.

Diciendo así, sentóse al piano, y Berta se puso en pie junto á él para cantar.

—Un momento, interrumpió Torrentera; antes de comenzar la audición, desearía tener alguna idea del carácter general de la obra.

—¿Qué desea usted saber? preguntó Joaquín.

—¿Ha introducido usted en ella la polifonía, ó conserva los procedimientos de la música italiana? ¿Da lugar prominente á la orquesta, ó la trata como simple y secundario acompañante dei canto?

—He introducido la polifonía, repuso Sandoval con sencillez.

—¿Y ha cerrado usted la puerta al "bel canto?" interrogó don Angel escandalizado.

—Nó, intervino Berta; pues en tal caso, no me hubiera dejado lugar para tomar parte en ella. No soy soprano dramática.

—Esa razón, señora mía, saltó Becerril sonriendo, podrá ser buena desde el punto de vista amoroso.

—Aun sin eso, prosiguió la joven, Joaquín nunca hubiese suprimido las arias, porque en ellas se lucen las buenas voces y la buena vocalización.

—Pero, replicó Becerril, hay que tomar algún partido: ó el de la escuela de Wagner, donde no hay más que dramatismo, ó la del "bel canto," donde no hay más que floreo y gorgoritos.

—Yo estoy por el "bel canto," manifestó Blanco con decisión. ¿Que puede haber más hermoso que "Lucía," "Norma," "Lucrecia" y "El Barbero," interpretadas por la voz de las inspiradas primas donnas, de las estrellas espléndidas del arte?

—Piensa usted así, amigo Blanco, replicó Torrentera, porque en las óperas de ese estilo, hay vasto campo para que se luzca la flauta, acompañando á las cantantes en sus difíciles modulaciones y juegos de garganta; lo que no pasa en las óperas polifónicas.

—No debo negar, repuso don Angel, que me duele ver relegado á término secundario el instrumento que toco, que es el más noble y antiguo de todos, el primero, tal vez, que sonó en el mundo, el que fué honrado en Grecia y Roma, y acompañó en las remotas edades, las ceremonias religiosas, las declamaciones trágicas y hasta los discursos de los oradores. Gozo infinitamente cuando, en medio de la sumisión de la orquesta, voy acompañando con mi pequeño y sonoro instrumento, la voz argentina de las sopranos, cuyas dulces y vibrantes notas procuro secundar y subrayar con mi ejecución. Me absorbe á tal punto, en esos casos, la dulce tarea, que no sé si me hallo en cielo ó en tierra. Por eso no me explico que la "escuela del porvenir" se empeñe en suprimir esas sublimes manifestaciones del arte, que tanto elevan el espíritu y son tan del agrado de todos... ¿Quién ha compuesto cantos más dulces, inspirados ni sentidos que Bellini, Donizzetti y Rossini? La música sabia jamás logrará sobrepujar ni igualar siquiera las deliciosas concepciones de esos maestros.

—Conocida es la constante oposición en que don Angel y yo andamos sobre ese tema, repuso Torrentera dirigiéndose cortesmente al concurso. Yo sostengo y sostendré siempre, que la voz

humana no debe ser más que la de uno de tantos instrumentos de la orquesta, ya que es necesario admitirla en la ópera; aunque, considerada por su timbre y alcance, es de naturaleza inferior á casi todos los otros instrumentos.

Vientos tempestuosos empezaron á soplar en aquel punto en el saloncito. Don Pomposo estaba en carácter lanzando grandes palabras y altísimas voces; pero el mansísimo don Angel se salía de su tono defendiendo su tesis con inusitada energía. El hecho no era raro ni nuevo, pues la dulcísima música ha sido ahora y siempre causa de grandes disturbios en el mundo. Apolo y Mercurio lucharon encarnizadamente por el predominio de la lira de tres ó siete cuerdas. "Nunca cambia el estilo musical, decía Platón, sin que sufran alteración los principios del Estado." Se necesitaría la musa del poeta Ferécrates, detractor de las novedades introducidas en Grecia por Melamípedes, Cinesias y Frimis, para narrar con exactitud el tremendo debate suscitado entre Blanco y Torrentera.

Para cortar la discusión, que amenazaba no acabar nunca, intervino Berta:

—¿Me permiten ustedes? preguntó suavemente.

—Sí, por supuesto, repusieron cortesmente los oradores.

—Soy ignorante en cosas técnicas, pro-

siguió la joven; pero, á mi juicio, no hay instrumento capaz de traducir los sentimientos del corazón tan fielmente como la voz humana. La música no se ha hecho para oídos distintos de los del hombre. Los amantes del arte y las personas sensibles, preferirán siempre á cualquier otra, la música y la ejecución que más los conmuevan. Por más perfeccionados que supongamos los instrumentos musicales, y por más brillante que sea la ejecución de quien los toque, jamás podrán aquéllos, ya sean de viento, cuerda ó arco, igualar el acento humano en la expresión de las emociones.

—Permítame usted felicitarla, señora mía, dijo adulatoriamente Becerril, dirigiéndose á la joven; lo que acaba usted de decir es toda una teoría de arte, y se basa en muy sólidos fundamentos. Se conoce tiene usted, además de garganta y belleza, buen talento y discurso....

Berta no se dignó siquiera volver el rostro para darle las gracias.

—Sólo que esa teoría, insistió Torrentera, podría llevarnos muy lejos: hasta la falsedad de la escuela del siglo XVIII, hasta los caprichos de las sopranos de principios de este siglo, hasta la tiranía de los virtuosos, que obligaban á los compositores á producir música de arabescos y fioriture, destinada exclusivamente al lucimiento de sus voces.

—Sin embargo, don Pomposo, objetó Berta, fíjese usted en que en esos tiempos florecieron la Malibrán, la Pasta, la Sontag, la Mainvielle-Fodor y la Persiani, de quien se dice que era la vocalización misma hecha mujer....

—Y Rubini, Lablache, Tamburini y los dos Ronconi, nunca igualados por tenores, barítonos ó bajos de tiempos posteriores, agregó Blanco.

—Es verdad, repuso Torrentera; pero si á eso nos atenemos, podríamos retroceder hasta la época de los hombres-mujeres, sujetar la ópera á los caprichos de algún Caffarello, y apelar de nuevo á los medios salvajes que produjeron á Ferri, Canessino y Crescentini.

—Eso no lo puede responder, murmuró Berta enfadada, porque no lo entiendo.

—¡Crímenes, infamias del papado! exclamó Becerril.

—Dirá usted de la "calúmea," protestó don Teodomiro con indignación.

—Serán de la historia en todo caso, afirmó don Valente amostazado; sabido es que en la Capilla Sixtina no podían entrar las mujeres, y cantaban hombres preparados por la cirugía para adquirir acento femenino.

—Vulgaridades, replicó don Teodomiro con inmenso desprecio. Varios Pontífices, y entre otros Juan XXIII, no sólo

reprobaron que los hombres cantasen con voz atiplada, sino declararon ser necesario que lo hiciesen con acento varonil. Clemente XIV llegó hasta permitir que las mujeres cantasen en el templo, con tal de lanzar de ahí á los ridículos sopranos.

Becerril iba á responder, cuando Berta le cortó la palabra.

—No entiendo, volvió á decir, lo que acaba de expresar el señor (aludiendo al periodista), ni me agrada oír hablar de ese modo de los Sumos Pntífices..... Por otra parte, no he querido sostener que el canto humano deba ser el único en la ópera; sino sólo que, cuando es buena la voz y está bien amaestrada, produce mayor deleite y emoción en el auditorio, que el violín, el clarinete ó cualquier otro instrumento, por lo cual merece algún privilegio en la polifonía.

Don Valente esquivó toda discusión con Berta; pero aun continuó el debate entre Blanco y Torrentera, porque ambos eran testarudos; y hubiérase prolongado por tiempo indefinido, á no haber exclamado Joaquín:

—Señores, mi partitura no da motivo para tantos comentarios, pues mi método todo lo concilia. Acepto la polifonía y el "bel canto"..... Soy ecléctico y no sistemático. La mayor parte de mi obra es polifónica; pero en algunos pasajes, doy

á la voz humana el primer papel, para que luzca sus excelencias.

—¡Debilidad! exclamó Torrentera, permítame que se lo diga.

—Cálculo, don Pomposo, replicó Joaquín serenamente; todo lo he pensado con madurez.

—¿No habrá resultado falta de homogeneidad de esa mezcla? preguntó Becerril.

—Ustedes mismos lo dirán, contestó el interpelado.

—¿Está ya instrumentada la ópera? inquirió Torrentera.

—Con auxilio de vecinos, repuso Joaquín: mi maestro (aludiendo á don Teodomiro) me ha hecho el favor de ayudarme para ello.

—La base de la orquesta debe estar en los violines, observó sentenciosamente el periodista.

—Así es, contestó Gómez y Pérez con frialdad.

Anduvieron de mano en mano los papeles de la partitura. Torrentera y Blanco los examinaron con atención de conocedores, y hacían señales de aprobación al recorrer rápidamente sus páginas. Becerril los examinó también, aunque no entendía jota de lo que significaban aquellas rayas horizontales, aquellas notas circulares ó en forma de vírgula, y tantas figuras y notaciones curvas, rectas, que-

bradas y angulosas. En seguida comenzó la audición. Don Teodomiro sacó de la caja el Stradivarius, Torrentera tomó el violoncello y Blanco la flauta; y los tres se aproximaron al piano. Así se improvisó un cuarteto de verdaderos profesores.

Joaquín dió á conocer primeramente la brillante y magnífica obertura, en la cual, en medio de una constante riqueza de temas y armonías, se oía la voz lejana de la Malinche (Berta), preludiando el despertar de la Virgen América.

—¡Magistral! exclamó don Teodomiro satisfecho al concluir aquella parte, sacando el violín de debajo de la barba. Weber mismo no se desdeñaría de firmar esta obertura.

—¿Tanto así? preguntó Becerril.

—Como usted lo oye; sin "esageracéón" de ninguna especie, repuso don Teodomiro con aplomo.

Don Valente, á quien no complacían los triunfos de Joaquín, se contentó con encogerse de hombros, habiendo tenido la desgracia de ser sorprendido por los ojos de Berta en aquel flagrante delito. Después de la obertura, siguió la ejecución de otras partes de la ópera (arias de soprano y dúos principalmente), en las cuales Joaquín hacía de tenor "sotto voce." También fueron desflorados unos cuantos tercetos, en los que don Teodomiro tala-

reaba las partes del barítono ó del bajo con voz cascada y débil, pero bien afinada.

—¡Bravo! ¡bravísimo! gritaba entusiasmado Torrentera, haciendo zumbar el arco sobre las conmovidas cuerdas del violoncello.

—¡Sublime! suspiraba don Angel con ojos escorzados y lacrimosos, al separar la flauta de los contraídos labios.

—¡Bien, Berta! ¡Canta usted como un ángel! clamaba Becerril con adulador entusiasmo.

Así continuó la sesión, en medio de un torrente de notas y una casacada de armonías, hasta que, dada la media noche, fué preciso suspenderla, en consideración á las ocupaciones del siguiente día, pues todos los presentes vivían de su trabajo, y tenían que levantarse temprano. Gómez y Pérez, Torrentera y Blanco declararon para concluír, que la composición era inspiradísima y de una factura acabada; que hacía honor á Fópoli, al Estado y á la República, y que estaba destinada á abrir nuevos horizontes al arte nacional. Maravilláronse, además, de que Joaquín hubiese sabido aliar tan hábilmente en ella, la escuela wagneriana con la del "bel canto." Mientras se charlaba y se refrescaban las frentes ardorosas, la dueña de la casa, radiante de alegría, sirvió con sus blancas y perfiladas manos, té caliente en

tacitas de porcelana, tomándolas una á una, de reluciente bandeja que trajo del comedor. Al lado del brillante servicio, figuraba el frasco de coñac, metido en guarnición "christofle;" el cual néctar fué también escanciado en diáfanas copitas, para deleite de aquel Olimpo de futuros inmortales.

—Conocida la música, dijo Joaquín enjugándose la frente con el pañuelo, y supuesto que ha sido aprobada, voy ahora á comunicar á ustedes un extravagante y loco proyecto que Berta y yo traemos entre manos. ¡Poner la obra en escena!

—¡En este rincón del mundo! vociferó Becerril abismado.

—Sí, señor, repuso Sandoval; locura si usted quiere, pero tal es nuestra idea.

Berta, nerviosa y tímida, escudriñaba los rostros de los circunstantes, como niño que implora una concesión.

—A decir verdad, saltó Torrentera, juzgo difícil la realización del proyecto.

—¡Ojalá no lo fuera! suspiró Blanco.

—Yo no lo veo difícil, repuso don Valente, sino imposible.

—¡Cómo imposible! terció don Teodomiro indignado. ¿Por qué ha de serlo?

—Porque Fópoli no está más adelantada que la capital de la República, y ni aun en Méjico mismo se ha representado hasta hoy una ópera nacional.

—Eso no es verdad, replicó don Teodomiro.

—Sí lo es, insistió Becerril.

—No está usted bien informado, continuó Gómez y Pérez desdeñosamente.

El periodista movió la soberbia cabeza en forma de duda.

—Varias son las óperas mejicanas que á la fecha se han cantado ya en la Metrópoli, prosiguió el anciano. Desde luego tenemos á "Ildegondo," del inspirado maestro Melesio Morales, la cual se estrenó en 1866; á esa obra siguió "Gino Corsini," del mismo autor, que acaba de ser cantada por nuestra diva Angela Peralta.

—¿Y qué tal? ¿Cómo fueron recibidos por el público esos engendros? preguntó el periodista procurando salirse por la tangente.

—Con gran entusiasmo, contestó don Teodomiro; tanto que el autor fué no sóla aplaudido y ovacionado por el público, sino enviado después á Europa por uno de sus admiradores, en premio á sus triunfos.

—Esas obras deben ser buenas para aquí, pero muy medianas ó deficientes para otras partes, observó Becerril con marcado desprecio.

—Todo lo contrario, continuó don Teodomiro, pues "Ildegonda" fué cantada en el teatro Pagliano de Florencia, é inter-

pretada por artistas de primera fuerza; y aquel público refinado la acogió con nutridas salvas de aplausos. Los críticos de Arte, además, le tributaron calurosos elogios.

—¡Está usted de buen humor esta noche! exclamó don Valente riendo de buena gana.

—No lo crea; sólo defiendo los fueros de la verdad, replicó el anciano.

—Pues parece broma.

—Pero no lo es, sino cosa seria.

—En tal caso, dijo Becerril, no hay que hablar más de ello; debe ser como usted lo dice. Con todo, insisto en la imposibilidad de dar á la escena en Fópoli, no digamos "Doña Marina," sino cualquier ópera.

—Usted tendrá sus razones.

—Por de contado, y voy á expresarlas. No contamos con cantantes de primera fuerza para los papeles principales, ni con suficiente personal para los coros.

—Como tenor, pudiéramos echar mano de Arcadio Méndez, cantor de la Catedral, murmuró Joaquín.

—Supongámoslo ¿y para los otros papeles? insistió don Valente.

Los presentes se miraron perplejos los unos á los otros. En vano recordaron nombres y analizaron voces y méritos, pues acabaron por reconocer que, en efecto, no había suficiente número de eje-

cutantes en Fópoli para llenar aquella exigencia.

—Tiene usted razón, señor "pereodista," dijo don Teodomiro con amargura; no tenemos gente á quien apelar.

—No es eso todo, prosiguió don Valente; la empresa sería mucho más costosa de lo que parece, porque reclamaría decoraciones, attrezzo y sueldos, que importarían un dineral.

La observación obligó al grupo á considerar la cuestión bajo aquel nuevo aspecto, y resultó más intrincada y difícil todavía que bajo cualquier otro. Era sorprendente cómo don Teodomiro, á pesar de su experiencia, no había parado mientes en aquel obstáculo tan saliente y de bulto; de Joaquín no había que extrañarlo, dados sus pocos años. Estaba á la vista que ambos eran un par de cándidos, sin pizca de malicia ni barruntos de "mundología;" un ciego conduciendo á otro ciego.

—Desgraciadamente, concluyó Gómez y Pérez dirigiéndose á don Valente, tiene usted razón también ahora. Hubiera sido la cosa más sencilla del mundo hacer estas reflexiones desde el principio; pero Joaquín no tiene de ello la culpa, sino yo, que le sugerí idea tan descabellada. Y es que todo lo veo con los ojos de la "esaltaceón" y al través de mi "caráter" volcánico.

—¡Ya había yo sospechado eso! murmuró Becerril por lo bajo burlonamente

El noble viejo fingió no oirle, y siguió diciendo:

—Cruzamos un "pereódo" de "transiceón" muy triste para el arte, y los que le amamos de corazón y vivimos de él, sentimos que nos "asfiseamos" en esta "admósfera." Nadie nos comprende ni nos tiende la mano.

—Eso no, saltó don Valente. ¡Eso de no comprender á ustedes!....

—Me refiero á la sociedad en general, y no á casos particulares, continuó don Teodomiro. Sobre todo, señor, me quejo de la falta de "profeceón" en que gime el arte entre nosotros. Y hay que desengañarnos: el arte para florecer necesita la ayuda de los poderosos: Papas, Obispos, Emperadores, Reyes ó simples "manates." Así ha sido siempre. Los reyes de Asiria y "Egito" le asociaban á sus ceremonias; en Grecia "incspiró" el pean sagrado del sacerdocio.

—¡Llaneza, llaneza, muchacho! vociferó riendo el periodista; no se encumbre usted tanto.

Pero don Teodomiro, que se enajenaba y salía fuera de sí cuando de música se hablaba, se contentó con lanzar una mirada olímpica á Becerril, y continuó diciendo:

—Sí, el divino arte ha necesitado para

florecer, sostén y aliento de los poderosos; sin ellos, no hubiera salido nunca de la infancia. En Roma, fué honrado y cultivado por emperadores y patricios: Sila cantaba, Pisón tañía la cítara, Nerón era citarista y cantor, Heliogábalo y Alejandro Severo, organistas y trompetistas. Los Sumos Pontífices le dieron asilo en sus palacios y basílicas; Carlos "Mano" lo cultivó con deleite; los bárbaros lo vieron con amor; el rey de Chipre ciñó con corona de laurel la cabeza de Landino el Ciego.

Gómez y Pérez, dominado por su pasión favorita, hablaba como enajenado, y amontonaba datos y noticias al acaso y en gran profusión.

—Está usted hablando de cosas muy antiguas, interrumpió Becerril con sorna. Ahora los músicos corren su suerte, sin apelar á la Iglesia ni al Gobierno.

La interrupción sirvió sólo para espolear la verbosidad de don Teodomiro. Sacudió éste la cabeza, y extendiendo la mano hacia su contradictor, continuó diciendo:

—Debemos ver las cosas desde su origen.

—No divaguemos, replicó don Valente. Hablemos solamente de la ópera y dejemos aparte á asirios, egipcios, griegos y romanos.

—Sea como usted lo quiere, señor "pe-

reodista," repuso el maestro .Hablémos, pues, sólo de la ópera.

Guardó silencio breve espacio y á poco siguió diciendo con gran énfasis:

—Hace tres siglos, todas las ciudades italianas tenían círculos literarios ó artísticos protegidos por grandes señores, como los Médicis y los duques de Mantúa y de Ferrara. El conde de Vernio, que era florentino, reunió en su torno y alentó con su ayuda, por aquella época, á la pléyade de poetas, músicos y cantantes que crearon la ópera, y entre otros á Galileo, Rinuccini, Mai, la familia Caccini y algunos otros beneméritos del arte. De ese grupo salió la música recitativa, precursora de la ópera. En las bodas del Gran Duque Fernando de Toscana con Cristina de Lorena, representaron aquellos artistas, cinco intermedios que fueron muy aplaudidos; pero el acontecimiento magno tuvo lugar en el matrimonio de Enrique IV con María de Médicis, cuando se representó en el "Paláceo" Pitti, la fábula de Peri y Caccini llamada "Eurídice." Poco tiempo después se estrenó en Mantua el "Orfeo" de Monteverde. para celebrar las bodas de Francisco de Gonzaga con Margarita de Saboya. Una y otra obras fueron como bosquejo de verdaderas óperas. Bajo tales auspicios nació esta gran "creaceón," la cual, durante largos años, fué oída sólo en los "palaceos," y

á expensas de regios Mecenas. La República de Venecia la llamó á su seno poco después, de una manera oficial, y subvencionó también espléndidamente á las compañías. Ahí fué donde, bien entrado ya el siglo XVII, se abrió al público en general, por primera vez, ese "espetáculo." Todavía hoy el rey Luis II de Baviera protege á Ricardo Wagner para que desarrolle su genio, y "concstruye" para sus óperas el teatro de Beireuth.

Gómez y Pérez se interrumpió, un tanto fatigado por lo largo del discurso y las altas voces en que lo había pronunciado. Don Valente se aprovechó de la pausa.

—Todo eso está muy bueno, repuso; pero noto que venimos á quedar siempre en lo mismo. La ópera del señor Sandoval no podrá representarse, porque no contamos con la protección de los reyes de Babilonia y Tebas, ó bien con la de los Césares, Papas y príncipes.

—Lo que se desprende de mi "demostraceón," replicó don Teodomiro, es que el gobierno del Estado debería subvencionar á Joaquín para el estreno de su ópera.

—El presupuesto no tiene partida para esos gastos, objetó con frialdad don Valente.

—He ahí el error, declaró don Teodomiro con gravedad; pues ¿quién duda que sería buen negocio para el "páis," el fo-

mento de las "escelentes disposiceónes" de los mejicanos para el arte? Méjico podría convertirse en la "Itálea" de las Américas con sólo que lo quisiesen nuestros gobiernos; de aquí saldrían cantantes é "incstrumentistas" de primera fuerza para todo el continente, y tal vez hasta para la misma Europa.

—Como quiera que sea, la verdad es que carecemos de elementos para poner en escena obras nacionales.

—Sobre eso no hay "cuesteón," repuso don Teodomiro; tengo la suficiente franqueza para reconocerlo.

—En tal caso, terminó don Valente con petulancia, bien podemos dar á nuestra conversación el título puesto por Shakespeare á una de sus comedias: "Mucho ruido para nada."

Don Teodomiro se contentó con encogerse de hombros.

Hubo un momento de silencio; Berta lo interrumpió diciendo:

—¡Qué tristeza, Joaquín, que no pueda ser representada tu ópera!

—Sí, repuso el joven con voz sorda; es muy triste, tristísimo.

Y cayó en un abatimiento tan doloroso como fácil de explicar. Los que han pasado la existencia bajo el dominio de una idea fija y con la atención reconcentrada en un solo objeto, corriendo siempre en pos de un empeño, como la mariposa en segui-

miento de la luz, trabajando y sufriendo, pero alentados por una fe inquebrantable en el porvenir; los que han vivido al amparo de una ilusión, y la ven desvanecerse de pronto, podrán medir la intensidad del desencanto del joven. Al comprender que había trabajado y soñado inútilmente y que no lograría nunca hacer llegar su obra al conocimiento del público, sentía una amargura intensa, pues comprendía que iba á caer con él en el sepulcro, como niño muerto en el seno de la madre, antes de nacer. Pasaron instantes penosos de abatimiento y silencio. Don Teodomiro buscaba en los rincones de su agitado cerebro, algún recurso que le permitiese llevar el consuelo á aquellas almas atribuladas.

—Se me ocurre una idea, dijo al cabo golpeándose la frente con la diestra,

—¿Cuál, maestro? preguntó Joaquín alentado por una remota esperanza.

—Una medida de "transaceón," repuso Gómez y Pérez; dar al público, en vez de toda la ópera, un gran concierto vocal é "incstrumental," introduciendo en él partes "seletas" de "Doña Marina." Con el "produto" de esa "funceón," se preparará la "representaceón" de la ópera; y si no basta un concierto, se dan dos ó tres, todos los "necesáreos."

—Ya que no es posible otra cosa, observó Joaquín, me contento con eso. El

público oirá, al menos, parte de mi música.

—Para llegar desde luego á algún resultado, ya que está aceptada la propuesta, continuó don Teodomiro, formemos desde luego el programa. Sé por experiencia "própea" que, cuando no se hacen así las cosas en este "páis," todo queda en palabras.

—Acertado me parece, repuso Berta; así, una vez hecho eso, nos pondrémos á estudiar nuestras partes desde mañana. Quiero cantar entre otras cosas, las arias de la obertura y del primer acto de la ópera de Joaquín.....

—Yo reclamo la honra de acompañar á usted con la flauta, insinuó don Angel.

—Conque manos á la obra, dijo don Teodomiro poniéndose á la cabeza del movimiento; en un cuarto de hora podemos formar el "proyeto".... A ver, Joaquín, dame recado de escribir....

Acercó la silla á una consola, cuando Joaquín le proporcionó lo que pedía, y continuó diciendo:

—Ustedes mandan. Opino, desde luego, que el concierto, para no ser cansado, "concste" sólo de dos partes, y cada una de ellas; de seis números á lo sumo. Si lo hacemos más largo, se nos enfada el públíco; "demaseado" le conozco.

Discutido y aprobado el programa, quedó escrito en esta forma por el mismo Gómez y Pérez:

PROGRAMA

del gran Concierto Vocal é «Incstrumental»
que, organizado por un grupo
de amantes del arte, se dará el .... en
el teatro Alarçón.

PRIMERA PARTE.

I. Obertura y aria de la ópera "Doña Marina," inédita del autor mejicano .... *Joaquín Sandoval.*
—Orquesta, Berta Cabañas de Sandoval y Angel Blanco.

II. *La Chacona.— Veolín.*— *Bach.*
—Teodomiro Gómez y Pérez.

III. Sonata en sí bemol menor, para *peano* .... *Chopin.*
— Joaquín Sandoval.

IV. Sonata para *veoloncello* .. *Bach.*
Pomposo de la Torrentera.

V. *Area* de la sombra de Dinhora .... *Mayerbeer.*
—Berta Cabañas de Sandoval.

VI. Obertura de Freichutz .. *Weber.*
—Orquesta.

SEGUNDA PARTE.

I. Segunda *rapsódea* para *peano* .... *Liszt.*
—Joaquín Sandoval.

II. Concierto para *veolín* y orquesta................ *Mendelsshon.*
—Teodomiro Gómez y Pérez.

III. Sonata *apaseonada* para *peano*.............. *Beethoven.*
—Joaquín Sandoval.

IV. *Area* para soprano, del primer acto de "Doña Marina" (canto y flauta).... *Joaquín Sandoval.*
—Berta Cabañas de Sandoval y Angel Blanco.

V. Sinfonía pastoral........ *Beethoven.*
—Orquesta.

—Se entiende, observó Sandoval, después que don Teodomiro hubo concluído de escribir y leer, que el proyecto queda sujeto á variación.

—Por supuesto, repuso el periodista; pero creo que está muy bien así; clásico, variado, sobrio.

Y luego agregó, dirigiéndose á don Teodomiro:

—Maestro, ¿me hace la gracia de pasarme el papel para copiarlo? Mañana lo publico en mi semanario.

—Aquí lo tiene, repuso Gómez y Pérez alargándoselo.

Entretanto que el periodista escribía, hizo don Teodomiro la distribución de los futuros trabajos.

—Se necesitan, dijo, cinco "comiseo-

nes" para desempeñar las labores de la empresa; las cuales, si ustedes lo aprueban, podrán quedar formadas del modo siguiente: "comiseón" de orquesta, yo; "comiseón" de alumbrado, don Angel; "comiseón" de "decoraceónes" teatrales y papeleta, don Pomposo; "comiseón" de ornato, Joaquín; "comiseón" de imprenta y "publicaceónes," don Valente.

Aprobada por acuerdo general aquella distribución, concluyeron los trabajos de la noche, y se levantó la sesión. Ya en pie, habló Becerril con aire misterioso.

—Ahora que hemos terminado nuestros acuerdos con relación al concierto, dijo, voy á comunicar á ustedes una cosa muy grave, y que acaso ignoran.

—¿Qué? preguntaron con vivo interés los presentes.

—Que ha comenzado en el Congreso Federal, prosiguió, la discusión de una ley que tiene por objeto expulsar del país á las hermanas de la Caridad.

Una bomba no habría causado mayor sorpresa en el auditorio.

—¡No es posible! clamó Berta.

—¡Será algún proyecto descabellado de cualquier diputado que desee medrar con el escándalo! saltó don Teodomiro.

—No, insistió el periodista; la cosa es seria, pues parece que la iniciativa está apoyada por el Gobierno.

—A pesar de todo, protestó Sandoval,

es imposible que obtenga el voto de la mayoría.

—Ni en el país ni fuera de él, hay institución más popular ni benéfica que esa, afirmó Torrentera.

—No crea usted, prosiguió don Valente; se le hacen cargos muy graves.

—¡Todos infundados! protestó don Teodomiro sentenciosamente.

—¡Vaya usted á saberlo! insistió Becerril.

—Joaquín y yo lo sabemos bien, repuso Berta, pues somos hijos de la caridad.

El periodista calló, no queriendo entrar en discusión con la joven.

—¿Pero de qué las acusan? preguntó Joaquín.

—De muchas cosas, prosiguió don Valente; en primer lugar, de fanatizar al pueblo.

—¡Esas son palabrotas! murmuró don Teodomiro.

—No hacen más que socorrer y consolar al desvalido, agregó don Angel.

—Aparte de eso, continuó Becerril, se dice que empobrecen al país mandando á Roma todo el dinero que cae en sus manos.

—¡Cómo ha de ser cierto eso, objetó Sandoval, si por ellas viven todos los pobres de Fópoli!

—No quito ni pongo rey, repuso hipócritamente el periodista al notar la hosti-

lidad del auditorio; trasmito la noticia tal como acabo de leerla en los periódicos....

—Dios no ha de permitir tamaña injusticia, murmuró Berta.

—La expulsión de las Hijas de San Vicente es imposible, declaró Joaquín con énfasis.

Becerril se encogió de hombros.

Se recogieron sombreros y abrigos, y el grupo de visitantes se dirigió á la puerta de salida, acompañado por los dueños de la casa. Don Valente se sentía algo mareado por los efectos combinados de la música, la presencia de Berta y los humos del coñac, del que se había servido por propia mano varias copitas. De todo ello había resultado que se exaltase en él la fibra amatoria, que era el flaco, ó si se quiere, el fuerte de su noble corazón. Sin duda por eso se atrevió aquella noche á lo que nunca había osado; y fué que, quedándose para lo último, cuando todos se despidieron, al tomar entre las suyas la blanca y suave mano de Berta, la estrechó fuerte, larga y sensualmente á favor de la obscuridad. Era la primera vez que la joven se sentía víctima de una osadía semejante, y el atrevimiento de Becerril la ofendió mucho; de suerte que retiró vivamente su mano, sacudiéndola con ira, y su primer movimiento al cerrar la puerta, fué el de quejarse con su

marido de la grosería de don Valente; pero no lo hizo por evitar disgustos y escándalos, aunque estaba ciega por la indignación.

—¿Qué idea se habrá formado de mí ese señor? se decía á sí misma, colérica y sin poder conciliar el sueño, cuando se hubo metido en el lecho. ¿Por qué me trata así? ¿Por qué no me respeta? ¿Qué motivo le he dado para que me juzgue liviana?

III

Antes del concierto.

—Estamos haciendo locuras, dijo Berta á Joaquín cierto día, poco después de aquella noche.

—¿Por qué, hija?

—Porque gastamos sin medida.

—¡Qué remedio! Preparamos nuestra presentación ante el público.

—Hemos pasado años trabajando y sujetos á una economía estricta; y de un momento á otro, faltamos á nuestro sistema. Mira, Joaquín, ¿para qué nos metemos en honduras, cuando vivimos tan contentos, sin que nada nos sobre, pero también sin que nada nos falte?

—Hija, el que no arriesga, no pasa la mar. Si queremos salir de la oscuridad y conquistar aplausos, necesitamos hacer un gran esfuerzo; de lo contrario, continuarémos sumidos para siempre en la situación triste y secundaria en que vegetamos. ¿No ha sido el sueño de nuestra vida el triunfar un día delante del público? Es verdad que el arte por sí solo produce goces inefables, y sonríe siempre á quien le cultiva; pero también lo es que, por su propia naturaleza, reclama comunicación externa y siente ansia de expansión. Si hemos pasado tantos años consagrados á él, ha sido para gozarlo á solas y en público, para nuestro deleite y para nuestra reputación. Si triunfamos, realizarémos nuestros votos; si somos vencidos, nos replegarémos de nuevo á nuestras tiendas.

—Tienes razón; comparto tus opiniones, sigo tus tendencias y van mis ilusiones en pos de las tuyas. Cuanto piensas, pienso; siento cuanto sientes; soy como la sombra de tí mismo, y te sigo por donde vas..... Pero dime, ¿si nos salen mal las cuentas, qué hacemos?

—¿Qué cuentas?

—Las del concierto.

—¿Por qué, hija?

—Porque no tuviésemos éxito.

—Eso no es posible. Quiero suponer que no agraden los trozos de mi ópera;

aun nos quedará el recurso del violoncello de don Pomposo, y del violín de don Teodomiro; y, sobre todo, el de tu voz, que arrobará al concurso, trasportándolo al séptimo cielo.

—No exageres, Joaquín, dijo Berta halagada á pesar suyo.

—No exagero; te hablo con convicción.

—Suponiendo todo eso, replicó la joven: tus juicios y pronósticos sólo se refieren al éxito artístico de la función; pero no al pecuniario, que es el que debe preocuparnos.

—Tienen que ser inseparables el uno del otro. Si triunfamos como artistas, triunfarémos también como empresarios. Si el público no nos favorece con su aplauso, nos negará también el contingente de su dinero.

—Eso no lo veo muy claro, replicó Berta; pues bien puede suceder que tengamos auditorio poco numeroso, pero benévolo y entusiasta.

—¡No lo vuelvas á decir! contestó Sandoval trastornado.

Reflexionó unos instantes y volvió á decir:

—En efecto, no es preciso que las cosas anden por los extremos; bien podrá suceder que se queden en un término medio. En tal caso, por más satisfechos que

nos sintiésemos como artistas, sufriríamos un golpe tremendo en nuestros intereses.

—Pero Dios no permitirá eso, repuso la joven al notar la nube de tristeza que pasaba por la frente de Joaquín. En todo caso, no hay que adelantarnos á los sucesos. No vale la pena que nos atormentemos con conjeturas y temores que, después de todo, pueden resultar infundados, ¿Por qué han de ser tan mala nuestra suerte, y la sociedad de Fópoli tan ingrata?.... Esperémos que todo salga á la medida de nuestro deseo.

—Dios lo quiera, repuso el joven estrechando la mano de su compañera en señal de gratitud por sus palabras de aliento. Y á propósito, agregó, ya que estamos solos, quiero proponerte una cosa. ¿te parece hagamos las cuentas de los gastos que tenemos que erogar? No es malo que veamos por dónde vamos, y llevemos bien abiertos los ojos.

—Nada más natural, repuso la joven.

—¿Recuerdas lo que va á cobrar la modista?

—Lo tengo presente. Vas á ver.... Me he mandado hacer dos trajes: uno de gran "toilette" para el concierto, y otro característico para el papel de Malinche.

—Bien pensado.

—Habría deseado cantar la segunda aria sin el de carácter, para evitar ese gasto; pero te has empeñado tanto en

lo contrario, que he tenido que acceder á tu deseo.

—Sí; ya que no nos es posible dar al público toda la ópera, quiero al menos, ver representada una parte de ella tal como me la imagino. Por eso, además, he mandado pintar una decoración especial para la escena en que vas á aparecer. Habrá en el foro un espacio por donde pueda verse la corriente del Grijalva; el telón de fondo será de grande efecto óptico, pues representará el cielo luminoso de Tabasco y el caserío de la población bañado por sus esplandores. En medio del foro se destacará la ceiba histórica que ha de acuchillar el conquistador.

—Debe ser muy costoso todo eso....

—Probablemente: aún no lo sé; pero ya nos lo dirá don Pomposo. Es una debilidad mía; pero excusable, ¿no es cierto?

—No es debilidad, sino deseo natural y legítimo. Si de mí dependiera, toda tu ópera y no sólo un trozo de ella, sería dada al público, é iría montada con lujo sin igual.

—Sí, lo sé, gracias.... Pero vamos al grano.... ¿Cuánto importan las cuentas de la modista?

La joven se ruborizó ligeramente, y contestó con voz trémula.

—El vestido para concierto sacará de costo unos ciento veinte pesos.... No

hubo medio de conseguirlo más barato..... Y eso que mis compañeras del Hospicio están bordando para mí unos preciosos adornos que, comprados, hubieran valido un potosí.... Si te parece mucho, podrémos suprimir algo.....

—No hallo subido el precio, repuso el joven con tono sereno.

—¿De veras?.... ¿Me lo dices de veras? insistió Berta con acento infantil.

—De todo corazón, repuso Joaquín; hubiera sido imposible gastar menos.

—Pero aun no hemos hablado del segundo traje.

—Eso no te debe preocupar, sea cual sea su costo, prosiguió Joaquín procurando aliviar la visible confusión de su esposa. ¿No fué mía la idea de que lo mandases hacer? ¿y no accediste á mi deseo sólo por complacerme?

—Es cierto; por mi cuenta no se hubiera hecho ese gasto.

—Conque ¿cuánto podrá importar?

—Poco más ó menos, lo mismo que el otro.... Como dijiste á la modista que "Doña Marina" era una princesa, y que deberé presentarme en escena regiamente ataviada, ha procurado interpretar tus ideas con sumo lujo. Por cierto, que, para darse cuenta de los detalles de tu diseño, ha tenido que consultar la Historia, según me lo ha repetido mil veces. Para imitar el "cueitl" triple, que fué dis-

tintivo aristocrático entre las aztecas, ha confeccionado una falda muy ingeniosa, que hace el efecto de tres faldas superpuestas, y tiene ese mismo número de orillas ó remates á diferentes alturas. Cada uno de esos bordes va finamente adornado con bordados de varios colores, figurando flores y animales, é imitando en lo posible los tejidos mejicanos de pluma de ave y pelo de conejo. De trecho en trecho, y alternando con el bordado, irán intercaladas figurillas de animales hechas con lentejuelas; y al extremo de la falda, irá un gran fleco de oro, de efecto magnífico. El "hueipilli," que es una camisa sin mangas, llevará también múltiples bordados de colores vivos y alegres, y randas muy vistosas. Sobre todo eso, me pondré una larga bata de blanca tela, semejante á la sobrepelliz de los sacerdotes, la cual tendrá mangas que me cubran los brazos: todo conforme á los usos indígenas de la época..... Me he mandado hacer también cacles aztecas, con suela de dorado borde y lazos de fino cuero para atarlos al tobillo. A eso hay que agregar el valor de la diadema.... Debemos hacernos la cuenta de que todo reunido, costará unos ciento treinta y cinco pesos, á lo sumo.

—No es excesivo, repuso Joaquín sin pestañear. Doble suma de esa no me hubiera parecido exagerada.

—Me quitas un gran peso de encima al decirlo, exclamó la joven ingénuamente.

—¡Cuán buena eres!..... Gastas una miseria y te parece un exceso..... Yo sí que he despilfarrado el dinero para ataviar la propia persona..... Vamos, ¿en cuánto calculas el costo de mi indumentaria?..... ¡A ver si adivinas!

—No tengo idea de lo que pueda valer; pero creo sea menos de lo que cuestan mis dos trajes juntos.

—Casi has acertado. Tomando en consideración el costo del de etiqueta, de los botines charolados, la camisa, la corbata, los guantes y el clack, sumará el desembolso unos ciento sesenta duros. Ya ves cómo, para ser uno solo, resulta mi traje más caro que los dos tuyos.

—Pero mis gastos son mayores.

—Sólo relativamente.....

La conversación fué interrumpida por unos golpecitos dados en la puerta de la sala.

—¡Adentro! dijo Sandoval.

Eran los señores Blanco y Torrentera, que venían á dar cuenta de sus comisiones. Cambiados los saludos de estilo, don Angel y don Pomposo tomaron asiento.

—¿Usted comienza? preguntó Torrentera volviéndose á Blanco.

—No, repuso don Angel; usted primero.

—Como usted guste, repuso aquél con aplomo.

Sacó del bolsillo un papel, lo desdobló, y con él en la mano para consultarlo en caso ofrecido, siguió diciendo:

—Como ustedes recuerdan, me corresponde la comisión de decoraciones y papeleta. Voy á decir lo que he hecho para desempeñarla. Hemos tenido la fortuna de encontrar en la ciudad, de paso para Méjico, al gran pintor escenógrafo Carlo Fontana, uno de los mejores decoradores de Florencia.... ¿Qué anda haciendo por acá? No lo sé. El caso es que aquí se halla, y que he podido aprovechar la oportunidad para encargarle la pintura de las vistas nuevas. El que quiera azul celeste, que le cueste. Usted, Joaquín, está empeñado en estrenar unas decoraciones soberbias, y ha sido preciso ceder á las exigencias del artista.

—¿Cuánto cobra? preguntó Berta alarmada por el preámbulo.

—Doscientos cincuenta duros; pero incluyendo en el precio, bambalinas, telón de fondo, árboles... y todo, en fin, cuanto debe ser representado en la escena.

—Francamente, opinó Joaquín con convicción, no me parece demasiado.

—Ni á mí, agregó Berta con acento más tranquilo.

—Pero entienda usted, siguió diciendo Torrentera, que el cargo no resulta tan

exagerado como debiera, porque he tenido la fortuna de que el Ayuntamiento nos ceda unos bastidores viejos que había en los sótanos. Con remendarlos y afirmarles los largueros y travesaños, quedarán en buen estado; á no ser por eso, nos hubiésemos visto obligados á mandar hacer otros, y eso sí que hubiera sido muy dispendioso.

—¡Qué fortuna! murmuró Berta; debemos estar agradecidos á los señores munícipes.

—El pintor lleva muy adelantada ya la obra, prosiguió Torrentera. En dos días ha concluído casi todo su trabajo. No le faltan más que los árboles y el telón de fondo. Por cierto, es cosa curiosa verle manos á la obra. ¿Dónde piensan ustedes que coloca la tela para pintarla?

—¿En algún caballete?..... No, eso no puede ser, repuso Sandoval; es demasiado grande.

—En el suelo, señor, en el santo suelo. Y no crean ustedes que hace uso de pinceles para trazar las figuras y fijar los colores, sino de unas brochas enormes, con mangos tan grandes como palos de escoba. Sus ayudantes sólo le sirven para darle cuanto necesita. "¡El verde!" grita; y el aprendiz saca la brocha de ese color, la oprime contra el borde de la olla para que no chorree, y la pone en manos del artista. "¡El amarillo!," "¡el rojo!," "¡el

negro!," sigue gritando sucesivamente; y los mancebos le van proporcionando las brochas de esas tintas. Al recibirlas, las coge con ambas manos, y manteniéndose en pie, y sin doblar más que la cabeza, va dejando aquí y allá manchones de diferentes colores en la tela. Visto de cerca el trabajo, es una confusión de tonos, una serie de dispartados borrones; pero cuando Fontana concluye el trabajo, lo levanta del suelo, lo coloca contra el muro y lo hace ver á distancia conveniente, se revela perfecto y maravilloso..... ¡Qué troncos de árboles, qué follajes y qué nubes! Parece que los árboles cabecean, que silba el viento entre las hojas, y que hay nidos meciéndose en las ramas.

—¡Bien, muy bien! exclamó Joaquín embelesado. La descripción me llena de entusiasmo; eso es precisamente lo que deseaba.

—Me halaga la aprobación de usted, prosiguió Torrentera. Ojalá pase lo mismo con los gastos de papeleta.... He procurado andar en esto lo más económico posible: poco personal, pero inteligente, honrado y perito en ese género de ocupaciones. Pronto quedará abierta la venta de boletos en la taquilla del teatro; de ello se encargará un personaje conocidísimo, que lleva el fresco nombre de Lechuga.

Sería fastidioso seguir enumerando los nimios detalles mencionados por don Pomposo. Barrenderos, metesillas, boleteros, acomodadores y teloneros, todo eso, económicamente pagado, importó como cincuenta pesos; de suerte que, juntas las dos partidas correspondientes á Torrentera, se completó la bonita suma de trescientos duros.

—¿Se aprueba? preguntó don Pomposo con la solemnidad de un secretario de parlamento.

—Aprobado...., y con gratitud, repuso enfáticamente Sandoval.

—Lo celebro, concluyó alegre el violoncellista.

Y volviéndose á su compañero, prosiguió:

—Ahora toca á usted la vez de tomar la palabra.

—Poco tengo que decir, repuso Blanco. Mi encargo, como ustedes recordarán, es muy sencillo: el del alumbrado..... Ví á todos los empresarios de gaserías de la ciudad, y después de comparar diferentes presupuestos, acepté el más bajo; esto es todo. Costará ochenta y cinco pesos la iluminación del teatro "a giorno," desde el pórtico hasta el foro.

—¡Parece increíble, es una ganga! exclamó Torrentera: el local es vastísimo.

—¿No irémos á estar á media luz? preguntó Berta.

—No, repuso don Angel; todo se ha detallado minuciosamente en el contrato. Habrá un aparato de gas con su respectiva pantalla al frente de cada palco ó platea, y el número acostumbrado en las galerías altas; otros detrás de los bastidores, otros en la boca del foro y los suficientes en las bambalinas

—¡Por Dios, que no vayan á ser viejos los apartos, ni humeante ni hedeondo el gas! exclamó Berta inquieta por la belleza del espectáculo.

—Pierda usted cuidado, repuso don Angel; la mayor parte de los aparatos que van á usarse, son enteramente nuevos. La calidad del gas ha de ser de lo mejor, del que da llamas brillantes, de base azulosa y lengua prolongada.

—Lo ha hecho usted de perlas, amigo don Angel, exclamó Joaquín.

—Ojalá así sea, repuso Blanco.

—Quedo á ustedes muy reconocido, prosiguió Sandoval dirigiéndose á Blanco y Torrentera, por los señalados favores que me han dispensado.

Los aludidos inclinaron la cabeza complacidos, en tanto que alguien se colaba por la sala, sin previo aviso.

—¡Hola! don Teodomiro, exclamó Joaquín.

El anciano cambió apretones de manos con los circunstantes.

—Gran cónclave, murmuró echando un vistazo general.

—Los señores, dijo Joaquín, me han hecho el favor de venir á hablarme de sus comisiones.

—Era cosa convenida, repuso Gómez y Pérez; el tiempo vuela, y nos separan ya pocos días del gran suceso.

Hizo una pausa, y agregó:

—Quien no parece es el señor Becerril.

—No tardará, repuso don Pomposo; acabo de verle en la calle, y nos hemos dado cita para este lugar.

Berta hizo un gesto involuntario de disgusto al oír el nombre del periodista y el anuncio de su llegada próxima.

—Mi "comiseón," dijo Gómez y Pérez, es la de la orquesta. Mis cincuenta profesores son amigos tuyos, Joaquín. Comenzaron por rehusar toda "retribuceón;" pero no quise aceptar su desprendimiento, porque hay entre ellos muchos infelices que no tienen más industria que la de tocar sus "incstrumentos." Pero como otros, aunque pocos, no son tan menesterosos, me pareció conveniente hacer una "distinceón." "Los que tienen modo independiente de vivir, les respondí, podrán hacernos el "osequio," y Joaquín y yo lo recibirémos con gratitud; pero los que carecen de recursos y sólo cuentan con su trabajo personal para sostenerse, deberán ser remunerados." Mi

fallo fué aceptado; pero la "distinceón" no será de grandes resultados "práticos," pues anda nuestra "profeseón" de capa "cáida" y pocos de mis profesores no están á un pan pedir.

Diciendo así, sacó del bolsillo un papel no muy limpio, y sí muy estropeado, y leyó en voz alta, de cabo á rabo, los nombres de los individuos de su orquesta.

—De cuantos traigo aquí listados, siguió diciendo, solamente aquellos cuyo nombre he marcado con una crucecita, son de personas que pueden hacer la cortesía. Voy á decir quiénes son.

Consultando las anotaciones marginales, resultó que sólo ocho individuos, á todo tirar, podían prescindir de sus pagas.

—De donde resulta, prosiguió don Teodomiro, que habrá qne retribuír á cuarenta y dos profesores. De ellos, algunos ganan hasta dos pesos por hora; los más, un peso. Solamente el muchacho que toca el triángulo, gana cuatro reales.... El gasto dependerá, pues, del tiempo que dure el concierto. Suponiendo que sean tres horas, calculo el costo en unos ciento setenta y cinco pesos..... En fin, me comprometo á que no pase de ahí.

—Me parece poco, objetó Joaquín.

—De aquí no me sacas, protestó don Teodomiro con énfasis; ¡así es y así será!

—En tal caso, no hay más que obedecer, repuso el joven.

—Ahora, dijo Berta, será bueno que hagamos la suma de todos los gastos.

—Justo, contestó Sandoval. Reunamos esos datos á ver qué total arrojan.

Sacó la cartera, tomó el lápiz, y fué escribiendo partida por partida, en la forma siguiente:

Dos trajes para Berta.	$	255.00
Uno para mí.	„	160.00
Decoraciones nuevas.	„	250.00
Papeleta.	„	50.00
Alumbrado.	„	85.00
Orquesta.	„	175.00

Hecho esto, trazó una raya debajo de la última cantidad, é hizo la adición.

—Novecientos setenta y cinco pesos, declaró en voz alta.

—¡Novecientos setenta y cinco! repitió Berta despavorida.

—Es más que eso, repuso don Teodomiro, pues aun faltan dos "comiseónes" que no han dado cuenta, la de ornato, presente en la persona de Joaquín, y la de imprenta, que tocó á Becerril.

—La comisión de ornato, murmuró Joaquín, prescinde de sus propósitos suntuarios. Había pensado adornar con festones y flores las barandillas de los palcos y las galerías, y poner banderitas me-

jicanas formando equis en los fustes de todas las columnas; pero en vista de lo subido que va resultando el presupuesto, resuelve dejar el coliseo en su estado natural y tal como salió de manos del arquitecto.

—Buena "determinaceón," dijo don Teodomiro; es tan hermoso el local, que no necesita adornos ni "adiceones."

Nuevos golpes sonaron en la puerta de la sala; era don Valente Becerril. Venía cuidadosamente vestido, cepillado y peinado; había puesto esencias en el pañuelo y sonreía con suma amabilidad.

—Perdonen ustedes que llegue tan tarde, dijo; pero los quehaceres del periódico me han detenido en la imprenta más de lo regular.

Saludó á los presentes con una inclinación de cabeza, y se dirigió á Berta con la mano tendida.

—Buenas tardes, señora mía, le dijo galantemente.

—Buenas tardes, repuso Berta con sequedad, sin extender la suya.

El periodista mantuvo la diestra en el aire durante unos instantes, y la sacudió algunas veces como indicando que esperaba la presión de la otra; pero la joven fingió no advertirlo, y no cambió de actitud. La sangre subió al rostro de Becerril bajo la presión de la cólera ó del bochorno, y acabó por recoger el brazo

pausadamente. Después de eso, un malestar indefinible circuló por el grupo, y la conversación se hizo difícil. Joaquín, á obscuras sobre el caso, lanzó á Berta una mirada indagadora y de súplica, que ésta aparentó no ver. Para salvar la situación, tomó la palabra don Teodomiro, que era el Néstor de los artistas, y dirigiéndose á don Valente, le dijo con fingida naturalidad.

—Llega usted á tiempo, señor Becerril. Justamente acabamos de hacer las cuentas de los gastos del concierto, y nos hacía falta el dato de los de imprenta..... ¿Ha formado usted la suya?

Don Valente tardó en contestar. No acostumbrado á que le humillasen, sufría un gran trastorno interior, que no podía disimular; tanto más caunto que, por razón de bien parecer, se veía obligado á no decir palabra. Al fin logró serenarse un poco, aunque no tanto que no continuase color de escarlata.

—A eso he venido, contestó sin tomar asiento ni soltar el sombrero de la mano. He recorrido las mejores imprentas y no he encontrado ninguna que nos convenga; todas son malas y caras.

Un absoluto silencio siguió á las palabras del periodista; y éste, persuadido de que nadie creía lo que estaba diciendo, comenzó á vacilar de nuevo.

—Por otra parte, continuó á poco con

voz insegura, apremiantes atenciones de pluma con motivo de la próxima expulsión de las Hermanas de la Caridad, demandan todo mi tiempo. En tal virtud, amigo Sandoval, pido á usted mil perdones..... Usted se servirá disculparme; no me es posible seguir ocupándome en el encargo que me había encomendado.

Joaquín comprendió que el periodista mentía, y que la actitud de Berta era la que le inducía á tomar aquella determinación: pero, demasiado adicto á su mujer para no secundarla en todo, no pensó ni siquiera en hacer la más ligera instancia á don Valente para que mudase de parecer, y se limitó á contestarle con cortesía:

—Mucho lo siento, señor Becerril, pues su cooperación me hubiera sido preciosa.

—Mil gracias, repuso don Valente; pero ya digo á usted, no me es posible, absolutamente.....

—Respeto los motivos que usted tenga para ello, prosiguió el joven, y no me queda más recurso que plegarme á su voluntad. Lejos de mí la idea de comprometerlo.

—En tal caso, tornó á decir el periodista, me despido, porque tengo pendiente la corrección de las pruebas.... Conque, señores, hasta la vista.

E inclinó la cabeza para decir adiós al conjunto.

Joaquín le acompañó hasta la puerta, donde cambiaron cortesías, y volvió luego al grupo.

—¡Lástima! dijo con desconsuelo al tomar asiento de nuevo en medio de sus amigos, lástima que carezcamos de la ayuda del señor Becerril. Es hombre de talento, conoce bien á la gente, y para eso de publicaciones, no tiene rival.

Procuraba al expresarse así, disimular sus impresiones, que eran penosas; y, como estaba resuelto á no hablar con Berta sobre el particular en presencia de nadie, dió á la conversación aquel giro anodino. Sus amigos y colegas penetraron su intención y respetaron su reserva.

—Cierto, dijo Torrentera; va á hacernos gran falta.

—No hay que disimularlo, agregó don Angel.

—Lo más lamentable del caso, insinuó don Teodomiro, es que la "deserceón" se declara casi en los momentos de dar el concierto.

—¿Qué vamos á hacer ahora? preguntó Joaquín angustiado.

Berta, que había permanecido silenciosa, reflexionando tal vez en lo que había hecho, tomó la palabra para serenar un poco los ánimos.

—No me parece, dijo, que el caso sea tan grave. ¿Se trata de impresiones? Pues

la dificultad puede resolverse muy bien sin la presencia de ese señor.

—¿Cómo? preguntó Joaquín con incredulidad.

—De un modo muy sencillo, repuso la joven. Nos hemos olvidado de que en el Hospicio hay una imprenta.

—¡Es verdad! exclamó Sandoval como iluminado por una idea súbita.

—¿Qué cosa más natural que llevar ahí ese trabajo?

—¡Ya lo creo! agregó el joven lanzando un suspiro de alivio. Pero ¡qué sandio se vuelve uno en los momentos supremos!

—Ya verás, prosiguió Berta, qué bien y con cuánto gusto lo hacen los asilados. Sor Ignacia tomará empeño particular en prestarte el servicio, y recomendará al regente que te deje satisfecho en todo.

—¡Ya lo creo! exclamó don Pomposo; y habrá en ello hasta la ventaja de la economía.

—Con seguridad, agregó don Angel.

Berta, complacida al ver el buen efecto producido por sus palabras, insistió diciendo:

—No te preocupes, Joaquín; no hay mal que por bien no venga.

—Aseguro á ustedes, observó el joven, que ese recurso me quita un gran peso de encima. ¡Queda, pues, resuelto! Las impresiones se harán en el Hospicio y

me entenderé con ellas.... Ahora calculemos lo que podrán costar.

—Será cualquier cosa, dijo don Teodomiro.

—Con todo, es preciso tomarlas en consideración, insistió Joaquín.

—Ciertamente, repuso el maestro.

—Hay que fijar carteles en las esquinas, prosiguió Sandoval, é imprimir programas, boletos é invitaciones; y ¡qué sé yo cuántas otras cosas!

—A pesar de todo, repuso don Angel, esté usted seguro de que saldrá barato el trabajo.

—¿Dirémos cien pesos? interrogó Sandoval.

—Dirémos veinticinco á lo más, admitió Blanco; así se completa la suma redonda de mil para los gastos.

—Si te hubieras valido del señor Becerril, dijo Benta, no lo hubieras hecho ni con doscientos pesos.

—¡Quién sabe, mujer! objetó el joven.

—Como si lo vieras, repuso la misma con tono de convicción. Ese señor tiene trazas de ser muy ventajoso.

—¿Hemos concluído? preguntó don Teodomiro.

—Así parece, repuso Joaquín.

—En tal caso, se levanta la sesión, dijo el maestro.

—Se levanta, repitió Sandoval.

—Pues en marcha, dijo Torrentera.

Y salieron todos de la casa. Ya en la calle, entablaron conversación los tres artistas sobre lo que acababa de pasar con el periodista, y todos dieron al hecho la significación verdadera que tenía.

—Por lo que hace á mí, iba diciendo Gómez y Pérez, me quemaba la sangre la desfachatez de ese mequetrefe. Sólo por no encender los ánimos, no había puesto los puntos sobre las íes; pero estaba resuelto á dar el grito en cualquier momento. Por fortuna ese "tenóreo" desvergonzado ha estado majando en hierro frío. ¡Quién sabe qué perrada tan gorda habría hecho á Berta!

—Alguna canallada de las suyas, dijo don Pomposo con asco.

. . . .

Entretanto, tenía Joaquín con Berta el siguiente coloquio.

—Ahora que estamos solos, comenzó el joven, dime, Berta, ¿por qué has hecho tan grave desaire al señor Becerril?

—Perdóname, maridito, repuso ésta; conozco que te he dado un mal rato, pero merezco disculpa.

La joven hubiera dicho toda la verdad á su esposo, si éste la hubiese interrogado en el acto de pasar los sucesos, pues había quedado turbada y llena de susto después de su violencia, como pasa á las naturalezas tímidas cuando por acaso se

exaltan; pero como había tenido tiempo para tranquilizarse, insistió en ocultarla.

—A ver, dijo Joaquín aprestándose á oirla; véamos tus descargos.

—Te confieso que siento una antipatía invencible hacia ese señor.

—Mala disculpa; si hubiésemos de ofender á todos cuantos nos antipatizan, sólo por eso, sería el mundo un campo de Agramante.

—Pero tengo mis motivos.

—¿Conque sí?

—Y poderosos.

—Véamoslos.

—Sería muy largo decirlos todos; pero pueden reducirse á uno solo: ese señor no te quiere.

A Joaquín le impresionó vivamente la respuesta, pues lo que Berta le decía, tenía siempre gran peso en su ánimo, y, además, había ya pensado varias veces aquello mismo.

—¿Lo crees así? preguntó maquinalmente.

—Estoy segura de ello, segurísima.

—¿Pero en qué te fundas?

—En todo: en la expresión de sus ojos, en el tono de su voz, en que halla defecto á cuanto haces, te replica siempre, y usa á veces cuando á tí se dirige, de palabras desconsideradas. En fin, no hay cosa en que no se le eche de ver la mala intención que le anima. Las mujeres tene-

mos doble vista cuando queremos de veras, y sabemos quién es amigo y quién no, del hombre á quien amamos.

—Don Valente es duro y dominante por carácter; tal vez confundas sus genialidades con su malevolencia.

—No; ese hombre no sólo no te quiere, sino que te aborrece. ¿Recuerdas cómo te contradijo y criticó la noche en que dimos á conocer tu ópera? Pasé un rato muy malo al oírle; estuve á punto de estallar, y apenas me contuve. Cada vez que te contradecía, me daban ganas de decirle unas cosas.....; y entre otras, ésta: "Mire, señor periodista, esta reunión es de amigos, y usted no está bien aquí: es preferible que se marche."

—Lo que no entiendo, repuso Joaquín pensativo, es por qué pudiste disimular entónces, y no ahora, después de tantos días como han pasado.

—Porque he sabido después, á no dudarlo, que don Valente habla mal de tí, se vuelve lenguas criticando tu ópera, y hace cuanto le es posible por desacreditarte.

—¡Cómo! exclamó el joven amostazado.

—Sí, esposo, prosiguió Berta; no te lo había dicho por evitarte un disgusto, y hasta me había propuesto no darme yo misma por entendida de tanta doblez; pe-

ro al verle, sentí que se me subía la sangre á la cabeza....

—Me coge de nuevo todo eso; y, supuesto que tu conducta no es más que un reflejo del interés que te inspiro, quedas absuelta de culpa y pena, esposa mía.

—Te amo tanto, Joaquín, que no puedo querer á quien no te quiere.

—¡Berta de mi corazón! repuso Sandoval enternecido, estrechando á Berta contra su pecho.

—¿Me perdonas? le preguntó ella alzando hacia él los azules ojos con infinita ternura.

—Perdonarte nó; agradecértelo sí, y con toda el alma, repuso Joaquín lleno de contento. ¡Qué tonto soy! prosiguió reteniendo entre las suyas las manos de su esposa. ¡Haberme olvidado de la imprenta del Hospicio! ¡Como si no conociese perfectamente cuanto hay en nuestra antigua casa! ¡Como si no fuesen mis compañeros y amigos todos los empleados de ese departamento, desde el regente hasta los cajistas! ¡Feliz idea la tuya!

—¿Sabes una cosa? prosiguió Berta. Es necesario no olvidar á esa pobre gente el día del concierto.

—Tienes razón: les mandarémos boletos para que vayan al teatro.

—Palcos segundos y boletos de galería.

—Toda la galería, repuso el joven con entusiasmo.

—Todos los que quiera sor Ignacia.... Lástima, prosiguió Berta, que no esté aquí Paulina. Nos sería de gran auxilio en estas circunstancias. Seguro tomaría un palco, é induciría á sus amigos y amigas á asistir al concierto.

—De veras, repuso el joven; pero ¡qué lejos anda! Dándose vuelo por los bulevares parisienses. ¡Qué satisfecha se sentirá en aquel centro del lujo y los placeres!.... Como el pez en el agua.

—A propósito, prosiguió Berta, sacando un papel del bolsillo; no te he leído todavía su última carta. Mira lo que me dice.

Y se puso á leer:

"Querida é inolvidable Berta:

"Todos los días estoy más contenta en París. Me divierto lo que no te puedes figurar; no páro de pasear y corretear ni un momento. Vivimos en el Hotel del Louvre. Hemos tomado un coche de "rémise," para pasear por el bosque. He asistido á dos ó tres "soirées" elegantes, y los periódicos se han ocupado ya de mí. Me llaman la "jolie mexicaine" y elogian mi distinción y mis trajes. Los tengo muy elegantes, y muchos sombreros de moda, con muy hermosas plumas. Cuando voy al teatro, los caballeros no cesan de mirarme con los anteojos, como

si me quisieran fusilar con cañones y pistolas. No quiero ni pensar en volver á Fópoli. Procuraré quedarme por acá cuanto más pueda, á pesar de que el viejo (don Arcadio) me muele del día á la noche con la muletilla de que se gasta mucho y de que está haciendo falta en el rancho. Sólo á tí te echo de menos. Ojalá pudieras venir.... Termino: es tarde y me espera el "landeau." Recuerdos á Joaquín.—Recibe un beso de tu amiga que tanto te quiere.—**Paulina.**"

—¡La misma de siempre! exclamó Joaquín. ¡Tan frívola y vanidosa como antaño!

—¡Pobre! murmuró la joven pensativa.

—¿No te causa envidia su suerte? preguntó el joven con dulzura. Es rica, viaja y tiene cuanto quiere, mientras tú sigues viviendo en este rincón del mundo, de donde probablemente no saldrás nunca.

—¡Chist! le interrumpió Berta cerrándole los labios con la blanca mano. Te tengo á tí y con eso me basta. Vales más, mucho más que Europa y el mundo entero. Ella se unió por interés á un viejo á quien no quiere, y cifra su felicidad en frivolidades sin importancia; mientras yo carezco de lo superfluo, pero estoy orgullosa de tí, de tu nombre y de tu amor.

—¡Esposa de mi vida! murmuró el joven con voz trémula de felicidad.

IV

El Teatro Alarcón.

Al oscurecer del día fijado para el concierto, estaban las hermanas de la Caridad reunidas en el salón de recibir. Berta y Joaquín, que las visitaban con frecuencia, las habían puesto al tanto de sus proyectos, y ellas, llenas de interés casi maternal hacia los jóvenes, les habían dado muy buenos consejos, y recomendado llegasen al Hospicio antes de dirigirse al teatro, para ver sus trajes y donosa apostura. Las hermanas esperaban, pues, la visita, y departían, entretanto, sobre cosas del momento que atañían á su comunidad, con tono grave y serio.

—Mal, muy mal van las cosas en Méjico, decía sor Ignacia á las religiosas; acabo de recibir una carta desconsoladora de la Madre General. Dice así:

"Reverenda madre:

"La ciudad está muy excitada con motivo de la discusión parlamentaria de la ley que suprime las órdenes religiosas. No hay quien no comprenda que el golpe va dirigido á nuestra comunidad, porque

las otras están ya disueltas desde hace años, y los sostenedores del proyecto no hacen misterio de sus miras.Los oradores del pro y del contra, se refieren nada más á nosotras; así que bien puede decirse que se está haciendo nuestro proceso, y que el fallo que pronuncie la Representación Mejicana, recaerá todo entero sobre nustras cabezas. Asiste gran muchedumbre de espectadores á las sesiones: hay gritos furibundos, aplausos, ciseos, y con frecuencia escándalos tales, que la policía se ve obligada á intervenir para arrojar de las galerías á los alborotadores. Los oradores más exaltados militan en contra nuestra; pero hay otros prominentes, como Esteva y Martínez de la Torre, que nos defienden con elocuencia. Con todo, no hay que hacernos ilusiones; se sabe á ciencia cierta que la ley será aprobada, pues así lo tiene dispuesto el Gobierno. Debemos, por lo mismo, ir familiarizándonos con la idea de ser pronto arrojadas de este país. La noticia es triste; mas prefiero comunicar la verdad á su Reverencia, á alentarla con vanas esperanzas.

"¡Que se haga la voluntad de Dios! Vaya su Reverencia preparando á la comunidad para lo más malo."

Siguió á la lectura un prolongado y penoso silencio de estupor. Los rostros marchitos de las religiosas, deteriorados por la

edad y los trabajos, se contraían á influjo de hondo y callado sufrimiento; sólo sor Marcelina que, á pesar de sus cuarenta y cinco años cumplidos, se conservaba todavía guapa y fresca, parecía no participar de la consternación de sus compañeras.

—Ya verá su Reverencia cómo todo eso pára en nada, dijo; son llamaradas efímeras, que no producen incendio. Recuerde que varias veces se ha dicho lo mismo, y nada ha sucedido.

—Ojalá pudiese formarme alguna ilusión sobre ello, repuso sor Ignacia con amargura; desgraciadamente estoy persuadida de que ahora sí vamos á ser expulsadas dentro de poco.

—¡Pobres de mis viejos mendigos! suspiró sor Agueda.

—¡Pobres de mis inocentes niñitos! exclamó sor Marcelina.

Cada una de las hermanas fué manifestando por turno el tierno motivo que tenía para deplorar el ostracismo que iba á sufrir, y así se formó un coro de lamentos que fué creciendo por grados, hasta que comenzaron á rodar las lágrimas por las mejillas de aquellas buenas mujeres, cuyo único anhelo había sido siempre y seguía siendo entónces el servicio de Dios y de los desgraciados. Fué en vano que sor Marcelina procurase infundirles valor; algo les decía que el peligro que las amenazaba era muy serio,

y que una tempestad se cernía sobre sus cabezas; y más cuando sor Ignacia, en vez de atenuarlos, corroboraba aquellos temores.

—Sor Marcelina, decía, usted ha sido y sigue siendo demasiado optimista. Todo lo ve color de rosa, porque á ello la inclinan su buen corazón y su carácter festivo; pero ahora la cosa va de veras, y no hay que engañarnos con esperanzas quiméricas.....

El ruido de un carruaje que rodaba con estrépito por el recio y desigual empedrado de la calle, hizo callar á la superiora. Escuchó unos momentos para observar si el coche seguía de largo ó si paraba, y observando que se había detenido frente al pórtico, insinuó con precipitación:

—Son Berta y Joaquín. ¡Pobres muchachos! Vienen llenos de ilusiones. ¡Que no sospechen lo que nos pasa! No echemos á perder su júbilo; sequémonos las lágrimas, y recibámoslos fingiendo alegría.

Dóciles á la voz de sor Ignacia, sacaron las hermanas del bolsillo los vastos pañuelos de complicado floreo de que hacían uso, y con prisa febril, enjugaron los húmedos ojos. Ya era tiempo: sonaron por los corredores pasos precipitados, y se oyó el roce de una falda de seda. Pocos momentos después, entraban

por la puerta cogidos del brazo y metiendo gran ruido, Sandoval y su esposa.

—Aquí nos tienen ustedes pintiparados, exclamó Berta radiante de gozo y belleza, al hacer su aparición en la sala. Venimos á ver qué les parecemos de gran etiqueta.

—¿Ven ustedes? agregó Joaquín cariñosamente; sabemos cumplir lo ofrecido.

—No lo hemos llegado á dudar, repuso la superiora; tanto que aquí nos hallan reunidas en gran cónclave con el objeto exclusivo de aguardarlos.

Berta, sonriente, se desprendió del brazo de Joaquín, y se dió á pavonearse y pasear en torno de la sala, con el paso menudo y gracioso que le era peculiar.

—¡A ver, á ver! decía con gozo infantil, soltando la gran cola para dejarla arrastrar cuán larga era por el pavimento. ¿Qué opinan de mi traje?

—Espléndido, repuso sor Ignacia con benevolencia; aunque nada sé de modas, creo que es muy elegante.

—Elegantísimo, agregó sor Marcelina, que era la más afecta á modas y galas: al punto de no poder serlo más.

—Fíjense, agregó Berta, en el adorno que llevo en el corpiño: es el que me obsequiaron las niñas de la sala de costura.

—¡Qué bien que te está! observó sor Asunción, que era la directora de aquel departamento. ¡Cuánto luce prendido en derredor del escote y de las mangas!

—Es primoroso, dijo Berta. En opinión de la modista, el regalo no vale menos de ochenta pesos, estimado muy barato.

Sandoval había permanecido en pie, satisfecho y orgulloso, viendo á su mujer tan hermosa, bien vestida y celebrada.

—¿Y á mí nada me dicen? preguntó bromeando.

—¡Cómo nó! repuso sor Ignacia sonriente.... Que estás como un brazo de mar.

—De veras, prosiguió sor Marcelina, pareces una ascua de oro.

—No tanto, no tanto, repuso el joven de buen humor; que me van á poner vanidoso.

—Cuello y puños duros, corbata blanca, pechera como el armiño, bota charolada, frac.... ¡Vaya! prosiguió sor Marcelina, eres todo un figurín.

Y olvidando sus preocuciones por algunos momentos, rodearon las religiosas á los jóvenes con vivo interés, y los analizaron de pies á cabeza, dando vueltas en torno suyo, palpando las telas de sus trajes y aun rectificando esta ó aquella parte de su indumentaria, como la colocación de una flor en el peinado de Berta, ó el nudo de la corbata de Joaquín. Pero éste, que á cada paso consultaba el reloj, dijo á poco, dirigiéndose á su esposa:

—Necesitamos marcharnos, hija; sonaron ya las siete, el concierto debe comenzar á las ocho, y aun tenemos que hacer varios arreglos.

—Claro, repuso sor Ignacia, no queremos hacerles mala obra.

—A todo esto, preguntó Berta aludiendo á los asilados, para quienes había mandado gran número de boletos, ¿á qué hora se van al teatro nuestros invitados?

—Hace ya buen rato que se han marchado, repuso sor Ignacia sonriente; tenían un alboroto tal, que no fué posible contenerlos.

—¿Cuántos son? preguntó Joaquín.

—Te he mandado buen golpe de gente, respondió la superiora; no tendrás por qué quejarte. Han ido como doscientos á las galerías, al cuidado de los maestros de los talleres. Los diez palcos segundos que nos obsequiaste, van á ser ocupados por sesenta niñas de lo mejorcito: todas vestidas de blanco..... Puedes contar con ese público.

—¡Cuánto me alegro! dijo Joaquín gozoso.

—¡Y yo! agregó Berta. Voy á estar como en la gloria en medio de los míos; así no tendré tanto miedo.... Virginia y José irán también; les mandamos un palco intercolumnio para que estén más cerca de nosotros.

—Conque vámonos, hija, repitió Joaquín, que se va haciendo tarde.

—Pidan ustedes á Dios que nos vaya bien en todo, repuso Berta recogiendo con una mano la cola del traje, y disponiéndose á marcharse.

—Él los acompañe, repuso sor Ignacia. Todas las hermanas expresaron votos cariñosos en favor de los jóvenes, y formando grupo en torno de la pareja, los acompañaron hasta el pórtico, de donde no se retiraron sino hasta que los vieron subir al simón y tomar el camino del teatro.

Cuando Joaquín y Berta llegaron al coliseo, estaban ya prendidas las luces, y se advertía algún movimiento en el pórtico. Causó sensación su llegada, y más cuando apareció Berta en la portezuela, sacando, para apoyarlo en el estribo, un piececito como de niño, primorosamente aprisionado en zapato de blanco raso y deslizándose al través de una nube de seda, blondas y tules. Los jóvenes se acercaron á la taquilla para hablar con Lechuga é investigar cómo iba la venta de boletos. El plano numerado de las localidades del teatro, estaba casi intacto, con los números de los asientos enrollados y clavados en sus lugares respectivos.

—¿Cómo va el negocio? preguntó Joaquín.

—No tan mal, repuso Lechuga tranquilamente.

—Pero no se ve, replicó el primero, que se hayan vendido más que los números de la primera y de la segunda fila del patio; los demás están en sus sitios.

—Así pasa siempre, repuso el interpelado; pero á última hora llega la concurrencia de golpe.

—¿Y las plateas y los palcos? siguió preguntando Berta.

—Eso sí va perfectamente, contestó Lechuga con satisfacción. Todos fueron repartidos á domicilio entre las familias principales de la ciudad, y hasta ahora no han sido devueltos más que dos: de suerte que están colocados.

—¡Qué bueno! ¡Es muy buena señal! exclamó la joven gozosa.

—Pierdan cuidado, volvió á decir Lechuga; conozco perfectamente á nuestro público, pues llevo más de veinte años de lidiar con él, y sé muy bien cómo se las compone. Ya verán cómo dentro de poco comienza á llegar la gente por grupos compactos; habrá teatro lleno ó casi lleno esta noche.

—Dios lo haga, concluyó Sandoval alentado por el pronóstico.

El teatro se mostraba hermosísimo á la luz del gas distribuído con profusión. Aunque los jóvenes lo conocían bien, con motivo de haber asistido á menudo á ópe-

ras y conciertos, les pareció muy distinto del de siempre, al doble fulgor de aquella iluminación "a giorno" y de sus propias ilusiones y esperanzas.

El coliseo de Fópoli es, en verdad, digno de ser admirado. Los fopolitanos le cuentan entre las maravillas que encierra la ciudad. Comenzado á construír en 1855, no pasó de los cimientos durante varios años; pero durante la guerra de Reforma, en medio de los vaivenes de la lucha, de la penuria del erario y del cambio constante de los gobiernos, fué levantándose rápidamente, sin saberse cómo ni con qué recursos. Ideado y dirigido por Jacobo Gálvez, arquitecto improvisado y casi genial, pareció surgir del suelo al golpe de una varilla mágica. Gálvez nunca estudió metódicamente; pero tenía talento, osadía é intuición admirables. Viajó por Europa, y se enamoró de Italia; y de allá trajo ideas sublimes y visiones magníficas, que critalizó en el teatro Alarcón. La construcción tiene el estilo de las que han dejado sembradas por el suelo itálico, ya la fuerte Antigüedad, ya el exquisito Renacimiento. ¿Cómo acertó el arquitecto á darle las elegantes proporciones que le caracterizan y distinguen? ¿Quién le indicó cuál debía ser la profundidad de los cimientos para dar solidez á la enorme fábrica? ¿Quién le sugirió el espesor que debía

dar á los muros, la amplitud conveniente á los arcos y la extensión y altura apropiadas á la bóveda para que no se desmoronasen? Fué obra de adivinación únicamente. Podrá tener grandes defectos el monumento; mas, á pesar de todo, ¡qué magnificencia, qué atrevimiento y qué riqueza ostenta en su conjunto y en sus menores detalles! El pórtico está formado por bellas y altas columnas de estilo compuesto, y remata en un hermoso ático, detrás del cual se eleva el dombo majestuoso que cubre y corona el enorme recinto. Su vestíbulo ovalado, sostenido por columnas corintias, tiene la sencilla elegancia de un templo griego; su alto y enorme salón, que puede contener hasta tres mil espectadores, respira grandeza y solemnidad. El amplio foro abre su boca en forma de arco gigantesco, y abarca un espacio donde pueden moverse libremente centenares de artistas. Es una obra colosal, hecha en el delirio de una crisis histórica, por un pueblo hiperestesiado y entusiasta que, rezagado en un rincón del mundo, soñaba con las grandezas del Coliseo y de las Termas de los emperadores romanos, y con las bellezas del teatro Pagliano de Florencia y del San Carlos de Nápoles: monumento exótico por el lugar y el tiempo, que sorprende hallar en aquella ciudad de provincia. Gálvez lo destinó á servir de alcázar á

la Gran Opera, al gran arte, á los grandes triunfos y á las ovaciones inmensas; y soñaba ver brillar en él á las estrellas más aplaudidas y á los "virtuosos" más renombrados del mundo, interpretando las obras maestras de los laureados compositores de las grandes metrópolis. ¿Fué el suyo un pensamiento de la grandeza futura de Fópoli? Los pueblos que han de hacerse célebres, aspiran á mucho, y hacen desde la infancia obras desproporcionadas para sus fuerzas y condiciones, por su magnitud y osadía; pero que llegan á acomodarse más tarde á su desarrollo efectivo. Así el Teatro Alarcón, como símbolo de futura grandeza, recibió su bautismo artístico de la admirable Angela Peralta, el "Ruiseñor Mejicano," gloria del canto y del arte patrios; pues fué ella la primera que cantó en ese coliseo, cuando aun no estaba del todo concluído. Los fopolitanos, entusiasmados hasta el exceso con la llegada de la prima donna, improvisaron á todo costo cuanto fué preciso para que diese ella ahí la primera ópera, y la voz de aquella maga, que algunos han colocado sobre la de la misma Patti, pobló de notas áureas en noche inolvidable, el absorto recinto.

Cuando Joaquín y Berta penetraron por los pasadizos que llevan al foro, aun estaba desierta la sala; pero ya en las

galerías altas había no escaso concurso, y los palcos segundos se veían ocupados aquí y allá por algunos grupos. La escena estaba solitaria; mas aparecían ya en orden las vistas pintadas por Fontana, representando las márgenes del Grijalva; con los detalles y primores descritos tan calurosamente por Torrentera. Joaquín y Berta las examinaron con atención y las hallaron tan hermosas y bien acabadas, que convinieron en que don Pomposo nada había exagerado al describirlas.

—¡Brr! exclamó Berta sacudiendo graciosamente los hombros como bajo la impresión de un frío glacial.

—¿Qué te pasa? le preguntó Joaquín.

—Tengo miedo, muchísimo miedo, repuso la joven: me parecía que nunca habría de llegar esta noche, y ahora que está aquí, me siento muy trastornada.

—Lo mismo me pasa, agregó Joaquín; como que juego en la partida mi nombre y mi porvenir. Si fracaso soy hombre al agua, estoy perdido.

—¡No fracasarás!; tienes talento, tu obra es de mérito y está calificada por buenos jueces. No temas.

—Hemos llegado, dijo Joaquín con gravedad, al punto culminante de nuestra vida. Esta noche decidirá de nuestro porvenir. Podemos lograr todo cuanto hemos deseado, si Dios es servido, dentro de unos momentos. ¿No te parece men-

tira que estemos próximos á presentarnos ante el temido público, solicitando de él la consagración y la realización de nuestros anhelos? Siempre aguardé la llegada de un instante como éste, desde que era pequeño. Cuando comencé á sentir lo bello y á extremecerme al influjo de la música, entreví un escenario vasto, espléndido, donde pudiera dar forma á mis creaciones, y presentar á los hijos de mi corazón revestidos con las galas del arte.

—Todo eso se cumplirá dentro de poco, Joaquín mío. Si has ambicionado eso, es porque tu alma ha recibido de Dios el don sagrado de la inspiración. El te crió para el arte, y el arte es tu atmósfera, como lo es el espacio para las aves y los ángeles. Amas la gloria porque eres hijo de ella, y dentro de poco será tu nombre aclamado por miles de voces, y la prensa pondrá por las nubes tus espléndidos triunfos.

—Dios lo quiera, prosiguió el joven pensativo; mas si no agrada mi música, tú al menos, querida Berta, cautivarás al auditorio con tu voz celestial. Por tí nada temo; has sido ya consagrada por la crítica, y eres reconocida como la "virtuosa" más notable de Fópoli.

—El cariño te ciega.

—Mi mérito podrá ser cuestionable; no el tuyo.

Hablando así los jóvenes, y comunicándose el uno al otro sus temores y esperanzas, haciendo su mutuo panegírico é infundiéndose aliento entre sí, acercáronse al telón de boca, que estaba corrido todavía; y se pusieron á escudriñar el salón.

—¡Qué enorme y hermoso coliseo! dijo Joaquín.

—Ahora me parece más grande que nunca, repuso Berta.

—Mira, prosiguió Sandoval, invitando á su esposa á acercar los ojos á una de las ventanillas abiertas en la tela, mira qué aspecto tan imponente presenta. ¡Qué bóveda tan atrevida y hermosa! Dicen que se eleva veintitrés metros sobre el piso, esto es, tanto como una muy alta torre. Toda esta construcción es maciza, sin mezcla de madera ó fierro, y á pesar de su altura y extensión, está tan fuerte y bien construída, que ha sido cruzada por balas de cañón y no se ha resentido en lo más mínimo. Mira los gigantescos óleos de que está ornada: representan el Canto IV de la Divina Comedia del Dante. Los personajes que ves allá arriba desfilando en pintoresco conjunto, son todos de ese canto. Allí va Dante entre los cinco poetas soberanos: Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio y Lucano. Más allá se ve á César, Atila, Latino y Bruto. Las mujeres históricas van mezcladas en esos grupos. Más allá

se congregan los filósofos, teniendo á Sócrates en medio. Aquel viejo casi desnudo, es Diógenes el cínico. ¡Qué cuadro tan grandioso y estupendo! ¡y qué vuelo tan colosal el de los artistas que lo eligieron para interpretarlo! Su sola osadía da la medida de su potencia criadora. ¿Sábes qué efecto produce en mí la contemplación de ese cuadro? Se me figura ser la bóveda del cielo, y que veo vagar por ella las grandes sombras de los genios y de los héroes. Esa atmósfera trasparente es la de las regiones más altas del espacio; esas figuras se mueven en el medio ufano y sereno de una inmensa apoteósis, y nadan en refulgencias olímpicas. Más arriba de ellas se extiende un cielo de infinito esplendor, por el cual vuelan formas triunfales, que se esfuman y diluyen en las vívidas claridades del cenit.

—Nunca me habías hablado de eso, Joaquín, y, aunque siempre me había parecido grandiosa esa decoración, no había llegado á comprenderla. Es admirable. ¿Quién la pintó?

—Los artistas mayores que ha tenido Fópoli: Gálvez en primer lugar, que era, en su tanto, una sombra de Miguel Angel: arquitecto, escultor y pintor, todo á un mismo tiempo; Gerardo Suárez, joven inspiradísimo, que se hubiera elevado á la altura de los más grandes maestros,

si no hubiese muerto joven y hubiese florecido en otro escenario; Felipe Castro, famosísimo como dibujante y experto colorista, al estilo del Corregio; y Espiridión Carrión, cuyo talento igualaba casi al de sus colegas.... Trepaban á esa altura vertiginosa por los pies derechos de la cimbra, y se consagraban á su labor, guardando difícilmente el equilibrio sobre vigas sostenidas por cuerdas y que se mecían como columpios.... Sólo aquellos hombres pudieron realizar obra semejante, con medios tan escasos, y poniendo en tan grave peligro su vida... Eran de una naturaleza distinta de la nuestra: aquella raza, la que nos precedió, tenía unos alientos que á nosotros nos faltan.

—Es verdad, repuso la joven asombrada. ¡Y cómo pudieron pintar tan bien, sintiéndose en riesgo de caer á cada momento!

—Porque tenían un grande amor al arte, y un gran corazón.

—Ahora explícame lo que significa la decoración de la cara interior del arco del foro.

—Con mucho gusto. El cuadro que ves en el centro, sobre un cielo de color azul tierno, representa el Tiempo y las Horas. El Tiempo, que es inmutable, está figurado por ese viejo inmóvil y de barba blaca, que aparece sentado en la parte cen-

tral; y las hermosas doncellas que giran en su derredor cogidas de la mano, son las alegres y fugaces horas, que hacen la eterna ronda de la vida. A los lados del arco, en las pechinas, esto es, en la parte plana que llena los ángulos, hay dos figuras aéreas, que tocan trompetas enormes y van volando por el espacio, con las blancas alas desplegadas: representan la Fama, mensajera de Júpiter é hija de la esperanza y de la tierra.... Todo está aquí hecho y preparado para elevar el espíritu, enardecer la imaginación y hacer soñar al artista y al poeta.... Es éste un templo levantado al arte y al ensueño, al aplauso y á la gloria.

—¡De veras! murmuró Berta soñadora y presa de instintiva emoción.

Así continuaron largo tiempo departiendo, y absortos en la contemplación de tan sublime cuadro, hasta que los preparativos de la escena los obligaron á dejar el sitio, porque iba á correrse un segundo telón, poco distante del de boca, para ocultar la decoración de Fontana y formar la escena del concierto.

—Vamos á mi cuarto, dijo la joven á Joaquín, tirándole suavemente por el brazo. Voy á preparar mi traje de Malinche, que debo vestir en el último número del programa.

—Vamos, hija, repuso Joaquín; nos

habíamos olvidado de muchas cosas, absortos en la contemplación del coliseo.

Iban en camino, cuando se les acercó un empleado, con un mensaje para Joquín.

—Un caballero que aguarda en el pórtico, le dijo, me ha dado esta carta para usted.

La abrió Sandoval y leyó lo que sigue:

"Señor Sandoval:

"Acabo de escribir una paso doble para la Banda de la Escuela de Artes, de que soy Director. Se llama "Ecos de Méjico," y mis músicos y yo desearíamos estrenarlo esta noche en el teatro, en honor de usted y de su esposa. ¿Acepta nuestra cariñosa ofrenda? Aguarda su respuesta y le saluda con el afecto de siempre.—**Clemente Aguirre.**"

—Estamos de plácemes, exclamó Joaquín gozoso al terminar la lectura. Berta mía, el gran compositor y maestro don Clemente Aguirre quiere hacernos el obsequio de estrenar aquí esta noche un paso doble que acaba de componer.. Voy á llevarle la respuesta por mí mismo; vuelvo dentro de unos momentos.

* * *

Entretanto, don Teodomiro, Torrentera y Blanco, conversaban formando gru-

po junto á la taquilla, y Gómez y Pérez, que se mostraba muy excitado, llevaba en la mano un periódico.

—¿Han visto ustedes "El Azote?" preguntaba á sus compañeros.

—No, respondieron los interpelados; nunca lo compramos.

—Pues voy á leerles lo que dice de nuestro concierto.

Y leyó con voz alterada:

"EL CONCIERTO DE HOY.—Aunque ha sido anunciado con mucho bombo el que ha de verificarse esta noche en el Teatro Alarcón, estamos seguros de que no asistirán á él ni las moscas. Su programa es de lo más ingrato; se compone, en parte, de vegestorios musicales, como el aria de "Dinhora" y la del "Delirio" de "Lucía," y, en parte, de logogrifos ininteligibles de la música alemana. Los precios, sobre todo, son desproporcionados para la insignificancia de la audición; apenas los operista más renombrados se han atrevido á ponernos en Fópoli tan alta la tarifa. ¡Con su pan se lo coman los presuntuosos é infumables "artistas"

—¿Qué les parece, eh? preguntó don Teodomiro furioso al concluír la lectura.

—¡Atroz! ¡insensato! repuso Torrentera indignado.

—¿Quién habrá escrito eso? preguntó cándidamente don Angel.

—¿Quién ha de ser? repuso Gómez y Pérez exasperado, sino ese bellaco de Becerril. Hace tiempo me viene quemando la sangre con su petulancia, fanfarronadas y pretensiones. ¡Es un majadero! ¡Es un!.....

—¡Cálmese maestro! intervino Blanco alarmado al ver que los transeuntes, atraídos por sus altas voces, fijaban la atención en el grupo.

—Por ahora me aguanto, prosiguió don Teodomiro bajando el tono; pero no me llamo Teodomiro Gómez y Pérez, si no le arreglo las cuentas después á ese pillo.

—Hay que guardar reserva, observó Torrentera: que no lo sepan Joaquín ni Berta.

—Por supuesto, convino don Teodomiro; estamos obligados á disimular y callar en estos momentos.

Metió el papel estrujado en la bolsa del pantalón, y exclamó golpeándolo con la mano al través de la tela.

—¡Pero ya me las pagará muy bien pagadas el pillete!

Hubo un momento de silencio, después del cual preguntó Blanco:

—¿En qué estado se hallará la venta de boletos?

—Vamos á verlo, repuso Torrentera, ya

que nuestra guardia no tiene más objeto que vigilar la taquilla.

Los tres amigos se acercaron á ella y echaron un vistazo al plano del teatro: se hallaba poco más ó menos en el mismo estado en que Joaquín y Berta lo habían dejado, esto es, casi intacto. Lechuga informó que desde el oscurecer no se habían vendido más que cuatro ó cinco entradas de luneta, pues las dos primeras hileras de números que faltaban en la tabla, habían sido tomadas con mucha anticipación.

—¿Y los palcos y plateas? preguntó don Teodomiro.

—Iban muy bien hasta hace poco, contestó Lechuga; pero comienzan á andar mal.... Están siendo devueltos con gran prisa.

Lechuga contó una por una las invitaciones amontonadas sobre la mesa, y resultaron veinticinco.

—De donde se infiere, comentó Torrentera, que sólo diez y seis han quedado por la ciudad.

En aquel momento llegó un quidam apresurado y presentó cinco sobres á Lechuga.

—¿Qué es eso? interrlogó éste.

—Palcos devueltos, repuso con sequedad el emisario.

Don Teodomiro, que continuaba muy

ecxitado, tomó la cosa por su cuenta y saltó á la palestra:

—¡Cómo! exclamó ¡devolver boletos á la hora de la función! Son las ocho de la noche, mire usted.

Y mostraba el reloj á su interlocutor.

—Es verdad, repuso con frialdad el interpelado.

—¿Sabe usted cómo se llama esto? vociferó el anciano. Se llama no tener delicadeza. ¿Y quiénes son los que los devuelven?

—Los señores Batres, Regil, Sumaya y....

—La crema de nuestra "aristocrácea," vociferó el anciano con tono despectivo. Parece mentira. Hace una semana fueron repartidas las esquelas y ¡esos señores se las han guardado hasta ahora! ¿Por qué no las devolvieron siquiera con tiempo? Se hubieran enviado á otras direcciones, y tal vez hubiesen sido colocadas. ¡Es el colmo de la "miserea" y del abuso!

El mensajero puso mala cara al oír tan amargo desahogo, pero se abstuvo de replicar por temor á una disputa, y se puso en cobro lo más pronto posible. De ahí en adelante continuaron las cosas de mal en peor, y al fin de todo, á las ocho y media de la noche, sólo quedaban tomados dos palcos primeros y cuatro plateas, pues las demás localidades habían sido devueltas.

—¿Qué hacemos? preguntó Torrentera amostazado; pasa ya media hora de la anunciada para comenzar el concierto. ¿Continuamos esperando?

—Otro poco, á ver si viene más concurrencia, insinuó don Angel.

—Es inútil, repuso don Teodomiro colérico; no vendrá nadie más. Váyanse ustedes á la orquesta, mientras pongo al tanto á Joaquín y Berta de lo que ocurre, de la mejor manera posible....

Halló á los jóvenes ansiosos y sin poder explicarse la ausencia del maestro.

—¿Qué pasa, maestro? le preguntó Joaquín. ¿Por qué no hemos comenzado?

—Torrentera y yo no habíamos llegado todavía, repuso don Teodomiro.

—¿Pero por qué? preguntó la joven.

—Porque estábamos viendo cómo iba la venta de boletos.

—Y ¿cómo ha seguido? interrogó Sandoval.

—No quisiera decirlo; pero bastante mal.

—Ya estábamos sospechándolo Berta y yo, repuso Sandoval con tristeza, pues veíamos poca gente en el patio. Por fortuna las entradas de plateas y palcos han sido buenas. Hace poco nos informó Lechuga que sólo dos ó tres invitaciones habían sido devueltas.

—Desgraciadamente ha cambiado el aspecto de las cosas desde que ustedes

llegaron, murmuró el maestro con voz trémula.

—¿Nos ha desairado todo el mundo? interrogó Joaquín con no reprimida angustia.

—Todo el mundo no, repuso Gómez y Pérez; é iba á agregar "pero casi todo," cuando lo contuvo la expresión afligida del rostro de Berta.

—¿Cuántas invitaciones han sido devueltas? preguntó la joven con timidez.

—No lo sé, contestó don Teodomiro; pero han sido muchas. Sin embargo, agregó con el propósito de dar un consuelo á los jóvenes, han estado entrando algunas familias de lo principal de Fópoli, por la inteligencia, el buen gusto y el amor al arte, como la de Polanco, la de Clement, la de Arias y otras que no recuerdo.

Berta y Joaquín se sintieron halagados por la presencia en el salón de tan distinguidos dilettanti, y hasta un tanto aliviados de su congoja.

—¿Cree usted que no vendrá más concurrencia? preguntó Joaquín.

—Así lo presumo, repuso Gómez y Pérez, porque falta sólo un cuarto para las nueve.

—¿Qué hacemos, pues? preguntó Berta confusa.

—Comenzar, no hay más recurso, re-

puso don Teodomiro; demasiado hemos hecho esperar al público.

—Es verdad, repuso Joaquín densamente pálido; debemos cumplir nuestros compromisos.

—¿Están ustedes dispuestos? preguntó Gómez y Pérez.

—Lo estamos, repuso Joaquín.

Berta se limitó á hacer tristes movimientos afirmativos con la cabeza, porque la congoja le embargaba la voz.

—En tal caso, repuso Gómez y Pérez, ¡á nuestro puesto!.... ¡Cada cual al suyo!.... ¡Firmes! ¡Buen rostro al mal tiempo!....

Y dominado por la idea rencorosa que le dominaba, agregó inconscientemente:

—Si ese bribón se sale con la suya, démosle, al menos, el disgusto de mostrarnos superiores á nuestra suerte.

—¿A qué bribón alude usted, maestro? perguntó Sandoval.

—¿A cuál?.... ¡Ah! vamos.... ¿Con que á qué bribón?.... Pues al público: al público que está brillando por su ausencia. ¿Puedes imaginar mayor picardía que la suya? repuso Gómez y Pérez volviendo en sí y procurando disimular la imprudencia.

Joaquín no vió muy claro en el negocio; pero estaba tan preocupado por lo que le pasaba, que se contentó con murmurar:

—¡Vaya!.... pues había creído otra cosa.

Vaciló unos momentos y luego continuó:

—Maestro, hágame usted la gracia de acompañar á Berta mientras voy á dirigir la orquesta, pues tengo que comenzar con la obertura de "Doña Marina".... Y tú, hija, continuó dirigiéndose á su esposa, no te aflijas tanto; nos toca la suerte común á todos los artistas de Fópoli. Ni más ni menos.

Pero Berta, sin poder contenerse, se echó á llorar á lágrima viva.

—¿Para qué nos habrémos metido en estas honduras, Joaquín?, sollozó.

—Tienes razón, repuso el interpelado, no debimos hacerlo; pero, ya que lo hicimos, no es tiempo de quebrarnos la cabeza haciéndonos esas preguntas. Por ahora debemos sacar de la situación el mejor partido posible; tenemos que defender nuestra reputación y nuestro nombre.

—El tuyo, Joaquín, repuso Berta sollozando: el tuyo es el que importa.

—Pues hazlo por mí, agregó Sandoval tiernamente. Repórtate, no llores.

Y enjugó con el pañuelo las lágrimas que rodaban por las mejillas de su mujer.

—Por tí todo, contestó ésta procurando serenarse.

—Figúrate que cantas para mí solo, y

yo me figuraré que te consagro mi música á tí sola también.

—Tú para mí y yo para tí, prosiguió la joven.

—Después de todo, prosiguió Joaquín, esa es la verdad, pues en tí se encierra todo el mundo mío.

—Lo mismo que en tí se encierra todo mi mundo.

—¿Y no me dejan ustedes un lugarcito en medio de sus dos mundos? preguntó don Teodomiro.

—Le dejamos el de un padre en nuestro corazón, prosiguió Joaquín emocionado.

—Sí, repuso el anciano, así debe ser, pues son ustedes los hijos de mis "aficeónes" y de mis desventuras.

Y visiblemente emocionado, abrió los brazos y estrechó en ellos á ambos jóvenes. Pronto se repuso, con todo, y con voz entera siguió diciendo:

—¡Ea! basta de debilidades. ¡Cada cual á su puesto!.... ¡Joaquín, á tomar la batuta! Anda sin cuidado; me encargo de Berta: estará en escena en tiempo oportuno.

. . . .

Al salir del foro Joaquín, quedó consternado ante la soledad del patio: tenía alguna semejanza con la del desitro. Aparte de uno ú otro grupo de escasos concurrentes, que se veían acá ó allá, no

había alma viviente en el resto del salón. No faltaba concurrencia en las localidades altas; pero las plateas y los palcos primeros estaban desocupados casi por completo. La elegante y esbelta estructura del teatro, sin la animación y la alegría que el público comunica, parecía un esquelto gigante y descarnado; aquella soledad daba frío, y producía depresión y malestar en el ánimo.

Tales fueron las impresiones del joven cuando ocupó su puesto en medio de la orquesta. Los músicos habían estado templando sus instrumentos desde hacía largo rato, y se hallaban listas para principiar la audición. Cuando le vieron, requirieron sus flautas, cornetas y violines, abrieron y colocaron los cuadernos de música sobre los atriles y fijaron en él los ojos aguardando sus órdenes. Sandoval echó un rápido vistazo á derecha é izquierda para asegurarse de que todo estaba en regla, y levantó en seguida la varilla de ébano sacudiéndola en el aire. En aquel mismo instante resonó el golpe de la música, lleno, compacto, unísono, como si brotase de un solo armonioso y poderosísimo instrumento; y levantándose á la vez el telón, dejó ver en medio de la escena á la hermosa Berta, elegantísimamente ataviada y con un papel de música en la mano. El efecto producido en el auditorio por aquel gol-

pe sinfónico y por aquella ideal aparición, fué maravilloso.

Aunque modesta y sencilla de ordinario, había procurado la joven engalanarse lo mejor posible, esa noche eternamente memorable en su vida de esposa y de artista. Sin que nadie la hubiese aconsejado, había acertado á elegir lo más propio y hermoso en punto á corte, telas y adornos para su indumentaria, por una secreta adivinación de su naturaleza exquisita. Sabía que el azul es el color que mejor cuadra á las rubias, porque su tinte suave y etéreo armoniza á maravilla con la blancura de la piel y el oro del pelo; pero no había querido echar mano de él, por no aparecer coqueta ni apelar á los grandes recursos. Formaban, pues, el conjunto de su vestido, á la vez que lujoso, fresco y vaporoso, una larga falda de crespón de blanca seda, con anchos volantes y rizado de gasa en la orla, y una elegante polonesa de igual tela y color, recogida hacia los lados en graciosos pliegues. La polonesa de corte irreprochable, marcaba y subrayaba las líneas purísimas de su busto, y, discretamente abierta en la garganta, dejaba al descubierto un corto rinconcito de su seno de paloma, sobre el cual había prendido un sencillo ramillete de madreselvas y mosquetas. En medio de aquel leve vapor, de aquella delicada y blanca nube que la

envolvía, flotaba, como suave celaje, la preciosa "drapería" de seda sin torcer, color oro y blanco, que las huérfanas del Hospicio habían ejecutado para ella con exquisito primor, pero no con tanto primor como cariño. Su adorable cabeza de pelo ondulado y color de trigo, ostentaba un precioso peinado de nudo alto, á la usanza griega, que remataba hacia atrás, en amplios y flotantes rizos, que bajaban á acariciar su cuello de cisne y sus espaldas de diosa. Tan pronto como apareció en el proscenio, se dirigieron á ella todos los gemelos del teatro, y no hubo más que una voz, desde las galerías hasta el patio, para proclamarla ángel por la belleza y reina por la majestad y por la gracia.

La obertura se fué desarrollando gradualmente, como río que nace apacible, pero crece pronto y se ensancha, á medida que se aleja de sus fuentes y orígenes. Era un precioso y nutrido resumen de los principales motivos de la ópera, y como el programa de todos los pensamientos que el maestro se había propuesto desenvolver en la partitura. Inspirado en un argumento grandioso y hondamente sentido, se distinguía, sobre todo, por su originalidad pintoresca: á modo de elegante cofrecillo, lleno de joyeles, sortijas y todo género de joyas deslumbrantes y preciosas. El exuberante vigor y la altiva

elevación del númen; echábanse de ver hasta en los menores detalles de la composición, sin que la abundancia de las melodías que bullían y se renovaban á cada momento en la composición, impidiese en lo más mínimo el amplio y majestuoso despliegue de una armonía robusta y triunfal. Bien hubiera podido decirse que el compositor, al construír aquella espléndida catedral de cantos dulcísimos y arpegios encantadores, había agotado todas las formas con que es posible dar elevada, gallarda y patética distribución á las notas de la música. El libreto había sugerido á Sandoval una porción de contrastes ya de carácter, ya de timbre, con los que había logrado dar idea de un choque y de una confusión formidables; los cuales no eran otros, según su intención, que los producidos por la rápida colisión de los pueblos, razas y mundos que figuraban en su obra. Llevado de aquel propósito, había caracterizado á los europeos por la voz de los clarines y las trompas, que levantaban su acento robusto y penetrante sobre la masa de los otros instrumentos; en tanto que, para diseñar y personificar al mundo americano, había apelado al recurso de las flautas quejumbrosas y de los lúgubres caracoles, cuyo acento se elevaba sobre el confuso y vago rumor del teponatxle, que sonaba como eco doloroso del sangriento culto de

Mexitli. El efecto producido por tan descnocidas y originales novedades, sacudió las fibras más hóndas y delicadas del auditorio.

De improviso se aizó la voz perlada de Berta, acompañada de cerca por la flauta de Blanco, entonando el aria de la obertura; una aria en que la joven América, entre acentos de amor semisalvaje á las cordilleras y á las selvas vírgenes, prorrumpe en un himno profético y triunfal á la grandeza de sus futuros destinos. El arte de que se valió Joaquín para engarzar ese canto tan singular por su corte, como grandioso y sublime por su desarrollo, en el cuerpo de la partición, fué un chispazo de genio; procedimiento de artífice exquisito que, para realzar la belleza de una piedra preciosa de deslumbrantes facetas, la monta y coloca sobre trono de negro esmalte y oro riquísimo, donde esplende con fulguraciones soberanas. Aquella aria, pues, cantada por Berta con voz como de ensueño, formó la parte culminante de la composición, erigiéndose sobre su Sinaí de notas y arpegios que le formaban peana gloriosa.

¿Dónde encontraron Berta y Joaquín inspiración tan desusada y alientos tan extraordinarios para desempeñar cada cual su parte en aquella apoteosis: él dirigiéndolo todo con su batuta, semejante á varilla de virtudes, que cría maravillas

y prodigios á su solo movimiento, y ella sacando del fondo de la garganta, voz tan fresca, gorgeos tan limpios y acentos tan sentidos, que á ella misma la sorprendían? El númen que los había arrebatado había sido el del amor y el del dolor: el del amor, porque, pensando ella en él y él en ella, habían logrado arrancar del centro de su ser cuanto había allí de más hermoso y elevado, para ofrecérselo mutuamente en prenda de su mutua devoción infinita; y el del dolor, porque consternados por el fracaso de sus proyectos, sentían sangrar el corazón debajo de sus trajes lujosos, y la emoción que los embargaba, comunicaba á su espíritu un vigor heroico y un impulso patético. Sin duda por eso, al terminar la obertura, resonó por el amplio coliseo un trueno sostenido y estrepitoso, producido por una sola y enorme palmada. Las quinientas personas que ocupaban el recinto, aplaudiéronla al unísono movidas por un impulso único. La emoción estética se había apoderado del auditorio, y lo subyugaba bajo su dulce peso; debiendo quedar consignado aquí, no obstante, que los aplausos más vivos, sostenidos y estrepitosos que en aquel punto y hora resonaron, salieron del palco ocupado por Virginia y José. Antes de que concluyese la ovación, cayó de las galerías una lluvia de papelitos de diversos colores, con décimas y pareados en honor de Ber-

ta y Joaquín, los cuales fueron recogidos con interés y curiosidad por cuantos ocupaban las localidades bajas. Al ver los jóvenes esposos revolver por el aire aquella bandada como de mariposas de diversos colores, sintieron una viva alegría; pues los multiplicados y fervientes homenajes del público, habían levantado y confortado sus ánimos, haciéndoles olvidar por unos momentos sus preocupaciones. Manos amigas se apoderaron de aquellas ofrendas y se las llevaron á la escena, donde fueron leídas por ellos con júbilo indescriptible. ¿Qué númen amigo se las enviaba? No lo adivinaban, pues de cuantas personas trataban de cerca, ninguna sabía tañer la lira. El suceso, pues venía de origen desconocido y fuente imparcial, y era más plausible por lo mismo.

Roto el hielo del desvío pecuniario por el huracán del entusiasmo general, siguió desarrollándose el programa de la audición en medio del creciente interés de los circunstantes; y don Teodomiro, Joaquín, Torrentera y Blanco, fueron apareciendo en la escena uno tras otro, para mostrar sus sendas habilidades artísticas, y cosechar cada cual á su vez, nutridas salvas de aplausos.

Cuando se presentó Gómez y Pérez en el proscenio, recortado de pelo y barba, y limpio y bien vestido, levantóse en el recinto un rumor de respeto y simpatía.

Ahí estaba el ardiente cultivador de la música, el obrero infatigable del arte, el maestro de tres generaciones, el quijote incorregible, el sublime loco que soñaba con las grandezas mayores del mundo, en aquella ciudad incipiente, que apenas salía de la horrible pesadilla de la lucha civil y de la destrucción. Fué escuchado con silencio religioso. Su arco veloz parecía acariciar, más que rozar, las cuerdas del instrumento; y aquel viejo Stradivarius, puesto á prueba una vez más por una mano maestra, lanzó del seno de su caja vetusta, notas delicadas y exquisitas, que parecían cantos de espíritus invisibles, en ella aprisionados, más bien que sonidos brotados de instrumento construído por mano de hombre. ¡Qué talento tan grande y cuántos desvelos estaban compendiados y contenidos en aquella sin igual ejecución, donde no se sabía qué aplaudir más, si la destreza del músico ó la elevada interpretación del artista! El público, fuera de sí de entusiasmo, aclamó á éste al fin de cada una de las piezas que fué desempeñando, y, puestos en pie hombre y mujeres, no cesaban de gritar:

—¡Bien, maestro!

—¡Bravo, maestro!

—¡Bravísimo! ¡bravísimo!

No fué menos entusiasta la acogida dispensada á Joaquín cuando ocupó el

piano para interpretar las sublimes partituras de Liszt y de Chopin. Las manos del joven recorrían con pasmosa rapidez el extenso teclado, registrándolo sin esfuerzo; y, como si fuese poseedor de algún secreto mágico al que se rindiesen las teclas marfilinas, las hacía moverse á la medida de su voluntad, para producir cantos, trinos, escalas y arpegios de una pureza y una elegancia supremas; y hacíalas enternecerse y modular suaves sollozos, ó estallar en estrépito furioso de mar embravecida y volcán en erupción. El piano en sus manos parecía fiera domesticada, á la cual hacía cantar, rugir, reír y llorar, según su capricho, pues adquiría bajo la presión de sus dedos, timbres, tonalidades y expresión sorprendentes. Fué un triunfo inmenso para él; uno de aquellos que hacen época en la vida de un artista, uno de los que nunca se olvidan, y sirven para refrescar con su grato recuerdo, muchas horas mustias y amargas de una larga existencia.

El violoncello de Torrentera llegó á su máximum de sonoridad y expresión cuando le tocó su turno de mostrarse, interpretando la sonata de Bach. El estímulo producido por la habilidad con que los otros instrumentistas habían desempeñado sus partes, hizo que don Pomposo alcanzase aquella noche la cúspide de sus facultades. El entusiasmo y el aplau-

so que andaban vagando por la atmósfera y palpitaban en todos los corazones, avivaron y afirmaron su talento. A voz humana sonaba la de su instrumento, cuando le arrancaba sonoridades patéticas con el arco poderoso, que blandía en la diestra y robusta mano. Gemidos acordados y ternísimas quejas parecían las notas producidas, por el trémulo cordaje, de cuya potencia artística y sentimental, guardaba Torrentera solo el secreto. Con esto, la vibración del público entusiasmo continuó desarrollándose, y traduciéndose á cada instante en palmadas y gritos de aprobación.

La flauta de don Angel Blanco fué también muy elogiada y debidamente aclamada, tanto en el aria de "Lucía" de Donizzetti, como en el rondó final de "Bellini," en que acompañó, realzó y subrayó la voz ágil y canora de Berta, con tal pureza de sonido, con celo tan delicado y con ternura tan incomparable, que dejaron pasmado al auditorio. Así que la joven, cada vez que terminaba alguna de aquellas partituras, se hacía acompañar en el tablado por el huraño don Angel, para recibir juntamente con él, los aplausos del público; pues, aunque se negaba el flautista á seguirla, y pretendía quedarse atrás y ocultarse entre bastidores, ella le sujetaba cariñosamente por la mano, y le llevaba hacia adelante, obligándole á ha-

cer tímidas y torpes reverencias al soberano dispensador de todos los triunfos.

Al terminar la primera parte del programa, se ofreció al público, como grata sorpresa, la audición inesperada y nó anunciada en el programa, de los "Ecos de Méjico," obra del celebrado y glorioso maestro don Clemente Aguirre. Fué para ello dividida la banda en tres grupos: el principal y más numeroso ocupó el proscenio, con su director á la cabeza; los otros dos quedaron distribuídos en los palcos segundos, á uno y otro lado del arco del foro. Comenzó la pieza con un redoble marcial de tambores, luego se escucharon las cornetas, y en seguida, el grupo central modulò el tema de una marcha fácil, animada y viril; poco á poco fué aumentando gradualmente la intensidad de los sonidos, y al llegar á lo más elevado de su fuerza, uniéronse á ellos, los tambores y clarines de las galerías, como ríos tributarios que hacen su confluencia con el río principal; y junto así aquel caudal de notas fuertes y metálicas, siguió corriendo abundante y magnífico, bajo la alta y sonora bóveda, hasta alcanzar tal punto de intensidad y resonancia, que no hubo quien no sintiera conmovidos en el fondo de su ser, los ocultos resortes de la vida y el entusiasmo. Y siguieron alternando entre sí las partes distintas de la composición, distribuidas en cantos de

una melodía exquisita, desempeñados por el grupo central, á ratos, y á ratos por los "tutti" poderosos y arrebatadores de todos los instrumentos juntos, de todas las sonoridades reunidas, de todas las percuciones bélicas de la banda, produciendo un conjunto tan arrebatador y magnífico, que arrastraba en su ímpetu hasta á las naturalezas más tibias y desalentadas. El conconcurso fuera de si y enardecido con aquel estimulante, prorrumpió en todo género de manifestaciones de entusiasmo; en tanto que el venerable é inspirado compositor se inclinaba en el foro con visible emoción para dar las gracias por tan calurosa acogida.

Continuaron después las otras partes ofrecidas, ya de canto, ya de orquesta ó concierto, sucesivamente y con arreglo al programa; y fueron acogidas todas por el concurso con no debilitadas muestras de aprobación, hasta que llegó la vez de ser representada y cantada por Berta el aria del primer acto de "Doña Marina," que era el último número del programa.

El público aguardaba ansioso aquel codiciado remate de la audición, tanto por la novedad de la música, como por saberse á ciencia cierta, que iba á ser puesto en escena el episodio con toda la propiedad y magnificencia de una verdadera ópera. La realidad superó á las más lisonjeras esperanzas de todos. Aunque

los espectadores tenían por sabido que las decoraciones serían muy hermosas, nunca se las habían figurado tan perfectas como las pintadas por Fontana; así que, cuando quedó á la vista el brillante escenario, dispuesto é iluminado con sumo arte, cautivó por sí solo la atención y el aplauso de la multitud. En medio de una naturaleza lozana y magnífica, y bajo un cielo diáfano y puro, apareció Berta de súbito ataviada con el rico y pindestoresco traje de princesa azteca, cuya descripción ya conocemos. Los más doctos de los presentes recordaban haber visto en pinturas, alegorías ó cuadros vivos. la representación de algo semejante á aquella indumentaria; pero tan tosco y absurdo, que les había hecho la impresión de cosa fea y bárbara. Mas ahora, ante aquel conjunto de graciosos y alegres ropajes tan bien combinados, y de aquella fiesta de colores y esplendores metálicos, que armonizaban entre sí de un modo tan perfecto, quedaron sorprendidos, como si todo aquello fuese para ellos cosa enteramente nueva, nunca vista y jamás imaginada. El efecto óptico de aquel conjunto era de grande originalidad; si bien debe admitirse que la parte principal del éxito puede haberse debido, no á las telas ni á su corte, no á los colores ni á las lentejuelas ó dorados flecos del traje; sino á la singular belleza de la joven en

torno de cuyo cuerpo andaban ajustadas y prendidas, y á la gracia irresistible del rostro que servía de corona y remate á aquel gracioso y fantástico monumento de gasas, relámpagos y colores.

La música no fué á la zaga de tantas excelencias ópticas. Interpretaba aquel pasaje de la ópera en que, estando Hernán Cortés absorto en la visión profética de sus grandes destinos, llega hasta él furtivamente doña Marina, y, en canto breve y apasionado, le revela la próxima acometida del ejército tabasqueño. El compositor fopolitano delineó la situación en que se desarrolla el episodio, haciendo resonar constantemente, para formar la base del tema, bien meditadas disonancias, que retrataban al vivo, gritos lejanos de guerra, pasos de ejército y choque confuso de espadas y escudos, rodelas y pedernales. Obra maestra de inspiración y saber pareció al público aquel trozo, el cual, con un poco más de confusión de sonidos, habría resultado monstruoso é informe, y, con un poco menos de extrañeza y disonancia, habría dejado de producir la impresión de alarma y azoramiento que llevaba á los ánimos. Sobre aquel tumulto de notas sofocadas, hirvientes y temerosas, se elevó el canto de la soprano, lleno de emoción y timidez. Berta interpretó el pasaje con tal acierto, que pareció que sentía realmen-

te la situación, y que lanzaba aquellas notas apasionadas y trémulas, por movimiento propio y natural de su instinto. Nunca, como en aquellos momentos, rayaron tan alto sus facultades de cantante y sus adivinaciones de artista. Su voz clara, fresca y de timbre ardoroso, adquirió tal vehemencia y colorido á medida que fué avanzando la interpretación, que comunicó al auditorio los efectos mismos que interpretaba; de suerte que el público, aunque escaso y disperso por el enorme edificio, vibró al unísono con su voz y con la intención del compositor; y fascinado y fuera de sí, saludó con una ovación inaudita, el fin de aquel pasaje culminante.

Mas no paró en eso aquel delirio artístico. Cuando se creía que todo había concluído, porque el telón había caído ya. volvió éste á levantarse, y apareció á los ojos de los espectadores la sorpresa final de la noche, que fué la felicitación de la juventud de poetas y literatos de Fópoli á los artistas.

Formaba la falanje literaria, un grupo de jóvenes entre los diez y ocho y los veintidós años, de rostro de adolescentes é incipiente bozo; mal vestidos los más, torpes y acortados algunos, pero animados todos por el fuego del entusiasmo. Parecían aterrados á la vista del público y temerosos de la escena, pero alegres al

mismo tiempo por verse, acaso por la primera vez de su vida, figurando en sitio de honor en ocasión tan solemne. Eran miembros de una Sociedad literaria fundada no hacía mucho en Fópoli, con el etéreo y romántico nombre de "Asociación del Ideal." Desde que tuvieron conocimiento de la próxima representación del concierto, se habían preparado para ovacionar calurosamente á aquel grupo de escogidos, y muy especialmente al joven compositor, que se iba atreviendo á tanto, y á su bellísima compañera, espejo y lustre de femenil hermosura y de sublimes é inspiradas cantantes.

Los idealistas formaron grupo frente á Berta, Joaquín, don Teodomiro, Torrentera y Blanco. Y en medio del silencio y de la espectación del público, después de breves momentos de pausa, adelantó algunos pasos el presidente de ellos con un papel en la mano, saludó profundamente á los artistas, y dió lectura en seguida á una extensa composición en prosa. En su discurso lleno de imágenes y tropos, demostró que el arte es la flor de la civilización, que los pueblos más artistas son y han sido siempre los más adelantados, y que las almas artistas son las mejores de todas las del mundo. Concretándose al caso, dijo que la ópera "Doña Marina," á juzgar por las partes que de ella se habían conocido, era una obra acabada por

su inspiración, novedad y filosofía; y dió por sentado que marcaba una nueva éra en la vida de la ciudad. Antes de ella, todo había sido atraso, crepúsculo, espectación en Fópoli; ahora todo era ya luz y esperanza, triunfo y alegría. El nombre de Joaquín Sandoval iba á ser inscrito bien pronto con letras de luz en los anales de la historia patria, y proclamado con orgullo por todo fopolitano amante del adelanto y de la gloria. Habló también en general de la música, del sentimiento y de la belleza; y ponderó con frases elocuentes los merecimientos y el talento de todos los artistas que habían figurado en el concierto (y muy especial y calurosamente los de Berta), diciendo de ellos que eran prez y orgullo "no sólo de la ciudad, sino del Estado, no sólo del Estado, sino de la República." Se extendió sobre el porvenir del arte en aquella población de almas vibrantes y corazones apasionados; y acabó prediciendo que Fópoli llegaría á ser, no muy tarde, un gran centro de vida artística, abierto á todas las inspiraciones, un foco magnífico de luz colocado sobre la altura, al cual se volverían todos los ojos para admirar, y todas las manos para aplaudir.

Siguieron á aquel discurso, dos hermosas poesías leídas por jóvenes vates de gran nombradía en la ciudad, encaminadas, la una, á ensalzar la genial inspira-

ción de Joaquín, y la otra, á poner por las nubes el canto angélico de Berta. Y cuando hubieron concluído los aplausos nutridísimos arrancados al auditorio por el orador y los poetas, volvió á tomar la palabra el presidente de los "idealistas," y avanzando hacia Joaquín y Berta con la gravedad y la emoción de un sacerdote que ejecuta un rito sagrado, pronunció breve peroración llena de entusiasmo juvenil, y ciñó luego sucesivamente á sus frentes, dos preciosas coronas de laurel que llevaba en las manos. Una tempestad de aplausos y aclamaciones siguió á aquella manifestación literaria, y el concierto concluyó con "dianas" repetidas que tocó la orquesta á instancias del público.

Entretanto, los ojos de Joaquín, humedecidos por las lágrimas, divagaban por las alturas del Coliseo; y era tanta la emoción del laureado compositor, y tan íntimo y poderoso el delirio que le embargaba en aquellos instantes, que le pareció ver que se animaban y movían allá arriba todas las figuras ornamentales, todas las formas imponentes y emblemáticas estampadas en arco y bóveda por el pincel de los muertos artistas. El Tiempo sonreía satisfecho en medio del azul, viendo desfilar ante sí á las dichosas horas en ronda interminable; las Famas aéreas agitaban las alas con estrépito y hacían

sonar sus trompetas propagando la gloria de aquella noche; y el imponente grupo de filósifos, guerreros, artistas y poetas, con sus túnicas y mantos de colores vivos, se agitaba y sonreía desde la convexidad del altó domo, entusiasmado y vuelto á la vida por el hermoso é inolvidable espectáculo que se desarrollaba á sus plantas.

V

El piano y el violín

Hasta en la vida del hombre más desgraciado, hay un momento en que todo parece sonreír, en que bajan al fondo del corazón inefables alegrías, y en que los pensamientos encandecidos por el entusiasmo, brillan en el cerebro con el fulgor de astros inmortales. Entónces se mira el mundo como vergel sembrado de flores y se contempla la inmensidad cual imperio propio y como si se tuviesen alas capaces para entrar en posesión de todo él. La esperanza multiforme, tantas veces falaz, y las alegres ilusiones, tan efímeras como las libélulas, reaparecen sonrientes, llevando en las doradas alas como dádiva regia, el cumplimiento de

un sueño. Al llegar ese instante, único y eternamente memorable de la existencia, míranse condensarse de golpe y en un solo punto, todos los deseos, todos los suspiros, todos los delirios de la juventud, y la ansiada corono tras la que se había corrido tanto, llega rodando por sí sola á ponerse al alcance de la mano. Vista la existencia á esa luz, es un poema que no debiera acabar nunca; y siéntese entónces la criatura encumbrada á la plenitud de su propio ser, como astro en su apogeo, que llega cerca del sol.

Tales fueron los sentimientos de Joaquín y Berta durante las cuarenta y ocho horas siguientes á la celebración del concierto. Embriagados por el triunfo y saturados de arte hasta la médula de los huesos, olvidaron penuria, compromisos y realidades tristes, y se entregaron con toda confianza al desbordado y dulce goce de su reciente victoria.

—¿Ves, Joaquín, decía Berta á su esposo, cómo no me había equivocado al predecirte un éxito brillante?

—Sí, respondía Sandoval; sería muy injusto si me quejase de la acogida con que han sido recibidos mis primeros ensayos. Me parece que todo esto no es más que un sueño.

—Pero no lo es; demasiado real ha sido la ovación que has recibido.

—Tu canto electrizó al auditorio.

—No he hecho más que inspirarme en tu obra.

—Pero de tal modo, que la has criado de nuevo, dándole una entonación y un colorido de que yo mismo no la creía susceptible.

—Como me encanta todo lo que haces, y sé leer en tu alma como en libro abierto, puedo interpretar tu música con bastante seguridad.

—Es porque nos comprendemos y nos completamos.

—Creelo, Joaquín, al cantar tu ópera, me preocupaba por tí más que por mí, y lo único que quería era hacer resaltar sus bellezas; por eso me esforcé tanto. Cantaba por tí y para tí; aun el aplauso del público lo pedía para tí solo.

—No hallo palabras con que expresarte mi reconocimiento. Tengo la convicción de que cantada mi música por otra voz menos hermosa que la tuya, y por otra artista menos inspirada que tú, no hubiera sido tan aplaudida.

—Eso no, pues vale mucho por sí misma; pero si crees que en algo he podido contribuír á hacerla recibir con aplauso, quedo muy satisfecha.

A ese tenor eran los diálogos que tenían á cada momento los jóvenes, pues no hacían más que comentar de mil maneras los episodios de aquella noche inolvidable.

—Desde que llegué al teatro, decía Berta, me sentí como transportada á otro mundo, y más cuando me explicaste el significado de las pinturas de la bóveda y el arco. No sé lo que pasó por mí cuando me hablaste de aquellas cosas: fué la mía una emoción como de miedo, respeto y pasmo.

—Experimenté lo mismo que tú al entrar en aquellos detalles. No sé por qué se me vinieron entónces á las mientes con tanta precisión y viveza. Todo me hacía profunda impresión; mis sentidos estaban más afinados.

—¡Cuán bueno es el maestro Aguirre! prosiguió la joven cambiando de tema. Su paso doble arrebató al auditorio.

—¿Y qué dices de la lluvia de pareados y décimas que cayó de las galerías?

—¡Una gran sorpresa! ¡Cuán entusiastas y simpáticos son los "idealistas!"

—Ni quien pensara en lo que iban á hacer.

—El presidente de esa asociación, debe ser muy instruído. ¿No viste cuán bien habló del arte?

—¡Y qué poesías tan hermosas nos dijeron! Esta juventud fopolitana es muy fogosa é inspirada.

Las almas de Berta y Joaquín no se apartaban de aquel sendero sembrado de flores, y mutuamente impulsadas por las ilusiones y el amor, se engolfaban más

y más en risueñas y poéticas perspectivas; así que Berta hasta llegó á pronosticar á su esposo un próximo viaje á Europa y la conquista de un nombre célebre en el mundo; y don Teodomiro, que solía tomar parte en la conversación, con vehemente entusiasmo, echaba nuevo combustible á la hoguera.

—No creo que los más famosos compositores europeos, excepto Mozart, que fué un "prodígeo," decía sentenciosamente, ó algún otro célebre maestro, cuyo nombre no recuerdo ahora, hayan hecho más que tú ó tanto como tú á la edad que cuentas.

Las mismas hermanas de la Caridad contribuían también, á pesar de su reposo y prudencia habituales, á exaltar la fantasía de los jóvenes, poniendo por las nubes su habilidad y talento, y ponderando hiperbólicamente la magnitud de sus triunfos. Una de tantas ocasiones como acudieron los jóvenes al Hospicio, pasó lo que vamos á relatar.

—Las damas y caballeros que oyeron tu música y el canto de Berta, dijo sor Ignacia á Joaquín, han venido á exprofeso á felicitarnos.

—Con eso quedamos muy orgullosos, repuso el joven.

—¡Quiera Dios, prosiguió la superiora, que cuando hayamos salido de esta

casa, continúen nuestras sucesoras fomentando los estudios musicales!

—¡Cómo! interrogó Berta. ¿Qué dice usted de salir del Hospicio?

—Sí, Berta: tiene que suceder así, y no muy tarde, repuso sor Ignacia con tristeza.

—¿Está usted segura? preguntó Joaquín con vivo y doloroso interés.

—Certísima, prosiguió la superiora. No había querido hablar de ello antes, por no entristecerlos; pero el hecho es que desde hace tiempo sabemos, á no dudarlo, que poco tiempo nos queda de estar en el Hospicio.

Berta y Joaquín indagaron cuanto pudieron sobre el asunto. ¿Qué pasaba? ¿Cómo se sabía? ¿Era indudable? Sor Ignacia fué contestando todas las preguntas, una por una, refiriéndose á la prensa, á los informes de la Madre General y á los privados de personas recientemente llegadas de México.

—Todavía más, concluyó con amargura; la ley de supresión ha sido votada ya, y debe ser publicada aquí uno de estos días: tal vez hoy ó mañana.

—¡Jesús, Jesús! clamó Berta cubriéndose la cara con las manos. Pero ¿qué piensan esos señores? ¿por qué hacen cosas tan malas?

—No se comprende, prosiguió Joaquín trastornado. ¿Por qué arrojar de la Re-

pública una institución que no hace daño á nadie y es el apoyo y el consuelo de los desgraciados?

—Nuestros enemigos deben tener sus razones; nosotros lo atribuímos todo á nuestros pecados, repuso sor Marcelina con gravedad.

—Pero vamos, muchachos, interrumpió sor Ignacia haciendo lo posible por ponerse contenta; no hay que pensar ahora en cosas tristes....

—Mejor querríamos haber sido silbados, repuso Joaquín, que presenciar tamaña injusticia.

—Mil gracias, repuso la superiora...; pero doblemos la hoja, ya que no podemos arreglar el mundo á nuestro placer.

Y haciendo gran esfuerzo para tomar un tono placentero, agregó:

—Las hermanas y yo les tenemos preparado un refresco.

Al decir esto, plegó el biombo que se extendía por un rincón del recibidor, y puso de manifiesto una mesa muy limpia y coqueta, sobre la cual se ostentaban bandejas con pasteles, galletas y dulces, y algunas botellas de vino generoso, rodeadas de un grupo de diáfanas y brillantes copitas. A la vista de aquellas golosinas y objetos brillantes, parecieron disiparse las nubes que oscurecían los espíritus; y como las religiosas extremaron sus obsequios, lograron, á fuerza de

amabilidad y finura, poner un paréntesis de alegría á las tristezas de la situación. Así que entre charla y buen humor, se pasaron gratamente las horas.

Cuando Berta y Joaquín volvían á casa cogidos del brazo, iban por la calle riendo y comentando la escena con alborozo. Mas ¿por qué se complace el destino en echar á perder los mejores momentos de la vida? ¿Por qué no son eternas las alegrías, y sigue el dolor al júbilo, como la sombra á la luz? La pena odiosa, que se cuela de repente en las situaciones mejores, es como la voz del grajo en medio de un coro de risueñores, como la mano del desollinador en la blancura del armiño, como la pezuña del asno sobre el cristal de Venecia. En el caso de que se trata, la voz del grajo, la mano del desollinador, y la pezuña del asno, aparecieron en la casa de nuestros amigos, en la forma de una cuenta presentada al cobro. Era la de la modista; la llevaba una remilgada costurerilla, juntamente con un apremiante recado de "madama" relativo á gran urgencia de dinero.

La vista del papel sorprendió tanto á los jóvenes, como si no supiesen que tenían que pagar lo que debían. No estaban acostumbrados á compromisos, y habían andado tan absortos en musarañas poéticas, que habían perdido de vista las co-

sas de este bajo mundo. La inesperada llegada del recibo los sacó brutalmente del arrobo. Joaquín, leyó, releyó y examinó la cuenta, sin saber lo que hacía, y la pasó luego á Berta, quien le echó á su vez un vistazo con visible emoción.

—Está bien y conforme á lo convenido, murmuró ésta.

Los jóvenes se cambiaron una mirada, como diciéndose entre sí: "¿Y qué hacemos ahora? No tenemos dinero" No obstante, Joaquín, después de breves momentos de vacilación, dijo á la costurera:

—Sírvase usted decir á la señora modista que por allá paso á pagarle.

—¿Ahora mismo? preguntó la mujer.

—Ahora mismo, ó mañana á más tardar.

—Bien, repuso la mensajera.

Y se marchó después de haber recogido la factura. No bien volvieron los esposos á quedarse solos, preguntó Berta á Sandoval:

—¿Por qué has dicho que irás á pagar hoy mismo, ó mañana? ¿Tienes dinero con qué hacerlo?

—No, repuso Joaquín.

—Pues ¿por qué te has comprometido con tanta seguridad?

—Sólo por salir del paso y para dar tiempo al tiempo.

—Pero ¿qué piensas hacer? insistió la esposa.

—No sé, repuso Sandoval preocupado.... ¡Y ese Lechuga que no viene!

Poco después, no obstante, como si Joaquín hubiese evocado el espíritu del vendedor de boletos, se presentó éste llevando la cuenta y el dinero recaudado. Sandoval examinó aquélla con detención: se habían vendido algo más de cien entradas de patio, seis palcos y plateas, y como cien localidades altas. El producto pasaba apenas de trescientos pesos. Lechuga entregó minuciosamente el dinero, y, después de recibir el importe de su honorario, se marchó saludando con cortesía. Siguió luego una larga deliberación entre los jóvenes, respecto á la inversión que debería darse á los fondos, y estando en ella todavía, llegó don Teodomiro, quien se engolfó en la misma conversación. Después de tomadas en cuenta por los tres todas las circunstancias del caso, y la naturaleza de los diversos servicios recibidos, se decidió cubrir, ante todo, los gastos de papeleta, alumbrado é imprenta, que sumaban casi tanto como lo recaudado.

—Es necesario pagar primeramente á los pobres, dijo don Teodomiro. Los infelices que prestan pequeños servicios, tienen necesidades que no admiten aplazamiento. Impresores, teloneros, acomodadores y mozos, son gente que goza fuero..... La cuenta de la luz, por ser re-

lativamente corta, puede saldarse también; así "nos irémos" descargando de deudas.

—Soy de la misma opinión, repuso Sandoval.

Quedó, pues, resuelto el punto, y Gómez y Pérez con la comisión de hacer la distribución entre los agraciados. Aun no concluía el cónclave, cuando llegaron nuevos papeles de cobro; parecía que se habían puesto de acuerdo los acreedores para caer de golpe sobre aquel hogar. El pintor escenógrafo manifestaba en carta breve que, teniendo que salir del lugar dentro de dos días, suplicaba se le remitiese con el portador, el pago de sus honorarios. El sastre se limitaba á enviar su factura. Ambas reclamaciones eran de carácter apremiante. Joaquín contestó con mayor aplomo que la vez anterior, pues ya tenía andado el camino de los aplazamientos, que pasaría personalmente á cubrir ambas cuentas aquel mismo día ó el siguiente....

—Ahora, dijo el joven profundamente contristado, cuando se hubieron marchado los acreedores, debo resolver este problema, ¿Cómo pago esas cuentas? Nuestro concierto ha sido un éxito artístico, es verdad; pero como negocio, un desastre, un fracaso.

—¡Un desastre! repitió Berta como un eco.

—¿A cuánto monta el deficiente? preguntó don Teodomiro sin oponerse al comentario.

—A unos setecientos pesos, repuso el joven.

—¿Y "nuestro efetivo?" siguió preguntando Gómez y Pérez con vivo interés.

—A cero, repuso el joven despechado. Berta y yo vamos al día: vivimos sin congoja, pero nada nos sobra.

—No tanto, Joaquín, intervino Berta ruborizándose: algo tenemos en la hucha.

—¿Es posible? exclamó Sandoval asombrado.

—Sí, prosiguió la joven, he hecho mis economías. No es mucho; serán unos cincuenta pesos....

Corto y casi insignificante era, en efecto, el ahorro para consolidar la situación; mas la noticia causó á Sandoval una impresión tan inesperada, que le hizo palpitar el corazón de alegría, más por el descubrimiento de una nueva perfección en su esposa, que por la importancia del auxilio. No podía explicarse cómo había podido ser aquello; era una obra de milagro.... De lo que se deducía, lo mismo que de todo, que Berta era un ángel; y se dedujo también que era preciso estrecharle y besarle la mano, como lo hizo Sandoval en las barbas mismas del maestro.

—Algo es algo, repuso don Teodomi-

ro, sin darse por entendido de aquel lenguaje mudo; no hay que echar en saco roto el piquillo. Con todo, es el deficiente tan considerable, que necesitamos movernos mucho para salir del paso.

—Pero ¿cómo? preguntó Sandoval con desaliento. A mí no se me ocurre nada.

—¿No se te ocurre? Pues voy á decírtelo, repuso don Teodomiro con energía. Revolver cielo y tierra, y no estarte aquí encerrado y cruzado de brazos. ¡Vamos á la calle: tú por tu lado y yo por el mío!.... ¡A ver amigos, prestamistas, empeñeros, y cuanta sabandija pueda proporcionarnos dinero!

—Tiene usted razón, repuso el joven aturdido; ahora es cuando debe apelarse á los grandes recursos.

—Pues manos á la obra, prosiguió el maestro levantándose; no hay que perder un solo momento. Te has puesto plazos demasiado cortos, pero harémos lo que se pueda; y, en todo caso, los alargarémos cuanto sea necesario contra todo viento y marea.

Alentado por la actitud del maestro, el joven, aunque carecía de experiencia, relaciones, trato é iniciativa, tomó el sombrero y salió con el anciano, dejando á Berta hondamente preocupada. Ya en la calle, celebraron breve conferencia maestro y discípulo, y convinieron en dividirse la ciudad en dos partes (como los

Apóstoles se dividieron el mundo en doce) para no hacer doble trabajo. Don Teodomiro marchó hacia el Sur y Sandoval hacia el Norte; ambos en busca del vellocino de oro.

Sería necesario escribir largas y nutridas páginas para narrar las malandanzas de los exploradores de voluntades en su vago é indeterminado curso al través de barrios, plazas, calles y callejas, ya por casas de amigos, colegas ó simples conocidos, ora llamando á la puerta de los ricos, ora á la de los pobres; solicitando aquí la asistencia de algún negociante, más allá la de algún filántropo. Bástenos decir, para compendiar tan lamentable, penosa y melancólica odisea, que ni el anciano ni el joven pudieron encontrar quién les abriese el bolsillo, ni éste por su negro bozo, ni aquél por su barba cana; pues por todas partes y con diversos pretextos, recibieron de tirios y troyanos, negativas más ó menos rotundas ó disfrazadas, pero siempre dolorosa y claramente inteligibles. En Fópoli hay mucha gente roñosa, que ama á Dios á puño cerrado. No faltan por ahí algunos buenos y generosos cristianos que saben tender la mano al desvalido y se duelen de los pobres; pero, como en todas partes, esas almas humanitarias forman una reducida aristocracia, en tanto que el número de los Harpagones y licenciados Cabras, es tan in-

contable como el de las estrellas del cielo y las arenillas del mar. De ello adquirieron dolorosa experiencia aquellos pobres artistas en su ardorosa y desesperada caza tras los duros, por las horriblemente soleadas calles de la ciudad. Bien mirado el caso, era lógico el resultado de tan loco empeño, pues ¿qué era lo que ofrecían á "la gente adinerada" en cambio del servicio? Nada, sino buenas promesas. Mas como los ricachones, que son gente de olfato fino para los buenos negocios, no percibían en aquellos momentos el perfume de una transacción usuraria y segura, se negaban abiertamente, como era natural, á lo que se les pedía, ó tenían la desfachatez de exigir de ellos cosas estupendas, en forma de garantías de primer orden, como ricas alhajas, ó fiadores opulentos, que renunciasen los beneficios de orden, escusión y hasta el derecho llamado del "pataleo." Los artistas habrían convenido en devolver ciento por ciento del préstamo al año, al semestre ó al mes de la fecha, si á ese precio hubiesen logrado salir del apuro; pero no podían ofrecer alhajas ni fiadores: en primer lugar, por carecer de relojes de oro y fistoles ó anillos de brillantes, y en segundo, por no tener quién los conociese ni se doliese de su desdicha sobre la tierra, aparte de las hermanas de la Caridad, que eran tan pobres como

ellos. De donde resultó que el problema quedase en pie y sin solución, pues si era verdad que había dinero y negociantes dispuestos á colocarlo con todo género de seguridades y á tipo alto, también lo era que los cofres no se abrían por falta de aquellos nimios, abominables y enfadosos requisitos.

Algunos de los buenos amigos de los artistas hubieran tenido gran placer en sacarlos del charco, sin interés alguno y por la pura satisfacción de servirles; pero quiso la mala suerte que la poca gente desprendida y bien intencionada de la ciudad, fuese tan pobre como Job en el estercolero. Y como los buenos deseos, aunque laudables, no son metal fino que pueda acuñarse, venderse ó darse á peños, resultaron inútiles en la práctica cuantos sentimientos benévolos hallaron los artistas al paso, y lo único que de su prolongada excursión sacaron en limpio, fué conocer de cerca la despreciable ruindad de los unos y la impotencia lastimosa de los otros. La situación quedó, pues, reducida á lo siguiente: los que tenían dinero, carecían de voluntad de soltarlo, y los que tenían voluntad de soltarlo, carecían de dinero que soltar. Así que, cuando Joaquín volvió á casa, no sólo no llevaba pecunia, sino había perdido hasta la esperanza de obtenerla por cualquier medio.. Berta le aguardaba á la ventana llena de

ansiedad, y, como carecía de experiencia en todo y confiaba ciegamente en el talento de su marido, había llegado á creer que éste lograse salvar la dificultad al fin de todo; pero al observar el aspecto lánguido y desmayado que traía, comprendió que su mala suerte había sido más fuerte que sus enormes facultades.

—He andado casi todo Fópoli, dijo Joaquín sudoroso y consternado; he llamado á todas las puertas y ninguna se me ha abierto. Nadie ha querido tenderme la mano.

Y refirió á su esposa punto por punto, su peregrinación semi mendicante al través de media ciudad. Berta le oyó con congoja.

—¿De suerte, le dijo cuando el relato hubo terminado, que no nos queda ningún recurso de qué echar mano?

—Así lo creo, repuso Joaquín; he apelado á todos los medios imaginables.

—Y ¿qué va á ser de nosotros?

—Sólo Dios lo sabe.

—¿Nos pondrán en la cárcel?

—No sé...; creo que nó, contestó el joven pensativo..... He oído decir que en nuestro país está abolida la prisión por deudas.

La joven pareció algo más tranquila al oír la respuesta.

—Pero no por eso nos salvarémos, prosiguió Joaquín con voz lúgubre. Si no

nos encarcelan, perderémos el crédito y se dirá que no tenemos vergüenza.

Hubo un prolongado silencio, durante el cual ambos cavilaban con la sabeza caída sobre el pecho.

—¿Y don Teodomiro? preguntó Berta como si se despertase de un sueño.

—Al maestro debe haberle pasado lo mismo que á mí, repuso Sandoval con triste convicción; la ciudad es igual por el Norte que por el Sur: por todas partes ingrata. Yo anduve hacia el Sur y volví tan pobre como me fuí; él ha caminado hacia el Norte y tornará tan desolado como yo.

Ya entrada la noche, se presentó, en efecto, Gómez y Pérez, haciendo una historia tan triste y dolorosa de su excursión, que parecía la segunda edición, corregida y aumentada, de la que pocos momentos antes había hecho su discípulo.

—¡Ni ricos ni pobres! concluyó: ¡las puertas cerradas por todas partes! ¡Los unos porque no tienen y los otros porque no quieren; todos son igualmente inútiles!

Hizo una breve pausa, y luego continuó alegremente:

—Pero eso sí, no vengo con las manos vacías.

Los jóvenes le miraron con sorpresa.

—Sí, señores, prosiguió el maestro; traigo un pequeño contingente para cubrir los gastos insolutos.

Y echando mano al bolsillo, sacó uno por uno, hasta cuarenta pesos, que en cuatro columnitas de á diez cada una, fué colocando sobre la mesa.

—¿Dónde pudo usted conseguir eso? preguntó Joaquín lleno de asombro.

—¿Qué alma caritativa se los ha prestado? preguntó Berta.

—Nadie, repuso don Teodomiro, á nadie le debo el favor; es dinero que me he procurado por mí mismo.

Joaquín, que conocía las circunstancias apuradas en que vivía siempre el maestro, hizo un gesto de duda.

—Vamos, maestro, repuso, no nos venga usted con bromitas. La historia está buena para quien no le conozca; pero no para nosotros, que sabemos se le puede ahorcar con un cabello.

—No he querido dar á entender, repuso el anciano, que ese corto auxilio salga de mis ahorros, pues no los tengo ni los he tenido nunca; lo que afirmo es que me lo he procurado yo solo, sin recibir favor de nadie.

Berta y Joaquín le miraron con ojos de incredulidad.

—Ustedes saben, siguió Gómez y Pérez, penetrando su pensamiento, que "inoro" la ciencia de engañar, que no soy comediante y que no sé tergiversar las cosas. Un hombre como yo, siempre llama pan al pan y vino al vino. De suerte que

no tengo para qué hacer misterio de lo que he hecho.... Voy á decirlo en dos palabras..... He vendido mi "veolín."

Pronunció el maestro con tal naturalidad aquella frase, que Berta y Joaquín se sintieron aterrados. ¡Cómo! ¿hablaba el maestro de veras? ¿Se refería á su Stradivarius? ¿Había tenido valor para desprenderse de él? ¿Había enajenado aquella preciosidad, aquella alhaja, aquella maravilla, que veía como cosa sagrada, que amaba como á las niñas de sus ojos y era como parte de su ser mismo?

—No, maestro, repuso Sandoval, eso no puede ser. ¡Cómo habría usted de haber hecho eso!

—Como lo oyes, repuso Gómez y Pérez; cuando digo que lo he vendido, es porque lo he vendido.

Los jóvenes hallaron en el rostro y tono del maestro, la confirmación de lo que decía, y de golpe comprendieron cuanto de tierno, generoso y noble encerraba su acto magnánimo. El Stradivarius, genuino ó nó, había sido compañero de Gómez y Pérez durante casi toda su vida: su consuelo, su orgullo, la prenda más valiosa que había caído en sus manos. Cuando hablaba de él, le temblaba la voz, se ponía grave y era invadido por un respeto casi religioso; y cuando lo mostraba á amigos y conocidos, decía de él cosas muy elocuentes, pronunciaba largos discursos

y elevaba la frente con soberbia. Aquel violín había sido testigo de sus pobrezas, confidente de sus penas, depositario de sus esperanzas, y fiel amigo en cuyo seno había depositado todas sus quejas. ¿A dónde podía ir privado de aquella fuente de vida, de ese foco de inspiración? ¿Qué haría en adelante sin aquella ilusión que le guiara y sin aquel encanto que le sostuviera? ¿Qué otro objeto precioso, qué otra joya de valor inestimable iría á llenar el hueco que dejaba en su corazón y en el desnudo muro de su alcoba aquel amadísimo instrumento de su alma? Tan humilde acto de desprendimiento, era sencillamente, ni más ni menos, un acto de incomprensible heroísmo; era más que desprendimiento, más que generosidad y heroísmo, era una amputación del propio ser: era como si el pobre viejo se hubiese sacado los ojos ó desgarrado el tímpano auditivo, ó arrancado el corazón con su propia mano, para renunciar á ver, oír y sentir. ¡Y todo por ayudar á sus discípulos con su grano de arena, con su óbolo de mártir, con el gemido de su pecho, con la sangre de sus venas, con el aliento de su propia vida, á salvar su dolor y su insolvencia, sin medir la intensidad del sacrificio, ni curarse del abandono, la tristeza y la soledad en que iba á quedar sumergido!

—¿En cuánto lo vendió? preguntó Joaquín con voz trémula y congojosa.

—En eso, contestó brevemente el anciano, señalando el dinero.

—¡En cuarenta pesos! exclamó Berta aterrada ante lo exíguo de la suma.

—¡Por esa miseria! dijo Joaquín más y más abismado.

—No hubo quien diera más que eso, repuso Gómez y Pérez sin inmutarse; lo hubiera vendido por lo que me hubieran ofrecido. Las cosas valen por los servicios que prestan cuando se les necesita.

No fué posible resistir á la evidencia; don Teodomiro hablaba de veras, había vendido el Stradivarius y se había desprendido de él por cuarenta pesos. Berta y Joaquín conmovidos ante grandeza tan modesta y generosidad tan increíble, no hallaron palabras que pronunciar ni ideas qué emitir á la altura de las circunstancias; así que, como movidos por un resorte y obedeciendo un solo impulso, fueron derecho al maestro con los brazos extendidos y los ojos arrasados de lágrimas, y lo estrecharon largamente sobre el corazón. Pero don Teodomiro estaba resuelto á no conmoverse, y, aunque correspondió su abrazo efusivo, continuó aparentando una tranquilidad imperturbable, como si se tratase del hecho más trivial é insignificante del mundo.

—Déjense de niñerías, decía con tono

paternal. No hay que dar "demaseada" importancia á una cosa baladí. ¿No era "asurdo" que yo, siendo tan pobre, tuviese en mi poder un "incstrumento" tan valioso como ese? Ya me lo había dicho varias veces á mí mismo; pero por principio de necio egoísmo y orgullo incalificable, no había llegado á resolverme á venderlo. Me había dicho que, al menos, podría ser un recurso precioso para "circunstánceas" extremas, y ya ven como no me he equivocado; acaba de prestarme un gran servicio al permitirme ser útil á ustedes, aunque de modo bien miserable; pero les aseguro que, si mis viejas entrañas valieran algo, me las arrancaría por mí mismo para venderlas y sacarlos del apuro. Por lo demás, al despedirse de mí, me ha dejado el "veolín" la "impreseón" de una angélica melodía.

Al hablar de esta suerte, sentía el pobre viejo desgarrado el corazón; pero se empeñaba en no darlo á conocer, y ni un solo músculo de su rostro se contrajo, ni se notó el menor temblor en su acento.

—Maestro, exclamó Sandoval con tono afligido. ¿A dónde ha conducido á usted el afecto que nos profesa? Le hemos servido de pesada carga, hemos sido su sombra negra.

—¡Calla! repuso Gómez y Pérez con exaltación; lo que estás diciendo es insensato. Los remordimientos no deben

ser tuyos, sino mios. Yo soy quien ha sido tu verdugo, yo quien te ha impulsado por el camino del arte sin recompensa, yo quien te ha "incspirado" ese anhelo insaciable de saber y de gloria.... Si te has consagrado á la música con tanta "paseón" y si has aspirado á tanto, ha sido porque te he obligado á ello, formando tu "caráter" según mi albedrío y trasmitiéndote mis mismas "anseas" y "aspiraceónes." Si no me hubieras conocido, habrías podido vivir pobre é "inorado," pero satisfecho de tu suerte; mientras ahora, por más fracasos que sufras, llevarás en el alma el dolor de una "iluseón" desvanecida y el torcedor de un inextinguible deseo. Pobre de tí, Joaquín, continuó el viejo con acento conmovido, pobre de tí, que sueñas con un cielo de esplendores al que nunca subirás, porque siempre habrá de impedírtelo la mano de la fatalidad..... Si hay alguien culpable de lo que sufres ya y de lo que seguirás sufriendo después, ese soy yo.... ¡Soy yo, Joaquín! ¡Sólo yo, Berta!

—No diga usted eso don Teodomiro, repuso Berta llorando. Usted para nosotros ha sido siempre un protector generoso, una guía sabio, un jefe querido.

—Padrastro deberías llamarme, y sería lo justo, insistió Gómez y Pérez, pues yo soy quien los ha orillado á estas penas, aunque con la mejor intención. Por eso

no deben extrañar les ayude cómo pueda á salir del paso. Es mi deber, y nada más que mi deber. Es un "miserea" lo que acabo de hacer, para lo que me grita la conciencia..... No saben ustedes de lo que sería capaz para evitarles penas y contratiempos, para colmarlos de dichas y para llevarlos á la cúspide del éxito, de la "glórea" y de la riqueza.

Y enternecido al fin, dejó correr don Teodomiro el llanto que hacía tiempo pugnaba por brotar de sus ojos, hasta el punto de que, cubriéndose el rostro con ambas manos, prorrumpió en viriles y pausados sollozos.

—Pero ¿qué puede hacer un viejo inútil como yo, por más que pugne y se esfuerce? siguió diciendo. Nada más que echar mano de un "veolín" viejo, venderlo al mejor postor y traer á sus "vítimas" ese miserable recurso.

—Más precioso para nosotros que todos los tesoros del mundo, repuso Joaquín.

—Recíbanlo como prenda de mi amor y de mi arrepentimiento, murmuró el viejo con acento de ruego.

Ruido de pasos á la puerta interrumpió de súbito el coloquio. ¿Eran de nuevo los emisarios de los acreedores, que venían á urgir el pago inmediato de las cuentas? Tal vez. El rostro del anciano se serenó de golpe para que nadie observase

su debilidad, y Berta y Joaquín procuraron también parecer tranquilos; pero en lugar de presentarse los temidos exactores de los "ingleses," fué el grupo de profesores de la orquesta el que apareció en escena, encabezado por Blanco y Torrentera.

—Perdonen, dijo éste al entrar, lo inoportuno de la hora; pero aguardábamos reunirnos, y hasta hace unos momentos quedamos completos. Y como no queríamos retardar la visita, nos resolvimos á venir desde luego, aunque son ya las nueve de la noche.

—Ustedes son y serán siempre bienvenidos á esta su casa, repuso Sandoval algo tranquilizado y con exquisita amabilidad. Berta y yo tenemos gran satisfacción en verlos; pues son nuestros compañeros, y más que compañeros, nuestros amigos.

—¡Llámennos ustedes sus amigos! dijo Blanco.

—¡Sí, amigos, amigos! murmuraron en coro los músicos.

—Admiradores y amigos, agregó Torrentera.

—¡Admiradores y amigos! repitió el coro.

—Estos señores y yo, prosiguió don Pomposo, traemos el objeto, primero y antes que todo, de darles nuestros parabienes por el éxito del concierto, y manifestarles que nos sentimos orgullosos....

—Ustedes nos confunden, murmuró Sandoval.

—No hacemos, replicó Blanco, sino tributarles justicia. Aunque entre nosotros no suele haber gran armonía, en este caso estamos de acuerdo en lo dicho, y venimos á rendir á ustedes los homenajes de nuestra admiración.

—¡Sí! ¡sí! murmuraron los músicos.

Y luego, por movimiento espontáneo, se echaron á gritar:

—¡Viva Berta Cabañas!

—¡Viva! ¡viva! ¡viva!

—¡Viva Joaquín Sandoval!

—¡Vivaaa!

Berta y Joaquín dieron las gracias á sus compañeros con rostro demudado por la emoción y modestas frases impregnadas de cariño, estrechando la mano de todos.

—El segundo objeto que nos trae á esta casa, prosiguió Torrentera dirigiéndose á Joaquín, es el de manifestarles que nos rehusamos en lo absoluto á recibir pago de honorarios.

—¡Bravo! exclamó don Teodomiro palmoteando.

—No, no; eso no es justo, replicó Sandoval protestando. No es justo hagan ustedes el sacrifiicio.

—No diga sacrifiicio, repuso Torrentera; sino satisfacción grande é íntima.

—Hay en la orquesta, repuso Sando-

val, personas que no pueden prescindir de la retribución que les corresponde.

—Se había dicho eso en "efeto," intervino Gómez y Pérez; pero se ha "reflexeonado" mejor..... Los señores no han perdido más que una noche, y no se quedan más pobres ni más ricos por su bella "acceón."

—¡Cierto, cierto! murmuraron todos. Sandoval resistía y no quería dejarse persuadir; pero fueron tales y tan sinceras las instancias de don Pomposo, don Angel y los otros músicos, que comenzó á vacilar.

Don Teodomiro cortó la dificultad por lo sano.

—¡Vamos! dijo, no seas terco, Joaquín. ¿Qué es lo que cada uno de estos señores te ofrece? Una bicoca. Sería ofenderlos negarte por más tiempo. Si no los complaces, van á creer que los desprecias.

—Líbreme Dios de ello, repuso el joven con nobleza, pues los quiero de corazón y estimo su generosidad en todo cuanto vale. Sea, pues, como lo desean, y que el cielo se lo pague, ya que Berta y yo no tenemos más que nuestra gratitud para recompensarlos.

Y después de breve pausa, empleada en desanudar la emocionada garganta, continuó, poniendo la diestra sobre el corazón:

—Aquí quedará grabada su generosidad para siempre.

Berta no apartaba el pañuelo de los ojos, hondamente enternecida por el desprendimiento de aquella gente.

—Estas cosas, murmuró sollozando, llegan al trono mismo de Dios.

Conmovidos los músicos ante aquel hermoso cuadro, estrecháronse cariñosamente en torno de Joaquín y su esposa, dándoles repetidas veces las gracias por haber aceptado su homenaje, pero con una emoción tan viva, como si hubiesen sido ellos mismos los favorecidos.

Siguieron luego algunos instantes de conversación cariñosa, durante los cuales se mezclaron fraternalmente los artistas en instrumentos de metal con los dedicados á soplar los de madera, y los tañedores ó frotadores de cuerdas, con los que aporreaban aparatos de percusión. Y todo fué contento, satisfacción y armonía mientras duró la visita, la cual terminó con algunos brindis calurosos, después que Berta hubo sacado botellas y copas de la despensa y puesto aquéllas y éstas á la disposición de los artistas.

Cuando estuvieron solos de nuevo don Teodomiro y sus discípulos, dieron éstos rienda suelta á sus sentimientos de gratitud.

—Han hecho bien esos muchachos, repuso gravemente don Teodomiro; estoy

orgulloso de su comportamiento. Los artistas somos pobres de dinero, pero ricos, muy ricos de corazón.

—Dignos discípulos de usted, observó Berta.

—¡Aduladora! repuso el viejo. Como quiera que sea, la situación se despeja. No podemos negar que hay un Dios en el cielo, que proteje á sus criaturas. Ya ustedes lo ven: queda suprimida la partida de la música.

—Así es, repuso Sandoval, debido á la increíble abnegación de esos señores.... Pero aun quedan en pie las más pesadas: las de la modista, el sastre y el pintor.

—Hagamos "comoposiceón" de lugar: ¿de cuánto "disponemos" para cubrir todo eso? preguntó don Teodomiro.

—De los cincuenta pesos de mi hucha, repuso Berta.

—Y de los cuarenta que he traído, agregó el maestro, señalando con la mano el dinero dejado sobre la mesa.

—Noventa por todo; no hay ni para empezar, repuso el joven. ¿Qué esperanza tenemos de reunir los setecientos y pico que nos faltan?

—Ninguna, contestó Berta desconcertada.

—En estos casos, dijo don Teodomiro pensativo, hay que echar mano de todo, "asolutamente" de todo, y sin "compa-

seón." Veamos, ¿qué alhaja tienen ustedes buena para empeñar ó vender?

Berta y Joaquín echaron maquinalmente una mirada indagadora por la sala, y los ojos de la joven se iluminaron de repente con un rayo de luz.

—¡El piano! exclamó con júbilo.

—¡El piano! repitió Joaquín. No, eso no; los compraste con tu dinero y no debe responder por mis deudas.

—No es mío, repuso la joven con firmeza, sino tuyo y mío. Todo cuanto me pertenece ó te pertenece, es de los dos.

—Sería indecoroso echar mano de él, prosiguió Sandoval. ¡Sólo eso faltaba! Que, cuando no he podido darte más que pobreza y desdichas, fuese á despojarte de lo único valioso que tienes.... Y ¿qué haríamos sin él? Es nuestro compañero, nuestra alegría, la única sonrisa de nuestro hogar.

Don Teodomiro no apartaba los ojos de su discípulo, y le miraba con expresión de doloroso reproche, pareciendo decirle con la mirada: "¿Pues no me he desprendido yo de mi "veolín?" Soy viejo, y vivo solo y sin amores; y no obstante eso, he renunciado á ese mágico y querido talismán, que era el único alivio de mis penas y la única alegría de mi alma. Lo necesitaba tanto como la luz, como el aire, como la fe y la esperanza, y, no obstante, lo he sacrificado sin vacilar, sólo

por amor á ustedes. Y ¡tú, Joaquín, nó quieres deshacerte del "peano," cuando tienes á Berta contigo, cuando amas y eres amado, cuando el cielo sonríe sobre tu cabeza; y retrocedes ante un sacrificio mil veces menos duro que el mío!"..... Pero reservó para sí solo aquellas tristes reflexiones y se contentó con objetar.

—No es tiempo de andarse con escrúpulos de monja. Berta tiene razón y cumple su deber de buena esposa al ofrecer esa alhaja para el "sacrificeo." Ya había pensado yo en ese medio de salvar la "situaceón."

Joaquín hizo con la cabeza una señal negativa.

—¿Cómo nó? preguntó don Teodomiro impaciente. ¿Niegas que los esposos deban ser abnegados?

—No digo eso, replicó Joaquín; lo que digo es que no acepto la indicación.

—Reflexiónalo bien, prosiguió el maestro. ¿No ves que si ustedes no dan ese paso voluntariamente, lo darán obligados por los acreedores? Ocurrirán éstos á los tribunalse, embargarán el "peano" y lo rematarán á vil precio; eso no tiene remedio.

—¡Dios mío! murmuró el joven lleno de angustia. ¿Qué hacer entónces?

—Lo que dice Berta, sencillamente, repuso el maestro. Ni siquiera debes vacilar; la honra antes que todo. Tiempos me-

jores vendrán, porque sois jóvenes, y podréis reponer lo que perdéis ahora.

Sandoval dejó caer la cabeza sobre el pecho y nada objetó ya, indicando con su silencio que capitulaba sin condiciones. Berta, al observarlo, soltó un prolongado suspiro de alivio y de alegría.

—Casualmente, observó con viveza, tengo la seguridad de hallar quien lo compre luego, en condiciones excelentes. Una de mis discípulas, que viene á recibir lecciones á casa, se ha prendado de él, y aun ha traído á su padre varias veces para que lo vea y oiga pulsar. El buen señor, comerciante rico de pueblo que quiere mucho á la niña, me ha hecho repetidas instancias para que se lo venda; y habiéndole contado la historia de su adquisición, me ha dicho qae cuando quiera desprenderme de él, estará dispuesto á comprármelo por lo mismo que me costó.

—¡Miren qué casualidad! repuso don Teodomiro; pues hay que aprovecharla.

—Mañana, prosiguió Berta llena de aliento, me levanto temprano y voy á la casa de mi discípula para hablar con su padre. Estoy segura de que el negocio quedará hecho en un santiamén, y saldrémos de apuros. ¡Dios sea bendito! Pagar ¡qué alegría! ¿Qué gusto puede haber más grande que pagar lo que se debe?

Joaquín ocntinuaba silencioso. En aquellos momentos de suprema angustia, sen-

tía que el mundo se desplomaba sobre su cabeza, no oía más que voces confusas, y no veía en torno más que sombras. Don Teodomiro y Berta, comprendiendo la lucha dolorosa que en su interior libraba con la necesidad y la desesperación, procuraban serenarlo.

—¡Arriba! decía el maestro sacudiéndole los brazos. No te amilanes por tan poco; no todos los tiempos son unos.

Sandoval meneaba tristemente la cabeza.

—Joaquín, murmuró Berta con infinita dulzura, tomando asiento junto á él y apartando con sus blancas manos el revuelto y negro pelo que había caído sobre la frente del joven; se va el piano, pero yo no me voy. ¿No te basta mi compañía?

Al eco de aquellas palabras y al contacto de aquella tierna caricia, Joaquín se estremeció emocionado, y apoderándose de la diestra de la joven, la estrechó contra el corazón y la besó tierna y largamente.

—Eres mi luz, mi vida, mi todo, murmuró; lo has sido siempre y lo serás hasta que me muera. Dios te bendiga por bella, buena y cariñosa.

Y al terminar la frase, la envolvió en una mirada de afecto tan hondo y de gratitud tan intensa, que la joven se sintió triunfante sobre la tristeza y el abatimiento de Joaquín; y hubiera dado todos los

pianos del mundo, á haberlos tenido, por volver á recoger de los ojos de su amado, otra mirada tan dulce y luminosa como aquella.

. . . .

La tarde del siguiente día, vino, en eefoto, el comerciante á la casa de Berta, á terminar el contrato que había sido apalabrado por la mañana. Puso en manos de la joven el precio convenido, y ésta hizo con gracia y buen humor la entrega del querido y precioso instrumento. Joaquín no tuvo fuerzas para presenciarlo; pero oyó desde la pieza contigua, el tragín de la mudanza. Y tanto por las voces y pasos recatados que resonaban en la sala, como por la forma del piano de cola, que percibió al través de los cristales, tuvo la impresión de que aquella maniobra era la de la extracción de un ataúd dentro del cual iban encerradas su juventud y sus ilusiones. Dominado por idea tan dolorosa, se sentó desolado en un rincón, y, puestos los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, se echó á llorar como un niño.

Berta, entretanto, se ocupaba en dar un nuevo arreglo á las sillas del saloncito para llenar el hueco que el piano había dejado contra el muro, y, sospechando que Joaquín estaba tristísimo, y había oído cuanto pasaba, gorgeaba sin cesar, talareando alegres canciones con su fres-

ca voz de calandria, para mostrar contento y levantar el ánimo de su esposo, sin que éste sospechase su intención.

VI

Un desquite y un adiós

Don Teodomiro tenía buenos amigos en Méjico, á donde había ido con frecuencia, unas veces por mero placer, y llamado otras para tomar parte en grandes solemnidades musicales. Desde la representación de la "Ildegonda" y el "Gino Corsini" del maestro Morales, había recibido el arte mejicano un gran impulso; y sus más ardientes cultivadores se habían reunido en asociación permanente para fomentarlo, desarrollarlo y hacerlo florecer. El joven autor de aquellas obras aplaudidísimas acababa de volver de un dilatado viaje por Italia; venía lleno de conocimientos, de inspiración y de fe, y ardiendo en deseos de impartir todo eso á las nuevas generaciones. De aquel movimiento espontáneo y entusiasta, nació la creación del Conservatorio Nacional de Música, que no tardó en tener casa propia, pues le fué cedido por Juárez el edificio de la antigua Universidad. Una

vez adquirido el local, fué preciso adaptarlo á su objeto. De ello se encargó el ingeniero don Antonio García Cubas, honra de la ciencia y de las letras mejicanas, y uno de los más celosos dilettanti de la música, quien improvisó en el vetusto edificio, un hermoso teatro con excelentes condiciones acústicas. Así comenzaron bien pronto las audiciones vocales é instrumentales del nuevo plantel á despertar el estímulo público.

Al organizarse los servicios del Conservatorio, fundáronse clases de composición y armonía, no conocidas antes en nuestro país, y de las que fué introductor el mismo Morales. Los innovadores, resueltos á aprovechar en favor de su idea todos los buenos elementos de la República, entraron en correspondencia desde luego con los más notables músicos del país, y entre otros, con el Sr. Gómez y Pérez, á cuyo mérito hacían la debida justicia; y solicitaron de él con instancia, cooperación inmediata para el desempeño de alguna de las asignaturas del programa de estudios. ¡Quién más digno y apto que él para aquella labor fecundísima! Su brillante y honrosa carrera, su dilatada experiencia en el magisterio y su pasión nunca desmentida por el arte, le hacían acreedor de toda justicia á aquella tan honrosa distinción. "Venga usted, le decía Morales en una hermosa carta autógrafa que

todavía se conserva, á formar cuerpo con nosotros, ahora que vamos á emprender una gran cruzada en favor del arte; venga á ayudarnos á poner los fundamentos de esta obra colosal, destinada á producir frutos preciosos para Méjico en día no lejano. Aguardamos y necesitamos su concurso; así rematará usted una existencia llena de mérito, con un gran epílogo de servicios eminentes. Por acá se abre ya un buen porvenir á los artistas. Aunque el sueldo que le ofrecemos por ahora, no sea considerable, pues apenas comenzamos nuestras labores, le garantizamos que no pasará penurias y aflicciones entre nosotros, pues nos obligamos á proporcionarle entre nuestros conocimientos, lecciones particulares, las cuales, unidas á los trabajos extraordinarios que se le presenten, le bastarán para ganarse más de lo necesario para vivir holgadamente y con decoro."

Don Teodomiro comenzó por rechazar porfiadamente toda idea de cambio de domicilio, pues quería á Fópoli entrañablemente, amaba con ardor á sus discípulos y deseaba continuar atizando el santo fuego del arte en aquella oscura capital de provincia, cuyo porvenir tenía por cierto habría de ser muy grande algún día; pero en vista del triste giro que iban tomando los sucesos en su ciudad natal, había ido flaqueando poco á poco en sus resoluciones, y

á últimas fechas, había acabado por entrar en pláticas reservadas con sus favorecedores acerca de las condiciones bajo las cuales podría aceptar sus ofertas.

Así las cosas, una mañana, como ocho días después del concierto, fué temprano á la Casa de Correos en busca de su correspondencia, y halló una carta para él con sello de México. Era del Director del Conservatorio, quien le contestaba aceptando lisa y llanamente sus proposiciones, y le remitía por adelantado ochenta pesos en una letra, para los gastos del viaje. "Está usted haciéndonos mucha falta, le decía, pues no hallamos persona capaz de desempeñar á nuestra satisfacción la clase que le tenemos reservada; así que le rogamos se ponga en marcha tan pronto como reciba la presente. Tenémosle preparado ya un buen alojamiento, é irémos varios profesores y yo á recibirlo á la casa de Diligencias para instalarle en su nueva habitación. Necesitamos hablar de cosas muy importantes, relacionadas con nuestros propósitos." Impresionado con aquella lectura, entró de golpe en un nuevo torbellino de dudas y vacilaciones suscitadas por el giro rápido que habían tomado los acontecimientos. Su profundo apego á las cosas y personas de aquel lugar; los recuerdos de su juventud y de su larga vida transcurrida bajo tan hermoso y es-

pléndido cielo; sus anhelos de grandeza y gloria para Fópoli, alentados durante cerca de medio siglo; todo aquel mundo de ideas, imágenes, afectos y esperanzas agolpado á su corazón y á su cerebro en un solo momento, sumiéronle en profunda confusión y le infundieron un desaliento horrible. No en balde se han vivido cerca de setenta años en un lugar, por secundario que sea, amándolo y admirándolo sin reserva; no en balde se han acostumbrado los ojos á ver unos mismos horizontes, unos mismos celajes, unos mismos objetos y unos mismos rostros durante una larga existencia; y no en balde se ha participado del espíritu y de los sentimientos de una colectividad desde que se abrieron los ojos á la luz hasta una edad avanzada. El día en que el viejo habituado á ese género de vida, quiere desprenderse del cuadro donde se halla metido é incrustrado, siente como si se le desgarrasen las entrañas, como si se nublara la luz del sol, como si se le acabara la vida; y al separarse de ahí, deja en el amado y nunca olvidado sitio, pedazos del rebelde corazón, como dejan las ostras parte de su envoltura aclcárea, al ser arrancadas de las rocas á que han estado adheridas.

Pero la reflexión se abrió paso bien pronto en aquella alma enérgica y viril.

Debía obrar con la cabeza y no con el

corazón. Cuanto había estado en su poder, lo había hecho ya en favor de Fópoli. Su mayor esfuerzo se había realizado ya, y no había para qué insistir en aquella labor inútil. Todo cuanto había sabido enseñar, lo había enseñado; todo cuanto había podido trasmitir, lo había trasmitido. Ahí estaban sus discípulos para testificarlo, y, sobre todo, aquellos dos predilectos de su alma, Joaquín y Berta, los más empeñosos, inspirados y buenos de cuantos habían caído bajo su dirección paternal y entusiasta. En ellos había fundado sus esperanzas; había tenido fe ciega en su porvenir, y había aguardado lleno de confianza su aparición en la escena del mundo, como se aguarda la salida de dos astros esplendorosos. Desgraciadamente, sus ilusiones habían fracasado, pues aquella ingrata sociedad no había sabido apreciarlos, y con glacial indiferencia los había dejado hundirse en la miseria y la desesperación. Nada le quedaba por hacer en aquella capital, poco dispuesta todavía á servir de cuna y almácigo de grandes y nobles artistas. Continuar vegetando en aquel pozo oscuro, y envuelto en aquella atmósfera fría y silenciosa, sería un suicilio cruel y lento. Preciso era, por lo mismo, trasladarse á otro lugar, donde hubiese horizontes extensos y claridades matutinas. ¡A Méjico, pues! Era su destino. Abríase allá amplio cam-

po donde podría cosechar mies abundante. Pocos años le quedaban de vida y debía aprovecharlos en favor de la música, que era, había sido y seguiría siendo hasta la muerte de la señora de sus pensamientos. Mucho le dolía dar un paso tan cruel y decisivo; pero le consolaba pensar que no lo hacía arrastrado por la codicia ni por la ingratitud, sino obligado tan sólo por su devoción infinita á tan grande y noble causa.

Tomó, pues, su partido, y, sin consultar con nadie, por temor de flaquear, y á fin de quemar luego sus naves, como Cortés, se dirigió sin más preámbulo á la casa bancaria donde debía serle pagado el miserable giro que acababa de recibir, y después de haberlo cobrado, se trasladó derechamente á la de diligencias, donde tomó pasaje para Méjico. En seguida salió del despacho llevando en el bolsillo algún dinero sobrante y el billete comprado, para enderezar los pasos hacia la casa de Sandoval y ponerlo todo en conocimiento de sus jóvenes amigos.

Iba preocupado por el camino, pensando en su próxima marcha y en la vida nueva que le aguardaba, cuando tropezó con una bandada de chiquillos harapientos y descalzos, que corrían por las calles llevando gruesos rollos de papel debajo del brazo, y gritando á voz en cuello:

—"¡El Azote!" "¡El Azote!"

Sus voces le hicieron reflexionar que tenía algo más que arreglar antes de marcharse de Fópoli, y el recuerdo de Becerril se le montó al cerebro con punzantísima cólera.

—Hoy es cabo de semana, se dijo, y como no ha tenido ocasión anterior ese bellaco para hacer comentarios sobre nuestro concierto, porque su periódico sale cada ocho días únicamente, es seguro que hoy los hará en su inmundo papelucho.

Para desengañarse, llamó á uno de los pilluelos, y le compró un número del "Azote."

—Es el dinero más mal gastado de mi vida, refunfuñó al desprenderse de su dinero.

Echó un rápido vistazo á las páginas del semanario, y bien pronto, en la segunda de ellas, tropezó con lo que buscaba. Era otro "entrefilet," que decía:

"EL CONCIERTO DE LA SEMANA PASADA.—La "cosa" salió peor de lo que nos figurábamos. El teatro Alarcón estuvo desierto, pues no hubo almas cándidas que cayesen en la ratonera. Uno ú otro melómano de esos de "peor es nada," se sentaron en las primeras lunetas; pero tan silenciosos y acortados, que no se atrevían ni aun siquiera á verse los unos á los otros. Las familias principales de Fópoli brillaron por su ausencia. Los escasísimos palcos y lunetas ocupados, se per-

dían entre un multitud de nichos silenciosos y desiertos, parecidos á gavetas de camposanto. Sólo en las galerías altas hubo alguna concurrencia; pero, según estamos informados, fué formada en su mayor parte por hospicianos que asistieron de balde al espectáculo. Con esto se grangearon los artistas "una ovación espontánea." La cacareada música de "Doña Marina" del "maestro mejicano" Sandoval, no vale tres cominos; pero es muy presuntuosa, y tiene pujos ridículos de "berliozismo" y "wagnerismo." En opinión de los inteligentes, no es más que un zurcido de trozos plagiados de estos dos maestros. La prima donna canta menos que medianamente, y carece absolutamente de escuela. Para muestra de su perfecta inconsciencia, debemos decir que en la escena en que personificó á la Malinche, sacó á relucir su hermosa cabellera rubia. ¡Ignora, según parece, hasta que las indias la tienen negra!.... En resumen: el espectáculo fué ridículo y fastidioso. El verdadero responsable del "fiasco," es el loco don Teodomiro Gómez y Pérez, maestro de ese grupo de "inspirados," porque es él quien les ha metido en la mollera que Fópoli es Florencia y ellos unos genios desconocidos.... Dícese que en la taquilla no se reunieron más que "veinte reales."

—¿Con que sí, eh? se preguntó á sí

mismo don Teodomiro, tragando gordo y rojo como la púrpura, después de haberse impuesto del insolente párrafo. Pues ahora vamos á verlo.

Cogió el periódico, y doblándolo cuidadosamente con aparente calma, como si fuese cosa preciosa, lo guardó en la faltriquera donde conservaba el de la semana anterior.

—La redacción, pensó, está en la calle de San Agustín, no lejos de aquí. Es posible que en ella se halle Becerril en estos momentos, por ser la hora en que da á la venta su periódico.

Monologando de este modo, tomó el camino de San Agustín, y pronto llegó á donde iba. El local destinado á la redacción del "Azote" se reducía á una pieza con puerta á la calle, sin más ajuar que una mesa de madera blanca en la testera y unas cuantas sillas desvencijadas, arrimadas á las cuatro paredes. Pendientes de ganchos y clavos, mirábanse colecciones de periódicos por los muros, y sobre las sillas y mesas, montones del último número del "Azote," húmedos aún y olorosos á tinta de imprenta. Don Valente estaba ahí, en efecto, y se ocupaba á la sazón, en vender su semanario á los papeleros; pues como el ejercicio del periodismo dejaba escasos rendimientos en Fópoli, se veía obligado á hacerlo todo por sí mismo: escribir, corregir prue-

bas, contratar anuncios y administrar la publicación. Aunque don Teodomiro le vió desde que sentó la planta en el umbral de la puerta, fingió no conocerle, y preguntó con voz alta y áspera:

—¿Está aquí un tal Becerril?

El periodista levantó la cabeza que tenía inclinada sobre la mesa, y frunciendo el ceño, preguntó á su vez con acritud:

—¿Por quién pregunta usted?

—Por un tal Becerril, repuso Gómez y Pérez clavando en su interlocutor la provocativa mirada.

—¡Vaya con la educación! Parece que no nos conocemos, repuso don Valente. Por lo visto, no sabe usted de cortesías, ilustrísimo maestro.

—No vengo á hacer cumplidos, mi señor, sino á cosa muy diferente.

—¿Pues á qué entónces?

—A castigar á usted por insolente, gritó Gómez y Pérez más rojo que un pimiento.

—Vuélvalo usted á decir y le rompo las muelas, exclamó don Valente lanzando chispas por los ojos al oírse maltratar de aquel modo.

Don Teodomiro había sacado del bolsillo los dos números del "Azote" y los llevaba y agitaba nerviosamente en la mano izquierda.

—¿Ha escrito usted esto? preguntó

mostrando á Becerril los papeles impresos.

—Sí, señor, repuso éste con altanería. Y ¿qué tenemos con ello?

—Que es usted un majadero, un miserable, un canalla, y que voy á hacerle tragar sus inmundos escritos.

—¿A mí? preguntó el periodista con infinito desprecio. Me parece usted muy poco hombre para ello; tanto, que á puntapiés voy á arrojarle de aquí ahora mismo.

Y saliendo furioso de detrás de la mesa, se echó sobre Gómez y Pérez con los puños crispados y levantando en alto el pie derecho, en ademán agresivo; pero el anciano, que le aguardaba en medio de la estancia, fué el primero en romper las hostilidades, azotándole el rostro con los periódicos. La vapuleada enloqueció de un modo inaudito á don Valente, quien la emprendió á golpes y pescozones con su agresor con indescriptible coraje. Una lucha frenética, realzada por interjecciones y palabras de carretero, se entabló luego entre los dos adversarios. Becerril llevaba la ventaja de la juventud; pero don Teodomiro la de su temperamento exaltado y nervioso. El uno tenía más vida, pero el otro más arranque; de suerte que casi estaban equilibradas sus fuerzas. Magullados y jadeantes rodaron bien

pronto por el suelo, derribando sillas y haciendo un estrépito infernal; y continuaron largo rato después de caídos contundiéndose de lo lindo, pero sin ventaja decisiva por ninguna de las dos partes. Desgraciadamente Becerril, en medio de la pugna, fué á dar con la cabeza contra una de las patas de su propia mesa de escribir, y quedó aturdido por el golpe durante unos momentos; y don Teodomiro supo aprovechar bien la coyuntura para ganar la ventaja de montarse sobre él á horcajadas como sobre potro bronco y serrano. Reducido así á la impotencia, se limitó don Valente á tomar desquite con la lengua, prorrumpiendo en las maldiciones más groseras y soeces que sea dable imaginar; mas aquellos insolentes desahogos fueron bien aprovechados por el maestro, quien, á merced de las descompasadas gesticulaciones del escritor, le introdujo por la boca bruscamente y hasta el esófago, los girones del "Azote," que había conservado en la mano. Después de eso le golpeó las mejillas repetidas veces con los puños, y acabó por aflojar las rodillas y permitirle con infinito desprecio que se levantase del suelo. Don Valente se puso en pie bufando, escupiendo espuma y mascando papel; y se disponía á comenzar de nuevo la lucha con más rabia que nunca, cuando se presentó en escena un guardián del orden

público, que acudía atraído por la baraúnda y la gritería de los papeleros.

—¿Qué es eso? ¿Qué alboroto es este? preguntó con imperio, como si no estuviese viendo lo que pasaba.

—Pues nada, sino que este viejo perro ha venido á provocarme á mi propia casa, repuso Becerril medio sofocado.

—Este canalla me ha insultado en su periódico, vociferó Gómez y Pérez, no más libre de la respiración que el preopinante.

Los rijosos tenían los rostros amoratados, revuelta la cabellera, rotos los trajes y desangradas las narices; pero el combate no había menguado sus iras ni sus deseos de exterminio y á no ser por la presencia del gendarme, habrían vuelto á las andadas, sin pérdida de tiempo, según lo daba á entender su aspecto espasmódico de energúmenos.

—En la comisaría acabarán ustedes de arreglar sus cuentas, declaró el guardián del orden interponiéndose entre los bravos paladines, y empujándolos á la calle.

—Yo no voy allá, protestó Becerril con arrogancia, porque además de periodista, soy el insultado. El es quien debe ir. (Y señalaba á don Teodomiro.)

—O vamos los dos, ó ninguno, declaró el anciano con energía. El señor miente; yo soy el insultado.

Y ninguno de los dos obedecía la orden de marcha.

El gendarme, hombre vulgar y sin energía, no se atrevió á hacer uso de la violencia para imponer su autoridad á aquel par de personas decentes, y entrando en componendas con ellas, después de larga y acalorada disputa, acabó por dejar libres á los reñidores mediante algún dinero que de ellos obtuvo; consolándose de su debilidad entretanto, con la consideración de que la sangre no habgía llegado al río, y de que más provecho sacaba de aquella multa moderada que él mismo imponía, que de hacer comparecer á los trastornadores del orden ante otro funcionario, que no haría más de lo que él propio había hecho, guardándose para sí los tecolines.

Una vez libre, se dirigió don Teodomiro á su casa, para poner en orden sus cosas y arreglar la maleta; y concluídos en un santiamén sus preparativos de viaje (por la endémica y fabulosa escasez de su indumentaria), apeló á las maravillas de la tintura de árnica para disimular lo mejor posible los estragos de la reciente lucha, y quedar en estado medio presentable. Cuando creyó haber logrado su objeto, salió de nuevo á la calle seguido por un muchacho que llevaba su exiguo equipaje sobre la cabeza, y así llegó á la casa de Joaquín, cerca del oscurecer, y á tiem-

po en que éste y Berta se hallaban sentados á la mesa tomando la colación nocturna.

—Vale más llegar á tiempo que rondar un año, díjoles cariñosamente al saludarlos, haciendo gala de la erudición zorrillesca propia de la época.

—¡Hola, maestro! repuso Joaquín.

—¿Nos acompaña á tomar el chocolate? preguntó Berta; lo tenemos muy bueno.

—Y leche excelente, añadió Joaquín para estimular el apetito del recién llegado.

—De mil amores, contestó el maestro de capilla. He venido á pedirles una prolongada hospitalidad, pues pienso pasar aquí toda la noche, si me aguantan. No quiero dejarlos sino hasta el amanecer.

—Con mucho gusto, repuso Sandoval, sorprendido de la respuesta, pero manifiestamente complacido por el anuncio; ya sabe que esta casa es suya.

Los jóvenes no alcanzaban á explicarse el suceso, y más perplejos se quedaron al observar en el rostro de su interlocutor las huellas del combate reciente.

—¿Pero qué tiene usted en la cara, maestro? le preguntó Sandoval. ¿Ha sufrido alguna caída?

—Parecen raspones y golpes, agregó Berta examinándole de cerca.

—No es nada, repuso Gómez y Pérez

con buen humor; es el precio que he pagado por un gustazo que acabo de darme.

—¿Cuál? preguntó Sandoval.

—El de sentar las costuras á ese bribón de Becerril, repuso don Teodomiro radiante de júbilo. Aunque viejo, aun tengo bríos en el alma y sangre en las venas.

—¿Cómo, maestro? preguntó Joaquín. ¿Ha reñido usted con don Valente?

—Ni más ni menos; hemos reñido y le he pegado.

—¡Pero señor! repuso Berta azorada, á la edad de usted, y siendo persona de tanto respeto....

—¿Ridículo, no es verdad? Sí, hija mía, lo comprendo, asintió el maestro; pero no he podido contenerme. Hace tiempo tenía recetada una buena solfa á ese tunante, y cábeme la satisfacción de habérsela dado. Es verdad que también él me ha pegado algunas coces; pero ha llevado la peor parte.

—¿Pero, por qué ha sido? interrogó Sandoval.

—Por varias cosas, repuso don Teodomiro; por todo, por nada, por lo que ustedes quieran. Ese hombre me tenía cocidos los hígados, y no hubiera vuelto á tener paz en la vida, si no le hubiese puesto encima la mano.... Sobre todo, tengo el inmenso placer de haberle obligado á comerse su periódico.

Berta y Joaquín, que no estaban en antecedentes, no podían comprender de lo que se trataba. El maestro se lo explicó despacio refiriéndoles cuanto había hecho y dicho don Valente contra él y ellos en su semanario. Berta, aunque asustada por el giro que habían tomado las cosas (como pasa siempre con las tímidas mujeres, cuando los hombres intervienen para arreglar por sí mismos sus diferencias), celebraba para sus adentros que aquel mal hombre hubiese recibido una buena lección, en tanto que Joaquín crispaba los puños y lanzaba centellas por los ojos, al persuadirse de la doblez, la perfidia y la mala intención del escritorzuelo. Su mayor deseo hubiera sido el de ir luego en busca de Becerril y administrarle una segunda tunda. ¡Y aquélla sí que hubiera sido buena! Porque Joaquín tenía buenos bíceps y puños de acero, y hubiera sido capaz de desvencijar á puñetazos la enclenque armazón del periodista; pero ni don Teodomiro ni Berta le permitieron salir á la calle, sino antes bien procuraron calmarle, haciéndole ver que no era conveniente repetir el escándalo, y que bastaba y sobraba con lo hecho, para escarmiento y castigo de tan vil personaje.

Como don Teodomiro tenía buen apetito y el pugilato había puesto sus vísceras en actividad, se lanzó con denuedo so-

bre la colación que sus amigos le ofrecían, y tomó con visible deleite la gran jícara de espumoso chocolate que Berta batió para él con sus blancas manos, enriqueciendo la bebida con buenos bocados del oloroso y rico pan que en graciosa canastilla de mimbre se ostentaba sobre el mantel. Después vació poco á poco y paladeándolos sibaríticamente, dos vasos de leche fresca, blanca y rica de espesa y sabrosa crema. El cumplimiento de lo que él llamaba "un deber sacratisimo" (la introducción por la boca de Becerril de los números del "Azote"), había levantado sus espíritus y despertado su buen humor; de suerte que todo se volvió broma, jácara y epigramas durante la cena. Restauradas así las fuerzas y agotado el tema belicoso, tomó la palabra Joaquín.

—Maestro, dijo, nos debe usted una explicación. Nos ha dicho que va á quedarse en casa hasta el amanecer. ¿Por qué? Gran placer nos causa su compañía, pero el caso nos parece sorprendente.

—Tienes razón, repuso don Teodomiro; pero la "explicaceón" es muy sencilla. Mañana me marcho para Méjico.

—¡Cómo así! exclamó Sandoval saltando de la silla.

—¿De veras? preguntó Berta sorprendida.

—No hablo en broma, repuso el maestro con gravedad, mañana me marcho. Mi

equipaje está en la sala; pueden ustedes verlo si gustan. Traigo conmigo, además, la llave de la casa, para que ustedes la entreguen al casero, después de repartir entre gente necesitada mis pobres y viejos muebles. De nadie me despido: ustedes dirán adiós en mi nombre á mis discípulos y amigos, y, sobre todo, á sor Ignacia y á las hermanas, á quienes no tengo corazón para ver, porque sé que van á ser expulsadas en estos mismos días.

Los jóvenes sabían ya que el maestro se carteaba con los grandes filarmónicos de la capital, porque él mismo se lo había confiado; pero habían reputado imposible se resolviese á salir de Fópoli, cuando andaba ya peinando los setenta años. Mas tuvieron que rendirse á la evidencia, cuando don Teodomiro, además de exponerles los motivos que le habían inducido á dar aquel paso, les mostró la última carta del maestro Morales, y puso ante sus ojos el billete de diligencia que había acabado de comprar.

—Es triste, tristísimo, dijo Sandoval con voz sorda cuando hubo concluído el relato. Todo lo perdemos á un tiempo Berta y yo. Vamos á quedarnos solos en esta ciudad. Usted, que es el amigo más cariñoso, fiel y bueno que tenemos, se nos va ahora...... Dentro de unos días se marcharán también las hermanas, nuestras bienhechoras, nuestra única familia

sobre la tierra; y no tendrémos en derredor nuestro, ni un rostro cariñoso que contemplar, ni un corazón que lata á compás con el nuestro.

—¡Cuán solos y tristes vamos á vivir! murmuró Berta desolada. Y todo junto, y de una vez, como si no fuera suficiente un solo golpe.

—Tal es la vida, repuso el anciano con amargura. ¿Creen ustedes que para mí no sea muy duro salir de esta capital, y lanzarme á correr aventuras, á mi edad y tan lejos de Fópoli? Siempre había creído morir aquí, y deseado ser enterrado en este sagrado suelo, que guarda los huesos de mis padres; pero Dios dispone otra cosa, y no hay más que acatar sus inexcrutables "desíneos."

—Así sea, repuso Joaquín con voz ahogada; pero es muy amargo y cruel.

La noche se pasó sin que nadie pensase en dormir. La diligencia debía partir á las cuatro de la mañana; pocas horas de compañía quedaban, pues, á aquellos buenos amigos, que sentían la necesidad de aprovechar bien el tiempo. Berta renovó varias veces la cafetera; y tomando tacitas de excelente Colima, se fué pasando el tiempo, con el quinqué brillando sobre la cabeza, sin que desmayase un punto la conversación, ya con reflejos de esperanza ó impreganada de desaliento; comentándose los sucesos, fraguándose pro-

yectos, haciendo encargos, ofreciendo largas cartas; pero dominando sobre todo eso, una grande y negra sombra de tristeza: la de la próxima separación. ¿Volverían á verse? ¿Cuándo? ¿Dónde? Don Teodomiro aseguraba que sí, y hasta llegó á prometer á los jóvenes venir á visitarlos cada año. Berta y Joaquín ofrecieron también ir á verle de cuando en cuando; pero en el fondo de sus corazones, los tres dudaban del futuro.

—Si van á Méjico, les dijo el maestro fingiendo alegría, los llevaré por donde quiera, les mostraré lo más hermoso de por allá, y los presentaré con mis discípulos y amigos. ¡Ojalá me sea posible hacerles un lugarcito en el mismo Conservatorio!.... En fin, ya verémos; Dios dirá.

Así transcurrieron las horas, hasta que sonaron las tres de la madrugada y fué preciso pensar en la partida. El criado de Sandoval se echó á cuestas la ligera maleta de don Teodomiro, y los tres amigos se pusieron en marcha. Cuando llegaron á la Casa de Diligencias, hallaron el carruaje ya en la calle y enganchadas las mulas. Los empleados se ocupaban en recibir los equipajes, pesarlos en la báscula y pegarles las "etiquetas." Los pasajeros arrebujados en sus abrigos para librarse del fresco vientecillo de la mañana, fumaban puros enormes para matar

el tiempo; y una ú otra pasajera con sombrero, guantes y largo cubrepolvo, cabeceaba en los bancos de la administración. El ruido de las conversaciones se mezclaba con las altas voces de los mayorales que acomodaban la carga, y con el chirrido de los cueros, correas y cadenas con que era asegurada y comprimida en la zaga una enorme y desbordante colección de maletas y valijas.

La maniobra de poner en orden el numeroso y ruidoso ganado que iba á tirar de la diligencia, cuyos tirantes á cada momento se enganchaban, desenganchaban y enredaban de mil modos, fué muy complicada á la rojiza luz de las teas, que manos diligentes alzaban y llevaban por donde era preciso. Al fin llegó la hora de partir, y los pasajeros entraron en la oscuridad del ventrudo vehículo. Don Teodomiro se acomodó junto á una ventanilla, y desde ahí, manteniendo apartada la cortina de cuero con una mano, prosiguió hablando con sus amigos. Cuando el administrador dió la voz de marcha, el mozo que tenía por la brida las bestias delanteras, las dejó en libertad, hizo chasquear agudamente su enorme látigo el auriga, y comenzó á moverse el pesado armatoste con gran estrépito de su propio herraje, como si fuese á hacerse añicos antes de partir. En aquel momento sacó la diestra por la ventanilla don Teodomiro, y estrechó

rápidamente y con efusión las manos de sus dos discípulos, en tanto que el monstruo rodante avanzaba gimiendo por el recio y desgual empedrado, y que los jóvenes permanecían en la puerta de la posada viéndolo alejarse. De ahí no se movieron hasta que el coche dió vuelta en medio de la oscuridad, por una calle lejana.

Camino de su casa, sollozaba Joaquín con desconsuelo por la ausencia del querido maestro; pero Berta, más fuerte que él, como pasa con la débil mujer en las ocasiones críticas de la vida, procuraba consolarle, aunque el joven no se daba á partido y continuaba anonadado. Entónces apeló ella como supremo recurso, á un importantísimo secreto que en el alma llevaba y mantenía de reserva desde hacía tiempo, para echar mano de él en caso necesario.

—Tengo que comunicarte una nueva, le dijo con voz trémula, recatada y cariñosa.

—¿Una nueva? preguntó Joaquín distraído.

—Sí, repuso Berta, y muy importante.... Estoy segura de que te va á interesar.

—¡A ver! murmuró el joven sin cambiar de tono.

—Que Dios ha oído nuestros ruegos.

—¿Cuáles, Berta?

—¿No los recuerdas?.... ¿Qué es lo que le hemos pedido tanto?

—Muchas cosas; no sé á cuál de ellas te refieras.

—A la principal. ¿No le hemos pedido que nos conceda un niño?

—Sí, repuso el joven con viveza y como saliendo de un pesado letargo.

—Pues bien, continuó la joven atenuando el sentido de la frase con pudor inefable; he recibido noticia cierta de que Dios nos lo va á conceder.

—¿De veras? preguntó el joven pudiendo creer apenas lo que oía.

—De veras, ratificó Berta buscando con la suya la diestra de su esposo.

Todo entónces cambió en un momento: penas sufridas, pobreza en perspectiva, soledad creciente, abandono, la partida misma de don Teodomiro y la próxima de las hermanas de la Caridad; todo fué disolviéndose y esfumándose á los ojos de Joaquín, como velo de niebla rasgado por el sol. ¡Un niño! ¡Un heredero! ¡Un hijo de Berta! ¡La sonrisa en la casa, la esperanza de la vida, la perpetuidad del amor que ella y él se habían profesado! Había sido el anhelo más vivo de su existencia, la ilusión más cara de su alma; pero como habían transcurrido dos años de inútil espera, habían acabado por dudar de su realización. ¡Dios al fin escuchaba sus votos! Levantó Joaquín los

ojos al cielo, y, distinguiendo en la penumbra del alba que comenzaba á apuntar, una ráfaga luminosa, creyó ver en ella la trayectoria del ser purísimo, hermoso y querido que la bondad infinita desprendía ya del empíreo para enviarlo á su hogar pobre y desolado, como alegría, consuelo y bendición de sus humildes y futuros días. Bajo aquella impresión tan dulce, su pensamiento se convirtió en un cántico; y su corazón en un coro de hosannas; y, reconciliándose con la existencia que había comenzado á parecerle tan odiosa, se entregó á soñar con un porvenir halagüeño de cariño y abnegación, personificado en aquel ser tierno é inefable á quien amaba ya con delirio.

VII

Adiós á todo: vida nueva

El hermosísimo cielo de Fópoli, azul y brillante de ordinario como inmenso y limpio zafiro, amaneció empañado y oscuro aquella triste mañana del mes de enero. Denso y compacto nublado de color plomizo lo cubría; y era tan espesa la capa de vapores acuosos que vagaba por la atmósfera, que el sol mismo con todo su

poder, lograba apenas filtrar al través de su capuz, una claridad lúgubre y cenicienta, como de duelo cósmico y tragedia etérea. Lluvia fina, silenciosa y pertinaz, aumentaba la melancolía del cuadro, como si los espíritus invisibles que cruzaban la cerrada nublazón, llorasen envueltos en capas de bruma, y regasen la tierra con llanto sutil y misterioso, plañendo una inmensa desventura. Soplaba una brisa fría y penetrante, que azotaba el rostro como duro látigo, y convertía el aliento en pardo vapor, semejante á humo de caldero. Pocos transeuntes se aventuraban á salir de sus casas y á desafiar las rachas heladas que recorrían la ciudad, como mensajeras de resfriados y pulmonías; y por la silenciosa y desierta vía pública, cruzaba sólo la gente trabajadora, cuyos pies descalzos iban chopoteando por charcos y baches.

Mal día fué aquél para las hermanas de la Caridad, pues debiendo salir del Hospicio antes del oscurecer y teniendo el propósito de entregarlo limpio, arreglado y en perfecto orden, se veían obligadas á trabajar de firme, con la circunstancia agravante de tener en su contra la humedad de la atmósfera y la falta del calor del sol. A pesar de todo, fueron logrando salir del mal paso, porque días antes había comenzado el aseo del establecimiento. Escobas, escobetas, rodillas y

muchísima agua habían andado de carrera por todas partes, escudriñando los escondrijos y rincones, limpiando trastos y cristales y haciendo desaparecer manchas, adherencias y fealdades del piso. Pintores, albañiles y carpinteros habían reparado los desperfectos de muros, puertas y vidrieras, ya rellenando agujeros, ya avivando tintas, ya poniendo en orden fallebas y aldabas comidas de ollín ó de torpe funcionamiento. El principal trabajo fué el del lavado de la ropa. Todo estaba bien de ordinario; pero en la ocasión, debía estar mucho mejor. ¡Y qué tarea la de hacer que ni sábanas, ni colchones, ni fundas de almohadas quedasen de color dudoso ó faltos de lustre! La ropa blanca de los más de mil asilados que en aquella casa se albergaban, no debía entregarse así como quiera; no debía haber camisa rota ni falda sin cintas, ni prenda alguna donde faltasen botón, remiendo ó zurcido! ¡Aquella sí que fué obra de romanos! Pero como nada se dejó para la último hora, sino todo se hizo con tiempo, pudo salirse bien del atasco y hacer cuanto se debía. Aquella misma mañana quedaron las camas cambiadas de limpio, bien vestidos los asilados y atestadas las alacenas con inmensas cantidades de ropa albeante y bien oliente, y bien surtidas de todo. Como algunas piezas de manta y lino habían quedado rezagadas, fué preci-

so lavarlas y alistarlas á última hora, á fuerza de mucha agua y jabón, buenos puños y planchas muy calientes.

Las religiosas habían arreglado con anticipación sus asuntos particulares, guardando sus pobres cosas en baúles y mundos que, colocados en hilera junto á las paredes y cerca de la cancela, se veían por los corredores del primer patio. Todo estaba dispuesto para la marcha; sólo faltaba que las hermanas hiciesen entrega oficial de los departamentos. Una vez concluído el trajín de aquellos arreglos, pensaron ellas en despedirse de los niños, de los ancianos, de las discípulas, de la casa misma donde habían vivido tantos años, pues amaban aquel vasto y disímil conjunto de cosas y personas que dejaban tras sí, como lo más querido de su alma.

Sor Asunción se presentó bien entrado el día en la clase de costura; echó un vistazo á las obras de mano, corrigió aquí una puntada, dió allá otra, hizo algunas observaciones sobre las labores de las niñas, y dirigiéndose al fin á todas éstas en general, díjoles en voz alta:

—Seguid cultivando la costura; así podréis ganaros la vida con independencia, y, si Dios os llama por el camino del matrimonio, sabréis cumplir vuestros deberes de esposas y de madres. Poco deja el trabajo de la aguja; pero proporciona á la mujer vida honrada, la aparta de la

holganza, que es tan perniciosa, y la libra de las tentaciones. Si lográis perfeccionaros en los bordados finos y en los calados, podréis obtener una remuneración más crecida de vuestra clientela; lo que importa es que seais laboriosas, buenas y amantes del hogar.

Y continuó dándoles muchos cuerdos, cariñosos y sentidos consejos, y hablándoles de su porvenir con interés maternal; y las oyentes conmovidas guardaban silencio y regaban con lágrimas de sus ojos enrojecidos, las telas que cosían ó aparentaban coser.

Sor Agueda, por su parte, reunió á los mendigos y ancianos en uno de los corredores de su departamento, y les habló en estos ó parecidos términos:

—Hermanos míos, nadie es necesario sobre la tierra; todos somos criaturas miserables y destituídas de poder. No hay, por otra parte, ser tan ruín ni miserable, que esté abandonado de Dios, ni dejado de su santa mano. El vela por todas sus criaturas, desde las más grandes y brillantes como el sol, hasta las más pequeñas y oscuras como los animalillos ruines é invisibles que aplastamos con el pie. Siento separarme de vosotros, porque os he querido profundamente en nuestro Señor Jesucristo; pero nada valgo por mí misma, y he podido hacer bien poco por vosotros. Vendrán á reemplazarme perso-

nas más competentes que yo y capaces de serviros mejor que yo lo he hecho; pero no que os quieran más que yo os he querido. Ojalá gocéis mayor bienestar que el de ahora cuando os quedéis sin nosotras; tened confianza en la infinita misericordia.

El acento de la hermana elevándose en el silencio de la enorme galería, á donde sólo llegaba el rumor de la porfiada lluvia, parecía venir, por su tono y dulzura, de un mundo próximo, aunque ignoto y velado por la cenicienta penumbra; y la extraordinaria flacura y mate palidez de la religiosa, en la brumosa y húmeda confusión de aquella mañana triste, dábanle el aspecto de un fantasma levemente esfumado, apenas visible y casi diluído en las sucias tintas de la atmósfera opaca. Al saber que se alejaba de ellos para siempre, sentían los pobres el dolor y la desesperación de una nueva miseria, como lo expresaron claramente con llanto amargo y desconsolado, que pobló de gemidos el desolado recinto. Y sor Agueda, consternada al ver tanta desdicha, no hacía para confortarlos, más que hablarles de Dios, de su bondad y de otra vida mejor que ésta; y exhortarlos á rezar rosarios y jaculatorias, y sobre todo, la "Magnífica," ese canto sublime de adoración y alabanza, en que se glorifica al Altísimo por su inmenso poder, por su incorrup-

tible justicia, y por la protección que imparte á los humildes y pequeños de la tierra. Nunca, ni en medio de una peste, ni en los momentos precursores de un naufragio, han rezado almas afligidas y expirantes con mayor fervor y ternura, que aquel día los ancianos y mendigos, al arrullo de la voz suplicante de sor Agueda.

Sor Petra lavó la cara por última vez á los rapazuelos del asilo y los peinó con sumo esmero y cuidado; luego los hizo rezar, cantar y marchar agitando en alto banderitas de papel; y al concluír la enseñanza y el ejercicio, les explicó que iba á dejarlos para siempre, pero no por su voluntad, sino porque así lo quería Dios, y que se separaba de su lado con pesar indecible, con un pesar tan grande, que no sabía cómo iba á seguír viviendo sin ellos. Les recomendó, para concluír, que no la olvidasen nunca, nunca, y fuesen siempre obedientes, buenos y puros, para que Dios los bendijese y les fuese bien en todo. Los niños, aunque comprendían imperfectamente lo que la hermana les decía, participaban por instinto de las tristezas de aquella hora aciaga, y se echaron á llorar á lágrima viva, apretándose en torno de la buena y dulce madre, cuyo talle rodeaban con sus tiernos bracitos, y cuyas mejillas besaban con sus boquitas frescas é inocentes.

Sor Marcelina pasó la mañana en la Sala de Cuna tomando en brazos á los expósitos uno á uno, y estrechándolos tierna y amorosamente contra su corazón.

—Cuiden bien á estos niños ahora que me voy, decía á las nodrizas, quiéranlos y ténganles paciencia más que nunca; conténtenlos cuando lloren, y mírenlos siempre con caridad, porque son huerfanitos y no tienen en este mundo más que á Dios y á ustedes por amparo.

Se interesó particularmente por los más debiluchos y enfermizos, y, deteniéndose á examinar cada una de las cunas, cuidó de que nada faltase en ellas, y tiraba de ésta ó aquélla hasta ponerlas en perfecta simetría. Arregló las cabelleras indómitas, ciñó cuidadosamente á las imperfectas cinturas, los pañales desarreglados, calzó con mediecitas y zapatitos abrigadores los piececitos descalzos, y ató coquetamente las cintas de las gorras por debajo de las redondas barbitas. Y aquellos inocente, sin comprender lo que pasaba, se mostraban alegres, sonreían á sor Marcelina, y le regalaban los oídos con la música de sus gorgeos, que todavía no decía nada, pero que significaba tanto.

Poco antes del refectorio, se reunió la comunidad en la Capilla, donde entró en oración; y ahí tuvieron franca, filial y dulce expansión los sentimientos de aquellas

santas mujeres. En el silencio y recogimiento del sagrado recinto, levantáronse las compuertas del contenido llanto, inclináronse las frentes hasta el suelo y acatáronse sin reserva los decretos del Altísimo con actos interiores de sublime humildad y reconocimiento. Antes de salir, díjoles sor Ignacia:

—Hermanas, ofrezcamos á Dios Nuestro Señor este sacrificio. El nos lo impone; recibámoslo con resignación: que se haga su voluntad sacrosanta. Pidámosle que nos guíe por los senderos del mundo, y nos lleve á donde podamos continuar desempeñando nuestra misión, cerca de otros pobres que necesiten también nuestros cuidados. Por donde quiera hay pobres, hijas mías; el mundo está lleno de pobres, y ellos son nuestra heredad y nuestra mies. Pidámosle también derrame sus bendiciones sobre esta santa casa; que no desampare á este pueblo de infelices, de cuyo lado nos separamos con tanto dolor; que la suerte de los desvalidos que dejamos atrás de nosotras, mejore después de nuestra separación; y que de tal modo los conforte y consuele, que no nos echen de menos nunca, que no les hagamos falta para nada, ni para la salud del alma ni para la del cuerpo. No somos más que instrumentos en la mano de Dios; no llevemos fuera de aquí amargura ni rencor, sino un corazón sano y limpio, lleno de

amor para todos, tanto para amigos como para enemigos. ¡Y Dios sea con nosotros, y nos perdone nuestras culpas!

A esta exhortación siguieron breves momentos de silencio, durante los cuales las religiosas, recogidas dentro de sí mismas, elevaron á Dios el coro de sus preces, impregnado de humildad y dulzura, vibrante de perdón y de amor.

La hora del refectorio fué muy melancólica. No se veían en la inmensa galería más que rostros abatidos por el dolor y labios mudos y sollozantes por la congoja; nadie tenía voluntad de hablar, ni mucho menos de reír; reinaba un silencio sepulcral en aquel sitio tan ruidoso de contínuo. Iban y venían por todas partes las religiosas vigilando el servicio y atendiendo á los asilados con la misma solicitud que de ordinario; pero flotaba en la atmósfera un duelo tan intenso, que todo se miraba alterado y mortecino al través de aquella niebla sombría. Una de las hermanas, para confortar al concurso, leyó en alta voz algunos capítulos de la "Imitación de Cristo," relativos á la conformidad cristiana con las cruces y las pruebas; y el rumor de la lectura, manso y misericordioso, se extendió por el vasto recinto como una suave caricia para el oído y el corazón.

A las tres de la tarde llegó en coche el Gobernador del Estado, resguardado por

largo "water-proof" y zapatos impermeables, y acompañado por la nueva Directora y el cuadro de empleados que debían substituír á las religiosas. Sor Ignacia los recibió en el salón principal con serenidad y cortesía, y departió con ellos dignamente, sin hacer alusión á su dolor y al de la comunidad.

—Es penosa mi comisión, dijo el Gobernador un tanto cohibido; pero tengo que cumplir con la ley. No he querido valerme de ningún comisionado para llevar á cabo esta formalidad, con el propósito de dar á usted y á las hermanas esta nueva muestra de mi consideración personal.

—Muy reconocida á las finezas de su excelencia, contestó sor Ignacia inclinándose. Comprendo que su deber oficial le obliga á cumplir los mandatos del Congreso; todo está dispuesto para cuando su excelencia lo disponga.

Con esto se levantaron, y comenzó la jira al través del establecimiento. Sor Ignacia, de paso, dió orden de que se enviase recado á Joaquín y Berta para que acudiesen al Hospicio sin pérdida de momento, pues iba á marcharse ya y deseaba verlos por última vez; pues los jóvenes ignoraban que aquel día fuese el designado para la separación de las religiosas, porque sor Ignacia había tenido cuidado especial en ocultárselo.

La noche anterior, precisamente, había recibido Joaquín, venida de Méjico, la primera carta de don Teodomiro, la cual le había impresionado de un modo indecible. Había alimentado Sandoval la secreta esperanza de que su maestro regresase pronto, por incapacidad de adaptarse á un medio desconocido, y por necesidad de volver á sus antiguos hábitos; mas con grande y penosa sorpresa, se enteró ahora por sus letras, de que estaba contentísimo por allá, y sin pizca de deseos de tornarse á Fópoli. Hablaba en su misiva con tal entusiasmo de la generosidad con que había sido recibido por sus colegas de la capital, del gran movimiento iniciado en el arte por aquel grupo de apóstoles, y del magnífico porvenir abierto en la metrópoli á los dilettanti, virtuosos y maestros, que impresionaba y conmovía con su fogoso lenguaje; y daba á conocer desde á legua, que habían renacido en su incorregible corazón, con tanta fuerza como antaño, ó con mayor fuerza que nunca, sus inveteradas aficiones idolátricas hacia los mismos ideales.

"Aquí anclo definitivamente, queridísimos discípulos míos, les decía. Ya que el destino me ha traído á ésta que fué capital del imperio de Moctezuma, permaneceré en ella todo el tiempo que Dios quiera concederme de vida; pues aquí podré realizar alguna de mis viejas aspiraciones,

ya que no elevándome á la altura que había anhelado, por ser demasiado viejo, sí, al menos, iniciando é impulsando por el camino del arte á la juventud que puebla ya nuestras aulas y se muestra ávida de recibir nuestra enseñanza."

Ponderaba con gratitud la cariñosa acogida que había recibido del Director y de los maestros del nuevo plantel, describía puntualmente su método de vida, hablaba de sus ingresos pecuniarios (mucho superiores á los que había logrado reunir en Fópoli aun en sus mejores tiempos), y continuaba así:

"Me siento en este medio como el pez en el agua. Lo único que lamento es no haberme trasladado á este lugar antes de ahora, pues aquí no me ahogo como allá, sino respiro una atmósfera que me alienta y rejuvenece. No estoy en condiciones de hacerme célebre, pero tengo todavía bastante fuego para gozar y sentirme dichoso con este bello y grandioso amanecer del arte mejicano. Moriré loco de remate, como dijo Becerril, y perpetuamente enamorado de la música; y al marcharme de este mundo, haré mi profesión de fe, diciendo con el personaje de Wagner en la novela titulada "El Final de un artista en París:" "Creo en Dios, en Mozart y en Beethoven; creo también en sus discípulos y apóstoles; creo en la santidad del espíritu y en la verdad del

arte uno é indivisible. Creo que éste es de fuente divina y vive en el corazón de todos los hombres á quienes alumbra un resplandor celeste; creo que, después de haber gustado sus sublimes "delíceas," queda el alma consagrada á él fatalmente y para siempre.... Creo en un juicio final en que serán condenados á penas terribles todos aquellos que en este mundo hayan osado traficar con el arte sublime y casto, todos los que lo hayan manchado y hecho degenerar por la bajeza de sus sentimientos y por la vil codicia de los goces materiales. Creo, finalmente, que sus discípulos fieles serán glorificados allá arriba, y que, envueltos en un tejido celeste de rayos, perfumes y acordes, volverán á perderse por toda la eternidad, en la fuente divina de toda felicidad y de toda armonía."

Concluía diciendo que lo único que le dolía, era verse lejos de los discípulos á quienes tanto amaba, y que desde allá los bendecía con la investidura que le daban su ancianidad y el acendrado cariño que siempre les había profesado.

Dolorosa impresión produjo en el ánimo de Sandoval aquella lectura. Era un hecho: ¡había perdido para siempre á su grande, noble y decidido protector! Una voz interior le decía que no volvería á verlo, y que al despedirse de él en la Casa de Diligencias, se habían dicho adiós

para siempre; y el vacío que dejó en su corazón aquella creencia, mató de golpe las pocas ilusiones por la gloria que aun le quedaban. ¡Romper con el pasado, quedar solo en la senda árida é interminable, ver apagarse en un momento la columna de fuego que guiaba su marcha hacia adelante, y elevar la voz en el desierto, sin que nadie le oyese ni contestase: ¡qué indecible, qué infinita, qué imponderable amargura! Sintió como si algo se desgarrase en su interior, oyó en el fondo de su corazón como el estampido de un inmenso derrumbe, y comprendió que el curso de su vida, torcido por la fatalidad, retrocedía gimiendo para entrar en un cauce oscuro, seco y desconocido. Se le figuró que llegaba á la orilla de un abismo donde iba á despeñarse, y que en adelante pasaría la vida en el fondo de aquel vacío lúgubre y sin eco, de donde no podrían resurgir las cosas preciosas y sagradas que había perdido. ¡Trágica noche de insomnio aquella, en que perdió Joaquín la ilusión y la esperanza, y sintió el agudísimo tormento de la amputación de sus alas de artista! Era preciso bajar de los espacios imaginarios para caminar á pie por los abrojos del suelo, y apagar la sublime llama del corazón que alumbraba su existencia, para seguir marchando por el mundo á la luz de las luciérnagas y de los fuegos sepulcrales.

—¡Sea, pues, así! pensó transido de despecho; y ya que el destino abre un abismo entre mi pasado y mi presente, ayudémosle á consumar la obra implacable y demoledora.

Febril y exaltado, salió de la alcoba á la madrugada, andando de puntillas para no despertar á Berta, que dormía aún. Había en el cielo una cerrazón tan negra como la de su espíritu, y no hallaron sus tristes ojos en toda la inmensidad, una sola ráfaga luminosa que los acariciara con sus esplendores. Y la oscuridad del cielo, la frialdad de la atmósfera y el menudo llanto que se desprendía de las nubes, se le metieron por el corazón como un nuevo duelo. Dominado por aquella angustia, tuvo una idea feroz, que quiso arrojar de sí, pero no pudo; la de destruír en el acto y sin misericordia sus propias y amadas creaciones. ¡Era preciso romper con el pasado, abofetear al destino y arrojar á los pies de la fatalidad los restos doloridos del naufragio de sus ilusiones! Había que ser hombre una vez por todas, y cortar con mano firme las ligaduras que le mantenían atado á la absurda época de sus sueños. ¡Nada de idealismos, nada de poesías, nada de locas y absurdas ambiciones! ¡Al ras de la tierra, al centro del arroyo, á la vida común, á la vulgaridad, á la insignificancia, á la nada!

Se dirigió quedo y con planta recatada al armario donde tenía archivados y en orden sus papeles: la ópera "Doña Marina" instrumentada ya; sus oberturas, sus sinfonías, sus romanzas, cuanto había producido hasta entónces; y cargando con aquellos preciosos fardos, fué y vino varias veces de su despacho al corral, donde había un pequeño cobertizo al abrigo de la lluvia, y hacinó en un rincón papeles y cuadernos. Al ténue fulgor del alba, que luchaba trabajosamente por sonreír al través del nublado, comenzaban á distinguirse sobre la blancura del papel, las pautas y notas de las piezas, que parecían pedirle misericordia; pero no hizo aprecio de ellas, ni de sus dudas, ni de su dolor, ni de cosa alguna que significase piedad, y formó con aquellos pobres despojos de su fracaso juvenil y artístico, una alta y ligera pirámide. Prendió luego una cerilla, la colocó en la base del precioso combustible, y puso fuego al conjunto. Pronto se levantó una gran llamarada roja y aguda del seno de aquel montón de papeles, que representaban sus ansias y ensueños de tanto tiempo; algunos de ellos, aventados por el viento ó por el chisporroteo de las llamas, resbalaban y volaban á distancia; pero él cuidaba de recogerlos con prisa y de volverlos á la hoguera, para que nada, ni el más pequeño

fragmento de sus trabajos escritos, escapase á una completa conflagración.

El cruel auto de fe produjo bien pronto una grande y espesa humareda, que saliendo del corral, se difundió sutilmente por el patio, y penetró por todos los escondrijos de la casa. Aquella extraña y asfixiante hediondez despertó á Berta, y le produjo accesos repetidos de tos. Alarmada la joven, dió voces á Joaquín para preguntarle qué era lo que pasaba, y como éste no acudiese á su llamado y parecía no hallarse en la alcoba, temió mil cosas aciagas, y entre otras, que se hubiese declarado un incendio; por lo que se levantó lo más de prisa que pudo, y guiada por la densidad del mismo humo, pudo llegar hasta el corral y presenciar el extraño espectáculo de la quema dirigida por su esposo.

—¿Qué es eso, Joaquín? preguntó á éste al verle entregado á su faena. ¿Qué estás haciendo?

—Quemo mis naves, repuso con fiereza el interpelado.

—¿Qué naves son esas? volvió á preguntar la esposa sin comprender nada todavía.

—Mis papeles de música, repuso secamente Sandoval.

—¡Tus papeles de música! clamó despavorida la joven. ¡Tus papeles! ¡Tus papeles! ¡Tus papeles! Eso no puede ser.

—Sí, repuso Joaquín; estoy destruyendo las ejecutorias de mi locura. Quiero sanar de la enajenación mental que tantos años he padecido, para no volver á sufrirla jamás.

—¿Pero has perdido la conciencia de tu deber? repuso Berta tan acongojada como si hubiese visto en el fuego á sus propios hijos. ¡Es insensato, cruel y malo lo que estás haciendo! ¡Detente, por Dios, detente!

Y acercándose á la hoguera, procuró apagarla con los pies y con las manos, á riesgo de abrasarse y perecer; y hurgando en las calientes cenizas, hizo lo posible por salvar aquellos preciados tesoros de la inspiración de su amado. Desgraciadamente llegaba tarde, pues la obra de destrucción estaba concluída, y de todos aquellos cantos juveniles y entusiastas, sólo quedaba un montón de negros é informes restos, que se quebraban y volatilizaban á la presión de los dedos.

—¿Por qué has hecho esto, Joaquín? clamó consternada volviendo á él los ojos llorosos. ¿Por qué no me dijiste lo que ibas á hacer?

—Temí ser débil si te lo consultaba, repuso Joaquín humildemente; y mi resolución era irrevocable.

—Es el primer disgusto que me das; pero es muy grave, y nunca te lo he de perdonar, sollozó Berta. ¡Destruír tus

propias obras, tus cantos hermosísimos, tus admirables composiciones, todo eso que yo quería y admiraba tanto! Ingrato, me has herido en lo más profundo del corazón.

Y echándose á llorar amargamente, continuó buscando algo que hubiese podido salvarse entre las cenizas, como si en el seno de aquella polvorienta negrura esperase hallar oro y piedras preciosas; pero todo fué inútil, pues no quedaba nada de la obra de Sandoval, todo se había perdido para siempre.

—Por fortuna, murmuró gimiendo, conservo en el armario las canciones que me compusiste antes de nuestro matrimonio. ¡Siquiera esas piezas han escapado á tu crueldad!

Le temblaba la barbilla de un modo lastimero, y su pequeña boca roja y convulsa, se contraía con espasmo de sollozos. Joaquín, vuelto en sí, se arrepintió casi de lo hecho al ver el hondo y amargo dolor de su esposa querida, y apoderándose tiernamente de sus manos, se las besó con transporte.

—Perdóname, le suplicó; la tristeza y la deseperación me han vuelto loco. He sufrido tanto estos días, que casi no sé lo que me hago. Siento lo que acabo de hacer, no por mí ciertamente, sino por tí, Berta mía. Comprendo que mis ambiciones no son ni han sido más que un deli-

rio vano; que no se abre porvenir alguno delante de mis pasos; y que no debo continuar fomentando las ridículas extravagancias, incompatibles con nuestra pobreza, que han desviado de su camino racional mi atención y mis fuerzas por tan largo tiempo. No quiero más fantasías, musarañas ni empresas pueriles; sino trabajo natural y lógico, propio de este medio, de nuestro pobre y triste medio, y de los ingratísimos tiempos en que vivimos. Aspiro sólo á ganarme la vida y á pasarla como todos, vulgar y oscuramente, pero sosegado y en armonía con todo lo que me rodea.

—No eres agradecido con Dios, repuso Berta inconsolable. Recibiste de El dones preciosos, extraordinarios, ¿y con eso le pagas?

—Lo que dices ha sido mi perdición, repuso Sandoval con acento rencoroso. Estoy harto de ilusiones y fantasmagorías irrisorias. ¿No ves por qué camino tan errado me han llevado hasta aquí todas esas locuras? ¿Qué ventaja he sacado de mi ensimismamiento, de mi abstracción, de mi sonambulismo de músico y soñador, en esta ciudad que no da importancia alguna á mis pretendidas excelencias? ¿A dónde iría á parar, si continuase marchando por ese camino falaz, fuera de la realidad de la vida y como suspenso en los espacios imaginarios?

—Aun así, replicó Berta, ¿qué necesidad tenías de destruír tus composiciones? Las hubiéramos conservado como un recuerdo de nuestra juventud y de nuestros amores.

—Esos papeles, continuó Sandoval, habrían envejecido en nuestros armarios, se habrían tornado amarillos con el trascurso del tiempo, habrían sido pasto de la polilla, y su vista hubiera sido para mí un torcedor insoportable, porque me habría recordado mis errores y mis derrotas.

Siguieron á esas, otras razones entre los dos jóvenes, acusatorias las unas, explicativas las otras, y todas vehementes, cariñosas y nacidas del corazón. Berta no quería perdonar el pecado cometido por Joaquín; pero éste insistió y rogó tanto (como delincuente que pide gracia á los pies de su reina y señora), que acabó por obtener lo que tanto deseaba y pedía, y no sólo eso, sino también algunas caricias de reconciliación, que Berta llorosa y enternecida, le otorgó al fin, con la más graciosa y cordial efusión de su alma.

Cuando se firmaron las paces, era ya de madrugada, y andaba en pie y entregada á sus faenas habituales la reducida servidumbre de la casa. Entónces pensaron los jóvenes en tomar algún alimento; y después que la colación hubo concluído, salió Joaquín, á pesar de la lluvia y del viento frío

que no cesaba de soplar, para ver lo que arreglaba y disponía para la realización del nuevo plan de operaciones que se había trazado; y ocupado en diversos asuntos y combinaciones, no cesó de corretear toda la mañana, al través de las calles de Fópoli, convertidas en arroyos y lodazales. Cuando volvió á casa á la hora de comer, dió cuenta á Berta de cuanto había hecho.

—He caminado, dijo, con mejor suerte de lo que esperaba.

—¡Bendito sea Dios! repuso Berta; dime lo que has hecho.

—Voy á contártelo todo punto por punto. Como tengo el propósito de convertirme en hombre práctico y nada más que práctico, he apelado á cuantos medios pueden conducirme á ese fin. En nuestra ciudad, bien lo sabes, no es posible ganar el sustento con el ejercicio libre de la música; se necesita para medio vivir, buscar colocaciones seguras, aunque sean humildes y dejen poco.

—Así es, repuso Berta; pero dime, ¿piensas dedicarte á alguna otra cosa que no sea el arte?

—No, repuso Joaquín, porque no sé hacer más que eso. Lo que pasa es que deseo no estar sujeto á las eventualidades de lo contingente. Tenía pláticas entabladas ya con el Cabildo de la Catedral y con el Obispo, y hoy llegaron nuestros preliminares á su resultado final. Voy á

ser organista de la iglesia metropolitana con cincuenta pesos mensuales de retribución; cantor, con veinticinco y maestro de solfeo de los monaguillos, con otros veinticinco. Total: cien pesos.

—Mucho trabajo y poca recompensa, repuso la joven; vas á matarte.... No hay necesidad de tanto esfuerzo; yo también doy lecciones de canto, y algo me gano; así es que bien puedes prescindir de alguna de esas labores.

—He aquí precisamente lo que me propongo evitar, replicó Joaquín; no quiero que trabajes ya, ni que vuelvas á exponerte á molestias ni desaires. De aquí en adelante, vivirás sólo para mí y para nuestra familia, si Dios nos la concede. Trabajaré cuanto pueda, pero nada más yo; traeré á casa cuanto Dios quiera darme, y vivirémos como podamos, pero con el sudor de mi rostro solo, y nó con el del tuyo y el mío. Serás la soberana del hogar, mi ángel de la guarda y la felicidad de mi corazón; pero tu poder quedará circunscrito á las paredes de la casa, donde reinarás con imperio absoluto, como reina el sol en los cielos.

—No es justo, repuso Berta gravemente; somos pobres y ambos debemos trabajar.

—De ningún modo, insistió Joaquín resueltamente. Aunque los sueldos que voy á ganar sean pequeños, como tienen la

ventaja de ser constantes y puntualmente pagados, podrán servirnos de muy buena base para la vida. Con eso, con las lecciones que doy y con las entradas extraordinarias que puedan venirme de conciertos, óperas y bailes, pues no he de hacer ascos á ningún trabajo, la pasarémos pobremente, pero con independencia y sin que nadie nos hiera ni lastime. Serémos económicos, procurarémos formar peso á peso algunos ahorros, y, si Dios es servido, volverémos algún día á comprar otro piano para fomento de nuestras incurables aficiones artísticas en lo estrictamente privado.

—Sí, Joaquín, tan pronto como podamos, y sin hacer locuras.

—Entónces nos entregarémos á nuestras propias tendencias. Tú cantarás para mí y yo tocaré para ti; y el lenguaje que nos preste la armonía, irá derecho á nuestros corazones para embellecer nuestra vida. No necesitamos más, ni podemos hacer más que eso; pero será suficiente para nuestra felicidad. ¿No te parece?

—Sí, repuso Berta, contigo me basta para ser dichosa; pero si llegamos á tener piano, será una nueva bendición.

Continuó largo rato el coloquio de sobremesa, con desarrollo de planes muy serios y sesudos para lo porvenir acerca de una nueva existencia sencilla y laboriosa, de modestia y cariño; ya no espléndida

ni flotante en los espacios imaginarios como la antigua; sino adherida á este suelo, donde crecen tantas plantas débiles y tantas y tantas hierbezuelas humildes que se alegran con los rayos del sol y se ierguen y ufanan con las caricias del céfiro, sin que nadie las mire, tronche ni arranque de la tierra. El recado de sor Ignacia llamándolos con prisa, cortó la conversación de un modo brusco, pues los jóvenes esperaban todo, menos eso.

—¡Cómo! dijo Berta trastornada. ¿Tan pronto? ¿ahora mismo?

—Sí, señora, repuso el emisario; en estos precisos momentos.

—No puede ser, objetó Joaquín; las cosas no se hacen así...; sobre todo, cuando son de tanta magnitud. Se preparan con tiempo y se hacen poco á poco.

—Nada puedo contestar á eso, volvió á decir el mensajero; lo que aseguro al señor es que no tardan las madrecitas en salir del Hospicio, y que si ustedes no se dan prisa, tal vez no las alcancen.

—Para allá vamos, volando, repuso Berta levantándose del asiento, pálida y descompuesta.

Y en efecto, en el acto dieron traza los jóvenes de ponerse en marcha hacia el Hospicio. Berta tomó el chal, Joaquín el sombrero y se dirigieron ambos precipitadamente á la puerta; mas había sido el

golpe tan repentino para la joven, que se sintió trastornada y enferma.

—No sé qué me pasa, murmuró llevándose la mano al corazón.

—¿Qué tienes? le preguntó Joaquín solícito y alarmado.

—No sé, repuso Berta; una especie de mareo: todo lo veo negro, y siento el corazón vuelto loco de agitación y sobresalto.

Abría la boca para aspirar el aire, y las finas y sonrosadas ventanillas de su nariz, se plegaban y desplegaban á cada instante con movimientos acongojados é insócronos. Joaquín la condujo nuevamente á la alcoba, y la recostó en un diván, aguardando que todo pasara bien pronto. Por momentos parecía que recobraba el bienestar; pero tornaba á sentirse desvanecida cuando se ponía en pie, y se veía obligada á tenderse de nuevo en el lecho improvisado. Aquel trastorno era el resultado de la situación delicada de Berta y de las emociones del día.... Con todo, después de largo espacio de reposo, logró ponerse en estado de caminar, aunque despacio y sofocándose á cada instante; así emprendieron ella y él la triste marcha, llenos de sobresalto y temerosos de llegar demasiado tarde.

Era el oscurecer. El pórtico del Hospicio estaba atestado de gente; todos los pobres del establecimiento se hallaban

aglomerados ahí y en el primer patio. Una hilera de carruajes particulares aguardaba al pie de la escalinata; carros entoldados y tirados por mulas, recogían las maletas, baúles y mundos de las religiosas. Las hermanas formaban grupo pintoresco y visible entre la multitud, y parecían dirigirse ya á la gradería para entrar en los vehículos. Todo se volvía voces, desconcierto y consternación en el seno de aquella abigarrada multitud. Las religiosas lloraban sin poderlo remediar, y sus lágrimas silenciosas caían gota á gota sobre sus blancos y almidonados pecherines, en tanto que los pobres las rodeaban, las estrechaban y les salían al paso, impidiéndoles la marcha. Parecía que ellas no querían irse, y que ellos no querían permitir que se fueran. En medio de aquel apiñamiento y de aquella ensordecedora baraúnda, con dificultad lograron Berta y Joaquín llegar hasta sus amadas bienhechoras.

—¡Al fin llegan! dijo sor Ignacia con voz como de alivio al distinguirlos. ¿Por qué vienen tan tarde? Temíamos no volver á verlos.

—Me puse mala, repuso Berta, y no me era posible caminar: he llegado con mucho trabajo.

—Nos estamos marchando, dijo sor Marcelina; nuestro saludo será al mismo tiempo nuestra despedida.

—¿A dónde van? preguntó Joaquín;

no pueden ya salir hoy de Fópoli; es demasiado tarde.

—A una casa de ejercicios, donde permaneceremos unos días, y de donde saldrémos para Méjico y Europa. Este será el último día en que veamos á nuestros amigos.

—Las acompañarémos á donde vayan, si ustedes nos lo permiten, suplicó el joven.

—No, Joaquín, repuso la superiora, vale más que no, ¿á qué prolongar nuestro martirio? Ahora nos dirémos adiós de un modo definitivo.

—¡Ay, madre! exclamó Berta rompiendo á llorar con amargo dolor. ¡Ay madre, madre mía! ¡Ay, madres, madres mías, mis únicas madres sobre la tierra, pues no he conocido otras! ¿Cómo es posible que las pierda para siempre? ¿Cómo es posible que no volvamos á vernos nunca?

Joaquín se oprimió las sienes con las manos nerviosamente; todo se le figuraba un sueño, una pesadilla horrible.

—Así lo dispone Dios, contestó sor Agueda, volviendo los ojos al cielo.

—Pero hay que tener fe en su bondad, prosiguió sor Ignacia procurando mostrarse fuerte, aunque estaba á punto de romper en sollozos. Cuanto El dispone es bueno, y para nuestro bien.

—Y no debemos desconfiar de su mise-

ricordia, continuó sor Marcelina con extraña gravedad pintada en el rostro.

—Con todo, repitió sor Ignacia; hagámonos la cuenta de que este adiós el último..... Nos volverémos á ver en el cielo, si lo ganamos.

Al oír la repetición de aquellas palabras, "adiós último," acongojóse Berta más, mucho más que nunca; echóse á llorar á lágrima viva, sollozó y gimió con estrépito, y sus lamentos fueron tales, que llegaron á convertirse en clamor fuerte y grito herido, que dominó á todos los otros, y acabó por alarmar á las religiosas y á todos los circunstantes.

—Berta, Berta, murmuró Sandoval afligido al verla y oírla. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¡Cálmate, por Dios! ¡Te lo ruego por lo que más quieras!

Las religiosas procuraban también tranquilizarla acariciándola y dirigiéndole palabras cariñosas; pero, en vez de lograr calmar sus nervios, parecían dar nuevo pábulo á su dolor con sus mismos cuidados, pues el llanto de la joven degeneró pronto en acceso convulsivo, acompañado de espasmos y sofocación. No era la pena sola la que causaba aquella crisis, pues su aflicción iba unida á su estado enfermizo, el cual no le permita tener serenidad para nada, y la hacía vibrar de un modo doloroso con cualquier emoción por pequeña que fuese, como el cordaje de un

arpa rozado por el viento. Su naturaleza impresionable, afectada por tantas penas como había sufrido los últimos días, flaqueaba ya y se negaba á seguir funcionando con regularidad. La cruel penuria sufrida, la transformación de su antigua existencia en otra nueva y desconocida, los extraños planes de Joaquín para lo porvenir, la ausencia de don Teodomiro, y, finalmente, la partida inesperada de las hermanas, habían predispuesto su sistema delicado y neurótico á aquella explosión de histerismo. No había podido resistir tantas y tan duras pruebas como habían ido lloviendo sobre ella en corto tiempo, sin caer al fin agobiada por el dolor. Para que no empeorase su estado, fué preciso apartarla de aquel cuadro de llanto y congoja, y conducirla al recibidor, que estaba desierto por fortuna en esos momentos. Llevóla en brazos Joaquín como si fuese un niño, la tendió en el espacioso sofá de la testera, cerró puertas y ventanas para que no llegasen á ella vislumbres y ruidos exteriores, y mientras venía el médico que mandó llamar, la auxilió lo mejor que pudo, desabrochándole el corpiño para que respirase con libertad, frotándole los brazos y haciéndole aspirar un frasquito de sales que llevaba prevenido. Y arrodillado junto á ella con sin igual cariño, le decía por lo bajo, muy dulcemente:

—Tranquilízate, Berta mía, no te entregues de esa manera á la pena. ¿No ves que me matas?

—Pero, decía ella con voz entrecortada por los sollozos, ¿no ves cómo se van? ¿No ves cómo nos dejan?

—Es verdad, repuso Joaquín. Es muy doloroso; pero no por eso debes matarte ni matarme.

—¿Pero qué vamos á hacer sin ellas?

Joaquín sintió en el corazón agudamente la amargura de aquella pregunta, y casi se le saltaron las lágrimas de los ojos, pues, en efecto, no sabía qué iba á ser de él y de su esposa sin aquel apoyo, sin aquel cariño, sin aquella providencia; pero, sobreponiéndose á su propia emoción, contestó con voz aparentemente sosegada:

—¿Sabes lo que vamos á hacer? A querernos mucho; ahora más que nunca, porque vamos á quedarnos solos. Hasta aquí hemos tenido varios cariños; de hoy en adelante no tendrémos más que uno.... Además, agregó hablando muy bajo, debes cuidarte y ahorrar tus fuerzas, porque son preciosas, pues no vives ya para tí sola, sino también para ese otro ser que viene camino del cielo á alegrar nuestra morada. Repórtate, pues; te lo suplico por lo más sagrado: por mí, por tu hijo, por nuestro cariño.

Berta, en medio del vértigo de su es-

pasmo, oyó aquellas palabras con atención concentrada, y penetró bien su sentido. Abrió los hermosos ojos rodeados de profundas ojeras, y los clavó cariñosamente en los de su amado. Luego siguió llorando, pero más dulcemente, sin el sobresalto y la agonía de antes; y aquel lloro de nuevo género que rodaba por sus mejillas, en lugar de enfermarla, parecía aliviar su congoja; hasta que acabó por rodear con entrambos brazos el cuello de Joaquín, y por murmurar á su oído con voz blanda y armoniosa:

—Soy una loca; tienes razón. Perdóname.... No hubiera debido entregarme á estos extremos; pero no he podido contenerme, porque es cosa de mi estado. Hasta yo misma me desconozco. ¡Pero lo que nos pasa es cosa horrible! ¡Vamos á perder á nuestras madres!

La evocación de este recuerdo trajo consigo el amago de un nuevo acceso nervioso y de otros gemidos convulsivos; pero Sandoval logró calmarla con tiernas caricias y palabras afectuosas.

—Berta, Berta, repetía. ¿No me quieres ya? No seas tonta; no debes pensar en eso, porque te hace daño. Piensa en mí y en tu hijo; ten fe en Dios. Te lo ruego, ténme lástima. ¿Quieres que te lo pida de rodillas?....

. . . .

Entretanto, el cuadro patético de la

despedida había seguido desarrollándose en el pórtico. Virginia y José abrazaban una á una á las hermanas, sollozando y transidos de dolor; y doña Dorotea, más encorvada que nunca, como si hubiesen pasado veinte años por ella, lloraba con llanto contenido y desconsolado.

—¿Qué va á ser de mí? decía á las religiosas. Desde que me quedé pobre y desamparada, he hallado en ustedes caridad y afecto, y he pasado estos años de mi vida casi olvidada de mis penas; pero ahora que se van, ¿quién me consolará? ¿Quién tendrá caridad de mí? Mejor sería que Dios me llamara á su seno.

El mísero notario don Sabas temblaba como azogado, hablaba con trabajo y entre sollozos, y tendiendo las manos hacia las hermanas, las interrogaba diciéndoles:

—¿Para qué sirvo ni para qué soy? Tengo hijos; pero es como si no los tuviera. Los eché al mundo, eduqué y formé; pero se olvidan de mí y me dejan vivir de la caridad pública. ¿Por qué no vienen por mí ahora? ¿Por qué me condenan á este martirio?

El gigantesco don Lino, apoyado en su muleta, oblícuo el cuerpo para no caer, y raspando el suelo con la punta del desmayado pie izquierdo, no lograba llegar hasta las hermanas; pero las veía desde lejos, y procuraba expresarles su emo-

ción y su dolor con exagerados visajes y contorsiones. A fuerza de gruñidos y sacudidas de cabeza logró al fin atraer su atención, y con ojos humedecidos por las lágrimas, les dijo mil cosas enternecedoras. El sordo y ronco hervor que le salía de la garganta, daba testimonio del estado de agitación en que se hallaba. Lanzó largos resoplidos, alzando el pecho como si fuese enorme fuelle, y, al cabo de tanta fatiga, rompió á llorar con voz estentórea de toro herido.

Atenójenes el idiota, se coló por entre el gentío hasta cerca de sor Ignacia. Era ya un hombre; habíale brotado en las mejillas barba rala y cerdosa; pero la expresión de su fisonomía asimétrica, era siempre la misma: torpe, infantil y casi bestial. ¿Comprendía lo que pasaba? Difícil hubiera sido decirlo. En todo caso, la consternación general le hería el corazón como por contagio, y él también sufría. Se acercó á la superiora con torpe ademán de niño viejo: niño tanto más lamentable, cuanto que la expresión de sus confusas penas hacía más pronunciada y repelante su deformidad. Sor Ignacia se enterneció á la vista de aquel monstruo acongojado.

—¡Pobre Atenógenes! murmuró enjugando una lágrima que le temblaba en las pestañas.

El idiota se apoderó de una de las

manos de la superiora, y clavando en los ojos de ésta una mirada de súplica indefinible, gritaba con voz que parecía balida de manso cordero:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Mamá!...

La desgarrodora escena se prolongaba demasiado, sin más resultado que el de hacer interminable la congoja de aquellos instantes. Las religiosas, sintiendo la necesidad de ponerle término en obsequio de todos, apresuraron el desenlace; así que sor Ignacia dió la señal de marcha, y el grupo de las hermanas se movió hacia la escalinata, venciendo toda clase de obstáculos y produciendo entre los hospicianos una emoción indescriptible. Una voz íntima y secreta decía á éstos que iban á perder para siempre con la partida de las hermanas, una gran protección, irreemplazable y preciosa; que no contarían en adelante con la abnegación heróica de quienes se consagraban á la caridad por amor á Dios y á ellos; que no volverían á ver por los departamentos las consoladoras y queridas blancas cornetas y hábitos azules de las hijas de San Vicente de Paul, semejantes á alas de serafines y girones de cielo, cuya sola presencia alegraba sus mustios y tristes corazones; que no escucharían ya blandas frases de aliento y esperanza brotadas de labios virginales y puros, ni exhortaciones bajadas de lo alto, y confortantes co-

mo el cáliz del Huerto de Jetzemaní, ni plegarias como hosannas que arrebatasen su espíritu hasta el trono mismo del Altísimo. Ibanse para no volver sus fieles compañeras, sus amigas cariñosas, sus bienhechoras infatigables y santas; y ellos, los desamparados, los llorosos, los pobres de fortuna y de espíritu, iban á quedar más tristes, pobres y míseros que nunca, en medio de la soledad del alma y del corazón. ¿Por qué no se había dolido de ellos el desconocido poder que les arrebataba su único y dulce consuelo en este mundo? ¿Qué habían hecho ellos, ruines y desventuradas criaturas, para excitar en su contra aquella inmensa é implacable cólera, y atraer sobre su cabeza castigo tan espantoso? No; aquel golpe no iba dirigido contra las hermanas, sino contra ellos solos; contra ellos, que no disponían de escudo para defenderse, ni de armas para combatir; contra ellos, que no tenían más que postración y miseria, sufrimientos y lágrimas. ¡Su misma debilidad y desdicha hubieran debido hacerlos sagrados é intangibles para los poderosos! Se les partía el corazón pensando atropellada y oscuramente todas esas cosas, y de sus labios ansiosos y gemebundos brotaban quejas y palabras incoherentes. "¿Por qué?" "¿Por qué?" se decían; y no cesaban de preguntarse siempre lo mismo. Y sus inteligencias en-

tenebrecidas por la ignorancia y angustiadas por el sufrimiento, no hallaban respuesta al espantoso problema que se erguía ante sus ojos. Por instinto, y haciendo uso, á su manera, del derecho de defenderse, lanzáronse como movidos por un resorte hacia adelante de las hermanas, y, dispersándose por la extensa gradería de la fachada, sin hacer aprecio del viento ni de la lluvia que les azotaba el rostro y empapaba sus ropas, procuraban rodearlas y estrecharlas para no permitirles alejarse ni dejarlos entregados á una nueva orfandad. Y gritaban en tono lamentable:

—¡No, madres, no se vayan, no nos dejen! ¡No se irán; no las dejarémos ir!

El día estaba próximo á expirar. El débil y mortecino crepúsculo de aquella tarde lluviosa, luchaba penosamente en el ocaso con las sombras que comenzaban á invadir la ciudad por el lado del oriente. Aquella claridad vacilante mezclada de tinieblas, daba al dramático cuadro tonos luminosos y oscuros de misterioso contraste, semejantes á pinceladas magistrales de Rembrandt; y aquella multitud afligida, dispersa de alto abajo de la artística gradería, semejaba una legión confusa de sombras, moviéndose y retorciéndose medio disuelta en los limbos semirreales de un sueño fatigoso y cruel. Las hermanas en tanto, lívidas y cadavéricas, no tenían

voluntad de marcharse, porque ahí sentían arraigado su corazón como las encinas en el bosque; pero comprendían que aquella desgracia común era irremediable, y que debían marcharse sin aguardar mayor tiempo. Pero ¡á costa de cuánto pesar y cuántas lágrimas!

—Apártense, hijos míos, murmuraron con voz desfallecida, separando á los pobres suavemente con las manos. Nos vamos contra nuestra voluntad, Dios bien lo sabe; pero tenemos que obedecer las órdenes del Gobierno. Si no lo hiciéremos así, lo haríamos obligadas por la fuerza. ¿Quieren ustedes que vengan los soldados y nos arrojen de aquí con violencia é ignominia?

—No, eso no, contestaron los pobres asustados al pensar que podrían ser causa de aquel atropello.

Y subyugados ya y obedeciendo á tan blandas insinuaciones, no lucharon más, sino se separaron formando estrecho camino para facilitar el éxodo doloroso de sus bienhechoras, en tanto que por todas partes resonaban gritos y exclamaciones de desesperación y de amargura.

—¡Adiós, madres!, decían.

—¡Adiós hermanas!

—¡Que Dios las bendiga! ¡Que Dios las defienda! ¡Que les vaya bien en todo!

Tales eran las voces que salían de aquella masa compacta de mendigos, ancianos,

paralíticos y huérfanos, de aquel coro de desvalidos arrojados por la desgracia en las playas hospitalarias de la caridad, y crispados ahora por los espasmos de un dolor indescriptible. Por última vez llegaban en confuso tropel hasta las madres, sus madres de verdad por la caridad y por el amor, y cogiéndoles las manos, se las llevaban al corazón y á los labios y las bañaban con sus calientes lágrimas; ó cuando no podían más, asían la orla de sus hábitos y la besaban con respeto y veneración. Así llegaron las hermanas hasta lo más bajo de la gradería, donde se detuvieron unos instantes para ver á sus pobres por la vez última. La superiora entónces, hablando en nombre de todas, les dijo con acento entrecortado por la emoción:

—¡Adiós, hijitos míos! ¡Que Dios los acompañe! ¡Nunca los olvidarémos! ¡Ustedes tampoco nos olviden!

—¡Eso nunca, nunca! protestó el grupo gimiendo.

—¡Rueguen por nosotras constantemente! imploró sor Ignacia con humildad.

—Así lo harémos, aunque malos; pero también ustedes rueguen siempre por nosotros.

—No los olvidarémos ni un momento en nuestras oraciones; los llevamos en el corazón.

Para concluír, echó mano sor Ignacia

del pequeño Crucifijo de bronce que llevaba pendiente del cuello, y elevándolo con la diestra sobre su cabeza, los bendijò diciendo:

—¡Sean ustedes benditos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

En seguida entraron las religiosas en los coches que las aguardaban, y los vehículos fueron desfilando tristemente uno tras otro bajo el menudo y silencioso llanto del cielo, hasta que comenzaron á perderse á distancia en la sombra de la noche; mas en el pórtico siguió resonando por largo tiempo el alarido del gentío desolado, el impotente y angustiado clamor de la muchedumbre huérfana y transida de desesperación; en tanto que sobre aquel coro de voces inarmónicas y desgarradoras, se elevaban el hipo alto y congojoso del hemiplégico don Lino y el grito lamentable del deforme Atenógenes. El idiota no cesaba de clamar:

—¡Mamá!... !Mamá!... ¡Mamá!....
como un eco de la universal y dolorosa orfandad en que quedaba la multitud.

Cuando volvieron los pobres á entrar en el Hospicio, acogiéndose á la sombra del régimen filantrópico que se inauguraba para ellos, sintieron que, al cerrarse la puerta del establecimiento, se cerraba también para sus almas la éra de la caridad y del amor.

FIN.

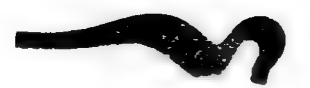
FE DE ERRATAS

Pág.	Lín.	Dice	Debe decir.
9	28	s	los
10	8	oe	de
23	21	contesté	contestó
54	27	así,	sí,
67	1	la	las
67	22	México	Méjico
67	29	México	Méjico
68	22	México	Méjico
71	5	coma	como
73	29	er	ler
73	30		á
74	7	má	más
80	4	palma	palmo
80	30	de otros	de los otros
86	12	pregunta	preguntar
86	24	bienechores	bienhechores
121	1	podrá	podrán
131	17	y el sable	ó echar al hombro el fusil
134	1	México	Méjico
137	33	refirieron	efirieron
143	32	pensar, dar	pensar, y dar

Pág.	Lin.	Dice	Debe decir.
156	18	melagómano	megalómano
159	11	naturalmente	naturalmente;
178	26	fisonómicas	fisionómicas
189	28	la	haciéndose la
198	23	almáciga	almáeigo
222	10	razgos	rasgos
242	11	impalpables alas	invisibles alas
288	1	IV	VII
310	12	le instruyesen	la instruyesen
310	14	gira	jira
341	28	afirmara	afirmar
343	19	comenló	comendó
356	6 á 10	de gente bien armada y capaz de tenerse — taba su oonjunto impropio por su mismo — selas tiesas con los amantes de lo ajeno—ó bien el aspecto desarrapado que presen—ruindad, á despertar la codicicia del mismo	de gente bien armada y capaz de tenérselas tiesas con los amantes de lo ajeno, ó bien el aspecto desarrapado que presentaba su conjunto, impropio por su misma ruindad á despertar la codicia del mismísimo
371	16	descontento murmuraba	descontento y murmuraba
371	32	ó orquesta	ú orquesta
373	23	como	por
375	12	delgadas tendidas	delgadas y tendidas
379	14	tenunceo	renunceo
379	20	que los	que á los
380	25	agua bajo	agua baja

Pág.	Lín.	Dice	Debe decir.
398	23	levantando	levantado
402	31	nosotros	nosotras
406	31	io	los
448	10	platos, trastes	trastes
450	4	Sabás	Sabas
452	30	misma	mismo
462	23	impulso	empuje
504	9	mostraban	mostraba
505	8	Ol	Al
508	5	México	Méjico
511	19	sin	con
519	10	odres	dores
522	18	puede	puedo
524	20	violmes	violines
526	15	casacada	cascada
553	10	o	lo
539	15		VI. Aria del *delireo* de *Lucia*..... Donizzetti - Berta Cabañas de Sandoval y Angel Blanco.
576	22	preocuciones	preocupaciones
590	23	operista	operistas
598	5	prosiguió	continuó
598	31	desitro	desierto
599	15	listas	listos
603	26	su	un
611	12	destoresco	toresco
613	10	efectos	afectos
622	23	México	Méjico
656	28	aclcárea	calcárea
657	28	suicilio	suicidio
658	5	muerte de la señora	muerte la señora
659	16	dinero	moneda

Pág.	Lín.	Dice	Debe decir.
—	—	—	—
660	1	entre un	entre una
666	12	habgía	había
684	25	inocente	inocentes
684	18	Arregló	Peinó
706	4	adiós	adiós es
706	30	permita	permitía



INDICE

PRIMERA PARTE.

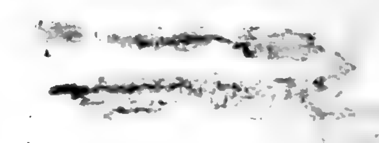
CRISALIDAS.

SEGUNDA PARTE.

MARIPOSAS.

PARTE TERCERA.

LA LLAMA.





OBRAS

DEL LIC.

[illegible] LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

TOMO IV.

LOS PRECURSORES.

(NOVELA).

MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 15

1909

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

TOMOS PUBLICADOS

Obras de GARCIA ICAZBALCETA—Tomos I y III Opúsculos varios.—III y IV Biografías.—Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga.—VI, VII y VIII Opúsculos varios.—IX Biografías.—X. Opúsculos Varios.

Obras de PEON CONTRERAS.—Tomos I y II. Teatro. III Romances.

Obras de VILLASEÑOR y VILLASEÑOR.—Tomos I y II. Estudios Históricos.

Obras literarias de D. VICTORIANO AGÜEROS.—Tomo I.

Obras de D. JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.—Tomo I.—*La Parcela*, novela inédita.—Tomo II y III *Novelas Cortas*.—Tomo IV. *Los Precursores*.

Obras de COUTO. Tomo I Opúsculos varios.

Obras de D. J. FERN° RAMIREZ.—Tomo I. Opúsculos históricos.—Tomo II.—*Adiciones á la Biblioteca de Beristáin*, inéditas.—Tomo III, *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* conclusión y opúsculos históricos.

Tomos IV y V, Memorias para servir á la Historia del Segundo Imperio Mexicano. Primera y segunda parte.

Obras literarias de D. JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.—Tomo I.

Obras de D. IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.—Tomo I.

Obras de D. MANUEL E. DE GOROSTIZA.—Teatro completo.—Cuatro tomos.

Obras de D. LUCAS ALAMÁN—Tomos I, II, III y IV.—Disertaciones sobre la Historia de México.

Obras literarias de D. JUAN BARANDA.—Un tomo.

Obras de D. RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.—Un tomo.

Obras literarias del Sr. Lic. D. Silvestre Moreno.—Un tomo.

NOVELAS CORTAS de Autores Mexicanos del primer tercio del Siglo XIX [Rodríguez, Galván, Pesado, Pacheco Navarro, etc.] Dos tomos.

Obras de D. Manuel Payno, Tomo 1. ° Novelas cortas.

Obras del Lic. D. PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ--*Opúsculos Históricos*.—Un tomo.

Obras de ROA BÁRCENA.—Tomo I, CUENTOS.—Tomos II.

III y IV. Recuerdos de la Invasión Norte-americana, 1846-1848. Tomo IV.—Biografías.

Obras de D. Fernando Calderón.—Poesías y Teatro.

Obras de D. Rafael Delgado, Tomo I, Cuentos.—II "Los parientes Ricos," Novela.

Obras de D. Juan Díaz Covarrubias.—Novelas

Obras de Florencio M. del Castillo.—Novelas.

Obras de Don Bernardo Ponce y Font.—Un tomo.

Obras de Fr. Manuel Navarrete.—Un tomo.

Obras del Lic. D. Alfredo Chavero. Tomo I.

Obras del Dr. D. Justo Sierra.- Tomos I, II y III.

Obras del Lic. Ignacio Pérez Salazar.—Un tomo

Obras del Lic. Rafael Ceniceros y Villarreal. -Novelas.

Obras de D. Manuel Ramírez Aparicio.—Tomos I y II. Los Conventos suprimidos en México.

Perfiles de artistas, por el Lic. D. Manuel G. Revilla.

Cuentos y Narraciones, por el Lic. D. Alfonso M. Maldonado.

Obras del Sr. Dr. D. Manuel Domínguez.

En prensa Cuentos y Narraciones. Tomo II.—Nobles y Plebellos, de Alfonso M. Maldonado.

Cuentos Cortos del Sr. Lic. D. Rafael Ceniceros y Villarreal.

Precio de cada tomo:

$1.50 en toda la República y $2 en el extranjero.

☞ Todos los tomos serán enteramente iguales al presente. De venta en la Administración y Librería de "EL TIEMPO;" Primera calle de Mesones 18, y en las demás librerías de la capital.- En los Estados, en las casas de los Agentes y corresponsales de "EL TIEMPO."

